



se

— JESÚS ANDRADES FERNÁNDEZ —

GLADIUS ET PEPLUM

EL BALUARTE FRONTERIZO



Lectulandia

Año 46 d. C., frontera occidental, bosques de la Germania Inferior. Después de cosechar una brillante victoria, al tribuno Cneo Fabio Sabino y a su principal hombre, el centurión Sexto Valerio, se les envía a una complicada misión: atacar por mar a un puerto fortificado internado en territorio enemigo. Tras arduos combates e intrigas políticas, consiguen su objetivo... aunque acaban siendo traicionados y abandonados a su suerte. Tendrán que preparar la defensa, ya que los bárbaros vienen con ansias de revancha. Comenzará una breve, pero violentísima batalla, siendo mínima la esperanza de victoria: la mayoría de los soldados morirá con un extraordinario valor en combate, debido a la inmensa inferioridad numérica. A partir de ahí se desarrolla una penosa marcha hacia el Sur por la más profunda Europa, salpicada de enemigos, sorprendentes aliados, un mundo mágico y un secreto por descubrir.

Jesús Andrades Fernández

El baluarte fronterizo

Gladius et peplum - 1

ePub r1.0

Titivillus 02.11.2019

Título original: *El baluarte fronterizo*
Jesús Andrades Fernández, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

RELACIÓN DE PERSONAJES

Achlys: augur tracia y amante de Sexto Valerio.

Andros: soldado auxiliar de origen hispano.

Ásper: liberto al servicio del Legado.

Ayesha: (solo mencionada) hermana menor de Lydia, esposa de Sexto Valerio.

Balaji: (solo mencionado) agente comercial al servicio de Nasim y luego de Sexto Valerio.

Bestia: legionario de la *Legio V Alaudae*.

Blaz: (solo mencionado) caudillo germano.

Calosio Domitio: Tribuno de la *Legio V Alaudae*.

Casio: *Optio* de la *Legio V Alaudae* y uno de los favoritos de Sexto Valerio.

Cedrick: caudillo militar germano al servicio de Eberhard y destacado miembro de la *Guardia Verde*.

Celio: legionario de la *Legio V Alaudae*.

Claudio: (como se conocerá comúnmente) emperador de Roma (41-54 d. C.).

Cneo Domicio Corbulón: personaje histórico: miembro de la clase senatorial y destacado militar en los tiempos de Claudio y Nerón.

Cneo Fabio Sabino: Tribuno de la *Legio V Alaudae* y líder directo de Sexto Valerio.

Cornelio Prisco: Prefecto de la cohorte auxiliar y amigo de Cneo Fabio Sabino.

Ditalkon: liberto al servicio de Sexto Valerio y marido de Risa.

Druso: legionario de la *Legio V Alaudae* y uno de los favoritos de Sexto Valerio.

Eberhard: caudillo militar germano de renombre y cabeza de una heterogénea confederación de pueblos a su servicio.

Eduvigis: líder de un grupo de sacerdotisas-guerreras.

Évix: pirata de origen desconocido.

Fulvio: legionario de la *Legio V Alaudae*.

Gansa: marinero romano experimentado.

Geert: caudillo militar germano al servicio de Eberhard y destacado miembro de la *Guardia Verde*.

Heiner: caudillo militar germano e hijo de Eberhard.

Hugi: miembro de la *Guardia Verde*.

Isela: exploradora germana.

Julio Viptanio: reyezuelo del *oppidum* fronterizo.

Kalbo: soldado auxiliar de origen hispano.

Keil: caudillo militar germano.

Laico: legionario de la *Legio V Alaudae*.

Legado: título de «gobernador» o «general» en época del Principado. En este caso, este título definirá al enemigo de Fabio.

Léntulo Apias: Prefecto administrativo del puerto de *Gesoriacum*.

Licinio Lúculo: médico de la *Legio V Alaudae*.

Lovis: soldado auxiliar de origen hispano.

Lucio Balbo: *signifer* de la *Legio V Alaudae* y uno de los favoritos de Sexto Valerio.

Lucio Quinctilio: Tribuno de la *Legio V Alaudae* y amigo de Cneo Fabio Sabino.

Luphias: *librarius* de la *Legio V Alaudae* y uno de los favoritos de Sexto Valerio.

Lydia: esposa de Sexto Valerio. Su origen es oriental.

Macro: legionario de la *Legio V Alaudae* y uno de los favoritos de Valerio.

Maio Aquinas: germano-romano del *oppidum* fronterizo.

Marcelo Paulo: *Primus pilus* de la cohorte auxiliar hispana.

Marco Juno: Centurión de la *Legio V Alaudae*.

Mauro: (solo mencionado) liberto de Sexto Valerio e hijo de Ditalkon y Risa.

Musa: soldado auxiliar de origen hispano.

Nailah: (solo mencionada) hermana mediana de Lydia, esposa de Sexto Valerio.

Nasim: (solo mencionado) padre de Lydia, esposa de Sexto Valerio.

Nurto: legionario de la *Legio V Alaudae*.

Perdio: legionario de la *Legio V Alaudae*.

Publio Lino: desertor romano.

Quinto Servilio: Tribuno de la *Legio V Alaudae*.

Raskos: gladiador.

Risa: liberta al servicio de Sexto Valerio y esposa de Ditalkon.

Saturnino: legionario de la *Legio V Alaudae*.

Sergio: legionario de la *Legio V Alaudae*.

Septimio Patérculo: Centurión de la *Legio V Alaudae*.

Sexto Valerio: *primus pilus* de la *Legio V Alaudae* y protagonista de la obra.

Silvano: legionario de la *Legio V Alaudae*.

Silvia: hermana de Cneo Fabio Sabino.

Sixto: senador romano y esposo de Silvia.

Skelt: caudillo militar germano de origen dudoso y padre de Styrmir.

Sócrates: lobo amaestrado, mascota de Vesper y Macro.

Styrmir: caudillo militar germano de origen dudoso e hijo de Skelt.

Tiberio Claudio Narciso: liberto del emperador Claudio.

Trásea Quirino: Centurión de la *Legio V Alaudae*.

Ulpio: arquero auxiliar de origen oriental.

Vesper: *tesserarius* de la *Legio V Alaudae* y uno de los favoritos de Sexto Valerio.

Wigmar: caudillo militar germano al servicio de Eberhard y destacado miembro de la *Guardia Verde*.

LA CIÉNAGA

FRÍO. Su cuerpo lo percibía claramente por el contacto del aire helado con su piel. Sus brazos desnudos, en especial, se resentían, pero no por ello dejaba de orar. Tenía las manos en posición oferente, pero cerradas con un objeto en cada una, los ojos entreabiertos, la cabeza levemente alzada, el uniforme colocado al completo menos su casco, guardado por un sirviente. Su *gladius*^[1] y su *pugio*^[2], fuera de sus fundas, estaban perfectamente alineados y colocados en el suelo, con las puntas hacia él. El *gladius* era de excelente metal. El mango, de una robusta aleación negra, se decoraba con una pequeña filigrana plateada, además de austeros símbolos geométricos también plateados. El *pugio* tenía una decoración a juego con la espada, tanto la funda, de corte sencillo, como la empuñadura. Nada perturbaba su oración a un extraño dios, uno de tantos. Lo hacía con la insistencia propia de un sacerdote en estado de trance, rozando la locura. Sin embargo, eso no le impedía fundirse con su entorno. Notaba la brisa, algo recortada por hayas, olmos y robles, junto con el sonido susurrante del contacto del viento con el espeso follaje de los árboles, el suelo húmedo y arcilloso, sobre el cual tenía hincadas las rodillas, el suave fluir de las cristalinas aguas del río que tenía enfrente, el rocío de la mañana y la bruma que siempre provocan ensoñaciones, las luces del sol que se alzaba lentamente por el horizonte, ocultado por un manto gris de nubes y el calor casi nulo que desprendía. Todo esto era muy diferente al clima que estaba acostumbrado en su tierra. No obstante, hacía ya muchos años que no la visitaba y su cuerpo se había adaptado con notable facilidad a las diferencias climáticas de cada provincia. La frontera germana no era una excepción.

Acabando sus oraciones, escuchó unas notas musicales que procedían de un tipo de flauta muy particular. Sabía quién tocaba aquella melodía, un tanto desasosegante y de acordes bárbaros como dirían algunos, pero apropiada para el momento: Andros, un problemático infante auxiliar romano. Pareció despertar de su evasión al mundo de las ideas, para volver de nuevo al mundo de las sombras. Ahora, con los ojos abiertos, terminó sus oraciones guardando

el objeto que tenía en la mano derecha en su pequeño zurrón, y el que tenía en la otra se lo colgó del cuello y se lo introdujo en el interior de la túnica. Se puso en pie, se sacudió las rodillas y las grebas^[3]. Pronunció la última palabra de su rezo, siempre susurrando, se enfundó el *pugio* y con el *gladius* en la mano miró al horizonte. Torció su cabeza hacia la izquierda y vio a Andros en la copa de un roble, todavía tocando la flauta con maestría. Sonrió y se dio la vuelta envainando el arma. La batalla era inminente y no podía esperar.

Sexto Valerio era el *primus pilus*^[4] de la *Legio V Alaudae* (Germania Inferior). Había servido anteriormente en la *Legio XV Apollinaris* (Panonia), en la *Legio IX Hispana* (Panonia), en la *Legio X Fretensis* (Siria) y también en la *Legio VI Ferrata* (Judea).

De buena estatura, para ser romano, poseía unos penetrantes ojos castaños del mismo color que su pelo. Se trataba de un oficial de carrera y muy respetado. Buen soldado y un extraordinario centurión que se preocupaba por el bienestar de sus hombres, aunque mantenía ciertas distancias. Sus hombres sabían que era hispano, hábil diplomático, con grandes cualidades a la hora de dirigirse a cualquier tipo de persona, ganándose fácilmente su respeto, amistad y confianza. En una palabra, tenía carisma. También poseía conocimientos en arte y letras. Poco más. Hay mucha leyenda detrás de él que sus hombres de confianza no desmentían ni afirmaban.

Corría el quinto año del gobierno del César Claudio, año 799 *ab urbe condita*^[5], y la frontera no estaba tranquila. Valerio se preguntó si ese sería su último día. Tras subir la pequeña colina que precedía al estuario del río donde oraba, pudo ver a varias unidades de infantería preparándose para la batalla en otra colina más alta y extensa. A medida que se acercaba, lo veía con más detenimiento: los centuriones y los *optii*^[6] daban instrucciones precisas; los *signifer*^[7] no habían llegado aún. Se estaba estableciendo el orden para las tropas. Pronto llegaría el enemigo, y no era tan educado como para esperar a que se organizaran. Ellos no lo harían. Las cohortes legionarias y auxiliares mantenían la disciplina y se alineaban según el orden preestablecido sin armar jaleo. Al mismo tiempo, las unidades auxiliares de segunda línea corrían de un lado a otro, provocando nerviosismo y caos. Mientras, en la parte superior de la colina, estaban los oficiales superiores dialogando animosamente entre ellos. Valerio se apresuraba para llegar hasta allí, al tiempo que llamaba a otros centuriones por su nombre, dándoles instrucciones precisas o parándose para aconsejar a algún soldado en particular u obsequiarle con algún gesto, para demostrarle la confianza que tenía depositada en él.

La oficialidad iba perfectamente preparada para el combate, con los yelmos en la mano. Sin embargo, no estaba la *Legio* al completo, por tanto tampoco la oficialía. El motivo por el que se encontraba partida en dos era por los ataques de los bárbaros a la frontera. En ese momento, constaba de un Prefecto y tres Tribunos. El resto de la *Legio* y los demás oficiales se encontraban más al sur en espera de un ataque, acantonados. Ataque que no se producía.

Se le había ordenado a una facción de la *Legio* bajo responsabilidad del segundo al mando, el Tribuno Cneo Fabio Sabino, comprobar los puestos avanzados del Norte, donde los pequeños fortines auxiliares tal vez no fueran suficientes para contener a las tropas enemigas. Y menos mal, porque la conclusión de la expedición había sido que ese sector, el menos fortificado y preparado para ello, iba a recibir un fuerte ataque. Tampoco tenían noticias de muchos de sus aliados germanos en esa región. Mala señal.

La incertidumbre y el temor se cernía entre la oficialía. Eso era peligroso: se podría contagiar a la tropa.

—Llega tarde, Centurión... —se quejó el Tribuno Fabio Sabino una vez llegado a la reunión de oficiales y sin apartar la vista del horizonte.

—Estaba con mis oraciones, *domine*^[8], discúlpeme —respondió tras hacer el saludo militar.

Los nombres de los asistentes, aparte de los dos mencionados, eran, por orden de antigüedad e importancia, el Tribuno Calosio Domitio y el Prefecto Cornelio Prisco. El Tribuno Lucio Quinctilio, segundo al mando de la expedición y Prefecto temporal de la caballería, no estaba presente. También estaban allí todos los Centuriones principales; Marcelo Paulo y Marco Juno destacaban por encima del resto.

—Bien, *milites*^[9], podemos comenzar. Nuestros batidores... —prosiguió Fabio.

—Con el debido respeto Tribuno, pero falta Quinctilio... —interrumpió Cornelio Prisco.

—Todavía no se ha recuperado de la enfermedad que le corroe —explicó—. ¿Cuál es la moral de la tropa?

—Incertidumbre, *domine*. Esperan un ejemplo a seguir por parte de los oficiales —aconsejó Valerio.

—¿Y las otras Cohortes^[10]?

—Están de acuerdo con la opinión de Valerio, *domine* —respondió Marco Juno por los dos.

—Espero, por tanto, una actuación ejemplar de todos los presentes en esta reunión.

Todos afirmaron gravemente con la cabeza. Les resultó molesto que se les recordara que debían tener valor, pero era necesario. La intención del comentario era dejarles claro que si no cumplían con su deber, las consecuencias serían nefastas para sus carreras y para ellos mismos. Era más que conocida la severidad del Tribuno Cneo Fabio Sabino.

Paralelamente, los patricios^[11] y ecuestres^[12] eran vistos (y no solo por sí mismos) como los más capaces para dirigir la guerra. No obstante, debían ganarse esa posición y respeto a base de prestigio, victorias y esfuerzos.

—Les expondré la situación —prosiguió tras la pausa—. El enemigo ha acampado a menos de media jornada de aquí. Nuestros auxiliares han tenido éxito en las escaramuzas y en los ataques por sorpresa. Así se han visto forzados a desviar todos los efectivos que disponían hacia este punto. Por tanto, si quieren pasar, tendrán que luchar en campo abierto. No pueden esperar mucho más, apenas les quedan alimentos.

—¿De cuántos hombres disponemos al fin? —preguntó Calosio Domitio que, como muchos jóvenes aristocráticos, no tenía mucho contacto con los hombres que dirigía.

—¿Cuál es el cómputo final, Valerio? —se volvió hacia él.

—Las dos primeras cohortes legionarias bastante reducidas, mas otra auxiliar, unos cincuenta *equites*^[13], varias unidades auxiliares irregulares y un manípulo^[14] de reserva *domine*. En total unos 1350 hombres, pero hay que tener en cuenta que no todos combatirán cuerpo a cuerpo...

—¿Y el enemigo? —volvió a preguntar.

—Según nuestros batidores, entre ellos mi hombre de confianza, y excelente contable, estima que no cree que lleguen a los 4000 hombres, *domine*. Solo infantería.

—¿Tenemos alguna posibilidad? Nuestra *Legio* no es de las mejores...

—Calosio Domitio, no es propio de tu linaje ese desánimo derrotista —le reprochó Fabio—. Tengo un plan diseñado con Cornelio Prisco y Valerio que no puede fallar.

—Expón la estrategia a seguir —aconsejó Cornelio Prisco.

—En la parte media de la colina donde forma nuestra infantería, esperaremos a que llegue el enemigo. A la izquierda la cohorte auxiliar, en el centro la primera cohorte y a la derecha la segunda cohorte.

—Pero no poseemos reservas...

—Es un riesgo que tendremos que correr. La única fuerza de reserva es el manípulo que nos han enviado desde el campamento base, que se empleará en caso de que se precise reforzar alguna posición amenazada.

—Vencer o morir en el intento... ¿Un repliegue táctico?

—Es tarde para hacerlo.

—Ya veo, no hay opción —comentó en voz baja y cabizbajo Calosio Domitio.

—Tranquilos, está todo bajo control. Se trata de un ataque con radio de acción limitado. Por eso he elegido este punto, no nos pueden flanquear con facilidad, está demasiado escarpado —hubo una expresión de asombro y duda en el rostro de Calosio Domitio.

—¿No sería más inteligente empezar el ataque desde la colina más cercana al río? —dudó Calosio Domitio.

—Si lo hiciéramos, es muy probable que el enemigo se negara a combatir en un terreno tan desfavorable. Con la disposición actual, combatimos teóricamente en igualdad de condiciones.

—Inteligente...

—Todas las opciones han sido barajadas. Solo resta ejecutar.

—Te escuchamos, noble Tribuno —aduló el joven Tribuno.

—Desde la posición en que se situarán ellos, podremos darle alcance con facilidad con nuestras *ballistae*^[15], catapultas y arqueros. Sé que es poco ortodoxo, pero tenemos que aprovechar esta ventaja. Cornelio Prisco ha traído tres de ellas del campamento base y otras dos las ha fabricado aquí mismo. Es un experto en el tema. Será desmoralizante para el enemigo, que no cuenta con medios para responder. Después le tocará el turno a nuestra infantería. La cohorte central irá un poco más retrasada con el fin de atraer más hombres al centro para que las cohortes de los flancos puedan rodearlos con mayor facilidad. Finalmente, yo dirigiré la caballería por nuestra izquierda, en un punto oculto a sus ojos por el cual podemos atacar y arrollar al enemigo. Iniciada la batalla, avanzaré en el momento preciso, buscando el desconcierto de las tropas enemigas, que deberían batirse en retirada. Si esto no ocurriera, me replegaría por donde habíamos venido y nos colocaríamos tras la infantería. Tras nuestra huida, sería reubicado el armamento de largo alcance para hacerles blanco mientras nuestras tropas aguantan la embestida. En cuanto comience el repliegue, el acoso será despiadado, y teniendo en cuenta lo fangoso que es el estuario del río, les costaría avanzar...

—Y a nosotros también —puntualizó Cornelio Prisco.

—La diferencia es que nosotros hemos obtenido la victoria y solo la estamos explotando. Ellos buscarán salvar la vida.

—Es tremendamente arriesgado, pero podría dar resultado —apoyó Calosio Domitio.

—Si alguno tiene una idea mejor, soy todo oídos. La retirada no es una opción —no hubo respuesta—. Entonces, solo me queda indicar las posiciones de cada uno. Como es evidente, Marcelo Paulo en el flanco izquierdo, en el centro Sexto Valerio y en el derecho, Marco Juno. Eso en cuanto a los Centuriones de primera línea. El coordinador de la operación en retaguardia será Cornelio Prisco. Calosio Domitio vigilará el flanco derecho y tendrá el mando directo de las tropas de reserva.

—Calosio Domitio tiene mayor rango que yo... —reprochó suavemente Cornelio Prisco.

—No obstante, has sido quien ha proyectado la operación y eres un matemático excelente. Eres el hombre ideal para dirigir esta operación —contestó de manera tranquila pero visiblemente molesto el Tribuno Fabio Sabino.

—¡No es justo! ¡El Legado no lo aprobaría...! ¡Un Prefecto^[16] auxiliario comandando un ataque en vez de un Tribuno! —prosiguió la queja el otro Tribuno al ver la queja que había iniciado su compañero de armas.

—¡Cuidado, joven Tribuno! ¡Que tu familia sea ecuestre, no implica que tengas inmunidad! Si vuelves a cuestionar mi autoridad, mandaré que te corten la cabeza y la claven en la puerta principal del Cardo Máximo^[17].

—Discúlpale, Fabio, somos jóvenes e impulsivos. Sabes que queremos jalonarnos nuestro *cursus honorum*^[18] —disuadió Cornelio Prisco ante el cariz que estaba tomando la conversación.

En ese momento una pequeña turba de auxiliares apareció sobre la colina. No iban uniformados, a diferencia de la amplia mayoría de los hombres que componían el campamento, los cuales tenían ciertos elementos comunes en su atuendo.

El armamento de este grupo era ligero: jabalinas, hondas, arcos y espadas cortas. Portaban armaduras de lino o cuero, algunos con yelmo ligero como protección adicional, aunque la mayoría ni siquiera eso. El Tribuno los empleaba habitualmente para las escaramuzas, donde mejor partido podía sacarse de ellos. Uno de ellos venía seriamente herido en su espalda, sostenido por dos compañeros.

Estos soldados eran *velites*^[19], clientes^[20] del Tribuno Cneo Fabio Sabino, y *numerii*^[21], que conocían muy bien cómo combatir contra otros germanos.

Los últimos en llegar después de escaramucear al enemigo. La llegada de estos guerrilleros presagiaba la inminente aparición del contingente germano. Un aliado local los guio por las posiciones enemigas en la frontera. Junto con algunos auxiliares, se les había mandado hostigar la vanguardia enemiga y minar la moral de la tropa. Se sabía perfectamente que el estado de ánimo de los soldados era vital en la batalla, y aún más en las condiciones de desventaja en las que se encontraban. Con un gesto con la cabeza, todos se dispersaron, cada uno hacia su puesto, no sin antes despedirse y darse ánimos con presteza. Los centuriones bajaron juntos, pasando junto a las máquinas de asedio, con poca excitación todavía, ya que eran solo los prolegómenos de la batalla. Mientras conversaban, varios legionarios escogidos ponían a punto *ballistae* y catapultas. Tensaban las cuerdas, preparaban el óleo, asentaban la base de los artefactos... Los arqueros auxiliares estaban justo detrás de la última línea de infantería, los arcos en la mano, y los carcajes repletos de flechas. Todo estaba dispuesto atrás.

—¿Creéis en la victoria? —preguntó Marco Juno caminando raudo junto con sus compañeros de armas.

—¿Tú no? De peores hemos salido —respondió Valerio seguro y tranquilo.

—Es verdad que hemos salido de peores, pero conseguir la victoria...

—También contamos con los soldados más veteranos de la *Legio* y con los auxiliares de Marcelo —ignoró el comentario derrotista.

—Creía que te olvidabas de nosotros —bromeó Marcelo Paulo.

—Hemos combatido en varias ocasiones codo con codo para saber la valía de tus hombres.

—Y el que casi la mitad de mis hombres sean hispanos no tiene nada que ver... ¿verdad? —volvió a bromear.

—Es un punto a favor —sonrió Valerio—. Aunque no el único.

—¡Claro que no! También tengo galos, como yo, algunos ligures^[22] y arqueros de varios puntos de oriente.

—¿Crees que conseguiremos algo de botín? —cuestionó interesado Marco Juno.

—Además de armamento, ropa y pieles, puede que algo de orfebrería, algún idolillo de piedra y con suerte algo de metal precioso en los jefes principales y caudillos de las tribus.

—Espero que más que la última vez...

—Si hacemos prisioneros podemos obtener beneficio con los mercaderes de esclavos.

—Lo único que espero es que no se nos ahoguen en el río huyendo como cobardes...

—Si salimos indemnes de esta, ya será mucho...

—Pero no has dicho que...

—Sé lo que he dicho, pero solo hay dos cosas ciertas en este mundo: una es que la suerte es decisiva, y otra es que los dioses han decidido nuestro destino.

—Pues espero que decidan que los bárbaros se rindan en masa.

—Esperemos que así sea, por Júpiter —dijo Valerio entre risas.

—Pero lo peor de todo es que no podremos disfrutar de sus mujeres —comentó Marcelo Paulo, siempre buscando satisfacer sus más bajos instintos.

—Sí, parece ser que se encuentran alejadas de aquí. A un par de jornadas. No creo que veamos ninguna. Te tendrás que esperar a que volvamos a *Vetera*^[23] o a que consigas un permiso —aclaró Marco Juno con su habitual toque puntilloso.

—No creo que pueda aguantar tanto sin probar una mujer.

—A todo se hace uno.

—Bien, compañeros, aquí hemos de separarnos —dijo el *primus pilus* en cuanto se le acercó Ditalkon, su sirviente, y le dio su casco—. Nos veremos en el estuario del río.

—Que Marte y Ceres te protejan —exclamó Marco Juno tras el saludo militar.

—Y a vosotros.

El *primus pilus* paseaba con calma entre los hombres al tiempo que se iba poniendo el yelmo con su distintiva cresta transversal. Todos tenían temor y unas enormes ganas de entrar en combate a la vez. Numerosos sentimientos recorrían la cabeza de aquellos hombres, rudos y peligrosos. Representaban lo más bajo de la sociedad: los vicios, las supersticiones, la violencia, la crueldad... Pero también los engranajes de una maquinaria militar bien engrasada: el orden, la disciplina, la eficacia, la templanza en combate... El entrenamiento habitual y el liderazgo ejercido por los centuriones habían beneficiado una preparación para el combate excepcional. Además, la inmensa mayoría eran veteranos, experimentados y no se asustaban con facilidad. No se puede olvidar una intendencia efectiva, que permitía a los soldados estar avituallados de todo lo necesario. Mucho había que agradecer a los Tribunos Fabio Sabino y Lucio Quintilio, cuyos contactos y su eficaz administración, minimizaban los problemas. Un tumulto desde el río provocó que la tropa se estremeciera. Cada vez se oía un poco más fuerte. Ya estaban

llegando. Los nervios empezaron a emerger como era habitual entre los hombres. Nada nuevo. Con orgullo y la cabeza bien alta pasaba Valerio entre sus hombres. Hacía dieciocho años que servía en el ejército romano. Había vivido esto varias veces. Sentía que los ojos de todos sus hombres estaban fijos en él, que de él dependía la actuación de todos, y eso le gustaba. La responsabilidad le hacía crecerse, esforzarse para no ser una deshonra para la *Legio*, la familia, los dioses y Roma misma. Su actitud altiva y flemática durante gran parte de las batallas o escaramuzas daba valor y confianza a los hombres.

Así, llegó a la primera línea, donde Casio, el *optio* de su centuria, le esperaba con dos escudos: el de Valerio y el suyo propio. Llevaba varios años en otras *Legium* con él y era de confianza. Valerio había escogido varios hombres para seguir su misma trayectoria militar. Ninguno de esos hombres se negó a seguirle. Casio estaba entre sus favoritos.

—Informe de las tropas —ordenó Valerio tras recibir el escudo.

—Están cruzando el río, Centurión. La tropa está dispuesta. Las tres primeras líneas tienen *pilum*^[24]. Las otras tres he dispuesto que no las llevaran, como ordenaste —respondió Casio tras el saludo militar.

—Perfecto —hizo una pausa y miró a su alrededor—. ¿Y has intercalado a los novicios entre la primera y la segunda línea?

—Sí. De todas formas no son más de una veintena. Casi todos en la segunda cohorte.

—¿Y los *signa*^[25]? ¿Dónde están?

—Ahí vienen —dijo señalando a su espalda.

—Entonces vete a la retaguardia, Casio.

—Centurión —saludó militarmente y se retiró.

Con la llegada de los *signa*, las cohortes estaban listas para combatir. Valerio mantenía su rostro sereno pero no perdía detalle de todo lo que le rodeaba.

—Tú eres nuevo, ¿no? —preguntó al *signifer*, un joven de poco más de veinte años tras mirarlo de arriba a abajo.

—Sí, Centurión —respondió nada más posar el mástil del estandarte en el suelo. En circunstancias normales, con la *Legio* al completo, no debería estar en una posición de tal relevancia.

—Sabes que te tendremos que reubicar cuando la ofensiva enemiga acabe.

—Lo sé, Centurión.

—Tu nombre —dijo tras una larga pausa y darle la espalda.

—Lucio Balbo.

—Hispano por lo que veo. ¿De los Balbos de Gadir?

—Así es, Centurión. Aunque mi familia es de orden secundario en cuanto a la clase privilegiada de Roma.

—Si lo hubieras sido, tu rango sería Tribuno y no *signifer*... ¿Tu primera batalla en campo abierto?

—Me temo que sí, Centurión.

—Pues entonces presta atención. En la última escaramuza mataron al anterior porque una lanza pasó por encima de mi escudo y terminó en su cuello —se dio la vuelta hacia él tras el comentario e hizo una pausa para que lo asimilara—. No pierdas detalle de las líneas enemigas. Atento a mis órdenes. Mantente pegado a mí, a menos que caiga, en cuyo caso retrocede cuando el que tengas detrás pueda ocupar tu puesto.

—Comprendido, Centurión.

—No olvides que llevas uno de los emblemas de honor de nuestra centuria, nuestra cohorte, nuestra *Legio*.

—No le decepcionaré, *domine*.

—No lo hagas o sufrirás las consecuencias —sentenció Valerio—. ¡Atención! ¡Las dos primeras líneas de combate, siéntense! —gritó e inmediatamente se ejecutó la orden.

—Centurión... ¿por qué ha ordenado eso?

—Para evitar que se lancen al combate antes de tiempo. Observa y aprende. El miedo siempre está al acecho, pero controlarlo y utilizarlo contra el enemigo puede marcar la diferencia entre derrota o victoria. Si te supera, estás perdido.

—No lo olvidaré, *domine*.

Los bárbaros decidieron organizarse en una formación típica: única y compacta. Empezaron, progresivamente, a formar en la primera colina. Por primera vez se estaban viendo las caras. Pero aún quedaba bastante para el choque entre los dos ejércitos. Una vez formados, los gritos e insultos inundaron el valle y su eco retumbó por todos lados. A los romanos les estaba terminantemente prohibido hacerlo hasta el primer contacto. La experiencia de los legionarios les decía que dar gritos era la reacción natural al miedo. Ellos tenían autocontrol y ahogaban esa necesidad natural de expulsarlo. Guardaban el miedo para transformarlo en odio en la batalla. Con el tiempo, se dieron cuenta de que eso mostraba mayor disciplina y cooperación entre todos los soldados. Eso sin contar que al enemigo le atemorizaba el silencio. Eran numerosas bandas de bárbaros coaligados: marsos, bructeros, y queruscos entre otros. A distancia, se conformaba como una masa difusa de

pieles, algo de hierro y madera de los escudos pintados en tonos ocre. Una masa temblorosa, hambrienta y que deseaba, tras numerosas refriegas sin ninguna importancia, un final fuese el que fuese. Valerio sabía que un soldado desesperado podía sacar fuerzas de donde fuera para obtener la victoria o replegarse a la mínima de cambio. Y eso solo dependía de los primeros choques de la batalla, donde su intervención era extremadamente vital. La superioridad numérica de los bárbaros los favorecía: su gran número los hacía una masa lenta, vacilante y torpe. Por otro lado, un ataque por oleadas no les convenía porque Roma tendría todas las de vencer en el primer ataque y los soldados que huyesen podían contagiar al resto de la tropa. La única forma que tenían de vencer era arrollando al centro de la formación romana; pasar por encima de Valerio y sus hombres.

El tiempo pasaba. Minutos como horas. La tropa se impacientaba, en especial el Prefecto Cornelio Prisco, que esperaba para dar la orden de disparar las catapultas y *ballistae*. Todos esperaban la orden del Tribuno Fabio, el cuál, aunque notaba las miradas de sus hombres sobre él, no dejaba de mirar al enemigo con una extraña sonrisa, montado sobre su semental blanco, en el flanco izquierdo romano, oculto a los ojos de los germanos, disfrutando la inminente victoria. Esta vez sería el principal oficial de la operación y quien se llevaría la gloria. Estaba totalmente convencido del éxito de la empresa, regocijándose cada segundo que pasaba como el culmen de su carrera militar hasta ahora. Desenfundó lentamente su hermosa espada, con la empuñadura realizada en nácar y lapislázuli, y bajó el brazo hacia a la panza de su caballo. Esperó unos segundos y con un rápido movimiento lo alzó. Acto seguido, el silencio sepulcral que había en la colina, se rompió al grito de ¡fuego! Y como si de una bandada de cuervos se tratase, una decena de objetos salieron al encuentro de los bárbaros que, inmovilizados por su formación y gran número, solo pudieron cubrirse lo mejor que podían con sus escudos. Pero no todos tenían. Los gritos anteriores cambiaron su tono a sorpresa, dolor, lamento y odio.

Vasijas con óleo, piedras o grandes dardos (los arqueros estaban casi fuera de alcance), lo mismo daba, los heridos se iban multiplicando y el pánico aumentando. Solo las vasijas que iban encendidas eran más visibles, los otros objetos solo se veían a corta distancia, ya que habían sido pintados de tal manera que se mimetizaban con el entorno. Pero, como muestra de valentía (rozando la temeridad y la locura), los jefes germanos contuvieron a las tropas

para que aguantaran la posición durante un breve lapso de tiempo. En las dos primeras andanadas dispararon todas las máquinas a la vez. La tercera y la cuarta de forma alternativa: el armamento ligero antes y el más pesado después, para evitar una fatiga excesiva en los servidores. Cuando se disponían a lanzar la quinta, el ejército enemigo empezó a descender la colina en busca de la infantería romana gritando con mayor ferocidad. Tras esto, Fabio y su caballería se dispusieron para el flanqueo.

Ahora les tocó el turno a los arqueros. Algo más de cuarenta arqueros sirios, escitas y cretenses, entre otras naciones, muy profesionales y con experiencia. La cadencia de tiro media entre ellos era de trece flechas por minuto. Aunque las bajas serían relativamente insignificantes en principio, sí refrenaban la carrera de los germanos, hacían menos violento el choque con la infantería. Valerio entonces se adelantó dos pasos a la primera línea de combate, miró a derecha e izquierda con orgullo y empezó a decir con voz clara y fuerte:

—*Commilitones*^[26], llegó el momento de expulsar a esos bárbaros de nuestra casa. Sé que no me decepcionareis. Recordad a vuestra familia, a vuestros dioses y antepasados, a vuestro hogar y por supuesto, recordad a quién defendéis: Roma. También debo recordaros que luchamos por la ofensa infringida a las *Legionis* de Varo^[27]... ¡Somos el testigo de Germánico! ¡Adelante, legionarios, por la gloria de Roma!

Y desenfundó su hermoso *gladius*, comenzando la línea a avanzar en orden, lenta y silenciosamente. El primer contacto estaba a punto de ocurrir. La respiración de los soldados se aceleraba, su odio florecía y las ganas de combatir comenzaban a ser tremendamente intensas. Ese era el estado natural del hombre antes de la batalla. Luego todo es estímulo, preparación, instinto y suerte, que nunca se debe olvidar, pensó Valerio.

—Recuerda Balbo, no pierdas detalle —aconsejó Valerio sin mirar atrás y sin dejar de marchar con el resto de la tropa.

—Estaré a la altura, Centurión —respondió en un tono que mostraba su inmenso nerviosismo.

—¡Alto! —ordenó. Acto seguido, la línea quedó fijada sobre una ligera elevación sobre el enemigo, lo que les beneficiaba—. ¡Prestos los *pila*! —Los otros oficiales menores repetían las órdenes y los demás ejecutaban—. ¡Ahora! —gritó tras una pausa.

Una andanada de *pila* se estrelló sobre la avanzadilla enemiga. Poco después le sucedió la segunda línea y, por último la tercera, por orden expresa de los oficiales. Fue la primera vez que se rompió el silencio en la batalla.

Aunque las bajas de esta arma no eran considerables, entorpecían la carrera de los que seguían a los primeros que caían heridos, muertos o que simplemente se paraban.

También hay que tener en cuenta que era un arma de difícil extracción, una vez clavado en un escudo o en una armadura del tipo que fuera. En el caso de un escudo, una vez incrustado en él, lo inutilizaba, teniendo que abandonarlo su portador. Valerio utilizó su silbato. A continuación, los soldados desenfundaron sus *gladius* y todos juntos cargaron dando unos pocos pasos, y rompiendo, finalmente, el silencio sepulcral, aunque no berreaban tanto como sus enemigos; sabían que debían oír con nitidez el silbato de sus oficiales y ya había demasiado ruido en el campo de batalla como para escucharlo con claridad. Arremetieron con sus grandes escudos rectangulares, conteniendo el ataque enemigo para que no traspasara la primera línea. Funcionó, la línea se estabilizó y los combates comenzaron realmente tras una fuerte acometida. La expresión de Valerio cambió a una sonrisa malévolamente y dejando de aguantar el embiste con su escudo, golpeó al rival de enfrente con la parte inferior al tiempo que con su mano derecha le clavaba la espada en el estómago. Con gran rapidez volvió a refugiarse tras él. Otro enemigo, intentando alcanzarle con una lanza, había desprotegido su pecho. Giró violentamente el escudo hacia la izquierda al tiempo que acompañaba la mano derecha y volvía a clavar su arma, esta vez por el costado izquierdo enemigo. En su vuelta a la posición defensiva lanzó un mandoble sobre otro, provocándole un profundísimo corte en el antebrazo derecho. Tras esto, tocó su silbato para el relevo de tropas. La primera línea se estaba cansando. Toda la operación se llevó a cabo en posición defensiva: escudos protegiendo de manera frontal y los *gladius* en la cintura. Así la primera línea retrocedió al tiempo que la segunda ocupaba su lugar en solo unos pocos segundos y ganando terreno. Esto era posible debido a la formación a intervalos entre las líneas de soldados. En la segunda y tercera línea había mayor número de veteranos experimentados en los que Valerio confiaba porque los otros eran veteranos por tiempo de servicio, pero sin apenas experiencia en combate. En este día, el combate era prácticamente continuo: normalmente los enemigos entraban en contacto y después se replegaban unos pasos atrás profiriendo insultos y gestos obscenos; poco después volvían a entrar en contacto y durante otro intervalo de tiempo variable se volvían a separar. El ejército que menos soportase la presión y las bajas huiría, lo cual significaría el fin de la batalla y el principio de la matanza. Valerio dio un rápido vistazo al frente, al tiempo que no perdía

detalle de sus hombres y del enemigo. Pudo percibir claramente que, pese a que estaban atacando a las tres cohortes principales, intentaban abrirse paso por el flanco derecho de Marco Juno. Los germanos no se habían dirigido al centro de la formación como había previsto el Tribuno Fabio. Era un momento confuso entre los oficiales porque, aunque la cohorte estaba aguantando valerosamente, la situación no podría continuar así mucho más. Había que hacer algo. El prefecto Cornelio Prisco tomó la determinación. Rápidamente reubicó la trayectoria de las máquinas, e igualmente a los arqueros, dando la orden de disparar sin contemplaciones. Calosio Domitio envió al manípulo de refuerzo al flanco derecho para evitar la huida y poder tener tropas de refresco. El momento era extremadamente delicado y crucial. Fue solo una medida temporal. Si la caballería no hacía que los germanos pusieran pies en polvorosa, todo estaría perdido. El contacto del hierro con la madera u otro hierro era continuo en el frente, si no en una posición, en otra. Las bajas aumentaban progresivamente en ambos bandos. Los soldados romanos, aunque operando como una unidad táctica conjunta, velaban por sí mismos contra el enemigo de enfrente. El *primus pilus* ahora tenía dificultades con un fuerte germano de largas trenzas pelirrojas, con un hacha asida con las dos manos. Cada golpe del arma le desestabilizaba un poco más. Acabaría perdiendo el equilibrio con el tiempo a este paso. Cuando el bárbaro volvió a levantar el hacha para golpear, Valerio arremetió con la parte inferior de su escudo sobre la rodilla derecha enemiga, partiéndola instantáneamente mientras que clavó su espada sobre la base del cuello del enemigo, al tiempo que este gritó como un condenado hasta que la extrajo y retornó a la posición inicial. Tocó su silbato para que la tercera línea ocupase la vanguardia. Había bajado la guardia un instante cuando una lanza golpeó fuertemente su escudo por el lateral derecho, haciéndole caer al suelo. Su *gladius* cayó fuera del alcance de su mano. Entonces, intentó desenvainar su *pugio* pero, al llevarlo en la cadera derecha, era dificultoso. Además, tenía el escudo encima protegiéndole de los incesantes golpes de dos bárbaros: uno con una espada y otro con una lanza. Cuando por fin pudo desenvainar su daga, de dimensiones considerables, el de la lanza se subió en lo alto del escudo y levantó su arma para el golpe decisivo. Valerio sacó su brazo derecho y le cortó los tendones de Aquiles, cayendo indefectiblemente de espaldas chillando como un cerdo degollado. Pero su alegría duró poco, el otro le pisó la mano, y se disponía a decapitar a Valerio con su espada, cuando un *gladius* le atravesó el cuello con una rapidez asombrosa.

—¡Arriba, Centurión! —gritó Lucio Balbo al tiempo que hacía molinetes con su arma y aguantaba el *signa* con su mano izquierda.

Todo había sucedido muy deprisa, lo cual no impidió una rápida reacción del oficial que, velozmente, retornó a su puesto, no sin antes hacerle un corte de manera transversal en la cara a uno que se estaba internando, valerosamente, en la fila, y rematar con la parte inferior de su escudo al que le había cortado los talones. Limpió su *pugio* con la capa y lo envainó mientras se guarecía con su escudo. El *signifer* le devolvió su *gladius*, recuperado del suelo. Tras el revés temporal, era el momento de intentar cambiar ese *statu quo*. Las líneas enemigas habían retrocedido una docena de pasos hacia unos instantes. Miró a sus hombres, muchos de confianza, guerreros valientes y experimentados, y miró el suelo, donde la sangre de los muertos y los heridos teñían sus pies de un color granate. Los de la siguiente fila sacaban a los heridos rápidamente y los llevaban a la retaguardia bajo las órdenes precisas de los *optii*.

Viendo esto, se encontró con un fuerte estado de turbación, examinó la situación y tomó una arriesgada decisión.

—¡A formar! —ordenó con voz grave y fuerte, tras lo cual dio un largo silbido.

Y en menos de tres segundos la línea se estabilizó: una pared de escudos listos para actuar.

—¡Ayudemos a la segunda cohorte! ¡Adelante!

Tras lo cual, avanzaron como si de un solo cuerpo se tratase. El objetivo era sencillo: formar un único frente en vez de tres. La reacción enemiga fue el desconcierto. Era como si los combates no hubiesen hecho mella en los romanos, y los enemigos retrocedieron asustados hasta que algunos se lanzaron temerariamente contra la línea y el resto les siguió. Así, la línea del frente se fijó y algunos de los germanos empezaron a vacilar.

En esos instantes de duda en el frente, el Tribuno Fabio Sabino estaba con su caballería viendo impasible cómo la situación era en extremo delicada, sin ordenar nada pese a la súplica de sus decuriones^[28]. Esperó unos segundos, sacó una *spatha*^[29] que estaba enfundada en la silla del caballo y ordenó cargar. Cuando Cornelio Prisco los vio aparecer, dio la señal para que las armas arrojadas que aún abrían fuego cesaran en su hostigamiento, mas los arqueros ya habían vaciado los carcajes. Los servidores de las armas de largo alcance estaban totalmente agotados y muchos se tiraron al suelo, exhaustos.

Simultáneamente, el enemigo se vio acosado por el centro, al tiempo que por su retaguardia la caballería auxiliar romana empezó a barrer. Parecía como si el Tribuno estuviera esperando a que eso ocurriera. Había llegado al límite la espera. Entre las filas romanas también cundía el desconcierto, la duda y el temor. Pero no de forma tan patente como en el lado bárbaro, solo un insignificante número de legionarios empezó a vacilar. Lo cual remediaron los *optii* con órdenes, bastonazos y serias amenazas. Pero las dudas sobre el resultado de la batalla cada vez provocaban mayor temor en los legionarios, pudiendo empezar las huidas en masa en cualquier momento.

La carga de caballería fue demoledora para el ánimo de los bárbaros. La sorpresa fue total y la oposición desorganizada e ineficaz. Ponía de manifiesto la superioridad romana en tácticas de combate. La carga atravesó totalmente la formación enemiga, provocando un caos monumental. Pero esto no fue suficiente como para que los germanos pusieran pies en polvorosa. Solo los más jóvenes e inexpertos empezaron a huir, y en reducido número.

—*Domine*, ¿qué hacemos? No ha tenido el efecto esperado... —preguntó confuso un Decurión una vez que atravesaron la posición de parte a parte y hubo reunido a todos los que lo habían logrado.

—¡Volver a cargar! ¡Y sin piedad! —ordenó el Tribuno con la respiración acelerada, los ojos desorbitados, el ceño fruncido y mostrando furiosamente los dientes, babeando—. ¡Adelante!

Rehicieron filas y volvieron a la carga con ferocidad. Entonces la retaguardia enemiga, expectante a la reacción de la caballería, comenzó a huir despavorida, contagiando, de forma inmediata, al resto del ejército. Comprendieron finalmente que habían perdido la iniciativa, el arrojo y, sobre todo, la voluntad de vencer. Fue el final de la batalla y el principio de la masacre. Valerio y sus hombres sonrieron al ver cómo lo peor había pasado ya. Era el momento de explotar la victoria lo máximo posible. Intentó contenerlos para que no se precipitaran en la persecución y fueran emboscados. Dio órdenes precisas de avanzar manteniendo una línea más o menos estable. Aún así, algunos de los escogidos del *primus pilus* como Macro, Druso, Vesper o Fulvio, se adelantaron unos pasos sedientos de sangre y empezaron a matar sin medida alguna. Tanto es así que Vesper se colgó a la espalda su escudo y desenfundó su *pugio* para matar más y mejor con sus dos armas blancas. Algunos germanos, los menos, luchaban sin esperanza manteniendo la posición. Otros ofrecían una resistencia mínima mientras huían. La mayoría, en la huida, daban la espalda al enemigo, permitiendo ser asesinados vilmente. Así, el suelo de la colina se tiñó de

sangre. Poco a poco, la furia inicial fue perdiendo empuje entre el cansancio y el retorno de la cordura, comenzando a capturar prisioneros en la parte alta de la última colina antes del río.

Una vez llegados a este, las complicaciones aumentaron para las hordas enemigas. Algunos consiguieron pasarlo pertrechados, pero la verdad es que la mayoría dejó atrás parte o el total de su armamento y equipo. Una decena se ahogaron al caer al río bajo el peso de su equipamiento. Pese a que no era especialmente profundo ese brazo de agua (poco más de cinco palmos en su parte más honda), el pánico de los soldados por huir facilitaba este tipo de muertes absurdas. Por último, tras un intento desesperado de combate, las rendiciones en masa se sucedieron, lo que significó el fin de la matanza.

Cuatro días después, por fin, todo había terminado realmente. Se había prolongado por la persecución de los que habían huido, que no eran pocos, además de los rezagados. Por esto, se dispuso que el manípulo de reserva, que no había intervenido directamente en la batalla, las tres últimas centurias de la primera cohorte, la caballería y los *numerii*, persiguieran sin tregua al enemigo. La cohorte auxiliar de Marcelo Paulo y la segunda cohorte (la más castigada durante la batalla), se quedarían en el campamento base. Por último, las dos primeras centurias de la primera cohorte asegurarían el perímetro, abriéndose en abanico, en busca de los que se hubiesen escondido en las inmediaciones. El objetivo era explotar al máximo la victoria y provocar el mayor daño posible para que a los próximos que volvieran a intentar acercarse a la frontera supieran qué porvenir les esperaba. También se clavaron varias decenas de cabezas en picas, a lo largo del principal camino de la zona, y se crucificaron, en esa misma vía, a dos prisioneros por intento de evasión con sangre romana de por medio. Los romanos que dudaron en la batalla no fueron castigados, pero sí advertidos que la benevolencia del Tribuno Fabio no se repetiría. La tarea que quedaba era restablecer los puestos defensivos del *limes* y dar cuenta del resultado de la batalla, ya que los germanos se retiraron con ciertas prisas hacia el Este, abandonando los pequeños puestos fronterizos arrebatados a los romanos. Así, bien alzado el sol del cuarto día, el manípulo de reserva se encontraba en las inmediaciones del campamento base. Todo había vuelto a la normalidad: los legionarios hacían sus trabajos ordinarios, patrullas, y la burocracia estaba otra vez en plena actividad. La administración tenía ahora una importante labor a llevar a cabo: muertos y heridos de los dos bandos, botín de guerra, recursos

alimentarios, establecer el *limes* de seguridad, reforzar los puestos de guardia... todo eso sin contar que había que informar al comandante de la *Legio*, al Legado provincial y a Roma. El hospital estaba colapsado por los numerosos heridos. Con el paso de los días habían disminuido el número de los mismos, para bien o para mal. Al menos, los que quedaban ya estaban estabilizados y controlados en su amplia mayoría. La sangre se pagaba con sangre. Hacía un sol radiante y limpio de nubes, perfecto para los hombres de origen mediterráneo en su mayoría. Por lo que Valerio y algunos hombres escogidos de su cohorte estaban con un *scriptorium*^[30] repasando notas e informes de las tropas llegadas del frente al aire libre. Estos eran el *optio* Casio, el *tesserarius*^[31] Vesper, el *librarius*^[32] Luphias y los legionarios Macro, Fulvio, Silvano y Druso. El Centurión estaba sentado en una *sella*^[33] junto a Luphias, que tomaba notas sin cesar. Uno hablaba, otro escribía. Casio y Vesper permanecían frente al *scriptorium*, con cara de pocos amigos, para mantener la cola y el orden. Macro, Fulvio, Silvano y Druso, sentados en el suelo más atrás, jugaban a los dados en su tiempo de descanso, sin perder detalle de lo que ocurría. No había una cola extensa, pero los legionarios y los oficiales menores que estaban en ella se impacientaban.

—¡Centurión Valerio! ¡Centurión Valerio! ¡Tengo un mensaje para urgente! —gritó casi sin resuello un legionario que venía a carrera limpia.

—¡A la cola! ¡Espera tu turno! —gruñó Vesper parándole con la mano derecha.

—¡Esto no tiene espera! ¡Es un mensaje urgente del Centurión Septimio Patérculo!

—Por tu bien, más vale que sea realmente importante —afirmó con aire soberbio Casio, al tiempo que cogía la tablilla de cera y se la entregaba a Valerio.

—Legionario, ¿has redactado tú la misiva? —preguntó tras leerlo detenidamente.

—No, Septimio Patérculo. Mis instrucciones eran entregárselo al *primus pilus*.

—Bien —sonrió de una manera extraña, chasqueando los dedos señalando al grupo de legionario ociosos—. Vesper, dale agua mientras Druso y yo cogemos los caballos. Nos guiarás. Casio, te dejo a cargo de esto.

—Sin problemas, Centurión —respondió el aludido, afirmando gravemente con la cabeza.

En un breve lapso de tiempo aparecieron con los caballos y, a galope tendido, salieron los tres del campamento. Cruzaron el valle, las colinas, vadearon el río y se internaron en el bosque por un sendero de tierra. Entonces, vieron gran cantidad de cuerpos insepultos de los enemigos. El hedor era extremadamente fuerte.

Avanzando al trote, vieron una carreta escoltada por media docena de legionarios. Contenía una parte del botín obtenido en la campaña. Se desviaron a la izquierda del camino y tras sortear numerosos árboles, vislumbraron una ciénaga nauseabunda. Se fueron acercando poco a poco hasta que sus ojos vieron con nitidez a una docena de legionarios con un número similar de germanos desarmados y sentados en círculo. Aunque dos figuras resaltaban sobre las demás: un Centurión romano y un germano de blancas trenzas, muy fornido y con numerosas cicatrices en sus brazos descubiertos. Se aproximaron los tres jinetes y bajándose de la montura, Valerio exclamó:

—¿Qué ocurre aquí? ¡Exijo que se me informe!

—Con el debido respeto, he pedido a un oficial ecuestre —rogó Septimio Patérculo al tiempo que saludaba militarmente.

—Si me mandaste la tablilla a mí es porque querías que yo viniera. Asumo la responsabilidad de lo que pase aquí.

—Se trata de este germano, *domine* —prosiguió aliviado. Era lo que deseaba oír—. Afirma ser uno de los caudillos principales de las huestes vencidas en combate. Deseaba audiencia con alguien con autoridad en la *Legio*.

—¿Y para esto me haces venir?

—También afirma tener información provechosa, pero que no dirá nada si no es aquí. Hemos intentado forzarlo, pero llevan ocultas dagas en sus ropajes, y si no cumplimos esta última voluntad, lucharán hasta la muerte. Pensé que era mejor dejarlos vivos para el desfile triunfal del Tribuno Fabio Sabino...

—Has hecho bien —interrumpió—. ¿Hay alguien que hable su lengua?

—Si. ¡Duro!

—Pidió permiso para orinar hace un instante, volverá enseguida —contestó un legionario.

—No importa. Lo haré yo mismo. Sé algo de las lenguas germanas —expresó molesto Valerio.

—¿*Domine*?

—Once años sirviendo en la frontera con los germanos y tracios. Antes, en otros lugares. Cuando uno lleva tantos años aquí, debería haber aprendido algo —se mostró indignado—. *¿Qué desea un germano de Roma?* —preguntó en una de las lenguas germanas.

El Jefe de las trenzas blancas como la nieve, le miró con cara extrañada y arqueó ligeramente la ceja. En ese silencio, el *primus pilus* notó como sus fuertes brazos estaban en tensión y como mantenía un control total de los estímulos. Estaba claro que estaba pendiente de todo lo que le rodeaba por lo que, aunque no entendiera nada de lo que decían, lo intuía. Estaba bien entrado en los cincuenta años, por lo que estratagemas conocería más de mil. Tendría que estar atento.

—*Curioso acento querusco* —respondió por fin el Jefe—. *¿Realmente eres uno de los líderes? No te diferencias demasiado de tu compañero.*

—*Soy Sexto Valerio, mando directamente a los soldados más veteranos y soy un líder respetado de la Legio. Si no te parece suficiente, es lo que vas a tener que aceptar* —contestó hablando en la misma lengua. Los matices eran importantes, como solía ocurrir, pero lo principal es que se entendían.

—*No deseaba ofenderte. Ya había oído tu nombre entre tu gente. Me alegra conocerte, aunque sea en tan funestas circunstancias.*

—*Abrevia los cumplidos, jefe de los germanos, tengo mucho que hacer.*

—*Puedo hacerte saber algo muy importante. Una traición.*

—*Prosigue.*

—*Antes de hablar, quiero pedirte a cambio unos favores.*

—*¿Favores? ¿Tanto va a cambiar mi vida esta información que me va a obligar a recompensarte?*

—*Así es.*

—*Si es de mi agrado lo que tus labios profieran, ya veremos que puede hacer Roma por ti* —contestó tras un largo silencio debido a la seguridad de aquel bárbaro.

—*Deseo que busques al último de mis hijos qué ha sobrevivido y que lo pongas bajo tu protección. También pido lo mismo para estos hombres y que me des una muerte honorable.*

—*Pides demasiado. Veré lo que puedo hacer.*

—*Sé que cumplirás con tu palabra. Si quieres que hable, te sugiero que nos alejemos algo. Hay demasiados oídos aquí.*

—*De acuerdo, pero deja tu daga.*

—*Es justo* —acto seguido, la tiró al suelo con rapidez. Casi era una espada corta.

Ambos se alejaron una docena de pasos y el germano habló durante un buen rato. Valerio frunció el ceño y se acarició babilla y labios con los dedos índice y pulgar. Cuando este acabó de exponer todo lo que tenía que decir, le entregó algo. El Centurión lo examinó, lo guardó en su zurrón y afirmó gravemente con la cabeza, entonces dialogaron unos minutos y volvió a acercarse a los legionarios.

—Liberad a los jóvenes y matad a los viejos —ordenó.

—Pero *domine*... —discrepó el otro Centurión.

—¡He dado una orden! ¡Y que se haga de forma rápida y digna! —cuando los soldados fueron a cumplir su cometido, el jefe enemigo afirmó levemente con la cabeza. Se dejaron matar con las armas en la mano los mayores y a los jóvenes se les dejó huir no sin antes quitarles todo lo que tuvieran de valor—. *Deseo saber tu nombre y tu pueblo* —profirió de nuevo en lengua bárbara.

—*Skelt. Mi pueblo está muy alejado de aquí, a varias semanas de camino. Dudo que hayas oído su nombre... Has de saber que la avaricia y la soberbia nos llevó aquí creyendo en una victoria rápida y fácil. Habéis dado una justa derrota a este viejo.*

Valerio mostró una sonrisa triste, desenfundó su *pugio* y se dispuso a finalizar con la vida del bárbaro, quien no apartó la vista de sus ojos.

—Has vencido porque tienes el alma corrompida por el dolor y el odio. Se nota el fuego de la cólera en tus ojos. No tienes miedo a la muerte. Diría incluso que la deseas —dijo Skelt con respeto.

—Yo soy un siervo de la muerte —contestó tras lo cual le cortó el cuello, una vez que este lo alzó, al tiempo que con su brazo lo aguantó para que no se desplomara. Después lo posó en el suelo lentamente, no sin cierta dificultad.

—Órdenes, domine —pidió Druso a su espalda junto con el Centurión.

—Que seis hombres quemen a este hombre con todos los honores militares. Respetadlo, ha sido un rival digno. De los demás sacad todo el botín posible. Una vez acabado, retornad al campamento. Druso, quiero los nombres de todos estos legionarios. Y Patérculo, una palabra de lo sucedido aquí de alguno de tus hombres o de ti mismo, y os flagelaré a todos hasta la muerte para cerciorarme de que no volverá a ocurrir.

—Sí, domine, no será necesario. ¡Ya habéis oído! ¡Venga vamos! —contestó nervioso.

—Druso, vigila que mis órdenes se cumplen. Yo me voy al galope. Tengo mucho trabajo por delante...

Su favorito posó la mano sobre su *gladius*, tornando su mirada hostil y seria, ojo avizor mientras se cumplían las órdenes en un silencio sepulcral.

Valerio montó de nuevo en su corcel y se fue al trote, apesadumbrado, algo perturbado.

CONJURA DE COBARDES

INCERTIDUMBRE. Era lo que sentía Valerio en su tienda cuando se acostó algo después de la puesta de sol. Estaba agotado tras varios días de intenso ajeteo. Pero no concilió con facilidad el sueño. Las rencillas internas romanas y la política eran lo que más temor le provocaba a cualquier oficial menor en tiempos de paz. Casi más que un motín. Al mismo tiempo, también tenía sus propios fantasmas que por la noche iban a visitarle en sus sueños. Sin embargo, el cansancio hizo que se durmiera en su tienda. Amaneciendo, en el duermevela, notó una cálida presencia a su espalda, delicada y tierna, que le daba seguridad aun sin saber quién era. Se giró lentamente y como si de una bella ninfa se tratara, encontró a Lydia, su mujer, tumbada bocabajo en su lecho. Las luces del amanecer acentuaban el blanco de la larga túnica que llevaba, al tiempo que realzaba el ligero moreno de su piel. Su barbilla se partía por un pequeño hoyuelo que su esposo adoraba. Su boca, con dientes casi parejos y labios suaves, delicados y ligeramente humedecidos. Su nariz de ligero contorno. Sus grandes ojos de color miel, de mirada intensa, destacaban con un brillo especial, casi acuoso. Su pelo largo, moreno y con rizos en sus puntas que se deslizaban con delicadeza por su espalda desnuda. Su figura, estilizada y en perfecta armonía. Una belleza sin par.

Una sensación de profundo bienestar inundó a Valerio. No recordaba la última vez que se sintió tan bien. Y por ello, una sonrisa de felicidad inundó su cara, al tiempo que sus ojos se humedecían levemente. Ella le devolvía la sonrisa y le miraba tiernamente.

—Hace tiempo que te esperaba —susurró Valerio.

—He venido lo antes posible. Sabes que vengo menos de lo que querría —explicó en el mismo tono.

—Te echo mucho de menos. Demasiado. Ha sido casi insoportable.

—Nos vemos el tiempo que nuestro Dios dispone.

—Y me siento perdido por ello.

—Sabes que cada cosa tiene un motivo para que suceda, aunque no sepamos por qué. El Dios Supremo tiene algo preparado para ti. Algo grande.

—Perdí toda ambición hace años.

—No se trata de ambición cariño, tienes todavía grandes cosas que hacer. No todo es riqueza y poder. ¿Cuántas veces hemos leído a los filósofos estoicos? No es más feliz el que más tiene, si no el que menos necesita. De ti dependen muchos.

—Solo necesito encontrar la paz en mi alma, y a ti.

—A mí siempre me has tenido. Siempre he sido tuya, y siempre estaremos unidos. Pase lo que pase. La paz la conseguirás con el tiempo.

—¿Por qué te fuiste? ¿Por qué no me dejas ir contigo? —expresó de manera sentida y con una lágrima furtiva recorriendo una de sus mejillas.

—Ya te lo he dicho, esposo mío, tu tarea no ha terminado. Recuerda que te quiero, y que siempre te querré. Ahora debo dejarte, te esperan.

—¡No, por favor!, ¡no te vayas!

Entonces le empujó suavemente el rostro en dirección contraria, viendo a Luphias, que estaba en la puerta de su tienda, aseado y con una tablilla de madera colgando del pecho. Volvió a girarse pero Lydia ya no estaba. ¿Había sido un sueño? ¿Una alucinación? ¿La había enviado el ente superior que les gobernaba? Se iba a volver loco con tantas preguntas de las que no podía obtener respuesta. Lo mejor era no intentar buscar explicación. En cualquier caso, no podía entender qué significaba aquello. Lydia hacía muchos años que había fallecido, pero él no la había olvidado. Era la única mujer de la que había estado profundamente enamorado. La tenía presente todos los días y muchas cosas de su vida cotidiana le recordaban a ella. Solo en sus tareas ordinarias (la instrucción, durante las marchas o en el combate), podía obviarla con facilidad. Por ello era tan bueno en su profesión. Fuese lo que fuese, percibió el agradable aroma de su piel en la manta sobre la que estaba acostado y una cálida calma lo invadió, perdiendo la pesada sensación de incertidumbre que sentía.

Así pues, se levantó de su lecho y miró al legionario. Llevaba un rato meditando sobre qué podía ser, mientras este permanecía en su puesto en silencio, en espera de que su *domine* dijera algo.

—Adelante, Luphias, adelante...

—Buenos días, Centurión. El Tribuno Fabio me ha pedido que en cuanto esté aseado, acuda a la tienda del Tribuno Lucio Quinctilio.

—Era de esperar. De acuerdo, ¿quién está ahí contigo?

—Macro, *domine* —contestó.

—Busca a Ditalkon para que me ayude a vestirme —se dirigió al legionario.

—Enseguida.
—Y tú, Luphias, entra. Solo tengo para beber agua... —ofreció Valerio al tiempo que se echaba un vaso.
—No, gracias.
—Siéntate, y dime ¿están las cifras fijadas?
—Más o menos sí.
—¿Y el prisionero que te pedí que buscaras?
—No lo he encontrado aún. Pero falta poco. Hemos agrupado a los prisioneros por tribus. Calculo que me quedarán solo media docena.
—No te demores.
—No, Centurión.
—Dame las tablillas. Luego te mandaré llamar. Espero que lo hayas encontrado entonces. Te puedes retirar —saludó militarmente y desapareció por la entrada de la tienda al tiempo que Ditalkon aparecía.
—¿Listo, *domine*? —preguntó, trayendo la palangana con agua caliente.
—No soy tu *domine*. Ya no...
—Para mí siempre lo ha sido, y siempre lo será. Tiene muy buen aspecto hoy.
—Alguien ha influido en mi estado de ánimo.
—Comprendo...

Minutos después, en la tienda del Tribuno Lucio Quinctilio, este se encontraba sentado en una austera *sella* con las dos manos en la cara. Llevaba el uniforme de combate, aunque desarmado. No obstante, nada de esto se veía porque una gruesa manta le rodeaba el cuerpo. El frío se apoderaba de él. Respiraba con dificultad y tenía un aspecto mortecino: la tez blanca, los pómulos marcados y grandes ojeras.

Pese a ser un hombre de fuerte complexión, el tiempo y la dura vida militar habían hecho mella en él. Se trataba de un hombre maduro que parecía haber envejecido súbitamente. Pero sin duda, era la tisis la que estaba acabando con él. Mejoraba, empeoraba, mejoraba, empeoraba... así pasaba los días, deseando que su agonía acabase de una vez desde cinco meses atrás. Lástima que en Roma no se conociera la cura definitiva a la enfermedad. Contemplaba la rica decoración de su tienda, meditando sobre el valor de toda esa riqueza. De nada servía si su salud pendía de un hilo. Un legionario de confianza velaba constantemente por él para que no le faltara de nada. El propio Tribuno Fabio quería estar informado de sus necesidades, con el fin de

saber su estado diario mediante una segunda opinión. En ese momento, entró en la tienda y le tendió un vaso con caldo de verduras caliente. Se sentó con él para hacerle compañía. No sin antes dar instrucciones para impedir que nadie entrara. Solo un soldado-esclavo oriental y los oficiales sabían del estado del Tribuno por deseo propio. Hasta el momento no había habido filtraciones de información.

—*Domine*, el Tribuno Cneo Fabio Sabino y el Centurión Sexto Valerio —dijo el soldado oriental que guardaba la puerta.

—Que pasen. Les estaba esperando.

Entraron sin demora. Ambos estaban perfectamente aseados y uniformados, pero sin los yelmos, innecesarios una vez acabada la batalla. Parecía una reunión de oficiales para resolver temas administrativos. Ambos Tribunos se encargaban de la intendencia del campamento.

—Salve, Lucio Quintilio. ¿Cómo te encuentras hoy? —saludó Fabio al tiempo que Valerio saludaba militarmente en silencio. No quería interrumpir.

—No muy bien, demasiado ajeteo en estos días.

—Ayer estabas mejor.

—Pero empeoré por la noche. Supongo que no vendréis solo para hacerme una visita de cortesía, ¿no?

—Así es —sonrió—. Nunca te ha gustado perder el tiempo.

—Flavio, trae algo de comer y vino. Luego retírate.

Sirvió vino para los dos oficiales en unos rústicos vasos de cerámica tras sentarse cada uno en una *sella* frente al anfitrión, formando un pequeño triángulo en el centro de la tienda. Puso un par de bandejas con pescado seco y pan. Una vez que se hubo marchado, los tres prosiguieron en su conversación.

—¿No confías en él? —preguntó Fabio.

—En la *Legio* no te puedes fiar de nadie —respondió Quintilio.

—Pero si lo elegí yo —dijo ofuscado.

—Por eso mismo. Uno no puede bajar la guardia. Ese es uno de los motivos por los que he vivido tantos años... ¿qué ha pasado?

—Intrigas políticas.

—Primero las cifras y luego pasemos al asunto. Así podremos alegar un motivo de reunión si se nos acusa de conspiración.

—¿Hasta para una reunión hay que tener coartada?

—Ya te lo he dicho: si he vivido tantos años es precisamente por tomar todas las precauciones posibles. A ver, Valerio, bajas romanas a lo largo de todos estos últimos cinco días.

—45 muertos y 128 heridos. De esos heridos, 37 tienen mutilaciones o han quedado inútiles para el servicio. Además de 6 ausentes, con seguridad, desertores —contestó firmemente.

—Muy pocas.

—Licinio Lúculo, el médico principal del campamento, dice que ha habido mucha suerte. No ha llovido en varios días, clima suave, pocas infecciones y prácticamente ausencia de enfermedades. Asegura que, al menos, la mitad de los heridos vivirán seguro. Los otros están en manos de los Dioses. Casi una treintena han sufrido heridas leves y han vuelto ya al servicio.

—Sigue siendo un resultado excelente. ¿Bajas enemigas?

—El cómputo es aproximado. Posiblemente, casi dos millares de enemigos durante todo el día de la batalla. Los días sucesivos calculamos que unos 150 muertos más.

—¿Prisioneros?

—768 combatientes más 39 mujeres y 24 niños que capturamos en un campamento enemigo a diez *miliarium*^[34] al Noreste del campamento base. Los he puesto a buen recaudo para que la tropa no abuse de ellos. Nos saldrán más rentables si están indemnes.

—Inteligente decisión. ¿Cuántos han escapado?

—No sabría decir, pero dudo mucho que superen el millar. Eran más de lo esperado.

—Fabio, has alcanzado la mayor victoria de tu carrera. Puede significar tu ansiado ascenso o el principio de tu fin.

—¿Por qué dices eso? —preguntó extrañado Fabio.

—Sé que, como miembro de clase patricia, se te ha negado una posición militar que mereces por linaje y por méritos. Pero la astucia es tu mejor baza. No debes ofender ni al comandante ni al Legado provincial.

—Precisamente de ellos te quería hablar. Valerio tiene una información que nos interesa a todos.

—Habla, hijo mío.

—Ayer tuve un encuentro con uno de los caudillos que comandaban la expedición —Valerio explicaba con tono atemorizado, casi como un niño contando una travesura. Todo esto le incomodaba—. Él me garantizó que, a cambio de una serie de favores, me daría esta información.

—Al grano, Centurión.

—Pues bien, me aseguró que un enviado del Legado de la Germania Inferior se encontró con los principales caudillos germanos a treinta *miliarium*

de la frontera. Quería proponerle un acuerdo secreto que beneficiara a ambas partes.

—¿Qué clase de acuerdo? —preguntó curioso y extrañado. Un acuerdo anterior al combate era síntoma de cobardía.

—Le proponía que atacara al Noreste de la frontera dejándole tres semanas para que saqueara a su gusto, tras las cuales llegaría como un salvador por haber restablecido el orden. Al mismo tiempo acababa con un oficial que le era molesto.

—No me termina de convencer... ¿Seguro que no era una estratagema de ese germano?

Acto seguido, Valerio sacó de su zurrón un objeto y lo posó sobre la mesa donde estaba la comida.

—Esto me lo dio el jefe germano.

Se trataba de una medalla honorífica de plata con el sello del Legado.

—¿Por qué tenía una de estas? —dudó Quintilio.

—Como prueba de amistad, regaló medallas entre los caudillos que se mostraron leales, incluyendo una declaración de vasallaje a Roma y al propio Legado.

—Creo poco probable que entregara algo que le pudiese delatar.

—Solo si estuviera totalmente convencido de la victoria germana y de que la derrota no era una opción.

—Y si estaba tan seguro, ¿por qué entonces fallaron en su tentativa?

—Muchos jefes estaban recelosos ante la actitud de Roma. Algunos de ellos decidieron actuar por libre. Pero los que atacaron más al Sur se acercaron demasiado a los fortines de avanzadilla de *Vetera*, teniendo que volver hacia el Norte y el Este. De eso se enteraron después de su derrota.

—¿Por qué el Legado se decidió entonces a atacar?

—No tendría más remedio. Estaban demasiado cerca de su radio de acción y fuera del límite que les puso.

—¿Y por qué no se han encontrado más medallas como esa?

—Según el Jefe, los otros principales que aceptaron el pacto escaparon cuando vieron la batalla perdida. Es más, al perder el apoyo de los caudillos menores que fueron al Sur, decidieron quedarse atrás, sin participar de forma activa en la batalla.

—¿Y él por qué no?

—Era de una lejana región y no pensaba dejar morir a sus hombres solos.

—Nada de esto tiene ningún sentido.

—Sabía de la popularidad de Fabio y las victorias de los últimos años en otras provincias. Aunque ha logrado que no tuvieran eco en los oídos del César y el Senado, las hazañas militares se han extendido entre la tropa. Más aún, los caucos han devastado las provincias germanas, y muchos de los supervivientes de los otros pueblos germanos que atacaron la frontera se han unido a ellos, y parece que Fabio es el único oficial con talento y renombre que hace algo para remediarlo.

—De acuerdo. Pongamos que todo esto es verdad. ¿Qué piensas hacer?

—Todavía no lo sé. Por eso he venido: a pedirte consejo. Aunque de lo que estoy seguro es de que no va a quedar impune de esta trama —destacó Fabio tornando el tono de su voz colérico al tiempo que apretaba los puños.

—Sería un error hacerlo directamente —contuvo Quinctilio.

—¿Quieres que exponga el caso al César?

—Sería aún peor. El destierro sería lo mejor que te podría pasar, si no te matan antes.

—¿Y por qué no me ha intentado matar?

—Supongo que es consciente de tu popularidad y no quiere granjearse el odio de la *Legio*; más aún si tiene aspiraciones políticas...

—Entonces...

Hizo una larga pausa, para reflexionar con profundidad. Silencio absoluto.

—Solo hay una manera... —respondió finalmente.

—¿Matarlo?

—Es demasiado pronto. Paciencia, aún no. Antes hay que atacar donde más le duele.

—¿A la familia?

—No, muchacho. Eso significaría una lucha a muerte que se cobraría muchas vidas. Me refiero a un punto débil.

—¿Y ese punto débil es...?

—Su orgullo. Utiliza tu popularidad contra él. Es tu mejor arma y con la que no podrás combatirte. Al mismo tiempo, te asegurará la supervivencia.

—Imagino que tienes un plan.

—Desde luego...

Acabada la reunión, Valerio salió más relajado. La solución planteada por Quinctilio podía ser efectiva, menos sangrienta y por supuesto, menos peligrosa que las alternativas planteadas por Fabio. Al menos en un primer momento. Sin quererlo, se había visto envuelto en esta trama en la que

hubiera preferido no haber estado involucrado. Pero su oficial superior sabía que era un soldado leal, competente, respetado y discreto. Perfecto para sus pretensiones. Aunque ya habían adquirido amistad en varias campañas, enzarzarse en una lucha interna no le agradaba lo más mínimo. Quinctilio era un punto a favor. Muy bien relacionado, avisado y con gran capacidad para adaptarse a la situación. Un apoyo excelente. Además, el que fuese amigo íntimo de los restos de la familia de Fabio, aseguraba la lealtad, aunque directamente no se involucrara en los hechos.

No obstante, ahora poco podía hacer, excepto seguir ojo avizor y mantenerse despierto por si oía algo o por si el peligro acechaba. El Tribuno debía mover ficha. Pese a que, como dijo antes, no tenía aspiraciones, si todo salía bien podía aumentar su *status* social y el de sus favoritos. Se dirigió hacia la zona del campamento donde estaba emplazada su cohorte con paso firme y relajado. El sol estaba llegando al cenit y la temperatura era agradable. La actividad en el campamento se había vuelto más tranquila que en los últimos días. Los legionarios volvían a las actividades rutinarias: limpieza, vigilancia, reforzamiento las defensas del campamento, reparación del equipamiento,... Paseaba contemplando cómo todo volvía a la normalidad con una idea perturbadora en la cabeza: nada queda, todo pasa; nadie se acordará de los que hace días se han ido y ya no volverán jamás (excepto sus seres queridos), junto con los grandes sacrificios en pos del orden y la civilización. Pero así es la vida, un continuo devenir.

Encontró a Casio por el camino. Terminaba de dar órdenes concretas a unos soldados. Una vez que acabó, se dirigió a Valerio. Le informó de que Lughias seguía en el exterior del campamento, donde estaban agrupados los prisioneros y futuros esclavos.

Llegado allí, empezó la búsqueda entre las toscas jaulas de madera. El panorama era desolador: encerrados como animales, demacrados, sucios, maltratados en ocasiones y la misma mirada vacía en sus ojos. Eso sin contar con un repugnante hedor (no es que el campamento oliera a rosas, pero esto llegaba a niveles que hasta un cerdo daría arcadas). Pero lo que más sorprendía era el silencio inquebrantable de los prisioneros. Los legionarios se habían acostumbrado a ello. No obstante, a medida que se acercara el día de mercado, serían mejor cuidados para su venta. Muchos de ellos serían destinados a los más duros trabajos: las minas o las galeras.

Por otro lado, no es que los romanos fueran peor que sus enemigos; este tipo de brutalidades era relativamente común en la antigüedad y en todos los pueblos en mayor o menor medida. Aún así, Valerio no podía evitar

estremecerse al pasar por allí; hacía días, esos desechos, habían sido guerreros orgullosos que buscaban botín, seguros de la victoria. Paradojas del destino.

Tras un rato deambulando solo y sin mirar a ningún soldado, encontró a su hombre descansando con Macro, tumbados sobre un montón de paja un poco aparte.

—¿Descansando, Luphías? —dijo Valerio con un tono mesurado.

—¡Centurión! —expresó Macro con un sobresalto que puso a ambos de pie.

—Tranquilos, tranquilos. No pasa nada —sonrió—. ¿Tienes lo que te pedí?

—Así es. Ya lo he encontrado —respondió al tiempo que tomaba unas tablillas—. Lo he separado del resto.

—¿Hay alguien más de su pueblo?

—No, no ha habido más prisioneros. Por eso ha sido tan difícil.

—Veámoslo. Guíame.

Luphías lo guio entre aquellas jaulas al aire libre, señalando la última. Se encontraba relativamente cerca de la primera línea de árboles y estaba custodiada por un legionario. Era de pequeño tamaño, cabía una persona y con dificultad. Ese individuo era un hombre joven, de largos cabellos pelirrojos, de complexión fuerte y mirada turbadora. No podía negar el parecido con su padre. Sentado con manos y piernas cruzadas, tampoco perdía detalle de todo lo que le rodeaba. No tenía esa mirada vacía en sus ojos, ni tan mal aspecto como Valerio se había imaginado que tendría.

—Es tu día de suerte, legionario. Puedes irte —ordenó una vez que estuvo a pocos pasos de él.

Una vez que se fue sin chistar, dio una pequeña vuelta entorno a la jaula. Hubo un cruce de miradas en las que vio el odio contenido.

—*He venido a hablarte* —explicó en germano.

—*¿De qué tendría que hablar contigo?* —preguntó sereno y con arrogancia tras una larga pausa. Le extrañó que un oficial romano quisiera tener una conversación con un futuro esclavo.

—*De tu padre.*

—*Yo también me acuerdo del tuyo* —respondió con una mirada irónica y que buscaba la provocación.

—*Skelt ¿verdad?*

Entonces se puso en pie y se agarró a los barrotes. Era muy alto, le podía sacar una cabeza o más a Valerio. Acto seguido se sentó conteniendo su cólera.

—*Tu reacción te ha delatado. Aún así, tienes la sensatez de controlarte. Es peligroso ser el hijo de un jefe... Tu padre hizo un acuerdo conmigo. Si me ayudaba, yo le ayudaría. Me pidió que te pusiera bajo mi protección.*

—*¿Y qué te hace pensar que quiero estar bajo tu protección?* —contestó de manera lenta y parsimoniosa, sin mirarle.

—*¿Sabes qué destino te espera? Seguramente te mandarán a alguna de las minas de Hispania o Cartago, donde las condiciones son tan duras que la media de vida es inferior a tres años, o aún peor, a galeras donde la mayoría no dura ni un año.*

—*No tengo miedo a morir. Estoy muerto en vida.*

—*Veo que con mis palabras no voy a conseguir disuadirte* —explicó Valerio empezando a perder la paciencia tras un largo silencio y una vuelta alrededor de la jaula—. *A ver si esto te hace cambiar de opinión.*

Entonces le dio un collar de piedras pintadas, intercaladas con dientes de jabalí. El bárbaro lo miró con detenimiento durante un rato. Sus ojos se humedecieron muy levemente.

—*No se lo quitó. Me lo entregó para que te lo diera a ti en el caso de que no creyeras mis palabras.*

—*No termino de crérmelo. ¿Por qué haría mi padre un acuerdo contigo?* —le recriminó sin mirarle y con una gran furia contenida.

—*Para salvarte.*

—*No es propio de él.*

—*Eres su hijo. Quería proteger a los suyos. A su estirpe, y más aún en una guerra que no era realmente, la suya, según me contó.*

—*Bien, pero ha sido en vano. No voy a aceptar ser tu esclavo.*

—*Tu padre tenía razón: eres testarudo como un mulo. También me pidió que te dijera algo: «El guerrero sabio solo combate cuando tiene la victoria asegurada».*

Le miró entonces con una extraña expresión. Se acarició la barbilla y miró a su alrededor.

—*Sí. Eso es propio de mi padre.*

—*Si me sirves bien, te libentaré pronto. No creo que te necesite más de dos o tres años. Entonces podrás volver con tu familia.*

—*Están muy lejos.*

—*Si no lo haces, te aseguro que tus posibilidades de volver a verlos son nulas.*

—*¿No tengo elección?*

—*Si quieres recuperar tu libertad, honrar a tu padre, volver a tu hogar y recuperar tu dignidad, es el único camino. Pero debes tomar la decisión ahora.*

Siguió rascándose la barbilla, pero ahora mirando al infinito. Se había serenado, viendo las cosas de otra manera, sin que la cólera nublara su juicio.

—*Sea.*

—*A cambio, espero lealtad hasta la muerte. Si intentas rebelarte o traicionarme, ningún guerrero, ejército o dios te podrá proteger de mi crueldad.*

—*Si conocías a mi padre, ya deberías saber que el honor es fundamental en nuestra familia, en nuestra cultura, en nuestro pueblo.*

—*Que así sea* —sentenció, acercándole la mano para que la besara. El germano vaciló durante unos segundos, tras los cuales, besó el anillo con desgana y los ojos cerrados—. Sacadlo de ahí. Aseadlo, devolvedle sus pertenencias y que se quede en mi tienda —ordenó a sus hombres.

—El Tribuno Fabio... ¿lo aprueba? —Se atrevió a cuestionar Luphias.

—¿Por quién me tomas? —le recriminó, molesto.

—¿Lo encadenamos, domine? —preguntó Macro para olvidar el asunto.

—No hace falta, aunque no le dejéis arma alguna de momento —previno Valerio al tiempo que se alejaba lentamente—. Otra cosa, Luphias.

—Centurión...

—¿Te acuerdas del nombre del signifer de nuestra centuria en la batalla pasada?

—Lo tengo apuntado...

—Lucio Balbo... Mantenlo en nuestra cohorte e inclúyelo, si lo desea, entre mis favoritos. Además, proponlo como nuevo integrante de nuestra comunidad.

—No será fácil, Valerio —bajó la voz—. Es joven y hay gente más antigua que desea esa posición.

—No me importa. Hazlo.

—*Domine...* —no tentó a la suerte por segunda vez. Saludó militarmente y se puso en marcha.

Cumpliendo su palabra de honor podía conseguir una valiosa alianza o una muerte inesperada por su nuevo esclavo. Confiaba en que el Dios supremo dirimiera su suerte. Aun así, algo en su interior le decía que había sido una sabia decisión y que se sintiera seguro, que nada ocurriría.

Así pues dirigió sus pasos al campamento. Había un ejército que organizar, unos puestos de vigilancia que reordenar y una vuelta al

campamento que llevar a cabo...

Hacía seis días que al campamento de *Vetera* había llegado la noticia de la victoria. Los legionarios de la *Legio XV Primigenia* y los hombres que no participaron de la *Legio V Alaudae* mostraron vivamente su alegría. Más aún cuando comenzaron a llegar los primeros soldados del frente. La *Legio XV Primigenia* no había conseguido una gran victoria. Por el contrario, muchas bandas de germanos, en especial los caucos, se habían escurrido entre los dedos de la *Legio*, ganando, los romanos, solo en algunas escaramuzas.

Eso les convirtió en héroes y encolerizó al Legado. Consiguió, no obstante, de manera inteligente, minimizar su pifia y la destrucción de los caucos de cara al público. Por lo menos, de momento. Los combates proseguían.

Soportó el desfile de las primeras tropas que habían regresado, la llegada de los prisioneros e incluso los mensajes que le fueron enviados por sus oficiales. Cuando el contingente militar hubo pasado, se retiró a su alojamiento tremendamente enfurecido, seguido de Calosio Domitio, que había llegado a la cabeza de los primeros hombres, y Ásper, un liberto del Legado, astuto y ambicioso, mano derecha y cerebro pensante de su amo.

—¡No puede ser! ¡Por qué diablos esos germanos no me han hecho caso!
—gritaba fuera de sí el Legado, una vez en el interior de sus dependencias.

—Cálmese, *domine* —dijo Calosio Domitio de forma tranquila y escanciándole una copa de vino una vez que este puso sus manos sobre una mesa con actitud abatida.

—¿Cómo quieres que me calme? Un plan perfectamente planeado y ejecutado desde hace meses se ha ido al traste por la negligencia de unos bárbaros. Podía haberlos aplastado, pero preferí usarlos. ¡Todos hubiéramos ganado!

—*Domine*, lo hecho, hecho está; hay que asumir la realidad y buscar una solución —razonó Ásper desde el otro lado de la habitación, un poco más retirado y observando la situación con la mirada de halcón que le caracterizaba. Hablaba antes de que su amo se refiriera a él. Se trataba de un atrevimiento que se le permitía debido a su inteligencia.

—En eso tienes razón. Lo primero que debemos saber es si Fabio sabe algo. Domitio, tú has estado allí con él, ¿crees que sabe algo?

—No puedo estar totalmente seguro, pero ni yo he visto nada que pueda hacerme pensar que sabe algo, ni mis espías me han informado de nada

sospechoso.

—¿Reuniones nocturnas? ¿Comentarios entre la tropa?

—Una sola reunión para temas logísticos entre Fabio y Quinctilio. Lo normal. Entre la tropa corren rumores sobre la tardanza de los efectivos desde el campamento base. Pero nada concluyente, ni fuera de lo normal, además de que nadie se atreve a señalar con el dedo al culpable del hecho.

—Pero...

—Pero Fabio no es estúpido. Se imaginará que ha sido una treta no haberle mandado más que unos insignificantes contingentes de soldados. No obstante, dudo que haya llegado más allá. Además, he interceptado cuatro de las siete medallas que diste. Supongo que las otras dos escaparon con sus dueños. No están entre el botín.

—Comprendo...

—Mis confidentes tampoco han oído nada fuera de lo normal —prosiguió Calosio Domitio.

—Define fuera de lo normal.

—Habladurías de la tropa... el problema está cuando dejan de quejarse... —tardó en responder y se notó su desconfianza al hacerlo.

—¡Yo juzgaré si están fuera de lo normal! ¿Está claro?

—Sí, *domine*.

—En adelante no des por supuesto nada.

—Sí, Legado —tras responder, el Legado terminó la copa de vino, se sentó en un trono, apoyando sus codos en una mesa baja y sus manos en la cara. Calosio Domitio consideró oportuno hacer la pregunta clave—. *Domine*, con el debido respeto, ¿por qué le tiene tanto odio a Fabio?

—Te gustaría saber el porqué de todo esto, ¿no?

Había apostado demasiado con una cuestión que tal vez no debiera haber preguntado. Cuanto menos supiera, al menos de cara al público, mejor. Así pues, no había vuelta atrás, se tomó su tiempo paseando hasta la puerta fingiendo preocupación por si alguien escuchaba, y decidió seguir adelante.

—No es la curiosidad lo que me motiva, *domine*, sino que tal vez pueda servir de algo saber las razones para aplicar una solución práctica.

Ásper lo miró con una sonrisa en la cara. «Llegará lejos este chico si se lo propone». Sabía salir de una situación comprometida con facilidad y la intemperancia de su juventud, la perdería poco a poco, con una madurez sentada en la razón y la ambición.

—De acuerdo, Tribuno, hablemos sobre ello. Toma asiento, por favor... —sentenció el Legado una vez que se hubo relajado y aceptando el

argumento con notable facilidad—. El Tribuno Cneo Fabio Sabino procede de una noble familia, muy antigua, de larga tradición. Es de las pocas familias de larga estirpe que sobrevive desde la depuración del divino Augusto y sus descendientes. Mi familia, en cambio, era ecuestre hasta la llegada del divino Augusto. Soy la segunda generación senatorial.

—No comprendo...

—Su familia ha pasado desapercibida durante varias generaciones debido al clima político. Sin embargo, Fabio ha decidido hacer carrera militar y, supongo, que política más adelante. Su linaje es más puro que el mío. Podría hacerme sombra en mi carrera.

—*Domine*, su magistratura acaba el año que viene... Pronto dejará la Germania y no volverá a verlo.

—Sigues sin comprender —comentó mirando a Ásper con suspicacia—. Vaya donde vaya, sigue siendo un rival más que me podría dar dolores de cabeza. Está ganando más prestigio que yo desde que está bajo mi mando, lo que me resta influencia. Además, tradicionalmente, nuestras familias están enfrentadas. Es mi sino acabar con él^[35].

—¿Puedo preguntar por qué?

—Mi familia tiene un ascendente intachable. Pero no es patricio. Siempre apoyamos a la familia Julia contra el poder del Senado. Sin embargo, la familia de los Fabios han socavado nuestra influencia, evitando nuestra intromisión en asuntos públicos. Con la muerte de Fabio, acabaré con una deuda que el padre de mi padre dejó sin concluir y que mi padre tuvo que apartar de su mente.

—En tal caso, conozco a unos auxiliares que fácilmente y sin escándalo pueden acabar con él.

—Demasiado evidente. Debe ser más sutil.

—Compraré a uno de sus esclavos para que lo envenene.

—No es tan sencillo —afirmó Ásper tajantemente.

—¿Por qué? Debo adelantarme a sus movimientos... —preguntó el Legado.

—Le ha consagrado la victoria a nuestro César, Claudio, al dios Marte y al *domine*. No pretenda matarlo, al menos no de momento. Es una hábil jugada mediante la cual, si le matara, se vería como una agresión directa. Al menos recaería la sombra de la duda... Todo el mundo lo interpretaría así: el Senado, el pueblo, el ejército... Esto le perjudicaría seriamente en su *cursus honorum*. Y, si fracasara en el intento, tendría graves consecuencias^[36].

El Legado se quedó mirándolo fijamente. Tenía razón y lo sabía. Sin duda, Ásper era un hábil diplomático, además de ser tremendamente inteligente. Sabía que si su antiguo dueño caía en desgracia, él caería también. No permitiría que eso pasara.

—No te falta clarividencia... en tal caso, ¿qué hago? ¿Cruzarme de brazos y esperar un momento propicio?

—Paciencia, *domine*, paciencia. Sé la manera de acabar con él.

—Habla.

—Propongo quedarnos quietos. Que disfrute de su momento de gloria. Y aprovechemos de eso.

—¿Qué te ronda por la cabeza?

—Sencillo, *domine*: utilizar su popularidad en su contra. Que organice juegos, reparta dinero, comida y vino, que mande cartas a Roma y al César, que honre a los dioses, que desfile con sus tropas... Al final, su fama será su perdición...

EL MURMILLO

SILENCIO. No se oía absolutamente nada en aquella noche fantasmal. Solo el sonido del curso del río. Ni siquiera se percibían ruidos del bosque. Parecía que el mundo se había parado en ese instante, pregonando lo que iba a pasar.

Era noche cerrada, fresca y con el cielo totalmente estrellado. Estaba en ayunas como era obligado y orando a los dioses. Estaba deseando que todo empezara pronto.

Terminadas sus oraciones, el *signifer* Lucio Balbo se sentó en una piedra. Observó el enorme campamento de *Vetera*, que estaba a una distancia considerable, pero veía la luz que emitían sus hogueras. Se trataba de uno de los mayores campamentos romanos del Imperio. Luego se tumbó en la fresca hierba, procurando que su *paenula* no se manchara demasiado de barro, ya que se había aseado para la ocasión^[37]. Mirando las estrellas empezó, sin querer, a viajar a la otra orilla, lo cual evitó poniéndose en pie. En ese momento, una lechuza se posó en el roble más cercano, intercambiaron miradas y se marchó. Acto seguido, escuchó como alguien se acercaba hasta donde él estaba.

Rápidamente, se agachó tras un roble seco y echó mano de su *pugio*, preparado para repeler a cualquier intruso. Quien estuviera a esas horas de la noche por ahí, no buscaba nada bueno.

Cuando notó que estaba cerca, rodeó el roble por detrás en silencio. Percibió como alguien encapuchado andaba con lentos movimientos por el entorno. El tintineo que producía al andar, delataba que algún tipo de arma le colgaba del cinturón. Posiblemente un legionario. No dudó. Con un veloz movimiento colocó la punta de su arma en el cuello del intruso y le instó a quitarse la capucha y darse la vuelta muy lentamente.

—Veo que estás preparado. Te esperan. Sígueme —sentenció laxo Luphias una vez que se hubo dado la vuelta.

Sin mediar ningún tipo de palabra más, obedeció. Con paso suave y sosegado avanzaban por el bosque en dirección de una luz lejana. El paseo se

hacía interminable debido a la lentitud con la que Luphias andaba, impacientando notablemente a Balbo.

Al fin llegó a aquella zona que resplandecía: se trataba de un claro del bosque, con un enorme menhir tumbado en el centro (o al menos eso parecía) y tres hombres encapuchados con antorchas, formados en dos filas de forma perpendicular al supuesto menhir. Los encapuchados tenían la cabeza gacha para que no se le pudiera ver los rostros y no se movían. No se distinguía nada en ellos, exceptuando una pequeña medalla de hierro que les colgaba por fuera de la *paenula* parda que los presentes portaban.

—Recuerda lo que te dije Balbo y todo irá a la perfección: sé sincero y humilde, procurando responder de forma breve y concisa. Espero que hayas pensado bien lo que estás haciendo —le comentó Luphias en voz baja antes de llegar donde estaban aquellos hombres.

—Los dioses me han abierto este camino. He decidido tomarlo —contestó con seguridad.

—Que así sea.

Tras esto, llegaron a la zona de reunión, colocándose Luphias en la fila donde solo había uno, tomando una antorcha y adquiriendo la misma apariencia que los demás. Acto seguido, Balbo avanzó unos pasos, situándose en el centro de los cuatro hombres. Puso rodillas en tierra, posando sus manos en ellas. Notó un agradable aroma a madera mezclado con incienso y romero. Un ambiente místico que incitaba a la introspección. Sin embargo, Lucio estaba demasiado tenso como para dejarse llevar. La curiosidad se desbordaba desde su alma a su cuerpo terrenal.

Poco después, apareció por encima del menhir otro hombre, con una *paenula* verde y también encapuchado. Bajó con parsimonia y se paró a dos pasos de él. Con las manos cruzadas, sujetaba un vaso plateado.

—Di tu nombre, ciudadano —sonó ronca la voz de Valerio, que rápidamente reconoció.

—Lucio, de la familia Balbo, *domine* —respondió de manera clara y con voz media.

—Entre ciudadanos no hay diferencias.

—Mis disculpas, ciudadano.

—¿Qué edad tienes?

—Veintitrés años cumpliré en septiembre.

—¿Sabes a qué has venido?

—A ponerme personalmente a su servicio.

—¿Por qué?

—Sois poderoso.

—¿Por qué creéis que lo soy?

—Por vuestra experiencia, liderazgo y aptitudes.

—Me abrumas ciudadano, exagerado, pero lo agradezco. Sin embargo, no lo soy tanto con respecto a otros oficiales...

—Pero sois más respetado entre la tropa.

—Comprendo. En tal caso, ¿por qué te crees digno de formar parte de nuestra comunidad?

—Vosotros me elegisteis a mí —tardó en responder y dudó al hacerlo.

—Veo que no has comprendido tu función aquí o Luphias no se ha explicado bien —cambió de tercio Valerio—. Como te he dicho, estamos entre ciudadanos, no entre legionarios.

—Lo cual no quita que siga teniendo mayor poder —contestó firme.

—Yo no establezco relaciones clientelares con mis hombres. Solo tengo dos privilegios frente a ellos: poder de veto y poder de elección en una nueva inclusión. La antigüedad es una forma de distinción, pero no se tiene más peso, cada voz es escuchada —introdujo las normas Valerio.

—Os escucho, ciudadano.

—Si entras en nuestra comunidad, nos comprometemos a ayudarte en el campo de batalla, económicamente, darte cobijo y de comer, incluso fuera de la *Legio*, si tienes una mujer e hijos, ayudarlos si tú faltas, y honrarte en tu muerte.

—Es...

—No he terminado —prosiguió—. Esas son nuestras obligaciones y deberes, pero también las tuyas con respecto a los demás. Es un juramento que haces con todos nosotros y ante la divinidad a la que te encomiendes. El juramento durará hasta la muerte o hasta que te eximamos de su cumplimiento. ¿Estás dispuesto a aceptarlo?

—Sí, ciudadano —respondió con un ligero tinte de duda en su voz.

—En tal caso, debes pasar una prueba para incluirte entre nosotros...

—Estoy dispuesto.

—¿A qué divinidad te acoges?

—A Astarté, diosa de mis antepasados.

—Pues que ella te acoja y te ayude ahora y siempre. Especialmente ahora.

Acto seguido, apareció por su espalda un sexto hombre encapuchado como los otros, pero con la diferencia de llevar puesta una máscara facial ritual. Era plateada, con las formas masculinas, pelo tallado y rizado, con la

peculiaridad de una lágrima corriendo por su mejilla izquierda que llegaba casi a la mandíbula.

Sin decir una palabra, lo desarmó y le quitó la *paenula* con parsimonia. Debido a que no se había traído su cota de escamas, tal y como Lughias le había indicado, solo el protector acolchado y la túnica que le protegía de cualquier ataque o inclemencia del tiempo. Inmediatamente después, le amarró con una soga los brazos, atando los extremos a unos árboles. Dejó la cuerda relativamente tensa, lo suficiente como para que sus brazos no tocaran su torso.

—Ahora tendrás que beber este brebaje y responder una serie de preguntas. La duración de la prueba dependerá de ti y solo de ti —explicó Valerio con tono mesurado mientras Lucio Balbo escuchaba con total atención—. Sinceridad y confianza son las únicas claves para que alcances el éxito. Solo escucha mi voz y olvida absolutamente todo lo que te rodea. Todo. En cuanto te encuentres preparado, comenzaremos.

Tras la explicación, Balbo se tomó su tiempo, quería templar los nervios y concentrarse en todo lo que le esperaba. Minutos después, afirmó gravemente con la cabeza, tras lo cual bebió del vaso oferente plateado. Tenía un sabor extraño, herbáceo y ligeramente amargo.

Una vez apurada la última gota del vaso, Valerio dio dos pasos atrás, mientras el encapuchado que estaba detrás de Lucio Balbo se acercó más a su espalda.

—Ciudadano, ¿de dónde provienes? —empezó el cuestionario Valerio.

—De Gadir, en la Bética, Hispania.

—¿Has matado a alguien?

—Así es.

—¿A cuántos?

—A dos, de momento.

—¿En combate?

—Solo el último.

Balbo escuchó entonces unas risotadas que callaron súbitamente en un par de segundos. Parecía que estaban riéndose entorno suyo, pero los encapuchados no se habían movido en ningún momento. Por esto, procuró no desconcentrarse.

—¿En qué términos justificas la muerte? —prosiguió Valerio de forma ininterrumpida.

—Para proteger a mi familia y compañeros, honrar a los dioses y defender a Roma.

—¿Tienes miedo a la muerte?

—Como toda persona.

—¿Darías la vida por lo antes mencionado?

—Supongo que sí.

Escuchó un extraño ruido que provenía de detrás de Valerio y le estremeció una sensación de peligro, pero siguió sin hacer absolutamente nada al respecto. Era una prueba y no podía fallarla. Además, si algo ocurriera, hombres armados le defenderían.

—¿Y por tus compañeros de armas?

—Intentaría defenderlos de los peligros, pero la verdad es que cambiar mi vida por la de otro sería una gran mentira que mis labios no proferirán.

—¿Eres temeroso de los dioses?

—Sí.

—Pero ¿crees en ellos?

—Supongo que es la única forma de entender la vida.

—Llegados a este punto, pronto sabremos si tu alma es pura o es corrupta...

—Todavía estaba hablando Valerio, cuando apareció por detrás una serpiente de color oscura. Al ser noche cerrada, los colores no eran diferenciables. Lo que sí se percibía con claridad eran los dos ojos rojos como la sangre que estaban clavados en los de Lucio Balbo.

La serpiente se enrolló en la pierna derecha del decano de aquella iniciación para después acercarse rápidamente hacia el iniciado. Este empezó a chillar cuando la tuvo encima al serle imposible hacer nada al estar atado.

—¡Quitádmela! ¿Es que no la veis? ¡Matadla! —gritó angustiado.

El encapuchado que estaba a su espalda lo cogió fuertemente sin decir una palabra entre quejas de Balbo. La serpiente se enrolló por su cuerpo hasta que la cabeza se colocó frente a la de su víctima. Entonces enmudeció y quedó como paralizado. Acto seguido se introdujo por su boca sintiendo como llegaba a su estómago y afincándose entre pecho y espalda. Sintió como su boca, desencajada, dejaba pasar a una serpiente de varios palmos hacia el interior de su cuerpo. Las lágrimas se le saltaron. Una vez entró la cola, quedó completamente laxo. Entonces el que se encontraba sujetándolo, lo posó con notable delicadeza en el suelo.

—Ahora tienes un purgativo en tu interior, solo cuando tu alma esté preparada y renovada podrás regurgitar otra vez a la serpiente —explicó Valerio.

—¿Cuánto tiempo durará esto? —preguntó débilmente Balbo, que notaba el peso en exceso que portaba junto con una sensación de malestar general.

—Eso vuelve a depender de ti: una hora, un día, una semana... para tu seguridad, te quedarás en esa choza, tus custodios se encargarán de que no te falte de nada.

—¿Algún consejo?

—No te centres en tu malestar, intenta comprender la razón del mismo. Proyecta todo tu dolor hacia un fin concreto: conocerte a ti mismo.

Llevado entre dos de los encapuchados, debido a la flaqueza de fuerzas provocado por la bebida que tomó, se le introdujo en el interior de una sencilla choza, aún desorientado. Dicha choza estaba hecha de madera y sin ningún tipo de decoración, con el suelo lleno de virutas de corcho.

—No ha estado nada mal —expresó Casio acercándose a Valerio y comentándolo en voz baja contemplando la escena.

—Demasiado bien, diría yo... —repuso el Centurión.

—¿Qué quieres decir?

—O es muy listo y sabía cómo iba a ser la prueba, o es un miembro muy interesante, como ya me imaginaba...

—Lo comprobaremos muy pronto...

Antes del anochecer del segundo día después del ritual, Lucio Balbo vomitó la serpiente, no sin dificultad y con una sensación todavía más desagradable que cuando se introdujo.

Habían sido casi dos días de agonía, incomodidad y una completa soledad, tanto en un sentido positivo como en uno negativo.

El positivo es que pudo reflexionar sobre gran cantidad de temas: empezando por sí mismo y su entorno, las dudas sobre la vida, el universo, la religión y la posición que el hombre ocupa. Su cuerpo mortal apenas se movió, pero su mente iba a marchas forzadas. A veces se entremezclaban diversos pensamientos en un mismo instante... hubo momentos en que Balbo creyó que su cabeza iba a estallar como un tonel de brea. A efectos prácticos estaba solo. Este tipo de ritual así lo precisaba. Sus dos custodios hacían guardias para comprobar que todo fuera bien. Su papel se reducía a cerciorarse de que respiraba, bebía algo de agua y se mantenía en sus trece.

Llegando a la hora sexta, empezó la regurgitación de la serpiente de forma brusca y evidente. Luphias, el que estaba de custodio en ese momento, mandó a *Sócrates* a informar a los hermanos de que el ritual estaba acabando.

Sócrates era un lobo amaestrado de hermosísimo pelaje negro, ojos grisáceos y listo como el hambre, muy útil para esconder mensajes secretos o

ayudar en las rondas nocturnas, al tiempo que entretenía. Además, como buena mascota de los favoritos de Valerio, entraba y salía del campamento sin llamar la atención y sin que fuese molestado por nadie. Portaba un collar donde se podía leer «Propiedad de la *I Cohors Legio V*».

Cuando llegaron todos sus miembros, había pasado casi una hora y Lucio había terminado de expulsar todo aquello que le producía esa desazón. Incluida una papilla de color blanquecina.

Estaba tumbado boca arriba, con un sudor frío y con la respiración tranquila. Valerio fue el primero en entrar con su *paenula* puesta sin capucha, como excepción del resto.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó sosegado acucillándose junto a él. Los demás permanecieron fuera, escuchando.

—Como un detrito, pero viviré...

—Has sido muy valiente. Solo me quedan dos preguntas por hacerte y serás uno de nosotros.

—Adelante.

—La serpiente, cuando ha salido de tus entrañas, ¿qué aspecto y color tenía?

—Muy diferente de cuando entró. Más pequeña y delgada. Adquirió un tono parduzco y una presencia enfermiza, muriendo al poco de salir... se pudrió en un suspiro en el suelo, desapareciendo instantes después...

—Eso es bueno. Muy bueno. La última pregunta es... ¿sabes para qué ha sido todo esto?

—Lo he pensado. Yo lo veo como una prueba personal, una forma de depurar todo el lastre de mi vida anterior. Esto ha sido como un renacer. Me siento limpio y puro, dispuesto completamente a subsanar los errores de mi anterior vida y comenzar a estar unido a vosotros, porque ¿todos pasasteis la prueba, no?

—Así es. Todos y cada uno. Has pasado con éxito la prueba, aunque tal vez, ahora que ha pasado, lo veas como un regalo muy personal. Con el tiempo incluso desees hacerlo otra vez, pero solo tenemos una oportunidad en la vida para hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque la próxima vez tal vez no salga la serpiente.

—Lo tendré en cuenta —afirmó Lucio con atención y energías renovadas que manifestó incorporándose—. Siempre sale la primera vez, ¿verdad?

—En una ocasión no salió —expresó taciturno el *primus pilus*.

—¿Cómo es eso?

—Algunos creían que sí, pero la verdad es que no estaba preparado...

—Ha sido duro... Supongo que hay que tener fortaleza mental para soportar esto.

—Así es. ¿Sabes leer y escribir? —cambió de tercio.

—Sí.

—Pues ya solo me resta decirte que bienvenido a la hermandad; la medalla que te hace miembro te la entregaré en unos días, y ahora voy a presentarte de forma oficial al resto de los miembros.

En ese momento, el decano y el novicio salieron de la choza, encontrando a los otros integrantes en fila, con la capucha puesta y el rostro inclinado, lo cual no permitía ver sus facciones. Paulatinamente, Lucio Balbo iba recuperando fuerzas: se tenía en pie por sí solo.

—Estamos numerados según el orden de ingreso —prosiguió Valerio—. Yo soy el I, Casio el II, Druso el III, Macro el V, Vesper el VII y Lughias el VIII. Tú eres el IX.

A medida que decía sus números se iban destapando y haciendo al nuevo miembro una señal de bienvenida con un ligera inclinación de cabeza y una sonrisa más o menos cálida dependiendo del agrado o no de la nueva inclusión.

—Me imaginaba que seríamos más... Fulvio o Silvano pensaba que estaban...

—Es una comunidad muy limitada y cerrada. No todos son aptos. Te escogí por tus capacidades y tu inteligencia. No nos defraudes. No hables con nadie sobre lo que aquí ha pasado, ni sobre los presentes, ni de las próximas reuniones que tengamos.

—Tengo una curiosidad ¿quién estaba aguantándome por detrás durante el ritual?

—Uno de tus padrinos en la iniciación: Vesper. Lughias es el otro miembro al que debes tu inclusión. Desde este momento, ellos te guiarán en lo que no comprendas. Si se vuelve a hacer una nueva adquisición, Lughias y tú tendréis que cuidarla. Y si se hace otra más, será el nuevo y tú por última vez.

—¿Y los números que faltan?

—Bajas. Su memoria no desaparece con su muerte. Nosotros los honramos como miembros que fueron —respondió seco.

—Mis disculpas —se inclinó al decirlo. No le pareció oportuno indagar sobre los fallecidos.

—Bueno, he perdido mucho tiempo y todos tenemos cosas que hacer.

Después de esto, Valerio desenvainó su *gladius*. Inmediatamente después, se llevó la empuñadura a su corazón; luego, con ese mismo brazo, echó el codo hacia atrás y por último lo alzó. Tras esto, el resto de sus miembros lo repitieron, incluyendo Balbo. Luego cada uno tiró hacia un lado, con el fin de no levantar sospechas de una reunión. El novicio fue con sus padrinos.

—¿Qué significa ese saludo? —preguntó con curiosidad Lucio.

—Honor, Prudencia, Gloria. El lema de nuestra hermandad —respondió monótono Vesper.

—¿Por qué ese lema?

—Pronto lo entenderás...

Tres días después llegó la celebración de la victoria. Se trataba de un momento deseado por todos, excepto por el Legado. Primero, un desfile de las tropas supervivientes del combate por el campamento de *Vetera*, tras el cual se dispuso un pequeño banquete para los hombres: gachas, algo de pescado, carne y pan para todos los legionarios y auxiliares, todo esto acompañado de grandes cantidades de vino y cerveza con los que mojar las lenguas de unos soldados enaltecidos por la sangre, el botín y las victorias, aunque fuesen intrascendentes o insuficientes. Por la noche, el exterior del campamento se convirtió en un lupanar a cielo abierto donde los soldados podían ahogar sus ansias con mujeres del viejo oficio, al tiempo que los juegos de azar sacaron el punto pícaro de aquellos hombres que se jugaban su soldada con tal de pasar el tiempo. Muchos perderían más de lo que podrían haber ganado. Entretanto, se mezclaban los olores de detritus, comida, vino barato, vómito y bilis... en un espectáculo dantesco para unos ojos poco acostumbrados. No era así para los legionarios que paseaban por ahí buscando una forma de entretenerse. Fornicaciones, rostros beodos, querellas, gente enferma y ludopatía, muy cerca lo uno de lo otro, ya fuera en una choza, una tienda, un carro, frente a un árbol o sobre el húmedo suelo... En parte era comprensible su forma de actuar: estamos ante un elemento social muy violento, donde la muerte acechaba en cada esquina. Muchos sabían que no se terminarían de licenciar... de ahí su ansia por el *Carpe Diem*...

Los elegidos de Valerio, hombres de diversa procedencia, costumbre, mentalidad y forma de actuar, se entretenían de formas variadas en aquella fiesta artificiosa.

A Casio le hubiera encantado participar en aquella orgía de vino y mujeres, si no fuera porque tenía una concubina celosa y de gran carácter que

le retenía en los momentos claves para que no se dejara llevar por el desenfreno de toda una vida de excesos. Si esta fiesta hubiera sido en otro lugar, hubiera fornicado con varias rameras o efebos... Casio no hacía distinciones en este sentido. No perdonó, no obstante, el alcohol. Se bebió varias vasijas de vino con varios compañeros de armas como Fulvio y Silvano entre otros. Luego, aprovechó su permiso para dirigirse a la choza de su concubina (que se ganaba la vida como supervisora de rameras en una mancebía cercana), pudiendo disfrutar de su compañía tal y como a él le gustaba^[38].

Druso también tenía una concubina. A diferencia de Casio, este no gustaba tanto del vino, pero sí de la cerveza. Bebió con moderación y se recogió temprano para encaminar sus pasos al hogar donde le esperaba mujer, dos hijas y un hijo de edades comprendidas entre los quince y los seis años. Druso era un hombre de dos caras: una para el ejército y otra para la familia. Un carácter rudo y profesional en su trabajo, y un carácter apacible y cariñoso en la familia. En todo caso, siempre con rectitud. Era el más mayor del grupo y pronto se licenciaría, pudiendo pasar más tiempo con su familia.

Macro era totalmente distinto. Un alma hedonista y egoísta. Tenía un hijo fruto de una relación infructuosa en su juventud con la hija de un buhonero local. Alguna vez le hacía una visita para ver cómo le iba. Esta era la única atadura terrenal que tenía. Por lo demás, se trataba de un tipo que solo se preocupaba por sí mismo y, desde hacía unos años, por los suyos. El ejército era su familia. Esa noche fue, sin duda, la de Macro: fornicó con dos prostitutas, bebió todo lo que pudo hasta caer inconsciente, no sin antes ganar dinero en las apuestas, invitar a sus compañeros a vino y cortarle la cara a un auxiliar ligur, aún más borracho que él, por pura altanería.

Vesper tomó un punto intermedio. Se trataba de un hombre que prefería observar a hablar, aunque gustaba de compañía y de hablar cuando le interesaba la conversación. Bebió bastante, pero siempre mantuvo los pies sobre la tierra. Evitó que Macro saliera mal parado en una pelea entre borrachos: auxiliares hispanos combatiendo contra auxiliares germanos, uniéndose indefectiblemente Macro al lado hispano, que venció de manera pírrica la contienda, sin apenas heridos graves, pero muchos magullados.

También se relacionó con muchos compañeros de armas, comió más de lo habitual y fornicó con una ramera. Vesper sabía disfrutar en su justa medida, yéndose a su lecho tarde, pero a la hora precisa, para evitar una escena mayor de la ya provocada.

Luphias pasó todo el día comiendo y bebiendo. Aunque no estaba obeso, tenía un ligero sobrepeso que disimulaba debido a su mayor tamaño con respecto a los demás (solo Casio era de gran tamaño, aunque inferior que el *signifer*). Desde su llegada a la pequeña taberna, extramuros del campamento, no dejó de beber hasta altas horas de la madrugada. Con litros de alcohol en su cuerpo se fue a dormir la mona bajo un solitario árbol algo alejado del campamento. Al despertar, tendría la desagradable sorpresa de descubrir que dicho árbol había servido de letrina para muchos legionarios.

Lucio Balbo decidió ir con sus nuevos hermanos de armas, que se reunieron todos al anochecer junto a un carromato situado junto a la puerta cercana al *cardo máximo*, aunque en poco más de una hora se desperdigaron: los primeros, Macro y Casio, junto con Fulvio y Silvano. Druso se marchó con su concubina poco después. Luphias se quedó en la misma taberna, mientras Vesper y Balbo decidieron dar una vuelta hasta que a Lucio le surgió la oportunidad de echar una cana al aire que no desaprovechó.

Gastó más monedas en mujeres que en bebida. Sin duda, prefería destrozarse practicando sexo que vomitando vino. Como buen soldado, Lucio era dado a los excesos, y en una ocasión, siendo aún muy joven, estuvo a punto de pasarle factura: le contagiaron un «mal de amores^[39]».

Muy diferente fue la presencia de Sexto Valerio por el campamento. Cumplió con los hombres celebrando la victoria con alguna copa de vino, paseando entre ellos, saludando a otros Centuriones, preguntando a legionarios cómo se encontraban aquellos que habían sido heridos, demostrando su confianza a los que habían combatido bien...

Pero cuando se empezó a animar la celebración, desapareció y se marchó a su pequeña *domus* en el campamento^[40].

Cuando llegó, todavía podían escucharse con nitidez los gritos de alegría y desenfreno que bastante lejos se encontraban del hogar que había sido cedido al *primus pilus* desde hacía unos años.

Ditalkon y Risa, sus libertos, salieron a recibirle mientras este, de forma cansada, dio discretas formas de afecto con sus manos...

—Que el Dios supremo os guarde —afirmó Valerio dando su *gladius* envainado a Ditalkon.

—Un hombre solicita audiencia hace rato. Lo he dejado esperando en el *impluvium*^[41] de la casa, *domine* —contestó el liberto antes de que se fuera a su atrio.

—¿A estas horas? —preguntó el Centurión dándose la vuelta hacia sus libertos—. ¿De quién se trata?

—No lo ha dicho, pero parece germano... —añadió Risa con cara ingenua.

—Está bien, voy hacia allá.

Dirigió sus pasos hacia el lugar del encuentro con mil pensamientos en la cabeza. Mezclaba el inminente enfrentamiento entre Fabio y el Legado, los recuerdos de su mujer, los últimos momentos con sus hombres, los preparativos de la celebración... Deseaba descansar para dejar libre su mente durante algunas horas. Tenía muchas cosas más que meditar y preparar.

Cuando llegó al pequeño patio porticado vio que nadie le esperaba allí. Pero sentía el peligro. Fue a echar mano a su *gladius*, pero se la había dado a Ditalkon. «Mierda», pensó. Aún le quedaba su *pugio*, que tomó por el mango, sin llegar a desenvainar, mientras reculaba buscando un punto donde guarecer su espalda.

Sin embargo, antes de poder dar dos pasos atrás, notó la punta de una espada en su cuello.

—¡Qué fácil sería matarte, domine! —dijo la voz a su espalda en lengua germana.

—*Styrmir. No me acordaba de ti* —contestó con tono monótono. Su incertidumbre tornó a estímulo cuando reconoció su voz.

—*Tus esclavos son confiados...*

—*No son esclavos sino libertos. Y no son confiados... además sé que no me matarás...*

—*¿Por qué no?*

—*Porque si lo quisieras ya lo habrías hecho* —señaló al tiempo que lentamente se daba la vuelta y soltaba la empuñadura de su *pugio*—. *Además, rompería el sagrado pacto que hice con tu padre y el que posteriormente hiciste conmigo. Ni siquiera tendrías una muerte honorable.*

—*¿Crees que se enterarían tus legionarios? Están todos borrachos y ciegos de lujuria. Podría escapar y tardarían días en encontrarme, si lo lograran, domine.*

—*Y lo lograrían... El error de todos mis enemigos ha sido siempre subestimarme. En todo caso, si quieres matarme solo tendrás esta oportunidad.*

Entonces Styrmir dudó. Se acarició el mentón con la otra mano, sonrió y soltó una carcajada.

—*¡Está bien, domine! Solo quería hacerte ver que yo decido mi destino y que podía matarte* —explicó el germano enfundando la espada. Sin duda le había sorprendido mucho la tranquilidad de aquel terco oficial.

—*Estás equivocado* —afirmó haciendo una breve inclinación de cabeza.

De repente, Styrmir notó un golpe seco en su cuello que le hizo caer de rodillas y lo dejó consciente pero aturdido. Luego se desplomó casi sin fuerzas. Buscaba con la mirada quién había sido. Ni siquiera lo había oído llegar. ¿Quién había sido tan silencioso y certero?

Y lo encontró: Ditalkon, el liberto de Valerio, le puso su *falcata* ibera en el cuello, al tiempo que le despojaba la espada de su vaina, lanzándola a una esquina.

—*La fuerza, la destreza y la ocasión son importantes en cualquier lucha, amigo bárbaro. Pero igualmente importante es saber en quién confiar. Te dije que no me subestimarás. No hay nada al azar. Los dioses han escrito nuestro destino. Pero yo puedo cambiar el tuyo.*

—*No pensaba matarte...* —respondió Styrmir con debilidad que empezaba a desaparecer paulatinamente.

—*No obstante, me has amenazado* —sentenció colérico pero contenido, al tiempo que tomaba una pausa mientras andaba en círculos en torno a este sin quitarle ojo, y a su liberto, que no se había movido ni lo más mínimo—. *Es tu primer día bajo mi techo. Lo consideraré como un acto infantil. Una chiquillada, eso es.*

Justo después, lo ayudó a levantarse mientras Ditalkon no le quitaba ojo.

—*Si se te ocurre otra estupidez como esta, te castraré, te cortaré las orejas y la nariz y te crucificaré, ¿entendido?*

—*Sí, domine* —contestó con sinceridad.

Con un gesto, Ditalkon desapareció, no sin cierto temor por su antiguo amo. Ya los dos solos, se miraron en silencio, como escudriñando el interior de sus cuerpos terrenales. Buscando algo más a fondo.

—*Ese hombre...* —rompió el hielo el bárbaro.

—Ditalkon.

—*Ese... Ditalkon... ¿es un guerrero o ha sido un legionario?*

—*Algo parecido. Hace muchos años. Es un anciano y ha perdido reflejos. Pero no te engañes, tiene mil artimañas y su destreza sigue intacta. Deberías temerle.*

—*Temerle no, pero respeto le tengo...*

—*Haces bien.*

—*¿Qué desea el domine de mí?* —fue directamente al asunto sin rodeos.

—*Tu lealtad y ayuda en asuntos venideros.*

—*Mi mente no llega a ver mi utilidad.*

—*La verás. De momento protegerás mi vida cuando salga de este campamento o cuando entre en mi hogar. También protegerás mis propiedades y a mis libertos. Esa será tu misión.*

—*Como el domine ordene.*

Acto seguido, tomó la espada de su esclavo del suelo, la miró y le hizo un gesto para que le siguiese. Accedieron a su atrio, sobrio, sin apenas decoración y objetos. Austero. De un soldado. Tomó un *gladius* que tenía sobre un arcón y se giró hacia él.

—*¿Podrás hacerlo? ¿Podrás cumplir tu cometido?*

—*No le fallaré, domine.*

—*Entonces necesitarás esto. Esta espada me sirvió bien durante mucho tiempo. La adquirí en oriente cuando era joven y ha probado sangre. Es mejor que esa hoja medio mellada que has conseguido no sé dónde, ni quiero saberlo* —afirmó alargándole el arma—. *Ahora vete, Risa te indicará dónde están tus dependencias.*

—*Disculpe, domine, pero, ellos no hablan ninguna lengua germánica... ni tampoco yo hablo su lengua...*

—*No te preocupes por eso... ellos saben explicarse con claridad* —expresó Valerio con una sonrisa, al tiempo que Styrmir agachaba la cabeza con respeto y se iba.

Se quitó la impedimenta militar y se tumbó en el *triclinium*^[42] para dormir. Lo necesitaba imperiosamente. Había sido un día agotador...

Al día siguiente comenzaron los juegos. La mayoría de los soldados se encontraba en una situación lamentable: resacas bestiales junto con estómagos revueltos, fruto de una noche sin medida.

De una forma o de otra, los legionarios se recompusieron lo mejor que pudieron, dejando una apariencia decente en el campamento y en la imagen de cada uno de aquellos rudos hombres, por orden expresa del Tribuno Fabio. Disciplina ante todo, aunque fue clemente con los altercados producidos durante la noche debido a que no hubo necesidad de ninguna intervención médica de relevancia y también a que el Tribuno se encontraba de buen humor.

Tras un almuerzo suculento a base de gachas, algo de carne de caza con verduras y pan con sal, sin mucho vino y nada de cerveza de por medio, se prepararon una serie de juegos para los ansiosos legionarios en el anfiteatro de *Vetera*. El campamento poseía su propio anfiteatro en extramuros para

proporcionar diversión a las tropas acantonadas allí. Fabio lo tenía todo organizado desde hacía días. Las dos *Legium*, que habitualmente estaban estacionadas en dicha base, no se encontraban al completo. Muchas se hallaban aun defendiendo u atacando a los caucos. Más aún, se pensaba enviar al comandante de la *Legio V Alaudae* con más legionarios y partir personalmente el día después de la finalización de la celebración de la victoria. La guerra continuaba. Pero en cuanto a los juegos, se había decidido que algunos de los auxiliares permanecieran fuera del recinto por el simple motivo de la capacidad de dicha edificación, aunque un buen número de ellos pudo acceder al mismo. Aquellos que no pudieron entrar se quedaron cerca, para poder oír al menos qué estaba pasando.

Fabio se aseguró de que el vino y la cerveza que corrieran por la tropa fuesen escasos. No quería espectáculos en el graderío, cosa difícil ya de por sí sin alcohol de por medio.

La inauguración de los juegos empezó en la entrada triunfal de Fabio en el anfiteatro con una espléndida *biga*^[43] con corceles negros y un hermoso carro griego de colores vivos, especialmente pintado y pulimentado para la ocasión. Recibió de las *Legium* una gran ovación que provocó que el Legado se revolviera en su asiento privilegiado junto con otros tribunos que disfrutaban de aquella representación, no sin cierta envidia. El Tribuno Quinctilio, sentado con ellos, sonreía pícaramente ante la incomodidad del Legado. Junto a él se encontraban todos los centuriones de la expedición, sus *optio* y los *signifer*, todos engalanados para la ocasión. Entre ellos estaban Marco Juno, Marcelo Paulo, Casio, Lucio Balbo y el propio Sexto Valerio. Habían sacado brillo a sus cascos, corazas, torques y todo el aparataje de desfile, incluyendo unas plumas decentes y una capa limpia y sin desgarros.

Fabio, tras consagrar la victoria de manera pública a los dioses y agradecer al Legado su confianza, se retiró a la grada principal para disfrutar de los juegos. La primera parte de los juegos consistió en una exhibición de los équites y algunos de los legionarios destacados de la *Legio V Alaudae* que no habían participado en el combate con el Tribuno Fabio. Era una forma de hacerlos respetar, de demostrarles que todos tenían cabida en esa victoria, que todos eran uno entre aquellos miembros de la *Legio* que no habían combatido con él, intentando ganar prestigio a sus ojos. La exhibición consistió en formaciones de combate y estrategias basadas en la fuerza del grupo. Se trataba de cambiar rápidamente de una formación a otra, en este caso concreto, infantería contra caballería. Lo siguiente fue un enfrentamiento simulado entre varios miembros de las unidades que habían participado en la

batalla. Se había elegido a cinco por cada manípulo, dando un número de quince por cohorte, excepto la primera cohorte, que tenía cinco centurias (no seis) más grandes, siendo aceptados cinco por centuria. En total, cincuenta y cinco legionarios o auxiliares. Los équités, los arqueros, las unidades mixtas y el manípulo de reserva fueron excluidos para este combate ficticio. También se habían descartado todos los centuriones y *signifer*.

Como en todos estos combates, las puntas de las *gladius* se habían tapado con cuero y los *pila* no tenían punta, a fin de no provocar lesiones de gravedad. Media docena de centuriones de la *Legio XV Primigenia* hacían de jueces en la representación, evitando la unión de los grupos armados. Todos combatían contra todos. Solo un equipo podía quedar en la arena.

Para la primera centuria de la primera cohorte, la más veterana, estaba claro quienes lo iban a componer: Casio, Vesper, Druso, Macro y Silvano. Todos querían ganar y hacerse destacar. No había más premio que algunas monedas y el hecho de ser mejores. La altanería militar.

Cuando el Legado dispuso la orden como anfitrión, empezó el combate entre las unidades. Ante los gritos incesantes de los espectadores, animando a unos y a otros con fuerza y vehemencia. El sonido de la madera con el metal, tan propio de los combates, se había transformado en ese día en una forma de demostrar por qué eran los mejores y por qué habían sobrevivido.

El combate fue largo e intenso. Muchos querían demostrar más aún. Nadie quería ceder ni un palmo, ni intentar ofrecer un mero espectáculo. Se había convertido en algo personal el cubrirse de gloria. Todo el público lo valoró. Fue un enfrentamiento épico y una delicia en las retinas de los asistentes. El más satisfecho sin duda era Fabio.

Casi diez minutos tardaron en caer todos los miembros de una de las formaciones. Al cabo de veinte minutos quedaban tres equipos, los que tenían los mejores hombres. Por un lado, el primer manípulo de la cohorte auxiliar, en la que quedaban tres integrantes. El siguiente era la segunda centuria de la primera cohorte, con dos integrantes. Por último, la primera centuria de la primera cohorte al completo. Pronto cambiaría esta situación. Todos estaban empezando a notar el cansancio. Eso los que no se encontraban ya debilitados.

Fulvio, junto con el otro legionario que quedaba, llamado Laico, decidió jugárselo todo a una carta: atacar a la primera centuria que estaba al completo. Sabían que estaban en inferioridad con respecto al resto y cansados. Al menos tratarían de equilibrar el enfrentamiento.

Los otros dos equipos se posicionaban frente a frente. Se estaban respetando mientras cogían el resuello. Fulvio y Laico, perpendicular a ellos, se abalanzaron de súbito contra los hombres de Casio, que soportaron su raudo ataque. Con lo que no contaban era que el manípulo auxiliar aprovechó el ataque. El resultado: Fulvio, Laico y Silvano fueron eliminados de la exhibición.

Al mismo tiempo, Druso, que eliminó a Fulvio, no pudo parar el ataque de Andros, el auxiliar que lideraba el manípulo que lo eliminó. Macro eliminó a otro auxiliar.

La cosa quedó así: por un lado, Casio, Vesper y Macro. Por el otro, dos auxiliares, Andros y Musa, amigos inseparables y temibles. Casi estaban equilibrados.

Mientras Musa entretenía, Andros atacaba y viceversa, uno defendía otro atacaba. Eran testarudos los dos auxiliares hispanos, negándoles una victoria gloriosa a los favoritos de Valerio.

Pero el cansancio hizo mella y, en un descuido de Musa, Casio lo eliminó, siendo descalificado a su vez por Andros y este, por Vesper.

Victoria final, no sin dificultades, para los dos supervivientes: Macro y Vesper, dos favoritos de Valerio.

Los aplausos y la gloria dedicada a los veteranos hicieron que por un momento se sintieran grandes, poderosos, casi dioses. Vesper tuvo una reminiscencia del pasado, cuando voluntariamente se internó en un *ludus*^[44], combatiendo en la arena varias veces. Ahora era todo diferente. En la mayoría de los aspectos mucho mejor, desde su punto de vista.

Terminada la exhibición, donde todo el mundo quedó maravillado ante un espectáculo sin precedentes que ponía de manifiesto la madera de la que estaban hechos los hombres de la *Legio V Alaudae*, llegó el momento de los combates reales.

Para empezar y acabar la jornada, combate por parejas entre animales. Ocho parejas insólitas. Animales variados combatiendo por su vida: un oso, un tigre, un lobo... Animales variopintos que mataban ante una previa incitación y por hambre. No era muy del gusto de los oficiales ecuestres y senatoriales, pero sí era tremendamente popular entre la soldadesca, habiendo grandes apuestas durante los combates. La popularidad es lo que manda.

Animado por la música y el colorido de una mañana soleada, el espectáculo fuerte proseguiría al día siguiente. Se ordenó el toque de queda temprano. Se quería a los soldados descansados y con energía para el último

día de celebración, al tiempo que se evitaba un exceso en la relajación de la disciplina.

Tras un buen desayuno compuesto por gachas con miel y algo de queso, la fiesta continuó. Sin duda, la moral de la tropa era excelente y la popularidad de Fabio subía como la espuma.

Una vez con el estómago lleno, Fabio permitió que se pasara algo de vino entre la tropa para animar el cénit de las jornadas. Curiosamente, no hubo demasiadas quejas en la mañana porque no se entregara demasiado vino. Todos estaban contentos y muy animados.

El siguiente espectáculo fueron tres peleas de parejas de púgiles, de buenas hechuras, y un par de ellos con bastante buena reputación. Los combates en general fueron intensos e incluso reñidos, provocando tensión y goce por parte de aquellos legionarios ávidos de sangre. Además, los tres perdedores cayeron inconscientes y dos de ellos salieron en camilla, dejando patente la veracidad de la victoria. No había estafa posible. Y así lo quiso Fabio. Sin embargo, él era conocedor del dinero que podía ganar con las apuestas. Por esto, él sabía de antemano qué animales y esclavos eran los más experimentados y con más posibilidades en todos los enfrentamientos. No obstante y, aunque hubo desagradables sorpresas, ganó bastante más dinero del que perdió.

Por último, el plato fuerte del día. Gladiadores. Lo más esperado. Cuatro enfrentamientos por parejas, con una final *sine missione*^[45]. Solo un gladiador alcanzaría la gloria. No era muy común este tipo de enfrentamientos. Sin embargo, Fabio quería asegurarse de que todos quedaban contentos.

Para este día señalado había traído gladiadores de diversos puntos geográficos del Imperio: Hispania, Galia, Iliria, Tracia, Grecia, Bithynia, Siria y Numidia. Fabio encargó, con sumo cuidado, mercancía exótica para unos hombres de frontera. Quería recordarles muy sutilmente que aquellas gentes variadas que luchaban esclavizadas eran producto de Roma. Un Imperio inmenso del que ellos formaban parte, que defendían y del que sacaban beneficio. Ya fueran ciudadanos o no.

Las primeras fases iniciales decantaron claramente a los más preparados. Combates rápidos pero llenos de sangre y espectáculo para entretener al público, a costa de los menos preparados. Solo murió uno de ellos en los combates. Al menos no inmediatamente.

Cuando los enfrentamientos clasificatorios acabaron, hicieron una pausa para almorzar. En esta ocasión, pescado seco y pan con cerveza para beber

más que vino. Una vez terminado el rancho, se prepararon los últimos combates.

Los dos últimos integrantes para el combate final eran un *murmillo*^[46] galo y un *secutor*^[47] nómada. Ambos venían cansados después de haberse enfrentado a un tracio y un hispano respectivamente. El combate duró algo más de diez minutos, lo cual no estaba mal. Pero, casi desde el principio, el nómada mostraba una mayor preparación y dominio de la situación. Su táctica consistió en agotar a su presa mediante pequeñas heridas hasta tenerlo a su merced. Esta forma de combate podía considerarse cobarde, pero era efectiva y muy vistosa, ya que dejaba al público prolongar una muerte anunciada, disfrutando de cada herida con un rugido de miles de voces al unísono. Pero el galo sorprendió con una serie de contragolpes rápidos que equilibraron la situación cuando el nómada ya se había confiado. Finalmente, venció por su perseverancia, paciencia, rapidez y sorpresa.

Tras esto, hubo cuatro combates por parejas de segundo nivel, habiendo un par de empates e indultos, pero que entretuvieron al público antes del espectáculo final que consistía en una ejecución. Al *murmillo* galo se le dio la oportunidad de ser la mano ejecutora de Roma, enfrentándose a dos caudillos britanos de poca relevancia que había desafiado la autoridad romana. El galo, llamado Raskos, aceptó después de curarse las pequeñas heridas sufridas en el anterior combate. Cumplió su cometido, acabando con los dos caudillos en dos enfrentamientos consecutivos de corta pero intensa duración. Ese gladiador sabía cómo hacer las cosas. Además, los caudillos britanos estaban exhaustos y su armamento consistía únicamente en una espada corta y medio mellada, con lo cual la ventaja era toda para el *murmillo*.

Con esta orgía de sangre se clausuraron los juegos y los días de celebración. Los hombres estaban contentos y animados después de disfrutar de aquellos días de relax. Antes de que se sirviera la cena y todos fueran a sus jergones a dormir, todavía podían comentar los mejores momentos de la jornada con cerveza en sus estómagos, quizás vino. Otros decidieron visitar algún lupanar. Cada uno tenía sus propias formas de divertirse. Pero lo más interesante de la jornada fue la visita que recibió el gladiador superviviente. Se encontraba en una celda con un jergón y un candil intentando conciliar un sueño reparador que sus leves heridas le negaban. Entonces, penetraron por aquellos sucios corredores un legionario y un encapuchado escoltado por este. Inmediatamente, un guardia les cerró el paso, preguntándoles qué hacían allí, que no podían pasar. Sin embargo, el legionario le entregó algo que hizo el guardia abriese la puerta donde se encontraba Raskos.

—¡En pie, perro sarnoso! —dijo el guarda con una maza en la mano.

—Es suficiente. Déjanos —cortó bruscamente pero en un tono suave el encapuchado. Acto seguido, el legionario escoltó al guarda hasta la entrada del corredor. Una vez perdidos de vista y manteniendo un silencio sepulcral, comenzó a dar vueltas en torno al gladiador.

—¿Quién eres y qué deseas de mí? —preguntó incómodo y desafiante el murmillero.

—Arrogancia. Cualidad que no necesita un esclavo —contestó el encapuchado con una bofetada.

Inmediatamente, el esclavo fue a responder, pero se contuvo. Fijó su vista en el suelo mientras apretaba los labios y fruncía el ceño.

—No obstante, inteligente para saber cuándo se deben, o no, hacer las cosas —prosiguió el esclavo en silencio—. ¿Quieres ser libre?

Alzó la vista y sus ojos se encendieron con una luz especial.

—¿Qué queréis que haga?

El encapuchado sonrió maquiavélicamente.

—¿Qué interés puede alguien tener en un esclavo? ¿En un gladiador?

—Muerte y espectáculo. O una muerte rápida, tal vez... —respondió con seguridad.

—Inteligente. ¿Estarías dispuesto a matar a quien fuera?

—Si eso me da mi libertad, así es. Poco importa si es legionario o mercader, patricio o esclavo, una mujer o un anciano, un mendigo o un dios. Morirá *ad gladium*. Aunque estoy seguro que es alguien importante... Nadie malgasta dinero en matar a un miserable.

Volvió a sonreír. Tenía algo de cerebro.

—¿Eso te importaría?

—Si se me protege de las autoridades, quien sea no es cosa mía.

—En tal caso, sírvenme bien y no habrá problemas.

—¿Soy de tu propiedad?

—Mañana lo serás.

—Un sola pregunta.

—Tu libertad llegará pronto, no puedo concretar el día que te necesite.

—Esa no era mi pregunta —el encapuchado le sorprendió aquello, sin duda era alguien peculiar e interesante—. Solo quería saber el nombre de mi *domine*.

Empezó a reflexionar rápidamente con una expresión arrogante. Un esclavo curioso y estúpido. O tremendamente inteligente. Pronto lo descubriría, un esclavo no vale nada. Un hombre que vivía de la diosa Fortuna

que, en cuanto se cansase de él, moriría. «¿Mi nombre? Sí ¿por qué no? Puede que no llegue a vivir el tiempo suficiente como para que lo use en mi contra. Además, será una primera prueba de lealtad», pensó.

—Ásper es mi nombre.

LA FLOTA BRITANA

IMPACIENCIA. A Fabio le corroía la impaciencia. Habían pasado varias semanas desde su entrada triunfal en *Vetera* y todo había vuelto a la normalidad. Ni siquiera le envió contra los caucos, le dijo que ya había tenido suficiente por el momento. Y, de repente, el Legado le reclama. «¿Qué estará planeando? ¿Habrán llegado las noticias de su victoria a Roma? ¿Qué movimiento va a hacer ahora?». Estaba desconcertado. Y no era para menos. Valerio y sus hombres no habían escuchado nada. Nada. Como si nada hubiera pasado. ¿Habría cesado la hostilidad? ¿O era la calma previa a la tempestad? Las dudas le corroían mientras paseaba de un lado al otro del *impluvium* de la *domus* del Legado. La única compañía, aparte de un sol que empezaba a apretar con el mediodía, era Luphias, el *librarius* de Valerio. El *primus pilus* lo había elegido porque era discreto, inteligente y callado. Además era el más curtido en letras y política. Una elección acertada a la que el Tribuno no se había negado. Un poco de ayuda nunca viene mal. Contrastaba la aptitud laxa de Luphias, bajo un banco de mármol a la sombra del patio porticado, frente a Fabio, que no dejaba de andar nervioso en torno al centro del mismo. Llevaban más de media hora esperando. ¿Qué pasaba? ¿Querían ponerle nervioso? ¡Pues lo estaban consiguiendo! ¡Era el segundo al mando de la *Legio V Alaudae*, de familia patricia de orígenes antiquísimos y con una experiencia militar dilatada! ¡Y tenía que esperar! Pero se dijo a sí mismo: «calma, tranquilo, tal vez sea lo que quiere. Siéntate junto a Luphias y trata de relajarte».

Y así hizo.

—Tranquilo, *domine*, lo que tenga que pasar, pasará —intentó calmarlo Luphias, hablándole en un tono bajo y mesurado a la par que respetuoso, pese a tener mayor edad, pero no el mismo *status*.

—¿Qué crees que planea? —preguntó Fabio.

—Ni idea. Solo los dioses lo saben.

—En cualquier caso, desconfía. Algo se cuece ahí dentro.

—Así lo haré, *domine*.

En ese instante, irrumpió en el patio un esclavo que abrió las puertas y dejó pasar a otros dos hombres: el Tribuno Lucio Quinctilio y el Tribuno Quinto Servilio. Un hombre maduro y otro joven. Un aliado de Fabio y un posible rival directo en la formación del *cursus honorum*. Todo era muy extraño.

—¿Os ha hecho llamar también? —preguntó Servilio monótono, sabiendo que debía hacer esa pregunta.

—Supongo que habrá asuntos que reclamarán la atención de los principales Tribunos de la *Legio* —contestó con falsa frialdad.

—Sea como fuere, es importante, si reclaman nuestra presencia —dijo con intención Quinctilio, mirando directamente a los ojos de Fabio.

En ese momento apareció un esclavo que les ofreció a entrar en la *domus*. Parece ser que estaba esperando que estuvieran todos para dejarlos pasar. Una vez dentro, el esclavo les llevó directamente, sin detenerse, al atrio del Legado. Este era bastante espacioso y con muchas telas púrpuras en la sala, con algún busto esculpido en mármol y cierta impedimenta militar. Pero austera después de todo. Cuando llegaron los tres tribunos y el *librarius*, se encontraron al Legado visiblemente tranquilo, hablando y tomando vino mientras Calosio Domitio escuchaba silenciosamente algo apartado de él. Varios esclavos permanecían cerca, destacando Ásper, su fiel servidor, que permanecía en pie a la espalda de su antiguo amo, como siempre, pero con sus sibilinos ojos escrutándolo todo.

Fabio temía una reacción violenta o tensión en las palabras del Legado. Pero no fue así, desconcertándolo a él, a Luphias y a Quinctilio.

—¡Adelante, mis valientes, adelante! —exclamó el Legado con una inmensa sonrisa en su cara—. ¡Traed vino inmediatamente! ¡Tomad asiento!

Los Tribunos se miraron entre sí con desconfianza mientras una joven esclava les servía vino. ¿Qué pasaba aquí? Algo tramaba.

—Os he reunido, los mejores tribunos de mi *Legio*, para departir órdenes —hizo una pausa y miró fijamente a Fabio con una especie de ira contenida y suspicacia—. Pero antes debo decir algo del Tribuno Cneo Fabio Sabino.

Se hizo un silencio incómodo. Pero Fabio no se amedrentó y no le bajó la mirada mientras bebía lentamente de su copa. Cuando terminó, abrió la boca para hablar ante la expectación. Pero el Legado se adelantó.

—Hay noticias de Roma. Tu gran triunfo ha llegado a oídos del César Claudio. Se complace mucho de tu victoria. Al igual que todos.

—Yo sirvo humildemente al César. Y a Roma —contestó con suavidad.

—Tu valor está demostrado con creces. Estamos ante un gran oficial.

Esto sí que no lo esperaba. ¿Qué tenía entre manos?

—Mi fuerza también reside en quien la confío. Mis hombres han combatido con bravura —aseguró Fabio intentando buscar reconocimiento globalizado ante el cariz de la situación.

—¡Y Roma recompensa a sus valientes! Y lo ha hecho ya, de manera generosa —diciendo esto, tomó un pergamino enrollado y se lo entregó. Tenía una oscura mirada en sus ojos—. Pero, por favor, no te entretengas con asuntos tan banales ahora. Ya lo leerás más tarde.

—Tiene razón, *domine*. La obligación es lo primero —afirmó sereno, entregándole a Luphias el pergamino, que lo guardó de inmediato.

—¡Así habla un hombre de Roma! —señaló para acabar esa conversación y empezar otra—. ¡Tribunos! ¡Tenemos nuevas de Britania! La conquista prosigue y con éxito. Pero se necesita más tiempo para doblegar a esos bárbaros, además de privarles de toda ayuda. Tenemos informes concluyentes de que, desde más allá de la Germania, una serie de barcos piratas comercian con los pueblos britanos, les proveen de recursos y realizan ataques a los suministros de Roma. Esto debe acabar.

—Creo que ya tenemos suficiente con las invasiones de los caucos desde el Norte, entrando por los ríos, y las incursiones por tierra de otras bandas de germanos, *domine* —expuso sutilmente Fabio con una dura mirada de Quinctilio. El Legado no se inmutó.

—Cierto. Por eso mataremos dos pájaros con la misma flecha.

El Legado paseaba mientras hablaba, con porte majestuoso y tranquilidad aparente. Todos allí sabían que tras esa cortesía había un plan elaborado y presumiblemente peligroso.

—¿Cómo podemos ayudar en tan importante tarea? —preguntó Servilio.

—Acabando con la piratería —respondió el Legado con rapidez.

—Pero de eso debe encargarse la marina —reprochó Quinctilio.

—Para eso ya se están tomando medidas. Se está reforzando la presencia legionaria en los puertos que tenemos y se están fletando más barcos para contrarrestar esta amenaza, además de los ataques de los caucos —dijo con intención hacia Fabio.

—Entonces, ¿qué debemos hacer?

—Hay un puerto que se nos escapa. Desde Britania, nos han traído a un pirata prisionero. Afirma que existe un puerto franco en Germania a menos de una semana a caballo de nuestro último puesto fronterizo. Constituye el puerto seguro más cercano a la isla. Si lo tomáramos, sería el fin práctico de

ambos problemas. Al mismo tiempo, serviría de plataforma para lanzarnos a la conquista del resto de la Germania en el futuro.

—¿Para cuándo se pondrá en marcha la V? Está algo dispersa, pero algo se puede hacer con los auxiliares y, si nos damos prisa, podemos hacer una rápida incursión antes de la llegada de las nieves —preguntó, pragmático como siempre, Fabio.

—¿La V? Creo que no lo has entendido bien, el guía que poseemos solo sabe llegar por mar. Atacaremos por mar.

—Pero un ataque por tierra sería más efectivo —repuso Quinctilio.

—Así es. Y así se hará. Pero quiero tantear el terreno.

—No alcanzo a entender qué sugiere el Legado.

—Una maniobra de distracción.

Llegados a este punto, Fabio vio claro qué tenía entre manos.

—Explíquese, *domine* —se unió Servilio.

—Dos ataques, dos propósitos. Uno distrae, el otro arrasa. Una porción de la V irá por mar hacia el puerto y lo tomará. Una vez tomado, se atrincherará hasta la ofensiva del resto de la V. La *Legio XV* se encargará de los caucos. Con un poco de suerte, debilitará el *limes*^[48] y podremos avanzar con rapidez para unirnos a la guarnición del puerto franco.

—*Domine*, con una ofensiva en Britania y la anexión de la Tracia... ¿nos internaremos en una guerra de conquista en Germania? —planteó con coherencia Quinctilio, que veía también por donde iba el asunto.

—Es una pequeña ofensiva. Adelantaremos hasta el siguiente río, asentando pequeños destacamentos auxiliares que ya teníamos. Ten en cuenta los efectivos que emplearemos.

—¿Tenemos la aprobación del César? —se cuestionó Quinctilio, sabedor de que eso dirimía todas las decisiones estratégicas.

—Tengo poderes para tomar estas medidas ante la situación que vivimos. Las circunstancias mandan y Claudio quiere soluciones —puntualizó algo ofendido el Legado. El Tribuno bajó la mirada y afirmó con la cabeza. Mejor callar.

—¿Y quién dirigirá el ataque al puerto? —preguntó aterrado Servilio. Era aún demasiado joven. Más que Calosio Domitio.

—Mi segundo al mando. Cneo Fabio Sabino.

—Con el debido respeto, Legado, pero no veo claro el plan —se atrevió a decir Fabio.

—¿No apruebas una orden dictada por el mismísimo César? —rugió al decirlo.

—No es que no lo apruebe, sino que hay aspectos concretos que no se han tenido en cuenta, *domine*.

—Que el gran genio militar nos ilumine.

Los otros Tribunos rieron ante la ocurrencia, mientras el Legado tomaba asiento. Fabio temía las repercusiones de la discusión, pero prosiguió.

—El mar. Debemos saber las condiciones en las que está para la navegación.

—Se hará con antelación.

—Tripulación, barcos y otros aparejos. Supongo que se habrán destinado a la defensa del mar...

—Ya se están reuniendo los barcos a tal fin. En menos de dos semanas estará todo a tu disposición.

—Pero eso son nimiedades con respecto al mayor problema: el puerto. No sabemos los hombres que allí se cobijan, las defensas, los recursos que tienen...

—Eso te lo dirá el guía. ¿Y tú eres el gran militar que derrotó la ofensiva de los germanos con tan pocos hombres? ¿Eres tú quien detuvo una serie de bandas de roxolanos en Mesia con solo una cohorte? ¿Aquel que reprimió en cuatro días un conato de revuelta en el Norte de la Tarraconense?

—Así es —contestó abatido.

—Entonces, demuéstalo, y no decepciones la confianza que hemos depositado en ti. Tú eres el oficial más destacado de todo el *limes* occidental, si hay alguien que puede hacerlo, ese eres tú.

—Roma manda y yo ejecuto —sentenció Fabio con serenidad, pero con un fuego interno que lo iba a consumir pronto si estaba mucho tiempo más allí.

Todo había sido una maniobra excelente del Legado. O, mejor dicho, de su liberto Ásper, que sonreía con la cabeza gacha. La primera parte del plan estaba en marcha. Y el propio Fabio había sido el causante ganando reputación. A veces, medrar demasiado puede ser un grave inconveniente.

El Legado tomó unos legajos que había sobre la mesa. Durante un par de minutos los leyó en silencio mientras los Tribunos se miraban entre sí. Bueno, no todos. Fabio no quitaba ojo a su oficial superior con una mezcla de ira contenida y expectación. Algo le decía que eso no era todo, que le aguardaba algo más. Quinctilio mantenía su boca cerrada y Fabio lo entendía. Cada uno debía velar por sus intereses. No esperaba que se fuera a mojar en esta contienda. Además de que no tenía ningún interés en posicionarse de forma directa. En esta situación, el Legado alzó la vista y les volvió a hablar.

—Solo queda organizar los preparativos. Ardua tarea. Tengo algunas ideas de cómo organizar tu partida, Fabio.

—Expóngala, *domine* —contestó con serenidad.

—Lucio Quinctilio ya ha demostrado sus dotes para la organización. Que sea él quien lo organice todo. Que tome cuanto necesite para que tus hombres estén bien abastecidos. Los graneros están bien surtidos. Toma lo que consideres oportuno.

No pasó inadvertido el «tus hombres» del Legado. Sabía perfectamente, y con esa frase lo había puesto de relieve, que estaban ante una guerra no abierta. Buscaba la eliminación física del adversario, pero antes debía acabar con su reputación.

—Todavía no me ha dicho cuántos hombres voy a tener bajo mi mando, Legado —se adelantó Fabio antes de tener alguna desagradable sorpresa.

—¿No lo he dicho? ¡Qué distraído soy! —ironizó levemente mientras se levantaba de nuevo y paseaba por la sala con la copa de vino en la mano—. Todos hemos visto lo buen militar que eres... ¡Llévate a la cuarta y a la quinta cohorte! ¡Dale la oportunidad a otros hombres de cubrirse de gloria!

—Legado, prefiero llevarme a los veteranos.

—También yo los necesitaré para el ataque principal...

—No habrá ataque si fracaso. Esos hombres me conocen bien, saben mi manera de hacer las cosas y no se asustarán ante órdenes férreas y considerarán la muerte segura. Los hombres de la cuarta y la quinta son buenos. Pero no he combatido con ellos. No me conocen tanto y temo que a ellos no les puedo pedir el mismo grado de exigencia que a la primera y a la segunda cohorte.

Por primera vez desde que entró, Fabio le había agarrado bien los genitales. Su argumento era mejor y todos los Tribunos miraban con aprobación a Fabio, pero sin decir nada. Incluso Calosio Domitio. Entonces el Legado dio una ligera vuelta, como meditabundo, y buscó los ojos de Ásper que, mirándole fijamente con ojos rapaces, afirmó muy suavemente con la correspondiente frustración de su antiguo amo y señor.

—Sea. La primera cohorte para ti. La segunda hay que reforzarla debido a las bajas que ha sufrido. La primera centuria de la segunda cohorte se unirá a la primera cohorte. Eso debería bastar...

—Y los auxiliares de Cornelio Prisco.

—¿También? —Ásper volvió a asentir—. Está bien, adelante. En cinco días quiero a los hombres movilizados y con la impedimenta perfectamente organizada.

—Así se hará.

—Calosio Domitio, mientras Fabio Sabino esté fuera, tú serás el segundo al mando. Quinto Servilio, revisarás los puestos fronterizos para el próximo ataque. Llévate dos *turmae*^[49] auxiliares. Ahora iros, tengo mucho que organizar.

—Legado —respondieron a la vez, saludando militarmente, y saliendo uno tras otro.

El Legado tenía una expresión amargada y el puño cerrado fuertemente sobre la copa. En cuanto los pasos de todos sus Tribunos desaparecieron en el silencio, estrelló la copa en el suelo y se volvió hacia Ásper. Se acercó, como poseído, pero no lo tocó. En el fondo, apreciaba y temía, de alguna forma, a ese liberto.

—¡Al final no ha salido como esperábamos! ¡No tenía que haber cedido ante nada!

—Has hecho lo mejor, *domine*.

—Voy a perder los mejores y más experimentados hombres de la *Legio*.

—Sí, y también los más leales y conscientes del enfrentamiento que hay entre Fabio y tú. Realmente es una maniobra inteligente.

El Legado se relajó, dio un paso atrás y soltó una enorme carcajada.

—No lo había visto de ese modo...

—De esta forma, *domine*, se asegura la lealtad del resto de hombres de la *Legio*.

—¿Y si no salen perfectamente nuestros planes?

—Mejor que eso no ocurra...

—¿Y si ocurre?

—Acabaremos con todos los que le son leales a Fabio de un solo plumazo...

Fuera de la *domus* del Legado, los cuatro Tribunos y el *librarius* Luphias continuaron juntos su camino.

Andando, llegaron hasta la *domus* asignada a Fabio sin prácticamente hablar. El aire se podía cortar con un cuchillo. Una vez en la puerta, Luphias se sentó a leer el pergamino entregado a Fabio mientras los Tribunos se despedían.

—Nos toca movilizarnos por el bien de Roma... —comentó Servilio, rascándose la cabeza con expresión despreocupada. Sabía que parte de la

frontera no era demasiado peligrosa tras la reciente victoria romana, por lo que no arriesgaría mucho su vida.

—Ese es nuestro cometido —puntualizó severo Fabio—. Aunque las responsabilidades de cada uno son distintas.

—Así es. Os dejo departir sobre vuestros deberes. Que Marte y Juno os guarden —dijo Servilio.

—Y yo os dejo hacer los preparativos —afirmó Calosio Domitio.

Tras esto salieron a paso ligero y sin mirar atrás. Poco les importaba lo que pasaba, y Servilio no intuía lo más mínimo de lo que podría ocurrir.

—¿Qué hago ahora, Quintilio? —preguntó en voz baja Fabio, con sus ojos mirando al horizonte.

—No puedes hacer nada. El Legado ha realizado una genial maniobra que te ha dejado sin opciones —respondió en el mismo tono y con cierto pesar.

—En cualquier caso, tengo que hacer algo. Me suena a suicidio.

—Solo puedes hacer una cosa: no darle la satisfacción de ser vencido.

—De eso no te quepa duda. Tomaré la posición o moriré intentándolo. Lo juro por los dioses —zanjó el asunto llevándose el puño derecho al pecho y mirando a los cielos.

—En todo caso, se rumorea que el año que viene será Domicio Corbulón el nuevo Prefecto. Posiblemente de la *Legio XV Primigenia*. O puede que lo hagan Legado provincial. Sea como fuese, es tu amigo, podrías pedirle ayuda si las cosas se ponen feas, en un momento dado.

—El mañana aún no ha llegado...

—Tal vez este encargo se demore. A veces pasa. El verano se acaba —intentó mostrar un atisbo de esperanza Quintilio, posando su mano sobre el hombro.

—Aún así, partiría. Lo tiene todo dispuesto desde hace tiempo. Estoy seguro.

—Mándale emisarios a Corbulón. Tal vez pueda ayudarte.

—Tardarían mucho tiempo. Sería inútil, además no puedo hacerlo. Lo pondría en un aprieto y su ayuda llegaría tarde.

—No sería faltar a la ética, ni al raciocinio...

—Pero sí al honor y al valor.

—Creo que confundes dichos términos.

—No. Si el Legado quiere aplastarme, que lo haga a mí solo.

—Como desees. En todo caso, te ayudaré en todo lo posible. Me voy a empezar a organizar tu partida. Será mejor que avises a los hombres cuanto antes.

—Así lo haré. Nos veremos a la puesta de sol.

Tras esto, Quintilio desapareció tosiendo. Aunque su aspecto había mejorado últimamente, no parecía recuperarse totalmente. La muerte parecía acercarse a él de forma progresiva y metódica. La Fortuna le daba la espalda. Al igual que al Tribuno Fabio.

Luphias se le acercó con el pergamino desenrollado.

—*Domine*, he leído el pergamino...

—¿Hay algo digno de mención? —cortó Fabio.

—El César te ha concedido una suma de dinero que ha puesto a tu disposición y a los hombres que han combatido.

—Ahora eso es irrelevante...

—También habla de que el año próximo te dará el mando directo de una *Legio*. Con un poco de suerte, tendrás el mando militar de toda una provincia.

—¿Cómo? ¿El César me va a hacer Legado de una *Legio*? —dijo sorprendido y animado.

—Sí, de hecho, este será el motivo por el cual nuestro Legado deseará acabar contigo, *domine*. Sus erróneas decisiones en estas invasiones le van a hacer perder posición.

—Claro, tiene sentido. Quiere deshacerse de mí antes de que llegue al mismo *statu* que él. Pues no le voy a dar tal satisfacción —comentó en voz alta, con una sonrisa maquiavélica en su rostro y la mano en la barbilla, sin dejar de mirar al horizonte.

—¿Órdenes, Tribuno?

—Manda llamar a Valerio. Dile que informe a los centuriones pertinentes de nuestra partida. Que se preparen para la ofensiva. La guerra nos llama de nuevo.

Varios días después, comenzó la marcha hacia *Gesoriacum*^[50], puerto principal donde se hallaba atracada la flota romana del Atlántico. La flota britana.

Los soldados no se tomaron demasiado bien el hecho de ser llamados de nuevo a combatir aparte del cuerpo común de la *Legio*. Menos aún con un ataque por mar. No obstante, tenían confianza en que su Tribuno les llevaría a la victoria, como siempre lo había hecho durante toda su carrera. Con una impedimenta adecuada y eficaz, comenzó el desplazamiento de unos 800 soldados aproximadamente, más unos 50 esclavos, algunas prostitutas, tahúres, mercaderes y transportistas ayudando en el aprovisionamiento. No

obstante, esta comitiva se quedaría en el puerto. Todo había sido organizado perfectamente por el Tribuno Quinctilio, que se había mantenido en *Vetera* debido a su empeoramiento de su salud.

Estaba previsto recorrer esta distancia en unos siete o nueve días. A Fabio no le gustaba alargar las marchas más de lo previsto y tenía fama de extenuar a los hombres durante los trayectos. Sin embargo, lo compensaba con uno o dos días tranquilos siempre que llegaban a su destino. Por esto, las quejas por parte de los legionarios eran mínimas, más aún con la más que conocida severidad del ejército romano.

Una de las noches, Fabio se paseó entre las distintas unidades que componían su fuerza de choque. Su intención era hacerse respetar y hacer saber a los hombres que estaba con ellos en todo momento. Cuando llegó a Valerio y sus hombres, estos se encontraban bebiendo, comiendo y riendo. De súbito, todos se levantaron y se cuadraron.

—Tranquilos muchachos, descansad —comentó con voz media Fabio y una sonrisa en la cara.

—¿Le podemos ofrecer algo, *domine*? —preguntó Valerio.

—Algo de vino... —bebió una copa y siguió hablando manteniéndose todo el tiempo erguido—. Solo estoy haciendo la ronda. ¿Va todo bien?

—Sí, *domine* —respondieron los hombres a la vez.

—Eso me complace. Sois los mejores hombres de la *Legio* y tengo mucha confianza en vosotros. Sé que no me decepcionaréis. Además, cuando todo acabe, Roma no se olvidará de vosotros. Eso os lo prometo.

—Nunca hemos combatido en el agua, pero mis hombres estarán a la altura —explicó el *primus pilus* con naturalidad.

—No me cabe duda. Si alguien puede hacerlo, esos sois vosotros. Por eso sois los elegidos: porque sois los mejores —hizo un silencio para que esa información calara en los hombres—. Ahora os dejo descansar. Tened una buena noche, *commilitones*.

—Gracias, *domine* —respondieron más o menos a la vez.

Los hombres continuaron bebiendo y comiendo mientras se calentaban en torno a la hoguera.

—Sabe cómo hacer las cosas este Tribuno —dijo Macro despreocupado. Valerio podía mandarlo a callar e incluso castigarle, pero no lo creía necesario. Las habladurías eran en este caso buenas.

—Desde luego no lo está haciendo mal —apostilló Silvano con la boca llena de comida.

—Bueno, no tendría por qué hacerlo, pero sabe que, si lo hace, puede obtener más de nosotros —añadió, pragmático como siempre, Vesper.

—De momento ha vencido toda batalla, ¿no? —preguntó Lucio Balbo.

—Vencer no es suficiente —añadió Druso.

—Hay que saber recompensar y dar a valer a sus hombres. Y Fabio lo hace —se unió Fulvio.

—No todos han sido así, hemos tenido cada Tribuno inútil en nuestras filas... —comentó Macro.

—¡Silencio! ¡Ni una palabra sobre ningún oficial! —cortó raudo Valerio.

—Pero es verdad. Niños que han salido del *triclinium* de su madre para mandar a hombres hechos y derechos...

—¡Basta! Una palabra más...

—No es necesario, Centurión —cortó Vesper antes de que la cosa fuera a mayores. Al mismo tiempo, Macro agachó la cabeza en señal de sumisión.

—En tal caso, me iré a hacer la ronda yo también. Casio, vigila que aquí se controlen las lenguas. Y de paso el vino.

—Así lo haré, Centurión. Pero dudo que haga falta —afirmó Casio con una dura mirada a Macro.

Cuando se hubo ido, la expectación estaba en el aire. Estaban todos: Casio, Vesper, Druso, Macro, Silvano, Fulvio y Luphias.

—Algún día te vas a meter en un lío... —advirtió Casio avivando el fuego.

—¡Bah! No creo que me haga nada —respondió tranquilo Macro.

—No tientes a la fortuna.

—Tú fuiste igual o peor que yo hace algunos años... ¿recuerdas?

—Y he cambiado. Por eso ahora soy *Optio*.

—No quiero responsabilidades. Además, soy un héroe de la *Legio*.

—Nadie es imprescindible —añadió Vesper.

—¿Ni siquiera tú?, ¿el mejor legionario de la *Legio*?

—Ni siquiera yo. Por eso no doy motivos para ser castigado.

—No es tonto eso que dice... —se sumó Fulvio con una sonrisa.

—¡Sois blandos como mujeres! —dijo bromeando Macro, aunque escondía algo de resentimiento en sus palabras. A nadie le preocupó. Su indignación de ahora se olvidaría con un trago más de vino. Así era Macro: despreocupado y llevadero. Todos rieron y se relajaron hablando de los típicos temas entre la soldadesca: experiencias de combates, mujeres, alguna fanfarronería, algún chisme y alguna noticia de la lejana Roma.

Poco después, Fulvio se retiró a dormir. Al menos eso dijo, pero muchos intuían que tenía por amante a Laico y que a escondidas se veían. Pero nada era concluyente y nadie estaba interesado en saberlo.

Al rato, cuando la comida se acabó, Silvano se retiró a dormir entre bostezos y rascamientos en su tienda, justo al lado de donde estaban, al tiempo que Macro se acurrucó y se quedó dormido junto al fuego. Hacía una temperatura agradable para dormir al raso...

—Ahora que estamos solos —empezó a decir Balbo en voz baja— ¿qué se sabe del Centurión Valerio?

Druso, Casio, Lughias y Vesper lo miraron con extrañeza. No esperaban que empezara a hacer preguntas tan pronto. Era un chico curioso y tal vez impaciente. Acto seguido se miraron entre ellos con complicidad.

—No hacemos mal informando al novato —sentenció Druso mientras se acomodaba para dormir.

—Pero hacedlo vosotros, que yo me voy a dormir —añadió Casio con los ojos cerrados y tapado hasta la barbilla con una manta.

Vesper sonrió mientras apuraba el poco vino que quedaba y Lughias se encogió de hombros.

—¿Qué es lo que quieres saber? —preguntó.

—Lo que se sepa de él.

—No hay mucho que contar, porque no sabemos demasiado.

—¿Y cómo es eso? ¿No lleváis años juntos?

—Depende. Casio y Druso lo conocen desde hace más de diez años, cuando ellos estaban sirviendo en la *Legio VI Ferrata*, antes de pasar a la *Legio X Fretensis* en Judea. Los demás, desde la *Legio IX Hispana* en Panonia.

—¿No te parece suficiente tiempo para conocer a alguien?

—Y lo conozco. Sé cómo piensa, se comporta y quiere. Pero si te refieres si conozco su pasado, estás equivocado. Solo sé de sus gestas con nosotros y algunos detalles.

—Cuéntame.

Lughias miró a Vesper para que continuara mientras bebía algo de vino de un nuevo odre.

—Nació en alguna parte de Hispania. Estuvo casado, seguramente con una dispensa especial, y posiblemente su mujer murió durante sus años de servicio en Judea. Ascendió muy pronto por méritos propios desde el cargo de *librarius*, lo que demuestra lo buen militar que es...

—Y que también está bien relacionado... —puntualizó Lucio Balbo.

—Lo está, pero no influyó tanto como puedas creer.

—No pretendía...

—Adora a unos extraños dioses orientales —obvió el comentario—. No sabemos bien cuáles, solo que tiene extraños ritos y poco más.

—También lee legajos y le interesa poco la política interna —añadió Luphias.

—Nunca lo he visto hablar de mujeres... Tal vez no le interesan. ¿O tiene alguna concubina?

Se miraron entre sí, y Druso, medio dormido, abrió un ojo y asintió con la cabeza. Luphias prosiguió.

—No habla mucho del tema. Su esposa debió ser una gran mujer. No obstante, tiene una amante que va a visitar muy de vez en cuando.

—¿Libre?

—Bastante. Todos lo sabemos, pero no porque lo haya contado.

—Y en cuanto a su carácter... ¿ha sido siempre así?

—¿Así cómo?

—Melancólico... reservado... prudente...

—No siempre... —se sumó Druso con los ojos cerrados—. Luphias y Vesper lo han conocido tanto en su madurez personal como profesional. Hace muchos años, cuando sabía su nombre de oídas, era un *optio* talentoso pero discreto. Cuando lo pusieron al mando de mi manípulo su fama estaba cambiando. Se decía que estaba desquiciado debido a la muerte de su mujer y que estaba buscándola allí donde podía encontrarla. Bajo sus órdenes comprobamos que esa leyenda era tan verdad como que la muerte nos llegaría a todos. Pero la diosa Fortuna estaba de su lado para sacarlo siempre airoso, y nosotros con él, ganándose la popularidad entre la oficialía. Con rapidez inusitada, esta fortuna le llevó a ascensos y recompensas. Al poco de habernos trasladado a Panonia, su imprudencia e intemperancia desaparecieron de la noche a la mañana. Aunque sus buenas cualidades perduraron desde entonces.

—¿Nunca más realizó actos impulsivos o alocados?

—No. Otra cosa es que nos eligieran a él y a nosotros, sus hombres, para llevar a cabo misiones arriesgadas debido a su fama.

—Una última pregunta... por ahora...

—Pregunta, que tengo sueño... —respondió Luphias dando un bostezo y recostándose.

—¿Creéis que todavía desea la muerte?

En ese momento, Druso abrió los ojos y miró a Vesper y a Luphias que escrutaban curiosos a Balbo. Silencio.

—¿No hay respuesta? —insistió el hispano.

—Ninguna definitiva —empezó a decir Vesper mientras sus otros compañeros se acomodaban para dormir—. Mi opinión es que la desea, pero no la busca. Ha entendido que ella le encontrará en el momento oportuno. El momento elegido por los dioses...

Una semana después de su partida llegaron a su destino cansados pero contentos de poder descansar al menos un día entero de las duras marchas diarias. Aunque estaban relativamente acostumbrados, los traslados de una posición a otra a marchas forzadas no gustaban a nadie.

El Tribuno Fabio tenía órdenes de establecer un campamento temporal en los arrabales del puerto. No perdió el tiempo desde su llegada a *Gesoriacum*, pasando a la acción directamente. Se llevó a cabo con rapidez y como si se tratara de estar en tierra hostil: con empalizada y foso. Hasta tal punto desconfiaban del Legado. Pero, para los legionarios, se achacaron las defensas a la prudencia ante un ataque pirático y como parte del entrenamiento cotidiano.

El *primus pilus* se encargó de toda la operación. No era la primera vez que lo hacía. Su función no se limitaba a organizar la alineación de tiendas y la construcción de las defensas, también debía organizar los recursos, la mano de obra, cuidar del ganado, grano y verduras que transportaban, además de lidiar con el pequeño grupo de prostitutas, tahúres y mesnadas que acompañaban a los soldados. Aunque los transportistas y esclavos se volvieron con una pequeña escolta de équites que los habían acompañado.

Mientras esto ocurría en los arrabales del puerto, el Tribuno Fabio, el Prefecto Cornelio Prisco, el *librarius* Luphias y el legionario Druso se dirigieron hacia la prefectura. Con la seriedad y marcialidad propia de los soldados penetraron en el sobrio edificio pétreo con la luz suave del atardecer, tras dejar a los caballos en la puerta, aún jadeantes.

En el interior, marinos, soldados y civiles discutían o aguardaban su turno. Fabio esperó en el centro de la sala durante unos segundos oteando su alrededor. Era el único oficial patricio o ecuestre junto con Cornelio Prisco, siendo fácilmente distinguidos por sus uniformes y dos cintas púrpuras atadas horizontalmente a sus pechos que destacaban su mayor posición social. Eso sí, cubiertos de polvo del camino.

Poco después, un hombre llegaba a paso ligero para recibirle. Se trataba de un magistrado local o un liberto al servicio del Prefecto que le saludó cortésmente.

—Bienvenido Tribuno. ¿En qué puedo servirle? —preguntó suavemente el magistrado con una grave reverencia.

—Vengo a ver al Prefecto. Me llamo Cneo Fabio Sabino. Tengo órdenes directas del Legado de Germania Inferior —respondió con educación pero con la altivez propia de un militar.

—Si tiene la bondad de esperar, le daré parte inmediato de su presencia aquí.

—Está advertido de mi llegada. Tengo prioridad frente a otros menesteres.

—En tal caso, la espera será breve. Síganme, por favor.

Les condujo por un pasillo hasta llegar a la puerta del Prefecto. Dio tres golpes en la puerta y pasó. Segundos después, hizo entrar a toda la comitiva con grandes muestras de respeto e inclinaciones, hasta cierto punto, innecesarias. Un lameculos.

—Me alegro de conocerle, Tribuno. Soy el Prefecto Léntulo Apias. Le esperaba un día más tarde o dos —dijo un hombre sentado en una mesa con uniforme militar. Aquel tipo parecía un anciano o estaba muy mal conservado, ya que tenía un aspecto enfermizo, gran cantidad de arrugas visibles, calvicie avanzada y piel amarillenta. Pero su voz no delataba con exactitud su edad.

—No he querido perder el tiempo y he forzado la marcha —contestó firme Fabio.

—Eres previsor. Supongo que querrá que hablemos de la operación.

—Por supuesto, y sin demora.

—Yo esperaba a que mañana concertáramos una hora...

—No me gusta esperar. Cada cosa en su momento.

—Como quiera. Pero la revisión de barcos no se podrá hacer hasta mañana después de la hora tercia^[51]. Como pronto.

—Sea.

—Dispondrá de cinco galeras y dos barcasas de transporte de mercancías que hemos tomado de la flota empleada contra esos malditos britanos. Tal vez otra embarcación menor también.

Luphias se acercó por detrás y puso los labios cerca de su oído para susurrarle.

—Será suficiente.

—¿Y la tripulación? —preguntó el oficial.

—A su disposición. Con los remeros y sus relevos.

—¿Marinería incluida?

—Sí, pero tenga en cuenta que debe devolver al menos cuatro de las seis galeras más los dos de transporte una vez tomada la posición. Necesitamos todos los barcos para la guerra en Britania.

—Lo había dado por supuesto. ¿Qué tiempo se espera?

—Muy bueno. Podréis partir en tres días. Si evoluciona como debe, no habrá ningún tipo de problema.

—En cuanto a la lista de víveres y materiales requeridos, la posee mi *librarius*. Tiene mi plena confianza y arreglará todo lo que sea necesario para la operación.

—Que hable con el magistrado. Llegarán a un acuerdo.

Entonces el magistrado le indicó a Luphias que le siguiera y desaparecieron por la puerta.

—Gracias. Ahora hablemos de mi prisionero. Quiero verlo.

—Lo tengo aislado desde hace tres semanas en una mazmorra.

—Tráigalo inmediatamente.

—¿Sin asear?

—¿Cree que voy a fornicar con él? ¡Tráigalo ahora!

El Prefecto le iba a contestar que no le diera órdenes, pero la inflexibilidad de Fabio y la dureza de la mirada de Druso como legionario experimentado provocaron en Léntulo Apias que desistiera de discutir, dando la orden oportuna a un centinela de la puerta. Cornelio Prisco acompañó al centinela en su búsqueda del prisionero.

Varios minutos pasaron en silencio. El prefecto leyendo legajos y los «invitados» observando la sobria sala. Al cabo de un rato, apareció el prisionero cubierto de grilletes, con mal aspecto, muy sucio y con un hedor que provocaría repulsión a una cabra. Pero, aparentemente, gozaba de buena salud.

—¿Entiendes lo que te digo? —preguntó el Tribuno a dos palmos del prisionero.

El prisionero le miró desafiante y no contestó. Druso respondió a esa mirada desenvainando la *gladius* lenta y silenciosamente, acercándose al prisionero de forma tranquila.

—Afirma de alguna manera que me entiendes o este soldado de mi izquierda te golpeará con fuerza.

El Prefecto, aunque nervioso y preocupado, no dijo nada. Era el único que mostraba un atisbo de incertidumbre, los demás estaban expectantes pero

relajados.

Entonces, el Tribuno miró al centinela, que portaba un *flagelum* en la mano, sin embargo, se preparó para el golpe que Druso le daría por su derecha.

—¡No hagas nada, Druso! Se ha delatado —afirmó divertido el Tribuno—. ¡Habla o le daré la orden de que te abra en canal!

—¿Qué es lo que quieres? —respondió con un acento muy extraño e indescriptible, la primera vez que oía un latín con un sonido tan peculiar.

—Información. Si me cuentas todo lo que quiero saber, podrás ganar tu libertad y una buena cantidad de sestercios.

De repente, al prisionero se le encendió la cara. Intentó en vano, refrenar su entusiasmo, aunque todos lo percibieron con nitidez. Codicia.

—Haz una oferta —se pronunció tajante.

—No tengo poder para hacértela, de momento —contestó seguro Fabio—. En cuanto seas de mi propiedad, lo haré.

—Hasta entonces...

No terminó la frase, Druso le arremetió en el vientre con el pomo de su *gladius*.

—¿Crees que es forma de dirigirte a un Tribuno de Roma? Escoria de mar —expresó tajante pero suave el legionario.

—Gracias, Druso. Déjalo —le frenó con tranquilidad y no sin cierta satisfacción—. Que diga lo que sepa. Tienes mi palabra de oficial de Roma de que la recompensa estará a la altura de tu ayuda. De momento, te prometo que tu vida es tuya y que saldrás de las mazmorras.

—Que mi *domine* mande, yo obedezco.

Una mueca parecida a una sonrisa se dibujó en la cara del Prefecto Apias. El Tribuno sabía doblegar las débiles voluntades de los hombres corruptos. Tenía su fama merecida. Fama de ambicioso, inteligente y de tener una buena red clientelar en la base de la población. El día que la tuviera en las capas superiores, podría estar cercano al propio Emperador. Sin duda, era un superviviente si sabía tocar las teclas apropiadas. Un fallo y, como todo hombre ávido de poder en Roma, todo se desmoronaría.

—Tú eres pirata. Conoces el mar. Cuéntame todo lo que sepas del puerto situado en la Germania profunda.

—Supongo que te refieres al «puerto de las rocas».

—Aquel de donde parten las naves que atacan a Roma en Britania.

—Tiene que ser ese.

—Háblame de él. Defensas, accesos, tropa...

—Bien, *domine* —interrumpió el esclavo—. Es mucho peor de lo que puedas imaginar.

Hubo un intercambio de miradas entre Druso y su oficial, de curiosidad y temor. El prisionero lo percibió y dejó unos segundos de silencio tras los cuales prosiguió.

—El puerto está amurallado por toda su parte terrestre, exceptuando al Este, que tiene una montaña rocosa que es imposible de trepar o rodear. La muralla tiene unos quince palmos^[52] de altura en su parte más alta, y es de gruesa piedra.

—Los germanos no usan piedra en sus construcciones —argumentó Druso.

—Esta es una excepción. Se trata del principal bastión de uno de los jefes del Norte de Germania. La muralla tiene dos accesos: una puerta de gran envergadura y un postigo menor. Esas partes están mejor protegidas y defendidas. Además, de noche se cierra a cal y canto.

—¿Foso? —preguntó el Tribuno.

—No hace falta. Esta fortificación está diseñada para que ningún otro pueblo bárbaro se atreva entrar. La zona de influencia de su caudillo está algo más al interior. Si se ven amenazados acuden a defenderse allí dentro. Nadie lo ha intentado desde hace años.

—Igualmente, pueden pedir ayuda mandando un mensajero de que están siendo atacados, ¿no?

—Sin duda alguna.

—Más cosas.

—Posee una pequeña torre de defensa junto a la entrada al puerto desde la que pueden lanzar piedras, flechas u otras cosas... El acceso desde el mar es muy estrecho: una pequeña ensenada natural formada por piedras rocosas impide la entrada de más de dos naves a la vez.

—Maravilloso —ironizó Fabio.

—En cuanto al interior, posee un pequeño cuartel hecho de piedra y madera, además de una veintena de casas de planta rectangular para guarecer las tropas.

—¿Cuántos caben en ese cuartel y dónde se encuentra?

—Podría guarecer a medio centenar de personas como máximo, pero normalmente no tendría más de una quincena. Se encuentra frente por frente a la puerta principal de la muralla, a unos veinte pasos.

—Me parece suficiente...

—Aún queda algo.

—¿Más? —se preguntó Druso agobiado, como todos los asistentes, de aquella conversación.

—Excavada en la roca está el último bastión. Lo llaman «la sala del jefe». Posee una enorme puerta de gruesa madera. En su interior hay una enorme sala de recepción para cuando se encuentra el Jefe del pueblo en el puerto, además de un gran almacén que nunca he visto.

—¿Centinelas en ese bastión?

—Un mínimo de cuatro. Allí guardan la inmensa mayoría de tributos que recaudan. Es el último punto de defensa. Aunque ellos dan por inexpugnable el lugar.

—¿De cuántos hombres hablamos para la defensa total del lugar?

—No estoy seguro, pero al menos 400 hombres. Puede que 500.

—Suficiente. Aseadlo y llevadlo a una celda aislada donde obtenga comida y un trato digno. No obstante, que se mantenga aislado. ¿De acuerdo, Prefecto?

—Así se hará —respondió Léntulo Apias con rapidez dando la orden con la mano al centinela.

—Druso, serás su carcelero. Al anoecer te mandaré a alguien para que te releve. Silvano o Macro.

—Bien, Tribuno —obedeció Druso, yéndose por la puerta a cumplir su cometido.

—Mañana a la hora quinta pasaré por aquí. Os dejo. Tenéis obligaciones que cumplir.

—Como siempre —contestó Léntulo Apias con un ligero movimiento de cabeza, para despedirse.

Tras esto, el Tribuno Fabio salió de la prefectura con paso lento y pesado... Le turbaba la idea de tomar ese bastión con tan pocos medios y hombres. Se planteaba un completo y total suicidio colectivo...

Por la noche, Fabio esperaba la llegada de Valerio con impaciencia mientras conversaban sobre nimiedades con el Prefecto Cornelio Prisco en su tienda. De hecho, no hacía prácticamente caso al tema del que hablaban. Su mente estaba fija en el puerto a tomar. Él, que siempre se había caracterizado por su ingenio para obtener la victoria, ahora no disponía de ideas o tretas que le llevaran a buen término o que, simplemente, pudieran ser una opción plausible. No veía ninguna salida.

Valerio hizo su entrada en la tienda con una sonrisa amable y un saludo militar.

—Te esperaba con impaciencia —cortó el Tribuno el dialogo previo a la llegada de este. Cornelio Prisco, entendiendo claramente sus preocupaciones, no se ofendió.

—He estado trabajando para obtener toda la información necesaria —se excusó Valerio con un toque leve de reproche en su voz—. Si el Tribuno lo desea, puedo relatar los pormenores hablados con Luphias.

—Eso no me interesa hasta que vea las embarcaciones.

—Como desee Tribuno.

—Lo que quiero, aquí reunidos los tres, es que digamos algo coherente para tomar ese maldito puerto sin que muramos todos en el intento.

—Precisamente, *domine*, tengo a alguien que nos puede ayudar —cortó Valerio.

—¿Cómo es eso? ¿Quién es?

—Algún dios está de nuestro lado. Hoy, echando un vistazo a la zona de carga y descarga del puerto, me he encontrado con un viejo amigo. Se trata de Gansa, un lobo de mar.

—¿En qué puede ayudarnos?

—Su *curriculum vitae* habla por sí solo: más de veintiséis años en la marina en el mediterráneo oriental, donde acabó capitaneando su propia nave. Cuando terminó su servicio militar decidió continuar viviendo del mar, pero aquí en el Norte. Ha sido comerciante durante varios años en esta zona y conoce nuestro fatídico puerto.

—¿Puede corroborar la información dada por el pirata prisionero?

—Lo ha hecho. Con ciertas variantes y siendo más concreto.

De repente, el Tribuno cambió su expresión expectante a sombría. Bebió un par de sorbos de vino con una lentitud que impacientó al Prefecto y al *primus pilus* por igual. Ambos notaron que algo pasaba por su mente. No esperó a que le preguntaran.

—¿Podemos confiar en él?

—Yo respondo por él —afirmó con seguridad Valerio.

—¿Cómo es eso? ¿Cuánto lleva en el puerto?

—Dos días, su nave está gravemente dañada y necesitaba tripulación.

—Oportuno, muy oportuno.

Miró con desconfianza a Cornelio Prisco. Pero Fabio afirmó levemente con la cabeza, indicando que se podía hablar ante él. Entonces, prosiguió Valerio.

—No creo que sea un hombre del Legado.

—¿Y por qué, si puede saberse?

—Gansa es demasiado insignificante y trotamundos para que sea un espía. Es avaro y egocéntrico, pero también es leal, sincero y fiel servidor de Roma; además, no gusta de tramas políticas. Sabe que la gente corriente nunca sale bien parada en estos asuntos tan delicados.

—¿Qué más puede ofrecernos? —buscaba algo más, una seguridad propia de que podía confiar en él. Pero en el mundo no hay demasiadas certezas. Y menos en estas cosas.

—Sabe desenvolverse muy bien en el mar, no solo como piloto, sino también cómo hacer un combate marítimo digno. Lo cual puede ser útil si nos encontramos a los caucos volviendo a sus tierras.

—Más.

—Sabe emplear una *gladius* con maestría.

—Más.

—Tiene una bonita voz para cantar.

En ese momento, Fabio cambió su expresión sombría a incredulidad. Valerio tragó saliva. Lo había dicho sin pensar. Cornelio Prisco, sin embargo, se echó a reír escandalosamente, lo cual ofendió al Tribuno, pero reaccionó a tiempo.

—¿No te das cuenta, Fabio? No te puede ofrecer garantías, pero lo está vendiendo muy bien. No sé qué buscas, pero es mucho más de lo que necesitamos. Esa chanza te la tienes merecida por desconfiar de quien no tienes que hacerlo.

Fabio no pudo evitar sonreír ante la reprimenda del joven Prefecto. Hablaba poco pero había aprendido mucho en poco tiempo. Además, amaba a Fabio con el frenesí propio de la juventud y siempre buscaba su bienestar.

Así pues, afirmó con la cabeza y miró a Valerio fijamente.

—Esperemos que ese dios del que has hablado esté de nuestro lado. Tráelo y veamos cómo es su voz —dijo, aplicando la misma broma.

Valerio fue en busca de Gansa. No tuvo que irse muy lejos. Casio le hacía compañía mientras el Centurión departía con los oficiales. Con un gesto, Casio desapareció y Gansa le siguió al interior.

—¿Tú eres Gansa? —preguntó serio el Tribuno.

—Así es, ciudadano.

Lo estaba analizando mentalmente. De unos cincuenta años; pelo grisáceo y con grandes entradas que no se molestaba en ocultar; piel oscurecida y agrietada por los años vividos en el mar; muy delgado. Pero lo que más

destacaba eran sus ojos celestes, de mirada viva, y su desarrollado mentón, que le daba personalidad.

—¿Puedo confiar en ti?

—Lo que yo diga no significará nada. Yo necesito dinero y tú información. Tal vez incluso mis servicios —lanzó su frase directamente Gansa con un relax total.

—Eres realmente sincero.

—Más bien práctico. No me gusta perder el tiempo. Y menos ahora que soy civil.

—He oído que tu embarcación ha sufrido daños y has perdido tripulación.

—La tripulación no es problema, siempre hay chusma a la que reclutar en un puerto importante como este. Mi nave es lo que me preocupa. La diosa Fortuna me permitió llegar hasta aquí.

—Supongo que tus negocios no van bien.

—Yo también supongo que Valerio habrá sido bondadoso y le habrá contado que soy comerciante. En parte es verdad. Busco monopolios comerciales, pero otras veces intercambio estocadas y tajos a cambio de todo tipo de mercancías. Pero debo aclarar que solo en territorio bárbaro.

Un pirata. Otro pirata. Y sin pelos en la lengua. Podía ser una buena elección. A Fabio le pareció que los dioses le habían traído a alguien acorde a sus necesidades y en quien Valerio confiaba plenamente. *Alea iacta es*^[53].

—Háblame sobre ese puerto.

—Poco puedo añadir con respecto a la información dada por ese otro pirata —comenzó a decir tomando una copa y sirviéndose agua—. Te puedo confirmar que casi todo lo dicho es cierto. Aunque exagera en el número de efectivos en el interior. Como mucho unos 300.

—Eres muy exacto...

—Mi profesión lo exige.

—Ya es un consuelo —comentó sonriendo.

—Lo demás es cierto, salvo pequeños detalles como que la entrada por tierra se abre por la noche para el abastecimiento. En ocasiones, por el día mandan recursos al interior del territorio y por la noche lo contrario.

—Interesante.

—Además de la atalaya avanzada.

Se miraron los oficiales entre sí. Las buenas noticias se acababan. Sonaba mal.

—¿Qué es eso? —preguntó Cornelio Prisco con serenidad.

—Una atalaya de madera que se encuentra en una colina muy cercana al puerto. Es los ojos del puerto en el Oeste, de donde vendremos nosotros. Está oculta a la vista de todos por una inmensa formación boscosa, pero yo la descubrí.

—¿Cómo es posible eso y cómo lo descubriste? —añadió Fabio con flema forzada.

—No me siento seguro en ningún lugar que no esté dentro del Imperio, y aún así tengo mis reservas, como comprenderás... Hice una rápida observación de las defensas y la encontré. Tal vez el otro pirata no lo sabía simplemente porque no lo había visto.

—¿Cómo se comunican entre sí fortaleza y atalaya?

—Supongo que con señales luminosas, o sonoras si es un ataque importante.

—¿Tamaño?

—Pequeño, no creo que haya más de media docena de hombres.

—Una pregunta, tú que eres romano. Germánico, el hijo adoptivo del divino Tiberio, hizo una incursión por mar a los pueblos germánicos, y sin embargo nadie ha oído hablar de este puerto. ¿Por qué?

—Uno de los hombres que tuve estuvo en esa expedición. Germánico quiso asaltar la posición. Un gran desgaste para una posición que no quería conservar. Muy alejada de la frontera.

—Extraño...

—No tanto. Hicieron un pacto de no agresión entre su caudillo y Germánico. El caudillo sabía que no podían aplastarles con el ejército que poseía y se encontraba debilitado por una guerra contra un pueblo vecino.

—Entonces no se molestaron mutuamente y todo quedó ahí.

—Así es.

—Puede ser. ¿Hay algo más que debas contarme?

—Entonces... ¿hay acuerdo?

—Hay acuerdo.

—En tal caso, no hay nada más, *domine*.

CON LA AYUDA DE TRITÓN

SOLEDAD. Valerio oraba en completa soledad. Se encomendaba a su Dios para que le ayudara en la travesía, no le permitiera desfallecer o tomar malas decisiones en ese día y los días venideros. También le pedía fuerzas para sus hombres y por su mujer Lydia, que le esperaba en la otra vida.

Se encontraba en la playa, junto a unos riscos, en una zona protegida del viento y las miradas indiscretas. Hacía pocos minutos que había amanecido con un cielo nublado pero que dejaba entrever el brillo del lucero de la mañana. Su posición, como siempre: postura oferente con un objeto en cada mano y con los ojos cerrados.

Terminadas sus oraciones, siempre con la misma palabra, se dirigió con premura al puerto de *Gesoriacum*. Había trabajo pendiente. Al día siguiente estaba prevista la partida y todo había sido meticulosamente planeado.

El tiempo acompañaba, según los marineros experimentados y el propio Gansa, quien le había causado una fuerte impresión al Tribuno. Tanto es así, que se hizo con una embarcación menor. Su misión, ir por delante y actuar en la retaguardia del enemigo. Confundir y retrasar a los bárbaros, beneficiando la toma del puerto en la medida de lo posible.

También lo acompañaba el pirata renegado, que hacía las veces de su segundo al mando, y cincuenta auxiliares, galos en su mayoría, para que no destacasen tanto sus facciones latinas.

Una de las naves necesitaba una serie de reparaciones de cierta relevancia, y otra, de menor importancia. Los carpinteros se encargaban de ello durante la mañana y era posible que antes del mediodía estuvieran reparados los desperfectos. La eficiencia del ejército era patente. Los víveres, ganado y materiales necesarios estaban en el interior de las galeras o listas para ser embarcadas. Mucho más de lo necesario. Siempre era preferible llevar de más que de menos. Los legionarios y la tripulación de a bordo estaban preparados para la marcha. Saldrían al día siguiente poco después del amanecer. Solo faltaban un par de trámites y una ofrenda a Tritón para ayudarlos en la navegación. El Tribuno decidió que lo haría de forma pública para acallar a

los supersticiosos, que eran muchos. El temor a los dioses y la ignorancia iban unidas de la mano en los soldados romanos, que buscaban un apoyo de las divinidades a la hora de ponerse en combate. Un apoyo moral. Alguna esperanza a la que aferrarse.

A media mañana se hizo la ofrenda. El ritual pudo haberse hecho en el templo, pero Fabio quería que todos los soldados que integraban la expedición se sintiesen bajo el halo protector de una divinidad. Así pues, se llevó a cabo en una playa, bajo los auspicios de tres sacerdotes y con todos los hombres presentes y formados. La ceremonia fue relativamente larga, lo que era habitual en los rituales antiguos. Además, fue llevada a cabo con toda la pomposidad propia de las religiones paganas clásicas. Reiterativas y en extremo aburridas. El sacrificio consistió en una serie de ofrendas al mar para contentar a Tritón para que las condiciones climatológicas fueran las apropiadas. Según los sacerdotes, Tritón había quedado satisfecho con los tributos entregados y tendrían un viaje apacible. Algunas malas lenguas dijeron que Fabio había pagado para que los auspicios fueran buenos, lo cual sería perfectamente lógico y normal en estos tiempos y en otros, pero nada fue concluyente. Todo debe parecer legítimo e incorrupto por el bien de todos. En cualquier caso, los supersticiosos y fanáticos religiosos se relajaron por haber cumplido las pautas de los dioses antes de tomar rumbo hacia lo desconocido.

Terminados los preparativos, incluido el equipo militar de cada legionario y auxiliar (revisado por Centuriones y sus *principalis*^[54] uno a uno), se entregó la cena (pescado seco, gachas y algunos frutos silvestres) antes de la puesta de sol. Poco después de la misma, se ordenó el toque de queda, obligándose a los soldados a irse al jergón. Fabio quería a los hombres descansados y con energías. No sabía qué suerte tendrían, pero las posibilidades aumentaban con soldados en pleno rendimiento.

Antes de despuntar el alba, los hombres fueron llamados para empezar a recoger el campamento, previo desayuno ligero. La operación fue realizada con celeridad y eficacia, debido a la meticulosidad de Fabio y Cornelio Prisco, sin desdeñar la supervisión de los Centuriones y sus lugartenientes. Poco después de la salida del sol, empezaron a embarcar los hombres.

Valerio dirigía su propia nave, teniendo a casi todos sus hombres en la misma. Fabio supervisaba las maniobras marítimas desde la nave capitana, atendiendo a todos los detalles, dando alguna instrucción precisa en un momento concreto. Aunque permanecía serio y reflexivo mientras paseaba por la cubierta.

Una vez salidos del puerto, los buques formaron en cuña, las barcasas de transporte en el centro y la supuesta nave pirata bastante adelantada con respecto a la formación y comenzaron a navegar hacia ese puerto que nunca habían visto ni habían oído hablar antes.

Valerio, que tenía nociones de marinería pero no era ni de lejos un marino, se encargó de supervisar las actividades asignadas en el barco y colocar un centinela que vigilara las posibles señales de otros barcos. La comunicación podía ser vital en ciertos momentos de la travesía. Realizada su labor, se apoyó en la baranda del barco, observando el suave balanceo de la nave sobre las olas mientras oteaba el horizonte.

—Te buscaba, Centurión —comenzó a hablar una voz a la espalda del interpelado.

—¿Pasa algo? —dijo en tono suave tras ver que se trataba de Lucio Balbo.

—No, solo quería hablar contigo.

Se situaron uno al lado del otro, apoyados en la baranda, mirando como los barcos se mecían en la mar con el viento a favor.

—Bien. ¿De qué quieres hablar?

—Quiero saber por qué me has elegido como uno de tus favoritos.

—Sin rodeos. Eso me gusta y es una de las razones por la que te elegí.

—Pero no la más importante, ni la única.

—Ciertamente. ¿Por qué crees tú?

—Muchos otros llevan esperando este puesto más tiempo que yo. Seguramente se lo habrán ganado. Solo se me ocurre por el hecho de salvarte la vida.

—Te recompensé asignándote la cuarta centuria de mi cohorte. Un puesto de honor y de gente de larga experiencia. Te lo asigné por tu comportamiento en la batalla y la ayuda que me diste.

—Gracias, Centurión.

—No me debes nada como soldado. Alcanzar el puesto es difícil. Mantener la reputación que has ganado es mucho más difícil aún. No me decepciones.

—No lo haré, pero sigo sin entender por qué me eligió a mí.

Valerio sonrió y se volvió hacia él.

—No te elegí exclusivamente por tus cualidades militares. No es el único requisito. Silvano, Fulvio, Saturnino, Laico... hay otros muchos que poseen esas cualidades. Pero no es lo que prima para mí.

—¿Y cuál es?

—Hay más de una. Lealtad, visión de futuro, empatía, solidaridad, inteligencia... Debemos saber elegir con sabiduría a los hombres de que nos rodean. No sé si soy sabio o no, pero al menos intento hacer las cosas con sabiduría y veo en ti mucha fuerza, no solo el vigor de la juventud, veo algo más allá, un carácter fuerte y con futuro.

—Me halagas, Centurión, pero no me conoces.

Volvió a sonreír e hizo un pequeño silencio.

—Una cualidad que necesitas tiempo para poseer es que un legionario experimentado, como somos nosotros, aprende más de las acciones y los silencios de sus compañeros que de todo lo que puedan contar sobre sí mismos y de su pasado. Lo que importa es el presente.

—Cierto, pero es importante conocer el pasado para entender el presente.

—Eso es lo que me gusta de ti. Eres reflexivo y templado. Mis hombres son gentes sencillas, con poca cultura, exceptuando Lughias, y Vesper en menor medida. Tú posees cierta educación.

—¿Cómo lo sabes?

—Te he observado. La forma de expresarte, comer, caminar,... y que te he visto leer.

Ahora fue Balbo quien sonrió y miró hacia el mar. Comprendió que Valerio era un zorro viejo y que no se dejaba llevar por la primera impresión o por las pasiones. Tenían más en común de lo que pensaba.

—Ahora cuéntame tu pasado. Veo en tus ojos que lo deseas.

—Puede ser. ¿Qué más ve? —puso a prueba las conjeturas de su oficial.

—Que tu presencia en el ejército es por un capricho del destino. No deseabas estar en él.

—¿Cómo...? —comentó sorprendido el *signifer*.

—Hay cosas que saltan a la vista. Cuéntame, ahora tengo curiosidad —dijo con seguridad y con voz vibrante, al tiempo que clavaba sus ojos en el alma de Balbo. Este, por su parte, estaba tan encandilado que no pudo negarse.

—Bueno, yo tuve una vida bastante sencilla hasta que obtuve la toga *virilis*^[55]. Era algo revoltoso y rebelde, pero nunca quité la vida a nadie.

—Como la mayoría de nosotros.

—Cierto. Pero yo tuve la suerte de estar en una familia acomodada, con algunas tierras y prestigio, bastante bien situada y que vivía con ciertos lujos en *Gadir*. Es más, mi padre era un pequeño magistrado local.

—¿Y la trampa? Siempre hay una.

—Mis hermanos mayores heredarían las propiedades de mi padre. Yo habría sido un buen arrendatario o mercader. Sin embargo, una debilidad cambió todo eso...

—Una mujer —interrumpió Valerio.

—¿Cómo lo sabes?

—Casi siempre es así. Cuando no, es la avaricia.

—Esto es una excepción. Porque fueron dos.

La verdad era que Lucio Balbo tenía motivos para tener muchas mujeres a sus pies. A su fácil y despreocupada vida había que añadir su educación y su notable atractivo físico. Valerio nunca había tenido apetencias homosexuales, aunque tuvo un par de encuentros carnales como parte de su «educación sexual». Pese a ello, reconocía que ese joven hispano era hermoso. Su cabello oscuro, ligeramente ondulado y suave. Su frente, firme. Sus ojos, azules y cargados de expresividad. Su nariz, menuda y discreta. Su boca, grande con dientes notablemente parejos y limpios. Su mentón, recto y marcado. Sí. La realidad es que no era de extrañar que tuviera fortuna con las mujeres.

—¿Cómo es eso?

—Estaba prometido con la hija de un mercader. Pero quise probar el material. Supongo que me entiende —Valerio afirmó con la cabeza gravemente—. Al tiempo, seduje a una joven aspirante a sacerdotisa. Esa mujer era hija de un hombre importante de la ciudad. No me enorgullezco de ello, pero siempre he tenido mano con las mujeres.

—Es un don con el que se nace o no. Y tu belleza ayuda bastante.

Hubo un silencio que se cortó cuando una mirada despreocupada de Valerio quitó importancia a su comentario. Balbo se sintió aliviado. No quería ofender al *primus pilus*, pero tampoco quería ser amante de ningún hombre.

—No lo negaré. Lo que realmente me perjudicó no fue mi dualidad, sino mi promiscuidad. Contagié de un mal, una enfermedad, a esas mujeres. Una se recuperó, la otra murió.

—Supongo que tanta promiscuidad tiene castigo divino.

—No creo que hiciera nada malo hasta ese momento.

—Provocaste una muerte.

—Y de eso es de lo que me avergüenzo, de haberla podido evitar. Yo no era consciente de que tenía ningún mal. Creía que no hacía daño a nadie. Pero los dioses me tienen algo reservado, porque me recuperé y mi padre me envió a *Ostia* con el fin de evitar que me mataran sus familias o tener que condenarme públicamente.

—¿Y lo hubiera hecho?

—Claro que sí. Me ama porque soy su hijo, aunque siempre me advirtió que cada uno debe ser responsable de sus acciones. Es la encarnación de la *virtus*^[56].

—¿Qué ocurrió luego?

—Viajé con algunas monedas y pocas pertenencias en una travesía llena de complicaciones. Cuando me bajé en el puerto, el amigo de mi padre me volvió a enviar a *Aquileia*. Allí conocía a alguien que requeriría de mi talento. Fueron meses oscuros que espero que no se repitan.

—¿De qué talento hablas?

—Los números. Siempre se me han dado bien.

—Interesante saberlo, pese a que lo suponía. ¿Cuánto tiempo pasaste en *Aquileia*?

—Dos años.

—¿Por qué tan poco?

—Al principio la vida volvió a ser sencilla. Tenía suficientes rentas para mis necesidades y vivía en una *insulae*^[57] cerca del foro. Hasta que una mujer se volvió a cruzar en mi vida. Mi *domine* decidió que era hora de casarme. Me buscó una buena mujer de una buena familia. Pero la rechacé. Había estado casada, era algo mayor y sin hijos. Eso sí, estaba por encima mía en el *statu* social.

—¿Qué ocurrió?

—Su padre se enfureció y mandó matarme por la ofensa. Traté de ser educado y rechacé la proposición lo más pronto que pude. Sin embargo, ese hombre estaba deseando casar a su hija y creyó que al hacerlo público cedería. No lo hice. Dos días después, prevenido de su cólera, por la noche, tres hombres me asaltaron. Me hirieron, aunque conseguí matar a uno y herir a otro, al tiempo que le di esquinazo al tercero.

—La solución a un juicio rápido que te llevaría a una condena segura fue enrolarte en el ejército. ¿Verdad?

—*Domine*, eres sagaz como un zorro —dijo sonriendo.

—Además, debido a tu condición social y que eres de una familia de cierto renombre, pero provinciana, intentaron darte un cargo dentro de la *Legio*.

—Vas muy bien.

—Pero debido a la premura con que necesitabas desaparecer, solo te consiguieron la vacante de *signifer*. Seguramente porque era la única que estaba disponible.

—Sin duda, eres raudo como Filípides en Maratón^[58].

—Solo hace falta conocer los entresijos del ejército y emplear la lógica.

—Te había subestimado. Eres más inteligente aún de lo que pensaba.

—Con la inteligencia, el conocimiento y la experiencia puedes alcanzar metas que para otros muchos están vetadas.

—Te refieres a mí, supongo. La verdad es que tengo aspiraciones. Sí, soy ambicioso.

—Pues sé paciente. Las prisas no suelen ser buenas aliadas en estos asuntos.

Otro silencio les siguió. Este fue algo incómodo. Balbo lo provocaba y el Centurión lo notaba aunque centraba su vista en el navegar de las otras galeras sobre la mar y el sonido que producían.

—Tal vez no sea de mi incumbencia e incluso un error preguntarte... — inició titubeante Balbo.

—Ahórrate los prolegómenos. Escuché a un hombre sabio decir que cuando alguien quiere decirte algo importante y se disculpa o te alaba en el inicio es para, en el final, preguntar algo que no debe o que no te va a gustar.

Lucio Balbo volvió a sonreír. Cada vez le caía mejor ese hombre. Conectaba bien con él.

—Entonces seré directo, como suelo serlo. ¿Cómo era tu mujer? Debía ser una gran mujer para marcarte tanto.

El rostro de Valerio tornó taciturno y su mirada vacía.

—Me sorprende que preguntes eso.

—¿Ah sí? ¿Te he sorprendido?

—Eres el primero que me pregunta directamente sobre ella. Los demás nunca lo han hecho. Tal vez sea porque no les importe o teman mi respuesta.

—O te conocen lo suficiente para no tener que hacerla.

—Es posible.

—Te veneran.

—Soy un hombre. He cometido errores.

—Tal vez nunca hayas tomado malas decisiones con ellos.

—Hasta yo mismo soy consciente de mis limitaciones —respondió con sorna al comentario afectuoso de su subordinado.

—Está bien. Pero creo que, ciertamente, tienen plena confianza en el *primus pilus*. Son personas sencillas.

—Cierto, pero no les subestimes. Sobre todo a los más mayores. Tienen una larga vida llena de experiencias.

—Procuro no hacerlo.

—No te diferencias tanto de ellos. Solo te hace distinto tu curiosidad.

—Señal patente, por parte de ellos, de ignorancia.

Valerio tornó hacia él con una mezcla de ofensa y confusión. Joven, petulante pero con inteligencia viva.

—Son personas que entienden que lo importante es lo que pueden ver, oír, tocar, saborear... En otras cosas, se dejan llevar a diferente nivel. Te pondré un ejemplo: Druso y Casio nunca plantean si mis órdenes o mi forma de actuar son correctas. Vesper y Luphias nunca dicen nada, pero noto en su mirada si están de acuerdo o no con mis decisiones. Macro es rebelde por naturaleza, pero nunca me contradice y en combate mucho menos. De hecho, es el más disciplinado en batalla.

—Algo he percibido. Pero en el ejército, unos mandan y otros deben obedecer.

—Por supuesto. Pero el hecho de que no se planteen las cosas es lo que me asusta.

—*Domine*, disculpa, pero no me ha contestado.

—Eres testarudo como un mulo —sonrió ampliamente al decirlo—. Muy bien. ¿Qué deseas saber?

—No lo sé. Empieza por el principio.

—Es largo de contar.

—Tenemos tiempo.

—Es muy probable que no salgamos con vida de esta batalla.

—Un motivo más para querer sobrevivir.

Ambos se miraron de manera cómplice. Tenían la impresión de conocerse hace años, pero no acordarse el uno del otro.

—La conocí un otoño siendo aún muy joven e idealista. Pero hay algo de lo que siempre me he jactado y nunca me he equivocado: tener claro lo que quiero en cada momento de mi vida. En ese momento concreto, yo era administrador de las mercancías de mi tío. Parece que estaba destinado para la organización y la intendencia. Nací en el año del desastre de Teotoburgo^[59]. Mi familia es descendiente de legionarios y bárbaros hispanos de diversas profesiones. Mi padre era hombre de campo y mi madre hija de un tendero de *Hispalis*. Las labores de la tierra nunca han sido de mi agrado, así que decidí probar suerte en una urbe con mi familia materna. Me iba bien, vivía día a día, aunque guardando algo de dinero para un futuro que no llegaba. Pero mis padres se impacientaban, había obtenido la toga *virilis* y seguía sin querer casarme.

—¿Por qué? ¿No había mujeres apropiadas?

—Las había. Pero varios factores me lo impedían: yo me movía constantemente entre el eje *Corduba - Hispalis - Gadir*, no poseía demasiados bienes aunque viviera con rentas bastante regulares. Todo esto unido a mi natural torpeza con las mujeres y mi búsqueda de algo más que un útero para procrear hijos.

—Explíquese —expresó Balbo con interés. No perdía detalle de cada palabra que su Centurión decía.

—Mi hermana mayor era una mujer de carácter tranquilo, pero con grandes habilidades que cultivó con el tiempo. La admiraba por eso. Yo siempre deseé que la mujer que me acompañara el resto de mis días tuviese un halo especial frente a la mediocridad imperante.

—Y la encontraste.

—Sí. Cuando menos lo pensaba. Ese otoño, yo me encontraba en *Carmo*, una villa cerca de *Hispalis*. Y me invitaron a una pequeña fiesta privada. Se trataba de un comerciante oriental que quería embarcarse en una empresa comercial y deseaba hacerse conocer. Fui invitado junto con un viejo amigo, Tito, de mi misma edad y soltero también. Nuestros principales atractivos en esa fiesta eran juventud, soltería y ciudadanía romana, cosa que el resto no tenían. El comerciante se llamaba Nasim y sus hijas, por orden de edad, eran Lydia, Nailah y Ayesha. La procedencia de esta familia estaba repartida por todo oriente: Egipto, Persia, Siria, Cilicia, el Ponto...

—¿Entonces no sabías de dónde era?

—Ni falta que me hacía. Sabía de dónde venía. Como buena hija de mercader, recorrió mucho mundo antes de llegar aquí.

—Tal vez sea incluso mejor.

—Lo importante no es saber el nombre del camino, sino el recorrido que has hecho hasta ahora.

—Cierto —comentó satisfecho por la conversación al tiempo que mordisqueaba un poco de carne seca que llevaba en una bolsa—. ¿Cuál de ellas fue la afortunada?

—Para ser sincero, aunque las tres hermanas tenían una fisonomía similar, la menor era la más hermosa y más cordial. Pero la piel morena y los rasgos orientales les daban un aspecto exótico a todas ellas. Sin embargo, lo que me cautivó de Lydia, la mayor, fue su arrogancia, que después comprendería. En principio, no reparé en ella. Ni ella en mí. Pero mis visitas aumentaron, en principio por Ayesha, tornando en cuestión de escasos días hacia Lydia. La vitalidad de Lydia empezó a embrujarme junto con su mirada salvaje. Indomable. Su padre había perdido toda esperanza de que encontrara marido.

Solo alguien que la comprendiera podía estar con ella y se estaba planteando hacerla sacerdotisa, cosa a la que ella se negaba rotundamente.

—Pero la cazaste primero.

—Tito, que tenía intenciones de cortejar a Ayesha también, acabó casándose con Nailah antes de acabar el año. Paradojas de la vida. Por mi parte, tardé casi una semana en que Lydia empezara a poner interés en mí. Aunque le gustó mi apariencia, no se quedaba en la superficie. Quería ahondar. Me agradó profundamente su amplio conocimiento de las letras para ser mujer. Su arrogancia venía dada por su sabiduría y su desprecio hacia los ignorantes.

—¿Cuándo os casasteis?

—En marzo, tan pronto como pudimos. Nasim estaba encantado con el resultado: se quitaba a su hija mayor, que era fuente de incordios, y todos sus nietos obtendrían la ciudadanía romana. Por otro lado, a mis padres no les gustó demasiado que me casara con una mujer oriental, pero sabían de mi tozudez a la hora de tomar una decisión. También ayudó cuando supieron la dote matrimonial: consistió en una *insulae* y la dirección de una ruta comercial en Siria.

—¿Aceptaste?

—Claro. Era joven y quería ver mundo. Ahora, cuando me veo en el mar, recuerdo esos días, ese viaje... El sol bañando nuestros rostros, las túnicas azules que llevábamos, el brillo de sus ojos, su risa tímida, sus cabellos rizados flotando en la brisa temprana... Había momentos donde había un diálogo fluido entre ambos. Otros en el que, simplemente, no había nada que decir. Fue un viaje tranquilo y placentero.

—Nunca había escuchado algo similar. Creo que, sin duda, nunca he sentido algo así por nadie.

—Cuidado amigo. Este amor puede enloquecer a cualquier hombre. Cuando lo tienes, te hace especial y mejor. Cuando careces de él, puede llegar a enturbiar tu mente hasta agotarla o desquiciarla.

—En tal caso, no sé si lo deseo.

—No es cuestión de deseo. Aquí interviene el azar. Todo está en manos de los dioses.

En aquel momento, Casio se acercaba lentamente con un chusco de pan en su mano y masticándolo con ganas. Avanzaba lento, con tiempo para que le vieran y no interrumpir en demasía a sus hermanos. Para él, era evidente que se trataba de una conversación privada y no deseaba incordiar.

—Disculpe, Centurión, pero los remeros están listos para revisión.

—Se acabó el tiempo de ocio. Seguiremos más adelante. Es hora de trabajar —dirigiéndose a Balbo—. Vuelve a hacer un recuento de todo material y provisiones que transportamos en el barco.

—Así lo haré, *domine*.

—Casio, veamos de qué pasta están hechos estos galeotes.

Tres días después, al atardecer, los barcos habían llegado al punto límite. La jornada había transcurrido sin ningún tipo de incidentes, exceptuando un legionario que cayó por la borda y murió ahogado ante su desconocimiento en natación. Un accidente que a veces ocurría en la marina. Salvo eso, todo transcurrió sin más novedad.

Gansa había realizado la señal, mediante banderas, que significaba que se encontraban muy cerca del puerto. Tal vez menos de una hora. Lanzaron sus anclas al mar, y se dispuso que soldados y auxiliares descansaran, a excepción, claro está, de los centinelas. El día sería largo y muchos no volverían a ver un nuevo día. Quizás todos ellos.

Todos los barcos se anclaron excepto dos, en ese hermoso día de verano, con un mar apacible, una brisa suave y una temperatura agradable. Se acercaba el fin de la estación y aún no habían empezado la ofensiva. Cuanto menos, era preocupante para todos. No obstante, aquellos hombres tenían la esperanza de que, si las cosas se ponían feas, podrían volver por agua a casa, pese a que fuese una empresa extremadamente peligrosa.

Una de las naves que no se anclaron era la embarcación dirigida por Gansa. Su misión, adelantarse con casi cincuenta auxiliares al puerto para crear toda la confusión posible antes de la llegada del grueso de las tropas.

Así pues, fue la única que siguió avanzando dirección Este. El otro navío fue la galera dirigida por Valerio, que se ancló muy cercano a la costa, e inmediatamente dos botes se cargaron de hombres y se enviaron a tierra firme. Todo iba según lo planeado. La misión de estas dos barcas era asegurar que no podían ser observados por ninguna mirada indiscreta, enviando a una quincena de hombres, divididos en dos grupos dirigidos por Casio y Vesper, que hicieron una batida a pie. Discreción ante todo. Mientras, Valerio y el resto de la avanzadilla se quedaban en la playa, expectantes y vigilando. Dicha playa se encontraba muy cerca de una primera línea de árboles y con solo una pequeña lengua de arena con muchas rocas. Perfecta para ser menos visible durante la noche. Sin embargo, también podían ser emboscados con mayor facilidad.

Poco más de una hora después, las dos avanzadillas llegaron casi sincronizadas al punto de reunión en la playa.

—¿Y bien? —preguntó Valerio serio y firme.

—Sin novedad, Centurión —afirmó Casio recuperando el resuello, como todas las unidades de exploración.

—¿Patrullas?

—Ninguna.

—¿Aldeas u *oppidae*^[60]?

—La aldea más cercana está lo suficientemente alejada para no ser una amenaza.

—Aún así envía a un par de centinelas para que la tengan controlada.

—Así se hará, *domine*.

E hizo una señal con claridad y varios hombres se pusieron en torno a Vesper y Valerio, mientras el resto se sentaba en la arena de la playa. Todos estaban expectantes ante la majestuosa figura del *primus pilus*, que pasaba entre los elegidos mirándolos uno a uno sin decir nada.

—Habéis sido elegidos para llevar a cabo una honrosa tarea. Sentiros dichosos, al tiempo que responsables de que nuestra operación funcione. Tenéis una gran responsabilidad para con nosotros. Haced la tarea encomendada con presteza y eficacia, y volved de una pieza. Ni Roma, ni el Tribuno Fabio, ni por supuesto yo, olvidaremos quiénes fueron los que permitieron esta victoria. Que Marte y Ceres os protejan.

Sin más dilación, partieron los ocho hombres que tenían sobre sí una ardua y peligrosa tarea. En su discurso, el Centurión dejó claro que la derrota no es una opción. Roma siempre confió en que la victoria era el único resultado posible contra el enemigo.

La lista de la avanzadilla estaba compuesta por Vesper, que la dirigía, los legionarios Macro, Fulvio, Bestia y Saturnino, además de los auxiliares Andros y Kalbo. Cerraba la expedición un viejo arquero auxiliar llamado Ulpio.

Considerados algunos de los más capaces, en especial en las escaramuzas, fueron enviados para que se perdieran en la espesura y debilitaran las defensas del enemigo antes de tomar el puerto. Ardua y peligrosa tarea. Los ocho eran conscientes de que su situación era precaria y de las pocas probabilidades de éxito y aún menores de volver con vida. Sin embargo, eran más conscientes aún, de que, si ellos no podían hacerlo, nadie podría. Habían sido elegidos porque eran considerados algunos de los mejores hombres del

cuerpo expedicionario. Era un honor y una obligación que llevarían a cabo sin demora ya que, si fallaban en su propósito, la muerte era segura para todos.

Valerio vio cómo se alejaban entre la arboleda sin abrir los labios. No había nada que decir. Los enviaba a la muerte, pero no había otra opción. No le gustó tener que dar esa orden, esa ejecución, pero no había otra opción. A su espalda, Casio mandaba un mensajero a Fabio y ordenaba una línea de centinelas más estrecha para proteger su cabeza de puente y no ser sorprendidos.

Aproximadamente a la misma hora, con el cielo naranja debido a la inminencia de la puesta de sol, Gansa, acompañado del pirata capturado al que llamaban Évix (aunque no era galo) y los cincuenta auxiliares, se acercaba al puerto enemigo con parsimonia. También le acompañaba Styrmir, el esclavo de Valerio que sabía al dedillo todos los pormenores de la operación. Le parecía un suicidio pero no tenía posibilidad para decidir. Era un esclavo.

Los galos habían recibido permiso por parte de Cornelio Prisco (y a su vez, por orden de Tribuno Fabio Sabino) de dejarse barba y bigote, desde antes de partir de *Vetera*. Lo cierto es que no habían pasado más que dos semanas, y sin embargo ya tenían buena pelambrera en la cara. Ese era el objetivo, «celtizar» a los auxiliares todo lo posible para no levantar sospechas. Para sus cabellos, que eran cortos, se utilizaron cascos, capuchas y gorros para ocultar la ausencia de melenas o coletas en ellos.

Estaba empezando a refrescar, pero Gansa no quería perder detalle de las maniobras de los germanos y no quiso ni moverse para taparse con su *paenula* parda. Pronto vio, por el rabillo del ojo y con dificultad, cómo la atalaya hacía señales al puerto, que inmediatamente preparó un comité de bienvenida al supuesto barco pirata.

—Alzad remos. Y mantened la calma si no queréis que nos destripen. Pase lo que pase, no desenvainéis vuestras espadas. Y por supuesto, nada de hablar latín. Solo gaélico.

Gansa sabía cómo hacer las cosas. Había elegido a todos los galos que había en la cohorte auxiliar más dos hispanos del norte que, a efectos prácticos, podían entenderse, aunque con dificultades.

Se aproximaban al puerto y los hombres reducían la velocidad de remo de forma paulatina. Todos estaban nerviosos y era bastante patente. Pero Gansa lo sabía y lo emplearía en su favor. Se mantenía firme y visible en la proa del

navío. La embarcación entró suavemente en la ensenada sin oposición alguna, pero con un centenar de hombres esperándoles en tierra firme y una veintena en la torre. No había por qué confiarse.

El líder romano mantuvo la calma en todo momento, dando instrucciones para encauzar correctamente el barco, ignorando deliberadamente a los germanos.

—*Veo que has vuelto, romano* —dijo una voz desde tierra una vez finalizada toda la maniobra.

Gansa bajó la mirada y vio al lugarteniente con los brazos en jarra y mirándole desafiante.

—Debo hacer una parada antes de mi próximo viaje.

—Hacía tiempo que no te veía.

—He tenido problemas.

—Sí, veo que has cambiado de barco.

—Me destrozaron el anterior y tuve que hacerme con otro.

—Es más pequeño.

—No es fácil hacerse con otro igual.

—¡Alto! ¡Que nadie desembarque hasta que yo lo diga! —gritó cuando Gansa bajó y Évix hizo el amago—. Tú puedes quedarte, romano.

—Tu cortesía ha disminuido desde mi última visita.

—Tiempo ha pasado. Además, es casi de noche, debemos tomar precauciones.

—¿Crees que con menos de cincuenta hombres voy a tomar el puerto?

—No quiero que hagáis ninguna estupidez.

—Esto no es lo normal.

—Las cosas han cambiado. Hablemos.

—Hablemos.

—¿Qué hacéis aquí?

—¿Por qué debo responderte? —contestó de manera insolente. Se arriesgaba.

—Porque te conviene.

—Guerra y botín. ¿Qué crees?

—Se está acercando el fin de verano. No es tiempo.

—Será una incursión rápida. He conseguido mi nave hace muy poco y no me quedan recursos para sobrevivir al invierno.

—¿Y la tripulación?

—Nueva en su mayoría. Reclutada en la Galia. Casi todos los que no murieron en el mar me abandonaron.

—La Fortuna se mea en ti.

—Cuidado amigo, cuidado —bajó ligeramente la voz al decirlo al tiempo que avanzó un paso.

—Están muy nerviosos...

—Es porque es su primera vez aquí. No se fían de vosotros.

—Y hacen bien.

—No vamos a causar molestia.

—Es algo extraño. ¿No crees? Nuevas caras y nuevo barco —cambió de tono el lugarteniente. Más agresivo.

—Tan extraño como tus dudas. La suerte no me ha acompañado, pero ahora probaré Fortuna. Esto es un juego y no siempre uno sale bien parado —clavó su mirada desafiante. No se arrugaba ni un ápice.

—Pero que esto coincida con el largo tiempo que hace que no te veo...

—Porque uno no consigue las cosas con rapidez. Se necesita tiempo. Pero claro, que sabrá un bárbaro de estas cosas... tanto tiempo trabajando en un puerto y no has aprendido nada.

—¿Cuánto tiempo estaréis? —obvió la provocación.

—Mañana después del amanecer nos iremos.

—¿Qué necesitáis?

—Agua, un poco de grano y algo de diversión.

—El precio será el habitual. Más un pequeño extra por haber llegado de noche.

—Me niego. Aún no ha anochecido —respondió con arrogancia.

—Eso da igual.

—Tal vez sería mejor esperar a tu jefe mañana. Podría hablar con él de cómo se trata aquí a los amigos.

La flema del germano desapareció tornando en sorpresa. Tras pensarlo un momento, se acercó a él.

—¿No decías que tienes prisa?

—Así es. Pero no me dejaré sobornar. Volveré muy pronto y si el botín ha sido cuantioso, te daré un extra por los servicios prestados. Pero ahora no.

—Sea, amigo —respondió tras pensarlo un momento. Gansa consiguió lo que quería.

—Buena decisión.

—Las condiciones son las siguientes: solo bajareis en grupos de diez hombres, desarmados por supuesto, para ir al lupanar. Y todos dormiréis en el barco.

—No me parece justo, pero acepto.

—Mañana te cargaremos de lo que necesites y podréis andar libremente por el puerto. Ahora, es tarde. Que el primer grupo salga pronto al lupanar. Quiero acostarme cuanto antes, ha sido un día muy largo.

—Así se hará.

Dicho esto, ambos se dirigieron a sus hombres para dar las órdenes pertinentes. La mitad de los germanos se dispersaron, mientras la otra mitad permanecía en su sitio, ojo avizor. Los galos empezaron a hablar gaélico entre ellos dándose órdenes o manteniendo conversaciones nimias mientras hacían tareas diversas.

Gansa volvió a subir al navío, paseando por la cubierta mientras daba algunas instrucciones y preguntaba quién deseaba bajar en primer lugar. Évix le cortó raudo el paso.

—¿Qué haces? ¿Estás loco? —preguntó de forma agresiva pero en tono bajo y en latín.

—No te permito que me hables en ese tono —respondió en la misma frecuencia de voz pero con mayor agresividad, cogiéndole las ropas y acercando el rostro al del otro.

—Maldito bastardo. Te hablaré como me dé la gana. Un poco más y nos hubieran expulsado del puerto o, lo que es peor, nos hubieran matado.

Gansa sonrió, aunque no se arrugó un ápice.

—Eres mucho más estúpido de lo que creía. Lo inusual es lo que hace a estas gentes dudar. Si le hubiera dicho que sí a todo, entonces hubieran sospechado. Él mismo lo ha dicho: lo que se sale de la normalidad es lo que les hace sospechar. Ya había demasiada anormalidad como para que mi comportamiento cambiase también.

Évix se relajó y afirmó gravemente con la cabeza. Gansa lo soltó.

—No había pensado en eso.

—Hay muchas cosas que no has pensado. Por eso yo soy el oficial del navío y tú un renegado. Vuelve a ponerme en entredicho o haz algo que me haga intuir que puedes fastidiar nuestros planes y te rebanaré el pescuezo — su mirada no presagiaba nada bueno. El pirata lo aceptó sin rechistar pero con mirada desafiante.

—Como mandes, *domine*.

—Ahora escucha. Hay que mantener un halo de normalidad. Cenaremos algo y que descansen mientras algunos vamos al lupanar. Nada de vino. Pronto habrá que actuar.

El tablero estaba listo. Las fichas empezaban a moverse. La batalla había dado comienzo, aunque las gentes del puerto no lo supieran. Aún.

EL TABLERO DE JUEGO

ANSIA. Un ansia imperiosa de actuar poseía a Vesper. Aunque la refrenaba como buen profesional que era. La paciencia no era una de sus virtudes más desarrolladas, pero conseguía tenerla cuando las circunstancias la precisaban. Este era el caso.

No era por miedo, que también estaba presente, ni por odio. Se trataba de algo más profundo. Más primitivo. La sangre. Se había criado desde muy pequeño en la cultura de la muerte y el combate. El deseo y el placer de un combate justo entre dos hombres que viven de su talento con las armas. Estaba impregnado de esa necesidad de acción. Tenía que descargar adrenalina. Cada paso que daba estaba más cerca de su objetivo, y eso le hacía saborear cada instante, como un depredador acechando a su presa.

Habían recorrido un buen trecho a pie, corriendo. Sin casco, ni cota de mallas, ni grebas, ni nada que pudiera brillar. Solo el armamento y la *paenula*. Lo demás quedó en las embarcaciones. Habían cubierto sus facciones con barro para mimetizarse más con el entorno y no llevaban nada que produjera ruido. El tintineo del *gladius* y el *pugio* lo solventaron agarrando las empuñaduras mientras corrían. El camino resultó ser seguro y la distancia no era tan larga como creían. A menos de un par de horas de su zona de desembarco a paso ligero y sin encontrar resistencia ni presencia enemiga. Solo un ciervo y algunas aves dieron motivos a la avanzadilla para pensar que aún había vida en esas tierras. Todo iba extraordinariamente bien.

La atalaya enemiga fue divisada por Fulvio. Y no fue fácil. Aunque el cielo estaba limpio de nubes, era noche cerrada y no había luz alguna que brillara desde el interior. ¿Estaría desocupada? Eso hubiera sido el culmen de la suerte.

Vesper los dividió en dos grupos, y así se acercaron de forma sigilosa por dos lados distintos. No hacía falta decir cómo lo harían. Habían realizado acciones similares en la frontera durante años. Nunca todos juntos, pero cada uno sabía lo que había que hacer. Además, Vesper y Macro dirigían con maestría estas acciones.

Muy cerca de la base de la atalaya, pudieron comprobar que dos centinelas vigilaban el acceso al mismo. El primero se encontraba pegado a la línea de árboles, patrullando tranquilamente, a una decena de pasos hasta el acceso a la torreta. No había percibido la llegada de los romanos. El otro, justo en la puerta, medio adormilado, sentado en un tronco con un hacha apoyada en el suelo. También distinguieron en la cima de la edificación otro centinela haciendo guardia, intuyendo su presencia por sombras difusas en la noche.

Los romanos se encontraban protegidos de ojos indiscretos por un pequeño pliegue del suelo por el lado de Vesper y un gran arbusto con denso follaje por el lado de Macro.

Todo ocurrió deprisa. Muy deprisa. Como si estuviera ensayado de antemano. Saturnino dio una pequeña carrera, de unos pocos pasos, hasta el centinela que estaba entre los árboles. Aunque escuchó algo, no le dio tiempo prácticamente a reaccionar. Le tapó la boca con la mano izquierda, mientras hincaba su *pugio* en la sien de su enemigo, provocando una muerte inmediata.

Mientras esto sucedía, el bárbaro de la entrada se despertó de súbito, se puso en pie y fue a dar un grito de alerta. Pero quedó silenciado en un abrir y cerrar de ojos. Andros manejaba la honda con gran eficacia y surgió de los matorrales, lanzando su piedra cuando tuvo el objetivo enfilado. Le acertó en la cara, posiblemente en la nariz, dejándolo completamente noqueado en cualquier caso.

Inmediatamente, como la honda no es un arma precisa, Macro, Kalbo, Vesper y Bestia avanzaron con gran velocidad hacia la puerta antes del inevitable impacto del proyectil.

El primer objetivo fue comprobar que el germano estaba muerto y en su defecto, matarle. No hizo falta. El segundo, entrar velozmente en el edificio. El ruido al caerse de un cuerpo provocaría inquietud a cualquiera que estuviera allí.

Al mismo tiempo, Ulpio se quedó junto a la línea de árboles, con el arco a medio tensar, listo para cualquier inconveniente, junto con Saturnino y Fulvio, que vigilaban la operación, controlando la posible llegada de refuerzos de algún otro enemigo que estuviera fuera y se les hubiera pasado.

En medio de todo esto, la sombra difusa de la atalaya pareció emerger. Ulpio no se lo pensó dos veces y disparó una flecha que le acertó con toda seguridad.

En ese instante, Macro, que iba en primer lugar con su *gladius* desenvainado, penetró en el edificio descorriendo la piel de animal que

protegía del viento y evitaba que la luz alertase a alguien.

Se encontró de cara a un joven germano que sujetaba una lanza en sus manos y que se vio sorprendido por la entrada del romano. Joven e inexperto, no supo reaccionar al veloz golpe de Macro, que llevaba años matando. Le atravesó el pecho de parte a parte.

No obstante, otro germano venía con una espada alzada en la mano para matar al legionario. Instintivamente, este desenvainó su *pugio* e intentó frenar el golpe de la espada. Pero el germano reaccionó, cambiando de dirección su trayectoria. Pudo frenarla, pero no evitar un duro golpe en su pierna izquierda.

Kalbo, entrando de forma oportuna, le hincó su espada por el costado mientras le sujetaba con fuerza con el brazo izquierdo.

Bestia y Vesper entraron sin oposición, dividiéndose la tarea de buscar más enemigos. Nada.

Inmediatamente, el *tesserarius* subió la escalera de mano para comprobar que en la cima de la torreta no había ningún peligro. No fue así. Aunque Ulpio le acertó en el pecho, aún había vida en aquel hombre, arrastrándose, buscando algo para prender la pira que tenía, que seguramente usaría para avisar a sus hermanos de armas del puerto. Vesper lo evitó con una rápida estocada al globo ocular izquierdo, sobresaliendo la punta por el cogote.

Poco después, habían hecho un reconocimiento de la zona. Todo en calma y orden. Había sucedido en menos de medio minuto.

Había que reorganizarse y pasar a prepararse para su siguiente acción. Ulpio, Andros, Kalbo y Saturnino vigilaban el perímetro mientras Vesper registraba la atalaya en busca de algo útil, al tiempo que Fulvio examinaba la herida de Macro. Bestia, que había realizado una exploración más exhaustiva, entró por la puerta y mirando al *tesserarius* afirmó con la cabeza.

—¿Cómo vas? —preguntó Vesper a Macro tras una rápida mirada a Bestia con intención.

—Me han jodido bien. No me lo esperaba. Lo siento —respondió con tono mesurado pero expresión dolorida.

—No te preocupes por eso ahora. Déjame ver —apartó a Fulvio mientras se acuclillaba. Después de un corto silencio, echó mano a su bolsa—. Has tenido suerte, hijo de mala madre.

—¿Ah sí? Cuéntame —replicó con sorna.

—El hueso está bien y parece que el daño puede ser reversible. Unas gotas de esta pócima en la herida ayudarán a cerrarse y a que pare de sangrar. Pero dolerá mucho.

—Puedo aguantar el dolor mientras no pierda la pierna.

Aplicó la solución con rapidez, al tiempo que el legionario puso una mueca de dolor y emitió un gruñido sordo.

—Cóselo, venda la herida y que descanse, Fulvio.

—¡No pienso quedarme aquí! —sentenció Macro.

—No puedo llevarte con nosotros. Estorbarías más que ayudar. No quiero cargas. Esto es muy delicado.

—¿Me abandonas aquí a mi suerte? ¿Es el castigo por fallarte?

—No has fallado a nadie. Cojeando no me sirves y además puede abrirse la herida. Te aseguro que si vienes con nosotros tendremos menos posibilidades de éxito. Además tengo otra misión para ti.

—Te escucho —con esto se calmó.

—He encontrado la manera que tienen de comunicarse. Es una especie de farol con una portezuela que sube y baja. Como las que empleamos en las embarcaciones. Muy útil para dar señales luminosas y que no lo vean los enemigos.

—¿Y bien?

—Cuando los barcos se acerquen al puerto y veas los brillos de los cascos y armas que lleguen para recibirlos a la ensenada del puerto, quiero que nos hagas señales de luz.

—Ellos la verán también.

—No, tú mándalas en dirección Suroeste. Nosotros lo veremos, ellos no.

—Podría funcionar.

—Tú no nos verás, pero nosotros sí. No pares hasta que nos veas llegar con el carro.

—Y una vez hecho eso... ¿qué?

—Si tienes fuerzas, únete al Centurión Valerio. Debo irme —ahora se dirigió a Fulvio—. Quedas como mi segundo. Me voy con Bestia a la playa. Volveremos lo antes posible. Mantened posiciones hasta que llegue.

—Así se hará. Nos iremos preparando para ganar tiempo —argumentó el que hacía las veces de médico, cosiendo con agilidad. Macro tenía un sudor frío y dolores agudos pero se mantenía como podía en silencio, mordiendo una rama.

—Que así sea. La coordinación es vital.

Vesper dominaba muchos temas. En especial, los relacionados con la muerte. Por eso, sus conocimientos en anatomía y curación eran más elevados de lo normal. Sabiendo los puntos débiles y cómo curarlos, podía ser un asesino más eficaz. De ahí que tuviera nociones más que suficientes para hacer curas serias.

Macro sería el primero de una larga lista. Todavía habría muchos más heridos por atender.

Volvieron a la playa, dejándose ver por los centinelas romanos apostados. Aún tensos, estos no se precipitaron, sabiendo que podían no ser ellos, y esperaron a que se aproximaran. Una vez que percibieron, por sus ropajes, que realmente eran sus compañeros, les salieron al paso y les escoltaron hasta la presencia de su Centurión.

Mientras los expedicionarios tomaban la torre, habían desembarcado algunos centenares de hombres que descansaban con todo el equipo militar puesto. Solo lo estrictamente necesario para la batalla. Se había tardado bastante, pero tuvieron tiempo de sobra para que muchos comieran algo e incluso descansaran como lo hacían algunos centuriones.

Valerio estaba durmiendo apoyado en un árbol cuando Casio le informó de su llegada. Tenía un sueño ligero que ni descansaba, ni terminaba de estar despierto.

Los dos legionarios se presentaron ante el *primus pilus*, dejándose caer para descansar sentados en el suelo. Larga carrera. Fueron recibidos con agua y pan para reponer fuerzas.

—Informe —ordenó Casio mientras Valerio se recomponía.

—Atalaya tomada. Mantenemos... al puerto sin alerta —balbuceó Vesper recuperando el resuello.

—¿Sin incidentes?

—Han... herido a Macro.

—¿Cómo se encuentra?

—Vivirá, pero... no podrá participar en la batalla... Se quedará... en la atalaya para avisarnos... de la llegada de los refuerzos.

—¿Cómo?

—Eso no es importante ahora —interrumpió el Centurión Valerio—. Supongo que habrás ideado cualquier artimaña útil.

—Así es —contestó sonriendo y con la respiración más normalizada.

—¿Has calculado el punto más cercano a la puerta desde la primera línea de árboles?

Vesper lanzó una mirada a Bestia para que contestara debido a que lo había hecho él.

—El mejor punto está a unos cien pasos. Tal vez algo más. La podrás ver con claridad, *domine*.

—Más distancia de lo que imaginaba. En cualquier caso, avisaré al Tribuno de que todo va según lo planeado. Manda el bote de vuelta, Casio, y organiza la marcha, nos vamos ya.

Pasaron varias horas, que parecieron años. Todos sabían qué había que hacer y cómo debía hacerse. Pero el ansia de acabar de una vez por todas siempre enturbiaba la mente de los soldados. Fuese cual fuese el final.

Fabio pudo ver que la luna se acercaba al cenit. Llevaba ya algún tiempo paseando entre legionarios y marineros, mirándolos uno a uno para hacerles saber que estaba con ellos. Su mirada era cálida y provocaba confianza.

Lo hacía de forma muy aristocrática, los brazos a la espalda, frente alta, con temple y andar cauto pero resuelto. Sin embargo, al mismo tiempo, con la altivez propia de los oficiales. Eso siempre gustaba.

Miró al mar por la borda y vio cómo un pez salió un instante, haciendo un ligero ruido para retornar al interior de nuevo.

Entonces se decidió a dar la orden.

Todo el mundo estaba preparado: legionarios, auxiliares, marineros, capataces y remeros. Las armas a punto, el coraje intacto y el miedo escondido en lo más profundo del alma, aunque pudiera salir en cualquier momento convirtiéndose en pánico.

Las señales luminosas entre las naves empezaron a brillar. Unido a esto, el sonido sordo del levar de las anclas.

La emoción estaba en el ambiente. Se abatieron remos y empezaron a navegar a buen ritmo.

—Es el fin del principio —susurró Fabio para sí mismo con la mirada fija en el horizonte.

Empezaba la batalla para ellos.

Poco después, Gansa se desperezaba en la cubierta del barco, quitándose su manta de encima. La luna se acercaba al cenit, era hora de actuar. Pronto llegarían los barcos.

Hasta entonces la noche había sido apacible. Comieron un estofado de verduras con pescado y bebieron un poco de vino. Nada de excesos. Tampoco podían. Prácticamente se habían llevado en el barco lo justo y necesario para ese día e imprevistos.

Después, unos pocos fueron a la mancebía para descargar sus ansias. Lo cierto es que no fueron muchos. Se quedaron los más jóvenes, por los nervios, que centraban la totalidad de sus pensamientos, y los más veteranos, porque

sabían que copular antes del combate, hacía perder facultades. Solo los que, como Gansa, vivían al día y sabían lo precaria que era la existencia, decidieron invertir su tiempo y esfuerzo en el placer por el placer. No fueron más de una docena.

Una vez levantado, empezó a despertar con suaves patadas a aquellos que aún seguían dormidos. Había que actuar.

Évix no había conseguido pegar ojo y miraba al infinito en la proa del barco. Cuando escuchó el movimiento, se pegó como una sanguijuela a Gansa. Styrmir por su parte, dormía a pierna suelta. Su muerte estaba escrita. ¿Por qué ponerse nervioso cuando no puedes hacer nada ante un futuro predestinado?

Se contaron los hombres que quedaban de guardia. No eran más que tres que bostezaban cada cierto rato.

En la torre de la ensenada no se veía presencia alguna. Se habían visto entrar algunos hombres, pero no más de dos o tres.

Uno de los auxiliares se puso a orinar en dirección al mar mientras comprobaba el movimiento del campamento. Ni un alma. Silencio sepulcral. Solo los centinelas que se movían, muy de vez en cuando, en torno a la muralla. Aunque siempre esperaban un peligro en el exterior, no en el interior.

Terminando de orinar, colocó la pasarela y bajó. El resto permaneció en la nave, agachados, preparados.

Una vez bajó de la embarcación, un germano se le acercó hablando en su lengua. Mediante gestos, le dijo al centinela que solo quería pasear. El germano negó con la cabeza mientras se acercaba un segundo hombre. En ese momento, se levantaron varios auxiliares que dispararon una flecha y dos jabalinas a dos de ellos, mientras el auxiliar que estaba en tierra le metía su *pugio* por el mentón al que estaba hablando con él. Hubo ruido, pero nadie pareció darle importancia. O estaban profundamente dormidos.

Inmediatamente después, bajaron casi todos los auxiliares. Su intención, llevar todos los cuerpos de los germanos abatidos dentro de la barcaza.

Évix y el único galo que hablaba algo de lengua germánica se pusieron las ropas de los enemigos abatidos y se colocaron como centinelas. El resto se dividió en tres equipos.

El primero, y más numeroso, se colocó al lado de un establo junto al fortín, listo para apoyar a los romanos cuando lo necesitaran. En este equipo estaba Styrmir.

El segundo, con una decena bajo el mando directo de Gansa, se preparó para la toma de la torre. Unos, se colocaron junto a unas sacas cercanas a la

puerta, y otros, cubiertos por una montaña de redes de pesca que se encontraban junto a la escalera de piedra que daba acceso a la pasarela de la muralla y a la entrada de la torre.

El tercero, al mando de un Centurión auxiliar y el más pequeño, se quedó dentro del navío.

Ninguno de los centinelas de la muralla se percató de nada. Estaban demasiado absortos en sus pensamientos soñolientos mientras hacían la ronda o estaban directamente dormidos.

Ahora llegó el peor momento, la espera. Debían esperar a la llegada de los navíos para empezar a moverse, debían estar al caer...

Hacía tiempo que la luna había alcanzado el cénit y las naves no asomaban. Évix, Gansa, Styrmir y los otros se impacientaban. Según sus cálculos, debían estar allí. Algo habría pasado. Pero no podían hacer nada salvo esperar. Era noche cerrada y todavía quedaban varias horas hasta el amanecer. El único problema es que estaban expuestos si se daba la voz de alarma. Solo había que evitarla. Además, ¿quién se iba a despertar a esas horas?

Sin embargo, había algo que no habían contemplado. El cambio de ronda.

Tres germanos bien pertrechados salieron de una de las casuchas en dirección a Évix y al galo. Se suponía que ellos debían pedir el relevo y no al revés. Maldita suerte.

Cuando los auxiliares vieron esto, nervios y dudas surcaron a todos ellos. «¿Qué hacemos?», Se preguntaban. Nadie podía moverse sin ser visto y sin que gritaran pidiendo auxilio.

Los relevos empezaron a hablar a cierta distancia de que podían irse a descansar. Que era su turno. Si se ponían a poca distancia, distinguirían que no eran sus hermanos de armas y tendrían problemas.

Évix quedó petrificado, pero el galo, más resolutivo, solo dijo un «vámonos» en lengua germana.

Évix afirmó con la cabeza y ambos se dirigieron en dirección opuesta con la cabeza gacha para evitar ser reconocidos. Todo iba bien. Si se quedaban como centinelas, solo los auxiliares del barco tendrían que matarlos cuando supiesen a ciencia cierta sus posiciones. Había un arquero y varias jabalinas dentro. Arriesgado, pero factible.

Sin embargo, algo inesperado acabó con todos los planes improvisados. Uno de los centinelas les miraba serio sin decir nada. Tal vez quisiera decir

algo, o no. Pero Évix se adelantó. Con una daga, degolló a su compañero galo.

—¡Alarma, alarma! ¡Son romanos que me tenían prisionero! ¡Pretenden tomar el puerto! ¡Atacadles! ¡Yo os ayudaré por el perdón! —gritó a pleno pulmón.

Entonces pasaron unos segundos de duda por ambas partes sin saber qué hacer. Évix no dejaba de dar gritos que convencieron a todos los centinelas de tomar las precauciones, y los alaridos se sucedieron como un eco interminable. Se había roto el plan. Había que improvisar y rápido.

El grupo más numeroso de auxiliares fue a tomar el fortín enfrentándose a un número inferior de germanos, mientras que Gansa ordenó tomar la torre. Los que estaban en el barco no se movieron, estupefactos.

Gansa evitó que un centinela cerrara la puerta de la torre arremetiendo un tajo de su *falcata*^[61] en el antebrazo derecho, cercenándolo inmediatamente. Le siguió un rápido combate cuerpo a cuerpo en el que vencieron debido a su superioridad numérica y al factor sorpresa. Aún quedaba un soldado en la parte superior de la torre que fue eliminado por el arquero cuando se disponía a arrojar una piedra al interior tras haber malherido a dos auxiliares.

Al mismo tiempo, una vez que habían eliminado a los soldados del fortín, aún quedaba más de la mitad de los auxiliares que iniciaron el asalto. Sin embargo, debieron huir inmediatamente de allí porque no consiguieron asegurar la puerta y los refuerzos estuvieron llegando a marchas forzadas desde el principio. Solo pudieron incendiar algo el recinto y retirarse, en dirección a la torre, todo lo rápido que sus piernas les permitían, previo escape por un postigo del primer piso.

Gansa salió a la pasarela para ver cuál era la situación. Precaria. Decenas de enemigos se dirigían hacia ellos mientras Styrmir y otros auxiliares intentaban regresar espada en mano.

—¡Contenedlos un poco mientras llegan los nuestros! —ordenó Gansa mientras se dirigía a ellos.

—¡Ya se acercan los barcos! ¡Y vienen rápido! —gritó alguien a su espalda con un hilo de esperanza.

—¡Quemad el barco! ¡Quemad el barco! —instigó a los galos que quedaban dentro del barco mientras se abría paso a golpe de *falcata*—. ¡Que no los vean llegar! ¡Ganemos tiempo!

Los soldados contenían a duras penas a los germanos mientras Styrmir y unos pocos se unieron a ellos. No podían aguantar mucho.

Finalmente, los cuatro galos que quedaban en el barco comprendieron que si querían vivir, solo podían hacer eso.

Vertieron el aceite para las lámparas y dardos que tenían y prendieron fuego a la nave. Luego uno se lanzó a tierra y otros tres al mar.

El primero fue acribillado a lanzazos antes de llegar donde se encontraban los hombres de Gansa combatiendo. Los que estaban en el mar morirían de hipotermia o ahogados tiempo después.

Los otros empezaron a recular poco a poco en dirección a la escalinata de piedra. Eran cada vez más inferiores en número.

Styrmir, fuerte y veloz combatiendo, vio cómo Évix estaba hablando con el lugarteniente del *oppidum* a escasos pasos.

Seguramente dando instrucciones. Tomó una lanza de un enemigo abatido con la mano derecha y la lanzó con furia acertándole en el centro de la espalda. La fuerza con la que fue proyectada hizo que diera varios pasos hasta que cayó en la orilla del mar con una expresión en la cara que mezclaba sorpresa y dolor.

Se produjo un hueco que inmediatamente utilizaron para replegarse a la torre vigía como alma que lleva al diablo. Gansa, en un momento de lucidez, poco habituales en el desenfreno del combate, tomó una lámpara llena de aceite y la lanzó a las redes junto a las que se habían ocultado, que ardieron con rapidez y distrajeron a sus perseguidores escasos segundos. Lo suficiente para que entrasen todos. Cerraron tras de sí la puerta. Todavía quedaban trece de ellos con vida. Confinados y apretujados.

—¿Qué hacemos, Gansa? —preguntó un gallo aterrorizado sosteniendo la puerta.

—Aguantar —contestó asfixiado y con la cara desencajada—. No nos queda otra. Esperar a que lleguen los nuestros y rezar para que los dioses nos mantengan con vida hasta entonces.

Macro se encontraba en la parte superior de la atalaya con una manta en torno suya y un intenso dolor en su pierna izquierda. Se preguntaba cómo había podido ser tan estúpido para dejarse herir de esa manera. Se lamentaba de no estar junto a sus compañeros en la batalla. ¿Cómo les iría? Entonces se acordó. El dolor casi no le dejaba pensar. Debía vigilar la llegada de las naves. Se alzó como pudo y vio cómo se encontraban bastante cerca ya de la entrada del puerto. Además, la barcaza de Gansa estaba completamente en llamas y había dos incendios menores. Uno junto a la torre y otro en el fortín.

Ya había perdido demasiado el tiempo. Encendió el candil y empezó a dar señales sin parar. Seguramente sería robado de una nave romana. «¡Imbécil!». Se decía. «¿Cómo no habías estado atento? ¿Por qué no has dado todavía la alerta?».

Valerio tenía a unos doscientos cincuenta hombres listos y formados junto a la arboleda más cercana. Habían llegado hacía una media hora. Les ordenó que se sentaran y tuvieran paciencia. Pero les era difícil, los gritos y sonidos que se emitían desde el interior no presagiaban nada bueno.

El Centurión intentaba mantener la calma con su ejemplo. No obstante, a todas luces, no terminaba de ser eficaz. Entonces, Centuriones y *optiones* empezaron a amenazar a aquellos que daban síntomas de cobardía o los que simplemente murmuraban. El *primus pilus* quería silencio.

No podía negar que algo no funcionaba correctamente. Y eso le aceleraba el pulso.

Entonces apareció la columna de abastecimiento germana. La que aprovisionaba por las noches la fortaleza portuaria. Avanzaba rápida y sin titubear. Una sonrisa se dibujó en la cara de Valerio, empezando a pasear entre las líneas. Una sonrisa maquiavélica que hizo que todos se callaran de súbito. Parecía como si su rostro, y en especial sus ojos, estuvieran iluminados por la ira divina. De forma inexplicable, esto infundió a los hombres más miedo que los ruidos provenientes del puerto. Levantó el brazo y se alzaron todos para aprestarse al combate. Fue extraño, pero nadie tenía dudas de qué había que hacer.

La falsa columna de aprovisionamiento se encontraba casi enfrente de la puerta principal de la muralla. Falsa, porque eran los siete exploradores los que estaban allí, ataviados con los ropajes de los germanos eliminados de la atalaya. Aunque no todos iban vestidos.

Vesper iba a caballo en vanguardia, con Saturnino a pie, a su lado, como su servidor. Montado en una pequeña carreta de dos ruedas tirada por un mulo iban Fulvio y Ulpio, mientras Kalbo iba a caballo atrás. Bajo unas mantas, dentro del carruaje, sin disfraz, se encontraban Andros y Bestia, listos para actuar. Caballos, carreta, algunas armas... todo lo habían tomado de la atalaya.

Pero algo que tampoco previeron acaeció. Desde la parte más alta de la puerta un germano gritó algo. Vesper entendía algo de lenguas germanas pero no lo suficiente como para responder y que no se notase su acento. Así que

decidió hacerle señales con las manos para persuadirle de que abriera de una vez. La reacción del vigilante fue utilizar un tono más agresivo. ¿Qué hacer?

—*¡Abre la puerta Imbécil! ¡Nuestra ayuda te puede venir bien!*

Nadie sabía que Ulpio hablaba con claridad esta lengua. Pero la verdad es que funcionó. Tras unos segundos de duda, abrieron las puertas con sosiego.

—¿Hablas su lengua? —preguntó curioso Vesper aunque con ligero tono contrariado.

—Nadie me preguntó. Dice que los nuestros han provocado confusión en el campamento.

Abiertas las puertas de par en par, en una lenta maniobra, media docena de germanos esperaban bajo el postigo a los integrantes de la expedición.

Vesper se bajó de su montura y Saturnino le siguió tomando las riendas, manteniendo gachas sus cabezas mientras avanzaban hacia el interior. El resto del cortejo les seguía de muy cerca.

Un germano con la cabeza afeitada y lanza en la mano se acercó a ellos con presteza, seguido de otro con un viejo yelmo de bronce de estilo desfasado.

—*Os habéis adelantado. Da igual, hay todavía varios romanos e incendios en...*

No le dio lugar a seguir. Vesper no le dejó. Le metió, con la mano izquierda, su *pugio* en el hígado al tiempo que degollaba al del yelmo con su *gladius* en la mano derecha, en un rápido movimiento que no se esperaba.

Saturnino se abalanzó contra otro que estaba junto a la puerta, hincándole la lanza que llevaba.

Al mismo tiempo, Fulvio saltó contra dos germanos que se encontraban muy juntos, acuchillando casi sin mirar.

Desde la carreta, Ulpio, Andros y Bestia arrojaron una flecha, una piedra y una jabalina, respectivamente, contra otros que se acercaban con rapidez.

Kalbo, a caballo, se dirigió a galope tendido hacia la escalinata junto con un recién incorporado Vesper, para tomar la parte superior.

Saturnino les siguió poco después.

Todo esto ocurrió en pocos segundos.

Bestia, Andros, Fulvio y Ulpio, algo más retrasado para poder utilizar su arco, procuraban mantener la puerta despejada, conteniendo a un enemigo cada vez más numeroso pero que, de momento, atacaba sin orden.

En la escalinata, Vesper y Kalbo, con certeros movimientos, se abrieron paso hasta la parte de arriba. En la parte superior del postigo, Kalbo arrojó a un enemigo por la izquierda mientras Saturnino controlaba la llegada de

refuerzos por la derecha. A la vez, Vesper se encargaba de atrancar la parte superior de las bisagras de las puertas con unas cuñas de madera. Mientras, gritó el nombre de Ulpio a pleno pulmón. En cuanto terminó, se dirigió a la derecha, donde Saturnino había sido superado en número. Le habían cercenado la mano derecha, y clavado un hacha en la cabeza. Previamente, se había llevado a la tumba a un germano.

El arquero, al oír la señal, no dudó, dio dos pasos atrás, tomó una flecha que tenía atravesada en su cinto, le prendió fuego con una antorcha cercana y la lanzó en dirección opuesta donde se desarrollaba el combate.

Era la señal de ataque.

Mientras esto se producía, las primeras galeras estaban entrando en la ensenada. La primera, la de Marco Juno que, recién incorporado a la primera cohorte, quería demostrar su valía.

Como debían entrar una a una, la maniobra tornaba bastante complicada. Además, los defensores se habían percatado de su llegada y estaban tomando medidas. Sin embargo, su lugarteniente era consciente de que los habían cogido entre dos fuegos: por un lado en el puerto y por otro en la puerta principal. Decidió que defender la puerta era más importante y llevó al grueso de sus tropas a este punto.

Unos pocos se quedaron junto a la torre vigía para evitar una salida de los escasos auxiliares que aún quedaban dentro, entregándoles armas arrojadas para atacar a los navíos a medida que llegaban. Los hombres de Gansa poco podían hacer excepto evitar que derribasen la puerta, junto con arrojar alguna piedra y que su único arquero disponible disparara las escasas flechas que le quedaban a los que estaban en la base de la torre.

Por último, se quedaría un contingente de reserva en el mismo puerto para evitar que abrieran brecha desde el mar. No sabían cuántos barcos venían, pero podrían acabar con ellos uno a uno.

En estas condiciones, Marco Juno, seguido de cerca por la nave capitana de Fabio, penetró en la ensenada.

El recibimiento desde la torre fue como una tromba de agua. Solo que en vez de agua, eran flechas, jabalinas, piedras y antorchas que provocaron confusión y muchas bajas.

Aunque Marco Juno, que se caracterizaba por su sangre fría, no varió su idea inicial. Ordenó que replicaran con flechas, *pila* y dos escorpiones^[62] que

tenían ensamblados a la nave. No fue fácil, pues un pequeño muro protegía a los germanos de las armas arrojadas.

El tiempo que transcurrió entre la entrada en la ensenada y la toma de tierra de la galera, esta, fue atacada sin piedad con objetos arrojados, los romanos salieron peor parados, incluyendo pequeños incendios y fugas de agua importantes que, poco a poco, hundirían la nave.

Encallados en tierra, los legionarios se lanzaron a la playa aprestados para el combate. No obstante, los germanos les estaban esperando y los primeros que bajaron fueron eliminados en el acto.

Solo la bajada de Marco Juno permitió una pequeña organización de las fuerzas atacantes. Dando tajos en todas direcciones y golpes con su escudo a todo el que se aproximase, los legionarios se colocaron en torno a él y presentaron batalla de forma más seria y efectiva. El Centurión recibió un hachazo en su costado izquierdo, pero se mantenía erguido por la adrenalina del momento, su cota de mallas y su instinto de supervivencia. Mientras tanto, el barco empezaba a arder sin que nadie pudiera evitarlo.

Entre los múltiples ruidos de la batalla, sobresalían los gritos horribles de los esclavos remeros que se estaban asfixiando o quemando vivos. Además, como estaban encadenados, no podían huir.

La batalla había entrado en su momento álgido. Solo la perseverancia y la fortuna decidirían el final: quién se quedaría con el puerto.

Paralelamente a la entrada de Marco Juno a la ensenada, los doscientos cincuenta legionarios y auxiliares escogidos corrían hacia la puerta principal dirigidos por Valerio. Llevaban buena velocidad, manteniendo el orden, con la respiración acelerada y en un silencio total y absoluto. Las dudas presentes, el odio floreciendo y la disciplina al más alto nivel. El éxito de la empresa dependía de ellos, y lo sabía hasta el último auxiliar.

A escasos pasos de la puerta principal, el *primus pilus* podía dilucidar solo dos figuras arrinconadas, que parecían enfrentarse al resto con tantas dificultades que, si no llegaban en segundos, todo estaría perdido. Cuando llegaron a su lado, los dos hombres retrocedieron por el flanco derecho de la formación, pasando por el lado de Valerio, completamente extenuados^[63]. Se trataba de Vesper y Ulpio. ¿Dónde estaban los otros? Ni idea. Puede que muertos. Pero eso no era lo importante en ese momento.

Con la inercia de la carrera, cargaron contra los germanos que, si bien algo se habían organizado, no pudieron hacer nada contra el ímpetu de los

legionarios. Los barrieron casi sin oposición seria. Valerio arremetió con su escudo contra un germano de pelo castaño y barba poblada. Acto seguido, lo remató con una estocada en la base del cuello. Todo esto lo hacía sin perder de vista a sus hombres ni, por supuesto, la formación de los enemigos.

Casio remataba a los heridos enemigos con su escudo y daba instrucciones precisas. Balbo hacía las señales pertinentes con un *signum*. Cada uno de ellos cumplía su cometido.

No obstante, había una segunda línea de soldados, enviados por el lugarteniente para evitar la captura del acceso de la ciudad. Estos estaban frescos y organizados en una sólida línea de combate que chocó inmediatamente con los romanos.

Los legionarios aprovecharon su ímpetu inicial, pero ahora estaban atascados en un duro combate. De hecho, menos de la mitad de los hombres de primera línea estaban en posición para combatir. No habían tenido espacio.

Estabilizado el frente, Valerio tocó su silbato y tropas de refresco pasaron a primera línea. Pareció que esto desconcertó a los germanos, frenando su ímpetu, pero aguantando con coraje. Su intención era empujarlos al exterior de la puerta pero, aunque los invasores habían conseguido llegar poco más allá de la entrada, no retrocedían. Los que aún no estaban en línea, empujaban. Querían obtener un hueco por los flancos para poder ayudar directamente en el combate.

Valerio, poco después, volvió a tocar su silbato y entró en contacto la tercera línea de refresco. Entonces sí que empezaron a replegarse poco a poco desde la retaguardia, mientras la vanguardia vendía cara su vida. Esto coincidió con la apertura de los flancos para introducir otras líneas de legionarios en la batalla.

Marcelo Paulo, el *primus pilus* de la cohorte auxiliar, Valerio, Balbo y Casio, entre otros, intentaron que legionario y auxiliares no se desperdigaran demasiado en la toma del *oppidum*, ya que era común en estos casos que el enemigo se reagrupase y contraatacase con fuerza, impidiendo la victoria o costando un número muy alto de vidas legionarias.

Aunque en cierto modo lograron evitar una estampida, es difícil controlar a un ejército ávido de victoria y muerte, por lo que la persecución tuvo que ser dirigida a trompicones por los centuriones y subalternos.

Poco antes de que se produjera la huida de la vanguardia germana en la puerta principal, la galera capitana de Fabio entró en la ensenada.

La oposición fue considerablemente inferior. Las razones, variadas: menos hombres para defenderla, quedaban menor número de armas arrojadas y una certera salida de los hombres de Gansa desconcertó y puso en fuga a los que estaban junto a la torre vigía en el momento que estaban pasando. Aunque esto no evitó que lanzaran venablos y otros objetos a la embarcación romana.

Esta «suave» entrada fue posible gracias a Marco Juno y sus hombres. Estos habían herido o matado a algunos de los soldados que defendían la playa y la torre, ya fuera con objetos arrojados o en combate cuerpo a cuerpo.

De esta forma, permitió ese cúmulo de circunstancias favorables a los quinqueremes que venían detrás.

El Tribuno Fabio instó a los remeros a bogar en ariete para llegar a la playa lo antes posible.

—¡Adelante! ¡Daos prisa! ¡Legionarios están muriendo ahí fuera! ¡Listos para acabar con esos bastardos germanos! —gritaba casi fuera de sí con la *gladius* en la mano.

Parece que sirvió, la nave encalló en tierra e inmediatamente después, los legionarios bajaron con gran rapidez y formando paulatinamente con débil oposición enemiga. El Tribuno se colocó en el centro de la formación para poder dar órdenes y que pudieran ser escuchadas por todos. Druso y Laico fueron escogidos para protegerlo por los flancos.

Tras un breve combate con los primeros germanos que estaban junto a la galera de Marco Juno, exterminaron a los pocos hombres que aún quedaban. El resto de guerreros pusieron pies en polvorosa al ver cómo los legionarios bajo el mando de Valerio rompían las líneas de defensa antes de llegar a la playa.

Los germanos cedieron al pánico. Entendieron que habían perdido sus posiciones y que solo restaba huir. Empezó la masacre y acabó la batalla.

Otras galeras empezaron a entrar, ahora sin oposición alguna, mientras todos los legionarios y auxiliares se reagrupaban, bajo la supervisión de los centuriones disponibles, para eliminar a todos los enemigos que pudieran.

El lugarteniente germano, que desapareció instantes después de que la línea de defensa de la puerta principal cediese, tomó un caballo y se dirigió a toda velocidad al postigo menor, que abrió de par en par, e instó a sus hombres a huir. Ya combatirían otro día. Muchos le hicieron caso e intentaron escapar por allí.

No obstante, el acoso romano impidió que realmente escaparan demasiados. La cordura de la tropa empezó a llegar cuando el propio Fabio se hizo con un caballo de las cuadras. Druso y Laico se hicieron con otro cada uno. Tenían estrictas órdenes de Valerio de no despegarse de él en ningún momento.

¿Cómo hizo para calmar a tantos legionarios sedientos de sangre?

Sencillo. Empezó a recorrer a toda velocidad el puerto dando instrucciones a todos y a cada uno, ya fueran a grupos enteros, como a legionarios o auxiliares a título individual, aunque apenas reconocía a nadie. Fabio evitó excesos y permitió que hubiese una organización de los legionarios en el tramo final de la conquista de la posición.

El humo ascendía entre las primeras luces del alba. Una luz sucia, grisácea, desconfiada. Parecía una señal divina de lo que había ocurrido por la noche. Un día triste, pese a haber logrado su objetivo.

No solo era eso. Olores. Sangre, humo, orines, heces, vómito, incluso putrefacción. Era pronto, pero empezaba a notarse muy poco tiempo después de las batallas. Nunca se sabía por qué, pero era así.

El suelo estaba tinto de rojo. Manchas por doquier. Los rostros de los muertos contraídos. Los de los vivos, cansados o con terror en su mirada aún, aunque orgullosos por el deber cumplido y felices de haber sobrevivido.

En esta tesitura, Valerio caminaba entre los hombres, erguido y seguido por Luphias. Este se había librado de la batalla, pero desde que desembarcó en la cuarta galera que entró en el puerto, no paró. Era el momento de empezar a hacer lo que mejor sabía. Los números y la intendencia.

Valerio sucio y demacrado, miraba a los hombres a los ojos, quería hacerles ver que estaba con ellos en esos duros momentos. Aunque lo sabían de sobra. Su papel en la batalla, pese a no ser sumamente arriesgado como otros, fue determinante para cerrar la trampa. Todos los esfuerzos hubieran sido en vano. Fue el martillo que golpea al yunque, que si bien es necesario, es el yunque el que se lleva la peor parte.

El puerto tenía un aspecto deplorable, pero la actividad era frenética, todos estaban haciendo alguna tarea, por mínima que fuera, incluyendo los galeotes y esclavos remeros.

Fabio le salió al encuentro montado sobre un corcel pardo del que no había bajado desde hacía horas. Quería ser visto y supervisar todo lo posible.

—Informe —exigió el Tribuno con tono moderado y clavando sus ojos negros en su principal hombre.

—Todas las órdenes se están llevando a cabo, *domine*. Los soldados que participaron activamente en la batalla están vigilando la puerta principal. Los que fueron conmigo, los he enviado a controlar la muralla y puestos de vigilancia. El resto, descargando material, transportando heridos y muertos.

—¿Qué hay de los germanos que aún quedan con vida?

—¿Los que están dentro de la «sala del jefe»?

—Los que hayan escapado no me importan. No tenemos medios para acosarlos. Además podríamos ser emboscados. No conocemos que hay más allá de esos árboles.

—Los tenemos controlados, *domine* —siguió el *primus pilus*, tras un breve silencio respetuoso—. Silvano afirma que no son más de una docena. Han lanzado un par de jabalinas e insultos.

En ese momento, el Prefecto Cornelio Prisco, que había participado en la fase final del asalto, entrando con la tercera galera justo detrás de Fabio, se personó allí. Junto a él, el Centurión Marcelo Paulo y otros centuriones se acercaban entorno a ellos. Querían oír nuevas por parte los oficiales y qué debían hacer ahora que el objetivo se había cumplido.

—Atacaremos esa posición con el ariete y en formación de *testudo*^[64]. Una vez derribada la puerta, que sean los arqueros que acaben con ellos. Ya está bien por hoy... Por cierto, ¿tenemos lista de bajas?

—Más o menos.

—Háblame de los valientes que se han arriesgado para que esta empresa fuera bien.

—Luphias.

—Han sido numerosas, *domine* —empezó a decir el *librarius*, mirando las tablillas de cera—. El grupo de auxiliares bajo el mando de Gansa han sido diezmados. De 47 que iniciaron el asalto, solo quedan Gansa, Styrmir y cuatro más ilesos. Hay otros siete con graves heridas.

—Un alto precio por sus pocos resultados ante una misión imposible. ¿Qué hay de los primeros en tomar tierra?, ¿de Marco Juno y sus hombres?

—De todos los hombres que había en el navío, solo queda el *signifer*, cinco legionarios y un marinero. Marco Juno paró una lanza con la cara. También hay veintitrés legionarios heridos.

—Terrible oír eso. Y ahora, háblame de los que asaltaron la atalaya y tomaron la puerta.

—De una pieza quedan Vesper y Ulpio. Andros y Bestia están muy graves. Macro está herido pero se restablecerá pronto. El resto han muerto.

Es importante saber cómo murieron. Un pequeño honor a aquellos que se sacrificaron por tantos.

A Saturnino ya se sabe como le dieron muerte. Kalbo, superado en número, perdió su *gladius* en el pecho de un enemigo y fue atravesado por varios enemigos sin que nada pudiera hacer, al poco de bajar de la escalinata.

Fulvio, recibió dos heridas antes de caer. Un tajo en el rostro y un lanzazo en las costillas. Aun así, atacando desde el suelo y ciego por el corte, se defendió lanzando molinetes hasta que un hachazo en el cuello lo silenció para siempre.

Bestia, aunque aún vivo, sufrió un fuerte lanzazo en el costado derecho. Sin protección, la herida tiene muy mala pinta.

Andros, fue herido con una maza en el antebrazo izquierdo y le dieron un fuerte tajo en la espalda.

La suerte de ambos estaba en manos de los dioses.

—Pese a todo, han sobrevivido más de lo que cabría esperar. Pero ahora toca la cruda realidad... ¿Cuántas bajas hemos sufrido en total?

—De los 798 legionarios y auxiliares que partimos hacia aquí, 132 están muertos, contando 5 desaparecidos que seguramente estarán calcinados en el barco de Marco Juno. Otros 146 están heridos. Muchos están graves y no salvarán la vida.

El rostro de Fabio tornó sombrío. Algo en su interior le provocó un agudo dolor. No era normal en él. Siempre se había preocupado el bienestar de sus hombres pero, antes no le importaba tanto. Su carrera era lo importante. Pero, de hacía un tiempo hasta ahora, y en especial con estas dos cohortes, se había sentido fuertemente unido a ellos. A ninguna le había exigido tanto y lo había hecho tan bien. Y eso que no era una de las *Legio* con mayor experiencia y reputación. Fue la llegada de Valerio quien, como *primus pilus*, impuso férreas normas disciplinarias siendo ejemplo y referente para todos. El patricio esperaba que estas muertes sirvieran de algo.

—Más de lo que esperaba en un principio si todo iba bien. —Fabio sabía que dos tercios de sus hombres intervinieron en la batalla. El resto no participó o fue en la fase final cuando todo estaba ganado.

—No todo fue bien *domine* —cortó Valerio seco—. Hubo problemas.

—Estoy enterado de ello.

—Además, ofrecieron una dura resistencia casi hasta el final. Cuando se escondieron en las casas, nos hicieron mucho daño.

—¿Y cuántos enemigos? —preguntó Fabio dirigiéndose a Luphias.

—Hemos matado a unos 250, *domine*. Hay 11 prisioneros y una quincena de rameras que trabajaban aquí. Suponemos que han escapado menos de 30.

—¿Algo más que debamos saber?

—De momento, es todo *domine*.

—En tal caso, y ahora me dirijo a todos vosotros, hay mucho que hacer. Para empezar agradeced a los hombres su esfuerzo. Nadie olvidará esto y mucho menos yo —dejó un corto silencio para dejar que las palabras calaran y prosiguió—. Las tareas de hoy seguirán siendo las mismas: sanear el *oppidum*, enterrar a los nuestros esta noche con el decoro debido y descargar completamente todos los barcos.

—Valerio, mañana por la mañana, volverás a *Gesoriacum* a informar al Legado de nuestro... cometido —dudó al decirlo—. Informarás de que necesitamos refuerzos.

—¿No deberíamos dejar descansar un poco a los hombres, *domine*? —cuestionó el *primus pilus* a expensas de que fuese un posible insulto a su oficial.

—No podemos esperar. El verano se agota. Debemos actuar rápido —el Tribuno estaba demasiado ensimismado en sus planes y turbado por tantas muertes que no se percató del posible desacato del Centurión—. Saldrán todas las naves menos la capitana, que está dañada. Cornelio, prepáralo todo.

—Si, *domine*.

—Informa a Licinio Lúculo que nos llevaremos a todos los heridos que necesiten un largo período de recuperación y puedan embarcar —dijo Fabio a Valerio que le miraba de perfil.

—El joven doctor no creo que apruebe esto, *domine*, pero así se hará —Valerio no se la jugaría por segunda vez.

—Es posible que tengamos que pasar el invierno aquí y las condiciones no son... las idóneas... para la recuperación de nuestros hombres —casi titubeaba al decirlo.

—Como mande el Tribuno.

—Los demás, seguid las tareas asignadas. Valerio, vamos a tomar la maldita «sala del jefe» de una vez. Acabemos con esto.

Todos se saludaron y partieron a cumplir su cometido con celeridad. Mucho que hacer en poco tiempo y la fatiga estaba presente.

El Tribuno, junto a Valerio, se aproximó a la línea de combate donde los centinelas holgazaneaban.

Se podía ver la gruesa puerta de roble, con una abertura en su parte superior desde donde lanzaban, sin éxito alguno, proyectiles y proferían

insultos. Aún les quedaban fuerzas para ello. Era el estertor de la serpiente moribunda.

Varios de los principales hombres de Valerio reposaban allí. Casio bebía un vaso de cerveza tras ponerse un lienzo limpio en la cabeza debido a que había recibido un pequeño pero sangrante corte en la frente. Vesper afilaba su espada. Druso comía una torta. Macro, drogado con opiáceos proporcionados por Vesper, dormitaba junto a ellos debido al cansancio y al dolor de su herida. Silvano ojeaba sus pequeños trofeos obtenidos del pillaje. Balbo se encontraba realizando tareas en otro lugar.

Destacaba entre todos ellos, Laico, un poco aparte, con su *gladius* desenvainada. Tenía clavados sus ojos en la puerta con un rostro consumido por la ira. Lo cual confirmó su relación con Fulvio. Quería vengar a su amante.

Cercanos a ellos, estaban un grupo de legionarios, sentados también aunque con las armas listas que tampoco hacían gran cosa. Solo un grupo de arqueros auxiliares, se mantenían medianamente atentos a los movimientos de los germanos restantes.

—*Domine*, sin movimientos —afirmó Casio poniéndose de pie para recibirlos.

—Habéis hecho un gran trabajo. Os felicito. En especial a ti, Vesper. Me alegra y sorprende que todo fuera tan bien.

—Gracias, Tribuno —contestó sin entusiasmo—. Fue difícil, pero cumplimos la tarea.

—Lástima que no volvierais todos.

—Lástima, *domine*.

—¿Encajaron bien las cuñas en la puerta?

—Como un pene acoplado en una ramera —contestó Casio adelantándose a Vesper aunque lo hizo sin pensar. Demostró los atisbos de su rebelde pasado—. Disculpe, *domine*...

Fabio se echó a reír, siguiéndoles más de uno. Algunos por obligación. Fue una risa nerviosa. Demasiadas experiencias fuertes por un día.

—Buena comparación, Casio —afirmó Fabio todavía con una sonrisa en la cara—. Excelente trabajo Vesper.

—Fue útil, casi desde el principio nos vimos superados e intentaron cerrar las puertas en dos ocasiones. Las cuñas lo evitaron —explicó el *tesserarius* con rapidez.

—Serás recompensado a la vuelta. Como todos vosotros —se giró a Casio—. ¿Está listo el ariete?

—Así es, los chicos de la cuarta centuria lo han desembarcado hace muy poco. Esperábamos orden de actuar.

—Pues adelante. Valerio lo dirigirá.

Dicho esto, Fabio se montó sobre el caballo pardo y clavó su mirada en la puerta. Quería dejar actuar libremente a sus hombres.

Valerio dio las instrucciones oportunas mientras hacían el trabajo asignado.

Preparado el ariete con cabeza de hierro en forma de carnero, varios legionarios, los más fornidos como Druso, Luphias y Casio, empezaron a empujarlo mientras eran protegidos con los escudos por otros como Vesper y Laico.

La respuesta enemiga fue tímida. Varios venablos que no entorpecieron, ni hirieron a nadie.

Mientras tanto, los arqueros se posicionaban, esperando el momento oportuno para actuar.

Los golpes se sucedían incesantemente, al tiempo que Valerio se desgañitaba animando a sus exhaustos hombres a finalizar la tarea. Ya estaban tan cansados que, poco les importaba luchar algo más.

Minutos después del primer contacto, la madera empezó a ceder, con la consiguiente alegría de los soldados por terminar.

Cuando se desquebrajó la puerta, Valerio gritó que se replegaran a la derecha de inmediato, llevando consigo el ariete.

La reacción enemiga era la prevista. Sabían lo que iban a hacer. Ellos hubieran hecho lo mismo: cargar con todo lo que les quedaba buscando una muerte digna. Y la encontraron.

Una descarga de flechas acabó con la vida de cinco valientes germanos que se inmolaron.

Se esperó unos segundos. Silencio. No hay respuesta. De repente, sin recibir orden alguna, Laico se precipitó hacia dentro. Tenía sed de sangre. Sangre germana. Inmediatamente, Valerio, Casio y los demás le siguieron.

Pero solo un joven germano herido quedaba en el interior que, tal vez quisiera rendirse o quizás no, pero alzó su hacha y Laico le ensartó con su *gladius*. La verdad es que poco le importaba si quería rendirse o no.

Los demás, comprobaron que, como era de esperar, no quedaba nadie con vida. Un par de germanos habían sucumbido a sus heridas antes de romper la puerta.

De esta forma, las operaciones concluyeron en el «puerto de las rocas». La pregunta que todos se hacían era... ¿qué debemos hacer ahora? ¿Qué

nueva tarea nos queda por hacer?

CAMPAMENTO DE INVIERNO

MALESTAR. Un malestar general estaba dejando a Valerio con una tez blanquecina y sudores por todo su rostro. Ni se encontraba bien, ni ninguno que iba montando en el barco lo podía negar. No obstante, intentaba hacer su papel como dirigente, paseando con falsa tranquilidad por la cubierta. Poco después, cedió el mando a Balbo y se dirigió al pequeño *cubiculum*^[65] destinado al oficial al mando. Había intentado mostrar dignidad, pero ya era suficiente.

El Tribuno Fabio había determinado una pequeña fuerza compuesta de 100 hombres para defender la flota a la vuelta. De las cinco galeras, volverían tres y las dos barcasas de transporte. Pocos hombres para la defensa de la flotilla, teniendo en cuenta que estaban casi al final del verano y que podían toparse con embarcaciones de caucos volviendo a sus tierras. Ellos estaban más allá de sus tierras y era factible poder encontrárselos.

Sin embargo, el Tribuno afirmó que el control del río *Rhenus*^[66] estaba restablecido (el río Rin), aunque las tierras estuvieran devastadas, por lo que pocos navíos se encontrarían. Además, puede que llevaran botín y los evitaran. Por otro lado, los marineros de la nave capitana, casi en su totalidad, fueron repartidos entre el resto de las naves que partieron. Solo dejó dos marineros para asistir a Gansa en la reparación de la nave capitana.

Pese a lo dicho por Fabio, Valerio y los demás aún tenían sus dudas sobre la seguridad. Lo cierto es que necesitaba muchos hombres para hacer las labores que precisaba el más que posible «campamento de invierno».

Con las embarcaciones, viajaban diez guerreros germanos de los 11 capturados, ya que uno de ellos fue crucificado en medio de la explanada que separaba el *oppidum* del bosque, para que sirviera de ejemplo para aquellos que se oponían a Roma.

También ellos llevaban parte del botín capturado, como muestra de los objetivos conseguidos, excepto con los víveres de los almacenes. Los utilizarían en su propio beneficio si tuvieran que hibernar allí.

Salieron más tarde de lo previsto, bien empezada la mañana, lo cual era de esperar por las complejas maniobras de salida de la ensenada que había que hacer y la poca experiencia de aquellos que mandaban los navíos. Llevaban un buen trecho recorrido, estaba atardeciendo y la salud de Valerio se había estado resintiendo poco a poco. No era el viaje, que estaba siendo más movido que el de ida, aunque sin ser mínimamente peligroso aún. No. La razón eran unas fiebres que habían asaltado su cuerpo. Tal vez haber comido algo en mal estado, estar demasiado al raso, cargar con cuerpos de muertos, el esfuerzo físico... O todo a la vez. En cualquier caso, se sentía enfermo y cansado. Vesper percibió en su rostro un principio de malestar, antes de partir, le entregó unas tisanas por si las necesitara. El *primus pilus* no lo pensó dos veces y las utilizó para restablecerse cuanto antes y poder dormir.

Para Balbo fue una desgracia por dos motivos: tener que dirigir una nave sin tener mucha idea, aunque se desenvolvió sin problemas, y también fue una pena porque quería seguir hablando con él de hombre a hombre. No pudo ser.

Así pues, entre los 100 hombres seleccionados estuvieron Balbo, Druso, Vesper y Luphias. Los restantes favoritos se quedaron en el puerto. Los motivos de elegir a estos eran claros: Druso para que pudiese ver a su familia ya que le quedarían meses sin tener contacto con ellos, si volvía. Luphias porque era el más sagaz en política, pudiendo ser de gran ayuda. Vesper porque nunca se sabe cuando se precisa de alguien ágil con la espada. Y Balbo, porque parecía inteligente y despierto. Deseaba tenerlo cerca. Podía ser útil.

Mientras, en el «puerto de las rocas», Fabio y Cornelio organizaban sin demora los trabajos a realizar en su base. En menos de 24 horas habían logrado incinerar y enterrar todos los muertos, hacer un hospital de campaña decente, arreglar los principales desperfectos y almacenar todos los víveres. Pero quedaban más tareas. Importantes tareas que se irían haciendo poco a poco, con órdenes concretas por centurias. En el caso de la de Valerio, que estaba sin su Centurión, Casio hacía sus labores con eficacia. Había aprendido de su maestro.

Las tareas, ordenadas por prioridades y elaborada por Luphias y Vesper fueron:

Reparar las casas y ciertas partes de la muralla que, por dejadez, no estaban buen estado; cavar una zanja ante el anillo amurallado; derribar la atalaya que se encontraba fuera del recinto; hacer acopio de leña y víveres cuanto fuere posible, reparar el único barco que se había quedado en el puerto

puesto que se encontraba dañado y, por último, explorar los alrededores para conocer sendas, caminos, pantanos,...

Con todo, esta ardua tarea sería llevada a cabo sin demora y con la disciplina propia del ejército romano. Poco antes de la llegada de Fabio, y en mayor medida Valerio, la disciplina de la *Legio V* y la *XV* había bajado considerablemente ante la falta de riesgos en la defensa de la frontera, sin guerras de importancia alrededor suya. Los caucos habían vuelto a casa.

La calma volvía a los hombres incautos y estúpidos en cuanto a la materia militar se refiere. La Germania no era una excepción. Por esto, Valerio y Fabio impulsaron una alta disciplina a sus hombres que, si bien en principio no estaban de acuerdo, luego todos agradecerían. Ahora sí eran un ejército. Ahora sí eran soldados capaces de conquistar lo que sus antepasados lograron.

La jornada finalizó sin incidentes. Ningún barco sufrió contratiempos, ni hubo problemas con la climatología, aunque se percibiera el paulatino cambio de estación.

A la mañana siguiente, Valerio se levantó con el sol alzado hacía ya algún tiempo, pero con energías renovadas y bastante mejor de salud, si bien no recuperado del todo. Nadie le molestó, ni le advirtió de la hora. Querían que se restableciera lo antes posible. Dedicó el resto del día a dar órdenes y hablar con los tripulantes con serenidad.

Al mediodía del cuarto día llegaron a *Gesoriacum*, con gran alegría de todos, sin tener percances. Esa noche, muchos dormirían en suelo romano.

Se descargaron los barcos con celeridad. Para empezar, todos los heridos que pudieron traer: exactamente 85 de los 137 hombres que quedaban con graves heridas que requerían mayores cuidados médicos (nueve murieron durante la primera noche en el «puerto de las rocas»). Lo turbador es que se sabía que muchos no lo lograrían, pero tendrían más posibilidades lejos de la frontera y si murieran, al menos lo harían «en casa». Licinio Lúculo, el médico, los acompañó. Por tanto, solo se quedaron los heridos leves o los que podrían salir adelante, como Macro o Andros, que mejoraban inexplicablemente aunque quedaba mucho para que estuvieran restablecidos.

Tras los heridos, le seguían los esclavos capturados. Posteriormente, unos pocos legionarios fallecidos de cierto peso para ser sepultados en suelo romano. Entre ellos estaban el Centurión Marco Juno o los legionarios Fulvio, Saturnino y auxiliares como Kalbo, entre otros.

Lo siguiente a descargar, unos pocos víveres. La razón: los necesitarían en su campamento para la llegada del invierno.

Por último, armamento y todo el botín de guerra, incluidos los prisioneros, que sería custodiado hasta el mercado de *Gesoriacum* para ser vendido por Balbo, con un inventario realizado por Luphias para que nada se «perdiera por el camino».

Los legionarios de escolta, el personal del puerto y los esclavos de carga realizaron la tarea bajo la supervisión de Luphias. Mientras, Valerio y Druso se dirigieron a la prefectura de Léntulo Apias para informar en persona de su llegada, la pérdida de una de las galeras, además de otros negocios que debía atender con él en el nombre de Fabio, todo enfocado a obtener lo necesario para regresar en pocas semanas. No les quedaba mucho tiempo y el *primus pilus* quería agilizar el proceso todo lo posible.

Paseando por el puerto, pudo apreciar la actividad típica de una ciudad portuaria: mucho transporte de mercancías hacia el interior, tenderos vendiendo sus productos, prostitutas exhibiendo sus vergüenzas, esclavos realizando compras, libertos mezclándose con la población, mercaderes buscando fortuna, legionarios y auxiliares paseando con arrogancia, mendigos ocultando su odio... gentes de todos los lares y condiciones sociales que se veían atraídas hacia un punto marítimo desde el que se movían o buscaban obtener algo de un vasto imperio que lo acaparaba todo. Y un ejemplo era esa amalgama de etnias, lenguas y culturas que se podía ver en el puerto. Valerio reflexionó un momento sobre la inmensidad y la variedad que cubría el mundo.

En cualquier caso, la ciudad tenía una actividad frenética. Tal vez porque se acercaba el fin de estación y debían aprovechar los últimos coletazos del verano. No solo por las gentes de mar, sino por todos los que allí vivían, porque todos sus habitantes, de una forma u otra, se retroalimentaban por su alto contacto con el agua.

Así pues, el Centurión Sexto Valerio y el legionario Druso llegaron a la prefectura tras un agradable paseo por las calles de *Gesoriacum*. Tuvieron que esperar media hora para ser atendidos por el prefecto.

La entrevista fue corta. Se entregaron las tres galeras y los dos barcos de transportes intactos y con su personal al completo. Incluso con algunos marineros y remeros extras. Fabio había especificado que no tendría más que una cuadrilla mínima de remeros: eran más bocas que alimentar. El prefecto, visiblemente sorprendido por el éxito de la empresa, les felicitó y preguntó cómo lo habían hecho. La respuesta de Valerio fue directa: «con cabeza,

sangre y esfuerzo». Léntulo Apias no quiso volver a preguntar. Seguidamente, solicitó quedarse con, al menos dos de las galeras para volver al puerto germano. Entonces, el Prefecto, no sin razón como burócrata que era, explicó que necesitaba un permiso directo del Legado o algún oficial senatorial para volver a darle dichas naves. La carta y sello de Fabio no era suficiente. Entraron en una acalorada discusión que no llegó a ninguna parte, pues el burócrata no podía, aunque quisiera, y la verdad es que no quería tener ningún tipo de problema con un alto oficial.

Druso, al igual que Valerio, intuía la treta del Legado para deshacerse de ellos. Lo único que habían conseguido era que apartara un barco para su regreso al puerto... «Es un comienzo», se dijeron a sí mismos.

Tras concertar otra entrevista para la semana siguiente, salieron de la prefectura con temor e intranquilidad. Pero, como buenos soldados, sabían que solo podían esperar. Se centraron en la siguiente tarea.

Ambos dirigieron sus pasos hacia el mercado para ver cómo marchaba Balbo con las rentas del botín, el armamento incautado y las compras. La idea era surtirse de un extra de alimentos y monedas para repartir entre los hombres. Fabio no quería que nadie cargara con botín. Entorpecería a los hombres. A tal fin, se dispuso que se hiciera en varias jornadas, ya que un exceso en un día podría reducir los beneficios.

Cuando por fin lo encontraron, empezando el crepúsculo, había vendido la mayoría de lo previsto para ese día. Obtuvo unos buenos beneficios, más de lo esperado. Pero, a medida que pasaron las jornadas, las ventas fueron bajando. Aun así, lo que más o menos había calculado Luphias.

Paseando por el mercado, muy poco transitado a esas horas, con las ganancias cargadas por cinco legionarios, incluido Druso, Valerio se encontró inesperadamente una agradable sorpresa.

Entre un puesto de venta de tejidos y una carpintería, todos recogiendo para irse a descansar, se encontraba una pequeña tienda de un augur ambulante. Valerio reconoció enseguida la tienda por el color azul cobalto, estampado en gris perla y blanco roto. Allí, Achlys^[67], un oráculo itinerante de origen tracio, hacía predicciones por unas monedas. Tenía reputación de fiable y honrada, no faltándole clientes allá donde iba. Su arco de actuación era inmenso: de la Galia Narbonense a Panonia, normalmente dentro del *limes* romano, que era más seguro para ella. Aunque lo cierto es que no tenía motivos para sentirse insegura. Nadie solía molestar a alguien con un aura mística.

Conoció a Valerio cuando unos bandidos en un bosque quisieron asaltarla a ella y otros mercaderes que iban de camino a Brigetio^[68], y una patrulla bajo su mando, los defendió y puso en fuga. Esto fue cuando se encontraba en la *Legio XV Apollinaris*, afincada en *Carnuntum*^[69], en Panonia. Desde entonces, ella se convirtió en amante eventual del *primus pilus*. Sin embargo, no fue el hecho de salvarla o que le resultase atractivo lo que produjo la unión. No. Según ella, fueron los dioses quienes le trazaron el camino hacia él, como todo en su vida. A Valerio le pareció una afirmación atrevida y pretenciosa, pero no quiso enemistarse con ninguna divinidad. Por si acaso. Lo cierto es que apenas se veían, siendo algo muy esporádico y casual. Pero no por ello menos intenso.

En ese momento, el Centurión tomó a los hombres y empezó a despachar órdenes precisas: tras llevar las compras al campamento^[70] y almacenar los víveres, terminaría de organizarse el campamento, con centinelas incluidos. Como si estuvieran en territorio hostil.

Después de esto, descansar y cenar algo. Al despuntar el alba, Luphias, junto con Druso y otros cinco hombres, avanzarían a caballo, proporcionados por el servicio de estafeta, hacia *Vetera*. Su función era doble: informar de su éxito al Legado y ver si realmente había habido una movilización. En el caso de ser una trampa y que el Legado intentara ocultar la verdad, no podría hacerlo. Por esta razón, intentaron que el número de legionarios fuera alto: para evitar que pasaran desapercibidos en el campamento, siendo elegidos legionarios muy conocidos en la *Legio V Alaudae*.

Mientras los hombres del Centurión cumplían las órdenes estrictamente, este estaba lucubrando hacer tareas más placenteras. Sabía de sobra que podía delegar sus obligaciones con total tranquilidad de que se cumplirían a rajatabla. Podía suponer una sanción grave no hacerlo personalmente pero... ¿Quién lo iba a controlar?

Al llegar al acceso, esperó unos segundos por si la escuchaba hablando con algún cliente. No fue así, así que entró con decisión.

—Buenas tardes, Achlys —comenzó Valerio en un tono grave pero cariñoso al mismo tiempo.

Ella se encontraba de espaldas, trasteando con unos ungüentos. La sala era sencilla: una mesa, tres *sellas* con cómodos asientos y respaldos de cuero, dos sencillas lucernas colgando del techo iluminando la sala y una elaborada alfombra oriental con motivos vegetales que tapizaba gran parte del suelo. Sobre la mesa, diversos artilugios, pócimas, plantas... Parecía más, una sala de un alquimista que de un oráculo. Olía sutilmente a mirra.

—Llevaba tiempo esperándote. Los dioses me anunciaron que te vería antes de la llegada de las lluvias. Me ha extrañado no haberte visto antes —respondió dándose la vuelta con una sonrisa en sus labios.

Achlys era una mujer de poco más de treinta años. Cabello castaño claro y liso. Tez blanca. Ojos gatunos, rasgados y grises, de mirada perturbadora. Nariz ligeramente aguileña, boca grande con los colmillos ligeramente hundidos con respecto a los otros dientes. Aunque estaba bastante delgada, tenía una figura algo voluptuosa, con senos grandes y firmes, cintura estrecha y ancha de caderas. Se trataba de una mujer tremendamente atractiva, pero también era caprichosa, impulsiva y egoísta. De ahí que estuviera soltera y no tuviera intención alguna de formar una familia. Curiosamente, con Valerio tenía una actitud cercana y abierta, algo poco común con el resto de los mortales, con quienes mantenía las distancias.

—¿Los dioses te lo dijeron? Están demasiado atentos a mis pasos —continuó Valerio paseando en torno la mesa con provocación.

—Deja el sarcasmo en la puerta. Conmigo no lo necesitas —respondió con un tono agresivo y juguetón.

—Y sabes que respeto tus creencias, aunque no las comparta —afirmó sentándose y tomando un copa de vino.

—Ya te he demostrado que mis profecías se cumplen.

—Puede.

—¿Aún dudas? Te dije que cambiarías a otra *Legio*, que pasarías a estar tutelado por alguien poderoso, que te encomendarían una misión complicada y que tienes un destino muy incierto. Todavía quedan cosas por venir.

—Es posible.

—¿A qué vienes entonces?

—¿Desde cuándo recorro a tus servicios como augur? —preguntó con un tono pícaro y mirándola fijamente.

—Y sin embargo me escuchas.

—Necio sería si no escuchara los consejos de una mujer.

Sonrieron y hubo un silencio tras el cuál, ella empezó a meter en un arcón todo lo que había sobre la mesa con orden. Valerio la estudiaba con detenimiento. Como siempre, ella era absolutamente más pícaro que él y debía, por tanto, agudizar su ingenio.

—En tal caso dime, ¿a qué debo tu visita?

—¿Qué te dictamina tu cabeza? ¿O la sabiduría de los dioses?

—Que desees tomarme —dijo sin darle importancia y sin parar de recoger.

—¿Es lo único que me mueve?

—Lo cierto es que no —se paró y se miraron mutuamente—. A veces creo que no te conozco, con todo lo que hablamos cuando nos vemos. O que eres varias personas a la vez.

—Siempre he sido así. Es lo único que has conocido.

—Y es lo que me atrae y me confunde de ti.

El Centurión apuró su copa, se levantó y empezó ayudarla a terminar de recoger. Durante un corto espacio de tiempo permanecieron en silencio hasta que el romano lo rompió.

—¿De verdad crees que solo vengo a practicar el coito contigo?

—Supongo que también buscas una compañía para hablar.

—Para eso hay rameras allá a donde voy que por un precio módico lo podrían hacer.

—Yo no te exijo dinero. Lo hago por placer.

—Y aún así recibes regalos e invitaciones de mí.

—Es un premio extra —bromeó.

—¿Nunca te has planteado que me gusta hablar contigo y que fío de lo que me dicen tus labios?

—Claro, pero quería que me lo dijeras —afirmó tras cerrar el arcón con todo recogido. Como siempre, ella controlaba la situación.

—Soy un necio.

—Nunca te he visto como tal. ¿Me ayudas a desmontar esto? —al preguntar, se sentó cruzando las piernas, dejando que su vestido de color esmeralda, mostrara una de sus piernas desnudas hasta la rodilla.

—¿Y tu esclava gálata?

—La vendí. Estaba cansada de ella. Su anhelo de tener familia, tener raíces, monotonía... y además, ya no me daba el placer que yo requiero. Compraré otra en primavera. Más joven.

—Llevadera y despreocupada. Nunca cambiarás.

—Recto, honorable y aburrido. Tú tampoco —replicó con sorna—. ¿Me ayudarás?

—Te ayudaré si cenas conmigo y continuamos hablando —comentó posando su mano izquierda suavemente en el hombro de Achlys.

—Lo haremos en cuanto terminemos. En la posada de la esquina. En mi habitación...

Tres días después, con el crepúsculo llegando, el Legado se encontraba en su *cubiculum*, acabando animadamente la jornada. Hombre de poco espíritu guerrero, descargaba toda su fuerza sodomizando a una esclava iliria, recientemente adquirida. La joven se había desarrollado tardíamente al final de su adolescencia, siendo forzada por un bastardo patricio con la cara picada y sin atisbo de empatía o valores morales mínimos pese a sus casi 40 años^[71]. Parte de la culpa recaía sobre su liberto Ásper que daba nuevas ideas y fantasías a su *domine*. Gracias a los dioses para la chica, su pene, al igual que su capacidad de aguante, eran poco más que irresistibles. La desgracia recaía en el número de veces al día.

En ese momento de privacidad, aunque a veces le gustaba que algún otro esclavo estuviera cerca por si requería que le ayudase, solo se encontraba Ásper. Siempre pegado al culo de su antiguo amo. Miraba la escena con una extraña sonrisa y una evidente excitación. Pero no era por el deseo, ni por la lujuria. No únicamente. Lo que más deseo le generaba era el poder que él no tenía. Eso le excitaba: el control que aún no poseía y que algún día podría tener. Era lo que más anhelaba en este mundo. Se había codeado demasiado con gente poderosa. Ahora estaba consumido por la ambición y se dejaba arrastrar por ella. Aunque era paciente, ya había escalado en poco tiempo mucho más de lo esperado. No hacía tantos años que había sido un adolescente sodomizado habitualmente por el padre del Legado tal y como lo era ahora esa esclava...

Instantes después de terminar el Legado, entró Calosio Domitio con prisas.

—¿Por qué, en nombre de *Iupiter Optimus Maximus*, osas molestarme? —gritó con furia mientras se limpiaba y vestía.

—Disculpas. Asuntos urgentes me traen aquí —se excusó con una leve reverencia y sin que sus ojos miraran a su persona. Calosio Domitio era sobrio en todas las facetas de su vida.

—¡Fuera! —ordenó a su joven esclava mientras se ponía el *subligar*^[72] y una túnica de lana de color arena—. ¡Habla! Espero que traigas buenas nuevas.

—Lo cierto es que no...

—Ásper, tráenos vino —dijo mientras se sentaba con estrépito en la mesa e instaba a Calosio Domitio a que hiciera lo mismo, lo cual hizo sin demora—. ¿Qué ocurre?

—Ha llegado un emisario desde *Gesoriacum*. Tal y como temíamos, lo ha conseguido. Ha tomado el puerto.

La cara del Legado tornó taciturno y sus ojos perdieron brillo. Al poco, contrajo su semblante y dio un grito de furia. Al poco se calmó y se giró hacia Ásper.

—Tal vez esté bendecido por los dioses —comentó en voz baja y con la vista perdida.

—Puede ser —se unió Calosio Domitio dubitativo.

—Lo dudo mucho —se aventuró Ásper.

—¡Maldito bastardo! ¿Ni a los dioses respetas? —preguntó el Legado con tono mesurado.

—Las divinidades no se han involucrado en esto. Fabio poseía a los más capaces. Experiencia y suerte le han dado la victoria.

—¡Infravaloras el poder de los dioses! ¡Incluso hizo un ritual público a Tritón! —comentó molesto Calosio Domitio.

—Ellos nunca se involucran.

—¿Desafías a los poderes divinos?

—No se trata de eso... —cambió de tercio—. ¿Sugiere el Tribuno que dejemos lo que estábamos haciendo y nos embarquemos en una lucha sin cuartel contra los germanos con la llegada de las lluvias a la vuelta de la esquina y sin el permiso del César?

—¡No hables como si fueses mi igual! ¡Tú no sabes nada de la guerra, sucio liberto!

—¡Basta! ¡Así no llegamos a ninguna parte! —paró el Legado a los dos—. Ásper tiene razón. Debemos hacer algo.

—Continuemos el plan establecido... —indicó el liberto.

—¿Ha llegado Fabio a *Gesoriacum*? —preguntó el Patricio al Tribuno.

—El emisario me ha informado que no. Es el *primus pilus* Sexto Valerio quien ha venido en su lugar. Ha informado y ha mandado a su *librarius* a dar la nueva. Pero nuestros espías han llegado lo más rápido posible para adelantarnos la noticia, como ordenaste...

—Eso lo cambia todo.

—No tiene por qué...

Cuando dijo esto, ambos soldados se miraron y escrutaron los ojos ladinos de aquel presuntuoso liberto. Calosio Domitio lo despreciaba, pero lo cierto es que su inteligencia sobrepasaba a la mayoría. Por esta razón, era peligroso. El Legado le había dado cierto poder que usaba y podía utilizar estratagemas para acabar con su reputación. Mejor no meterse en su camino.

—Explícate.

—Solo hay que interceptar al mensajero...

—¡De ninguna manera! —cortó Calosio Domitio—. Valerio es uno de los hombres más populares en toda la frontera. Es temido y respetado por romanos y bárbaros por igual. Sus campañas pasadas le han forjado una fama merecida.

—Hablamos de un futuro prometedor y tú nos cuentas glorias pasadas —le increpó Ásper.

—¡No es solo pasado! Él ha sido el auténtico artífice de la disciplina de la *Legio V Alaudae*, dándole dignidad y sirviendo de referente a otras de cómo deben hacerse las cosas. Su severidad, justicia, confianza y entrenamiento basado en su propio ejemplo ha calado profundamente en la tropa.

—Veo que lo admiras...

—Admiro su profesionalidad —respondió con intención.

—Cualquier hombre puede ser sustituido.

—¿Cualquiera? ¿Tú también? —cuestionó con sorna.

—Cualquiera.

—Tal vez el sustituto sea mejor, o peor —seguía provocando—. No nos conviene atacarlo.

—¿Y comprarlo?

—Imposible. Es famoso por su incorruptibilidad.

—Todo hombre tiene un precio.

—No se dejaría sobornar. Es un hombre honorable, no dejaría atrás a su cohorte. Tal vez, incluso, sea un hombre de Fabio.

—Entonces solo queda una solución.

—He oído que es muy peligroso.

—Solo hay que atreverse.

—Si falláramos, las consecuencias serían nefastas.

—Por eso no podemos fallar. Y el plan trazado no tiene fallos.

—El plan original no vale —cortó el Legado la discusión entre los dos hombres que formaban su camarilla personal de conspiraciones—. Hace falta uno nuevo.

—Los anteriores fallaron —puntualizó Calosio Domitio.

—Con unas pocas rectificaciones, no habrá fallos. No puede haberlos. Todo está pensado.

La situación de un liberto siempre es frágil, por esto siempre sus planes debían tener alguna manera de adaptarse a la situación. No podía caer en su propia trampa. Al no ser nada para la clase dirigente, su cabeza sería la primera en caer.

—¿No hay otra solución?

—No. Y hay que actuar deprisa, muy pronto llegarán los hombres de Valerio. Debemos adelantarnos.

Hacía cuatro días que habían salido de *Gesoriacum*. Luphias, Druso y los otros cinco legionarios se encontraban ya muy cerca de *Vetera*. Desde las primeras luces antes del amanecer, habían partido, sin tener nada en sus estómagos, con el fin de agilizar el camino lo máximo posible ahora que estaban cerca.

Era un día gris, aunque sin lluvia, ya que el anterior comenzó a llover un agua débil pero que calaba. Aun así, el día clareaba aunque no lo suficiente para obviar que las precipitaciones eran inminentes. Llegaron a un punto donde se bifurcaban dos caminos en dirección a *Vetera*, uno desde el Norte, por el que venían, y otro desde el Suroeste. En el centro del mismo, donde confluían, se encontraba una vieja aldea germana deshabitada y medio derruida por el paso del tiempo. Hacía muchos años que sus habitantes fueron deportados a otra zona para evitar futuros levantamientos. Desde entonces era utilizada por legionarios, comerciantes y viajeros como zona de descanso y de pasto para los animales.

Luphias decidió que era un buen punto para tomar un desayuno frugal, a base de pan y carne seca, antes de lanzarse al último tramo del recorrido. Lo único que tenían para beber era agua. Una lástima, pensaron muchos, entre ellos el *librarius*, demasiado aficionado al alcohol. Unos prepararon un fuego para calentarse mientras otros ataban los caballos.

No habían terminado todos de desayunar, cuando una *turmae*^[73] de auxiliares panonios formada por una docena de hombres, incluido su Decurión, llegó a la pequeña aldea. Más atrás, se vislumbraba la figura de otros dos hombres encapuchados que se quedaron rezagados. Avanzaban al trote hacia ellos. Druso se encontraba de pie estirando las piernas conversando con otro legionario. Los demás, sentados junto al fuego.

De pronto vieron que algo no iba bien, empezaron a ir más rápido en dirección a ellos y a disponer de sus armas: lanzas de carga, jabalinas y *spathae*.

Su reacción, demasiado tardía, fue enérgica.

—¡A las armas! ¡A las armas! ¡Nos atacan! —gritó a pleno pulmón Druso.

Los hombres se pusieron en pie, todos sin cascos y algunos incluso sin la *gladius* fijada al tahalí^[74]. Intentaron, vanamente, defenderse ante el ataque

de los auxiliares, pero no hubo tiempo para organizar una resistencia firme y homogénea. Además de su inferioridad numérica, no contaban con buenos medios para repelerlos: solo *gladius* y *pugios*.

La carga fue demoledora. Dos de los hombres cayeron muertos o fueron heridos de gravedad en la primera batida. No se movieron del sitio.

Otros dos se dieron a la fuga, siendo cazados rápidamente antes de poder introducirse en la espesura del bosque para protegerse del ataque.

Druso consiguió ocultarse en una choza justo antes de la carga, pasando inadvertido. Su experiencia decía que era ineficaz atacar a la caballería directamente con esos medios en una carga.

Luphias, junto con otro legionario, fueron inteligentes y se apresuraron a colocarse en un punto entre dos chozas donde la caballería debía frenarse un poco para girar hacia ellos.

A partir de este momento, todo transcurrió en pocos segundos.

Ya enfrente de ellos, el primer équite, intentó ensartarlo con su lanza, pero el *librarius*, con gran destreza, se cambió con rapidez a la izquierda del agresor que solo pudo intentar protegerse tras su escudo. Su fallo fue que no protegió su pie y Luphias aprovechó para lanzarle un corte fuerte y profundo en su tobillo. El desafortunado équite, soltó su lanza y escudo, gritando de dolor, dejándose caer al suelo. Luphias intentó hacerse con el escudo oval del herido para protegerse cuando le sorprendió otro enemigo que iba a golpearle con su *spatha*. Creyó que su momento había llegado. Pero no llegó a darle. El legionario que lo había acompañado, lo ensartó con la lanza de carga del enemigo herido, hincándosela en medio del pecho, no sin esfuerzo. Pero otro llegó por su retaguardia, produciéndose un fortísimo golpe en la cara con su *spatha* que tiñó la cara del *librarius* de la sangre de su compañero caído. Aún así, le dio tiempo a cubrirse tras el escudo para evitar el golpe de otro que venía atrás. Pero no pudo evitar la jabalina del primer enemigo, que se revolvió y lo lanzó por detrás...

Por su parte, Druso había estado esperando el momento adecuado para atacar. Cuando la breve lucha entre los supervivientes estaba llegando a su fin, el legionario salió de la choza, saltó sobre un roble cortado desde la base, usándolo como trampolín, y se abalanzó sobre un équite que no se lo esperaba. El golpe en el suelo fue terrible, pero la peor parte se la llevó, sin lugar a dudas, el jinete. Druso, por su parte, actuó mecánicamente, apuñalándole tres veces con su *pugio* en el cuello. Luego, utilizó el mismo

roble cortado y saltó sobre el caballo para utilizarlo para huir a galope tendido. Solo un équite le cerraba el paso. El veterano legionario, hombre curtido, lanzó una jabalina del carcaj que llevaba atado al caballo contra su oponente a pocos pasos de distancia. El équite se libró de la muerte por su escudo, pero Druso consiguió lo que buscaba: que no le atacase ya que, al protegerse del golpe de la jabalina, no pudo responder con su *spatha*. Todo iba bien.

No había recorrido más que unos pasos con vía libre cuando, de entre unas chozas, salió un encapuchado con un improvisado bastón de madera y le atizó un fuerte golpe que lo derribó del caballo. El golpe fue tremendo, provocándole una fisura en un par de costillas o incluso una fractura. Igualmente, la caída no fue para menos: amortiguó todo el peso sobre su hombro. Es posible que tuviera una luxación. La *lorica segmentata*^[75] que cubría su cuerpo lo protegió ambos golpes, siendo la protección de los hombros aún mayor, suficiente para evitar algún tipo de lesión. Druso, sintió un profundo dolor y un aturdimiento generalizado. Tardó varios segundos en poder fijar la vista. Una vez recuperada, con la visión turbia y desenfocada, pudo apreciar como el encapuchado ponía la rodilla sobre su pecho y con una *gladius*, se disponía a rematarle sin que nada pudiera hacer. Su cuerpo no respondía. Temía que, en el caso de sobrevivir, se quedara postrado en una cama para el resto de sus días. Esto lo asustaba más que la propia muerte.

Entonces una visión clara su fijó en su mente. Su concubina lavando ropas en el riachuelo cercano a donde estaban. Junto a ella, sus hijos cuando eran aún más pequeños, jugueteaban y reían corriendo junto a ella, mientras él los observaba desde una suave colina, disfrutando de la deliciosa escena. «Buena imagen para irse al más allá», pensó.

—¡Alto! ¡Déjalo con vida! —gritó una voz que le resultó familiar al legionario—. Al final, has resultado útil. Desarmadlo y amarradlo.

Poco a poco, Druso recuperaba la vista, aunque el resto de su cuerpo dolorido no lo hacía de igual manera. Aún así, empezaba a mover dedos de los pies y de las manos. Al menos, podría moverse en un futuro, si no le mataban.

Desarmado, amarrado y levantado por dos équites, pudo ver que el que comandaba a los auxiliares era, ni más ni menos, que Calosio Domitio. Quedaba claro que era un hombre del Legado y el director de aquella emboscada. Le clavó su mirada, cargada de ira, aunque el oficial ni siquiera se fijó. Fue llevado por los hombres casi en volandas, en dirección a donde otro équite había agrupado los caballos.

En el camino vio los cuerpos de sus camaradas. Todos ellos muertos, incluido Luphias.

Se encontraba tumbado bocabajo, con los ojos muy abiertos y la boca entreabierta, con postura forzada: el tronco del cuerpo ladeado con respecto a las piernas. Le habían clavado una jabalina en la espalda y había recibido una lanzada en la base del cuello. Se fijó en su *gladius*, cercano a su cuerpo, con la punta manchada de sangre. Murió luchando. Con bravura. Lo cierto es que nunca había matado a nadie. Sabía qué hacer, pero le faltaba experiencia real. Un mal final para un hombre prudente e inteligente.

—¿Bajas? —preguntó el Tribuno comiendo una manzana mientras miraba los cadáveres de los legionarios abatidos.

—Dos muertos y un herido, *domine* —respondió el Decurión.

—¿Tantos? —preguntó alarmado—. ¡Contabais con el factor sorpresa, superioridad numérica y de armamento! ¿Cómo es posible?

—Eran profesionales... —tardó en responder, avergonzado.

—Ya veo. Más que vosotros. Esto explica por qué han podido tomar ese puerto...

—*Domine*...

—¡No te excuses! —cortó raudo—. Que un équite acompañe al herido al campamento. Avisa a Ásper, el liberto del Legado. Él os indicará que hombres vendrán y que traigan una carreta para llevarse a nuestros muertos y el equipamiento de los legionarios. Otros dos se quedarán aquí esperando. Luego quemad los cuerpos. Aquí no ha pasado nada. ¿Entendido?

—Sí, *domine*.

Dicho esto, se acercó a caballo hacia Druso y lo miró fijamente durante unos instantes. Intentaba saber si lo conocía, pero lo cierto es que no. El legionario a su vez le mandaba una intensa mirada de odio que provocó que Calosio Domitio se estremeciera y dijera algo.

—Nos vas a llevar hasta tu Centurión.

Habían pasado tres días desde el incidente cerca del campamento de *Vetera* y el Centurión Sexto Valerio no sabía nada de lo ocurrido. Nadie le había informado, ni estaba alarmado. No había razones para estarlo.

Se encontraba en una posada cercana a la periferia de *Gesoriacum*. Silenciosa, a un precio asequible, pero limpia y razonablemente cuidada. Estaba dormitando tras un tranquilo día, desnudo tras saborear una succulenta cena, haber tomado un buen vino y haber hecho el amor un par de veces. Pequeños placeres de la vida que desde hacía años tenía en contadas ocasiones y que disfrutaba al máximo. Cuando disponía de ellos, claro está.

Muchas veces, Valerio se sentía apesadumado por una profunda soledad, que conseguía obviar en días como este. Momentos para desconectar de una vida con momentos duros, trágicos y violentos. Era de noche. Una lluvia fina y ligera sonaba con suavidad por todos lados: techo, suelo de la calle y algunas goteras del pasillo central de la planta de la posada. Perfecto para dormir plácidamente. En jornadas nocturnas como la que estaba viviendo, siempre uno se alegra de tener un buen techo para cobijarse, un lecho caliente, buena compañía y el estómago lleno. En el ejército no siempre era así.

Se despertó de súbito con un escalofrío. Tenía algo de frío. Entonces miró hacia la ventana, que estaba abierta, encontrando a Achlys mirando cómo la lluvia caía, sentada sobre una banqueta, con los codos apoyados sobre el marco de la ventana y sus manos abiertas sobre su rostro.

La habitación, muy sobria, solo tenía la cama, una mesa con los platos usados para la cena, limpios y recogidos, además de dos incómodas banquetas, un cubo con agua sucia, una palangana con agua limpia y el amplio arcón de la sacerdotisa-augur. Las lucernas, que se encontraban todas apagadas menos una en la esquina, dejaba en penumbra la habitación.

—Ven a dormir —dijo suavemente el Centurión desde la cama. Ella se giró lentamente con cara de preocupación. El romano reaccionó—. ¿Ocurre algo? ¿Estás bien?

—Los dioses me han hablado en mis sueños —comentó atormentada.

Valerio hubiera dicho algún comentario sarcástico con respecto a eso. Pero al ver su expresión y pesadumbre, intentó hacerle más llevadera la situación. Se acercó a ella, cerró la ventana, encendió otra lucerna y la abrazó.

—No te aflijas. Los dioses nos ocultan sus verdaderas intenciones muchas veces. Todavía tienes tiempo...

—¿Crees que hablan sobre mí? —cortó rauda con cierta arrogancia. El Centurión quedó petrificado durante un par de segundos y fue a replicar cuando ella se adelantó—. Es grave, mi querido Sexto, no te burles de los dioses. No esta vez.

—Está bien, como deseas. ¿Qué has soñado?

—Era confuso... una gran turba de gente peleando... sangre y fuego... varios senderos... un caballo desbocado... cadáveres putrefactos... cuervos alzando el vuelo... un águila que los espanta... y en un bosque en llamas, una mano, una mano verde alzada...

—Es... es confuso, sí... ¿Qué interpretación le das?

—Una advertencia. Tienes un futuro oscuro y los mismos dioses no quieren desvelármelo. Pero han dado un esbozo de su plan... Tú tendrás que

unir la información que te he dado.

—Espero que sepa darle una buena interpretación, llegado el momento.

—Los dioses saben que te esperan momentos muy duros, muy pronto. Tus decisiones marcarán el destino de otros. Las miradas de muchos se volcarán en ti.

—Maravilloso —ironizó—. ¿Consejo?

—Guíate por tu cabeza, no por tu corazón. Será mucho más útil y te salvará la vida. Solo dependes de ti mismo para que no se desplome el suelo por donde pisas.

—¿Qué estás diciendo?

—Creo que no eres consciente de que tus decisiones determinarán tu vida o muerte... y la de muchos otros.

Por primera vez, el *primus pilus* sintió una punzada de temor con los consejos de Achlys. Desde hacía algún tiempo, todo estaba en orden, pero de alguna manera, y más con los últimos acontecimientos, sabía que esperaban tiempos turbulentos. No los deseaba y los temía. Se quedó sentado en el lecho, en silencio, con la mirada perdida.

—Que el miedo no te aflija —se adelantó Achlys.

—¿Miedo? Hace tiempo que no sé lo que es eso...

—Sabes que no es cierto. Aún así, el miedo más profundo es por aquello que de verdad aprecias. Mantente alerta.

Entonces se abrazaron y permanecieron varios minutos así sin hablar, compartiendo el momento.

—¿Qué más hay? —preguntó Valerio con voz aterciopelada.

Achlys se quedó trastocada y lo miró a los ojos con extrañeza. Él se mantuvo firme y con mirada gélida, sonriendo hieráticamente.

—¿Cómo...?

—Intuición... Y creo que te conozco algo. Estás triste y no es por eso... Llevas años hablándome de un futuro peligroso y duro. Algo hay que te hiere y te niega la dicha de estos momentos.

La mujer sonrió. Nadie la conocía como él. ¿Cómo lo hacía? No lo sabía, pero lo odiaba y lo amaba a la vez. Tal vez por eso su comportamiento era distinto con este romano.

—También los dioses me han dicho que, cuando nos separemos, nunca nos volveremos a ver —afirmó triste.

—Eso nunca se sabe —empezó a besarla dulcemente por cara y cuello mientras la acariciaba con suavidad—. Pero... si eso es así... exprimamos al máximo nuestro tiempo juntos. *Carpe Diem*.

En la siguiente jornada, por la noche, seguía lloviendo. Una lluvia fina que calaba hasta los huesos. De vez en cuando, algún trueno añadía violencia a la lluvia. El otoño había llegado y no podían hacer nada para evitarlo.

Valerio y Achlys repitieron el plácido ritual del día anterior y a esas altas horas de la noche, dormían profundamente en la posada con un relax total. No eran conscientes de lo que ocurría fuera.

Al principio de la calle donde se encontraba este establecimiento, el Tribuno Calosio Domitio, acompañado de otros tres équitos y un Druso desvencijado por una buena paliza, esperaban en línea sobre sus caballos, pacientemente. Todos con los mantos protegiéndose de la lluvia. Druso se tambaleaba, los demás aguardaban el fin inevitable. Aguardaban.

En la puerta principal de la posada, un équite y el Decurión hacían guardia. Otro más controlaba la puerta del interior del edificio que conectaba con las caballerizas. Así, los accesos estaban perfectamente controlados.

Todo estaba previsto: el encapuchado que los acompañaba desde el principio entró dentro del establecimiento con la *paenula* completamente mojada y se dirigió al dueño del establecimiento. Este se encontraba comiendo un poco de queso con pan cuando lo vio aparecer como un espectro.

—Busco a un hombre. Un Centurión —ordenó seco el encapuchado.

—No puedo dar información de mis clientes... —contestó pretencioso el galo sin mirarlo.

—Esperas unas monedas ¿no? —entonces mostró su cinturón con una *gladius* y un *pugio* colgando—. ¿Qué tal si me dices donde está y a cambio te dejo vivir?

—En la segunda planta, quinta puerta a la izquierda... —se puso en pie señalando el camino con la mano, asustado.

—Supongo que la habitación tendrá llave.

—No puedo...

No le dejó terminar la frase. Le dio una sonora bofetada que retumbó en la sala y que provocó aturdimiento en el posadero, que se dejó caer sobre la banqueta. Cuando se hubo recuperado medianamente, tomó la llave de una pequeña caja de madera y se la entregó.

—Te la devolveré muy pronto.

Tal vez no fue tanto sus armas como su apariencia y cicatrices, lo que aterrorizó al posadero galo, pero en cualquier caso, fue efectivo. Tras una última mirada desafiante, prosiguió hacia las escaleras desenvainando el

gladius con lentitud, para evitar el sonido característico, y se aproximó a los peldaños de la vieja escalera de madera. Entonces pensó: si había algún crujido del suelo, la lluvia lo tataría. Había algo de suerte. Es posible que el trabajito que le había sido confiado, acabara pronto y con facilidad... Pero había algo que no había previsto, el asesino encapuchado: que podía haber más legionarios en la posada. Claro que no era algo común, pero sí prudente.

Lo cierto es que Vesper y Balbo habían terminado sus compras y llevaban un par de días durmiendo incómodamente en tiendas bajo la lluvia. Querían un pequeño privilegio esa noche para celebrar que habían arreglado todas las ventas. Además, el Centurión se lo permitió, mucho estaba abusando del hospedaje de la augur.

Compartieron una habitación barata en el mismo lugar que Valerio, una vez tomada una cena caliente. Por tanto, a esas altas horas de la noche, ambos dormían a pierna suelta.

Era noche cerrada y no se hubieran despertado de no haber sido por *Sócrates*, el lobo amaestrado de hermosísimo pelaje negro y ojos grisáceos. Aunque era mascota de todos los favoritos de Valerio, lo cierto es que Vesper y Macro eran los que más tiempo le dedicaban y con los que mayor relación tenía. Por eso, cuando empezó a gruñir suavemente, Vesper se despertó y lo miró extrañado. Estaba a punto de darle una buena reprimenda, pero algo iba mal. Este lobo no gruñía por que sí: había sido bien alimentado, estaba caliente tumbado sobre una alfombra barata y junto a un brasero. No, no podía ser eso. Los animales, como un ratón o una rata, tampoco lo hacían gruñir, solo lo hacía el peligro. Vesper pensó que puede que fuera el olor a metal, el olor a espada lo que lo alertaba, porque lo cierto es que sabía advertirlo. Lógico, viviendo en un campamento romano, siendo extraño para él dicho olor fuera del mismo. En cualquier caso, valía la pena mirar. Más aún cuando *Sócrates* no paraba de mirar hacia la puerta. Alerta.

Tomando la túnica y acercando sus armas, despertó a un extrañado Balbo.

—¿Qué ocurre?

—Puede que tengamos problemas. *Sócrates* está inquieto —dijo en voz baja e instando a Balbo a bajar la voz mientras se ponía el cinturón con los arreos de guerra.

—Puede que no sea nada y me hagas perder el sueño.

—Puede, pero mejor eso que muertos.

Al llegar al lugar señalado, el encapuchado miró por una pequeña ranura hacia el interior de la habitación. Valerio estaba dormido, aunque no estaba solo. Lo acompañaba una mujer. Pese a que no lo había previsto, no sería un gran problema, y si lo diese, la mataría y punto.

Una mujer no dará quebraderos de cabeza, y menos una ramera, pensó.

La cama estaba cerca de la ventana, en diagonal a la puerta. A una distancia de tres o cuatro pasos máximo. Debía actuar con presteza, sabía que ese hombre era hábil.

Con su mano izquierda, introdujo lenta y silenciosamente la llave en el hueco, preparándose para acceder a la habitación. La *gladius* firmemente asida, la respiración controlada. Todo debía hacerse rápido para que no pudiera responder. Pero algo que no había previsto, otra vez, complicó enormemente su cometido.

Al intentar abrir la cerradura, vieja y oxidada, no terminó de abrir la puerta. Intentó remediarlo inmediatamente golpeándola fuertemente, a ver si cedía, pero sin resultado. Pero provocó un gran ruido que sobresaltó a Valerio, el cual se incorporó en la cama. A la segunda, y con un golpe aún mayor, la puerta por fin cedió y penetró en la habitación perdiendo un poco el equilibrio. Eso le dio al Centurión un segundo extra que le permitió tomar su *pugio* de la banqueta más cercana donde tenía puesta sus cosas. No le dio tiempo a más: fue lo que tenía a mano.

Como siempre, a partir de este momento, todo ocurrió a gran velocidad.

El encapuchado, dando dos zancadas, se subió sobre el lecho e intentó ensartarlo con un rápido movimiento que el romano solo evitó replegándose sobre la cama y desviando la punta con su arma.

Achlys, gritando, tomó una manta e intentó desaparecer por la puerta.

Valerio, desnudo, adormilado y pobremente armado, acabó en el rincón de la habitación, esquivando como podía, estocadas del encapuchado. Rápidas y ligeras. No era un legionario. Un legionario hubiera actuado de forma más mecánica y su atacante buscaba un punto débil. Era bueno, pero no más que él, su problema radicaba en que estaba mejor armado.

En un descuido del atacante, Valerio consiguió lanzarle una leve cuchillada al hombro que lo hizo recular lo suficiente para que pudiera salir de la esquina, aunque la respuesta del adversario no se hizo esperar y le lanzó un tajo que no le acertó en el costado izquierdo de milagro, aunque consiguió que perdiera el equilibrio y cayera al suelo.

Se revolvió y puso el *pugio* en posición defensiva mientras su adversario tiraba la *paenula* al suelo con su mano izquierda, para estar más libre,

tomando su *pugio* también con dicha mano. Ahora sí estaba preparado para acabar de una vez por todas. Valerio se fijó y reconoció a su atacante.

En un golpe de suerte para Sexto Valerio, otro más, apareció Vesper por la puerta, solo ataviado con la túnica, el cinturón y con la *gladius* desnuda en su mano. Llegó el fin.

Con dos firmes pasos y tres certeros movimientos, dio un tajo enorme en el bajo vientre, que lo dejó de rodillas. El enemigo no se quejó, totalmente sorprendido por cómo había sido derrotado. Su verdugo, con las dos manos, acabó con él, introduciendo su espada por el cogote con gran furia. Lo había despertado de un agradable sueño.

Una mirada de agradecimiento del Centurión fue correspondida con una leve afirmación de cabeza del *tesserarius*. Sin dilación empezó a vestirse.

—Vigila, puede que vengan más —ordenó presuroso.

—¿Quién es este? —preguntó mientras obedecía.

—Raskos, un gladiador. Seguramente pagado por nuestro Legado para matar al Tribuno o matarme mí, pero... ¿Cómo lo sabían?

—No creo que haya habido tiempo para que lo supiese...

—Cierto. Lughias habrá llegado hará dos o tres días, no ha habido tiempo... Algo se nos escapa...

Entonces Vesper mandó a callar a Valerio usando el índice sobre su boca. Le había dado tiempo a ponerse solo la túnica.

Armados con las *gladius*, avanzaron lentamente hacia la puerta. Alguien se acercaba, estaba claro. Fino oído el del *tesserarius*. Vesper se fijó en Achlys. Se encontraba acurrucada contra la pared del pasillo, junto al acceso a la habitación, con la manta hasta su boca. Aterida de frío. Sollozando por el miedo. Pero fue útil esta vez. Sus ojos indicaban por dónde se aproximaba el siguiente rival. Al mismo tiempo, empezó a interpretar sus signos faciales para saber cuándo entraría, disfrutando de cada segundo, Vesper instó a Valerio con gestos de su mano izquierda a continuar vistiéndose sin ningún tipo de miedo. Los ruidos de tranquilidad en el interior de la sala ayudarían a que se confiase su presa. Su oficial obedeció, sabedor de las habilidades de su amigo y compañero. Cuando el enemigo intentó penetrar súbitamente al interior, Vesper le pateó el pecho, añadiendo una precisa estocada en su hombro derecho. De esta manera, si intentara atacarle con ese brazo, le dolería horrores y se lo pensaría.

En ese momento, acudía en auxilio Balbo, con la misma apariencia que Vesper, eso sí, calzado.

—¡Buen trabajo dejándolo vivo! —comentó Valerio con el cinturón puesto y poniéndose las *caligae*—. Parece que hemos cazado a un Decurión.

—¿Has inspeccionado bien, como te ordené? —preguntó Vesper.

—Creo que hay uno o dos équites más, abajo —respondió raudo el *signifer*.

—Ve abajo —continuó el *primus pilus*—. Vigila que no suban más. Y si lo hacen avisa inmediatamente. No te hagas el héroe. Y sin ruido.

—Centurión —saludo militar y partió.

Acto seguido, el oficial se acercó al aturdido y dolorido équite, poniendo su cara muy próxima a la de él. El Decurión, que estaba gimiendo de dolor, de repente, quedó paralizado. Los ojos del *primus pilus* emanaban una extraña luz que turbaba al más valiente. *Sócrates* que había bajado desde la última planta donde dormían hasta donde se encontraban ellos, se puso a su lado mostrando sus dientes amenazantes sin hacer ruido. El animal intuyó rápidamente que ese no era un amigo.

—Me vas a contar que está pasado aquí. Y rápido, o desearás que tu madre no abriera las piernas para tenerte.

Calosio Domitio se impacientaba. Hacía largo tiempo que había entrado ese apestoso esclavo dentro de la posada. Y nada. No había salido. Algunos golpes, un grito y silencio de nuevo. ¿Qué estaba pasando? ¿Iría todo como estaba previsto? ¿Habría acabado Raskos con el Centurión? ¿Y habría acabado el Decurión con el gladiador?

Tenía hambre, sueño y frío. Sus ropas estaban empapadas por la continua lluvia, que no dejaba de caer, insistente y tenaz como un dolor de muelas. Encima, la continua brisa proveniente del mar empeoraba la situación.

Sus équites, en la misma situación, no decían esta boca es mía. Ellos soportaban estas esperas más a menudo, por lo que estaban acostumbrados.

Druso se cimbrecaba un poco de un lado a otro, aturdido y dolorido aún por la paliza sufrida no hacía muchos días y de la que no había sido sanado. Además, estaba muy cansado, ya que el dolor y la incomodidad no lo habían dejado reponer fuerzas con un sueño reparador y la comida había sido escasa. Solo un profundo odio lo mantenía atento. Dentro de sus posibilidades.

De pronto, un par de golpes secos alertaron a los presentes. Acto seguido, un breve silencio y un portazo. Otro silencio. Tras el cual, una sombra encorvada con el perfil de un équite, salió por la puerta principal. La escasa luz que había en la calle no ayudaba a ver con claridad, pero su yelmo y

spatha imponía una lógica aplastante. Dando unos pocos pasos, se precipitó al suelo de rodillas. Parecía herido.

—¡Vamos! —impelió el Tribuno con energía—. ¡Vosotros dos, recogedlo! —señalándolos mientras avanzaban al trote—. ¡Tú, vigila la puerta! —volvió a señalar—. Yo vigilaré al prisionero.

Cuando alcanzaron al herido, a escasos pasos de la puerta de la posada, todos intentaron cumplir su cometido. Calosio Domitio más atrasado con Druso y el jinete que hacía de guardián. Otro, caracoleando su caballo ante el edificio, no perdía ojo del acceso principal.

Dos équites desmontaron para recoger a su compañero, que sollozaba levemente. Por la calidad del acero y empuñadura, debía ser el Decurión. Uno de ellos lo tomó por las axilas mientras el otro le fue a preguntar qué había pasado.

Pero se trataba de Valerio, que le propinó un cabezazo con el yelmo en la cara al tiempo que hincó la *spatha* por el estómago al otro que le sostenía, totalmente lento en su reacción.

El que vigilaba la puerta quiso atravesarle con la lanza de carga pero se vio sorprendido por Balbo y Vesper, que se abalanzaron sobre ellos con gran furia y determinación, lanzando jabalinas que obtuvieron del carcaj de los caballos que habían dejado en la cuadra los otros équites.

La jabalina de Balbo penetró cejada contra el costado derecho de del jinete, muriendo poco después; mientras que la de Vesper acertó en el yelmo del Tribuno, arrancándole el empapado penacho e hizo que bruscamente cayera de su cabeza. Poca puntería.

Por su parte, Calosio Domitio, durante la operación, solo atinó a desenvainar su *gladius*, pero nada más. Quedó petrificado cuando la jabalina le quitó su casco. No se lo creía: se había quedado sin opción a dar ninguna orden o tomar a Druso como moneda de cambio. Todo fue rápido y repentino para un joven que llevaba menos de un año sirviendo a las águilas. Cuando los tres cargaron con las espadas en la mano sobre los dos que quedaban en pie, al Tribuno le entró el pánico, dejando caer de su mano temblorosa su arma. Ante esta situación, al otro équite, sangrando por su nariz y boca, no lo quedó otra opción que claudicar arrojando sus armas al suelo de forma inmediata. Todo había salido mal.

Valerio lo bajó del caballo a tirones mientras Balbo atendía a Druso y Vesper ponía a buen recaudo al prisionero.

—Nada... nada ha sido como... como esperábamos... —balbuceó dominado por el pánico. Los brillantes ojos de su oponente no ayudaban, la

verdad.

—¿Qué hay del resto de mis hombres? —cuestionó dando un fuerte puñetazo en la cara al Tribuno.

—¿Cómo te atreves a golpear a un oficial ecuestre de Roma? —intentó dignificarse mientras se limpiaba el hilillo de sangre que corría por su mejilla con el dorso de la mano.

—Yo no veo a un Tribuno romano. Yo veo a un asesino de legionarios que cumplían con su deber. A un traidor de la *Legio V*. ¿Qué hay de sus cuerpos?

De repente, el Tribuno soltó una carcajada sonora, lo que extrañó a todos los presentes.

—No creía que fueses tan... sentimental con tus hombres. Incinerados. Pese a todo, cumplimos los ritos debidos, aunque nunca sabrás donde están sus cenizas. Supongo que ahora querrás pormenores de lo ocurrido.

—No hace falta. Tu Decurión me ha informado de lo que necesitaba saber —le sorprendió que siguiera con vida—. Lo demás lo intuyo. Solo una pregunta. ¿Por qué dejar a Druso vivo?

—Fácil. Si fallaba todo era mi moneda de cambio. Ni eso ha funcionado.

—Y una vez que yo estuviera muerto, acabarías con él y dirías que nadie ha sobrevivido al ataque al puerto. ¿Me equivoco?

—Eres sagaz. Pero, pese a todo, te tengo en mis manos.

—¿Ah sí? Cuéntame.

—He hablado con el Prefecto del puerto. Léntulo Apias, ¿no? Ahora no podrás disponer de barcos para volver, ni esclavos remeros, ni marineros. No te quedan aliados aquí. Serás considerado un desertor. Pero podría mandarte con tus hombres restantes a la *Legio III Augusta*, en África, para evitar sacrificar más vidas innecesariamente, con la promesa de no hablar nunca del Tribuno Fabio, ni de lo acontecido estos días.

—¿Quieres enterrar la verdad y a mis hombres con ella?

—Y salvar a los que quedan contigo aquí. Es la única opción que te queda. En otro caso, Roma te considerará un desertor. Y sabes la condena...

—Yo elijo mi propio destino —empezó a decir tranquilizándose—. No hay honor en tus palabras.

—¿Y qué harás? Aunque pudieras llegar hasta el puerto... ¿crees que tendrás un invierno tranquilo en medio del territorio de la Germania? Todos moriréis antes de acabar la primavera. Además, no os dejaré el Legado volver... —afirmó con un comienzo de nerviosismo en su voz. Estaba perdiendo el control de ese hombre estúpido e idealista.

—No te preocupes por mí. Siempre encuentro una solución. Deberías preocuparte más por ti, porque... ¿qué hago contigo ahora?

Calosio Domitio se turbó. Su posición volvía a estar al límite por comprometerse en asuntos de terceros. Sabía que un hombre desesperado era capaz de cualquier cosa. La ambición le podía hacer perder lo más importante: la vida.

—Yo solo soy un mandado...

—No me vengas con eso. El honor exige venganza.

—Soy poderoso, mi familia tiene prestigio y sabrán lo que has hecho. Te perseguirán...

—Estoy muerto de todas formas...

—¿Qué honor hay en matar al enviado de otro?

—¡A la mierda el honor! ¿Y la lógica? Vivo eres un peligro. ¿Y la venganza? La sangre se paga con sangre.

—Te lo ruego, ambos somos juguetes en manos de otros.

Entonces su mano dejó de estar crispada. Se relajó y el brillo de sus ojos se opacó.

—No. No todavía. Tienes una última misión. Llevar un mensaje a tu *domine*.

—¿Cuál?

—Dile que el único que manda sobre la vida de los legionarios de Roma es el César. A nadie más le pertenecen esas vidas y si los dioses permitieran mi vuelta, mi cólera tornará contra aquellos que imponen su capricho a la lealtad al águila de la *Legio*.

—Como quieras.

—¡Balbo! Ata a los prisioneros las manos al cuello de los caballos y véndales los ojos. Luego guíalos hacia el camino que convinimos antes. Al primero que dé problemas, le cortas el cuello.

—Sí, *domine*.

Así, Calosio Domitio, el Decurión y dos équites (uno que estaba dentro controlando la puerta de las cuadras y otro que estaba afuera), volvieron con vida tras el desastroso intento de dar muerte al *primus pilus*. Atadas las manos, se les vendó los ojos para que no pudieran ver el camino de regreso. Al trote desaparecieron mientras que los dos victoriosos de la confrontación, tomaban a Druso, lo desataban, y Vesper le daba su *paenula*, más seca.

—¿Cómo te encuentras? —se preocupó Valerio.

—Como un detrito... pero viviré.

—Pongamos estos cuerpos sobre los caballos y volvamos al campamento inmediatamente.

Con rapidez, cumplieron el cometido, depositando los tres cadáveres de los auxiliares en un caballo. Armas, cota de mallas, yelmos y los otros elementos militares fueron depositados aparte, en otro animal, también para ser reutilizados.

Druso, pese a sus heridas y cansancio, ayudó en lo posible de sus fuerzas. Luego, en las cuadras, el Centurión le dio la *gladius* que le quitó al Tribuno enemigo y le ordenó sentarse, vigilar los caballos y esperar a que tomaran sus bártulos para salir, sin demora, en dirección al campamento.

Solo Balbo estaba correctamente uniformado cuando partió. Lo hicieron con esa idea. Ahora ellos debían hacerlo.

Era curioso, pero nadie les dijo nada. Incluso el posadero guardó silencio absoluto. El silencio de la muerte. El miedo o el no querer problemas, provocaron que no se oyera ni un ruido en la calle y en el interior de la posada. Solo la lluvia perturbaba la calma. Aunque eso producía en el *tesserarius* una sensación de desasosiego.

Cuando el *primus pilus* entró en la habitación, vio cómo Achlys estaba totalmente vestida, sentada en la cama sin moverse, ni abrir la boca, con la vista clavada en el cuerpo inerte de Raskos, el gladiador galo.

Empezó a ponerse la impedimenta de guerra, sin mediar palabra. Para Achlys, ese silencio incómodo la agobiaba. ¿Qué estaba pensando?

Cuando se puso la cota de mallas y se estaba fijando el cinturón, empezó a hablar con desgana.

—Al final tenías razón: tengo un destino incierto y problemático. Pero tomaré las decisiones que hagan falta para obtener la victoria, como siempre.

—Los dioses me hablan, pero no siempre me lo dicen todo con claridad —se justificó Achlys con pesar.

—Los dioses jamás se implican en la vida de los mortales. Lo he visto mil veces. En las batallas, en las matanzas, en las torturas, en las desgracias cotidianas...

En esta ocasión, la augur no se atrevió a contradecirle. Algo en él era distinto. Otro silencio mientras se ponía el zurrón.

—En otra cosa tenías razón: no nos volveremos a ver —afirmó tajante.

—Yo lo tengo asumido porque los dioses me advirtieron. Pero... ¿Crees que no vas a volver?

—No lo sé. Ya veremos qué me depara el destino. Pero, en cualquier caso, no quiero volver a verte.

Ella quedó petrificada mientras que Valerio lo decía con total naturalidad. Se acercó al cuerpo sin vida de Raskos. Solo pudo tomar su cinturón con las armas y una pequeña bolsa con dinero.

—Si es por lo que ha pasado, estaba asustada... —volvió a justificarse Achlys.

—Me da igual —cortó el romano—. Podías haber tomado la pequeña daga que escondes bajo tus ropas, haberle tirado la palangana de agua que estaba junto a los pies de la cama, haberle arrojado el brasero que se encontraba a tu lado, haberme lanzado mi *gladius* o haber gritado pidiendo auxilio. Cualquier cosa. Pero me has demostrado por qué estás sola. No quieres a nadie, ni nadie te quiere a ti. Ni deseo, ni necesito estar con alguien así.

—¿Nos vamos a despedir así? —preguntó ensimismada y rumiando las palabras.

—Toma esta bolsa —ordenó tomando algunas de las monedas para sí—. Paga al posadero por deshacerse del cuerpo de este mugriento esclavo y por las molestias. Quédate una parte.

—Yo...

—Debo irme inmediatamente. La vida de muchos está en juego —hizo una pequeña pausa mientras terminaba de coger las últimas cosas que le faltaban—. Que los dioses te guarden y te guíen en la dirección correcta.

De esta forma, se despidieron de forma definitiva, los que, durante años, habían sido buenos amantes. No había poesía, ni palabras de odio, solo un reproche que Achlys vio como una realidad que dolía. Ella había conseguido lo que muchas mujeres no podían ni soñar: ser independiente, tomar decisiones y hacer lo que deseaba dentro de un amplio abanico de posibilidades frente a sus compañeras féminas. Pero Valerio le demostró algo que nunca ella había pensado: evitaba responsabilidades por inmadurez y egoísmo, motivo por el cuál, tenía una vida solitaria, lo que a veces la trastornaba.

El romano, pese a que estaba atormentado por sus recuerdos, había conseguido tener la conciencia tranquila con respecto a su pasado y su presente, además de amar y ser amado por amigos, familia y alguna que otra mujer. Ella sabía que nunca tendría eso porque nunca había dado nada a cambio. Era misántropa, pensando solo en sí misma. Un agujero que todo lo engulle a su paso. Una persona que quemaría el mundo si fuese necesario para obtener los placeres y caprichos que arbitrariamente le apetecían.

Pronto sería una vieja, sola y amargada con remordimientos tardíos, mientras que ese maldito soldado afrontaba su destino lleno de dudas, pero con coraje, creyendo en lo que hacía y en la gente que le rodeaba. Achlys se lamentaba porque nunca cambiaría nada hasta que no fuese tarde, a diferencia de él. Pese a sus problemas, obligaciones, tragedias personales y su oscuro futuro, lo envidiaba profundamente...

SOLOS

DISCIPLINA. Era lo único que podía salvarles: hacer lo que se debía y sin demora. Era una carrera a contrarreloj e iban por detrás. Los implicados sabían que pronto el Tribuno Calosio Domitio volvería y los exterminaría. A todos.

Balbo los dejó en un camino tortuoso y algo solitario, pero al amanecer los encontraría alguien, que iría en dirección al mercado y los libertaría. Tenían hasta el amanecer. Hasta que Léntulo Apias les cerrara filas.

Cuando el *signifer* llegó al campamento, después de su cometido, las tareas para recoger y emprender la marcha habían avanzado mucho. Cinco legionarios enterraban a los équites abatidos con dificultades por la fina lluvia que seguía cayendo impunemente, embarrándolo todo. Otros desmontaban las tiendas. Varios preparaban los víveres para el camino. Y unos pocos vigilaban la operación como centinelas. Había gran celeridad entre todos los hombres, que bostezaban y blasfemaban entre dientes. Cortarles así el sueño. Maldita sea. Aunque todos eran conscientes de que el *primus pilus* tendría una buena razón.

Valerio no dejaba de moverse entre los hombres con solemnidad y firmeza, arengándolos con efusión y exigiendo rapidez. Decía que les iba la vida en ello.

Al verlo llegar, reunió a varios legionarios que pululaban entorno a él y se dirigió con presteza a Lucio Balbo.

—¡Bienvenido! ¿Algún problema? —preguntó con rapidez.

—Ninguno, Centurión. Todo en orden —contestó marcial.

—Entonces escuchadme atentamente los presentes. Yo dirigiré a los hombres al puerto con rapidez. Me aseguraré de que lleguen en silencio y que no dejamos nada atrás, incluido a Druso, que no está en condiciones de hacer ningún tipo de esfuerzo. Balbo, elige a tres hombres fornidos, toma a los dos enfermos que tenemos y llévalos al hospital del puerto con discreción. Están demasiado débiles para hacerles pasar por una travesía. Transmite tranquilidad y normalidad a los que allí estén.

—¿Qué les ocurre? —preguntó curioso.

—Disentería. Algo de las tripas y fiebres altas. Yo no soy médico — afirmó seco y molesto. No era lo importante ahora—. Vesper, ve con tres hombres y consigue algunos esclavos remeros. Unos galeotes. Soborna, suplica, mata si es necesario, pero consigue cuantos puedas.

—¿Dinero? —siempre pragmático.

—Toma esta bolsa. Vuelve con parte de ella —no quería gastos innecesarios.

—Haré lo que pueda.

—Perdio —un legionario veterano con fama de honrado y prudente. El último que les acompañaba—. He oído que tienes conocimientos náuticos.

—Así es, Centurión. Un poco. Provengo de una familia de pescadores.

—Mejor que nada. No te separes de mí. Me ayudarás a elegir una galera y te encargarás de dirigir los pormenores de la navegación.

—¿No hay marineros?

—No hay marineros. Tendremos que hacerlo nosotros solos.

—¿Y la guardia? ¿Nos dejará partir de noche? —no quiso preguntar más sobre esas extrañas circunstancias.

—No te preocupes por eso ahora. Yo me encargaré.

—¿Y heridos que trajimos del puerto de las rocas? ¿Los dejaremos aquí?

Se volvió lentamente hacia el *signifer*. Su pregunta fue acertada. Nadie lo había pensado. Pero la cara inexpresiva del oficial al mando dejaba dudas al respecto.

—Tendremos que dejarlos —respondió una vez que Perdio se hubo adelantado—. Los que sobrevivan a sus heridas no serán un peligro para el Legado.

—No estamos seguros de ello, Centurión...

—Habrá que correr ese riesgo. No podemos llevárnoslos. Aquí, al menos, tendrán una oportunidad y Licinio Lúculo, nuestro médico, los cuidará —no le gustó que le pusiera en duda delante de los demás. Balbo lo percibió y no dijo nada más—. ¿A qué estáis esperando? ¡Adelante!

Cada uno partió a hacer su labor.

Tal vez fuese un farol lo que Calosio Domitio dijo a Valerio sobre la situación en el puerto de *Gesoriacum*: el Legado había decretado que todos ellos eran desertores y debían ser tratados como tales. No habría compasión, ni tendrían nada que argumentar si caían prisioneros. Dicho bulo podía llegar a convertirse en una orden general e impedir su huida antes del amanecer. Pero era extraño. Los habrían detenido. El Prefecto Léntulo Apias sabía

dónde estaban acantonados y no los había mandado detener. Tal vez demasiados legionarios para los auxiliares que disponía por la noche. En cualquier caso, había que tomar precauciones y actuar con la máxima presteza y audacia.

La oscuridad de la noche era su única aliada en esos delicados momentos.

Una hora después, las precipitaciones casi habían cesado, dejando paso a un viento cortante, algo molesto, pero no excesivamente fuerte.

Valerio llegó al puerto de *Gesoriacum* con el grueso de los hombres que formaron la expedición, incluyendo a Druso montado en un mulo, muy debilitado. Como es evidente, traía una columna de aprovisionamiento con grano, animales de granja y verduras, aparte de otros artículos, como óleo, mantas, aceite, sal, cuerdas... que podrían ser necesarios para los hombres que les esperaban en el «puerto de las rocas».

Junto al Centurión, un recién llegado Lucio Balbo portaba el *vexillum*^[76] con orgullo. No traía ninguna novedad, los enfermos se dejaron bajo la supervisión del médico, un hombre bastante joven y despreocupado. Ni preguntó de dónde venían. Solo quería examinarlos y volver a su lecho donde, probablemente, no estuviera solo. En una noche desapacible, nadie deseaba estar pasando frío.

Al mismo tiempo, se encargó de saber cuántos de sus heridos quedaban aún vivos. Casi la mitad se habían reunido con los dioses, una decena mejoraba notablemente y el resto todavía se debatía entre la vida y la muerte, aunque la esperanza no estaba perdida. Lo peor había pasado pero nunca se sabe. Gajes del oficio.

Licinio Lúculo, el médico de la *Legio V Alaudae*, dormía a pierna suelta en el hospital y se quedaría para velar por ellos. Realmente se trataba, de alguna manera, de descargar la conciencia de abandonarlos a su suerte. Además, no tenía ni la más remota idea de la trama que sucedía a su alrededor.

Cuando llegaron al puerto, a la zona de la armada romana específicamente, la pequeña *vexillatio*^[77] de la *Legio V Alaudae*, penetró en formación y completo silencio. La patrulla que custodiaba el lugar se concentró en el centro para recibir al *primus pilus*, que iba a la cabeza junto al *signifer* con paso firme y solemne, cuando en su interior todo ardía en llamas. Creía que estaba en el momento álgido del peligro que Achlys había pronosticado.

Con antorchas en las manos, cuatro auxiliares galos custodiaban los pocos barcos fondeados y observaban con expectación cómo se acercaban esos hombres unas pocas horas antes del amanecer. ¿Qué querían?

—¡Alto! ¿Quién perturba la paz del puerto a estas horas? —inquirió el más mayor de todos con la mano derecha apoyada en el *gladius* y la izquierda sujetando la antorcha.

—Somos una avanzadilla de una *vexillatio* mandada desde Hispania para ayudar en la campaña de Britania —respondió con aparente aire despreocupado Valerio.

—No me han informado de ello.

—Lo estoy haciendo ahora.

—El puerto se cierra de noche.

—Dudo que así sea, *tesserarius*. Tenemos orden de partir de inmediato.

—¿Quién lo manda? —expresó algo desafiante.

—El Legado de la *Legio VI Victrix*.

—¿Él en persona os manda? —expresó en tono burlón mirando a sus auxiliares que sonrieron.

—No me gustan las bromas —dijo dando un paso, con rostro serio y poniendo en guardia a los auxiliares—. No he venido andando desde tan lejos para gastar mi aliento con un perro sarnoso.

—Está bien. Órdenes —contestó molesto.

—Aquí están.

En ese momento, el auxiliar miró el *vexillum* y vio el número VI escrito en él. La poca luz de las antorchas no permitió que viera el I añadido con cera. Además los legionarios de la *Legio V Alaudae*, solían llevar plumas de alondra en su casco como sello particular. No se las pusieron.

Al entregarle las tablillas de cera el auxiliar miró directamente el sello. Sabía leer, pero seguramente tendría algún problema de visión que no querría reconocer, agravado por la escasa luz. Varios segundos después habló.

—No reconozco este sello.

—Es una loba. Tú no eres un legionario de la *Legio VI*.

—¿Y cómo sé que eres de esa *Legio*?

—Veo que tienes menos cerebro que una sardina. ¿Es que no ves el *vexillum*?

—Pero las fundas de vuestros escudos han perdido su decoración^[78].

—Están desgastados por el paso del tiempo y el uso en las marchas.

—Muy oportuno.

—¿Insinúas algo, auxiliar? —dijo esto avanzando de forma desafiante hasta quedarse a una cuarta del auxiliar que lo miró con una indiferencia forzada.

En ese momento irrumpió Vesper con una turba de galeotes encadenados, caminando pesadamente hacia ellos. Así a ojo parecían insuficientes para un quinquerreme o cuatrirreme. Incluso corto número para un trirreme^[79]. Pero ese era un problema menor en ese momento.

—¿Quiénes son esos?

—Mi *optio*. Trae galeotes. ¿Qué problema hay?

—No sé si eres quien dices ser...

—Muy bien. Tal vez deberías hablar con Léntulo Apias, el prefecto del puerto. He oído que tiene mal carácter. En la tablilla que te he dado viene su nombre y la firma de Clodio Apias Dalmático, Tribuno y sobrino de él. Deberíamos despertarle para informarle de nuestra presencia justo antes del amanecer, en una noche desapacible y a pocas horas de tener que levantarse. Con un poco de suerte solo habrá una reprimenda.

—¿Por qué no esperáis al amanecer?

—Llevamos andando toda la noche para adelantar la llegada de más hombres, materiales y entregar unos correos —mostró una bolsa con cuatro de pergaminos que, en realidad, eran nuevas adquisiciones personales y un mapa pedido por Fabio—. Queremos llegar a Britania ya y descansar en nuestro campamento en la isla. Pero, si sigues poniendo problemas, informaré al Tribuno de nuestra demora. Seguramente partirá al amanecer. Llegará antes de que el sol esté en el cénit.

—No será necesario... —afirmó tras esperar un par de segundos. Sabía del mal carácter de su oficial, algo común, y no quería problemas—. Siento esta confusión pero esto es muy irregular...

—La guerra en Britania también y el verano se acaba.

—No es por eso. Nos han informado que hay desertores en este sector.

—¿Una centuria completa con su Centurión, su *optio* y *signifer*?

—He tenido que asegurarme. Elija una de las naves de la derecha.

Por fin había convencido a ese auxiliar de que estaba equivocado. Lo cierto es que Valerio estaba impacientándose y cerca de perder la sangre fría que le caracterizaba en los momentos más delicados. Su treta había funcionado, aunque debían agilizar el proceso. El tiempo discurría con velocidad y el amanecer no tenía espera alguna.

Vesper se acercó y le dijo a su oficial superior que solo había conseguido obtener ochenta galeotes. Insuficientes para la travesía. Tornó hacia sus

hombres y, en voz queda, conversó.

—Perdio...

—Solo podemos tomar el trirreme del centro. Parece que está en buenas condiciones. Pero necesitaríamos algunos remeros más...

—Los legionarios remarán. Una nave más grande sería ilógico.

—No les gustará —puntualizó Vesper.

—Mejor eso que muertos —tras esto, alzó la voz—. ¡Cargad el bagaje en el trirreme! ¡Y rápido! ¡Hay que llegar a Britania antes de la puesta de sol!

A los auxiliares les pareció extraño todo aquello: si estaban cansados, ¿por qué iban a remar hasta llegar a Britania? O estaban locos o eran soldados curtidos. O mentían. No obstante, el *tesserarius* ya se había arriesgado una vez y no lo volvería a hacer una segunda.

Una hora después todo el equipo estaba cargado. Solo restaba soltar amarras. Soplaban un viento gélido, aunque en ese momento, el cielo estaba casi limpio de nubes y sin lluvia. Tiempo apacible para la vuelta.

El *primus pilus* se acercó a la pasarela y miró a los auxiliares galos por última vez. Estos, a su vez, respondieron con una mirada de incertidumbre, una sonrisa forzada y una despedida marcial. Entonces, le lanzó al más mayor una pequeña bolsa con unas pocas monedas de cobre. El pago por su traición. Era muy probable que recibiesen un castigo por su error. Incluso la pena capital. Pero lo cierto es que ya no podían hacer nada. Aunque dieran la voz de alarma, era tarde, además, en el mejor de los casos, se trataba de un Centurión «generoso», algo extremadamente insólito.

Retirada la pasarela, los hombres se pusieron a preparar la salida con energía, animados por Vesper, que hacía las veces de capataz de los remeros. Bogaban mitad esclavos, mitad legionarios.

Superada la maniobra de salida del puerto, y ya en ruta, Perdío paseaba por la cubierta departiendo órdenes con un Valerio totalmente desinteresado. El mar estaba en calma y comenzaban a insinuarse las primeras luces del alba: el cielo empezaba a tornarse de un color ocre, aunque el sol todavía no se había alzado.

Al poco, Balbo se acercó a su oficial, que estaba apoyado en la baranda, esperando el amanecer.

—¿Interrumpo algo? —preguntó protocolario.

—No. Aún no. El sol no se ha alzado —respondió monótono.

—El futuro se abre paso como nosotros por el mar...

—Lo único seguro es la muerte.

—Tienes un carácter fatalista, *domine*...

—Algunos lo llamaríamos realista. Supongo que quieres que sigamos hablando. ¿Me equivoco?

Increíble. Sabía adelantarse a cualquier movimiento del joven e inteligente Balbo. Él se consideraba avisado y calculador, pero lo cierto es que ese Centurión no era tan fácil de manipular. Estaban entre iguales. Eso le asustaba y le gustaba a partes iguales.

—Lo cierto es que sí.

—Pregunta.

—Lo último que me contaste es que tuviste un viaje placentero hacia oriente con tu mujer, Lydia. Hacia Siria... ¿verdad? Por la dote matrimonial de Nasim, su padre.

—Buena memoria —sonrió al decirlo—. Así es. Nos tomamos el viaje con tranquilidad, visitando numerosas ciudades costeras del *Mare Nostrum*, exprimiendo al máximo el tiempo del que disponíamos. Éramos jóvenes y queríamos vivir nuevas experiencias. Cuando finalmente llegamos a Sidón, en la costa fenicia, tuvimos que mudarnos a Jerusalén. El agente de Nasim decía que era más fácil el control del comercio desde allí.

—¿Vendió la *domus*? ¿Era grande?

—Enorme. Suficiente para nosotros, Ditalkon, Risa y uno de sus hijos.

—¿Se fue contigo?

—Mi padre me los cedió. Dos de sus hijos quedaron bajo el servicio de mi padre como libertos y con puestos más que aceptables: uno capataz de las tierras de mi padre y otro cantero profesional. Ditalkon estaba agradecido y prometió servirme bien. Hasta ahora siempre ha cumplido.

—Volviendo a tu hogar... ¿Qué pasó al llegar a Jerusalén?

—El agente de Nasim, Balaji, adquirió una pequeña *domus* por un precio razonable y a escasa distancia de la ciudad. Gané con el cambio, ya que conseguí liquidez.

—He oído que es una ciudad peligrosa.

—Como muchas en el Imperio. Por eso fue una decisión acertada. Pero no hay que tentar a la diosa Fortuna. Desde mi llegada, siempre llevaba un *pugio* encima.

—¿Fueron bien los negocios?

—Lo cierto es que no lo suficiente. Tenía tres esclavos sin grandes ocupaciones, una mujer inquieta y un trabajo inestable. Pero fuimos muy

felices el primer año, pese a la hostilidad de la mayoría de los judíos, que nos consideraban impuros, invasores, alimañas...

—Conocí a algunos. Me parecen deleznable...

—Depende. Hay de todo, como en cualquier lugar...

—¿Cómo superaste tus problemas económicos?

—Primero libérté al hijo de Risa y Ditalkon, para obligarle a ayudar de alguna manera en la casa, cosa que hizo sin queja alguna. Mi mujer y Ditalkon se encargaban tan bien del negocio que me sentía inútil, hasta que me hicieron una oferta que todos me invitaron a aceptar.

—¿Cuál?

—Conocí a un Centurión que servía en Jerusalén. Era un hombre experimentado y noble de corazón, lo cual, como estarás de acuerdo, no es algo demasiado habitual.

—Así es.

—Me propuso hacerme directamente *librarius*. Había escasez de *principalis* de talento. Yo conocía bien las letras y los números, pero también estaba casado y no me estaba permitido.

—Podías haber accedido directamente a Centurión, ¿no?

—¿Por mis rentas o posición social? Ni en broma, al menos hasta ese momento. Mi familia es respetable, pero tampoco es especialmente importante, ni influyente para eso. Y mi negocio, hasta el momento... impredecible.

—¿Cómo accedió?

—Hicimos un truco legal por el cual me comprometía por veinte años a servir como miembro de la *Legio VI Ferrata*, siempre y cuando permaneciera en Jerusalén, sin traslados, y se me permitiera cumplir mis funciones como marido.

—¿Aceptaron?

—Tenía buenas referencias y era muy necesario en ese momento. Me consiguieron una dispensa especial.

—¿Fue todo bien?

—Al principio, excelente. La inyección de algo de dinero nos vino muy bien, yo estaba realmente ocupado, con más trabajo de lo que esperaba, además de que Ditalkon y Lydia llevaban mejor que yo el negocio. Risa se encargaba de las labores de la casa y Mauro trabajaba como alfarero.

—Pero...

—Pero, al año siguiente, todo empezó a cambiar. Mi mujer empezó a congraciarse con cierta población local que le inculcó parte de ese fanatismo

religioso que caracteriza al pueblo judío^[80]. Empezó a vincularse a una secta religiosa que estaba por aquellos lares cogiendo fuerza entre las clases bajas. El peligro que entrañaba se unió a un distanciamiento entre nosotros porque no lo aprobaba.

—¿Eran peligrosos?

—Me lo parecían. Además tenía en ese momento una profunda aversión a los judíos. En esas circunstancias, mi Centurión me propuso una vacante a *optio*, que no hubiera aceptado, ya que exigía guardias de vez en cuando, aunque un mayor sueldo. Pero la situación entre Lydia y yo no era buena, así que acepté. Ese Centurión sentía debilidad por mí, lo que no me resultó extraño con la horda de salvajes que allí se concentraba representando a Roma. Parte de la culpa se debe a la actitud de la población local, que los volvía huraños, desconfiados y violentos.

—¿Qué opinó ella? —intentó volver al tema principal.

Le sorprendió la pregunta. La mayoría de hombres romanos no se la hubiera planteado. Pero ahora parecía entender que ella no era una estúpida y que su opinión era importante y crítica. Le gustó que lo preguntara.

—No puso objeción ninguna.

—¿Se solucionó la situación entre vosotros?

—Sí, de la forma más radical de todas: cuando la muerte se asomó a la puerta. Una tarde, oscureciendo, volvía de una reunión, cuando un judío la asaltó para robarla e intentar violarla. Suerte que Ditalkon estaba siguiendo sus pasos de cerca, como le había pedido, y eliminó a ese gusano con rapidez. Como mi esclavo, era mi representante, pudiendo llevar un arma en mi nombre. Esto permitió una reconciliación entre nosotros, asumiendo cada uno su parte de culpabilidad.

—La Fortuna lo quiso. ¿Cambió algo?

—Todo cambió, y para mejor. Nuestra relación pasó a ser mucho más madura y seria. Nos apoyamos el uno en el otro, queriendo aprender juntos. Como primer paso por mi parte, acepté acudir a una reunión de esos fanáticos religiosos. Por la suya, empezó a buscar todo el tiempo que pudiera para mí.

—No esperaba que lo hicieras...

—¿Por qué no? Ella había demostrado mil veces no ser una necia. Algo especial debía haber en ellos.

—¿Cuál fue tu impresión? ¿Levantiscos contra Roma?

—Algunos lo eran, sin duda, pero se trataba de un grupo tremendamente heterogéneo: comerciantes, publicanos, bandidos, pescadores, campesinos, artesanos, mendigos, prostitutas... Solo tenían en común a su líder.

—¿Qué les unía?

—Una idea que no estaba del todo clara en aquel momento.

—¿Cuál?

—Primero debes conocer a su líder y qué le pasó. Eso marcó nuestras vidas.

—Adelante.

—Un par de meses después, yo había acudido a algunos encuentros de aquellos pintorescos personajes que sentían devoción por un hombre que no conocía. Mi mujer insistió que debía hablar con él cuando pasara por Jerusalén.

Al llegar la primavera, nos informaron que venía en camino. Lydia lo había visto en viaje de negocios en más de una ocasión. Incluso Ditalkon habló con él.

—¿Qué opinión le merecía?

—Según él: hombre de buena estatura y con algo de semidiós. No pudo o supo explicar más.

—¿Te concertó tu mujer una entrevista con él?

—Algo parecido. Ese hombre predicaba sus ideas allá donde fuera. Muchos judíos deseaban desacreditarle o incluso matarle, pero la verdad es que parecía listo: siempre evitaba los revuelos. Un día, después de hablar a un gran público, bajaba hacia el valle del Cedrón, a las afueras de la ciudad, cuando vi a Lydia con un grupo de seguidores avanzando como una marabunta muy pegados a su líder. Ciertamente, se trataba de un hombre notablemente alto, tal vez como Styrmir, largo cabello, barba y túnica ocre. Sencilla pero bien hecha.

—¿No era de alta alcurnia?

—Ni de lejos. Se decía que era hijo de un carpintero o un pescador. Como mucho de un rabino pobre.

—¿Qué ocurrió después?

—Yo me encontraba sobre una pequeña loma, esperando a la comitiva. Sin duda, pese a que estaba cubierto con mi *paenula*, todo el mundo me reconocía como legionario de Roma. Mi mujer me vio de lejos y se acercó a él mucho más de lo que estaba, hablándole con cercanía y tomándole del brazo, algo impropio de una mujer para los judíos, pero que a ninguno de los dos nos importaba. Ditalkon la seguía a una distancia prudencial. El líder, sonriendo, escuchaba atento y clavó su mirada en mí hasta que estuvo a una distancia de unos veinte pasos. Hasta ese momento, nadie me había hecho sentir tan vulnerable.

—¿Cómo es eso posible?

—No lo puedo explicar. Fue muy extraño —de repente, Valerio se calló y miró al infinito. Estaba a punto de amanecer.

—¿Centurión? ¿Te encuentras bien? —preguntó incómodo Balbo.

—Aún recuerdo sus ojos clavados en mí... Parecía que podía leer mi alma, pero transmitía una paz, una serenidad... No lo puedo describir.

—¿Y qué pasó?

—La comitiva se paró y noté miradas de odio y desprecio por parte de muchos de sus seguidores. Instintivamente, dejé de mirar al líder y los desafié con mis ojos. Algunos llevaban armas ocultas, siendo un momento delicado. Lydia se acercó a mí para presentármelo.

—Continúa.

—Después tuvimos una breve conversación. Primero sobre mi esposa, de la cual dejé claro que era una gran mujer y yo, un gran hombre por dejarle tanta libertad. Estuve de acuerdo con su opinión —sonrieron al decirlo—. Hablamos algo sobre los hombres que le rodeaban, su armamento y sus ideas contra Roma. Me negó toda intención violenta contra persona alguna o ideas contra Roma, dijo que cada uno debía ser juez de sus propios actos. Él tenía otro *Domine* por encima de todo y no le importaba quién gobernara a los hombres. Creo que entendí lo que quería decir: quería que nos entendiéramos entre nosotros, con la gente que nos rodea, y evitar que el odio nos corrompa. Era algo profundo.

—Y utópico...

—Posiblemente, pero la forma de decirlo, de razonarlo, lo hacía real, hermoso. Desprendía bondad y sencillez.

—¿De qué hablasteis luego?

—Nos tuvimos que despedir. Ambos teníamos cosas que hacer. Pero le dije que lo quería volver a ver, que mi mujer también lo haría y que no debía temer nada de mí. Él me dijo que no debía temer nada de él, que nos volveríamos a ver muy pronto, y pronunció unas palabras misteriosas que no supe entender: «haz lo que tengas que hacer». Esas palabras se estuvieron repitiendo en mi cabeza hasta que la comitiva desapareció de mi vista.

—Un hombre misterioso...

—Siempre lo fue.

—¿Cuándo os volvisteis a ver?

—Escasos días después, pero no de la forma que yo hubiese querido.

—¿Por qué?

En aquel momento empezaron a salir los rayos de sol y Valerio fijó su mirada en el horizonte, al igual que Balbo. Conversación y amanecer. Perfecto.

—Un momento tenso —respondió tras unos minutos en silencio.

—Explíquese, Centurión.

—Se acercaba el día de la pascua judía, allí estaba el pretor y un mayor número de unidades legionarias y auxiliares en comparación con otras épocas del año. La noche anterior, dormí en la fortaleza Antonia debido a una larga guardia que tuve que hacer durante la tarde y parte de la noche. Por la mañana, estaba deseando volver a casa, pero sabía que era poco probable que pudiese: las fiestas judías exigían la presencia de todo hombre armado para evitar tumultos o, al menos, disuadir que lo intentaran. Así pues, esa mañana la había pasado organizando puestos de mando, patrullas por la ciudad, listados de materiales que debían entrar en la fortaleza...

»Cuando me acercaba a los barracones de los soldados, escuché cómo en uno de los patios porticados se ejecutaba una sentencia. Algo relativamente común. Pero el estado de aquel hombre no era normal, cuando lo vi empapado en sangre, lleno de heridas y vi en el documento las causas del castigo, era evidente que el *librarius* se había excedido. Seguramente, sobornado por las autoridades judías, los saduceos o los fanáticos fariseos. El *librarius* era corrupto, violento y sentía animadversión por el pueblo judío, como la mayoría de los romanos. Respuesta al desprecio y odio que ellos nos hacían ver y sentir, aparte de nuestra falsa sensación de superioridad con respecto a los que no son romanos. No obstante, el *librarius*, también era de naturaleza sádica.

—¿Se trataba de aquel hombre?

—Sí, era aquel extraño líder el que estaba siendo flagelado. No lo supe hasta que me acerqué a comprobar su estado. No me hubiera extrañado que estuviese muerto cuando me acerqué. Entonces su mirada se cruzó con la mía y lo reconocí.

—¿Dijo algo?

—No. No hizo falta. Inmediatamente le di agua, me acerqué a los legionarios prohibiéndoles un mayor maltrato del prisionero. Sus ojos transmitían una paz intranquila y una especie de... resignación. Di órdenes precisas para que se lo llevaran al pretorio mientras yo contenía, con un grupo de legionarios, a las decenas de personas que se agolpaban en el exterior de la fortaleza Antonia.

—¿Murió a causas de las heridas?

—Esa, hubiera sido una muerte rápida. Todavía le esperaba más dolor y, sobre todo, más humillación. Mi mujer apareció de la nada, suplicándome que lo dejase libre, que intercediera por él, que parase esa locura. Como era evidente, yo no tenía poder ninguno para cambiar su destino o interceder por él. Ella no aceptó la realidad, aunque se lo explicara de mil maneras distintas, teniendo que conformarse con «haré lo que pueda».

—¿Qué podía hacer?

—Poco. Volví al pretorio cuando nuestro gobernador se encontraba hablando frente al público judío que no dejaba de gritar. Yo me coloqué justo entre la línea de legionarios que retenían a la muchedumbre y los centinelas que se situaban junto al Pretor. Vi cómo aquel hombre, ensangrentado, coronado por una especie de casco hecho con zarzas y con una clámide púrpura, había sido objeto de escarnio por parte de los legionarios. Estaba seguro que el *librarius* había sido el instigador de todo aquello; máxime cuando, tras lanzarle una fulminante mirada, agachó la cabeza. Había desobedecido una orden directa.

—¿Qué le hiciste?

—En ese momento nada. Había prioridades y la disciplina de aquellos hombres estaba muy relajada. Tal vez demasiado.

—No lo he preguntado. ¿De qué se le acusaba?

—Creí que lo había dicho... Incitación a la rebelión, incluyendo no pagar tributo al César y ser el Mesías. El Mesías es...

—El nuevo profeta judío que los liberará del yugo romano. Lo sé, he oído historias —contestó sonriendo. Valerio le correspondió el gesto un poco desganado.

—Las dos primeras afirmaciones eran falsas, porque la heterogeneidad de sus seguidores, junto con el total pacifismo de sus acciones, no suponían un peligro para Roma. Y así lo hizo ver el Pretor.

—¿Quedó libre entonces?

—No te voy a contar todo el proceso, fue bastante complejo. Pero el Gobernador intentó de diversas maneras liberarlo, no solo con la legislación romana, si no también empleado algunas artimañas. Sin embargo, no resultó y la presión de aquellos líderes del Sanedrín y otros personajes importantes provocó que fuese totalmente inevitable su muerte. Incluso intenté hablar en su defensa frente al Pretor, pero un Centurión me alejó bruscamente obligándome a guardar silencio. Nadie podía salvarlo. Finalmente, el Pretor cedió y lo condenó a muerte para evitar una rebelión, no porque estuviera de acuerdo. Es más, se lavó las manos para quitarse toda culpa. El principal

problema radicaba en la hipocresía de la ley rabínica: no podían condenar a muerte, por lo que el consejo judío presionó para que la ley romana lo hiciera.

»A mí se me encomendó ir a la cabeza para controlar a los centenares de curiosos que impedían el paso hacia el monte donde ejecutábamos a los reos. Reconozco que una extraña sensación de tristeza y no sé... derrotismo, se apoderó de mí...

—¿No volvió a hablar con él?

—Algo así. Cuando el principio de la comitiva, donde yo me encontraba, salió por una de las puertas de la ciudad, consideré oportuno delegar la función de dirección en uno de los veteranos y acercarme para agilizar el proceso. Avanzábamos muy lentos y con gran distancia entre principio y fin: medio centenar de pasos. Fue un acierto, ya que los curiosos y aquellos sádicos enemigos del reo se dirigían directamente al monte de ajusticiamiento o Gólgota.

»Llegado donde se encontraban los condenados... encontré una situación digna de una tragedia griega: aquel hombre alto tirado en el suelo, sin fuerzas, azotado por un legionario mientras un judío joven lo señalaba y soltaba alguna chanza.

—Supongo que hiciste algo.

—Sacudir un bastonazo en la mano extendida del judío y mostrarle la planta de mi *caliga* al legionario. Nadie se atrevió a decir absolutamente nada. A gritos, en latín y arameo, dije que ese hombre nunca se levantaría si le seguía azotando, y a los mirones, que ese hombre iba a ser castigado, que ya era suficiente. Acto seguido, me incliné hacia él y me sorprendió ver que me miraba como siempre. No había odio. No había rencor. Solo... lo único que me sale decir es... tranquilidad. Al instante llegó el Centurión a caballo, me miró con aprobación, designó a un hombre fuerte entre la multitud y lo obligó a ayudarlo a cargar con el madero.

—¿Agilizó el proceso?

—Notablemente, concluimos el trecho que quedaba rápidamente. Poco después empezaron las crucifixiones, en las cuales, nunca he querido, si puedo evitarlo, participar. Aunque entiendo que es una medida disuasoria, que tiene un fin práctico, yo siempre he preferido no llevarla a cabo, así que me puse otra vez controlando a la multitud, cada vez más numerosa. No me dejaba de maravillar cómo algunas de esas personas, pocas, no se cansaban de insultar o ridiculizar a un hombre que casi no se tenía en pie.

»Mi mujer volvió a aparecer. Había estado todo el camino cerca de él y tenía un doble sentimiento encontrado: sabía que no podía hacer nada, pero le

dolía que no lo hiciera. No se pudo acercar a mí, pero vi su mirada puesta en mí durante largo rato. Sentía vergüenza y, me lo transmitió a mí. Curioso.

»El tiempo pasó sin que yo lo notase. Estaba ido. Cuando me di cuenta, todos los reos estaban alzados. Al poco de izarlo, empezó a hablar, con muchas dificultades y no pude entenderlo todo.

—¿Fueron insultos o peticiones de gracia?

—Fueron palabras de perdón por lo que estábamos haciendo, incluyendo a otro de los reos que parecía arrepentirse de lo que había hecho. Aquellas palabras me dejaron estupefacto, como a algunos de los presentes. Otros rieron o empezaron a irse. Poco después, preguntó por su madre y mi mujer me la indicó entre la multitud. Era una mujer madura, de rostro dulce y rasgos suaves. La mujer estaba rota, como era de esperar, pero arropada por un par de hombres y algunas mujeres. Permití dejar pasar a parte de dichos seguidores, incluyendo a mi mujer que se mantenía muy cerca de ella.

»Sé que habló más desde la cruz, pero entonces yo miraba a la madre, su dolor contenido y miradas dulces a su hijo. También observaba a mi mujer, afectada como pocas veces la había visto.

»Recuerdo que pidió agua. Le concedimos ese deseo con la venia del Centurión. Al poco, se encomendó a su Dios como su hijo que decía ser y... expiró.

—¿Cree que era un semidiós? —preguntó incrédulo.

—No lo sé. Yo admiraba, y admiro, a ese hombre por lo que fue, por lo que dijo y por cómo vivió y murió. Él afirmaba que todos éramos hijos de ese Dios único.

—Por lo tanto, todos somos semidioses...

Sonrió Valerio. Parece que lo había captado.

—Así lo entendí yo. Cada uno tenemos algo de dios o dioses dentro.

—¿Era un impostor?

—Un filósofo. Tal vez algo más...

—¿Hizo prodigios?

—Me contaron de muchos, yo no los vi...

—Ya...

—Lo que sí vi es que, cuando empezó la crucifixión, el cielo se llenó de nubes y, poco a poco, fue oscureciendo rápidamente. A su muerte, empezó a llover como pocas veces vi en aquella región...

—Bueno, pero eso tampoco...

—... Pero luego sobrevino un terremoto... Duró poco, pero fue intenso... No sé si fue coincidencia, sin embargo la tierra parecía turbarse por la muerte

de aquel hombre y mucha gente empezó a huir aterrada.

—Sí, puedo entender eso.

—Solo algunos seguidores y la familia, junto con los legionarios, a los que tuvimos que amenazar para que no huyeran, se quedaron en el Gólgota. El Centurión ordenó que aceleráramos el proceso partiendo las piernas de los crucificados^[81]. Todos estábamos nerviosos. No obstante, yo indiqué que el «*magister*», como lo solía llamar Lydia, ya estaba muerto. El Centurión en persona le clavó un *pilum* en el hígado para cerciorarse^[82].

—¿Lo estaba?

—Tanto como Julio César. Nos salpicó un extraño líquido interno que aumentó el nerviosismo de los presentes, menos a mí, que por alguna razón que no alcanzo a entender, me tranquilizó. Creo que fue el hecho de ver que era de carne y hueso como todos. El Centurión solicitó dos voluntarios para vigilar los cuerpos hasta que aquello amainara. Un legionario influido por sus palabras y yo nos presentamos voluntarios.

Ya había terminado de salir el sol, con algunas nubes surcando el horizonte. Los dos hombres se mantuvieron un rato en silencio, oyendo las olas del mar, las gaviotas y a los legionarios maldiciendo su suerte. Los ojos del *primus pilus* estaban llorosos. Con esa pausa, se sosegó.

—¿Así acabo todo? —preguntó Balbo tras el largo silencio.

—Así empezó. Todo cambió para nuestra familia.

—¿Cómo es eso?

—Recuerdo cuando un miembro del Sanedrín, seguidor del «*magister*», consiguió hacerse con el permiso de llevarse el cuerpo, mientras que nosotros seguíamos vigilando. Horas de un silencio aterrador. Cuando llegó aquel hombre, acompañado de otro y del Centurión a caballo, puedo casi ver cómo le dije: «verdaderamente este hombre era justo». A lo que mi Centurión replicó: «verdaderamente este hombre era hijo de Dios». Ayudamos a bajarlo y trasladarlo a una cripta, a no mucho de allí.

—Sigo sin ver nada divino en aquel hombre...

—Lo divino provenía de sus labios, no de sus capacidades mágicas...

—¿Nada?

—Un hecho sí desconcertó a todos. Al poco, yo me encontré en mi hogar, con varios de los seguidores del «*magister*», escondidos temiendo por su suerte. Mi mujer, muy devota, los acogió y no pude negarme a nada. No obstante, un día después, algo nos sobrecogió a todos aquellos que conocimos aquel hombre: sus enemigos, pidieron al Pretor una guardia para vigilar la tumba e impedir que robaran el cuerpo y dijeran, como había vaticinado, que

resucitaría al tercer día. Pero algunos de ellos estaban en mi casa y otros en otros lugares escondidos.

—¡¡¿Resucitó?!!

—Nunca lo sabremos. Cinco hombres bajo el mando del *librarius* vigilaron el lugar donde fue enterrado. Esto hizo que aumentaran mis sospechas del «donativo» que le ofrecerían algunos judíos enemigos del *magister*. Lo increíble fue que todos desertaron a la vez. Lo sé porque yo me encargué de interrogar a mi «amigo» el *librarius*. No supo explicar qué, una gran luz, ruidos de otro mundo,... No sabían qué... pero sintieron un gran pánico y tuvieron que huir, sabiendo la pena de muerte que conllevaba. Ese hombre corrupto estaba totalmente aterrado y no paraba de gemir. Creo que tenía el mismo miedo a morir que a ser castigado en la otra vida. Si hay justicia divina, se aplicó con justa medida^[83].

—¿Y los otros cinco?

—Uno fue encontrado días después ahorcado no muy lejos del sepulcro. Fue uno de los que le fustigaron. El segundo apareció muerto, asaltado en un camino, semanas después. Otro, lo encontré meses después como seguidor del «*magister*» y, aunque estuve tentado a delatarlo, ese hombre no era aquel sucio y desalmado legionario que había sido, dicho por él mismo. Y cierto era; por eso no le delaté. Puede que el cuarto fuese un ahogado que encontraron en el río Jordán durante aquel verano. Del último nunca más supimos nada.

—Eso si es más... desasosegante.

—Ellos mismos eligieron su destino. Cogimos a uno porque volvió a la ciudad, presa del pánico y le castigamos. Los demás escogieron. En cualquier caso, puede que un pequeño grupo de seguidores del «*magister*» con espejos, provocaran esa extraña luz. Estaba amaneciendo. En cuanto a los ruidos... bueno, no creo que sea complicado provocar tumulto a unas personas que ya estaban sugestionadas. Puede haber explicación.

—¿Cómo cambió vuestras vidas?

—Mi mujer pasó varios meses triste y decaída, pero luego resurgió como el Fénix de sus cenizas. Fuerte, llena de vida y dispuesta a continuar su proyecto: familia, más conocimientos y una nueva fe. Para empezar, decidimos libertar a nuestros esclavos, formar una comunidad y seguir, en la medida de lo posible las directrices del «*magister*». Mi mujer mucho más que yo.

—¿Qué directrices?

—Yo solo intenté hacer lo «correcto». Mi mujer fue un paso más allá: ayudar a quien lo necesitaba dentro de la comunidad, proteger a los débiles, no abusar de nadie, perdonar siempre... Muchas cosas. «Amar es lo que importa. Amar a todos» me decía continuamente.

—Entonces fue todo bien, ¿no?

—Aunque no estuve todo el tiempo que quería con ella, sí, así lo fue. Más cuando nació nuestro primer hijo... —Balbo abrió los ojos sorprendido y lo miró. El *primus pilus* ignoró el gesto y continuó—. Eso alegró aún más la casa, junto con el casamiento de Mauro, el hijo de Ditalkon y Risa. Mi mujer combinaba la atención a la comunidad con la cría de nuestro hijo mientras Ditalkon y Mauro se ocupaban de la mayoría de los negocios que teníamos entre manos.

—Entonces... ¿Qué pasó para que todo cambiara?

—Menos de un año después de haber nacido nuestro primer hijo, se volvió a quedar encinta. Fue todo muy repentino y parecía que la Fortuna nos sonreía. Realmente, si existe un dios o dioses, nos ocultaban sus planes. En primavera, cuando todavía no había llegado al medio año de estar embarazada, empezaron las complicaciones. Yo estaba de guardia y cuando volví, al amanecer, me encontré que ella sangraba sin parar y su piel había tornado blanquecina...

En este punto, callado durante varios segundos, sus ojos se entristecieron y se humedecieron. Hizo una mueca parecida a una sonrisa y se quedó como mudo. Abría la boca, pero no podía hablar. Tenía un nudo en la garganta.

—¿Murieron los dos? —preguntó Balbo para ayudarle a digerir la conversación. Valerio afirmó con la cabeza—. Fue una gran pérdida...

—Inesperada... Y dolorosa. Pero me dio tiempo a despedirme de ella — otro silencio. Esta vez corto. Se sobrepuso—. Me suplicó que cuidara de nuestro hijo, que la enterrase según el rito de su pueblo y que me entregara sin reservas a la fe del «*magister*».

—¿Y lo hiciste?

—La enterré como ella deseaba y me he convertido a esa religión, aunque no estoy muy convencido de la parte totalmente divina de ese hombre, pero si realmente hay un Dios bondadoso, sin duda debía ser hijo suyo. En cuanto a mi hijo, ha sido cuidado más por Ditalkon, Risa y sobre todo, Mauro.

—¿Lo abandonaste?

—No exactamente. Al morir mi mujer, yo me desquicié. Aunque con mi hijo era cercano y cariñoso, el resto del tiempo buscaba la muerte y la violencia por donde iba.

»Una noche, solo unas semanas después de la muerte de Lydia, decidí que había sido suficiente. No quería vivir más sin ella, pero no deseaba que mi hijo me recordara como un cobarde incapaz. Por eso, elegí a dos legionarios medio desequilibrados, nos fuimos a una parte peligrosa de Jerusalén y nos buscamos problemas. Sería la primera vez que mataría a un hombre... y no conseguí mi objetivo, como puedes ver. Lo extraño fue que cortamos el ataque de esos bandidos a un magistrado que iba a pasar por allí de camino.

—¿Cómo?

—Al día siguiente, los supervivientes del combate lo confesaron bajo prisión y amenazas. Habían atacado a legionarios de Roma. Eso me valió el ascenso a Centurión y requirieron un traslado a la *Legio X Fretensis*. Ahora estaba viudo y mi «contrato inicial» había dejado de tener validez.

—¡Vaya! ¡Qué ironía!

—Solo un año y medio después volvería a ser trasladado a Panonia por mis «valientes» acciones contra otros bandidos y pequeñas escaramuzas limítrofes contra los partos.

—¿Seguías buscando la muerte?

—No del todo. Tenía un dolor tan... inconsolable que quería destruir todo y a todos. Me volví duro e inflexible hasta que, con los años y la guerra, me he calmado. Tengo buena cuenta de sangre si algún día, realmente, me reúno con el «hijo de Dios».

—¿Has vuelto a amar?

—No lo sé. Puede. Pero nunca al mismo nivel que a Lydia. He estado con algunas mujeres desde su muerte, pero no he sentido lo mismo. Tal vez nunca ocurra otra vez.

—Lo siento.

—No, no lo lamentos. Al menos lo he sentido una vez... y fue maravilloso.

La travesía de vuelta, fue la peor con amplia diferencia. Aunque el primer día fue muy bueno y hasta caluroso, el segundo fue empeorando hasta que, al tercer día, un temporal azotó el trirreme romano.

La situación comenzó mal y pudo acabar peor: la decisión de Perdio de mantenerse a la vista de la costa^[84], con el mal embravecido, no fue especialmente sabia. Más aún, cuando algunas rocas dañaron el casco del barco y casi se quedaron varados en un banco de arena. Sin embargo, la nave aguantó y, a pesar de la tormenta, los vómitos, el malestar y los golpes, casi

todos sobrevivieron al primer día. Solo un galeote cayó por la borda y no pudo ser rescatado.

El cuarto día amaneció con un tono gris panza de burra. Valerio ordenó reparar los principales daños, especialmente en el casco, achicar agua, proteger la carga e intentar orientarse para llegar a su destino lo más presto posible. Todos estaban cansados, pero cumplieron su cometido como buenamente pudieron. Sabían poco o nada de mar, pero debían improvisar. No había otra manera de sobrevivir a aquello. Esa jornada, Perdio aseguró que se habían desviado y retrasado, pero que por la tarde seguían en ruta. El resto del día ocurrió sin incidentes.

Sin embargo, a la quinta jornada, pasado el mediodía, empezó a levantarse un fuerte viento del Oeste que preocupó a los presentes. Y tenían razón de estar preocupados. Un trirreme es un cascarón de nuez en el mar del Norte y, aún más con gente poco preparada para ello. Al atardecer, el temporal estaba servido. Esta vez intentaron prepararse para lo que se venía encima. Pero nunca se está suficientemente preparado.

El viento arreciaba con la suficiente fuerza para que decidieran plegar las velas y rezar a algún Dios para que los protegiera. Ya nada se podía hacer. Bien entrada la noche y con la tripulación agotada, empapada y con los estómagos vueltos del revés, todo amainó. Valerio tomó una decisión un tanto peculiar: todos dormirían lo que quedaba de noche, porque, aunque hubiese un centinela, la noche estaba tan oscura como una cueva.

Al día siguiente, con el cielo completamente grisáceo, más claro, parecía que el tiempo iba a dar tregua. Desplegaron las velas, se dispusieron los remeros y se prepararon para agilizar todo lo posible la llegada al puerto. Todo iba bien, según Perdio. Al anochecer, como muy tarde, llegarían al ansiado «Puerto de las rocas». No se equivocó. Lo que nadie podía predecir es que el temporal volvería un par de horas antes de la puesta de sol.

Estaba empezando a oscurecer cuando vislumbraron el puerto y, en un supremo esfuerzo, los remeros bogaron para llegar cuanto antes, ya que el mar se embravecía por momentos. El *Primus pilus* se desgañitaba animando a los hombres y manteniendo a todos preparados para el desembarco, con la mirada puesta en la estrecha entrada de la ensenada. Perdio estaba preocupado en evitar que se quedaran varados o se chocaran, partiéndose la nave y matando a todos los presentes. Los legionarios que lo auxiliaban no podían hacer mucho dada su inexperiencia en estos lances.

Vesper se colocó en medio de la nave, junto al mástil, seguido por un medio restablecido Druso. Balbo, rogando a los dioses entre dientes, sabiendo

que no serviría de nada, pero buscando algún consuelo, actuó de igual forma. Todos creyeron que era el punto más seguro donde estar.

Finalmente, cuando la maniobra tornaba a su punto delicado, el oleaje impidió una correcta entrada, provocando un fortísimo choque contra las rocas que separaban la ensenada del puerto.

Pero no se partió en dos. Milagrosamente, el trirreme quedó encajado entre las rocas, con poco más un tercio de la nave sobre las rocas y el resto, sobre el mar. El *rostrum*^[85], muy deteriorado por el tiempo, se partió, provocando indefectiblemente una enorme sacudida pero suavizó el deslizamiento y el asentamiento del navío.

Dicha sacudida hizo que casi todos los presentes se cayeran al suelo, e incluso cayeron varios por la borda. En cuanto de los remeros, como los que estaban en las primeras filas eran esclavos, media docena murió en el choque y muchos quedaron atrapados o heridos.

Al aturdimiento general, que duró un par de minutos, siguió una rápida respuesta de los legionarios del puerto, que, como cabras, se subieron a los riscos mandados por el Tribuno Fabio, con la función de ayudarlos y poder rescatar lo máximo posible de las provisiones y materiales traídos.

La réplica de Valerio se hizo esperar. El choque lo dejó desorientado y con un extraño zumbido en los oídos. Se encontraba bocabajo con sangre en la boca y manos, y pegado a una pequeña balista justo donde se produjo la fractura de la embarcación.

Los primeros en abandonar la nave por la brecha fueron los animales de granja que, con el golpe, habían quedado libres: gallinas, cerdos y cabras. Los legionarios de Fabio los orientaron para salir hacia el redil del puerto, casi sin provocar heridos entre los presentes. Eficaz labor.

Fue Vesper el que empezó a gritar dando órdenes precisas a los supervivientes. Los legionarios del puerto empezaron por evacuar a los heridos, mientras otros ensanchaban un poco la abertura principal con hachas y dolabras^[86] para ayudar a sacar con mayor facilidad a todos.

La lluvia arreciaba y el tiempo iba en su contra. Entraba agua en la parte trasera y por los lados. No demasiado deprisa. Aunque tarde o temprano la nave se desquebrajaría o se hundiría.

Valerio, restablecido, obligó a varios legionarios a desencadenar a los galeotes que no estuvieran heridos de gravedad para obligarlos a sacar todo lo que pudieran antes de que se perdiera. A los legionarios que les tocó estar dentro del barco supervisando el rescate del cargamento no les hizo ninguna gracia esta orden. Pero el Centurión, dando ejemplo, fue el primero en abrir

las cadenas y dar las órdenes junto con Vesper y Balbo, mientras que Druso se quedó en la abertura con el *gladius* desnudo en la mano, para evitar la huida de cualquiera de los presentes. Sirvió. Con presteza todos se dedicaron a su cometido mientras otros legionarios cubrían la salida con armas en las manos y otros hacían una cadena para llevar el material tierra adentro.

Minutos después, el barco empezó a crujir de forma sospechosa, y Valerio dio la orden de replegar a casi todos los legionarios fuera de ese ruinoso montón de tablas. El problema fue que a los esclavos remeros les entró el pánico también y quisieron huir. Fueron Druso y dos legionarios más los que mataron a cuatro de ellos, haciéndoles ver que, o sacaban el material, o no salían de allí con vida. Cruel, pero necesario. Mientras, Valerio los incitaba a que se dieran prisa.

Solo Valerio, Druso y tres legionarios más se quedaron dentro de la embarcación. Los demás ayudaban desde fuera. Los galeotes, con rapidez acusada por el miedo a la muerte intentaban sacar todo lo posible, mientras que se oía un crujido cada varios segundos, como si fuera un recordatorio que se les acababa el tiempo. A cada crujido, los esclavos replicaban con gemidos, súplicas y oraciones a los dioses. No habría piedad para ellos, ni de mortales, ni de divinidades.

El nervio y la prisa no siempre son buenos aliados en estas situaciones, provocando accidentes, movimientos torpes y caídas.

Un buen rato después, se oyó un crujido más largo y seco.

—¡Salgamos todos de aquí! ¡Ahora! —gritó a pleno pulmón el *primus pilus*.

No había duda. Les quedaban pocos segundos hasta que aquello cediese al fin. Al menos les había dado algo de tiempo. La embarcación se partió finalmente en dos, cayendo una parte dentro de la ensenada, y el resto se lo llevó el mar golpeando con fuerza contra las rocas hasta que, al cabo de unos minutos, acabó por hundirse.

Valerio y Druso salvaron el cuello por poco, junto con casi todos los demás legionarios. Un poco más y hubieran muerto.

—Un poco ajustado, ¿no? La mercancía casi nos cuesta la vida —preguntó Druso levantándose de las piedras dolorido.

—Me lo agradecerás en el invierno —respondió Valerio sacudiéndose el codo derecho, ensangrentado—. Hay que ser previsor.

Al día siguiente por la noche, Fabio meditaba en su jergón sobre todos los acontecimientos que se habían sucedido durante los últimos meses.

Se había instalado en la «sala del jefe», la habitación de gran tamaño excavada en la roca, aunque puede que retocasen la cueva natural original para sus necesidades.

Estaba bien acondicionada para el invierno, con salidas de aire para las hogueras, una zona de almacenaje de suministros enorme y una fuente de agua dulce suficiente para surtir a toda la guarnición sin ningún tipo de problemas. Buena alternativa para hibernar.

Pero, volviendo a los pensamientos de Fabio, no dejaba de preguntarse cómo habían llegado a esto. Sabía que no podían volver, al menos hasta marzo, con el cambio de Legado. Seguramente toda la costa del Norte estaba prevenida de su «deserción» y no le dejarían explicarse. Además, solo les quedaba una embarcación y navegar en esa época del año era poco más que un suicidio. Solo podían hibernar allí y esperar a la primavera para tomar una decisión.

Por otro lado, los números de provisiones eran esperanzadores: del trirreme de Valerio se pudieron sacar todos los animales y gran parte de las ropas de abrigo, túnicas de lana y mantas; la mitad de los cereales y verduras; buena parte del equipamiento de los legionarios e hierbas medicinales; pero casi nada de vino, y absolutamente nada de óleo, clavos, vendas y otros elementos para la comodidad de la hibernación. Haciendo un cómputo estimado, podrían sobrevivir con lo que tenían, aunque debían aumentar el número de prendas de abrigo y los alimentos.

En cuanto al personal, de los 100 que partieron, solo 68 estaban ilesos y 14 heridos, contando al pobre Druso. Eso le dejaba unos 550 legionarios y auxiliares, de los 798 iniciales. Suficientes para la defensa, pero demasiados para comer. Por lo que se refiere a los galeotes, de los 80 que iniciaron la travesía, solo sobrevivieron 13. Los demás murieron ahogados, encadenados al barco o de enfriamiento (12 solo aguantaron unas horas más por pasar demasiado tiempo en el agua con tan poca ropa y después, a la intemperie recogiendo el material). Contando con los que había en el puerto, la cifra sería de unos 200 aproximadamente. Total, unas 750 bocas que alimentar.

Por otra parte, había realizado casi todas las tareas que se debían hacer: reparar los desperfectos en la muralla y el fortín, derribar la atalaya exterior, talar árboles para la leña en el invierno y mejorar la visión hacia el exterior, acumular suministros y finalmente, normalizar la situación con la vida de campamento. No obstante, quedaba más.

Tras meditar largo rato, decidió dejar de darle vueltas. Ya tenía unos problemas acuciantes que solucionar. Se levantó, se aseó y avisó al centinela de la puerta para que convocase a los centuriones que había para hacer un *consilium*^[87].

Al poco, llegaron los cinco centuriones, tres legionarios (faltaban dos: uno era Marco Juno y el otro estaba gravemente herido en *Gesoriacum*) y dos auxiliares (quedaban cuatro al iniciar su partida, por tanto, faltaban otros dos: uno muerto en la incursión con Gansa y el otro, que había participado con Valerio en el enfrentamiento, muriendo de sus heridas al día siguiente), junto con el Prefecto Cornelio Prisco.

Estaban relajados pero expectantes. Casi veinticuatro horas sin tener contacto alguno con sus hombres y tras haber recibido las pésimas noticias, empezaron a circular posibles especulaciones sobre su estado anímico o sus futuras decisiones. Todo se aclararía.

—*Commilitones*, ha llegado el momento de prepararnos para hibernar. Todos sabéis que ha habido problemas con el Legado. No os preocupéis. Ha sido un malentendido —mintió—. Esperaremos a la primavera y luego decidiremos qué hacer. Ahora la orden más importante es que cada uno se mantenga firme y se prepare para asentarnos aquí durante un tiempo.

—¿Nos quedaremos aquí hasta el verano, *domine*? —preguntó un Centurión.

—Lo decidiremos cuando acabe el invierno —cortó seco.

—¿Qué hay que hacer? —resolvió el Prefecto Cornelio Prisco indiferente.

—A partir de mañana, hay que cumplir una serie de funciones específicas y vosotros las organizaréis. Por un lado, se seguirá cortando madera para leña y despejando la visión del campamento. Debemos construir una cabaña para los galeotes. Estamos justos de espacio y morirán si los dejamos vivir y dormir al raso. También se organizará una partida de caza y se utilizarán las redes de pesca. Debemos acumular suministros.

—Igualmente, hay que reparar equipo, fabricar jabalinas y flechas y prepararnos para la defensa de este bastión.

—¿Esperamos un ataque, *domine*? —preguntó el otro Centurión legionario.

—No lo creo probable, pero hay que estar preparados. Esta fortificación no está en tan buen estado como nos hacían creer. Sin duda, para ellos sí. Pero no os preocupéis. Podemos repelerlos y ellos no tienen los mismos medios que nosotros para asediarnos. Por último, organizaremos un grupo selecto

para que empiece a explorar el territorio circundante y atacar a las aldeas cercanas.

—¿Es buena idea hacer eso cuando estamos solos, *domine*? —cuestionó Marcelo Paulo.

—Debemos dar una imagen de fuerza a nuestros enemigos. Además, cuantos más recursos tengamos, más cómoda será nuestra vida durante el invierno.

—¿Tenemos los suficientes para autoabastecernos hasta el verano, Tribuno? —dijo Valerio mirando con dureza al Tribuno.

—No —respondió tras un largo silencio—. Tal vez hasta primavera. Por eso, hay mucho trabajo que hacer y cuento con vosotros. Necesitamos que la disciplina y el trabajo estén en nuestro espíritu si queremos lograr volver a casa. Solo depende de nosotros. Hacédselo entender a los hombres.

Así, con esta breve charla, comenzaría la estancia en medio de la Germania, que culminaría con consecuencias inesperadas para todos y con un destino muy variado.

SUSURROS DE LOS ÁRBOLES

GULA. Aquellos jefes de diversas tribus germanas estaban dominados y cegados por ella. No había ningún límite: tragar todo lo que podían y beber hasta caer inconscientes. Esa era la función de las fiestas y reuniones en su faceta lúdica, que era la mayor parte. Pero había un hombre que se mantenía aparte en esa falsa celebración, mirando a todos y reflexionando sobre su futuro discurso. Se trataba de Keil, el actual jefe de una serie de pequeñas aldeas y poblados que incluía el «puerto de las rocas». Keil era el menor de cinco hermanos y el que había sobrevivido para ser el heredero de su padre. Su familia nunca lo creyó capacitado para ser un líder, teniendo que esforzarse dentro y fuera de sus límites territoriales para consolidarse. Por tanto, la pérdida de su principal bastión, considerado inexpugnable, le hacía perder crédito ante los otros jefes por días. Y también entre sus hombres.

Había convocado aquella reunión de jefes al verse desbordado y sabiendo que solo no podría expulsar a los romanos, algo que le fastidiaba enormemente. Entre las tribus se encontraban sajones, suevos, francos, algunos vándalos y de otras tribus. Muchos solo habían acudido para beber y comer. En cambio, él apenas comió y no bebió nada de cerveza.

Había comenzado el invierno y como era norma, muchos jefes se demoraban con intención, para hacer su llegada más deseada. En este contexto, Keil llevaba cinco días esperando a que llegasen todos. Parecía que así era.

En la cabaña del poblado, elegido en territorio aliado de Keil, se habían extendido una gran cantidad de hogueras para hacer frente a la nieve que todo lo cubría en el exterior, a la par que las pieles y otros textiles, como la lana, habían sido colocados para hacer más confortable a los jefes estar sentados en el suelo.

Deseaba hablar, hacerse escuchar, pero esperaba a que el sacerdote diese su visto bueno para comenzar a tratar el asunto por el que, se supone, habían venido todos. Más de medio centenar de jefes y caudillos militares pululaban por los alrededores.

Finalmente, recién oscurecido el día, un sacerdote, tras mandar silencio y empezar un corto ritual sagrado, dio comienzo la reunión. El *lagman*^[88] eligió un buen momento, todavía nadie se había emborrachado, pero todos estaban satisfechos. Presentó brevemente al organizador del evento y le dio la palabra.

—*Jefes, amigos y vecinos. Muchos no me conocéis, pero os he convocado por un asunto grave que nos concierne a todos* —empezó a decir con un tono claro y firme.

—*¿Vas a hablarnos de la pérdida del «puerto de las rocas»?* —cortó uno de los jefes vecinos. Su comentario provocó algunas risas.

—*Está relacionado* —contestó tras un corto silencio conteniendo su ira—. *Todos sabéis que los romanos son un enemigo temible y la destrucción que siembran cuando vienen a nuestros hogares. Debemos impedirlo.*

—*Lo que tú quieres es que luchemos por ti. Sabemos que además de perder el «puerto de las rocas», te han atacado y saqueado varias aldeas* —inquirió un caudillo menor al que no le interesaba lo más mínimo todo aquello.

Hubo miradas y comentarios entre los jefes, excepto uno y sus caudillos. No quitaba su único ojo sano de encima de Keil. Se vio obligado a contestar, controlando su ira.

—*Tienes razón en parte. Ataques inesperados y muy organizados. Bajé la guardia después de muchos días sin ataques ni incursiones. Finalmente los he detenido y, desde hace mucho tiempo, ni siquiera salen de la fortaleza.*

—*Estupendo, los has detenido, pero a costa de muchos de tus hombres* —puntualizó otro jefe.

—*No tantos, y sí, los detuve* —mintió. Un tercio de su fuerza total estaba muerta o gravemente herida—. *Claro está, que quieren hacer una incursión a gran escala como hizo Germánico^[89]. Tenemos que detenerlos. Unamos nuestras fuerzas como ya hizo Arminio^[90].*

—*¡Ni hables de ese tirano!* —gritó alguien en la sala.

De repente, comenzaron una disputa entre los partidarios de su memoria y los que lo detestaban. Esto desesperó a Keil, que no veía el fin de todo aquello. Empezó a gritar pidiendo orden mientras seguía observando a aquel jefe tuerto que no paraba de mirarlo en silencio.

Finalmente, el *lagman* intervino y se fueron callando paulatinamente. Keil prosiguió.

—*No podemos luchar entre nosotros ahora. Es el momento de atacar juntos. ¡Y con fuerza!*

—¿Sugieres atacar el «puerto de las rocas»? —preguntó uno de los jefes más importantes.

—*Es la única manera. En verano serán más y no podremos expulsarlos de nuestras tierras. Hay que aprovechar esta oportunidad.*

—¿En invierno? —se sumó otro jefe menor. Empezaron los murmullos de fondo.

—¿Queréis esperar a que sean miles de legionarios los que nos ataquen?

—*Cuando lleguen a mis tierras, avisadme, entonces hablaremos* — sentenció un caudillo menor, levantándose y saliendo de la choza. Con él, se empezaron a ir los jefes de tierras más alejadas y los de menor importancia.

—*¡Hay que adelantarse a sus movimientos! ¡No podemos esperar a que lleguen! ¡Todos saldremos perjudicados!* —gritaba con desesperación. Cada vez se iban más y más.

—*No pienso desangrar a mis hombres por ti. Si no puedes solo, pacta con ellos* —sugirió otro.

—¿Pactar con Roma? ¿Qué clase de guerreros sois? ¡Cobardes!

Muchos se ofrecieron en combate contra Keil, molestos, y otros se fueron indignados. Había perdido. Era inútil. El *lagman* intentó mediar pero ya los gritos impedían que los pocos que quedaban oyeran todo con claridad.

—*¡Con vuestra actitud, nos condenáis a todos a la muerte y la esclavitud!*

—*Ni siquiera sabes si los romanos atacarán. Puede que solo quieran tu puerto* —explicó un caudillo.

—*Eso no tiene sentido.*

—*No nos manipules. Solo quieres que todos nos sacrifiquemos por tu maldito puerto. Cuando llegue el verano, si atacan, estaremos preparados* — concluyó uno de los principales saliendo por la puerta.

—*¡No! ¡No os vayáis! ¡No lo entendéis! ¡Debemos estar unidos!*

Pero sus palabras cayeron en saco roto. Se quedó prácticamente solo en la sala. Incluso ese hombre tuerto, arropado por otros cuatro caudillos a su alrededor, se levantó y se fue. Había fracasado. Su intento de unir y, en cierta medida, manipular a aquellos líderes fue un estrepitoso desastre. Solo tres menores y vecinos inmediatos de él, accedieron a ayudarlo en primavera, si atacaban sus tierras. Se quedó solo en la choza. Triste y dubitativo.

¿Qué debía hacer ahora?

A medianoche todo el clima se había vuelto festivo otra vez. Todos bebían y comían, la mayoría estaban ebrios y otros dormitaban en alguna esquina. Al

día siguiente por la mañana, partirían cada uno a sus tierras. No tenía sentido estar más tiempo allí.

Keil estaba junto a una hoguera, fuera, calentándose las manos mientras miraba el embrujo del fuego, en total soledad. Se preguntaba qué debía hacer para recuperar el puerto y, sobre todo, recuperar el prestigio y el crédito ante todos. El puerto no le preocupaba tanto como lo que podía significar: que ya no era el líder que necesitaban. No encontraba solución plausible.

Un hombre corpulento envuelto en una capa de pieles se acercaba con lentitud a él, andando pesadamente para que le oyese y le viese. Se sentó junto a él en el fuego, calentándose las manos y descubriendo su rostro.

Keil, lo observó con detenimiento: cercano a los 60 años, pelo rubio grisáceo, ojo izquierdo verde con una catarata enorme en el otro, mentón marcado y fuerte constitución. Sabía que era importante, dado el número de caudillos que lo rodeaban, aunque no lo conocía personalmente.

—*Hermosa noche, ¿no te parece, Keil?*

—*¿Nos conocemos?* —preguntó curioso. Parecía sobrio.

—*Conocí al padre de tu padre. Un gran hombre. Combatimos juntos con Arminio y luego al lado de Germánico. Aunque nuestras experiencias nos hicieron tomar caminos distintos.*

—*Entonces no te conozco.*

—*Todos habéis oído hablar de mí. Soy Eberhard.*

De repente, Keil tragó saliva. Sí que lo conocía. Al menos de oídas. Se trataba de un jefe de gran importancia. Lo consideraban un heredero de Arminio, aunque nunca estuvo realmente vinculado a él. Había hecho un gran territorio controlado por él mismo, sus hijos y sus aliados. Con una combinación de diplomacia y fuerza, gobernaba amplias extensiones de tierra o, al menos, le tributaban recursos y hombres. Temido y respetado, tenía influencia en numerosas tribus y regiones. Ni siquiera se sabía de dónde provenía.

Al mismo tiempo, tenía un cuerpo especializado de soldados, los más temidos de toda la Germania: *la Guardia Verde*. Formado por caballería e infantería, tenían influencias germánicas, romanas y dacias, formando una unidad que no conocía la derrota desde su creación, más de quince años atrás.

—*Claro. Todos te conocemos. ¿Qué deseas de mí?* —se atrevió a decir con un tono respetuoso.

—*Tienes razón. Los romanos atacarán. No tiene sentido tomar un puerto únicamente. Y sí, es lógico atacar antes de que lleguen más. Pero no puedes*

esperar que nos unamos todos. Solo tú sacas un auténtico beneficio si todo sale bien.

—No puedo pagar a todos por la ayuda. No soy tan poderoso.

—No tienes que pagar a todos.

Entonces lo vio claro. Eberhard era quien controlaba la situación. Esperaba la reacción de los jefes y negociar aparte con él. Por tanto, solo debía convencerle a él. Sin embargo, alguien que tenía tanto poder no se metería de lleno en dicho problema. Sus tierras estaban más al Sur, aunque una parte hacía frontera en el Este con las suyas.

—Entiendo. ¿Qué puedo hacer por ti, Eberhard? ¿Metal? ¿Comida? ¿Mujeres?

—Si los romanos han tomado ese fortín con tanta facilidad, es porque no será tan excelente como han presumido los tuyos durante años —cambió de tercio.

—Los romanos son un enemigo temible.

—Lo sé, he combatido contra ellos y con ellos. Pero no es suficiente. Tiene que haber puntos débiles.

—No —se obstinó orgulloso.

—En tal caso, no hay nada que puedas hacer. No se puede asediar, hay agua dulce, pesca y edificios para resguardarse del frío. Tendrían absolutamente todas las ventajas y ni un solo inconveniente.

—Pero...

—¿A que tampoco sabes cuántos hay?

—No.

—Una guarnición de solo cuatrocientos combatientes imposibilitaría un ataque frontal.

—Pero tú conoces sus técnicas...

—Algunas. No todas. Si no hay punto débil, no hay nada que hacer.

Entonces se levantó y se preparó para irse. Keil lo tomó de sus pantalones y lo miró a su ojo sano.

—La fortificación no está en buen estado. Mis conflictos contra mis vecinos y mis rivales internos no me han permitido mejorar lo que ya mi padre me legó en mala situación.

—¿Puntos débiles?

—Los hay —reconoció abatido.

—Quiero datos precisos.

—Los tendrás.

—¿No me estarás mintiendo? Tú sabes qué les ocurre a los que despiertan mi cólera.

—Pongo a todos los dioses por testigos de que es verdad.

—Bien. En tal caso, puedo conseguir los hombres necesarios para tomar el «puerto de las rocas».

—Excelente.

—A cambio, quiero tres cosas:

—Bueno, pero...

—Primera, las fértiles tierras del Este de la aldea del pantano.

—Así sea.

—Segunda, la mitad de tus ganancias del puerto en los próximos 10 inviernos.

—Pero...

—Tercera, me rendirás homenaje: irás a la guerra cuando te diga y pondrás a tus hombres a mi disposición cuando yo te lo exija. Ahora ves que si tú tienes un problema, yo acudo a ayudarte.

—Sí. Lo veo —afirmó servil.

—Si no cumples las tres, no habrá ayuda y te quedarás solo —amenazó poniéndose de pie y con actitud altiva—. Además, debes saber que no solo los romanos hacen peligrar tu gobierno.

Ahora lo entendía todo. Eberhard había fijado su ojo en el puerto. Podía obtener grandes cosas de él. Al mismo tiempo, no le quedaban muchos hombres y no tenía otra opción si quería seguir en el poder. Mejor jefe vasallo que muerto a manos de los suyos, y más teniendo en cuenta el peligro interno que tenía siempre presente.

—Sea —afirmó humillándose con tristeza.

—Vuelve a tus tierras, organiza suministros y prepara nuestra llegada. Pronto sabrás de mí.

—¿Cuándo?

—Pronto. Antes de la primavera.

—¿Cuántos hombres?

—Más de los que serán necesarios. Debes irte.

Con esto, se fue presto. Tal vez se hubiera vendido a los dioses del averno, pero no creía que sus hijos le sobrevivieran en el poder. Un pequeño escarnio ahora y libertad en el futuro. Con suerte moriría pronto y se dividirían sus tierras.

Eberhard se acercó a sus cuatro caudillos y les hizo una señal para irse aparte. Estos cuatro caudillos eran sus principales lugartenientes, los hombres

en que más confiaba en la guerra, pero sin bajar la guardia. No podía darles demasiado poder. Podían volverse populares y sublevarse. Por eso los tenía, siempre que fuera posible, cercanos a él.

El primero era Heiner, uno de los siete hijos e hijas que le habían sobrevivido. Destacaba por su altura, fuerza y la fidelidad extrema a su padre. Tal vez su problema fuese su falta de inteligencia diplomática y su rudo trato a los subordinados. Por eso, no ostentaba el mando de ningún poblado o tribu como lo hacían otros de sus hermanos o sobrinos. No obstante, era el segundo al mando de su hueste en combate. El frenesí que desplegaba durante la batalla era su principal baza.

El segundo, no por ello menos importante o necesario como los restantes, era Geert. Jefe de la infantería de la *Guardia Verde*, era un hombre duro e impasible en los peores momentos de una batalla. Soldado de infantería puro, como buen suevo, había alcanzado el máximo exponente por su desafío constante a la muerte. Sin embargo, sus cualidades tácticas eran extremadamente limitadas.

El tercer subordinado era Cedrick, el que Eberhard consideraba más inteligente. Su origen batavio, explicaba sus grandes dotes como jinete y cierto grado de romanización. Poseía todas las virtudes de un guerrero nato y además tenía gustos sencillos. Solo deseaba tener el poder que ejercía como primer jefe de la caballería de la *Guardia Verde*: sangre, comida, cerveza y mujeres. El oficial perfecto para sus ambiciones y posible sucesor junto con sus otros hijos.

Por último, Wigmar «el bajo». Le llamaban así por su estatura que, comparada con los romanos, estaría en la media. No era su verdadero nombre, se lo cambiaron una vez que, siendo adolescente, su pueblo hizo una incursión contra Eberhard y fue derrotado. Al poco, con sus rasgos asiáticos suaves, pero diferenciables, entró al servicio como «guerrero esclavo» y mostró unas cualidades sobresalientes hasta tal punto que se había convertido en segundo jefe de la caballería de la *Guardia Verde* hacía unos años. Se había adaptado tanto que, aunque era considerado bárbaro o extranjero, tenía más de germano que de asiático. Al mismo tiempo, nadie osaba ponerse en su camino. Era un guerrero excepcional y prudente.

Por otro lado, la *Guardia Verde* debía su nombre al color que sus soldados usaban en algunas prendas de ropa: pantalones, capa, camisa, etcétera. También en sus escudos. Teñían su ropa con arsénico, como signo distintivo para que sus enemigos los viesan de lejos y supieran que, o luchaban hasta la muerte, o era mejor rendirse. Ellos no lo harían. Eberhard lo creó tras darse

cuenta de la superioridad romana en batalla abierta. Quería crear un ejército nuevo, con lo mejor de Germania y Roma. Este fue su intento, que se quedó como la élite, pero no como un ejército germano común. Sin embargo, aunque nunca se globalizó, este cuerpo había derrotado enemigos superiores en número con equipamiento, entrenamiento, disciplina y arrojo.

La infantería poseía lanzas con puntas de hierro, escudos ovalados y espadas cortas o hachas. Algunos incluían yelmos de bronce o protecciones de cuero.

La caballería iba mejor armada aún: lanzas de carga, escudos redondos, espadas cortas o largas (muchas *gladii* y *spathae* romanas sustraídas o adquiridas), hachas, jabalinas, dardos y cotas de malla o protecciones de cuero. Yelmos de bronce o hierro eran comunes también entre ellos.

En general era un equipamiento de buena calidad en comparación con la generalidad de los guerreros germanos. Además, realizaban algunas tácticas elementales que sorprendían a los otros pueblos del entorno.

Pero lo que los hacía realmente fieros era su continuo estado de guerra. Combatían durante casi todo el año, viviendo del miedo y el saqueo, siendo soldados muy experimentados. Por esto, para entrar, el guerrero debía estar soltero (aunque podían tener concubinas) y obtener un prestigio militar consolidado previamente antes de formar parte de la *Guardia Verde*. En el entrenamiento, en momentos de paz, se veía si los reclutas realmente estaban capacitados para formar parte de un grupo tan selecto.

En sus inicios no era tan profesional como cabía esperar, pero sus éxitos provocaron que muchos se quisieran unir y se hiciera más exquisito. No importaba la tribu, ni la condición social. Solo el valor militar y el juramento de fidelidad a Eberhard, al que debían seguir ciegamente.

Hay que destacar que la caballería era el honor más destacado dentro de la *Guardia Verde*: requería pasar un par de años de estancia en la infantería, enorme prestigio acumulado y el hecho de poder mantener la montura gracias a su estado perpetuo de guerra.

En ese momento había unos trescientos hombres de infantería y unos ciento veinte de caballería.

Eberhard y sus caudillos, dirigieron sus pasos a una choza un poco alejada. Se sentaron junto al fuego para entrar en calor y empezaron a beber un trago de cerveza tibia. El Gran jefe empezó a hablar.

—*Aprestaos para combatir pronto. La guerra nos llama de nuevo* — sentenció, flemático como siempre.

—¿*Cuándo?* —preguntó hurgándose la nariz Geert.

—*En cuanto tengamos los hombres y los recursos. Quiero hacerlo antes de que la nieve se funda.*

—*¿En invierno?* —cuestionó Cedrick extrañado y sin apartar la vista del fuego.

—*Por eso hay que estar bien abastecidos, y lo estaremos.*

—*Tenemos el peligro de que en primavera se vuelvan contra nosotros nuestros aliados del sur. Deberíamos andarnos con ojo* —sugirió Wigmar bebiendo con calma.

—*Solo lo harán si fracasamos. Y eso no ocurrirá. Además, tenemos rehenes y vamos a pedir levas para el combate.*

—*Si es lo que crees mejor, así se hará* —apoyó su hijo Heiner.

—*Tú te trasladarás al alba hacia el Sur e informarás a tu hermano menor que nos mande guerreros de pueblos rebeldes y levantiscos. Uniremos lazos o morirán. Los demás, os quedaréis aquí. Hay mucho que organizar.*

Aquella mañana lluviosa a finales de febrero, Keil orinaba en la parte de atrás de su cabaña con desgana. Llevaba un par de semanas muy irascible. ¿Dónde se habían metido Eberhard y sus hombres? ¿Cuándo vería el pendón de la *Guardia Verde*, que siempre encabezaba sus ejércitos? Hacía casi dos meses, y nada. Todo lo había dispuesto y sus hombres no paraban de preguntarle cuándo llegarían. «¡Y qué sé yo!», se decía así mismo. El invierno se acababa y pronto empezaría otros problemas, no menos graves que la climatología. No obstante, en ese momento, estaba desgastado por una resaca horrible de la noche anterior. Había orinado varias veces pero se obligaba para sacar toda la cerveza de su cuerpo y notar el frío en su cara para despejarlo. Había abusado demasiado. En ese momento de aturdimiento, un centinela lo avisó de la nueva: la caballería de la *Guardia Verde* estaba llegando.

Se apresuró a acabar y recibirlos en la puerta del poblado con todos sus hombres armados. No por miedo, o por entrar en combate precipitadamente, si no para demostrar la disposición y resolución de sus hombres.

Abiertas las puertas, la caballería era lo único que había llegado de momento. Se había adelantado al resto para anunciar la llegada de los demás.

A la cabeza, Cedrick y Wigmar, uno junto al otro, con el pendón de la *Guardia Verde*, miraron a Keil y lo saludaron respetuosamente. Dicho pendón era verde aceituna, con el perfil del rostro de un lobo en amarillo, con la boca abierta. Siempre hambriento, siempre listo para pelear y comerse todo lo que se encontrara en su camino.

—*Te saludo, Keil, en nombre del Gran Jefe. Te advertimos que los refuerzos para la guerra contra los romanos están de camino* —comenzó a hablar Cedrick quedo e indiferente.

—*Os esperaba desde hace largo tiempo...* —le reprochó abiertamente—. *¿Cuándo llegarán?*

—*Buena parte hoy. En los días sucesivos el resto.*

—*¿No llegarán todos de una vez?*

—*A su debido tiempo. Llegan de muchos y diversos lugares* —afirmó Wigmar con tono desafiante.

—*Prepara la recepción de nuestro jefe y apresta a tus hombres* —ordenó Cedrick—. *Mañana partimos a la guerra.*

La mañana comenzó ligeramente soleada. Por fin. Casi tres meses sin sol. Aquellos hombres, mediterráneos en su mayoría, lo añoraban.

Esos meses se habían resumido en pescar, cazar, cortar leña, labores de campamento y entrenamiento, mucho entrenamiento. Salvo algunas partidas que salieron a saquear varias aldeas cercanas a menos de media jornada del *oppidum*, nada reseñable. Las dos primeras fueron tremendamente exitosas y sin bajas. No se lo esperaban. La tercera fue algo más complicada, pero culminó con la toma de la aldea; y en la cuarta estuvieron a punto de ser aniquilados si no hubiera sido porque Casio, que estaba al mando, se retiró a una posición elevada, en orden, para tener alguna ventaja. No mordieron el cebo los enemigos y debieron volver sin botín. Sin embargo, no estuvo nada mal lo que se consiguió, teniendo en cuenta la escasa población que había. Pero lo cierto es que fue más un golpe moral que práctico: algunas herramientas de baja calidad, numerosas prendas de abrigo y comida para todos durante diez días.

El frío y la humedad fue lo peor. Hubo varios casos de congelaciones, en especial en los galeotes, pulmonías y otras enfermedades de pequeño nivel que, gracias a los dioses, quedaron en casos aislados.

Con todo y con esto, ahora había menos de quinientos legionarios en activo y unos ciento cincuenta galeotes.

La nieve casi había desaparecido de los alrededores, pero no por ello hacía menos frío. En el interior seguro que estaba todo nevado y faltaban semanas para el deshielo.

Muchos se planteaban la opción de volver a la zona romana utilizando la nave que les quedaba.

En marzo habría tomado posesión del cargo de Legado otro hombre, puede que Corbulón, que tenía fama de oficial honrado y talentoso. Seguro que habrían cambiado las cosas. Podían explicarlo todo. Pero el Tribuno Fabio parecía no tener prisa. En cualquier caso, así lo veían muchos. Lo cierto era que Gansa desaconsejaba tomar el navío restante, al menos, hasta la calenda de Abril^[91]. Dependía del tiempo.

Esa mañana, mientras todos se levantaban para hacer las tareas diarias, el *signifer* Balbo salía de una choza de buen humor tras haber pasado una noche intensa con una de las rameras del puerto. Se hicieron turnos para que todos los legionarios y auxiliares pudieran dormir «acompañados» alguna noche o pasasen un buen rato por las tardes. No obstante, Centuriones y *principalis* tenían mayores privilegios y lo podían hacer con más asiduidad. Aquellas pobres mujeres, que no conocían otra cosa, estaban algo desbordadas.

Algo curioso, para ellas, era como algunos de aquellos hombres las trataban amablemente por las mañanas, cuando sus labores se resumían a cierta higiene y ayudar en puntuales tareas como la cocina, la costura o la limpieza de túnicas. «¡Qué extraños son estos romanos!» se decían unas a otras.

Como ese día sus tareas se resumían a la cuenta de provisiones y supervisión de la pesca, Balbo se lo tomó con calma. Paseó entre las chozas hasta la puerta principal de la fortaleza y vio a Casio envuelto en una manta, oteando el horizonte. Se subió a la muralla y se acercó a él, paseando, disfrutando del escaso sol que salía. Y eso que era hombre de noche y oscuridad.

—¿Tu primer turno?

—El Tribuno quiere que algún *principalis* esté mientras haya luz del día aquí, en la puerta. La primera guardia es la que está más animada de todas. Por eso la elijo —contestó el *optio* tras dar un sorbo a un vaso de barro con un líquido humeante.

—Veo que tienes frío.

—Sagaz —ironizó—. No me adapto a esta temperatura. ¿Cómo pueden vivir estos bárbaros en un lugar como este?

—Supongo que será mejor para buscar calor entre sus mujeres.

Ambos sonrieron y se pusieron a mirar al interior del campamento. Unos preparaban el desayuno, otros lo terminaban, otros se aseaban con una palangana en la puerta de su cabaña para utilizar la luz diurna, otros se preparaban para las obligaciones...

Aunque había mucho ajeteo, lo cierto era que los legionarios callaban, en general, hasta que pasaba un rato de estar despiertos. El frío les aletargaba.

Por el postigo menor entró Valerio, tapándose con una capa hecha de pieles y con evidentes síntomas de necesitar calentarse.

—¿De dónde vendrá, fuera de los muros? —preguntó Balbo, curioso como siempre.

—De rezar a sus dioses —contestó seguro Casio, que parecía algo más repuesto—. Muchos días se va a orar solo y aparte. Lo hace al amanecer.

—¿Por qué?

—¿Intimidad? —puntualizó el *optio* como algo evidente.

—Es posible.

—No busques cosas extrañas donde no las hay.

—¿Ha estado con alguna ramera de aquí? —cambió de tercio.

—Ha elegido la del pelo rojo. Siempre elige una. No le gusta la variedad —añadió socarrón.

—No será lo único.

—Sé que habla lengua germana con ella. Nuestro Centurión siempre ha sido dado a hablar demasiado con las mujeres. También a variar mucho de... estilos.

—Esta no está mal.

—Ya. Veo que a ti te van los sacos de huesos. ¡Donde esté una mujer de grandes tetas y un buen culo^[92]...!

—¿Por qué dices eso de mí?

—Cada vez que vas a ver a las rameras, tú también acudes siempre a la misma. La rubia flaca de ojos grises y mandíbula grande.

—Me parece extraño que te fijes en esas cosas —replicó molesto el hispano.

—No comprendo que visites a la misma pudiendo cambiar.

—¡Y me lo dice el que tiene una concubina!

—Por eso mismo, hijo. Por eso mismo —espetó en tono jocoso.

—¿No la quieres?

—Claro que sí. Después de muchos años, esta ha sabido engatusarme —sonrió al decirlo, bromeando—. ¿Acaso amas a esa bárbara?

—No.

—Pues no te entiendo.

Balbo sonrió a Casio de forma sincera. Había juzgado mal a esos hombres. Burdos, ignorantes y supersticiosos. Sí. Sin embargo, conocían bien

la cultura popular: el pragmatismo, la esencia de la vida y gente que le rodeaba. No eran estúpidos, sabían lo que se hacían.

—Te veo ofuscado, Casio.

—¡Qué bien hablas! —sonrió al decirlo—. Muchas cosas me preocupan.

—Sí, tenemos un futuro incierto, pero en la vida de la *Legio* siempre es así.

—A eso te acostumbras. Tengo más cosas, como que no hayamos celebrado un funeral apropiado a nuestro hermano Lughias.

Era cierto. Aunque se supone que el Tribuno Calosio Domitio enterró a los hombres, todavía no habían podido homenajear la memoria del miembro número *VIII* como las normas establecían. Valerio lo explicó: no se podía. Precisaban intimidad y tranquilidad para hacerlo correctamente. Internados en territorio hostil no era una buena idea. Afirmó que cuando volvieran, lo honrarían como se merecía.

—El Centurión expuso los motivos... —continuó Casio, algo preocupado.

—¿Erais muy amigos?

—Entre nuestra hermandad estamos muy unidos, como has podido ver. Pero, dentro de ella, estaba más unido a Vesper y Macro.

—Lo he visto. Hay como dos generaciones: Druso y tú por un lado, y Vesper y Lughias, por otro. Con Macro en el centro.

—Así es —sonrió.

—No te preocupes por Lughias. Sabrá esperar que honremos su memoria. No tiene prisa.

—Seguro. Sin embargo, también me preocupa más la actitud de los dioses.

—Ahora soy yo el que no te entiendo —le miró incrédulo mientras se rascaba la cara. Debía afeitarse.

—Siempre me ha atraído el contacto con las divinidades. Mis padres eran campesinos. Muy pobres, muy poca cosa. Una vida dura y triste que no permitió mi unión a un templo. Aun así, mi tío era augur y me enseñó a leer los mensajes de los dioses en las largas jornadas invernales.

—¿De dónde eres?

—De una aldea a una jornada de Mantua^[93].

—Sigo sin comprender por qué dices esto...

—No veo señales de las divinidades desde hace bastante tiempo.

—Los dioses nunca se implican en la vida de los mortales.

—¿No crees en ellos?

—Sí, claro. Pero ni creo que nos ayuden, ni que nos castiguen. Solo nos vigilan.

—El futuro está determinado por ellos. Nada podemos hacer. Pero nos dan un esbozo de su plan —añadió Casio satisfecho por poder demostrar algo a ese joven que creía saberlo todo—. Las divinidades siempre nos dan pistas.

—¿Cómo?

—En los árboles, en los animales, en el viento, en el mar, en la lluvia... En todo lo vivo, lo que se mueve y lo que nos rodea. Solo hay que saber mirar.

—Vale, tal vez sepas hacerlo, pero ¿por qué no ves nada ahora?

—Los dioses están en silencio.

—¿Ofendidos?

—No. A veces nos dejan incertidumbre cuando nos esperan grandes cosas... O un destino funesto.

De repente sobrevino un viento desde el interior. Siempre lo había por estar cerca del mar, pero esta vez era diferente. Desagradable y silbante, no era viento de lluvia.

Casio se puso serio, le indicó con la mano silencio y se miró al horizonte. Así se pasó varios minutos, como petrificado, aturdiendo a Lucio Balbo, que lo miraba con una mezcla de asombro y burla. A diferencia de la mayoría de los legionarios, él era bastante escéptico con los augurios.

—Se acercan enemigos. Nos van a atacar —afirmó solemne.

—¿Te lo han dicho los dioses? —cuestionó incrédulo Balbo.

—¿No me crees?

—La verdad es que yo no veo ningún indicio del enemigo.

—Avisa a Vesper. Es el mejor explorador y combatiente. A ver si lo crees a él —exhortó ofendido, pero con tranquilidad. Ocurría con mucha gente.

No deseaba dejarle en ridículo, pero Lucio Balbo quería demostrar lo absurdo de su concepción sobre la religión. Así, nunca el mundo podría progresar: ignorancia y miedo a cosas no tangibles.

Cuando encontró al *tesserarius*, se hallaba terminando de desayunar: gachas aderezadas con leche de cabra y un poco de miel. Junto a él, *Sócrates*, su fiel amigo, estaba sentado con la lengua fuera, atento a todo el movimiento mañanero del campamento.

Al decirle que Casio le requería, apuró su comida con rapidez y, sin mediar palabra, se dirigió hacia la parte superior del acceso principal de la fortaleza, seguido por su inseparable mascota. Una vez que supo lo que se debatía, los miró como a dos niños que se pelean por un juguete. Aún así,

pidió silencio y estuvo un largo rato escudriñando el horizonte. El viento arreciaba de vez en cuando, provocando moqueo e impaciencia en el hispano, que deseaba acabar de una vez por todas con esa estupidez.

—Casio tiene razón. Ya vienen.

Balbo lo miró perplejo. ¿Otro supersticioso? ¡Todos locos! ¿Qué les pasaba a aquellos hombres? ¡Solo era una corazonada! Vesper, viendo su cara, se explicó para que todo quedase aclarado.

—El viento a veces susurra. Si lo escuchas detenidamente, en ocasiones puedes percibir sonidos a mucha distancia. En este caso, el de un ejército en movimiento. Están todavía lejos. El viento siempre engaña.

—¿Crees que los dioses...?

—Cada uno que lo vea como quiera. Voy a avisar a Valerio. Llegarán antes del anochecer, si aprietan el paso. Y lo harán.

Como habían predicho Casio y Vesper, la liga de pueblos germanos de Eberhard estaba llegando. Faltaban, todavía, algunos hombres que debían llegar, pero gran parte mostraba su poderío y fuerza frente a los muros del «puerto de las rocas».

Cuando el sol se estaba poniendo, la mayoría de la primera oleada se estaba terminando de instalar ante las caras de unos sorprendidos romanos que no se creían lo que veían.

Algunos legionarios, al verlos llegar, se pusieron frente a la «sala del jefe» pidiendo a gritos al Tribuno un ataque inmediato. Valerio y Cornelio Prisco estaban con ellos, pero el Tribuno no se quería precipitar, debían saber cuántos eran y no correr riesgos innecesarios. Podían ser emboscados con facilidad y además la noche se acercaba. Y eso no beneficiaba a nadie.

La formación del campamento bárbaro sorprendió a los espectadores romanos: tiendas bien aisladas del frío por pieles y fieltros, bastante juntas, formando, más o menos, una serie de calles, con fogatas a ciertos intervalos para evitar la brisa cortante y concentrar el calor. Inteligente por un lado, pero, si alguien atacaba, sería dificultoso para la defensa y el contraataque.

Justo en el centro, dos tiendas de mayor tamaño destacaban sobre el resto. Aunque aquellos hombres mediterráneos no lo sabían con seguridad, se trataba de la tienda del Gran Jefe y un rudimentario hospital de campaña.

Todo este material había sido transportado por animales con bastante eficacia. Venía dada por la experiencia: el continuo estado de guerra en la que Eberhard se veía obligado a estar para mantener sus tierras y pactos.

El primer día, la táctica romana fue esperar el primer movimiento de los germanos. La germana, esperar a que llegasen todos los refuerzos sin perder de vista el *oppidum*. Nadie quería que una salida furtiva les sorprendiera.

Al día siguiente, la calenda de febrero, para la decepción de los hombres del Tribuno Fabio, no habría ningún movimiento, excepto la colocación de estacas defensivas frente al campamento. No se trataba de una muralla, más bien era una forma de canalizar en caso de ataque de los romanos. ¿Quiénes eran estos germanos que hacían cosas tan innovadoras? Aparte esto, se oía desde el campamento cómo trabajaban carpinteros y leñadores, mientras veían cómo llegaban más refuerzos... y así, durante dos días más.

Los romanos se empezaron a poner nerviosos. ¿Qué diablos pasaba? ¿Qué estaban haciendo? ¿Sabían de algún punto débil? ¿Habían aprendido de ellos cómo construir máquinas de asedio?

El Tribuno Cneo Fabio Sabino, el Prefecto Cornelio Prisco y el *primus pilus* Sexto Valerio, junto con los otros Centuriones, trataron de poner calma argumentando que estaban organizando las defensas. No había nada que temer. La organización bárbara no era tan eficaz y solo dependían de ellos mismos para sobrevivir.

Igualmente, se aprestaron para el inminente asalto: montaron las dos catapultas que poseían, colocándolas en dos buenos puntos para hacer el máximo daño posible; llevaron flechas y jabalinas a puntos donde se podía esperar mayor presencia enemiga (los dos accesos); al igual que piedras, e incluso unas par de vasijas de óleo que quedaban.

Al quinto día desde su llegada frente a los muros del «puerto de las rocas», parecía que todos los enemigos habían hecho acto de presencia. A media mañana, Fabio se acercó hasta la muralla con Lucio Balbo y Vesper. Sobre el portalón, Macro acababa su turno con la llegada de Laico para hacerle el relevo como veterano, pero el Tribuno lo retuvo un poco.

—¡Buenos días, Macro! ¿Todo en orden?

—Así es, *domine*. Todo en orden. ¿Puedo retirarme?

—Claro, claro, has terminado tu guardia. Solo un par de preguntas.

—¿*Domine*?

—¿Ha llegado algún refuerzo hoy?

—No, desde ayer por la mañana, no. Parece que están todos.

—¿Ha habido algún movimiento de tropas?

—Nada destacable. Igual que los días previos.

—Puedes retirarte, Macro. Avisa a Valerio.

—Ahora mismo, *domine*.

Quedaba claro que no quedaba mucho tiempo de tregua. Pronto atacarían y era mejor estar preparados para todo. Quedaba comida para tres semanas, tal vez un poco más. La desesperación no era una buena opción para luchar en tierra hostil.

Valerio llegó con calma, masticando un poco de carne ahumada que había guardado para el mediodía. No tuvo prisa porque imaginaba de qué iría todo esto.

—¿Cuántos hombres crees que tendrá? —empezó a hablar el Tribuno en cuanto llegó.

—Para esos números, Luphias era el mejor —respondió melancólico—. Pero a Vesper y Balbo no se le dan nada mal los cálculos. ¿Qué pensáis?

—Por la cantidad de tiendas, hogueras, partidas de caza y el terreno que ocupan... —Vesper quedó unos segundos con la duda en el aire, entornando los ojos—. Más de cinco mil y menos de diez mil, *domine*.

—Estoy con Vesper —se unió Balbo—. He calculado unos siete mil u ocho mil enemigos. Puede que más.

—Hablamos de una diferencia mínima de once a uno —reflexionó Fabio en voz alta—. Podría ser peor.

—¿Órdenes? —siempre pragmático el Centurión.

—Ninguna de momento. Esperemos...

En ese momento, un bárbaro avanzó hasta tierra de nadie, donde los arqueros podían tener alcance, y agitó una bandera blanca. ¿Por qué? ¿Qué querían? Tras eso, una comitiva de diez guerreros germanos se puso entre su campamento y el emisario abanderado. Esperaban un movimiento por parte de los romanos.

El oficial al mando no se lo pensó. Era momento de tomar una decisión clara y directa: reunir a todos los centuriones y mandarlos como representación. Junto con ellos, iban Balbo, Vesper, Styrmir y Ulpio, como intérprete, además de Valerio, que hablaba algo de lenguas germánicas.

El encuentro fue muy formal. Todos serios, frente a frente, expectantes y decididos a ver qué pasaba entre ellos. Se quedaron a unos ocho pasos los unos de los otros, vigilando los movimientos que hacían los que tenían enfrente. Ambos pensaban que podía haber alguna trampa. En la guerra, nunca puedes confiar en las intenciones del enemigo.

Un intérprete germano se adelantó a los otros, comenzando a hablar en un latín irregular pero entendible. Eberhard pidió a su traductor que dijese, de forma literal, todo lo que quería expresar. Sus palabras fueron estas:

—Romanos, nuestro Gran Jefe Eberhard, *domine* de muchos hombres, tierras y tribus de la Germania, ha pedido hablar con la máxima autoridad de esta guarnición.

—Soy yo —afirmó soberbio Fabio.

—Nuestro Jefe y *domine* reconoce vuestra gran eficiencia al tomar un puerto tan bien defendido e inexpugnable. Pero no quiere la muerte innecesaria de guerreros por ambas partes.

—Lo escucho —siguió el protocolo, como se exigía, aunque su experiencia en Germania hacía esta situación extraña. Demasiada palabrería, destacando la importancia de su líder.

—Sois guerreros valientes y disciplinados. El Gran Jefe Eberhard lo reconoce, pero no tenéis posibilidad de vencer —hubo un silencio anterior a continuar su disertación—. Por eso quiere que escuchéis sus palabras.

—Que el Gran Jefe diga lo que quiera decir —todos miraban al protocolario y altivo oficial senatorial. Tal vez por eso seguían gobernando en Roma: la mayoría nunca tuvieron prejuicios en defender lo que creían hasta el fin.

—Aunque habéis infringido derrotas a nuestros hermanos, no podéis vencer. Os propone un acuerdo. Entregad el puerto sin batalla ni destrucción alguna y los oficiales y centuriones seréis tratados como rehenes hasta que se pague un rescate por vosotros. La tropa será tratada de forma digna y pasará a formar parte de los guerreros del Gran Jefe si cumple el juramento de servirle hasta el fin de los tiempos.

Un par de centuriones y Balbo se miraron entre sí, los demás no apartaron la mirada. Era la típica altanería militar, siempre presente: mirando fanfarrones y despectivos a aquellos bárbaros, convencidos de su potencial. Idiotas. Ilusos.

—Dile a tu Gran Jefe que agradecemos su oferta —empezó a decir el Tribuno tras un silencio respetuoso y con expresión impasible—. Pero, si quiere este puerto, deberá luchar hasta el final. Y no lo conseguirá.

El intérprete tradujo con tranquilidad su respuesta, como había hecho en todo momento. Los germanos, todos jefes y caudillos seleccionados, esperaban la respuesta, excepto Keil.

—Que así sea —tradujo literalmente, tras lo cual se retiraron seriamente y con una breve despedida con la cabeza que correspondieron los germanos.

Todos volvieron a sus posiciones en un silencio absoluto. Lo rompió Fabio al llegar al portalón.

—Es un farol. No estoy seguro de sus pretensiones, pero sabían la respuesta antes de darla. Se veía en sus rostros.

—Querían minar nuestra moral —sentenció Balbo, sin pensar que había hablado sin que nadie pidiera opinión. Antes de disculparse, el Tribuno se adelantó.

—Tienes razón... pues no lo van a conseguir. Su intención era provocar discordia y miedo junto con una opción humillante de rendición —se paró en seco y miró a todos y cada uno de los presentes—. Que nadie diga nada a la tropa. Esas condiciones son... indignantes e inadmisibles. Aprestaos para combatir. Es el fin del principio.

Con esta frase sentenciosa, se esparcieron por el campamento a realizar diversas labores con presteza. El ataque era inminente e inevitable. Todos lo sabían.

Iba a ser como un combate de púgiles. El que más golpes diera y mejor encajara los de los enemigos, ganaría. Más, si cabe, que en una batalla a campo abierto, la suerte la decidía la moral: aguantar lo inaguantable con un único fin. La victoria. La vida.

Fabio lo sabía. Valerio lo sabía... pero Eberhard también lo sabía.

En cuanto los romanos desaparecieron de su vista, Keil, mostró su descontento con toda esta situación. Desde el principio de establecerse frente al «puerto de las rocas», se estuvo quejando: al principio, por la demora; más tarde, porque esperaba más guerreros y alimentos; y después, por no atacar de forma inmediata.

Lo último, y más grave... ¿Un acuerdo? ¿Qué estupidez era esta? ¿Pactar con el enemigo con tanta superioridad numérica? Keil empezó a pensar que se había humillado ante un hombre débil.

—*Por todos los dioses, ¿a qué ha venido esto?*

—*No te entiendo* —respondió tranquilo Eberhard sin parar de andar.

—*¿Intentar hacer que se rindan sin combatir? Eso no es honorable.*

—*Pero sí inteligente. La valentía no es la única cualidad para vencer en la guerra.*

—*Pues ha sido inútil.*

—*Al contrario. Ha sido muy útil.*

Keil quedó perplejo. Algo se le escapaba. Como siempre, el Gran Jefe iba por delante de él.

—Para empezar, si se hubieran rendido, no hubiéramos perdido nada y lo hubiéramos ganado todo —comenzó a decir Eberhard relajado, tras llegar a la puerta del campamento y tomar un poco de agua fresca—. *Ha valido la pena probar suerte.*

—Vale, en cualquier caso, ha sido en vano.

—Te vuelves a equivocar. Ahora sabemos que tienen una fuerte guarnición, pero son conscientes de que tienen demasiada inferioridad numérica.

—¿Cómo lo sabes?

—¿No has visto sus caras? Había dudas que procuraban ocultar. Le he propuesto una oferta no muy honrosa, pero aceptable para gente desesperada. Casi no se lo ha pensado. Casi. Hay posibilidades.

—Inteligente —reconoció Keil.

—Por eso soy el Gran Jefe —fanfarroneó señalando a sus lugartenientes, para que entendiera cuál era su posición en todo esto: servil—. *Calculo que tendrán una guarnición grande. Yo diría que unos quinientos cincuenta o seiscientos. Han necesitado mucha madera, posiblemente para construir más casas.*

—Yo afirmaré que nos encontramos ante un enemigo motivado, calmado y bien alimentado. No obstante, dudo que le queden muchos alimentos: la hibernación es larga y una gran guarnición los habrá dejado con pocos recursos. Aunque no os engaños, nos esperan duros enfrentamientos.

—Pero venceremos... ¿no?

—Eso depende de todos y cada uno de nosotros. Pero si, venceremos. Las puertas de la fortaleza no están en perfecto estado; la muralla no es muy alta y la parte occidental está en mal estado. Algo se puede hacer.

—Te dije que los exploradores...

—No han sido los exploradores. No los expondría. Gracias a esta reunión, mis hombres han podido estar muy cerca de la muralla para poder ver todo eso con detalle y tranquilidad. Siempre hay que pensar las cosas antes de hacerlas.

Era increíble para Keil cómo Eberhard tenía todos los cabos atados. Todo pensado desde el principio y medido al detalle. Al menos, no era siervo de un imbécil. Heiner, Geert, Cedrick y Wigmar, entre otros, sabían las intenciones y no estaban tan sorprendidos. Es más, asentían con sus cabezas, estando de acuerdo con las afirmaciones de su amo y señor.

—¿Y ahora qué? ¿Cuándo atacamos? —cuestionó. Tornadizo, aquel pobre infeliz.

—*Paciencia. Veamos si los leñadores y carpinteros han terminado su trabajo. Entonces podremos empezar* —exhortó animando a todos a seguirle hacia el interior del campamento—. *El tiempo corre en contra de ambos.*

EL MURO Y EL ARIETE

FRENESÍ. Los germanos gritaban con gran frenesí frente a sus enemigos, como era costumbre entre ellos. Se estaban pavoneando frente a las murallas, ahora romanas, para mostrar su rabia y valor. Paralelamente pretendían que, con sus gritos, entendieran su estado de ánimo: estaban convencidos de la victoria. Esto ocurría al día siguiente de la entrevista entre los dos líderes. Pronto se matarían por un punto supuestamente estratégico para ambos.

Ni siquiera había alineado a todos sus hombres. La *Guardia Verde* no había sido convocada y otros estaban durmiendo u holgazaneando por el campamento.

Se había formado a unos tres mil hombres frente a su asentamiento temporal. Otro motivo, no menos importante, era mostrar el número de hombres que poseían (falsamente) e intentar que cundiera el nerviosismo en los romanos.

Sería infructuoso, ya que los romanos sabían que no poseían catapultas o *ballistae* y que su muro era suficiente para pararlos. Al menos durante un tiempo. Del mismo modo, también sabían que los arqueros eran raros dentro de los pueblos germánicos, por lo que debían rebasar la muralla. Entonces, si lo conseguían, se preocuparían.

Eberhard, buen militar, no quería una batalla ese día. Deseaba entrar en combate al día siguiente, cuando sus carpinteros habrían finalizado seguro su «encargo personal» para ayudar en la toma del puerto. Estaba previsto que todo estaría acabado para la próxima jornada. Por este motivo, ese día solo quería provocar a los romanos y encorajinar a los suyos.

Sin embargo, algo que no había previsto ocurrió. Una opción tangible que no había sopesado el Gran Jefe. Los guerreros germanos no eran tan disciplinados como el legionario romano medio y, aun así, también les ocurrió a veces. El miedo, la ira, la soberbia o la osadía a veces, son grandes lacras para la estrategia si van precedidas de la estupidez humana.

Pasado el mediodía, tras un par de horas de desfilar, gritar, insultar y marchar de un lado para otro, los guerreros se empezaron a cansar de no hacer

nada. Había sido arengados con la firme convicción que nada podía evitar el desenlace a favor de ellos. Los dioses los favorecían, los números, el tiempo, la calidad de sus guerreros... todo esto fue mencionado por Eberhard antes de desfilar, por lo que fue bastante lógico que, sin esperar una orden, un pequeño grupo de suevos se lanzara, apresuradamente, contra las murallas. No fueron pocos los que empezaron a seguirlos.

Inmediatamente, Heiner, Eberhard y, posteriormente, Keil, intentaron evitar el asalto de las tropas contra la muralla. Consiguieron detener una buena parte de aquellos hombres, gritando, cabalgando, incluso amenazando con serios castigos. No obstante, puede que al menos un tercio, ni los oyera o ni quisiera oírlo, y prosiguió. Muchos no habían visto nunca a un legionario romano y la mayoría ni habían combatido contra ellos. Sabiendo a lo que se podían enfrentar, seguramente no hubieran cometido tal insensatez.

Otra cosa que no sabían era que había un foso de tanta profundidad. Metro y medio acabado en v, con estacas de madera acabadas en punta que llamaban «lirios». Todo disimulado con ramas, césped y un poco de nieve que aún quedaba.

Tampoco imaginaban que las puertas, que les habían asegurado que cederían porque no estaban en buen estado, precisarían de un contundente ariete. Con todo y con esto, se podía intuir qué ocurriría desde el principio.

Los hombres de Fabio se habían colocado alrededor de la muralla con inteligencia: repartidos los arqueros y las jabalinas por todo el muro defensivo, especialmente en los dos accesos. Además, un contingente bastante amplio de legionarios, esperaban en tierra junto a las puertas en caso de cualquier imprevisto.

En cuanto vio lo que estaba a punto de suceder, Fabio ordenó aguantar la línea de tiro de los arqueros todo lo que pudieran hasta que cruzaran la línea fatídica, y no usar las catapultas. Pequeña sorpresa para más adelante.

No duró mucho. La mayoría, viendo las entradas se dirigió directamente allí con la esperanza de derribarlo empujando únicamente o con sus hachas. Una estrecha franja de tierra permitía los accesos, pero la llegada de varios centenares de soldados provocó que algunos cayeran al foso.

Su desordenado ataque y formación, la lluvia de flechas, las piedras lanzadas y el foso acabaron con el ímpetu germánico en escasos minutos. Más aún cuando entendieron que hacía falta mucho más para penetrar al interior.

¿El precio por su impaciencia? Ciento cincuenta germanos heridos o muertos, tal vez más, por ninguna baja romana. Buen comienzo. Para Roma, claro está.

Eberhard, con su caballería, orientó la salida de los hombres de la trampa. Mientras, Heiner, con la infantería, formó una línea más o menos coherente de defensa, combinando arqueros y escudos ovalados para cubrir la retirada de aquellos insensatos. Se tropezaban y caían en sus prisas por volver a un punto seguro, sin mirar a quién tenían al lado, detrás o delante.

Un rato después del infructuoso primer asalto, un emisario pidió recoger, con seguridad, a los muertos y heridos que no habían podido ser evacuados. El Tribuno Fabio lo concedió gustosamente. No era cuestión de humanidad: la visión de los muertos y heridos siempre desmoralizaba y más sabiendo que no había provocado ni una sola baja a Roma. Al mismo tiempo, eran bocas que alimentar, recursos que gastar, personal para cuidarlos y seguirían siendo un par de brazos menos en combate. No había razón para no permitirle hacerlo. Para vencer no hacía falta exterminar a todos los enemigos. Solo acabar con su voluntad de seguir combatiendo.

Al tiempo que Fabio, Cornelio Prisco y Valerio recomponían sus líneas y mandaban a descansar al atardecer a buena parte de sus hombres, Eberhard convocó a todos los suyos a una reunión. Los que podían. Supuestamente para arengarlos, pero lo que el cuerpo le pedía era insultarlos y castigarlos por actuar con independencia. Así no podía hacer nada.

Le prepararon una tarima de madera, muy elemental, con un panel de madera sobre unos troncos y un trozo de tela verde, su color. Era una tarde gris, oscura, que tuvo que ser iluminada con antorchas. Sin embargo, la figura del Gran Jefe destacaba con prestancia.

Elevado sobre la tarima, parecía aún más alto de lo que era. Mirado de abajo a arriba tenía un aspecto imponente: un yelmo de hierro al estilo de los auxiliares romanos, remodelado por él mismo; su ojo tapado con una tira de algodón blanca; una cota de mallas robada a los romanos, una pesada hacha, capa y escudo verde, collar de oro y guantes sobre los que sobresalía un enorme anillo también de oro con una esfera de ámbar engarzada.

Sí, Eberhard tenía personalidad y sabía mostrarla.

Tras posar su escudo en el suelo, introdujo la hacha en una arandela de hierro que pendía de su cinturón. Lentamente, se quitó el yelmo para que todos pudieran verle bien. Al poco, empezó a hablar, laxo, como cansado, aunque eso contrastaba con su potente voz.

—*¡Guerreros venidos de tantos lugares! Estoy aquí para aclarar las cosas. Os pido disculpas, ha habido un error por mi parte. No os avisé de la gran organización del enemigo. Ha sido mi culpa y casi acaba en desastre.*

Al decirlo, agachó la cabeza como signo de arrepentimiento. Los soldados se miraron entre ellos y murmuraron. Nadie se atrevió a alzar la voz. Pero Eberhard sí lo hizo ahora.

—*¡Pero no os ordené un ataque! ¿Por qué creéis que los romanos dominan tantas tierras? ¿Por qué siempre vuelven? ¿Por qué tras la masacre de Arminio no han desistido en conquistar nuestras tierras? Yo tengo la respuesta: disciplina. Uno a uno, no son mejores que vosotros, pero sí están bien pertrechados, entrenados y hacen caso a sus oficiales. ¡Por eso vencen!*

En ese momento, los estaba sermoneando por su desidia. Hubo algunos ofendidos, pero en el fondo, todos sabían que tenía razón, aunque no acataran dichas órdenes de forma real. Seguían teniendo un pensamiento tribal.

—*A partir de mañana, quiero lo mejor de vosotros en combate, incluyendo fe ciega en mis órdenes. Disciplina total. Vamos a vencer. Tenemos que actuar como uno solo, dar un golpe fatídico y hundirlos en el fango.*

Este corto discurso fue suficiente para que la masa de guerreros, tornadiza y peligrosa, gritara eufórica ante las palabras del Gran Jefe. ¿Servirían de algo sus palabras?

Poco después, alzó su hacha y todos le siguieron como ovejas. Continuaron así varios minutos hasta que Eberhard se retiró a su tienda y los demás hicieron lo mismo.

Los principales caudillos y jefes fueron a la gran tienda por mandato expreso de su líder. Entre ellos estaban Heiner, Geert, Cedrick, Wigmar y Keil.

—*Bonito discurso. ¿Y ahora qué?* —se atrevió a decir Geert.

—*Seguir el plan establecido* —respondió con indiferencia.

—*Padre, ¿crees que han servido de algo tus palabras?* —mostró sus dudas Heiner.

—*Hoy no creo. Ni mañana por la mañana. Pero las recordarán mañana por la noche.*

—*Entiendo* —se adelantó Cedrick—. *Mañana fallaremos el asalto. ¿No es así?*

—*Lo intentaremos, pero no lo lograremos. Todavía no. Ninguno se hace una idea de lo que nos enfrentamos.*

—*¿Cuántas vidas sacrificaremos para que se den cuenta?* —cuestionó Wigmar algo preocupado.

—*Tranquilo. El asalto de mañana será el detonante. ¿Todo el mundo sabe sus órdenes?* —afirmaron con sus cabezas—. *En tal caso, solo queda*

deciros que las unidades de la Guardia Verde y las suevas permanecerán en segunda línea.

—¿Otra vez? —protestó Geert.

—*No os voy a sacrificar. No confío en el resto de la tropa. Pronto esto va a cambiar.*

Al día siguiente por la mañana, los romanos se habían preparado para el asalto. Todos sabían que vendrían con ganas de revancha por el desastre sufrido del día anterior. No había que ser filósofo o augur para saberlo.

Habían sido previsores: se habían levantado con las primeras luces del alba, habían desayunado queso y gachas. Tenían estrictas órdenes de estar aseados, rasurados y con un corte de pelo aceptable. Había en ello un doble objetivo: evitar que el pelo fuese una molestia y hacerse reconocer de los «peludos bárbaros». Solo la barba que se dejaba Balbo era aceptada: sin bigote, que unía de patilla a patilla con un estrecho friso de pelo en la mandíbula. Muy pocos hombres se la dejaron ya que requería cierto cuidado y no había tiempo, ni ganas, ni mujeres ante las que pavonearse.

Tras esto, se habían armado y preparado las defensas, incluyendo las dos catapultas que poseían.

La distribución en la defensa fue:

En el postigo menor, Marcelo Paulo y los mejores auxiliares entre los que estaban el restablecido Andros, su amigo Musa y Ulpio. Justo abajo, el otro Centurión auxiliar contendría la puerta en caso de que cediera prematuramente.

La muralla oriental, y la más grande, fue encargada al *primus pilus* y a la mitad de los legionarios disponibles como Macro, Vesper o Perdio. Un grupo escogido defendía el acceso principal, entre los que estaban Casio, Druso y Balbo, entre otros.

La muralla occidental, la más estrecha, en mal estado y la más débil (aunque los romanos pensaban que los germanos desconocían esto), estaba defendida por otro, Centurión Trásea Quirino, el ahora segundo Centurión de la *Legio V Alaudae*. Entre los hombres que defendían esta parte estaban Laico o Silvano, no muy inferiores a los otros mencionados.

El último reducto de hombres se distribuía entre los asistentes de las catapultas y un pequeño contingente que vigilaba a los esclavos remeros, que tenían la función de apagar incendios, llevar flechas extra, evacuar heridos,

etc. Dichos hombres eran dirigidos por el Prefecto Cornelio Prisco en persona.

En cuanto al Tribuno Fabio, se movería libremente de sector a sector para mandar la delicada defensa de forma flexible y estar donde más se le requiriera. Todos habían recibido sus instrucciones, sabían lo que había que hacer y cómo hacerlo. Solo restaba ejecutar.

Por su parte, los hombres de Eberhard estaban motivados, tal vez menos que los romanos, pero habían considerado el fracaso del día anterior como un error táctico, por tanto, ese sería su día. No obstante, todos seguían con dudas en su interior sobre qué hacer y cómo. Ninguno había realizado algo así en su vida. Tal vez un bastión con empalizada, pero no un muro sólido de piedra.

Pese a todo, se organizaron en dos formaciones, únicas y compactas, con una distancia entre sí de unos veinte pasos y aproximadamente una forma rectangular. La más avanzada era de mayor entidad, y albergaba una pequeña sorpresa para los defensores.

Eberhard, en el centro de todo a lomos de su caballo, tenía a varios emisarios junto a él para transmitir sus órdenes con presteza. Heiner tenía el mando directo del primer contingente de tropas, pasando a caballo a lo largo de la formación dando ánimos e instando a obedecer ciegamente cualquier orden suya.

En el otro lado del frente, Valerio se acercaba a sus hermanos de armas, haciendo el gesto de su hermandad: desenvainó su *gladius*, se llevó la empuñadura a su corazón, luego con ese mismo brazo, echó el codo hacia atrás y por último lo alzó. Cada uno de ellos correspondió el gesto. Honor, Prudencia y Gloria. «¿Por qué esas consignas?», se preguntaba todavía Balbo, aunque repitió mecánicamente.

Con un sonoro grito por parte de los germanos, comenzó la batalla. Un grito unísono, desesperado, inquieto. El grito de una patria desunida, fratricida pero valiente.

El primer grupo avanzó lentamente al son de destemplados tambores. Aunque sin correr, a buen paso, sin perder de vista el horizonte. Cuando llegaron a la altura que, calculaban, los arqueros podían hacer daño, tomaron unas tablas que llevaban en vertical y las pusieron frente a ellos como protección frente a las flechas. Había decenas de ellas, con asideros para las manos y donde se podían refugiar hasta tres o cuatro hombres en cada una. Gran trabajo de los carpinteros y genial idea de Eberhard.

El Tribuno, en ese momento en el portalón principal, sonrió ante la gran inventiva de su enemigo. Tenía recursos. Sin embargo, él también los tenía. Y

mandó abrir fuego a las catapultas. Tras ellas, los arqueros.

La sorpresa fue total. Ninguno de aquellos hombres había visto nunca la acción de una catapulta, y la densa formación provocó que fuese imposible flanquear los objetos y su efectividad, letal. El Gran Jefe, que apenas las había visto en su juventud, no había considerado la posibilidad de que las tuvieran. Para su suerte, solo había un par.

El desconcierto cundió entre los germanos, como era de esperar. Pero Heiner ordenó a sus hombres avanzar y, en medio de toda la confusión, obedecieron trastornados entre el humo, las piedras y las flechas.

La segunda parte del plan de Eberhard se cumplió perfectamente: las estacas del foso prácticamente no sobresalían del mismo, con lo que utilizaría dichos paneles de madera no solo para protegerse de las piedras, sino para usarlas como pasarela entre foso y muralla. Sibilino plan que casi anuló por completo el trabajo de las defensas periféricas.

Tras ellos, llegaron unas cortas escaleras de mano, ya que el muro no era especialmente alto. Las colocaron en la base y empezaron a subir, mientras otros lanzaban escalas o cuerdas con enganches para trepar la muralla. La decisión con que realizaban su cometido sorprendió a los romanos.

No obstante, lejos de entrar en pánico, reaccionaron con mayor animosidad contra los atacantes: piedras, flechas, jabalinas, lanzazos y estocadas a los que subían por las escaleras. Hasta escupitajos e ingeniosos insultos. Todos sabían que para superar el muro hacía falta algo más.

Pronto bajó un ariete con el que pretendían derribar la puerta principal. Lo llevaban varios sajones y consistía en un tronco de grueso roble, terminado en punta y con dos ruedas para facilitar el transporte. Corriendo a toda velocidad, se dirigió una docena de hombres hacia su objetivo, intentando que la inercia de su carrera les diera resultado. No sabían que los romanos habían apuntalado firmemente el acceso, puesto sacos de paja para amortiguar los golpes, y reforzado los remaches de la puerta. Sin duda, tarde o temprano cedería, pero requeriría un enorme tesón e insistencia. Aunque el choque fue brutal, temblando todo el dintel, no consiguió perforarla como muchos esperaban que pasara. Con gran esfuerzo, tomaron el ariete y retrocedieron para una segunda carga mientras les arrojaban toda clase de objetos sin piedad.

Mientras tanto, se combatía con ardor en el resto de la fortificación sin que tuviese ningún resultado positivo para los atacantes.

Eberhard observaba la situación con tranquilidad, mirando cada detalle, cada combate individual que podía, cada punto estratégico, cada caudillo que

luchaba. Sabía que ese día no conseguirían nada pero, como siempre, el Gran Jefe tenía todo previsto y una intención oculta en cada acción que desarrollaba. Los años le habían dado algo de lo que en su juventud carecía: paciencia y experiencia.

Los progresos fueron pocos, casi sin llegar a tocar la parte alta del muro, a excepción de la zona mandada por Valerio, la más amplia, aunque la mejor defendida.

Al cabo de una media hora, empezaron a retirarse. Habían perdido la iniciativa, fallaba el coraje y el cansancio se acumulaba. Los romanos, sin ningún tipo de compasión, no dejaron de acosar desde la muralla al enemigo.

Sin embargo, les sorprendió su persistencia. La llamada «furia germana», muy conocida por ellos, consistía en el ataque repentino y frenético de aquellos bárbaros contra sus líneas. Los romanos sabían que si aguantaban los primeros minutos, la moral enemiga se venía abajo y se retiraban con celeridad. Así, lo duro era al principio. No obstante, en ese día no fue así, y no dejaron de intentarlo hasta que vieron que les hacía falta mucho más para sobrepasar el muro.

Las bajas romanas fueron una treintena, casi la mitad heridos leves que podrían volver al servicio en pocos días.

Por parte germana, de entre los casi cinco mil que participaron (algunos no pasaron de ser espectadores), los muertos y heridos ascendían a unos mil doscientos. Una derrota considerable, pero calculada por Eberhard.

Esa noche, recogidos los heridos con el beneplácito romano, los gritos de dolor, los lamentos y el llanto de los heridos no iban a dejar dormir a muchos de aquellos valientes. Y Eberhard no había dicho nada. No quería. Esperaba al amanecer, cuando todos estuvieran fatigados y desesperados. Todos necesitaban uno o dos días al menos para descansar, reorganizarse y lanzar otro ataque. Pero un problema lógico apareció: muchos hombres clamaban como gansos que era una batalla perdida, que nunca tomarían dicha fortaleza, que esa no era su lucha, que si querían atacar los esperarían en sus tierras, que ese puerto estaba maldecido por dioses...

Eberhard, que había escuchado por Heiner, Geert y Cedrick dichos rumores, reconocía que debía decir algo. Era perfectamente consciente que esto era inevitable. Había que subir la moral, que estaba por los suelos, y darles una razón por la que luchar. No obstante, se encontraba notablemente tranquilo. Esto confundió a sus lugartenientes, que recelaban de muchas tropas aliadas. Sonreía, seguro de que al amanecer, cuando todos estuvieran reunidos, cansados y asustados, habría sus respuestas. Dio extrañas órdenes

que ninguno de los allí reunidos podía entender, pero que nadie discutiría. Pronto tendría que dar un golpe de efecto. Solo él podía hacerlo de entre todos los caudillos reunidos. Y tenía algunas ideas para ello...

Al atardecer, Valerio afilaba su *gladius* sentado en una banqueta junto a la muralla, viendo como todavía retiraban a los muertos enemigos. Se lo tomaban con calma, entre otras cosas porque recelaban de los romanos y se andaban con ojo a la hora de exponerse en la muralla. Había usado poco su arma en los dos asaltos, se había limitado a dar órdenes y animar a sus hombres. Por el momento. Estaba casi seguro no había matado a nadie, pero al menos habría tres o cuatro germanos que estarían doloridos en sus respectivos lechos. Afilaba pacientemente su arma con movimientos mecánicos, al tiempo que lanzaba miradas gélidas a sus enemigos de vez en cuando. Prestaba especial atención en la punta, acordándose de cuando lo adiestraron: «el *gladius* es un arma de estoque, no de corte». Era cierto, pero cortaba muy bien y, además, la escasa protección de los germanos, junto con las necesidades del combate a corta distancia, hacían necesario tener bien a punto su herramienta principal de guerra. Poco a poco, su mente empezó a vagar sin permiso, sumergiéndose en una nostalgia profunda, azuzada por la lejanía del hogar. Aunque de momento, el campamento de *Vetera* era su casa, los recuerdos le venían de otro lugar, de otro tiempo.

Rememoraba el inicio de la primavera en su tierra natal, a media jornada a caballo de Hispalis, cuando las primeras lluvias sacudían los olivos mientras corría resguardarse en la pequeña *domus* de su familia, donde le esperaba su madre con deliciosos pasteles de miel.

También recordaba las jornadas invernales en Jerusalén, en las que cuando llegaba a su casa de noche, se sentaba en su *triclinium* favorito, adquirido en Antioquía, mientras observaba cómo su mujer leía en voz alta algún papiro de los que había adquirido su padre en sus múltiples viajes a la luz del fuego del hogar.

Pensó en su familia y seres queridos que hacía tiempo que no veía: sus padres y su mujer, ya fallecidos; sus hermanos y sobrinos; sus viejos amigos hispanos, judíos, sirios y panonios; sin olvidar a Ditalkon y Risa, sus libertos y acompañantes de aventuras y desventuras durante largos años.

Luego pensó cómo estaría su propio hijo, al cargo de Mauro, el joven retoño de Ditalkon y Risa. Ya sería un hombre, muy joven e inexperto, pero un hombre al fin y al cabo. Y no sabía apenas nada de él. Solo lo que unas

pocas letras en unas cartas que recibía muy de cuando en cuando. Se lamentaba por no ser mejor padre. Así debía ser: mejor un padre ausente que podía darle una buena vida y orgullo, que un padre sumido en la pena y en la culpa. Valerio siempre pensó que nada bueno le esperaba si se hubiera quedado. Intentaba verlo así. Esperaba que al menos su hijo admirara todo lo que había conseguido con su sangre y esfuerzo desde que partió de Jerusalén.

Una voz autoritaria lo expulsó súbitamente de su ensimismamiento. Siempre creía que estos pensamientos eran negativos para el alma. Un verdadero soldado de Roma no podía descentrarse o alejar su cabeza del presente. Más aún en medio de una batalla que había comenzado y aún tenía un final incierto.

—Centurión —empezó el Tribuno Fabio con un tono firme, pero que dejaba entrever que solo venía a hablar con él, no a increparle nada.

—*Domine* —respondió a su vez levantándose y envainando su *gladius*.

—Todo en calma. Silencio. Solo silencio.

—Así es. Es la manera de la tierra de quejarse por la sangre derramada. Ni los animales, ni el viento, ni los hombres quieren abrir sus bocas si no es para sollozar de dolor.

—¡Qué lirismo! No sabía tu faceta de poeta —bromeó Fabio, sonriendo. Luego prosiguió—. Debemos cambiar las tornas.

El *primus pilus* quedó estupefacto. Era consciente que en ese encuentro había una intención, pero aquello no lo había pensado.

—*Domine*, ¿está hablado de...?

—De la única alternativa que puede darnos la iniciativa.

—*Domine*... —tragó saliva y se atrevió a seguir—. ¿Es buena idea?

Fabio lo miró con cierta incredulidad. Que lo cuestionasen era algo que no le gustaba en absoluto y no solía tolerárselo a ningún subordinado, salvo que pidiera opinión. Aunque, en este caso, estaban solos y sabía que Valerio era prudente, leal y voluntarioso en sus órdenes. Sonrió.

—Debemos hacerlo. Estamos en el momento más delicado. Su moral está baja, hay que hundirla.

—Si me lo permites, la prudencia es buena consejera —se atrevió a añadir.

—Necios seríamos si no aprovecháramos la debilidad del enemigo.

—Como ordene, *domine* —sucumbió el Centurión.

—¿Se puede hacer?

—Yo diría que sí, pero necesito organizarlo bien. No parece fácil y tengo que seleccionar buenos hombres.

—Tienes hasta la puesta de sol. Entonces me contarás qué tienes pensado —contestó y se fue por donde había venido.

Le extrañó que dejase en su mano una decisión estratégica. Puede que fuera por pereza, o porque tenía la mente ocupada en cosas más importantes. Tal vez fuera porque no quería que le salpicara directamente si iba mal, o que confiara plenamente en su experiencia. En cualquier caso, tenía que meditarlo bien y hacerlo de forma que lo pudiera enmendar si saliese mal. No podían perder más hombres.

Debían haber atacado antes, se decía. Cuando empezó a llegar el enemigo, estaban mal dirigidos, desorganizados y en corto número. Ahora, estaban protegidos por una línea de estacas, centinelas y un mayor número de soldados que, en campo abierto, podían ser letales contra un número tan inferior.

Eso no importaba ahora. Lo hecho, hecho estaba. Había que cumplir órdenes. La familia de los Fabios siempre estaba al servicio de Roma, como el bueno de Cneo Fabio Sabino se encargaba de recordar a sus subordinados.

Era ya de noche. Una noche oscura, sombría, con una luna tímida y desconfiada. Tal vez por los lamentos de dolor que la guerra provoca. Sin duda habían menguado, pero no desaparecido, y eso provocaba malestar en el campamento germano. También a algunos romanos, pero a estos les recordaba su victoria.

El guarda sajón que se encontraba en el extremo más oriental se sentía incómodo. Ese continuo lamento bloqueaba hasta su mente. No podía pensar, evadirse o intentar dormir sobre una roca. Sabía que aquella noche la pasaría en blanco. Así pues, decidió caminar un poco por la zona de vigilancia que tenía asignada.

De pronto, escuchó un ruido. Algo seco. Tal vez un golpe. Tomó su lanza con las dos manos y miró hacia el Este, de donde había proveniendo. Caminaba lento, cauto ante cualquier movimiento. No quería tampoco alertar al campamento sin saber con claridad qué era. Si se trataba de una falsa alarma, podían golpearle, castigarle sin rancho o ampliarle los turnos nocturnos de guardia. No estaba dispuesto. Si fuese un animal, lo cazaría para comerlo luego.

Detuvo su avance. Ruido entre los matorrales que separaban la llanura del bosque. Se preparó para hincar su lanza en el arbusto, aunque se arrepintió. Estaba lejos de la luz. ¿Y si fallaba? ¿Y si era un lobo? ¿Y si eran varios?

Mejor retroceder y esperar. Tras dar dos pasos, notó un fuerte golpe en el cuello. Luego dolor y sabor a sangre. Soltó su arma y se desplomó. Escuchó como la flecha que le había atravesado el cuello se partió al caer. Se preguntaba cómo no la había visto. ¿Por qué tenía que pasar en su turno de guardia?

Lo último que vieron sus ojos fue a varios legionarios pasando junto a él, con túnicas oscuras, sin protecciones, solo *gladius* y *pugios* y la cara pintada...

El *primus pilus* estaba saliendo por el postigo menor de la fortaleza tras haber intentado abrirla lentamente para que el ruido no alertase a los centinelas enemigos que quedaran. Los goznes fueron engrasados, pero no lo suficiente, ya que la grasa escaseaba. Por esto, se logró a medias, aunque sin consecuencias. El primer grupo de infiltrados bajó y sorteó el muro con cuerdas y escalas, para evitar precisamente esto.

Estaba frustrado. Aunque su plan fue aprobado por el Tribuno, no quiso que fuera él quien dirigiera a sus hombres. Debía quedarse atrás con la reserva. Atacaría Casio con más de una veintena de legionarios y auxiliares escogidos. Entre ellos estaban, cómo no, Vesper, Macro, Laico y Perdio. Entre los auxiliares, Andros, Musa y Ulpio. Su función, hacer un ataque protegidos por la oscuridad que sembrara el terror y desconcierto para hundir la moral enemiga. Para ello, debían matar a los centinelas y provocar todo el caos que pudieran. Con suerte, quemar varias de sus tiendas. Y con mucha suerte, soltar a varios animales de los establos para provocar pérdidas dentro del campamento. Al mismo tiempo, Valerio debía proteger el retorno de aquellos valientes. O locos. Depende del punto de vista. Druso y Silvano estaban entre los que, totalmente armados y con sus escudos fuera de sus fundas, esperaban tras el postigo para cubrir su retirada con un *testudo*. Seguro que los germanos se despedirían con flechas y venablos. En ese momento, toda vida de soldado era valiosa.

¿Por qué querría Fabio que se quedara atrás? Seguramente porque lo necesitaba vivo y no querría exponerlo a una misión tan peligrosa. El Centurión estaba molesto. Si él había ideado la operación, lo justo era llevarla a cabo. Siempre entendió que los oficiales deben predicar con el ejemplo para que ninguno de sus subalternos replique o dude. En el caso de Valerio, todos sabían de sobra que nunca mandaría a otros a morir por él. Había dado múltiples ejemplos de ello.

Mientras tanto, él se quedaría con el grueso de los hombres, todos despiertos y uniformados tras la puerta principal, por si conseguían arrastrar a los germanos a un ataque general a la fortaleza. Se hizo más por previsión que por fe a que la estupidez humana los arrastrara hasta allí.

No obstante, el Centurión hispano supo que algo no iba bien desde el principio. Desde el descenso de sus «infiltrados», los ruidos que provenían del campamento germano no eran muy esperanzadores.

Todo era errático. Incluida la inconfundible y fuerte voz de Casio dando órdenes. No se entendía exactamente qué decía, pero sabía que era él.

El *primus pilus* era el único que se encontraba al otro lado de la muralla, observando con detenimiento el horizonte. Esperando una respuesta que no llegaba a las dudas que le asaltaban. Tenía que hacer algo, pero no podía enviar exploradores o esperar a que vinieran. Tal vez si esperara más sería demasiado tarde.

—Balbo —susurró.

Sabía que se encontraba sobre el muro, junto con otros legionarios y auxiliares para ayudar en la retirada con *pila* y flechas. No hubo respuesta.

—¡Balbo! —subió ligeramente el tono.

—¿*Domine*? —no estaba seguro de haberlo oído.

—Entrega antorchas a varios de los legionarios apostados en la puerta —comentó en el mismo tono. Había demasiados ruidos en el campamento germano como para atender a la voz de un romano alejado del área de conflicto—. Date prisa.

Sin dilación, Balbo, con otros dos hombres, empezó a repartir antorchas a todos. Había confusión. Ese no era el plan establecido.

¿Qué pretendía? ¿Delatar la posición de los legionarios?

A medida que se pasaban las antorchas, las miradas y murmullos entre los legionarios aumentaron.

—¡Silencio! —advirtió Valerio con tono firme—. A mi orden, salid con presteza e id lanzando las antorchas de izquierda a derecha a medida que vayáis saliendo.

Otro largo silencio en el «puerto de las rocas». Respiración contenida. Contrastaba con la violencia que se estaba perpetrando a una distancia razonable de ellos. Los gritos de furia germanos iban en aumento. Los gemidos y algunos golpes secos también. Todo era confuso. Tal vez demasiado.

Valerio comprobó los tablones que habían colocado los germanos en su ataque por la mañana. Ellos no los habían quitado, pero debía cerciorarse de

que eran estables. Y así era.

—¡Ya les hemos dado tiempo! ¡Salid y haced lo que os he dicho! — fueron saliendo y cumpliendo su cometido en silencio—. ¡En círculo! ¡En torno a mí! ¡En torno a mí!

Ahora, la mayoría de los legionarios y auxiliares entendieron el gesto, incluido el Tribuno Cneo Fabio Sabino, que lo estaba viendo todo desde el acceso principal sin atreverse a confundir a sus hombres con una contraorden. Estaba claro que con una noche tan oscura, las antorchas darían algo de visión para distinguir amigos y enemigos. Parecía que todo había salido mal y había que actuar con cautela.

Sócrates salió como alma que lleva el diablo, pegándose al Centurión. Los animales intuyen el peligro y temía por sus dueños. Estaba bien educado, sabiendo que no podía lanzarse a lo loco o participar en el combate. Lo querían demasiado como para que lo mataran.

Al poco, varias sombras venían corriendo a toda prisa hacia la fortaleza. Los legionarios se aprestaron y fijaron la vista en ellos. Hubo suerte, eran varios de los suyos.

—¡Druso! ¡Abre un hueco por tu lado! ¡Que pasen! Los demás... ¡atentos!

Mientras se ejecutaba la maniobra, Valerio pudo ver que entre los primeros que volvían estaban Laico, Andros sosteniendo a Musa, herido en su pierna izquierda y corriendo con sumo dolor, a juzgar por su rostro contraído y los ánimos de su inseparable amigo. No eran más que cinco. Faltaban muchos.

—¡No os relajéis! ¡Vienen más! ¡Cuidado!

En este segundo contingente venían Ulpio y Vesper con su *gladius* lleno de sangre hasta la mitad de la hoja y gritando órdenes a algunos que iban rezagados.

—¡Los tenemos pegados! —gritó mirando a Valerio.

—¡Legionarios! ¡Avanzad diez pasos! —ni se lo pensó el Centurión, mientras se abría un hueco mayor para dejarlos pasar.

Se perfilaban unas cuatro últimas sombras y tras ellas un grupo enorme a carrera limpia. Se escuchaba cómo algunas flechas caían cerca. Uno de los que se acercaba cayó alcanzado por una jabalina y fue rematado con saña.

Algunos de los legionarios de vanguardia dudaron, pero la determinación de Valerio evitó la confusión.

Entre los últimos en llegar estaban Macro y un herido Casio que corría casi sin fuerzas. El primero tiraba del brazo del segundo con fuerza ya que, a

una docena de pasos, les seguían los germanos lanzando jabalinas y dardos.

—¡Cerrad filas! —dictaminó con resolución una vez que pasaron—. ¡Mantened la línea! ¡Nadie se mueve hasta que yo lo diga! ¡*Testudo!* ¡Arqueros!

En ese momento, los germanos lanzaron varios venablos y los arqueros replicaron con una andanada. Solo un legionario resultó herido a cambio de cuatro germanos. De repente, se escuchó una fuerte voz que sobresalía por encima de los gritos de furia de los germanos.

—¡*Retroceded!* ¡*No caigáis en la trampa!* ¡*Atrás!* ¡*En orden!*

Y como si de un único ente se tratara, retrocedieron, quedando fuera del alcance de los arqueros. Se hizo con determinación, orden y presteza. Primera vez que veían tal disciplina entre los germanos.

—¡Retroceded manteniendo la formación! ¡Primero el flanco izquierdo! —el Centurión no quitaba ojo a la vanguardia enemiga.

Obedecieron y progresivamente fueron entrando. Parecía que todo había acabado por esa noche. De forma sangrienta e ineficaz.

Fabio repasaba mentalmente el informe que un Vesper cansado, sucio y manchado de sangre le exponía. De los veintisiete que partieron, solo doce habían vuelto. Perdido estuvo entre los que no. De aquellos que habían vuelto, la mitad estaban heridos, como Musa y Casio. Especialmente este último, quien había recibido una flecha en la espalda y un lanzazo en el costado. Tenía mala pinta.

La «sala del jefe», donde se encontraban, estaba bien iluminada por una hoguera y media docena de lámparas de aceite. No obstante, dejaba en penumbra a gran parte de los oficiales presentes. Solo Vesper y Fabio estaban en la luz. En primer plano. Los que realmente importaban en ese momento.

Valerio se culpaba por no haber estado allí. Tal vez hubiera podido cambiar las cosas. O no. En cualquier caso, no culpaba a Casio del desastre. Era un gran soldado y había demostrado sus capacidades desde hacía años.

—Entonces afirmas que os esperaban —repetía bloqueado Fabio, como para intentar creérselo.

—Así es, *domine* —confirmó.

—¿Estás seguro de ello? —insistió.

—Se encontraban escondidos en el bosque. Nos flanquearon en cuanto acabamos con los tres primeros centinelas. No tuvimos opción —

argumentaba pacientemente, sosteniendo la mirada del Tribuno—. Llovieron venablos y flechas. Hemos sobrevivido de milagro.

—Un jefe talentoso... o precavido. Conoce nuestras tácticas —alargó un silencio, mientras apoyaba sus codos sobre sus piernas y miraba al vacío—. Bien ejecutado. No es culpa de nadie. No podíais hacer nada. Si hubiéramos enviado exploradores en medio de la noche habrían muerto o no habrían visto nada.

Estas frases las decía más pensando en voz alta que al *tesserarius*. Algo no encajaba en todo esto, pero Fabio no lograba discernir qué. Algo se le escapaba.

—Dile a los hombres lo que te he dicho. Comed y descansad. Mañana os espera un día largo y duro. Puedes retirarte.

—Gracias, *Domine* —saludó marcialmente y se marchó.

Cuando salió por la puerta, quedaron en la sala los cinco Centuriones y el Prefecto Cornelio Prisco. El *primus pilus* estaba tentado de decir «te lo advertí», pero no debía, no podía, ni quería decirlo. Habían muerto buenos hombres y otros estaban heridos para... para nada. Además, el plan lo había urdido él, aunque la idea fue del Tribuno. No habían logrado hundir su moral.

—Bueno, ha sido un desastre. Olvidemos este asunto. Hemos perdido la iniciativa. Dedicuémonos a defender la fortaleza con uñas y dientes —afirmó algo abatido. Esperaba un resultado distinto.

Hubo silencio y todos asintieron con sus cabezas, respetando la decisión del oficial de mayor rango. Todos menos Valerio que no dijo nada, respetuoso, pero lo miraba fijamente haciéndole ver que no estaba de acuerdo, pero que no lo iba a decir delante de los otros oficiales. Sus ojos, brillantes en exceso, eran como dos antorchas en la distancia: se intuían pero no con claridad. Provocaba un poco de desazón.

—Se mantienen mis órdenes —continuó hablando manteniendo la mirada a su principal hombre—. Reforzad la vigilancia y que descansen los hombres cerca de sus armas. Puede que el enemigo aproveche esta leve victoria para atacar. Retiraos. Tú no, Valerio, espera un poco.

Fueron saliendo uno a uno sin que nada turbase su ánimo. Estas cosas pasaban y no había que darle más vueltas. Otro día vencerían. Por otro lado, Cornelio Prisco no se movió, esperó una orden del Tribuno que nunca llegó.

—¡Habla! Sé que estás deseando.

—No, *domine*, solo si así lo deseas. Solo soy un humilde servidor —aduló el hispano. No deseaba tener un problema directo.

—Tu halago es hábil. Pero tus ojos te delatan —añadió con un ligero tono jocoso—. Habla, no perdamos innecesariamente el tiempo.

—Entiendo que desees ser conservador tras este revés —empezó a decir ante la evidencia—. No queremos perder a nadie.

—Claro. Pero...

—Pero... bueno, tal vez... y solo tal vez... te equivoques.

—¿No confías en mi buen criterio? ¿Otra vez?

Su duda venía por la presencia del Prefecto y las consecuencias de lo que allí se dirimiría. Algo incómodo para él, que no solía meterse en estos asuntos, pero últimamente lo hacía demasiado y eso podía terminar en algún tipo de castigo. El silencio fue la respuesta.

—¿Qué te ronda la cabeza? —preguntó el oficial al mando.

—No deberíamos dejar la iniciativa a los germanos —comenzó diciendo—. Debemos ser cautos, sí, y defender con decisión, pero no limitarnos a ello.

—¿Otra salida?

No, *domine*. Ahora no. Pero, tal vez, más adelante. O en su próximo ataque, por el postigo menor, elegir unos soldados escogidos y atacar. Solo para mostrarles que tenemos capacidad de sorprender. Atacar su moral. Yo mismo dirigiré el ataque, si te place.

Fabio guardó silencio. Miró a Cornelio Prisco, que se encogió de hombros. Estaban bien planteadas sus dudas, y podía tener cierto sentido. La moral determinaba la batalla. Sin embargo, no quería arriesgar nada y tampoco perder el control sobre el mando de la tropa. Él era el que mandaba la expedición, quien había tomado el puerto y había logrado todo. Respetaba a Valerio. Sí. Pero no iba a dejar que un puto Centurión con ideas propias le quitara la gloria de salir victorioso tras un pequeño percance. Ahora veía claro el final: vencerían y volverían a casa como héroes.

—Comprendo tus dudas —empezó a decir laxo y despreocupado, calentando sus manos en el fuego—. Pero no quiero arriesgar inútilmente más vidas. No hace falta tener la iniciativa. Para vencer deben entrar; con impedirlo, su moral se desplomará. Solo hay una orden: prepararse para el próximo ataque y golpear fuerte a los que intenten entrar. Esa es mi decisión.

—Sí, *domine*.

—Ahora déjanos, quiero descansar.

Tras saludar marcialmente, salió por la puerta de la sala del jefe no muy convencido de que fuera lo más sabio, pero al menos lo más prudente. Mejor dejarlo. Mañana será otro día.

Pretendía irse a dormir, pero se encontró a Styrmir junto a la puerta, sentado en un árbol cortado. Parecía que quería una «audiencia».

—*Domine, quería hablar contigo, si puede ser. Llevo días intentándolo, pero siempre estás ocupado* —empezó a decir en germano con un ligero reproche.

—*Así es* —respondió con una sonrisa en su cara—. *La guerra no deja mucho tiempo libre, pero ahora mis oídos están solo para ti.*

—*Te lo agradezco, domine. No quiero entretenerte pero no entiendo todavía qué hago aquí.*

—*¿Es eso lo que te preocupa? ¿Morir aquí?* —dijo apático y tomando asiento en el árbol cortado.

—*Prefiero morir siendo un hombre libre. Pero al menos moriré con un arma en la mano. No. No es eso. Llevamos aquí varios meses. Desde que he llegado, me he comportado como otro romano más. Como lo mismo, hago guardias, combato...*

—*En el último combate lo hiciste bien* —puntualizó Valerio—. *Mataste al menos a dos en la defensa del muro, ¿no?*

—*Por lo menos.*

—*¿Y no te sientes cómodo siendo uno de nosotros?* —el tono del Centurión era ligeramente divertido. Miraba a Styrmir y lo veía con túnica romana, *caligae*, cota de mallas y *gladius*. Muy cercano, si no fuera por su larga melena, sin casco, sostenido su pelo por una sencilla cinta, y sus pantalones. Al menos iba afeitado por orden expresa suya. Podía llegar a ser confundido con el enemigo.

—*El problema es que no soy uno de vosotros. Soy un esclavo.*

—*Pero luchas igualmente por la libertad y por tu supervivencia. ¿Necesitas un motivo para luchar? Lucha por tu honor y por mí.*

—*Eso está claro, domine. Por mi honor. Pero masacrar a los míos...*

—*No son tu pueblo. No son tu gente. Ni siquiera hablan igual que tú. No te conocen. No te protegerán y no les importas. Además, ¿crees que los germanos te permitirían volver a tus tierras?*

—*Seguramente no.*

—*Entonces... ¿Qué es lo que quieres?*

—*Saber cuál es mi función aquí. No encuentro mi verdadero lugar.*

—*Todavía no lo sé. De alguna manera, creo que los dioses me han llevado hasta ti y te tienen algo reservado.*

—*Está bien* —se conformó—. *¿Seguiré luchando igual o el domine tiene otra orden distinta?*

—*La verdad es que sí.*

—*Que el domine mande y yo obedezco.*

Alzado el sol al día siguiente, los soldados de los diferentes pueblos germanos, con sus diferentes jefes, se encontraban exhaustos por los combates y la noche en vela. No obstante, de alguna manera, el sentimiento general era esperanzador. Habían hecho retroceder al enemigo con gran facilidad y provocándole algunas bajas. Casi más que en los otros dos asaltos.

Eberhard había conseguido su objetivo. Sabía que, si no lo intentaban, tendrían la excusa de que estaban encerrados como ratones, asustados solo de pensar en luchar. Seguramente no hubiera funcionado, pero hubiera tenido un golpe de efecto. Sin embargo, todo había salido a la perfección. Los romanos, confiados en su victoria, quisieron dar el golpe de gracia. Él también lo hubiera hecho. Por eso, los esperó con toda la infantería de la *Guardia Verde* escondida, al acecho, en el bosque cercano. Siguiendo fielmente las instrucciones de Eberhard, todo salió a pedir de boca, sin apenas bajas de relevancia, elevando la moral de la tropa.

Fue el momento preciso para un discurso largo, atrevido y muy oportuno: decir con mucho lujo de detalles que la primera victoria sobre Roma se debía a él y solo a él, porque tenía razón: la disciplina de sus hombres para llevar a cabo meticulosamente sus órdenes había provocado el éxito.

La segunda idea estaba más clara, esto había sido una demostración de que podían vencer. Un ejemplo de que su fuerza no había menguado lo más mínimo y que debían seguir presionando.

La tercera idea del discurso era que los hechos habían demostrado que los romanos no eran imbatibles. Solo la paciencia y la perseverancia provocarían la derrota del enemigo.

La cuarta, y última, fue una promesa: intentarían por última vez un ataque frontal con una nueva arma, que sería definitiva. Añadió que, si no conseguían rebasar el muro, él mismo ordenaría el repliegue de todas las unidades.

Arriesgado pero tuvo el efecto deseado también: apenas un centenar de hombres abandonaron el campamento al amanecer.

La intendencia era importante: el Gran Jefe sabía que no podían llevarle alimento y bebida con la asiduidad que él necesitaba. Por esto, era consciente de que tenía una semana, quizás dos, para vencer o retirarse. Ahora tenía una buena oportunidad y se lo jugaría todo en una batalla.

Todos fueron informados que en dos días avanzarían contra el enemigo. Un par de días para honrar a los dioses, preparar el gran asalto y decidir cómo llevarlo a cabo. Aunque Eberhard lo tenía todo meditado desde que llegó. Todo había transcurrido como él, más o menos, había calculado. Había sembrado, ahora le tocaba recoger los frutos.

EN LAS PUERTAS DE HADES

SOBERBIA. El Gran Jefe paseaba entre sus hombres altivo y soberbio. El principal defecto de Eberhard. Se creía superior a los que le rodeaban. Tenían una visión muy corta, un mundo muy limitado y unas ambiciones poco desarrolladas. Así los veía. Había que andar un paso o varios por delante de los demás si querías llegar a algo en la vida. También sabía que nadie entendería sus verdaderos planes. Ser el Jefe era muy solitario. Además, si moría, sus sucesores desmembrarían el área de influencia que él había logrado controlar durante toda su vida, por no saber mantenerlo y expandirlo.

Pero lo cierto es que, por ese desprecio hacia los demás, ninguno tuvo intenciones de saber qué quería realmente. Tampoco concibió que entre los suyos, al menos uno pudiera entenderle. Por eso, y otras razones, no pasaría a la Historia.

Hacía horas que había amanecido y sus tropas aún se estaban organizando. Todo debía salir a la perfección. En el día de hoy no había lugar para la duda o el error, se decía Eberhard. Por eso no tenía prisa.

Los principales preparativos estaban ya listos, pero los caudillos pugnaban por su lugar en la que sería la batalla que inclinaría la balanza de un lado u otro. A excepción de los principales:

Keil fue enviado al centro de la formación, junto con el primer contingente de ataque. Había recibido estrictas órdenes de concentrar mucha presión sobre la puerta principal y no cejar en el empeño. Vital para la victoria. Este caudillo menor quería congraciarse con el Gran Jefe. No permitiría que las tropas que se le habían encomendado, incluyendo sus propios hombres, lo dejaran en mal lugar. Debía pensar en el futuro.

Heiner, por su parte, se encargaría de presionar el postigo menor y toda la zona principal del muro. Función de contención pura, pero atacando con rudeza. No podía ser de otra manera a la hora de asaltar un bastión. Como hijo de Eberhard, era una extensión de sí mismo. Además, todos lo conocían. Sabían de su valor y arrojo en el campo de batalla, pudiendo ser vital a la hora de ser un referente para mantenerse firmes en un momento crucial.

Geert, el principal hombre de la infantería de la *Guardia Verde*, estaba al mando de la misma y de otro pequeño contingente que atacaría el muro menor, en el flanco derecho romano (viceversa, en el lado germano). Sus órdenes eran presionar sin exponerse.

Cedrick, al mando de casi medio millar de sajones elegidos por su valentía y rudeza, tenía un encargo especial y que prácticamente nadie sabía de qué se trataba. Solo vieron como desaparecería con su grupo por el bosque en dirección al Oeste.

Wigmar se quedaría en la reserva, con toda la caballería. Tanto la aliada como la de la *Guardia Verde*. Un honor, en teoría. Se quedó en silencio cuando Eberhard le informó sobre su papel, pero lo cierto es que estaba decaído. No contaba con el apoyo del Gran Jefe. Deseaba destacar y llegar a lo más alto.

El propio Eberhard se quedaría en el centro de las formaciones, junto a cuatro hombres con banderas y cuernos, para transmitir las órdenes hacia todos los puntos. Sin embargo, quedaba mucho para ello. Varios accidentes y problemas de suministro retrasaban considerablemente los movimientos de tropas, quedando mucho para que empezase todo. Pero no había prisa. Los dioses y, sobre todo, el genio militar de Eberhard, estaban con sus hombres.

—Parece que va a llover —insinuó Vesper despreocupado, mirando aquella marabunta de enemigos que empezaban a formar.

Nadie contestó. La mayoría se encontraba demasiado nervioso o expectante mirando por encima de la muralla con desconfianza. La mayoría de los legionarios y auxiliares se ubicaba en su posición desde hacía largo rato. Las mismas que en el asalto anterior.

—Eso nos perjudica a partes iguales —añadió Macro.

—Para ellos es peor: el fuego no hará tanto daño y el barro será una dificultad para trepar el muro —replicó Vesper.

—Cierto, pero el golpeo de las gotas en los cascos nos volverá locos.

También era cierto y todos lo sabían por experiencia, por eso sonrieron. Ocurrente salida que aligeró algo los nervios.

—Al menos cada vez hace menos frío. ¡Por los dioses! ¡Esto es el fin del mundo! Por eso los romanos ocupamos las mejores partes.

—Deberíamos estar acostumbrados a ello después de tantos años —abrió la boca por fin Valerio, que no dejaba de mirar con preocupación las líneas enemigas.

—¡Ni en cuatro vidas me acostumbraría, Centurión! —se quejó Macro.

—Largo sufrimiento.

Con otra broma, y la risa de los presentes, posó su mano en el hombro de Macro y se dirigió a buscar al Tribuno. Bajó la escalinata decidido y, saludando a todo hombre con el que se cruzaba, fijó su mirada en la puerta de la «Sala del Jefe». A medio camino se encontró a un preocupado Balbo, que había salido de dicho habitáculo.

—Centurión, deseaba hablar contigo un momento, si me lo permites —su tono fue casi suplicante.

—Date prisa. Tengo asuntos que tratar con el Tribuno —apremió con evidentes síntomas de impaciencia, pero sabía que algo importante debía ser. Si no, Balbo no lo molestaría en momentos previos a una batalla campal.

—Es del propio Tribuno de quien quería hablar.

—¿Le ocurre algo? —preguntó preocupado.

—No lo sé. Ha estado despistado haciendo el inventario durante toda la mañana.

—Hay una batalla en ciernes. Es normal.

—Cierto, pero hablaba solo de vez en cuando, parecía ausente y lo peor: se ha tirado un buen rato mirando unos viejos arcones, como si hubiera algo ahí. Y lo cierto que estaban vacíos, se empiezan a vaciar los graneros y almacenes.

—Te preocupas demasiado. Ahora lo veré. Si es necesario, le comentaré algo, pero no olvides que es el máximo dirigente de este bastión. Y no puedo llevarle la contraria.

—No te lo pediría, Centurión. Gracias por escucharme.

Tras esto, inclinó su cabeza y se fue presuroso al muro. Valerio lo miró con condescendencia mientras se escurría entre los simples edificios germanos. Inteligente, pero novato. Pronto aprendería.

Llegando al portalón de la «Sala del Jefe», vio cómo un hombre estaba sentado sobre un tronco. Pelirrojo, fuerte, semblante tranquilo y relajado; cota de mallas, *gladius* en la funda, un pequeño hacha en el otro lado de la cintura, sin yelmo pero con una cinta para fijarle el pelo; no obstante, lo que más destacaba era un hacha a dos manos apoyada en el suelo junto a sus *caligae*. Un trofeo de un enemigo vencido. Era Styrmir: visualmente, una mezcla perfecta entre bárbaro y romano. Su deber, encomendado por Valerio, era velar por la seguridad del Tribuno siendo su sombra constante. De momento, sencilla labor la del esclavo del *primus pilus*, pero pronto eso iba a cambiar. Intercambiaron miradas, inclinando su rostro cuando su *domine* se acercó, correspondiendo con el mismo gesto. No hacía falta otro diálogo. Se entendieron.

Cuando accedió al interior, se encontró de cara a Fabio, a escasos pasos de la entrada. Estaba ajustándose la coraza auxiliado por un esclavo personal. El único que había traído.

—¿Tiene orígenes antiguos tu familia? —inició así el diálogo el Tribuno, despreocupado.

—Así es, *domine* —respondió confuso ante el extraño comienzo de la conversación.

—¿E ilustres?

—No, *domine* —no podía decir lo contrario ante alguien de clase senatorial.

—Tu padre tiene tierras... ¿colono o lote entregado como militar?

—La familia de mi padre hunde sus orígenes en la *gladius* y la azada, desde los tiempos del noble Publio Cornelio Escipión. Al menos, eso me dijo mi padre. La de mi madre es de origen turdetana. Comerciantes.

—Ya veo. ¿Último combatiente en tu familia, sin contar tú?

—Bueno, técnicamente, uno de mis tíos participó en las campañas de Tiberio cuando vivía el Divino Augusto. Antes de eso, fue el padre del padre de mi padre. Se ha perdido un poco la costumbre.

—Eso pasó en mi familia —añadió Fabio—. Pero aplicado a la política. Llevamos muchas generaciones sin destacar en nada. Soy el último descendiente que queda del sabio Fabio Máximo, el escudo de Roma, el que mantuvo a raya al poderoso Aníbal.

Un silencio denso se apoderó de la sala. Se colocó su *gladius* y tomó su yelmo sin quitar ojo a Valerio, leyendo sus pensamientos.

—Te preguntarás por qué te cuento todo esto —dijo tras mandar a su esclavo a abrir la puerta—. No quiero morir aquí, es cierto, y estoy siendo muy cauto. Nadie querría morir en esta tierra salvaje, hostil, olvidada por la providencia. Pero estoy dispuesto a sacrificarme si es necesario. Al igual que mi antepasado, no quiero correr riesgos innecesarios. Solo lo hago en pos de la victoria y de Roma.

—Como debe ser, *domine* —apoyó sinceramente Valerio.

—Sabía que tú lo entenderías, eres tan recto y honorable que concibes tu mundo de forma sencilla.

—Si el *domine* lo dice.

—No eres un simplón, —añadió al ver que lo ofendía— pero tu forma de ver la vida es sencilla, con valores claros y constantes. Por eso necesito a alguien cerca como tú. Es difícil encontrar a personas así.

No sabía que decir. Todo era muy extraño. ¿Qué le rondaba la cabeza? ¿Tendría razón Balbo y habría perdido el juicio?

—Ve a tus posiciones y mantente firme.

—¿Alguna otra orden, Tribuno?

—No necesitas ninguna otra. La batalla decisiva comienza. Y ahora dependemos de nuestras propias capacidades. Todo lo demás ya se ha hecho. Repetir lo mismo es inútil e innecesario.

Y así se fue, a paso ligero, seguido muy de cerca por el fornido Styrmir. Fabio no dejaba nada al azar. Algo tenía que estar rondándole la cabeza, no había otra explicación a su extraño comportamiento. Tal vez lo pusiera a prueba. En cualquier caso, él sabía qué hacer y cómo hacerlo.

Cuando se iba a ir a su posición, del cercano hospital salieron un legionario y un auxiliar, completamente uniformados. Se trataba de Casio y Musa.

—¿Qué hacéis aquí? ¡No estáis recuperados! ¡Volved al hospital! —gritó Valerio.

—Centurión, nunca me he negado a ninguna orden tuya, ni he permitido que otros lo hagan, pero hoy es diferente —respondió Casio que, bajo su *lorica segmentata*, llevaba un gran vendaje.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Todos sabemos que hoy se decide todo. Hacen falta todas las manos posibles para la victoria. Mientras podamos mantenernos en pie, seremos útiles.

—No creo que podáis hacer mucho heridos.

—Seguro que podemos ser de utilidad —diciendo estas palabras, alzó la cabeza por primera vez. Era más que evidente el respeto que le tenía al *primus pilus*.

Valerio reflexionó un instante, mirando a aquellos dos hombres que se mantenían erguidos y orgullosos. Así debía de ser la pasta de la que deben estar hechos los hombres de Roma. Sin embargo, exponerlos al combate era enviarlos a la muerte. No podía perder hombres así.

—Está bien —indicó con un tono casi paternalista—. Pero pongo una condición: serviréis en las *ballistae*. Todavía no estáis recuperados para el combate y os necesitaremos pronto.

—Eso nos vale —expresó tras intercambiar miradas con Musa—. Solo queremos ser útiles.

«Hombres valerosos», pensó una vez que desaparecieron despidiéndose marcialmente. Una locura tener que sacrificarlos por un sitio que no interesa

nada a Roma.

Llovía. Lluvia fina, persistente. Había empezado una hora atrás. Todos sabían el engorro que suponía. Romanos y germanos. Frío dentro de las ropas, dificultades de visión, ropa más pesada al mojarse... Si había alguna ventaja, era para los romanos, pero castigaba por igual a los dos. ¿Condenaban los dioses el combate en ese día?

La batalla había comenzado. proyectiles que chocaban contra germanos; guerreros de varios pueblos germánicos que intentaban escalar el muro; romanos defendiéndolo; un ariete de madera intentando derribar el portalón; flechas de un lado al otro del muro; gritos, lamentos, oraciones, vómitos, sangre... Todo junto, la locura se había apoderado por ambos bandos. De momento, los romanos, aunque sorprendidos ante el arrojo enemigo, aguantaban las posiciones.

No obstante, alguien, aunque estaba presente, se encontraba ajeno a todo lo que sucedía.

Valerio, como ido, tenía el semblante inexpresivo propio de un muerto. Se encontraba en la parte alta del muro, junto con sus hombres. Hacía dos días que tenía un ligero malestar, notando ahora calor, ahora un frío horrible. Fiebres que iban y venían. Muy oportunas. Llevaba un rato mirando al infinito, sin reaccionar, con el yelmo con su distintiva cresta transversal puesto, sin atar, y los brazos pegados al cuerpo. Sin desenvainar su *gladius*. Empezó a delirar, aunque nadie se percató: todos estaban absortos en lo que acontecía a pocos metros de él. Para Valerio, todo empezó a ir más despacio, los sonidos menguaron en intensidad y desapareció el malestar. Una extraña sensación de paz lo invadió. ¿Sería la muerte? La figura de una mujer salió de entre los legionarios que combatían con ardor. Lydia, con una túnica blanca, resplandecía en ese oscuro día del final del invierno, caminando lentamente, etérea. Su pelo ondulaba en el viento y se acercaba a él con una sonrisa en los labios. Él también sonrió.

—Mi amor, ¿qué haces aquí? —dijo ella con una voz vibrante y con fondo hueco. Solo se la oía a ella.

—Cumplir con mi deber. Luchar por Roma y morir defendiéndola.

—¿Crees que debes morir por ello?

—Es lo único que he conocido y siempre he creído. Es mi destino.

—Ese no es tu destino. Tu muerte no será aquí, ni ahora.

—¿Por qué estás aquí?

—Para guiarte. Vuelve y trae a los tuyos de vuelta a casa. El Dios supremo quiere devolvarte al redil. Es un camino que debes tomar solo. Guíate por tu corazón, pero que sea tu cabeza quien mande.

—Pero...

—Se acabó el tiempo. ¡Vuelve!

Y ella le dio un empujón, muy fuerte, que lo hizo tambalearse. Pareció como si lo despertaran de un sueño de forma súbita. Respiraba acelerado, con dificultad y los ojos bien abiertos, algo espantados al ver el rostro de Vesper encendido, gritando. Sin embargo, no escuchaba otra cosa que no fuera el latido de su corazón y su entrecortada respiración. ¿Qué había pasado? ¿Serían las fiebres? ¿Una invitación de los dioses? ¿Una alucinación? En cualquier caso, se sentía despejado, con frío en su cuerpo, pero con un extraño calor interior. Tardó unos pocos segundos en reaccionar tras el fuerte empujón de Vesper.

—¡Nos está costando mucho mantener la línea de la muralla! ¡Empiezan a superarnos! —repitió a gritos el *tesserarius*, esperando una reacción de su oficial.

—¡Manteneos firmes! ¡Todos luchamos! ¡Nadie se rinde! —rugió al decirlo, como si una voz de ultratumba hablara. Se estaba normalizando su respiración.

Desenvainando su *gladius*, se dirigió al sector más oriental del muro, donde algunos germanos luchaban ya contra legionarios en el mismo suelo. Se peleaba con bravura, por ambas partes, mojados, acalorados por la tensión del ambiente, cubiertos de barro unos, ralentizados por las ropas mojadas y el peso del hierro los otros. Aunque algo decantó la balanza. Algo extraño, incluso divino.

Valerio, con una furia inusitada y una precisión abrumadora, mató a uno, dos, tres y hasta cuatro enemigos con certeros estoques y tajos con los que hasta el experto Vesper quedó impactado. Una furia asesina lo invadía. ¿Un poder divino? ¿Un odio profundo? ¿Una subida de adrenalina?

Muy cerca, Heiner sacaba del cuello de un recién fallecido legionario su enorme hacha de dos manos. Había sido el que potenció el ataque y su presencia en el muro encendía los ánimos de todos los germanos que en ese sector luchaban. Al ver al Centurión con su distintiva cresta transversal, apartó a dos de sus guerreros, al tiempo que Valerio se abrió camino hasta él. Duelo de héroes a la antigua usanza.

Heiner estaba deseoso de enviar al otro mundo a un oficial romano. Probaría su valía frente a su padre, sus tropas y los dioses mismos, además de

vengar a los caídos. Un golpe de efecto.

Descargó, con furia, un ataque con su hacha que su adversario esquivó, leyendo sus movimientos. Envió otro con gran rapidez, que volvió a esquivar esta vez no solo con su cuerpo, si no con una ligera ayuda de su *gladius*.

Lo que ocurrió después, fue, para muchos, inexplicable.

El hijo de Eberhard era de gran estatura y corpulencia. Comparado con él, Valerio, que era ligeramente alto para los romanos, era poco menos que un retaco.

Sorprendió a todos cuando, con su mano izquierda, como si fuera un resorte, tomó el grueso cuello del germano y le partió la garganta en un solo movimiento.

Heiner puso los ojos en blanco, al igual que su verdugo, indicando uno la muerte y el otro un peculiar estado de trance. Uno cayó de rodillas, mientras el otro lanzó un potentísimo grito que se escuchó en todo el bastión y que provocó el terror de germanos y romanos por igual. Un grito fuerte y grave, más parecido al rugido de un oso. Tuvo una larga duración. Pareció sobrehumano.

Los germanos, asustados, retrocedieron o se quedaron clavados en sus puestos, al igual que todos los legionarios de alrededor. Nadie había visto ni oído algo semejante. La mayoría no lo volverían a ver.

En el muro del Oeste, todo iba a pedir de boca. Lucha de proyectiles donde los romanos tenían las de ganar: altura y protección. El muro de escudos que utilizaban los germanos, pegados unos a otros, era insuficiente para protegerse. Eran más pequeños que los escudos romanos, aunque más ligeros. No obstante, Silvano intuía que algo no iba bien. Llevaban media hora presionando, pero sin hacer ningún intento por tomar la muralla. Solo ese punto no tenía combates directos. ¿Por qué? ¿Tramaban algo? Esa sensación de peligro se maximizó cuando se oyó un potente rugido que venía del otro extremo del muro. El legionario pensó en una señal divina e intercambió una mirada de preocupación con Laico.

—Algo no va bien —sentenció con firme voz, cubriéndose tras su escudo.

—Estamos en el lado menos atacado, es lógico pensar eso —respondió Laico tras lanzar una jabalina y cubrirse inmediatamente después.

—¿Y no lo ves extraño?

Una mano se posó en el hombro de Silvano. Era el Centurión al mando Trásea Quirino que pasaba de un extremo a otro de su zona asignada dando

órdenes y ánimos.

—No pueden presionar igual en todas partes —opinó el oficial, mirando toda la línea enemiga aunque protegido por su escudo—. Contener al enemigo es la orden que recibimos y así se hará.

El combate seguía y la lluvia empezaba a arreciar, incluida la brisa del norte. Tal vez una pequeña ventaja por fin.

Eberhard miraba receloso toda la situación del frente. Sus hombres estaban al límite, atacando con bravura, pero sin terminar de tener una clara ventaja con respecto a los enemigos romanos. Es más, el ariete de madera golpeaba la puerta principal con insistencia, sin conseguir que cediera ni un ápice, mientras un gran número de bajas germanas se acumulaban en torno a ella.

Sin embargo, los romanos también estaban cansados. Era el momento, ahora o nunca. Alzó el brazo con su hacha. Una bandera se alzó haciendo un movimiento particular mientras un germano tocó unos acordes del cuerno. Se trataba de la maniobra que llevaba esperando hacer desde el día que llegó.

Los legionarios del muro occidental estaban perplejos, no creían lo que veían sus ojos. Para empezar, los germanos, comandados por Geert, se dividieron en dos grupos aproximadamente del mismo tamaño. Dejaron un claro bastante grande en el centro. ¿Por qué? La indisciplina germana era algo más que conocida para aquellos legionarios. Aquella maniobra era ligeramente complicada y precisaba disciplina, aparte de orden. Algo que brillaba por su ausencia en los pueblos de la Germania.

Un gran estruendo por el Noroeste fue lo que hizo que todos los legionarios se estremecieran y miraran la primera hilera de árboles que se encontraba en el denso bosque que los rodeaba. ¿Qué sería eso? Sonido metálico y a madera. Estaban aterrorizados. En cualquier caso, no era bueno. Y apareció. Un enorme ariete. Tenía el grosor de un roble anciano, con una punta entera de hierro y cuatro ruedas de madera y hierro para reforzarlo. Solidez total que precisaba de, al menos, una quincena de hombres para moverlo. Al haber una suave pendiente, el suelo calizo potenció que bajara a mayor velocidad pese a la lluvia, tomando una fuerza de choque espeluznante. Los romanos no pudieron hacer otra cosa que buscar refugio en los extremos del muro. Los que reaccionaron.

El impacto fue brutal. Tembló todo el muro y se oyó a mucha distancia el sonoro desmoronamiento del flanco occidental. Una nube de polvo se acumuló a una altura increíble que llegó incluso a la puerta principal, aturdiendo e impidiendo la visión a ambos bandos. Ningún romano, ni la mayoría de los germanos esperaban que ocurriera esto. Eberhard jugó sus cartas con maestría: se habían apilado los escombros formando una escalera. Así pues, en el agujero resultante cabían tres hombres en línea. La inexpugnable fortaleza germana no lo era tanto y quedó así de patente. Un mito menos.

Cuando se posó la nube de polvo, unos segundos después, Eberhard indicó que era el momento de atacar mediante órdenes sonoras transmitidas por cuernos. Los hombres de Geert y Cedrick gritaron y se fueron abalanzando hacia el interior sin que ningún romano se les cruzara por el medio. Los que estaban en ese lado de la muralla estaban muertos, heridos o aturridos. Nadie podría detenerlos.

Cuando el muro cayó, la reacción en los otros sectores fue de perplejidad. ¿Cómo lo habían conseguido? No hubo reacción inmediata: había bastante presión en el muro oriental y, sobre todo, en la puerta principal. Sin embargo, Fabio se desgañitaba dando la orden de aguantar a toda costa. Debía hacer algo con la abertura, impedir la entrada de los germanos, pero ¿cómo? Mandó que la mitad de los hombres fueran a tapar el acceso, mientras el resto debía resistir. No sería suficiente. Si entraban en tromba, sería el final. No podían rebasar el muro, si no, todo estaría perdido.

Los primeros sajones en trepar los escombros del muro esperaban ver a los romanos replegándose al interior o rindiéndose. Cuando una empalizada cedía, lo normal era que sus habitantes prefiriesen evitar una masacre. Pero lo que se encontraron fue a Casio y a Musa, que se habían hecho con un escudo cada uno y habían logrado que todos los servidores de las *ballistae* les siguieran ciegamente a contener al enemigo. No se trataba de un acto de inmolación o sacrificio. Lógica elemental: si no se hacía, todos morirían. Instinto de supervivencia en estado puro.

Inicialmente, los tomaron por sorpresa, y los romanos fueron matando a la avanzadilla germánica de forma frenética y mecánica. La sorpresa, la furia y

la experiencia eran sus principales baza. A sus espaldas, Cornelio Prisco daba paso a la cordura y al orden.

—¡Formad una línea! ¡Mantenedlos fuera! ¡Vamos, rápido! —gritaba aterrorizado el joven Prefecto.

Los refuerzos llegados de los otros sectores del muro permitieron contener a los enemigos en la misma brecha. Especial importancia tuvo Vesper que, atacando por el flanco izquierdo, provocó varias bajas contra algunos que se estaban abriendo paso.

La formación a intervalos y el refresco de la primera línea no impedía que la situación fuera dramática. Parecía que iba a ceder en cualquier momento. Aunque los hombres sabían que. Si no aguantaban, todos acabarían muertos o torturados. Las bajas se multiplicaban. La sangre regaba toda la zona. Los cuerpos se amontonaban, haciendo muy difícil la defensa y el ataque. La locura se apoderó de ambos bandos. Más bestias que hombres.

Finalmente, cuando nadie parecía que cedería, aunque la ventaja era toda para los atacantes, estos, al estar mal dirigidos, empezaron a retirarse desde el portalón principal y el muro oriental. Mal dirigidos, Eberhard tuvo que ver con gran decepción e impotencia cómo la victoria total se le escurría entre los dedos. Intentó controlar la estampida, pero ya era imposible, se había extendido a todos los sectores y nada podía detenerla. Sin embargo, no se escucharon apenas gritos de júbilo en el interior de la fortaleza. Todos estaban agotados, muchos heridos o muertos, y su bastión, a merced del enemigo. El muro precisaba una reparación que requeriría de mucho tiempo, mano de obra y recursos de los que no disponían. No había nada que celebrar. En ninguno de los dos bandos.

Una nube de humo ascendía entre una gran multitud. Se trataba de una entre varias piras funerarias. La de Heiner. Había sido encendida por su propio padre, que guardaba silencio en todo momento con una expresión taciturna. Tenía más hijos, incluso más sagaces o con mayor capacidad de liderazgo, pero ninguno más valiente y fiel que Heiner. Una pérdida irremplazable en lo militar e inolvidable en lo personal. Su hijo, sangre de su sangre. Aunque no dejó que eso lo aturciera o le nublara el juicio.

Tampoco culpó a los dioses. No creía mucho en ellos. Solo se limitaban a mirar y solo favorecían al fuerte. Su muerte fue porque su rival era digno de ello. Eberhard estaba plenamente convencido.

Una vez que el cuerpo estuvo totalmente en llamas e irreconocible, con un gesto, llamó a los caudillos principales en torno suyo: Keil, Cedrick y Wigmar. Geert había resultado herido, pero pronto estaría restablecido.

Enfrente de todos, pero en voz baja, para que solo ellos pudieran oírle, empezó a hablar.

—*Hemos tenido muchas bajas, pero no hay que desanimarse. La fruta está madura, solo resta recogerla.*

—*Muchos de los nuestros están heridos o muertos, Gran Jefe* —afirmó Cedrick ante la evidencia.

—*Eso no impedirá la caída de la fortaleza. Tenemos suficientes hombres para hacerlo* —subió el tono y miró hacia el infinito.

—*Moriremos todos aquí* —sentenció Keil.

—*¡Mi hijo ha muerto!* —gritó Eberhard—. *El más valiente de mis hombres, el más leal y el más honesto* —dirigiéndose a todos los presentes—. *¡He demostrado que esta fortaleza no es inexpugnable, que los dioses no la protegen! ¡Habéis fallado en el momento final! ¡Keil ha fallado! ¡No mereces ser un líder!*

A Keil le hubiera gustado responder, pero sabía que no debía. En parte tenía razón. No supo controlar a sus hombres, que fueron los primeros en desbandarse. Sin embargo, habían sido los que más presión aguantaron y los que lucharon con más insistencia. Una réplica hubiera parecido un desafío. No. El silencio era lo mejor. Peligraba su puesto y su vida. Eberhard continuó.

—*Acabaremos lo que hemos empezado. Nadie se irá de aquí hasta que este bastión caiga. Lo juro por todos los dioses. Aquellos que se vayan serán considerados traidores y perseguidos como perros. Los que me sigan serán bien recompensados. El fin está cerca. Tres días para sobreponernos y abrir la brecha definitiva. La venganza está en nuestra mano.*

Los presentes gritaron y corearon nombres de los caídos. Todos sabían que irse, cuando todo estaba tan cerca, era signo de cobardía y estupidez. Cedrick y Wigmar, los más cercanos e inteligentes, sabían que, si se retiraban, no pasaría mucho tiempo hasta que muchos aliados y enemigos traicionaran a Eberhard y le atacaran. No podían volver con las manos vacías. Le quedaban algo menos de cuatro mil hombres intactos de los más de siete mil que habían partido. Recuperarían a un centenar o más en esos días para el asalto final. Serían más que suficientes.

Tres días, a los romanos les quedaban tres días de vida.

Fabio examinaba la brecha mientras se intentaba, en vano, cerrarla. Demasiado grande, faltaba material, había cansancio acumulado y pocas manos para hacerlo. Sentado sobre una piedra, observaba también cómo retiraban heridos y se escuchaban los gritos horribles de dolor. Esta vez eran muchos más que en las anteriores.

Ya estaba claro el destino final. No había táctica o artimaña que impidiera el exterminio de todos sus hombres. ¿Qué hacer? ¿Huir a *Gesoriacum*? No cabían todos, sin contar el deshonor de haber fallado en su misión. Además, tal vez todavía lo considerarían un desertor.

Anocheía. Al menos había parado de llover. Una tregua que no solucionaba el problema. Los legionarios solo habían podido tapar mínimamente el agujero y obstruir algo el acceso. Con un fuerte golpe de ariete, todo se vendría abajo.

Había que tomar una rápida solución. El tiempo volaba.

Empezó a recordar cómo se alegraba de no haber vivido el miedo a Aníbal que su ancestro tuvo que sufrir. Lo cercana que estuvo Roma de su fin. Ahora, entendía que los tiempos y las circunstancias cambian, pero los problemas persisten. Tal vez el destino.

Entonces recordó algo. Una idea en la que no había reparado. Su pedagogo griego, le explicó el pasado de su familia, de su cultura y de los grandes hombres de Roma. Un pequeña posibilidad... ¡Gracias, lecciones de Historia!

Valerio miraba el cesto y todo parecía en orden. Había que empezar. La decisión del Tribuno Cneo Fabio Sabino no había sido demasiado perjudicial, parecía que mantenía la cordura o quizás él perdía el juicio también y por eso compartía su visión. Nada estaba ya claro. Estaba perdiendo sagacidad, o tal vez fuese la certeza de la muerte y la derrota lo que hacía que pensara así. Solo era cuestión de tiempo que fuesen pasados todos a cuchillo. Su mente, al igual que su cuerpo, no estaba recuperada del todo, aunque mejorando sensiblemente cada hora que pasaba.

El día anterior por la noche, el Tribuno reunió a todos los Centuriones y al Prefecto Cornelio Prisco. Había tomado una decisión. Ordenó medidas draconianas, drásticas decisiones con las que evitar el terror al enemigo: el miedo debía ser a sus propios oficiales. Por ello, cualquier mínimo acto de insubordinación, desertión o retirada, se pagaría con la muerte. Extendió el rumor, de lo que les esperarían si se rendían: esclavitud, tortura, indignidad...

Todos las aceptaron como necesarias. No obstante, hubo otra medida que fue más polémica: evacuar a todos los heridos posibles con la única nave que les quedaba, bajo el mando de Gansa. No sabían si sería un envío seguro a la muerte, ya que eran considerados desertores, pero debían implorar a Roma refuerzos para resistir. Tampoco era seguro navegar en esas fechas, todavía con los coletazos finales del rudo invierno, posibles tormentas o mar embravecido y peligroso. Pero estaban desesperados y al menos así, algunos podrían tener la opción de salvarse.

Escribió una serie de tablillas explicando las razones de su situación actual, cómo se había llegado a eso y qué solicitaba. Un grito agónico que sabía no tendría respuesta y que, si la tuviera, no llegaría a tiempo. Se trataba de aparentar ante sus hombres, aunque pocos realmente lo sabían, como el *primus pilus*.

El Centurión miraba el cesto que se utilizaría como cuando había que diezmar unidades: solo uno de cada diez soldados indemnes volverían en la embarcación. Quedaban, entre auxiliares y legionarios, menos de doscientos ochenta disponibles. En este caso, la piedra de color blanco distinguiría al «afortunado» en intentar volver a casa y los que se quedarían para una muerte casi segura. No hubo quejas, todos entendían la situación y les pareció justo. Es más, los oficiales se abstuvieron de participar en pos de su obligación para con sus hombres y Roma. Esto ayudó mucho.

El sorteo, muy a pesar de Valerio, no benefició a ninguno de sus mejores hombres: Druso, Macro, Vesper, Balbo, Laico o Silvano. El auxiliar hispano Andros también se quedaría. Sin embargo, Casio volvería en la embarcación por sus graves heridas, que no tenían buena pinta. *Sócrates*, el lobo amaestrado de Vesper y Macro, le acompañaría. No querían que lo mataran los germanos cuando tomasen el bastión. Musa, el inseparable amigo de Andros, y el Centurión Trásea Quirino, ya no volverían: habían muerto de sus heridas la noche anterior.

Para evitar males mayores, los esclavos remeros se encargaron de cargar la nave bajo la supervisión de los escasos marineros (solo tres) que aún quedaban, durante la noche, cuando la mayoría de los legionarios descansaba. De esta forma, la nave estaba totalmente preparada para zarpar en cuanto el sorteo acabara. No había mucho que llevar: quedaban pocas provisiones y se quedarían buena parte para alimentar a los que no tuvieron a la Diosa Fortuna de su lado. Al menos comerían bien los pocos días que les quedaran. Entre los pertrechos que se embarcaron, estuvieron todos los *signa* y estandartes que habían traído. Había que devolverlos a la *Legio V Alaudae*. Y, si no, mejor en

el fondo del mar que en manos enemigas. Al menos su honor se mantendría intacto.

Elegidos los afortunados para volver a Roma, subieron raudos a la embarcación, apremiados por los pocos oficiales que quedaban. Tenían instrucciones precisas sobre ello: evitar una desbandada de legionarios y auxiliares temerosos de su suerte. Y con razón, pero no se materializó, salvo alguna queja aislada que fue reprendida a bastonazos, la amenaza de aplicar las medidas extremas que se habían decretado y hacer promesas estériles.

Valerio miraba el cielo grisáceo. No llovía, el viento los favorecía y el mar no estaba especialmente agitado. Sin duda se trataba de una travesía llena de peligros pero, quién sabe, puede que hasta consiguieran llegar vivos. Solo podían ya rezar por su retorno, sano y salvos. A todos los dioses del panteón romano. No habría suficientes plegarias. Ni suficientes divinidades. Ni misericordia.

Una vez que la nave salió de la pequeña ensenada, todos volvieron a sus labores. Aún había mucho que hacer.

Una mueca parecida a una sonrisa melancólica se dibujó en su cara. No había hecho caso a la aparición de su mujer, ni a las predicciones de Achlys. No le esperaba ningún futuro glorioso. Su deber era todo lo que le quedaba y ser fiel a sí mismo hasta el final. Nunca le dio la espalda al infortunio. No sería esta su primera vez, ya siendo un hombre maduro y si esto significaba decepcionar a los dioses o a sus seres queridos que le esperaban en el Elíseo, que así fuere. Entonces no le amaban por lo que era: un hombre de palabra, para el que el vocablo «honor» significaba algo.

No obstante, estaba más que claro que era imposible vencer a tantos enemigos con tan pocos. Había que rendirse a la evidencia. Solo podían demorar su llegada al Hades y llevarse todos los germanos que pudieran.

Wigmar miraba desde la retaguardia la formación elegida por Eberhard. Todos sabían que era cuestión de tiempo que lograran entrar. Consideraba sabio el planteamiento de su líder. No era un hombre que se guiase por sus pasiones. Por la muerte de su hijo. No. Mantenía la cabeza fría, sin perder perspectiva del objetivo final.

Como el Gran Jefe había ordenado, al tercer día después de la anterior batalla, empezaron los preparativos al poco del amanecer. El sol estaba en el cenit, pero no se podía ver. Aunque había comenzado un día casi limpio de

nubes, se estaba estropeando de forma progresiva, como presagiando aquello que era inevitable: un baño de sangre.

Se había dispuesto un doble ataque inicial: Geert dirigiría a los hombres contra la brecha del muro occidental, mientras Keil presionaría contra el postigo menor. Un ataque con radio de acción limitado. Pretendía no extenuar a los hombres que le quedaban. La caballería se mantendría en reserva, dirigida por Wigmar, y los hombres más destacados durante la campaña, comandados por Cedrick, también.

Ante tal formación, cabría pensar que los hombres podían ser arrollados con facilidad desde las murallas. Sin embargo, todos sabían que las líneas romanas estaban menguadas y que era mejor tantear su capacidad de reacción antes del asalto total.

Cuando el final se acerca y es inminente, es mejor ser precavidos.

El muro occidental cayó con suma facilidad. Un tosco ariete formado por el grueso tronco de un árbol fue suficiente. Era de esperar. Los daños habían sido graves y no tenían los medios para repararlo en tan poco tiempo. Por esta razón, para los encorajinados y eufóricos guerreros germanos que lo atravesaron fue una enorme sorpresa encontrarse una segunda línea de defensa en el interior. Se había realizado con premura, pero firmemente.

Habían tomado madera de reserva que aún poseían, además de reutilizar los edificios realizados para los esclavos remeros y unidades auxiliares. Ahora estaban vacíos y podrían ser más útiles en defensa. Se construyó una fuerte empalizada, un foso con una anchura considerable, bastante profundo e inclinado. Junto a estos obstáculos, salvables en su mayoría, se colocaron gran cantidad de estacas que impedirían un avance organizado y varias decenas de legionarios y auxiliares que lanzaban toda clase de objetos arrojados que pudieran usar.

La resistencia estaba siendo feroz. No habían bajado los brazos en ningún momento. Supervivencia pura. Eran conscientes de lo que eso podía significar si no lo hacían.

Fabio mandaba la puerta principal, abatido por el inminente final, pero no lo traslucía a sus hombres. Solo veían a un líder resuelto, dispuesto a vender cara su vida. Con él, Styrmir, Andros y Silvano ofrecían su fuerza y profesionalidad.

Valerio comandaba el muro occidental. Ardua tarea con los hombres justos para ello, aunque consiguió que todos sus favoritos estuvieran allí:

Balbo, Vesper, Druso, Macro. También estaba el arquero auxiliar Ulpio. El Centurión no sentía miedo. Esperaba morir con honor y rapidez. No quedaba otra cosa.

El Centurión Marcelo Paulo mandaba sobre la línea de defensa en la empalizada. Pocos hombres para la brecha, pero no estaba dispuesto a ceder con facilidad llegada la hora. No ante unos bárbaros que no sabían ni forjar armas decentes según su modo de ver.

Por último, el Prefecto Cornelio Prisco mandaba la segunda línea con las *ballistae* y las pocas tropas de refresco en caso de que algún sector se viera críticamente amenazado. Había resultado herido en la anterior batalla en su mano izquierda, dejándola inutilizada, aunque eso no importaba demasiado: debía organizar y mandar; además, todavía podía degollar algún enemigo con su mano derecha. Con él, estaba Laico.

Una vez recuperados del impacto de la segunda línea de defensa basada en madera, fosos y terraplenes, los guerreros germánicos no se amilanaron y atacaron con furia. Junto a esto, se empezaron a llevar más efectivos a los distintos puntos de presión, provocando casi el colapso de las líneas, que estaban al límite. Pero quedaba una última baza. Una idea del Prefecto Cornelio Prisco. Una apuesta arriesgada. Una locura.

El joven prefecto, que, era un ingeniero resolutivo e imaginativo, decidió dejar la base de la torre que estaba junto a la entrada de la ensenada, en el límite de la muralla occidental, sostenida sobre ligeros puntales. Estos, amarrados por largas cuerdas, podían ser derribados, direccionando la caída de todas esas rocas sobre el terreno conquistado por los germanos: entre la muralla occidental y la empalizada. Dio la orden en el momento fatídico, cuando estaban a punto de romper las líneas, provocando un caos monumental, un ruido atronador y una nube de polvo en suspensión que duró varios minutos, dejando a romanos y germanos por igual, ciegos y desorientados. Mató a dos legionarios romanos, pero varias decenas, tal vez centenares de germanos estaban muertos, heridos o completamente aturridos.

Fue la última sorpresa que pudieron dar y que debilitó aún más sus defensas. Un acto casi de inmolación.

El Gran Jefe no dejaba de sorprenderse ante su enemigo. ¡Habían derribado una torre sobre sus hombres! La tenacidad del enemigo era digna de reconocimiento. No se les podía negar el valor y la inventiva. Una pena ser enemigos. Necesitaba hombres así. Situado entre medio de la primera línea y

la retaguardia, como habituaba, junto con varios hombres para transmitir sus órdenes, le gustaba ver, con su ojo bueno, todo lo que pasaba, y poder actuar en consecuencia. Si lo requería, actuar en persona. Aunque era consciente de que los años no pasaban en balde. No era el de antes y procuraba evitar la lucha cuerpo a cuerpo durante prolongado tiempo. Su cerebro era lo que mandaba, no sus músculos.

Tras una sonrisa triste, envió a todos los efectivos a pie a presionar la puerta principal.

—*¡Cedrick a la puerta! ¡El Gran Ariete! ¡Ahora! ¡Esto se acaba!* —gritó Eberhard, instando a sus hombres a un último esfuerzo.

El Gran Ariete, como lo había bautizado su líder, empezó a rodar pesadamente empujado por varias decenas de hombres forzudos. Poco a poco, fue cogiendo velocidad, una velocidad considerable que, unida a su punta de hierro, sería definitiva para romper la puerta principal. Fabio y los demás no se dieron cuenta que esta había sido muy presionada. La habían deteriorado mucho y un fuerte golpe haría que se viniese abajo. Los germanos se dieron cuenta y sabían que, con ello, llegaría el fin. El choque fue brutal, provocando una gran abertura en el portalón. Un daño definitivo, pero no absoluto. Un golpe más. Solo uno más. Con sogas, hicieron retroceder una veintena de pasos el artefacto para cargar, finalizando la maniobra de penetración en el recinto. La agonía acababa. Ahora sí había llegado el fin. Y todos lo sabían.

Fabio entendió con rapidez lo que supondría el golpe del Gran Ariete. No había que ser muy sabio. Debía reaccionar con rapidez antes de que fuera tarde. Estaba claro que todo estaba perdido, pero quería alargarlo todo lo posible. Sus hombres se lo merecían y se lo debía a sus antepasados, se lo debía a sí mismo, se lo debía a Roma. Roma. Todo valía por ella. Una idea metafísica en la que creía con fanática convicción. Un gobierno, una forma de vivir, unas gentes, una cultura... ¿Qué era Roma? Ni él, que era patricio, lo podía describir en unas pocas palabras. Casi nadie podía.

—*¡Abandonad el muro! ¡Todos a la «Sala del Jefe»! ¡Uníos a mí!* —ordenó a pleno pulmón. Una orden clara, que significaba el verdadero fin de la aventura.

Dicha orden fue recibida de forma distinta por los diferentes grupos de legionarios y auxiliares del bastión. Unos no la aplicaron: algunos porque no la oyeron, otros por incredulidad y otros porque se bloquearon.

Pero no fue el caso de Valerio y sus más allegados.

—¡Habéis oído al Tribuno! ¡Todos atrás! ¡Agrupaos entorno a la «Sala del Jefe»! ¡Llevaos el equipamiento, os hará falta! ¡Esto no ha acabado! —gritó con voz profunda el *primus pilus*.

De la muralla oriental empezaron a descender todos los legionarios que quedaban para un último enfrentamiento, aunque muchos lo hacían de forma desorganizada. El pánico se apoderó de la mayoría de ellos. No se les podía pedir más, llegados al final. Unos pocos estúpidos fueron hacia las casas para ocultarse. Otros, aún menos, se fueron a la ensenada para tirarse al mar y morir ahogados bajo el peso de sus protecciones o de hipotermia ante la baja temperatura del agua. Tampoco podía cambiar mucho más las cosas. No obstante, la mayoría se unieron a Fabio en el punto de reunión. Al menos morirían juntos. En otros sectores, fue distinto.

Los hombres situados en el portalón principal, comandados directamente por el Tribuno, fueron sorprendidos en desbandada al abrirse de par en par el portalón. Algunos ofrecieron una resistencia desesperada, pero en el sitio, dignamente. Otros murieron huyendo y solo un puñado de hombres se unió al Tribuno.

Los hombres dirigidos por Marcelo Paulo, que aguantaban como podían la línea, se vieron superados por ambos lados. Solo pudo llevar un reducido contingente al pequeño fortín que estaba cerca del portalón y atrincherarse allí. El destino del resto, es evidente.

La reserva, comandada por el Prefecto Cornelio Prisco, chocó frontalmente contra los que estaban entrando. No habían prácticamente actuado durante el asalto y era lo que se esperaba de ellos. Ya estaba todo perdido, mejor morir *gladius* en mano.

—¡Estamos en las puertas de Hades! —empezó a decir Cornelio Prisco con los ojos brillantes por el miedo e intentando estar a la altura de las circunstancias—. ¡Llevémonos a todos los bastardos que podamos!

Y cargaron contra la vanguardia enemiga de forma suicida. Durante uno o dos minutos los mantuvieron a raya, pagándolo con todas sus vidas, en combate o huyendo. Uno de los primeros en caer fue el propio Prefecto que, inutilizada la mano y no especialmente curtido en el cuerpo a cuerpo, fue atravesado por varios enemigos, pero hiriendo de muerte a un germano. Bravo hasta el final. Por el contrario, Laico fue uno de los últimos en caer; herido en varios puntos de su cuerpo, acabó degollado cuando sus brazos no podían ni sostener el escudo o la *gladius*. Hasta el último halo de fuerza.

Reagrupados los supervivientes en torno a un Fabio tembloroso, desquiciado y herido en su huida en la espalda por una lanzada, se dio cuenta

de los pocos que habían logrado llegar hasta allí: no más de sesenta o setenta legionarios y auxiliares, más tres arqueros. Poseía unos minutos mientras organizaban las líneas de escudos en un círculo alrededor de la puerta de la «sala del Jefe». El enemigo estaba terminando de masacrar a los legionarios en varios puntos.

—¡*Commilitones*, hemos sufrido mucho juntos! ¡Hemos compartido la gloria y la victoria! ¡Es un honor compartir mi último combate! —exclamó emocionado tomando un escudo y poniéndose en primera línea—. ¡Servimos a Roma y vale morir por ella! ¡¡¡Pero no os permitiré ir al Elíseo sin haber matado, aquí y ahora, cinco enemigos cada uno!!!

Los legionarios y auxiliares, cansados, algunos heridos y abatidos por la muerte inminente, sorprendentemente gritaron y se posicionaron con gran coraje y resolución. El último estertor de la serpiente moribunda.

—¡Es mi última orden! ¡Que paguen cara nuestra muerte! ¡Que recuerden cuál es el precio de enfrentarse a Roma! —gritó el Tribuno con lágrimas en los ojos y las facciones contraídas.

Valerio, Balbo, Vesper, Druso, Macro, Silvano, Styrmir, Ulpio y Andros, además de otros, cargaron gritando con voz ronca, atacando con precisión mortal, golpeando con fuerza inusitada. Destrozaron la primera oleada de enemigos que se acercaron, acuchillando sin piedad. Y a la segunda también. Y a la tercera. Pero la cuarta, el cansancio empezó a hacer mella y las bajas romanas empezaron a multiplicarse. Parecía que los legionarios y auxiliares había formado un todo con su Tribuno. Un mismo ser. Por eso, el vigor o el cansancio que transmitía, mantuvo unidos a sus hombres. Cuando este empezó a flaquear debido al agotamiento y a la pérdida de sangre, la línea del frente empezó a ceder, habiendo cada vez menos legionarios para esa defensa agresiva. Se había formado un vínculo final entre todos. Vínculo de sangre y sufrimiento. Uno muy poderoso, pero que estaba llegando a su fin. Se olvidó de su condición de patricio, y de los honores que poseía. Solo quería llevarse por delante a todos los que pudiera y entrar en el Elíseo con la cabeza bien alta.

De pronto, la hoja de un hacha enemiga se alojó en el cuello de Cneo Fabio Sabino. No fue lo suficientemente ágil para esquivarla, aunque el acto reflejo y las protecciones de su casco a la hora de contraer el cuello para protegerlo evitaron un mal mayor.

No obstante, lo grave fue que se puso la mano izquierda en la herida, soltando su escudo, mientras con la derecha hincaba su *gladius* en el bajo vientre enemigo. Con ese descuido, un germano de larga melena castaña y

ojos verdosos clavó su lanza en el costado derecho, al dejarlo desprotegido, introduciendo una cuarta de hierro y madera.

Styrmir, que no pudo evitarlo, se abalanzó sobre dos germanos, clavando sin piedad su ligero hacha, provocando un caos monumental entre los enemigos. En ese instante y, como si de un resorte se tratara, aprovechó para coger al Tribuno por el pecho y lo llevó al interior de la «sala del jefe», cubierto por Silvano, Macro y otros dos legionarios.

Valerio tomó el mando.

—¡No dejéis a uno vivo! ¡Acabad con ellos! ¡Mantened el círculo! —se desgañitaba mientras no dejaba de clavar su *gladius* o golpear con su escudo, cuando tenía oportunidad. Sus ojos, siempre sus ojos, brillaban con la misma intensidad que el sol de mediodía de verano.

Como era de esperar, la menguada línea romana estaba siendo francamente diezmada hasta que, en un momento determinado, los germanos retrocedieron para recuperar el resuello y las unidades de retaguardia decidían saquear o rematar heridos.

—¡Todos adentro! ¡En formación! —ordenó sabiamente Valerio. Era estúpido seguir con aquello. No quedarían muchos más.

De lo que Valerio no se había percatado, ni ninguno de sus hombres, era que estaba entrando la caballería, con la *Guardia Verde* en cabeza, dirigida por Wigmar. La infantería se había hecho a un lado para dejarles paso.

El jefe de caballería de la *Guardia Verde* cargó en forma de cuña provocando gran número de bajas romanas. Valerio consiguió zafarse golpeando con fuerza su escudo contra las patas delanteras de un caballo y haciéndose a un lado con rapidez. Desordenados, vio cómo el que parecía su líder atacaba con furia lanzando un fortísimo hachazo a un legionario, destrozándole la cara, a la par que lanzó una jabalina que se clavó en el escudo de otro.

Valerio observó que Wigmar no poseía escudo, replicando con rapidez, tomando con su mano derecha dicha jabalina y enviándola directamente a la cara de Wigmar, que consiguió esquivarla lo justo, pero lo hirió. Después de esto, entró junto con unos pocos más y cerraron la puerta tras de sí, dejando atrás a varios legionarios seriamente heridos, que fueron rematados con saña por el enemigo.

Se habían encerrado en una trampa. En lo que sería su tumba. El amargor de la derrota se palpaba en el aire, cargado por la muerte, el fuego, la tensión y el miedo. Máxime cuando vieron los pocos que quedaban.

LA ATALAYA ABANDONADA

EUFORIA. Una falsa y forzada euforia se había apoderado de los diferentes germanos que componían las huestes de Eberhard. Había sido un coste humano y de tiempo demasiado alto. No era para menos. Más de dos semanas para doblegar a aquellos malditos romanos y a un alto precio, pero ya había pasado lo peor. El bastión era suyo y casi todos los enemigos, muertos.

El Gran Jefe paseaba a caballo entre los hombres intentando poner un poco de orden, y saber cómo estaban las cosas, pero sin ser extremadamente rígido. Debía darles cuartel ahora que habían vencido. Pasaba frente al fortín, que estaba con las puertas abiertas y, junto a ellas, media docena de romanos muertos con un número similar de guerreros germanos. Una salida desesperada que fue definitivamente atajada. Pasó junto al cuerpo de Marcelo Paulo. No sabía quién era. Había matado a dos enemigos antes de caer abatido por tres miembros de la *Guardia Verde*.

Unos saqueaban, buscando comida, armas, joyas, bebida o monedas; otros remataban heridos o torturaban a los escasísimos prisioneros que habían hecho; otros violaban a las prostitutas que había dentro del recinto. Las pobres mujeres, paradojas del destino, nunca serían respetadas igual que con los romanos. No es que tuviesen tantos miramientos como si fuesen matronas romanas, pero al menos poseían cierta dignidad y algunos miramientos, como si de una importante posesión se tratara, evidentemente, fruto de la necesidad. Ahora, «liberadas», habían servido al enemigo y serían tratadas en consecuencia. Horrible destino para esas pobres mujeres.

Muy pocos hombres mantenían firmemente la disciplina: la *Guardia Verde* al completo, algunas unidades suevas y pequeños contingentes sajones, todavía atemorizados por encontrar más resistencia por parte de los romanos. Poco más. En torno a Eberhard, se fueron reuniendo todos los caudillos y líderes más destacados bajo su mando: Cedrick, Wigmar y Geert entre ellos.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó Eberhard a Wigmar con cierta sorna.

—*Uno de sus mandamases me ha acertado* —afirmó con sequedad. No tenía un aspecto agradable. Ni siquiera se había curado la herida, tinta de sangre—. *Acabaré con él pronto.*

—*¿Cómo es eso?*

—*Íbamos a informarte inmediatamente* —se adelantó Cedrick, intentando no desviarse del tema—. *Algunos enemigos se han metido en la «sala del jefe».*

—*¿Cuántos?*

—*No muchos. Veinte, quizás treinta. Incluido heridos. Decidimos dejarlos dentro. No son un peligro. Además, los hombres se estaban desperdigando, y era mejor permitirles disfrutar de la victoria.*

—*¿Veis a esos?* —apostilló el Gran Jefe señalando al Centurión Marcelo Paulo—. *Vencidos y sin esperanza han matado a algunos de los nuestros. Suficiente bajas hemos sufrido.*

—*Por eso he mandado que la mitad de los hombres disponibles de la Guardia Verde vigilen el acceso.*

—*En tal caso, bien pensado* —respondió tras pensarlo un momento. No había que ser tan severo, llegados a este punto—. *¿Y Keil?*

—*Muerto* —afirmó Geert—. *En la empalizada.*

Eso facilitaba las cosas. El puerto sería suyo por derecho de conquista y no tendría que ceder nada a nadie. El pacto era con él, y solo con él. Mejor aún. Sonrió levemente y prosiguió hablando.

—*Que saquen los heridos al campamento exterior inmediatamente.*

—*Se está haciendo desde que los últimos se encerraron en la «sala del jefe»* —añadió Wigmar.

—*Y que se acumule todo el material del saqueo en el fortín. Ya habrá tiempo para repartirlo con «equidad».*

Este último comentario fue dicho con cierto sarcasmo. Había una norma en los ejércitos que dirigía Eberhard. Él decidía que se llevaba cada líder o cómo lo recompensaba. El estar por encima de todos ellos impedía que nadie se le opusiera. Solía ser justo, aunque dependía del grado de poder e influencia. Pero lo cierto es que no había mucho que repartir, excepto el material de guerra. Y lo que no era eso, estaba en su mayoría dentro de la «sala del jefe». Habría que tomarla. Muy pronto. Que sus hombres saborearan un poco el botín, recuperaran la cordura y el resuello. Pronto atacarían el último foco de resistencia.

Valerio miraba por la abertura de la puerta. Durante unos minutos los habían dejado en paz, aunque había centinelas que controlaban la puerta. Junto a él, un sereno Ulpio y un preocupado Balbo, aterrorizado, que buscaba la guía de su oficial y, hasta cierto punto, mentor dentro la *Legio*. Debía hacer algo.

Vesper y Macro curaban de forma somera y, a veces, primitiva, a los heridos, de forma mecánica y sin expresión. Druso y Andros buscaban alguna salida, infructuosamente. Fabio, recostado, era atendido por Styrmir, que trataba con delicadeza las feas heridas; había cogido cierto aprecio al oficial. Le recordaba a su padre: valiente, inteligente, prudente, un ejemplo para los demás. Silvano y el resto estaban sentados en el suelo, abatidos, cansados y desesperanzados.

Un terrible silencio recorría la sala, que contrastaba con la algarabía de fuera: gritos de júbilo, de mujeres violadas y de los pocos prisioneros que estaban siendo torturados.

Valerio no sabía qué hacer o decir. El fin había llegado. Solo podía mirarlos con orgullo y procurar que tuvieran un final apropiado. Se encontraba casi perfecto de salud. Mal momento. Ahora no deseaba, ni por descansar, la muerte, aunque no la temía, como hacía años que iba ocurriendo.

—¡No hay salida! —interrumpió sus pensamientos Druso.

—¿Qué esperabas? —añadió Vesper levantándose después de atender al último herido.

—¡No quiero morir en esta mierda de lugar! —repuso ofuscado el viejo legionario.

—¡No haberte apuntado a la *Legio*! —dijo firmemente Vesper—. ¡Todos elegimos esta vida! La muerte puede llegarnos en cualquier lado...

—Pero...

—Piensas en tu familia —terminó la frase Valerio, comprensivo—. Nada se puede hacer. Que los dioses los protejan. Saldrán adelante sin ti. Tal vez Casio se encargue ellos, si logra sobrevivir.

Este comentario parece que consoló a Druso. Era verdad, él lo haría. Debía ser así. Su familia, lo necesitara o no, encontraría la manera. «Malditos germanos», pensaba.

Valerio estuvo en silencio un rato, mirando intensamente a todos y cada uno de aquellos hombres que estaban en la sala: a los ilesos, a los heridos y los que ya habían sucumbido a sus heridas. Una mirada que no transmitía nada bueno. Esperaba que fuera para los germanos.

—De nada sirve lamentarse —sentenció hablando para todos—. Preparémonos para morir con dignidad. Como legionarios de Roma.

En ese momento, Fabio, débil y en las últimas, se incorporó con la ayuda de Styrmir e hizo un gesto con la mano para que se acercara. Ambos estaban totalmente cubiertos de sangre, uno ajena, y el otro de la propia.

—Valerio... —comenzó a decir con dificultad y en tono muy bajo, casi susurrando—. Saluda a mi hermana. Será mi último pensamiento... ella decidirá —el Centurión lo miró con extrañeza. Debía estar delirando—. Habéis cumplido con... con creces vuestra... obligación. Ahora debéis... huir...

—No hay salida, *domine*, y si la hubiera, esta es nuestra posición. La defenderemos hasta el final —afirmó intentando devolverle a la realidad.

Fabio negó con la cabeza y le miró con los ojos llorosos tomando con su mano la del *primus pilus*. Cada vez le costaba más respirar, pero hizo el esfuerzo.

—No... huye. Te lo... ordeno. Coge esto —le entregó un portapergaminos que tenía escondido dentro de su túnica. Se había manchado de sangre pero no se había estropeado—. Los arcones... salida... llévate... a todos...

Entonces Valerio entendió dos cosas. Por un lado, las enigmáticas palabras de Balbo aquella mañana. Había encontrado una salida. Pero... ¿por qué esperó a ese momento? Tal vez, no quería dar falsas esperanzas o no había explorado el lugar. No quiso arriesgarse. Por otro, los consejos de Achlys y las extrañas apariciones de su mujer. Ese era el momento, esa era la decisión. Se lo debía a su mujer, a sus hombres, a Fabio y a sí mismo.

Por tanto, asintió y fue a levantarse para cumplir su cometido, pero un último tirón lo empujó hacia abajo. Fabio hacía muecas y gemía, quería decir unas últimas palabras, que soltó con una mirada de profundo odio, tras tomar aire y fuerzas.

—¡Venga esta traición!

Y con estas palabras expiró con lentitud, mientras Valerio afirmaba gravemente. Quedó plácidamente tumbado con una expresión de calma. De esta forma se fue el último Fabio, el escudo de Roma, dispuesto a sacrificarlo todo por una idea, un concepto, una cultura. Incluyéndose a sí mismo y a sus hombres más leales. El *primus pilus* cerró los párpados del Tribuno al tiempo que, observó que todos sus hombres inclinaban la cabeza en señal de respeto y duelo. Valiente hasta el final. Un buen oficial.

Pero no era tiempo para el duelo. Tomó la excelente *gladius* del fallecido oficial, entregándosela a Vesper. Hubo dos razones para ello: había perdido la suya propia en el pecho de un enemigo y era el más digno merecedor de esa espada de excelente metal y empuñadura realizada de la forma más elaborada. Igualmente, le entregó el portapergaminos, entendiendo que se trataba de algo de vital importancia. Vesper aceptó ambas con humildad aunque con dudas en sus ojos. Entonces Valerio corrió hacia los arcones.

—¡Druso! ¡Vesper! ¡Ayudadme, rápido! —gritó tomando por un asa uno de ellos.

Balbo, intuyendo lo que estaba ocurriendo, fue a ayudarlos también. Pesaba mucho. Y hacía tiempo que no lo movían. Rechinó contra el suelo, provocando un escalofrío entre algunos de los presentes. Lentamente, consiguieron dejar una pequeña abertura al aire. Parecía que habían pegado los arcones al suelo o que había quedado adherido por el tiempo. Debían moverlo más y quitar el otro también para poder ver la profundidad de aquel pasadizo.

—¡Tirad con fuerza! ¡Podemos tener una posibilidad! ¡Todos a una!

Varios legionarios y auxiliares fueron a ayudar en la tarea. La remota opción de poder salvar el pellejo renovó sus fuerzas, obteniendo colaboración en un objetivo común. Finalmente consiguieron retirar ambos arcones, dejando a la vista un agujero. Parecía una gruta natural bastante espaciosa.

—¡Una antorcha, rápido! ¡Silvano y Ulpio, vigilad los movimientos enemigos!

Obedecieron sin que nadie dijera nada. No hacía falta. Andros le acercó la antorcha e inspeccionó con gran velocidad el túnel. Zigzagueaba, pero parecía tener salida, entre otras cosas porque había corriente. Era algo estrecho pero podrían pasar todos sin demasiados problemas.

—¡Macro y Vesper! ¡Armas y escudos que estén en buen estado! ¡Los demás, comida, mantas, cantimploras, todo lo que nos pueda ser útil! —antes de que terminara de hablar, todos se pusieron en marcha—. ¡Daos prisa, no hay tiempo que perder!

Con premura, había legionarios y auxiliares de un lado a otro buscando todo lo necesario para partir y sobrevivir los próximos días. No conocían el terreno. No hablaban la lengua. Sus posibilidades de volver eran casi nulas, aunque el simple hecho de alargar unos días su existencia valía la pena. Pasaron minutos como horas, en los que Valerio se dedicó a ver entre los heridos quién estaba vivo y en qué situación. Cinco habían sucumbido a sus

heridas, incluyendo al noble Tribuno. Tres más estaban graves y solo serían un estorbo, ya que no pasarían de aquella noche.

Llovía, se escuchaba fuera, en el campamento. Los enemigos atacarían entonces, procurando evitar empaparse. Debían agilizar el proceso.

—¡Aligeraos! ¡Se están agrupando fuera! —afirmó Silvano.

—¡Por todos los dioses! ¿Qué os queda? —expresó Valerio, nervioso. No era para menos.

—Creo que está todo lo que nos podrá servir —opinó Balbo, mirando unas bolsas que había llenado de alimentos y que normalmente transportaban mulas.

—¿*Buccellatum*^[94]? —preguntó con asco Druso.

—Entre otras cosas: pescado y carne seca, algunos vegetales y algo de trigo molido —añadió Andros.

—Recordad que dormiremos al raso. Tomad ropas de abrigo —aconsejó Valerio.

—Ya está hecho. Lo sabemos, Centurión —respondió Druso sonriente.

—Macro en vanguardia. Druso y Silvano cargarán los escudos. Los demás repartíos el resto de material de forma equitativa. Auxiliares en retaguardia.

—Yo no voy...

Sonó una voz a su espalda. Se trataba de Silvano. Sus ojos transmitían cansancio y paz.

—Id bajando. ¡No perdáis tiempo! ¡Tú, ayuda a Druso! —ordenó señalando a un legionario sin mirarlo, ni a él ni a los demás, escrutando a aquel legionario que tenía delante, al hombre, al que había tenido durante varios años bajo su mando.

Se hizo un denso silencio mientras, uno a uno, se introducían dentro del angosto hueco, palmándose para guiarse en la oscuridad del pasadizo.

—No puedo seguiros —continuó el legionario señalando su tobillo, vendado por él mismo. Su Centurión se encogió de hombros, apesadumbrado, y suspiró—. Es el destino.

—Podemos...

—No podéis, os dificultaré el camino y estoy cansado de huir. Llevo diecinueve años sirviendo a las águilas. Ya está bien. Este lugar es tan bueno para morir como cualquier otro.

—¿Es lo que realmente deseas?

—Así es. Vivid y vengadnos, como dijo el Tribuno. Además, alguien debe proteger su cuerpo —sonrió con tristeza al decirlo.

—Sea. Buena suerte. Nos vemos en el Elíseo.

—Yo me quedo con él —se sumó otro viejo legionario con aspecto cansado—. Tengo fiebres desde un par de días atrás. No aguantaré fuera más de un día. Prefiero morir por la espada, que extenuado fuera por las fiebres.

—Será hermoso tener compañía —expresó Silvano inclinando la cabeza en señal de respeto.

Valerio puso sus manos sobre los hombros de cada uno de aquellos legionarios que se iban a quedar allí despidiéndose. Después se quitó su distintiva cresta transversal que lo destacaba como Centurión, porque aumentaba su altura en un túnel ya bajo de por sí.

La verdad es que entendía a esos dos legionarios, viejos, cansados y sin ganas de morir en un asqueroso pantano en medio de la Germania. Mejor allí con sus *conmilitones*. Al menos, estarían acompañados de los que se habían ya ido. Un buen pretexto.

Una fuerte algarabía se escuchaba frente a la puerta de la «sala del jefe». Los guerreros germanos pretendían entrar. Esperaban el ariete. Su hora se acercaba.

—Silvano, ve tú a la puerta y fastidia a esos que quieren entrar —aconsejó el otro legionario que se iba a quedar—. ¡Iros ya! ¡Tengo que cerrar esto antes de que os sigan!

Con gran velocidad, Valerio se metió dentro seguido por los últimos tres auxiliares que faltaban. Totalmente apelotonados, sin dejar apenas espacio entre ellos. Tenían poco tiempo. Demasiado poco.

—¡Silvano! ¡Ayúdame a empujar esto! ¡Por todos los dioses! ¡Cómo pesa!

Wigmar miraba a los dos romanos que acababan de eliminar, uno de ellos por él en persona, mientras el resto de guerreros registraban y saqueaban la «sala del Jefe». Los gritos de furia y fervor a Eberhard retumbaban por todos lados. Sus botas estaban empapadas por la lluvia de aquel atardecer de inicio de primavera, provocando un intenso frío en sus pies, que contrastaba con el agudo dolor de su rostro.

Había sido su último esfuerzo, su última victoria y su último gran placer: eliminar a los últimos defensores. Eberhard había señalado también que los dioses estaban de su lado y que los últimos caídos romanos serían tomados como un gran sacrificio. Algunos decían que el Gran Jefe era augur perpetuo pero, como muchas cosas sobre él, podía ser una leyenda acrecentada por él mismo.

Tras tres fuertes acometidas, la puerta cedió. Como no les quedaban objetos arrojados, no fueron sorprendidos con nada excepto con una lanza que atravesó a uno de los guerreros. Una vez, rota la puerta, decenas de germanos entraron gritando con una potencia solo igualable a su determinación de no dejar vida dentro. La resistencia fue escasa y fácilmente exterminada en un par de minutos. Pero Wigmar sabía que algo no cuadraba. Solo había diez hombres dentro. Todos muertos o moribundos. Lucubraba y repasaba mentalmente los últimos acontecimientos.

Cuando Eberhard, Cedrick y Geert accedieron al interior, encontraron a los guerreros germánicos sorprendidos ante lo poco que quedaba. Entre gritos de decepción, Geert intentaba poner orden mientras el Gran Jefe analizaba la situación.

—*¿No decías que había al menos unos veinte hombres dentro? Solo cuento diez* —exhortó a gritos un contrariado Eberhard. Había demasiado jaleo provocado por aquellos hombres, enfadados por el poco botín.

—*Eso afirmaba Wigmar* —se sacudió la culpa Cedrick.

—*Estaba en primera línea cuando los vi entrar* —explicó Wigmar sorprendido—. *¿Que Tyr me destruya si miento^[95]! ¿Dónde están?*

—*Te equivocarías en la furia del combate* —añadió Eberhard, tranquilo pero gritando ante la algarabía que había dentro.

—*¡No! ¡Estoy seguro!*

—*¿No hay otra salida, verdad?* —preguntó Eberhard a Geert.

—*No, Gran Jefe, los hombres han registrado cada rincón.*

—*Es evidente que erraste en el número. Que los sajones de Osmar saquen las provisiones y los cuerpos. Hay malos olores aquí. Wigmar, encárgate de las patrullas nocturnas. Nadie dormirá esta noche aquí. Al amanecer recogeremos los cadáveres.*

Apesadumbrado y confuso, Wigmar salió con paso rápido fuera de la «sala del jefe» a cumplir las órdenes. Pero estaba completamente seguro de que allí faltaban romanos. Demasiados. Entre ellos el que le había herido el rostro. ¿Cómo lo habían hecho? ¿Por dónde habían huido? No creía en fantasmas o criaturas diabólicas, pero esto escapaba a la razón.

Macro percibió cómo el final parecía llegar gracias a los dioses. Un continuo ruido se escuchaba en el interior de la «sala del jefe». Gritos ensordecedores que hacían vibrar hasta las paredes. ¿Qué estaba ocurriendo? No era de su incumbencia, ya no. Debía llegar al final. A medida que iba avanzando el

pasadizo se estrechaba hasta tener que pasar de perfil por ciertos tramos. Sin embargo, ahora parecía ensancharse y decrecer en altura, debiendo agacharse en su avance si no quería que algún saliente le dejara una sorpresa en su casco.

Fuerte corriente. Aire menos viciado. El final se percibía. Apretó el paso para llegar cuanto antes y salir del angosto pasaje de su salvación. Había un pequeño montículo de piedras que impedían la salida que habían sido colocadas desde fuera, pero podían ser derribadas. Pasó su antorcha a Balbo, que lo precedía, y con fuerza embistió el cierre del pasaje. No lo echó abajo, pero consiguió hacer una brecha. Empujando con las manos, pudo hacer una abertura mayor, expulsando piedras salientes hacia fuera. Finalmente, logró hacer un hueco por el que pudo pasar reptando. Una vez en el exterior, quitó algunas más para ayudar a salir mejor a sus compañeros y agilizar el proceso. Parecían estar a salvo. Por el momento.

—Es una cueva natural, pero la han excavado un poco por algunas partes —dijo entre dientes Andros que antecedió a Valerio y que estaba aterrado por los gritos que se sucedían a su espalda. Quería distraer su mente.

Todos estaban asustados. Y no solo por los gritos, también había empezado a desprenderse parte del techo en forma de arenilla. No parecía buena señal.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el Centurión en el mismo tono.

—Porque mi padre me llevó cuando era niño varias veces a ver las minas de Cástulo^[96]. Algo aprendí.

—¿Algo de utilidad ahora?

—Diría que no va aguantar.

—Pues ni una palabra —añadió Valerio dándole un ligero empujón a modo de advertencia.

El auxiliar lo entendió perfectamente. No debían dejarse dominar por el pánico. Si así fuera, seguramente morirían todos. Además, solo era una conjetura. Pese a todo, Andros era consciente que no había trabajado nunca en una mina. Para su fortuna, claro está.

Poco después se ralentizó la marcha, y se corrió la voz de que estaban saliendo al exterior. Alivio y ansia por salir dominaron a todos, aunque lo hacían en silencio sepulcral. El miedo a que lo escucharan los enemigos o que se cayera la estructura hacía que mantuvieran la boca cerrada.

Cuando llegó el turno del Centurión, este salió con premura y agilidad, viendo las caras de expectación de la mayoría de los hombres por ver si salían todos.

—¿Se ve algún enemigo en la zona? —preguntó con intención Valerio nada más salir del agujero.

Varios de los legionarios se miraron entre ellos y se dispusieron para dar una rápida batida mientras salían el resto de los auxiliares que quedaban.

De repente, se escuchó un fuerte crujido y golpes secos que sacudieron hasta los pies de los hombres de Roma. ¿Terremoto? La mayoría se lanzaron al suelo, aterrorizados. Sin contar las vivencias de los últimos meses, en ese día, habían conseguido salir vivos de una matanza, de un estrecho túnel secreto y ahora un maldito terremoto. Pero fue demasiado breve. Se dieron cuenta de que no era eso. Finalmente, se vino abajo la galería. El ruido, la presión, las piedras que obstruían la salida, o todo a la vez, lo provocó. Solo los dioses lo saben.

Un grito desgarrador rasgó el inicio del lluvioso anochecer. ¿Aún quedaban hombres sin salir? Todos los que se encontraban cerca se dirigieron raudos a la salida de la gruta. Un soldado auxiliar estaba herido levemente en su pierna, nada serio. El que realmente se encontraba grave era un arquero auxiliar. No dejaba de gritar ya que tenía la mitad de su cuerpo totalmente atascado bajo las piedras. Ulpio le tapó la boca mientras dos legionarios intentaban infructuosamente sacarlo a base de fuertes tirones. La situación era dramática y a todos les estaba agobiando. Alguien podía oír los gritos horribles que no había mano en este mundo que pudiera tapar.

—Aguanta, te sacaremos de aquí —dijo en tono conciliador uno de los legionarios.

—Tiraremos otra vez de él —replicó el otro.

De repente, entre la vanguardia emergió Vesper, que tras intercambiar una rápida mirada con el *primus pilus*, tomó su *pugio*, degollando con rapidez y precisión al joven arquero.

Todos quedaron atónitos y desconcertados.

—Estaba condenado. Aunque lo pudiésemos sacar, moriría en poco tiempo y nos retrasaría. Solo lograríamos prolongar su sufrimiento —explicó Valerio ante las caras de sorpresa de sus hombres. Vio que hacía falta una aclaración.

Ulpio, sin mediar palabra, cogió las pocas flechas que quedaban en el carcaj del difunto auxiliar y su arco, además de su armadura de cuero. Tras esto, se colocó en vanguardia junto con Vesper. Sin lugar a dudas, los más dotados y experimentados en tareas de rastreo y exploración.

—¿A dónde vamos? —preguntó Balbo, que había mantenido el tipo durante todo el tiempo, pero que estaba asumiendo todo lo que estaba pasando

de forma progresiva.

—De momento al Sureste. Evitemos poblados y malos encuentros. Nada de fuego y ni una palabra a menos que sea necesario. Macro y Andros, a la retaguardia.

A buen paso, muy rápido aunque sin llegar a correr, se adentraron en la espesura del bosque, muy cercanos los unos a los otros. La intención era no desperdigarse y perderse. Caminaban casi empapados bajo un fino manto de lluvia y con las últimas horas de luz ya casi inexistentes.

Ninguno sabía qué les deparaba el destino, pero al menos vivirían para ver un nuevo día.

Blasfemando entre dientes y con cierto grado de malestar, avanzaba Eberhard al trote montado sobre un corcel pardo. Iba en cabeza, como le gustaba, mostrando que se trataba del líder indiscutible. Arrogante. Tras él, Cedrick y una decena de jinetes de la *Guardia Verde* lo escoltaban en silencio. Entre otras cosas, por la evidente resaca que arrastraban tras la victoria.

Eberhard, el día después de la victoria, en vez de despertarse tarde tras la larga jornada anterior, tuvo que levantarse antes de lo que tenía previsto por un emisario de Wigmar que solicitó su presencia con urgencia. «Ese maldito asiático no entiende de descansos», pensó el Gran Jefe. Demasiadas ganas de guerra. No sabía saborear la victoria, aunque sea por el simple hecho de haber vencido, ya que no había sacado demasiadas ventajas del enfrentamiento: un puerto en ruinas, un territorio diezmado y más de cuatro mil quinientas bajas, incluyendo media docena de guerreros aplastados por un desprendimiento de la «sala del jefe». De esos, muertos o lisiados de por vida, serían más de tres mil quinientos. Un altísimo precio. Pero Eberhard era práctico. Había evitado una posible invasión extranjera, ampliado sus fronteras, conquistado un punto supuestamente inexpugnable y vencido a los romanos, aumentando su prestigio frente a otros líderes que pretendían hacerle sombra. Debía consolarse con lo obtenido. Aunque esperaba más y mejor. Por estas razones, levantarse tras un duro día a una hora relativamente temprana no fue de su agrado. ¿A qué se debía esa urgencia?

Estaban llegando al gran montículo que flanqueaba el «puerto de las rocas» por el Este. Un obstáculo infranqueable. Allí, junto con otros cuatro jinetes, esperaba Wigmar con tranquilidad acariciando a su equino. Con estudiada paciencia, esperó a que los recién llegados desmontaran y se acercaran a él. Una vez cercanos, con un simple movimiento de cabeza,

señaló un punto al pie de la montaña. Eberhard, contrariado y visiblemente molesto, fue hacia la dirección que su hombre le indicaba, no sin antes lanzarle una fulminante mirada de ira. Sin embargo, la curiosidad lo embargaba. No esperaba ver lo que, a todas luces, era un romano muerto, medio sepultado por unas piedras.

—*Eso explica el derrumbamiento de la «sala del jefe»* —dijo Wigmar sosegado y mirando a su líder y señor.

—*¿Qué diablos significa esto?* —cuestionó en voz alta Cedrick, algo confuso.

—*Que había una salida oculta* —aclaró Eberhard, más sereno y comprensivo.

—*Bueno, está claro que habrán muerto...*

—*No necesariamente.*

—*Han escapado, al menos, diez más* —explicó Wigmar con satisfacción—. *Hay huellas recientes. Os dije que había más hombres allí dentro.*

Eberhard sonrió. Impulsivo, ambicioso e inconformista. Sí. Pero sagaz e intuitivo. Había infravalorado a aquel hombre. Además, su ascendente asiático le impediría llegar a ser alguien que pudiera hacerse con demasiado poder en el gobierno de sus territorios. Había que replantearse cosas.

—*Un excelente trabajo* —sentenció Eberhard con tranquilidad—. *Hay que cogerlos antes de que se pierda el rastro.*

—*Nos llevarán solo unas horas de ventajas. Además van a pie. Están muertos y no lo saben aún* —afirmó con decisión Wigmar.

—*Se encargará Cedrick* —Wigmar se fue a quejar, pero Eberhard levantó su mano izquierda y guardó silencio, contrariado—. *Wigmar, tú tienes mejores cosas que hacer. A mi lado. Lo hará Cedrick.*

—*Pero, Gran Jefe...* —protestó Cedrick.

—*¡Me has fallado una vez!* —interrumpió encarándose con él.

—*Yo no vi cuántos entraron... No estaba...*

—*Pues debiste dudar como ha hecho Wigmar. Por eso, espero que no me vuelvas a fallar. Mi prestigio personal puede salir mal parado si se extiende el rumor de que un grupo de romanos han escapado de un bastión inexpugnable. ¡Te hago directamente responsable de lo que pase! Recupera mi confianza. Toma cuarenta jinetes de la Guardia Verde y dales caza. Con tantos hombres no puedes fallar.*

Cedrick afirmó con gravedad y resentimiento. En parte, era lo que quería Eberhard: que hubiera recelos entre ellos para que se esforzasen al máximo.

Tampoco podía negar la importancia de la huida de un grupo de legionarios de una trampa mortal. Debía acabar con ellos con rapidez.

Wigmar, al contrario de lo que se pudiera pensar, no estaba contento del todo. Acompañó al Gran Jefe de vuelta al campamento mientras Cedrick galopaba buscando algunos hombres para darles caza. Sí por él hubiera sido, habría disfrutado redondeando su ascenso acabando la tarea y poniendo fin a la vida de aquel que lo marcó de por vida. Matando a Sexto Valerio.

No obstante, Cedrick no tuvo suerte. El siempre precavido Valerio hizo pasar a todos sus hombres por un terreno duro y rocoso, dejando pocas evidencias de su paso y tomando luego por zonas boscosas y pantanosas. Avanzaban más lento, pero, si no encontraran las características huellas de las *caligae*, podrían perder su rastro y desaparecería su interés. Tuvo más importancia de lo que el Centurión pensó inicialmente, retrasando considerablemente el rastreo de los jinetes de la *Guardia Verde*.

La primera noche transcurrió con cierta paz. Sin fuego, para no atraer al enemigo, a una distancia prudencial del «puerto de las rocas». Durmieron en un gran pliegue del terreno cubierto por matorrales, que les protegían de la lluvia y el viento.

El segundo día despertaron muy pronto, cuando el cielo de la noche torna azulado antes del amanecer. Al menos el día comenzó sin lluvia, con el cielo grisáceo. Comieron con frugalidad y partieron con rapidez hacia el sureste. Había que alejarse todo lo posible.

El *primus pilus* hizo el recuento de los que quedaban. Además de sus favoritos Druso, Macro, Vesper y Balbo, quedaban otros tres legionarios llamados Celio, Nurto y Sergio. Hombres duros, de más de treinta años y con cierta experiencia en combate. Si habían llegado hasta allí sería por algo, supuso Valerio.

Entre los auxiliares estaban los ya mencionados Ulpio y Andros, además de otro hispano llamado Lovis, procedente del Norte de la Hispania Tarraconense. Ulpio era oriental. Junto a ellos, Styrmir, que seguía vivo y dispuesto a estarlo por mucho tiempo. Doce hombres en total. Un número mágico.

Al tercer día, el agotamiento empezó a vislumbrarse en el rostro de aquellos hombres. Era lógico: frío, lluvia en ocasiones, ropas mojadas tanto por la lluvia como por su paso por zonas pantanosas e intenso esfuerzo físico con poco aporte calórico. Había que menguar el ritmo si no quería que sus

hombres desfallecieran. Paralelamente, los enfriamientos empezaron a aparecer. Nada serio, aunque siempre es el inicio. Si enfermaban tres o cuatro, sería un grave problema.

Valerio lo meditó durante todo el camino. Se encontraba profundamente cansado, pero no había otra manera de sacarlos a todos vivos. Además, pese a que no tenía miedo a morir, no quería hacerlo enfermo en medio de la nada. Esa no era forma de dejar este mundo. Ya había estado con fiebres hacía solo unos días. No quería jugar con la diosa Fortuna, siempre tan cambiante. Entendió que debía ceder un poco en sus estrictas normas de seguridad: paso ligero, silencio sepulcral durante el avance, dos guardias nocturnas y nada de fuego. Por la noche, se sumergieron en un denso bosque y, en un pequeño claro, permitió que hicieran un pequeño fuego en el que calentarse y comer algo que no fuese crudo.

Al menos ese día no llovió nada y pudieron disfrutar de algo que precisaban: dormir a una temperatura adecuada.

Cedrick no salía de su asombro. Había perdido totalmente la pista que, inicialmente, era tan clara y sencilla de seguir como un reguero de sangre. Pero, tras llegar a una zona pedregosa, el rastro se perdió. Nada. No hubo manera. Tuvo que dividir en dos columnas a los hombres de los que disponía para abarcar más terreno. «Son escurridizos estos romanos», pensó. No podía fallar. Eberhard no se lo permitiría y Wigmar le cogería ventaja. No es que precisara más poder, se conformaba pero, desde luego, no quería verse eclipsado por otro y menguar sus prerrogativas, y menos por uno de origen asiático.

Tomó la ruta más probable y buscó un rastro que seguir. Desde luego, no cogerían por los estrechos caminos y senderos que había. Su líder sabía lo que hacía, dificultando su labor, aunque sabía que los cogería. De eso estaba seguro. La cuestión era si sería demasiado tarde para Eberhard.

—¡Arriba, saco de estiércol! ¡Nos vas a retrasar a todos y debemos alejarnos del fuego! —hablaba en voz alta Macro, pero sin llegar a gritar.

El vividor Macro no podía entender cómo Sergio no se levantaba como habían hecho la mayoría de sus compañeros. Incluso habían desayunado prácticamente todos. Valerio dejó descansando a los que querían seguir durmiendo a cambio de que no desayunarían.

No obstante, Balbo, siempre agudo, vio que algo no iba como debía. Acurrucado, Sergio no hacía ningún movimiento. Todos estaban casi preparados para salir y ni siquiera se había inmutado de los ruidos de alrededor o las patadas propinadas por Macro.

—Está muerto —concluyó Balbo tras ponerle la mano en el rostro.

Valerio se acercó con rapidez y, tras comprobarlo concienzudamente, hubo de rendirse a la evidencia.

—¿Cómo ha podido pasar? —preguntó extrañado Nurto.

—Frío, agotamiento, le falló el corazón... Hay muchas opciones —respondió seco el Centurión—. Traed leña.

Con presteza, montaron una pequeña pira funeraria que serviría para darle un final digno a otro legionario que se iba. Moneda en boca para pagar a Caronte, el barquero del inframundo, y envuelto en la *paenula* a modo de mortaja. Los compañeros aprovecharon todo lo que pudieron de su equipamiento: Andros, su casco, que era de su talla; Vesper, su cota de mallas, ya que su *lorica segmentata* estaba dañada y no tenía medios para repararla; Balbo, su *pugio*, ya que lo había perdido; Celio, su *gladius*, en mejor estado que la suya; Lovis, sus *caligae*, de su talla y mucho menos dañadas que las propias. Incluso la túnica o el cinturón fueron guardados. Había demasiada necesidad. Solo el *gladius* de Celio y trozos de la *lorica* de Vesper se quedaron en la pira como testimonios de que era un guerrero.

Aunque retrasó levemente la partida, todos entendieron que se tomara un poco de tiempo para honrar la muerte de uno de ellos. Así debía ser. Además, con un poco de suerte, la columna de humo que estaban dejando sería interpretada como un acto funerario y no como una prueba de que habían pasado por allí.

Valerio, mandó que se pusieran en marcha al poco de encender la pira. No había que perder más tiempo del necesario.

—Vesper y Ulpio, al frente. Lovis y Druso, retaguardia —espetó con rapidez tomando sus bártulos. Pero antes, asió fuertemente del hombro a Vesper y le habló al oído—. Intenta buscar un lugar donde podamos pasar la noche de aquí en adelante.

—Es arriesgado —confesó el *tesserarius*.

—Seguir durmiendo a la intemperie también lo es. Druso, Celio y Lovis están empezando a enfermar. Hay que hacer algo o no volveremos ninguno de nosotros.

Cuatro días después, seguían durmiendo al raso, evitando pequeños poblados y senderos. Su avance se ralentizaba con los días. La mitad de ellos tenían enfriamientos y calenturas. Valerio temía que desfallecieran en cualquier momento. El hecho de andar por medio de la vegetación, por aguas pantanosas y durante muchas horas al día, incrementaba las posibilidades de enfermar de todos los presentes. Para colmo de males, las temperaturas habían vuelto a bajar e incluso había nevado levemente. Los temores del *primus pilus* se estaban haciendo realidad. La moral estaba por los suelos. Necesitaba, con extremada urgencia, un día o dos para que sus hombres descansaran y repusieran fuerzas. Si no, no llegaría ninguno de ellos.

—Centurión. He encontrado algo —lo sacó de sus pensamientos Ulpio.

En su formación, él estaba levemente retrasado en la vanguardia, para estar pendiente de todos, como debía ser, dando ejemplo a los demás, evitando quejas. Aunque estaba absorto en cómo poder ayudar a los suyos.

Cuando llegó Ulpio, sin dudarlo, puso al mando a Balbo y fue a la cabeza de la formación siguiendo al arquero auxiliar. Esperaba alguna buena noticia por fin.

Tras avanzar corriendo hacia el Sur, llegaron a una parte donde se abría un pequeño claro sobre una colina. En la parte superior de la misma, había una especie de atalaya, demasiado pequeña para ser un fortín.

—Estará ocupada —pensó en voz alta el Centurión.

—Eso ha ido Vesper a comprobar —añadió Ulpio con la mirada clavada en el enclave.

Al poco, acabó descendiendo el *tesserarius* con cierta satisfacción reflejada en su rostro.

—¿Y bien? —cuestionó impaciente Valerio.

—Está completamente vacía, *domine*. Y da la impresión que hace mucho tiempo que no está ocupada —explicó con una sonrisa en la cara—. Está en mal estado, pero puede servir para que descansemos.

El Centurión miró al cielo y luego alrededor suyo. Pronto empezaría a oscurecer. Además, la temperatura descendía inexorablemente. Reflexionaba. No le interrumpieron, podía ser una decisión comprometida. No debían estar quietos mucho tiempo. Pero es lo que todos deseaban y necesitaban. Al menos un día.

—¿Y los alrededores? —rompió el silencio.

—Un pequeño acantilado rocoso al Este. Ningún poblado cerca. Seguramente se usaría en el pasado para otear el horizonte y vigilar ataques enemigos. Parece el punto más alto de los alrededores.

—Eso podría perjudicarnos —comentó meditabundo.

—No necesariamente —volvió a decir sonriendo Vesper.

Nunca les sentaron a ninguno de ellos tan bien esos días de descanso. Días. Se suponía que iba a ser una jornada completa para reponer fuerzas y descansar. No obstante, Valerio comprendió que precisaban más. Estaban extenuados y con fiebres. Necesitaban reposo y comida que les reportara energía.

Vesper estaba en lo cierto. La elección fue excelente: podían ver enemigos venir por el Norte y Sur, donde la vegetación era menor. La atalaya, aunque maltrecha por la falta de uso y las inclemencias del tiempo, se encontraba en un estado aceptable para descansar, aunque no para una mínima defensa. Seguramente alguien la creó como observatorio del terreno circundante. Fue una decisión acertada.

Por otro lado, tenía un riachuelo muy cerca con agua potable y parecía que los animales abundaban en los alrededores. Ulpio cazó un enorme ciervo que devoraron todos durante el primer día. El segundo, Andros y Macro cazaron varios conejos, haciendo un estofado con las pocas verduras que les quedaban.

El punto de la seguridad fallaba un poco. La parte alta estaba en mal estado, con un gran agujero en el suelo. No obstante, con una cuerda podía acceder uno de sus hombres para controlar los alrededores. Además, podían hacer un fuego dentro sin que la luz que emitían las llamas fuera vista, a la par que evitar que el humo los asfixiara. Utilizando dos viejas mantas que encontraron dentro, pudieron tapar la ventana y la única puerta que permitía el acceso al interior para evitar la fuga del calor y prevenir que la atalaya se convirtiera en un faro durante la noche. Durante el día, utilizaban los rescoldos y pequeñas pavesas para mantener algo de calor dentro de la única habitación disponible. Esta estaba en la primera planta, ya que la baja estaba en demasiado mal estado, con grietas y agujeros. Aunque era pequeña, el ser circular ayudaba a preservar el calor. Algo apretujados, descansaron los dos días, mejorando su estado físico y anímico.

En el tercero, Valerio pensaba que debían partir. Casi todos estaban recuperados, a excepción de Druso y Celio, que aún mostraban ciertos signos de enfriamiento. Decidió que, al día siguiente, unas horas antes del amanecer, se podrían en marcha. Habían apurado demasiado y debían proseguir. Seguramente los matarían cuando hubiera algún mal encuentro con alguna

aldea enemiga y supieran de su presencia en tierra hostil. Pero había que intentarlo. Debía hacer lo necesario para que sus hombres volvieran a casa.

Llevaba muchos días sin afeitarse. La mayoría de sus hombres aún más. Decidió hacerlo al alba, auxiliado por Nurto. Todos llevaban barbas de semana y media o más sin cuidar. Decidió ir al río cercano a coger agua para el aseo de sus hombres y él mismo. No obstante, aunque hacía frío y había restos de nieve por los alrededores, optó por lavarse manos, cara y los antebrazos allí mismo. Con un agua casi glaciara consiguió despejarse y, en parte, le devolvió a la vida. «¡Qué hermoso pueden llegar a ser ciertos actos y no somos conscientes de ello!». Pensó.

Sabía que Nurto hacía guardia en la planta baja y que un acurrucado Styrmir lo hacía en la parte alta de la atalaya. Tocaba el relevo pronto y debía hacerlo él. Tomando un viejo cubo de tosca madera, lo llenó para que sus hombres se lavaran poco. Olían como una piara de cerdos.

En esos pensamientos mundanos se encontraba inmerso cuando, acuclillado en el río, una sensación de peligro le sobrevino. Intuición. No había visto ni oído nada, solo notó que le acechaban, pero sabía que era mejor guiarse por esas inexplicables sensaciones que dejarlo pasar y acabar muerto en una zanja. Miró a su alrededor con parsimonia. No se veía ni se oía nada. Sin embargo, seguía desconfiando. Lentamente, se alzó con el cubo lleno de agua en su mano izquierda, mientras con la derecha se tapaba con su *paenula* y rozaba la empuñadura de su *gladius*, previsor. Avanzando unos pocos pasos, escuchó un silbido que le hizo tirarse al suelo al momento sin dudarlo. Fue un acierto. Una jabalina rozó su cota de mallas notando el contacto de los dos metales: punta y aros de hierro, sin consecuencias. Acto seguido, se alzó desenvainando su *gladius* hacia la dirección del ataque pero sin dar la voz de alarma. Quería ver su enemigo cara a cara. Y lo vio.

Una figura esbelta y bastante alta realizó una serie de ataques con una pequeña hacha de mano y un cuchillo que pudo esquivar de forma mecánica. Llevaba un abrigo de piel de oso con capucha, una sencilla túnica parda, cinturón, pantalones y botas. Era rápido su adversario y sabía lo que hacía, pero su imprecisión y falta de fortaleza física demostraba su juventud. Basaba su ataque en la velocidad, una técnica buena pero sin una destreza madurada. Impaciente.

Detenidos sus primeros envistes, se dio cuenta que combatía con una mujer por sus bufidos. Extraño. Sus hombres se percataron del peligro, comenzando a descender en su ayuda con sus *gladius* desenvainadas.

Miró a su alrededor. No vio a nadie más. Debía actuar con decisión y acabar con ella. La mujer inició otro ataque tras recuperar un poco de resuello y al ver que bajaban más romanos, se precipitó y lanzó un golpe que buscaba ser el definitivo. Aprovechando la situación el *primus pilus*, contraatacó, lanzando un seco golpe que, aunque lo detuvo, la desestabilizó y aprovechó para golpearla con contundencia en la cabeza con su puño izquierdo, dejándola noqueada en el suelo. Las prisas no son buenas aliadas.

—¡Comprobad que no viene nadie más! —ordenó con rapidez el Centurión tras poner sus armas fuera del alcance de la mujer. Debía reconocer que había luchado con bravura.

Desarmada y aturdida, Valerio se acuclilló junto a ella enviándole un certero y estudiado golpe seco que la dejó inconsciente. Tenía experiencia en ello. La necesitaba viva y tampoco tenía intenciones de acabar con ella sin saber el porqué de su ataque.

Macro, Balbo, Andros, Nurto y Vesper dieron una rápida batida; volviendo con presteza pero tranquilos.

—No hay nadie —informó el *tesserarius*—. Parece que actuaba sola.

—Aseguraos. Necesitamos evidencias, no dejemos nada al azar. Estamos en territorio hostil, recordadlo. Balbo, ayúdame a llevarla dentro. Debo interrogarla, a ver qué sabe. Los demás, registrad el territorio circundante.

UNA TRAMPA DE LA NATURALEZA

LASCIVIA. Los hombres de Valerio miraban con lascivia a aquella mujer germana a la que habían amarrado a un madero que sobresalía de la pared. Continuaba inconsciente, no pudiendo percibir esas miradas como la de un lobo acechando su presa antes de atacar. El *primus pilus* también era consciente del deseo irrefrenable de sus hombres, máxime cuando hacía más de dos semanas que no habían tenido relaciones sexuales como mínimo.

Algunos de ellos estaban con tareas de rastreo y búsqueda de otros guerreros que pudiera haber por la zona. Valerio meditaba qué podía hacer una mujer sola atacando a un romano aislado. Sabía que algunas germanas sabían combatir por pura necesidad: la mayoría vivían en pequeños poblados y podían hacer falta todas las manos disponibles, evidentemente *in extremis*. Pero una mujer que actuaba sola no era común.

—*Styrmir... ¿en tu tierra es común que haya mujeres guerreras?* — preguntó ante sus implacables dudas.

—*Las hay, cierto, pero como asistentes de los hombres o hijas de guerreros poderosos. Y no son muy comunes, domine.*

—*Entonces, que actúe en solitario...*

—*De donde yo provengo, no lo harían.*

Valerio asintió con la cabeza mientras miraba los rescoldos del fuego. Desde luego no era bueno. Debía obtener información de ella, pero antes necesitaba saber, por sus hombres que habían salido a explorar, si venía acompañada. Al menos no provenía de ningún asentamiento relativamente cercano.

En ese momento aparecieron, buscando calentarse en torno a las brasas. No hizo falta ningún diálogo. Estaba claro que no había nadie por la actitud relajada de todos. Aún así, Balbo confirmó con una negación mirando al oficial al mando. Valerio, tocó los hombros de Styrmir y Ulpio para que lo siguiera hacia la mujer. Fueron elegidos por su dominio de la lengua. Mientras tanto, el resto descansaba y contemplaba la situación. Lovis estaba haciendo guardia en la parte alta de la atalaya. Con un ligero zarandeo, la

mujer despertó e intentó deshacerse de las cuerdas que la tenían prisionera, sin éxito, Valerio la dejó un breve espacio de tiempo para que se cansase y aceptase su cautiverio.

—*¿Cuál es tu nombre?* —preguntó en un tono suave el Centurión.

Hubo un silencio mientras se miraban el uno al otro, sin decir nada. Ella finalmente los bajó. Los ojos del veterano Centurión transmitían con intensidad toda la intencionalidad que él quería. Styrmir repitió la pregunta con algunos cambios, por si no lo había entendido.

—*¿Cómo te llamas?*

Otro silencio. Ahora miraba a aquellos tres hombres con fiereza, aunque le costaba mantener a raya el terror que le invadía. Sabía lo que le esperaba. Procuraba estar firme antes de que el momento llegara.

—*Finge lo que quieras* —prosiguió Valerio—. *Sé que me entiendes. Si tardas en contestar, será peor para ti* —otra pausa—. *Hasta en Germania tenéis un nombre.*

—*Me estarán buscando y os encontrarán. Os matarán a todos* —contestó al fin, aunque no a la pregunta que se le había formulado.

—*Lo dudo* —expresó con seguridad Valerio. La entendía más o menos, siendo bastante parecido al querusco que él hablaba—. *Las huellas muestran que actúas sola y tus ojos muestran tu desesperación.*

La seguridad de Valerio, con un tono firme pero no autoritario, hacía que la mujer viera que ese hombre era más sagaz y seguro en sus convicciones que la mayoría. No obstante, entendió que quería algo de ella. Y poco podía negarle, siendo prisionera como era.

—*¿Qué deseas de mí?* —dijo en un tono tranquilo pero desconfiado. Valerio sonrió.

—*¿Has visto alguna vez algún romano antes de mí?*

—*No, pero mi padre me habló de vosotros, conozco vuestras fronteras y me describieron como vestíais.*

—*Bien, eso está bien* —se mostró visiblemente satisfecho y más tranquilo—. *¿Sabrías llevarme hasta la frontera?*

Por primera vez, la mujer se sintió algo más cómoda. Tenía una baza que jugar y podía intentar sacar algo de provecho. Pero no iba a ser fácil.

—*Eso depende* —comenzó por fin.

—*¿De qué?* —comentó sonriendo Valerio. Le parecía muy cómica la situación: prisionera y poniendo condiciones. Ingenua.

—*Aunque quiera, no pasaréis desapercibidos. Reconocerán inmediatamente que sois romanos. Me juego mi vida si me ven.*

—*Ahora tu vida está en mis manos* —cambió su tono más serio y su mirada más agresiva—. *Si no me eres útil ahora, eres una carga. Y nos movemos rápido.*

Hubo un tenso silencio. Ella estaba convencida de que hablaba en serio y su miedo empezó a incrementarse. Por algún motivo, ese hombre le daba mayor terror que todos los que había conocido a lo largo de su existencia. Y había conocido hombres violentos y sanguinarios. La seguridad de su mirada y su voz, eso era.

—*Pero hay otro camino* —prosiguió el romano tornando cordial—. *Si nos sirves de guía por estas tierras hasta las nuestras, conservarás la vida y la dignidad. No solo eso. Te devolveré tu libertad y te recompensaré por tus servicios.*

—*¿Cómo sé que vas a cumplir tu palabra?* —cuestionó inflexible la germana.

—*No tienes elección. Stymir es mi esclavo* —explicó con paciencia—. *Le devolveré la libertad junto a la frontera y ambos volveréis a vuestro hogar.*

Stymir lo miró confuso. Por un lado le molestó que se refiriera a él como un esclavo. Sin embargo, fue una grata sorpresa saber que el final de su servidumbre podía estar tan cerca. Aunque era consciente de las pocas posibilidades de lograrlo, había una meta, un objetivo, un fin. El alto esclavo de Roma asintió corroborando sus palabras tras un par de segundos de desconcierto.

—*Diría que eres un traidor, pero no soy quién para decirlo, dado que yo he sido capturada también. Aunque creo que vienes de otra región muy lejana. Tu acento es... peculiar* —añadió la germana.

—*Tanto, que desconoces mi pueblo* —acabó la conversación con rapidez. No le gustaba que una mujer que fingiera ser guerrera le diera lecciones de nada.

—*Si intentas huir, traicionarnos o engañarnos, tendrás la muerte más lenta y dolorosa que puedas imaginar* —advirtió Valerio con una mirada cargada de seguridad. Ella mantuvo su cara en el suelo y no respondió. Notaba los ojos de aquel extranjero penetrando su carne, llegando al interior de su cuerpo—. *Vigíladla, —sentenció Valerio a Ulpio y Stymir— desatadla, dadle de comer y beber. Que descanse. Partimos muy pronto.*

—*¿No tengo elección?* —señaló ella.

—*Sabes cuál es. Es una buena proposición.*

—*A tu disposición.*

El resto de sus hombres estaba mirando con perplejidad la situación. Salvo Vesper, que entendía algunas cosas, aunque no demasiado, la conversación fue completamente incomprensible para ellos. ¿Qué había pasado?

Valerio los miró a todos con lentitud mientras se sentaba cercano al fuego. Meditaba cómo lo encajarían.

—Nos servirá de guía. Nos llevará a la frontera —resumió con rapidez.

—¿Podemos confiar en ella? —expresó Druso.

—No tenemos más remedio, sin conocimiento del terreno no llegaremos muy lejos. Vamos a ciegas. Tarde o temprano nos acercaremos demasiado a un poblado o a un grupo de caza o un grupo de guerreros cuando llegue la primavera. Hay que ser previsores.

—Aprovechará la mínima ocasión para traicionarnos —afirmó Macro con seguridad.

—Estará vigilada constantemente por uno o dos de los nuestros.

—No será suficiente —se sumó Nurto.

—Debe serlo. No tenemos otra opción.

—Sí que la hay —añadió rápidamente Andros. Parecía que estaba esperando esa frase—. La cargamos de cuerdas y la obligamos a ayudarnos sin que tengamos que estar jugándonos la vida. Además, podríamos sacar provecho de la situación. Tal vez no volvamos a estar con una mujer en mucho tiempo, probablemente nunca más. Un último placer no vendría mal.

En ese momento, empezaron los murmullos entre los legionarios y auxiliares allí presentes. A la mayoría no les parecía descabellado, sino más placentero y menos engorroso. No obstante, ninguno se atrevía a apoyar a Andros en su propuesta. El Centurión mandaba.

—No puede ser —contestó Valerio tras un largo silencio, pero con tono tranquilo—. Si la forzamos, nos traicionará seguro. La crueldad es un arma de doble filo.

—O nos ayudará. Por miedo —repuso Andros.

—Es cierto que al principio será difícil, pero si la respetamos, finalmente colaborará y nos ayudará de *motu proprio*.

—El miedo siempre es la clave y, si no lo es, al menos tendremos un disfrute. Empezarán los oficiales, por supuesto.

—No lo vamos a hacer así —se estaba empezando a encolerizar el *primus pilus*. Al decirlo, se puso en pie—. He tomado una decisión.

Ante su sorpresa, Andros no se amilanó y se levantó también. El resto de hombres empezaron a discutir entre ellos dudando entre cumplir la disciplina

o el plan más lógico del auxiliar, aunque ninguno se quería posicionar. Era algo muy importante como para tomar una decisión a la ligera.

—¿Insubordinación? —desafió Valerio a Andros posando su mano izquierda en el tahalí de su espada, un poco por encima de la cadera izquierda.

—Hablo del derecho de botín. Ahora se ha roto la cadena de mando. Estamos solos en medio de la Germania —el tono del auxiliar era tranquilo. Pretendía hacerse entender y ganarse el apoyo de los demás. Enfrentarse a Valerio no era buena política—. Somos pocos y deberíamos poder decidir lo mejor para todos.

De repente, Sexto Valerio empezó a reírse a carcajadas. Todos estaban perplejos, no entendían nada. No había dicho nada gracioso o ingenuo. De repente, paró de súbito de reír, mirándole fijamente a los ojos.

—¿Crees que esto es una democracia griega? —expresó con un tono grave y bajo—. No. La cadena de mando es lo único que sostiene esta expedición. Mis decisiones. Y si quieres hablar de botín, esa mujer me pertenece a mí: la he vencido yo sin ayuda de ninguno de vosotros. No tengo por qué compartirla, y ya sabéis cuál es mi decisión. Y si alguno va a cuestionar mi mando o futuras decisiones, que lo haga ahora y si no, que se meta la lengua en su apestoso culo.

Con esto, acabó el debate. La argumentación y el tono empleados hicieron que todos comprendieran la delicada situación que tenían entre manos y que no desearan ningún encontronazo más con él. Seguramente tendría razón, como casi siempre.

Andros, turbado por haber sido el cabecilla del conato de insubordinación, pagaría los platos rotos y no sabía bien qué hacer. Nadie apoyó su moción, aunque estuvieran de acuerdo. ¿Cobardes, fieles o imbéciles? No se movió, pero tampoco se le veía cómodo. Su oficial lo ayudó en el duro trance.

—Andros, trae dos cubos de agua para que os aseéis y haz la guardia abajo. Esperemos que te enfríe los ánimos y que no se vuelva a repetir.

—Sí, *domine*. No volverá a ocurrir, te lo aseguro —había burlado a la muerte. Al menos de momento.

Una hora después comenzaron los preparativos para dejar aquel lugar. Había quedado en entredicho la supuesta seguridad del lugar con la llegada de la mujer. Casi todo estaba hecho: la poca comida que les quedaba, ropas y mantas, armas, armaduras, escudos, etcétera. Tardarían poco en ponerse en

marcha. Curiosamente, eran rápidos pese a la cantidad de peso que llevaban, porque en marcha, llevaban cuatro veces más.

Se habían recuperado todos menos Druso y Celio, que persistían en sus dolencias aunque con notable mejoría.

La temperatura había estado subiendo ligeramente a lo largo del día, desapareciendo la poca nieve existente. Pero el color panza de burra del cielo, anunciaba la inminente llegada de lluvias.

Casi habían terminado de prepararlo todo cuando Lovis, que estaba en la parte superior de la atalaya, avisó que alguien se acercaba.

—¿Estás seguro? —preguntó Valerio mirándolo a través del agujero de la parte superior. Lovis asintió con su cabeza—. Ocúltate, que no te vea. Druso y Balbo, vigilad a la prisionera. Nurto, apaga las últimas brasas. Macro, dile a Andros que suba a la primera planta con nosotros. Los demás, ni un movimiento.

—Voy, Centurión —contestó Macro.

—*Styrmir, ven conmigo* —dijo en lengua germana—. Que nadie se mueva ahora. Las *caligae* hacen demasiado ruido.

Al poco de todos cumplir su cometido, apareció un jinete avanzando al paso hacia la atalaya. Sin prisa. Styrmir, Valerio y Ulpio miraban con dificultades a través de una de las ventanas, tapada por una manta. Los otros utilizaban pequeños orificios que se encontraban en la estructura de madera. Se le veía tranquilo, contemplando el entorno sin mostrarse hostil o acechado. Buena señal. Al Centurión le llamó la atención el abundante uso del color verde en sus ropas, incluyendo su escudo. Descendió de su caballo cuando estaba en la base de la colina para no cansar a su animal subiendo cuesta arriba. Subiendo con parsimonia.

—No le quites ojo, Ulpio —susurró tras llamarlo con la mano—. No le dispares a menos que te lo ordene, pero mantente alerta.

El auxiliar asintió con la cabeza, tomó una flecha de su carcaj y la colocó en su arco. No tensó la cuerda, perdería fuerzas, máxime cuando no sabía si era un objetivo o no.

—Vesper, a la escalera, si intenta subir, mávalo —ordenó en un tono casi imperceptible, al ver que se acercaba a la atalaya.

El jinete, en la puerta del edificio caminaba con parsimonia, parándose a mirar cualquier detalle, por nimio que fuera. Parecía como si estuviera de paseo y sin que ningún peligro pudiera haber. Empezó a llover con suavidad. Los beneficiaba porque podía tapar alguno de los sonidos que pudieran emitir,

además de que, tal vez, aquel jinete bárbaro, solo pretendía meterse allí buscando refugio.

Respiraciones contenidas. Expectantes. Podía ser un explorador, un cazador, un hombre buscando refugio o alguien que se había perdido. En cualquier caso, no había que precipitarse y matarlo. Debían ver qué intenciones tenía.

—¿Reconoces a qué pueblo puede pertenecer? —dijo al oído de Styrmir.

—Me temo que no.

—Trae a la mujer.

Sin dilación, la señaló con el dedo índice de su mano derecha mientras que con el índice de su mano izquierda, se lo acercaba a la boca, instándola a no provocar ningún sonido. Entendió perfectamente. En unos segundos, tras unos pasos lentos y estudiados, llegó hasta la ventana. Con lentitud premeditada, avanzó hasta ponerse a la vera del Centurión. Al llevar botas, el sonido se amortiguaba mejor.

—¿Reconoces a qué pueblo puede pertenecer? —repitió la misma operación y pregunta.

—*No estoy segura* —respondió al cabo de unos instantes con un visible tono de duda. No obstante, sus ojos mostraron cierto asombro, o terror. Valerio no pudo determinarlo con claridad.

En ese momento, el germano se precipitó adentro con decisión. Todos, en la planta superior, se pusieron tensos y agudizaron sus oídos. Si los descubría, habría que acabar con él para que no avisara a otros. Esa era la tarea de Vesper que, escondido tras un pilar, no movía ni un músculo. Esperaba pacientemente a su presa. Relajado y atento, no quería que las ganas le dominaran, provocando que se adelantara y fallara. Tal vez, el germano iba tan lento por lo mismo. No obstante, lo degollaría con el *pugio* que ya tenía preparado en su mano derecha sin pensar. Sorprendentemente, una vez ojeado el interior de la planta baja de la atalaya, volvió sobre sus pasos y tomó las riendas de su caballo. Caminaba despacio. Sin mirar atrás.

—Sabe que estamos aquí —dijo en voz baja Andros.

—Tal vez no nos busque —aportó Druso.

—Además, se va por donde ha venido —explicó Celio.

—Demasiado despacio, demasiado prudente. Sabe algo —añadió Valerio.

—Ni siquiera ha intentado subir —aclaró Balbo.

—No le hacía falta. Ya lo sabía.

—¿Y si fallamos? ¿Y si se ha ido por otro motivo? —repuso Druso.

—No nos podemos arriesgar —sentenció el Centurión—. Ulpio.

El arquero auxiliar, con solo oír su nombre, recorrió la improvisada cortina, tensó su arco y apuntó contra su víctima. Con su ojo sano, corrigió el tiro como solía hacer. Sabía que cuando también se pierde un ojo, se pierde profundidad y se debe calcular intuitivamente. Eso le sobraba a Ulpio, ampliamente experimentado. El disparo acertó al germano casi en el medio de la espalda. Se quedó clavada sin salir ya que, al llevar una cota de malla, la oposición a la entrada de la flecha fue mayor. La herida era mortal, sin embargo, consiguió sacar fuerzas y tocó un cuerno que ya llevaba en la mano izquierda hacía unos segundos. Andros tenía razón.

Ulpio no pudo volver a disparar otro proyectil porque el caballo se interponía en la trayectoria, imposibilitando rematar al enemigo.

A la carrera, llegó Vesper, que terminó lanzando su *pugio* a una docena de pasos, entrando cejada en la mandíbula inferior del explorador, silenciándolo para siempre.

—¡Vesper! ¡Ulpio! ¡Andros! ¡Adelantaos y ved si hay enemigos por delante! ¡Celio y Nurto! ¡Caballo y hombre! ¡Registradlo y traedlos dentro de la atalaya! ¡Los demás, preparad el equipo! ¡Nos vamos! —ordenó a gritos Valerio, temiendo las consecuencias de todo aquello.

Al menos, no había sido una mala decisión. Ese germano sabía de su presencia y los buscaba. Habían dejado algún cabo suelto. Además, la mujer también había reaccionado de manera extraña. Algo callaba. Debía interrogarla, pero no ahora, había premura en otros menesteres.

—¿Cuál es el camino más seguro? —preguntó con rapidez.

—Yo iría hacia el Este —aclaró con la misma velocidad—. No nos seguirán y será difícil andar a sus caballos por medio de todo ese barrizal.

—¿Cómo sabes que vendrán más, y con caballos? —interrogó con preocupación.

—Dudo que venga solo. Parece pertenecer a un pueblo de jinetes —respondió con firmeza fingida.

—Si me mientes o nos traicionas, pagarás con tu vida —añadió con fulgor en su mirada—. *Styrmir, vigílala. Si trama algo, máatala.*

—Sí, domine.

Cuando todos estaban preparándose para salir, llegaron Andros, Ulpio y Vesper a la carrera al fortín.

—Ya están aquí —aventuró a decir Andros medio asfixiado.

—¿Cuántos?

—Treinta jinetes. Tal vez más —expuso Ulpio.

—Si salimos, nos rodearán —opinó Druso algo desesperado.

—Y si combatimos, no saldremos de esta —dijo Celio.

—Es la única opción. Hacernos fuertes aquí —aportó Macro.

—Si incendian la atalaya, y lo harán, no tendremos opción —sentenció Balbo.

Valerio permanecía absorto en sus pensamientos, buscando una solución, mientras los jinetes se acercaban más y más. La discusión entre sus hombres seguía, la escuchaba, pero no llevaba a ningún lado. Lado, eso era. Allí estaba la solución.

—¡Silencio! —gritó el *primus pilus* para poner orden—. Descenderemos por la pared del Este y continuaremos por ese bosque.

—¿Por el acantilado rocoso? —preguntó incrédulo Lovis.

—No es tan grave como decís. Yo lo bajé y lo subí ayer.

—Pero entonces no estaba lloviendo —añadió Nurto.

—Tampoco estaban más de treinta jinetes a punto de exterminarnos. Bajar o morir.

Hubo un denso silencio. A nadie se le ocurría una idea mejor, y el combate sería de corta duración y con gran cantidad de bajas por su parte. Además, algunos no estaban recuperados del todo. Tenían todo en contra.

—Entonces bajaremos en tres grupos: el primero bajará ya. Nurto, Vesper, Druso y Andros. Tomad los escudos. ¡Bajad!

Amarró una soga que llevaban a un extremo de un sólido pilar. Una vez en el exterior, por una ventana derruida, empezaron a descender por detrás con rapidez, a la par que Valerio seguía dando instrucciones.

—Styrmir, Lovis, la bárbara y Balbo detrás, con la poca comida y bártulos que nos queden. Ulpio, Celio y Macro, conmigo, los últimos. Vigilad los movimientos enemigos.

Nadie discutió la orden. Evidentemente, los últimos en bajar no deseaban esa posición, pero era mejor evitar el debate y cumplir los objetivos.

Casi había bajado el primer grupo e iniciaba el segundo cuando los jinetes cruzaron el riachuelo al trote. Se estaban dejando ver y estaban haciendo una formación para llegar a la atalaya en una línea de ocho. Iban con antorchas, dejando claro sus intenciones y que el sigilo ya no era necesario.

—¡Por los dioses! ¡Daos prisa! —apremiaba Macro.

—Desenvainad. Preparaos para aguantar la posición y entretenerlos —dijo Valerio con un tono suave, sin intensidad ni miedo.

Ulpio disparó una flecha, Celio lanzó una piedra y Macro arrojó una estaca que sobresalía entre la parte baja. Sorprendieron a los germanos, pero

solo lograron heridas superficiales y que bajaran de sus caballos. Entendieron que no saldrían para recibirles.

—¡Ulpio! ¡Baja por la cuerda! ¡Vamos! ¡Macro y Celio, preparaos! —ordenó mientras se posicionaba junto a la puerta.

Valerio se colocó junto al acceso principal con su *gladius* desenvainada. Debía darles tiempo para replegarse. Lo habían agotado todo. No podía pedir un sacrificio extra.

Lanzaron varias antorchas hacia la primera planta, que se colaron por el interior de la ventana, ya sin la improvisada cortina. Dos germanos accedieron con el escudo por delante y hachas en sus manos derechas. El Centurión arremetió una patada a uno con sus botas claveteadas mientras atacaba al otro con furia. Inesperadamente, Macro y Celio, sin mirarse, fueron a ayudar a su oficial, que estaba siendo ya superado tres a uno. Un esfuerzo inútil.

Pronto, una decena de hombres atacaban a los tres romanos por todos lados.

Un enemigo dio un fuerte hachazo contra uno de los pilares. La estructura crujió. Una idea pasó por la cabeza de Valerio mientras se defendía como podía. Una idea loca, insensata y que no garantizaba su supervivencia ni la de sus hombres. En un momento de respiro que le permitieron tres germanos, pateó con fuerza uno de los pilares de la estructura. No hizo falta más. Parte del techo se fue abajo, lo suficiente para provocar un caos monumental. La confusión, la poca luz y varios certeros movimientos del *primus pilus* consiguieron que tomara a Macro por el brazo y se abalanzara por la ventana. Celio ya había sido herido de muerte.

Rodaron por la escarpada pendiente, aunque hubo mucha suerte: solo pequeños cortes y magulladuras.

—Habéis sobrevivido —expresó incrédulo Nurto.

—Sí Es una forma de hablar —bromeó malhumorado Macro, mirándose las heridas y rascándose la sangrante rodilla izquierda.

Los germanos que estaban aún fuera, confusos, miraron hacia la ventana, a la par que otros registraban la planta superior. La poca luz del crepúsculo que se acercaba, junto con la nube de polvo, habían propiciado que los romanos pudieran escapar.

—¿Dónde están? —preguntó soliviantado Cedrick.

—Hemos cazado a uno, otros dos han escapado por la ventana —respondió el germano más cercano a él.

—¿Cómo ha podido pasar?

—El techo se fue abajo...

—¡Erais más, por todos los dioses! —interrumpió desesperado el oficial, sabiendo que su puesto estaba en juego—. ¿Cuántos quedan?

—No lo sabemos con exactitud. Unos ocho o nueve, suponemos.

—¿Suponéis? —repitió con sarcasmo—. ¿Bajas?

—Mataron al explorador. Tenemos cuatro heridos, pero se recuperarán pronto. Mañana.

—Han ido al Este —expresó, cambiando de tercio y para sí mismo, en voz alta—. Maldita sea. Tomad los caballos, los seguiremos.

—Es casi de noche y no podemos entrar en ese bosque —replicó otro de los guerreros.

—Sé que no debemos, pero tenemos una orden del Gran Jefe.

—Puede provocarnos un problema en esta región. Seguro que eso tampoco lo quiere el Gran Jefe —dijo otro de los jinetes.

—Cuando quiera tu opinión, Blaz, te lo diré.

—¿Por qué no pedimos permiso a los poblados circundantes? —continuó Blaz con tono cordial—. Los romanos no pueden salir. Hay aliados en las cuatro salidas del bosque. Dejemos algunos hombres aquí por si vuelven e intentémoslo.

—Tardaríamos días, si lo conseguimos.

—Si hablamos en nombre del Gran Jefe será más fácil y rápido.

Cedrick sabía que ese maldito Blaz tenía razón. Ambición, prudencia e inteligencia. Su puesto peligraba. No obstante, era lo más sensato. No podía fastidiarla más. Peligraría más que su propio escalafón social. Por eso, tras pensarlo unos instantes, asintió con la cabeza.

—Sea. Adelántate tú mismo al primer poblado. Anuncia mi llegada.

—Sí, jefe.

—Otra cosa —el servicial guerrero se volvió—. Ni se te ocurra volver a contradecirme.

Horas después, tras una intensa caminata y con noche cerrada, los romanos se detuvieron, extenuados por el gran ritmo exigido. La lluvia había dado cuartel una hora antes, pudiendo, al menos, dormir sin que les cayera agua en la cara.

No se veía nada, siendo imposible que los germanos les siguieran la pista. Debían dormir unas horas y reponer fuerzas comiendo las macizas *buccellatum*. Era casi lo único que les quedaba.

Tres hombres habían caído desde su salida de la «sala del jefe»: un auxiliar en el derrumbe del túnel, Sergio, de un enfriamiento o agotado, y Celio, abatido por los germanos. Valerio temía que fuesen los primeros en caer de una larga lista ya recorrida.

Se fue aparte para orar mientras el resto se acomodaba para dormir, muy cercanos los unos a los otros debido a que no podían encender ningún fuego. Toda precaución era poca.

Deseaba implorar al Dios Supremo que no se llevase ninguna vida más. Si era necesario, a cambio de la suya. Había vivido suficiente y le esperaban seres queridos en la otra vida. Al menos, eso quería creer.

Todos los hombres que había mandado en los últimos años estaban muertos, malheridos y solo unos pocos quedaban junto a él. Pedía una pequeña gracia, la supervivencia de los que quedaban. También pidió por Ditalkon, Risa, Mauro, su hijo y los restos de su familia. Tampoco olvidó a los amigos que había hecho durante sus años en Oriente o los que ya habían partido al otro mundo como Lufhias, Casio (si estaba muerto), Marcelo Paulo, Marco Juno, el Prefecto Cornelio Prisco o el Tribuno Fabio. Eso sin contar con Lydia, el amor de su vida.

En sus lucubraciones, la mujer germana se acercó a una distancia prudencial, escoltada por el fiel Styrmir.

Terminadas las oraciones, se dio la vuelta y, a través de la escasa luz, vio la faz contraída por el desprecio y odio de la germana.

—*¿Qué ocurre?* —preguntó cuando estuvo a un par de pasos de ambos.

—*¿Por qué has mandado que me amarren?* —incredó la mujer mostrando las ataduras de sus manos.

—*No has sido sincera conmigo* —explicó con sencillez.

—*Te he llevado a un sitio seguro.*

—*Eso está por ver.*

—*Mañana lo verás. Espero algo de fe en mí por tu parte. Voy cumpliendo mi parte del trato.*

—*No estoy tan seguro de eso.*

—*Te llevaré al centro de este lugar y verás que es un bosque sagrado. Hasta que no germinen las flores, nadie entrará. Al menos durante unos días.*

—*Puede que en eso sí me hayas dicho la verdad* —expuso con tranquilidad Valerio, caminando tranquilo hacia donde estaba el resto de sus hombres—. *Sin embargo, has mentido sobre esos jinetes.*

La mujer quedó estupefacta. Intentó ocultarlo, sin éxito, pero le había cogido la mentira. Debía tener cuidado y no tensar demasiado la cuerda.

—¿A qué te refieres?

—Los conoces, ¿verdad? A los hombres que nos siguen.

—Sí —reconoció, agachando la cabeza. Y la volvió a alzar—. Pero lo hice por tu bien.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —preguntó divertido.

—Miedo.

—Nuestra situación es precaria. No nos asustamos con facilidad. Habla. La información será bien recibida —su tono era tranquilo y cordial. No era necesaria la agresividad continua.

—No estás lo suficientemente asustado.

—Eso lo juzgaré yo.

—Se trata de la Guardia Verde, los mejores hombres de Eberhard.

—¿Quién es Eberhard?

—La llaman el Gran Jefe. Es uno de los principales caudillos de esta región. Algunos dicen que es el heredero de Arminio.

—¿Qué tiene de especial esa Guardia Verde?

—Le llaman así porque sus hombres usan ese color en sus ropas y escudos. Van muy bien armados y son extremadamente fieros. Los mejores guerreros de esta parte: temidos y odiados a la vez. Están continuamente combatiendo, durante todo el año. No os darán un momento de paz.

—Reconfortante —ironizó Valerio con tranquilidad—. Algo no han previsto.

—¿El qué? —cuestionó intrigada.

—Seguimos vivos. Mañana nos moveremos donde dices.

Tras esto fue a dormir, dejando sorprendida a la mujer, que no esperaba esa réplica. El día fue agotador, le tocaba la última guardia y la siguiente jornada sería dura. Seguro.

Unas horas antes del amanecer se pusieron en marcha. Temían ser perseguidos por la *Guardia Verde*. Ahora sabían a lo que se enfrentaban. El Centurión suavizó la información recibida, pero no la negó: sus hombres tenían derecho a conocer a su enemigo. Nadie se sobrecogió con la información. Poco importaba ya. Su situación era demasiado delicada como para agobiarse inútilmente, al menos sabían que estaban a la altura. Los temían por su número, no por su preparación o equipamiento. A esas alturas era algo común para ellos.

Antes de media mañana, con Vesper y Ulpio a la cabeza, seguidos de cerca por Styrmir escoltando a la mujer, llegaron a un gran árbol. La germana pidió una pausa y todos los componentes de la expedición se pararon frente al mismo. Valerio, incómodo ante una parada imprevista, pidió explicaciones.

—*¿A qué se debe esta parada?* —cuestionó molesto.

—*Como te advertí ayer, esta es la diosa que protege este bosque* —explicó mirándolo a los ojos y señalando con sus manos maniatadas—. *Nerthus, diosa de la fertilidad. La invocan para que resurjan cultivos y árboles para la supervivencia de los pueblos vecinos.*

Al oírlo, Styrmir, Lovis (previa traducción) y el supersticioso Ulpio se acercaron a orar junto al árbol. Macro y Andros soltaron comentarios jocosos que fueron atajados por una rápida mirada de Valerio. Como era común entre los soldados, solían menospreciar a otras religiones que no fuesen la suya.

Se trataba de un arce blanco de gran tamaño y aislado. No había más: era único entre el resto de árboles de los alrededores.

—*¿Qué tiene de especial este árbol?*

—*Según cuentan la gente de los alrededores, la propia diosa concedió a este árbol la vida eterna. Mientras este árbol continúe vivo, los pueblos de alrededores tendrán futuro.*

—*¿Crees en ello?*

—*Mientras no vea lo contrario, no dudo de nada. Lo respeto.*

El *primus pilus* sonrió. Le pareció extremadamente entrañable cómo dos de los tres auxiliares fueron directamente a orar. Tradición celta tal vez. Influencias familiares y raciales quizás. Adorar a la naturaleza, algo sencillo de entender y, a sus ojos, imposible de controlar.

—*¿Te resultan divertidas nuestras costumbres?* —preguntó molesta la mujer.

—*Ni mucho menos* —contestó con firmeza y sinceridad—. *Me resulta admirable cómo hombres de tan lejos la comparten.*

—*¿No consideras a nuestros dioses inferiores?*

—*¿Por qué debería hacerlo? No debo subestimar a otros. Y menos en su propia tierra. Aún así, creo que todos las divinidades son las mismas, solo que con otros nombres y habilidades.*

—*Interesante* —la germana miraba al infinito, reflexionando la profundidad de las palabras del romano. Todo aquello la estaba dejando desubicada. Eran gente extraña, y sentía cómo su curiosidad hacia ellos crecía en su interior desde el primer día.

—*No te entiendo* —volvió a la carga el Centurión tras unos minutos de silencio.

—*¿Qué es lo que no entiendes?*

—*Si son tus dioses y este es un bosque sagrado, ¿por qué nos has traído aquí?*

—*Los dioses me castigan hace ya tiempo. Poco me pueden hacer ya.*

—*No infravalores el infortunio. Siempre puede crecer y extenderse a otras partes de tu vida.*

—*Puede ser.*

—*En cualquier caso... ¿Qué hiciste tú para que estén enfadados contigo?*

—*Odiar a mis maridos. No estar nunca conforme con mi vida.*

—*Si tienes tus razones, y las haces valer frente a los dioses, lo entenderán. Nada perdura eternamente, solo aquello que realmente cuidamos. El amor hay que merecerlo y preservarlo como un tesoro.*

Con esa frase, cortó las ataduras de la mujer con su *pugio* y avanzó unos pasos hasta el tronco del árbol, examinándolo de arriba abajo.

La mujer quedó desconcertada. Cada vez entendía menos a ese hombre. Peculiar cuanto menos. A veces creía escuchar una voz interior que le decía que debía seguirlo. Tuvo sus dudas, pero ahora, en ese ambiente místico, silencioso, juró ante los dioses cumplir su palabra y seguir a aquel extranjero. Había conseguido algo que nunca, ningún hombre, le había dado: comprensión.

—*Isela* —dijo la mujer una vez se puso a su lado.

—*¿Cómo?* —preguntó Valerio confuso.

—*Isela. Es mi nombre. Me lo preguntaste el primer día. Es hora de que lo conozcas.*

—*Isela...* —repitió como intentado recordarlo, mirando a la germana de arriba abajo—. *Me llamo Sexto Valerio. Llámame Valerio. Así me llaman todos.*

—*Te dicen domine o Centurión* —apuntó sin dejar de mirar al árbol.

—*Es la forma de respeto que me tienen como su superior.*

—*¿Eres su Jefe?*

—*Algo así.*

Dicho esto, inclinó la cabeza en señal de respeto, dando dos pasos para comenzar a explorar los alrededores y asegurar la zona. Isela, extraño nombre.

Habían pasado dos días desde el ataque a la atalaya. No obstante, Cedrick estaba medianamente satisfecho aquella mañana: todos los accesos al bosque sagrado estaban controlados por guerreros y miembros de la *Guardia Verde*. Por tanto, tenía a los romanos encerrados y controlados. Como si de un sitio formal se tratara. Solo necesitaba el beneplácito de los sacerdotes para poder acceder a él y exterminarlos con rapidez. El tiempo corría en su contra. El Gran Jefe quería resultados rápidos y efectivos. Cada día, presionaba a los sacerdotes advirtiéndoles del peligro de que aquellos salvajes se alimentaran de los animales que vivían en ese suelo sagrado, de la posibilidad de provocar un incendio o, lo que era más importante, dañar el árbol de la diosa Nerthus.

Por fin, esa mañana, se reunieron varios sacerdotes para tomar una decisión. Cedrick esperaba la respuesta dando vueltas en círculos, sin apartar la vista de la puerta de la choza donde estaban dialogando. Llevaba dos horas así. Una voz lo sacó de su fijación enfermiza.

—*No esperes. Ni siquiera desees el fin de la espera. Simplemente usa el tiempo que dispones para trazar un plan para cambiar las tornas si no es la respuesta que anhelas* —sentenció la grave voz de Eberhard a su espalda.

Cedrick quedó petrificado. La llegada del Gran Jefe no presagiaba nada bueno. Había perdido crédito a sus ojos o tal vez fueran otros asuntos los que le traían allí. No, no podía ser. Iba acompañado por Wigmar y un par de caudillos a su servicio. No se trataba de ninguna ofensiva: faltaba Geert.

Tenía que explicar con rapidez lo que había hecho durante esos días, justificar su tardanza y mostrar su resolución.

—*Gran Jefe* —comenzó inclinando la cabeza—. *¡Qué gran sorpresa! Te gustará saber que...*

—*No he venido para intercambiar mentiras contigo. Me llegó un rumor sobre que se te han escapado. Otra vez.*

—*¿Cómo...?*

—*Tengo ojos y oídos en todas partes, Cedrick. No lo olvides nunca* —se acercó a él con parsimonia—. *Aquí ya me han confirmado todo lo que has hecho.*

El líder de la *Guardia Verde* tragó saliva. No pintaba nada bien. Empezó, instintivamente, a buscar con los ojos un caballo y a acariciar, disimuladamente, la empuñadura de su espada.

—*No repetiré lo que me han contado* —continuó con tono indiferente—. *Pero creo que ha sido una decisión acertada* —Cedrick levantó la vista, sorprendido—. *Sin duda, entrar sin el permiso de los sacerdotes habría sido un grave error, provocando una guerra con estos pueblos.*

—*Me alegro de que apruebes mis acciones.*

—*Además, los has cercado. Ya no podrán escapar. No hay forma de que se vuelvan a escurrir entre los dedos.*

—*Así es.*

—*Bien, bien* —sonrió al decirlo.

Frente a frente, sonrieron complacientes. Tal vez, hubiera suerte que pudiera salir bien parado después de todo. De repente, sintió una punzada en la espalda, un agudo dolor y un brazo que lo rodeaba desde atrás por los hombros. Perdía fuerzas, no le respondían las piernas y le costaba respirar. Se le empezaba a ir la vida. Rodilla en tierra, giró su rostro, viendo a su ejecutor. Blaz. Sin duda habría sido su informante y querría subir en el escalafón. No podía hablar, tenía la garganta llena de sangre y casi no podía respirar. Solo podía enviar miradas de perplejidad, pidiendo una explicación.

—*Quería que los romanos murieran discretamente* —empezó a decir Eberhard, tomando la cara de Cedrick—. *Ahora decenas de pueblos sabrán que unos pocos escaparon a mi control. Esto huele a rebelión. Han llegado a gran distancia y has demostrado no ser digno del puesto que ocupas. Me serviste bien, por eso el castigo ha sido rápido.*

Tras esto, avanzó hacia la choza donde esperaba un sacerdote en la puerta desde hacía unos segundos. Le siguieron todos sus hombres, dejando a Cedrick en el suelo, en medio de un charco de sangre con expresión incrédula. No podía creer que le pasara eso, precisamente a él.

—*¿Y bien?* —preguntó sin rodeos.

—*Hemos consultado al oráculo* —respondió el sacerdote, pomposo—. *Los dioses están irritados por la presencia de bárbaros en nuestra tierra sagrada. Los desalojaremos en el amanecer del siguiente día. Pero lo harán nuestros hombres, que respetan y aman a nuestra diosa que mora en el bosque.*

—*Me parece lo más acertado. Solo pido que os acompañen dos de mis hombres para certificar el fin de todos ellos.*

—*No habrá inconveniente, mientras entiendan que mandan los nuestros.*

—*Así se hará.*

Inclinaron las cabezas en señal de respeto el uno al otro y fueron por caminos distintos. Eberhard sonreía. Sabía que la mayoría de aquellos pueblos lo odiaban y temían. Creían que no respetaba nada. Lo cierto es que sí mantenía los pactos y tradiciones, mientras no se cruzaran con sus intereses. Si así era, buscaba la manera para subvertir la situación a su favor.

El fin de un ciclo se iba a acabar y no costaría ni una vida más de sus hombres. Ya había tenido suficiente sangría en el «puerto de las rocas».

Styrmir a duras penas podía contener a Macro y Lovis mientras se encaraban con una confusa Isela. Su enfado superaba, con creces, la reacción que se podía esperar ante la supuesta mala noticia. No había salida. Esa fue la revelación. Los germanos controlaban los pasos del bosque. Había un poblado junto a cada vado, con una banda de guerreros armados y apostados esperándolos.

Styrmir llevaba meses con aquellos bajitos y extraños soldados, que hablaban una lengua aún más rara. No obstante, empezaba a comprender, sabiendo que algo malo había dicho o hecho Isela. Fiel a su juramento hacia el *primus pilus*, cumplió la orden de vigilarla, lo que incluía de los propios romanos.

Apostada en el suelo, no retrocedía mientras el otro germano procuraba inútilmente pararlos. Todo su ser le pedía huir de allí. Los demás miraban confusos y aturcidos. Solo Balbo intentaba mediar hasta que todo se aclarase.

En el momento más tenso, Valerio llegó de ver el paso más cercano, también vigilado, con Vesper y Nurto.

—¿Qué desvarío es este? —preguntó gritando, interponiéndose entre la mujer y el resto.

—¡Nos ha metido en una ratonera! —exhortó Lovis completamente fuera de sí—. ¡Matémosla por traicionarnos!

—¡Seguro que es una de ellos! ¡Una espía! —aseguró Macro algo más sereno.

—¡No digáis sandeces! ¿Una espía? No tiene sentido.

—La mataré, por todos los dioses de mis antepasados que lo haré —amenazó Lovis desenvainando el *pugio*. Styrmir respondió sacando su *gladius*.

Entonces todos los allí presentes se acercaron, unos para contener a Lovis y otros para plantar cara a Styrmir. Valerio se puso entre ellos.

—¡Envainad! ¡No seáis necios! Styrmir cumple mis órdenes. Haced lo mismo —todos cumplieron progresivamente, empezando por el germano que entendió por gestos qué decía y tras la señal, guardó su arma, sin dejar de clavar la mirada en Lovis—. ¡Todos! —Lovis, enfurruñado, cumplió el cometido—. Está claro que todo esto necesita una aclaración. Hablaré con ella y, si nos ha tendido una emboscada, pagará con su vida.

Sin esperar la aprobación de nadie, tocó en el hombro a Styrmir y Ulpio que le siguieron hasta donde estaba Isela. Todos se conformaron, quedando expectantes donde estaban. La mujer intentaba mostrarse digna y solo sorprendida, pero la reacción de aquellos hombres fue demasiado enérgica para enmascarar un rostro desencajado. No entendía qué decían, aunque estaban claros los motivos de ese ataque de ira. El *primus pilus*, con calculada lentitud, avanzó despacio los pasos que les separaban, se agachó frente a ella y la miró con amabilidad. Eso turbó más a Isela que la agresividad que esperaba. Ulpio y Styrmir se mantuvieron erguidos a su espalda, a pocos pasos de distancia.

—*¿Por qué nos has traído hasta aquí?* —comenzó hablando con suavidad y la cabeza ladeada—. *No hay salida.*

—*Sí la hay.*

—*No, las hemos comprobado todas. Decenas de enemigos nos esperan.*

—*Una que solo conozco yo estará libre.*

—*¿Por qué solo la conoces tú?*

—*Porque nadie entra sin permiso excepto yo, cuando necesito unos días de tranquilidad.*

Una versión peculiar de cómo ella tenía un plan pensado desde el principio. No obstante, no estaba nada claro. Desconfiaba.

—*¿Cómo la descubriste?*

—*Cazando un ciervo. Lo seguí y cruzó el río por una parte donde había un vado.*

—*¿Y cómo no lo vieron los lugareños?*

—*Es demasiado estrecho. Insignificante. No lo habrán visto. Además, al tener el acceso prohibido, no lo conocen a fondo.*

—*Si me mientes...*

—*Sé lo que me espera* —cortó segura Isela. Empezaba a comprender que ese hombre era un negociador con cabeza y no un tipo rudo e impulsivo—. *Te lo mostraré ahora, si lo deseas.*

Valerio asintió levemente. Se puso derecho y tendió la mano a la mujer para ayudarla a izarse también. Ella caminó rápida, seguida de cerca por el Centurión, Styrmir y Ulpio.

—*Quedaos aquí. Buscad algo para cenar. Vesper, organiza dos guardias en los principales pasos* —comentó sin detenerse.

—*Y si cazamos algo y encendemos un fuego... ¿No detectarán nuestra presencia?* —preguntó con sentido Balbo.

—Ya saben dónde estamos. Si hemos de morir, que sea con el estómago lleno y caliente.

Los hombres miraron con extrañeza a Valerio. Su flema en este delicado asunto les aturdió. ¿Volvería a ser el mismo loco suicida de unos años atrás o realmente sabía lo que hacía? Solo podían obedecer las órdenes. Y esperar algún milagro.

Al tercer día por la mañana, nada más amanecer, medio centenar de guerreros bien dispuestos se introdujeron en el bosque sagrado, seguidos por Wigmar y otro miembro de la *Guardia Verde* a caballo, a una distancia prudencial.

Como los sacerdotes habían determinado, solo serían observadores. Aquellas gentes eran delicadas en cuanto a los asuntos que atañían a lo relacionado con su bosque sagrado. Eberhard fue sabio en su decisión. Solo deseaba corroborar el final, no era necesario que lo hicieran los suyos. Mejor para él, ya se había derramado demasiada sangre de sus hombres y sus aliados.

Wigmar, por otro lado, tenía otros anhelos. Aunque ya había conseguido ser el máximo representante de la *Guardia Verde* y mano derecha de Eberhard, le quedaba la venganza personal de aquel hombre que le había marcado de por vida. Una fea cicatriz que todavía no había sanado del todo. Deseaba con frenesí ver su cadáver en el barro y regocijarse. Todo aquel que se le había enfrentado, había acabado muerto. Solo Eberhard se le resistía, sabiendo que estaba por encima de él. Sin embargo, las cosas cambian con el tiempo. Paciencia. Le acompañaba su asistente más fiel y ambicioso, llamado Hugi. Un hombre alto y fuerte, con aspiraciones muy por encima de sus capacidades, pero suplía sus carencias con un servilismo total hacia Wigmar. Por sí solo no conseguiría nada y lo sabía. De momento.

Una vez que se introdujeron dentro del bosque, sabían dónde dirigirse. Hacía dos noches habían visto una columna de humo que ascendía por el horizonte. No la habían vuelto a ver, pero el bosque era pequeño y el rastro que dejaron, claro.

Sin embargo, no estaban allí, habían desaparecido. Solo quedaban vagas huellas y una hoguera apagada con restos de huesos de un ciervo. Una vez registrado el bosque de cabo a rabo, Wigmar galopó en su corcel hasta el poblado donde estaba Eberhard, seguido por Hugi. El Gran Jefe, al verlos llegar de esa manera, entendió que algo no había salido como estaba previsto. Los esperó a pie quieto junto a una choza, con los brazos en jarras.

—*Han escapado. Tal vez nadando o cruzando por una parte más mansa del río. Nos llevan uno o dos días de ventaja* —empezó a decir Wigmar con evidente indignación.

—*¿Qué dirección?* —dijo resolutivo Eberhard.

—*Apostaría toda mi impedimenta que al Sureste. Es el único punto donde no hay poblados y la ruta es más segura. Juraría que llevan un guía.*

—*Seguro. No pueden darse dos casualidades seguidas: entran en un bosque sagrado para salvarse de la Guardia Verde y ahora escapan sin usar los vados.*

—*¿Qué ordena el sabio Gran Jefe?* —aduló Hugi.

—*Toma sesenta jinetes de la Guardia Verde bajo tu mando y captúralos. La mitad de los disponibles. No puedes fallar* —contestó a Wigmar.

—*Volveré con ellos, o no volveré* —replicó el asiático solemne.

—*En cualquier caso, tengo otro encargo que hacerte* —continuó con una sonrisa malévola—. *Hay un poblado al que castigar y tal vez te sirva para eliminar a dos enemigos de una vez.*

Mientras Eberhard contaba los detalles, Hugi reunía a los hombres necesarios para la caza. La presa eran romanos.

Blaz quedaría temporalmente como segundo al mando de los jinetes de la *Guardia Verde*, cumpliendo el cometido de Wigmar con satisfacción.

Contando los pormenores de su misión, el asiático no pudo evitar un estremecimiento al ver, una vez más, la clarividencia de su jefe, a la par de su inventiva para conseguir sus planes. Había que pensarse si era mejor no ponerse en su camino y que el tiempo se encargara mejor de él.

Debía ser ya abril. Habían perdido la noción del tiempo y de los días. La nieve había desaparecido hacía ya varias jornadas; el frío había menguado a cotas soportables, excepto por la noche. Se percibía con nitidez el claro inicio de la primavera. Por fin. Ese día había salido el sol tímidamente. Después de meses sin apenas verlo, durante unas horas bañó a los romanos con su luz. Hombres que venían del Mediterráneo y que estaban más acostumbrados a su presencia lo saludaron como un viejo amigo al que hacía tiempo que no se encontraban.

Estaban exultantes. Habían conseguido pasar la trampa del bosque sagrado con sagacidad y sin ser detectados, ganando terreno a sus perseguidores e intentando no dejar rastro para despistar cuando se dieran cuenta de lo ocurrido.

Para empezar, Valerio hizo un fuego para dormir calientes y comer algo consistente. No sabían cuándo podría volver a ocurrir. No obstante, lo primordial era hacer creer al enemigo que allí estaban. Al día siguiente cruzaron el río por una parte muy estrecha, donde el agua llegaba casi por el cuello, colocando el material pesado (armaduras, escudos, *gladius*, *pugio*, casco, *caligae*, mantas, *paenulae*, la comida que les quedaba, objetos personales, las cantimploras y las pateras^[97]) sobre una pequeña balsa realizada a toda prisa y con una pequeña cuerda atada a cada extremo para poder cruzar la carga de un lado a otro. Empapados, pero vivos, se cambiaron de túnica, habían conseguido llevar una de repuesto, y prosiguieron su camino. Para que se secase, fabricaron un fardo, como el que solían usar para transportar todo su equipamiento, para colgarlo y que se fuera aireando. Fue una gran idea, aunque no muy original.

Había que ganar terreno antes de que los germanos descubrieran su fuga. Por el momento, todo iba a pedir de boca. No obstante, Valerio intuía que algo no marchaba bien. Isela había estado más taciturna que de costumbre durante los dos días que llevaban de camino. La abordó en un momento de descanso, como siempre, escoltada por Styrmir, que le vigilaba y le daba conversación en ocasiones.

—*Quería darte las gracias* —comentó suavemente sentándose a su lado, mientras Styrmir aprovechaba para aliviarse—. *Ahora si sé que estás cumpliendo tu palabra.*

—*No es nada* —afirmó con fingida modestia.

—*En serio. No somos tu gente, pero quería agradecértelo con palabras y, cuando esto acabe, cumpliré mi parte del trato.*

Intentó recordar la última vez que alguien había sido agradable con ella. Hacía meses. Más triste fue cuando intentó recordar la última vez que le agradecieron algo. No pudo. Tal vez se había equivocado toda la vida y no lo mereciera; sin embargo, lo necesitaba. Todo el mundo precisa de aprobación.

Valerio, reafirmando sus palabras, le entregó una tosca daga.

—*Como prueba de mi buena fe, te devuelvo lo que es tuyo.*

—*¿Es un truco?* —desconfiaba.

—*No. Aunque espero que no lo uses contra nosotros. Si fallas en mi confianza, el castigo será severo. Muy severo.*

—*Mi destino está unido al vuestro. Ya no hay marcha atrás.*

Alargando la mano, tomó la daga y se la colgó del cinturón. En ningún momento le pareció un necio. Seguramente necesitaba ponerla a prueba, saber

hasta qué punto le era fiel. No parecía ser el hombre que dejaba sus asuntos a la Fortuna.

—¿Qué ocurre? —preguntó el Centurión sin rodeos.

—¿A qué te refieres? —se sorprendió la mujer.

—*Hay algo que no va bien. Algo que te tiene distraída. ¿Qué ocurre? Sé que tienes dudas de nosotros. Lo entiendo. Pero si nos ayudamos mutuamente, sacaremos provecho en el futuro. ¿Qué pasa por tu cabeza?*

Isela no pudo evitar sonreír. Seguía siendo extraño que alguien le preguntara cómo estaba. Aunque fuese por un interés propio más que ajeno. Pocas veces le había pasado, y hacía mucho tiempo. Tal vez demasiado.

—*No quería preocuparte antes de tiempo* —comenzó a explicar.

—*Prefiero saberlo.*

—*Acamparemos antes del anochecer. Estamos cerca del final de esta zona pantanosa.*

—¿Y después?

—*Estamos pasando la tierra de los semnones y los ermunduros. Debemos ir al Suroeste. Es la ruta más rápida y segura. Aunque más adelante debemos pasar una extensa pradera.*

—*Allí seremos visibles.*

—*Un blanco fácil, pero es la mejor alternativa. Si vamos deprisa, pasaremos desapercibidos y el resto del camino será mucho más complicado seguirnos. Podremos desaparecer. Tal vez en una semana llegaríamos a vuestras líneas. Otra posibilidad es tomar hacia el Este, que también tiene un buen trecho de llanura, pero alternado con pequeñas arboledas. El problema es que nos acercaremos peligrosamente a las fronteras de pueblos más belicosos, y podemos cruzarnos con ellos en una batida contra otros pueblos o cazando. Además, creo que tardaremos más en llegar a Roma.*

El *primus pilus* se quedó un momento sopesando las opciones. Ninguna era completa, ni definitiva. Miró al horizonte. Luego miró a todos y cada uno de los que allí se encontraban: Ulpio bebía un trago de agua; Druso y Macro dormían una corta siesta; Balbo terminaba el «apetitoso» buccellatum del desayuno; Lovis y Andros conversaban en voz baja; Vesper afilaba la punta de su *gladius*; Nurto recogía unos frutos silvestres de un arbusto. Prosaico, pero hermoso y distinto a la vez. Como las procedencias de aquellos hombres.

Sonrió. Usar la cabeza, no el corazón. Fácil, la opción menos mala.

—*Al Suroeste, pues* —sentenció, mirando a sus hombres. Dio unos pasos hacia ellos y, como hablando para sí mismo, dijo en latín—. Que la fortuna nos sonría y los dioses tengan misericordia de nosotros.

BRILLO EN LA OSCURIDAD

DESASOSIEGO. Todos sentían un profundo desasosiego debido a la inseguridad del nuevo camino que estaban siguiendo. A diferencia de la ruta por la que pasado anteriormente, con bosques y pantanos, evitando caminos y llanuras, ahora andaban por una extensa pradera.

No es que antes no los hubiese, sino que procuraban pasar por terreno despejado durante los atardeceres o bajo el manto de la oscuridad^[98].

El terreno llano, sin duda, era mucho más cómodo, rápido y agradable de caminar. Pero también podían ser vistos y alcanzados a gran distancia. El silencio se apoderó de ellos, mirando en todas las direcciones para estar seguros de no ser vistos por nadie. Si así era, sería su perdición. Todos eran conscientes de la suerte que habían tenido: casi no habían visto poblados en su camino. Cuando los encontraban, simplemente los rodeaban, evitando todo contacto. No fueron sorprendidos por ninguna partida de caza o de guerreros en camino a alguna *razzia*^[99], ceremonia religiosa o *Thing*^[100]. Parecía que los dioses los estaban favoreciendo de alguna manera. Si no, no se explicaban cómo habían llegado tan lejos.

La lluvia había desaparecido hacía días y el sol, solo a ratos aparecía. Los días solían ser grises y frescos. Por tanto, el clima, aunque benigno, no les propiciaba: si los pillaban en descubierta un grupo de jinetes, no tendrían posibilidad alguna.

Llevaban todo el día caminando sin tregua, azuzados el miedo de ser detectados por nadie, como almas que llevaban los dioses del Averno. Pero no había nadie más alterado que Valerio. Su mirada, nerviosa e inquisitiva, buscaba alguna sombra en el horizonte, una sensación que le recorriera la espalda, algún sonido previsor. La mujer germana lo miraba en ocasiones, sonriendo divertida. Pese a que estaba asustada y el momento podía ser crítico, el exceso de celo por parte del Centurión le parecía un síntoma de cobardía. ¿Miedo a un encuentro a la muerte? ¿No sabía que la muerte lo encontraría cuando ella quisiese? Sin embargo, previsoramente, no permitió que nadie viese lo que expresaba su sonrisa. No quería malos encuentros con

aquellos hombres. Los podía despreciar y no entender, pero no podía olvidar que habían llegado hasta el corazón de la Germania. Cobardes, posiblemente; inteligentes, también. Ya subestimó a su líder una vez y se encontró prisionera de aquellos bárbaros. No volvería a ocurrir. Pensar primero, actuar después. Prudencia ante todo. Al mismo tiempo, algo en su interior le decía que aquellos hombres tenían un halo especial. Tal vez una protección divina. Al menos algunos de ellos. Percibía, con total nitidez, que un aura mística rodeaba al grupo. Nunca podía explicar esas sensaciones, pero normalmente acertaba, aunque no podía decirse que fuese un oráculo o que tuviese pretensiones esotéricas. Era un don de su madre, tal vez una gracia divina o intuición adquirida con los años mediante la observación.

El *tesserarius* y Ulpio, el arquero, tampoco bajaban la guardia como exploradores. Eran la punta de lanza del grupo. La avanzadilla y los exploradores. Rápidos y certeros, con buen olfato para prevenir situaciones de riesgo. El resto del grupo, diseminado formando un cuadrado, vigilaba sus respectivos flancos sin perder de vista todo el bello paisaje que les rodeaba. No podían dormirse en los laureles, ni en velocidad, ni en vigilancia.

—¡Jinetes vienen desde el Oeste! —advirtió Druso.

Valerio miró hacia el extremo occidental viendo como una profusa nube de polvo en suspensión sacudía el horizonte, que empezaba a anunciar la puesta de sol inminente. Dicha nube concretaba la presencia de caballería al trote. Les verían pronto, muy pronto, demasiado pronto.

Miró a izquierda y derecha. Pradera. Pocos lugares donde ocultarse, y sería del todo ineficaz.

—¡Ya está bien de huir! ¡A esa colina! ¡Formación! ¡Recibámoslos como se merecen! —gritó Valerio, ajustándose el casco.

Vesper y Ulpio se incorporaron los últimos, tras retroceder hasta donde se encontraban los demás.

Se desplegaron en una línea de escudos formada por Druso, Macro, Nurto y Lovis que eran los que tenían escudos. En medio, Vesper, con la *gladius* de Fabio y su *pugio*, colocado en posición de combate, igual que Valerio; Andros, con su honda cargada; Ulpio, arco preparado. Por último, ligeramente retrasados, Styrmir y Balbo se colocaban en la retaguardia para controlar y proteger su espalda y a Isela, que solo tenía su daga, insuficiente a todas luces.

La germana observaba la escena apoyada contra un solitario árbol en la cima de la colina. No gritaban, no se movían, aunque podía percibir la respiración acelerada de aquellos hombres cubiertos de hierro.

Por primera vez dudó. ¿Por qué no gritan? No era por miedo. Uno grita de terror o por furia, pero no era ni lo uno ni lo otro. Ellos podían predecir una victoria o derrota por los gritos, pero con los romanos nunca se sabía. Se trataba de gente especial. Ahora no lo podía seguir negándosele a sí misma.

Ya se vislumbraba a la caballería enemiga. Debían ser una veintena, algunos más quizás. Pocas probabilidades de éxito: ventaja de velocidad, número, conocimiento de territorio y podían solicitar más hombres.

La caballería enemiga avanzaba al trote. Los romanos, disciplinados, los esperaban a pie quieto en la colina. Movimiento poco prudente si no fuese una colina arcillosa que hacía que los caballos tuvieran que ralentizar su carga.

No obstante, antes de aproximarse a distancia de combate, fueron bajando la velocidad de carga hasta alcanzar medio centenar de pasos a un trote ligero, con ritmo tranquilo, como si quisieran parlamentar con ellos.

Los romanos dudaban que tuvieran aliados en aquella parte. Se encontraban demasiado alejados de sus líneas para ser tratados con deferencia. Además, se habría corrido la voz de haber sido derrotados en el Norte. Matar fugitivos sería el siguiente paso a dar por los diferentes pueblos, y con sumo placer, porque no los querían en sus tierras. Por estas razones, todos sin excepción, desconfiaban de las intenciones de aquellos jinetes que se aproximaban. Cuando se encontraban en el borde de la colina, uno de ellos habló con fuerza y tono autoritario. Ninguno se movió o contestó. Mantuvieron sus posiciones defensivas y se prepararon para atacar en el último momento. Los que entendían algo de lenguas germanas no comprendieron nada de lo que dijo.

De repente, Styrmir avanzó hasta la línea de escudos. Enfundó su *gladius* y, con soltura, empezó a mantener un diálogo fluido con el jinete que parecía ser el cabecilla del grupo. Todos quedaron confusos y sin saber qué hacer. Valerio reaccionó segundos después.

—Vesper, quédate dónde estás y mantén los ojos abiertos —ordenó en voz baja, sin querer interrumpir el diálogo entre los dos germanos.

Dicho esto, se colocó junto a Styrmir con su *gladius* en la mano derecha, el brazo laxo pero preparado ante cualquier eventualidad. No podía confiarse. Todo esto estaba siendo irregular y desconcertante.

—¡Domine! ¡Son de los míos! —habló al fin de manera que pudiera entenderse con Valerio.

—¿Estamos en tus tierras? —preguntó extrañado el Centurión.

—No. Fuimos expulsados por nuestro rival. Somos desterrados.

—*Ha habido suerte pues. Para ti.*

—*Nos darán refugio y comida.*

—*¿Cómo sabemos que no nos traicionarás?* —cuestionó la lealtad de Styrmir el viejo Ulpio.

—*He dado mi palabra* —replicó sin sentirse ofendido—. *Por mi padre.*

—*¿Podemos confiar en ellos?* —cortó la conversación el *primus pilus*, lanzando una mirada con intención a Ulpio.

—*Ahora vuelvo a ser su líder. El hijo de Skelt. Me obedecerán.*

—*¿Dónde está el poblado?*

—*Al Oeste, muy cerca. Estaban comprobando que no había peligro.*

—*Ve delante. Ábrenos camino.*

—*Sí, domine.*

Styrmir bajó con la frente alta y saludando enérgicamente a sus camaradas. Los legionarios relajaron su expresión. No habían entendido nada, pero parecía que todo iba bien.

—En formación. Vesper, cuida de Isela en la retaguardia con Andros. Ulpio, conmigo a la vanguardia.

—*¿Dónde vamos, Centurión?* —dijo Macro, confuso.

—A un lugar donde dormir caliente y con la barriga llena. Avanzad en silencio y sin bajar la guardia.

En línea de a dos, muy cerca los unos de los otros, siguieron a su oficial al mando con la duda en sus corazones y el temor de estar metiéndose en la boca del lobo, pero seguirían a Valerio hasta donde les dijera. Estaban vivos gracias a él. Habían dado solo unos pocos pasos cuando el veterano hispano se acercó a Ulpio y le susurró algo.

—Si hace algún movimiento extraño o ves con certeza que nos va a traicionar, atraviésale, a él el primero, la garganta con una flecha.

A la puesta de sol, se habían instalado en el interior del improvisado campamento, formado por una serie de chozas realizadas en paja y madera, sin empalizada, suficiente para aquellos hombres del Sur. Todos disfrutaban de un jabalí asado, algunas verduras y setas, aderezado con cerveza tibia. No obstante, ninguno de los legionarios o auxiliares se sentía relajado. Recelaban. Las chozas formaban un círculo central vacío en el que se habían formado dos grupos bien diferenciados: los bárbaros y Roma. Una frontera insalvable, al menos a simple vista y en la que todos creían. Solo las mujeres atendían las pocas peticiones que los romanos hacían. Algunos como Lovis y Druso

dudaron en comer o beber, no fuera a estar envenenado. Balbo desechó esa idea en voz alta. Los superaban demasiado en número para tales sutilezas. Pero si alguno se mostraba inquieto, entre todos, ese era Vesper. No quería que lo matasen por la espalda, comiendo o durmiendo. Sin honor. Sin posibilidad de réplica.

Curiosamente, Valerio se tornó laxo y confiado. Comía con profusión y bebía moderadamente. Durante largo rato estuvo meditando. Cuando sus ideas se aclararon, se comportó con normalidad. Tal vez, el único, junto con Ulpio, que mostraba una pasividad forzada.

Isela comía en silencio, analizando a cada uno de los romanos. Actuaban como uno solo en combate, discutían, se respetaban y reaccionaban de formas diametralmente opuestas ante cualquier evento. Gentes más complejas que las que había conocido en su vida. Además, más expresivos o efusivos en su rutina diaria.

No estaba asustada. Decidió entregar su destino a los dioses, fuese cual fuese. Y Valerio sería la mano ejecutora de ese fatalismo, a quien confió, sin él saberlo, lo que le restara de tiempo en esta vida.

El Centurión había comido más profusamente de lo normal. Se levantó, una vez saciado, estirando brazos y piernas. Lanzó miradas gélidas a Druso, Macro, Vesper, Balbo e Isela, y se acercó lentamente, con intención, al grupo de los bárbaros. Estos eran enormes en su mayoría, con tatuajes y peinados variados: algunos muy corto, otros con largas cabelleras. Montaban un gran escándalo y jolgorio. Seguramente haciendo planes de futuro, ahora que habían encontrado, de entre los restos de su fracaso en el ataque a Roma, al hijo del líder. Como llegó con actitud reposada, tranquila y cordial, a la par que respetuosa, todos callaron expectantes. Valerio buscó con la mirada los ojos de Styrmir, que asintió dos veces, se levantó y le indicó una choza donde poder hablar sosegadamente. Para ambos era una situación peculiar: ahora podían cambiar las tornas y el poder de cada uno. Los dos sabían que lo que allí se hablara podía decidir el destino de todos los presentes en el campamento. Sabían que sería importante. Por esto, la prudencia y el respeto debían ser fundamentales.

Se sentaron el uno frente al otro dentro de la sencilla choza, realizada en madera. Algo temporal. No había decoración. Solo unas pieles de animales en el suelo y un pequeño arcón. Sobrio.

Hubo un largo silencio, escrutándose el uno al otro. Intentando leer movimientos e intenciones.

—*¿Por qué fuisteis desterrados?*—rompió el hielo el romano.

—*Mi padre se enfrentó con una tribu rival por tierras* —comenzó a decir Styrmir con tranquilidad—. *De donde yo provengo, la tierra es escasa y la comida, a veces, insuficiente para todos. Fue necesario.*

—*Y perdisteis.*

—*Nuestros enemigos se aliaron con otras tribus. Nos superaban mucho en número. Fuimos hacia el Sur en busca de mejores oportunidades. Tras algún tiempo vagando de un lado a otro, decidimos unirnos a una serie de caudillos que hablaban de la riqueza de los romanos y de que, si ganábamos, podríamos recuperar nuestras tierras. El resto ya lo conoces.*

—*Fue un sueño que no se cumplió. Así es la guerra.*

—*Ahora puede cambiar.*

Tras esto, siguió un tenso silencio. Ambos empleaban un tono suave y cordial, pero temían las reacciones del hombre que tenían enfrente. Styrmir poseía al menos un centenar de hombres armados fuera, pero también sabía el daño que podían originar los romanos, pese a que serían derrotados con toda seguridad.

—*¿A qué te refieres, hijo de Jefe?* —expresó el *primus pilus* con intención. No se había ganado ese derecho aún.

—*Tengo un familiar en el Norte, entre las tierras de los carudes y teutones, que necesita hombres y mujeres después de que perdiera a muchos de los suyos en la toma del «puerto de las rocas».*

Ambos mostraron una sonrisa triste y se hizo el silencio. Ironías del destino. Los romanos, incluso el propio Styrmir, pudieron haber matado a los hombres que vivían esas tierras. Ahora, el hijo de Skelt y los suyos serían los nuevos propietarios. Muchas veces la fortuna juega malas pasadas y los dioses se mofan de los mortales de las formas más crueles.

—*Una solución a los problemas de tus hombres* —añadió Valerio.

—*Cierto* —continuó tranquilo el bárbaro—. *Por fin parece que vamos a tener un hogar.*

Hubo un corto silencio. Para Valerio no pasó desapercibida la primera persona del plural. Se incluía dentro de la expedición dando por sentada su autonomía. Lo estaba retando. Además, ya no empleaba la palabra *domine* para referirse a él.

—*En tal caso, tus labores para conmigo han terminado* —expresó solemne el Centurión—. *Tu servidumbre es cosa del pasado. Te concedo la libertad. Tus dioses han mostrado su deseo y yo no quiero mostrarme hostil con ellos ahora que han provocado este encuentro.*

—*¿Me concedes la libertad así, sin más?* —preguntó incrédulo Styrmir.

—*El precio de tu libertad será comida para el viaje y que me muestren un camino seguro para seguir la ruta de Isela. Con esto, tu deuda está saldada.*

—*Poco precio para el hijo de un Jefe* —puntualizó, molesto y amenazante. El romano ignoró el gesto.

—*Un Jefe sin pueblo, sin tierras y con un futuro incierto, como nosotros, no te puedo pedir más de lo que me puedes dar.*

La frase dejó estupefacto al hijo de Skelt, el futuro Jefe de los restos de su tribu. Esperaba sumisión y encontró una fórmula que no le hiciera parecer débil. Insistió.

—*¿Buscas una forma honorable de dejarme libre?*

—*Es lo más conveniente para todos mis hombres. Tú estás entre ellos. No podemos avanzar mirando atrás, y tú no dejarías de pensar en ello. Todos salimos ganando.*

Hubo un corto silencio. Styrmir estaba digiriendo toda esa información. Valerio prosiguió:

—*Por otro lado, no negaré que un par de brazos más nos puedan venir bien en caso de combate. Pero tampoco cambiaría mucho si nos atacaran con abrumadora superioridad numérica. Y lo harán. También es una boca menos que alimentar. El Destino te llama y yo no voy a darle la espalda.*

—*Eres generoso* —suavizó el tono el germano—. *Tal vez sea el miedo que tengas a mis hombres, a que no os dejen salir de aquí con vida. Tal vez no tengas otra alternativa.*

—*Tal vez.*

—*Entonces, ¿por qué ese cuento?*

—*¿No piensas que creo en lo que he dicho?* —hubo un corto silencio que Valerio utilizó para dar fuerza al discurso siguiente—. *No estamos en una situación cómoda, es evidente, pero si eres hombre de palabra y honras la memoria de tu padre, no me harás ningún daño a mí o a mis hombres. Por otro lado, esto tampoco me garantiza sobrevivir. Es más, ahora no tienes ninguna obligación conmigo y puedes mandar que me ejecuten. En cualquier caso, ¿qué importa eso? Has conseguido tu libertad y nosotros un descanso. Todo el mundo gana. No obstante, si decides intentar acabar con nosotros, te hago una promesa: te arrepentirás. Recuerda vuestro último ataque a Roma y todos los que murieron intentando tomar el «puerto de las rocas». Pagaron un alto precio por un objetivo débil.*

Con esta disertación dejó, otra vez, sorprendido a Styrmir. No creía lo que oía. Sensato y duro hasta el final. El romano volvía a tener las riendas estando en inferioridad de condiciones. Increíble. Sin duda, un adversario terrible que

era mejor evitar. Volvió a recordar las palabras de su padre: «el guerrero sabio solo combate cuando tiene la victoria asegurada». Ahora sería el momento de darle un uso pragmático y real. Lo que verdaderamente primaba en su vida, en ese momento, era asegurar un futuro a los suyos.

—*En tal caso, descansad* —empezó a decir, tras una larga pausa de reflexión—. *Mañana nos vamos todos de aquí en busca de nuestro destino. Sea cual sea. Saldaré mi deuda contigo, como a mi padre le hubiera gustado.*

—*¡Y que nuestros dioses nos sean propicios!* —contestó cortésmente.

—*Bebamos juntos un último trago, por la última noche que pasaremos juntos. Como iguales.*

—*Que así sea.*

De esta forma, se levantaron y ambos salieron satisfechos de la choza. Sin daños ni perjuicios, con un futuro incierto, pero prometedor ante ambos.

La mayoría de los hombres del Centurión siempre pensaron que supo manipular muy bien a Styrmir para llevarlo a su terreno. Que su verdadero interés era salir airoso, sin importarle qué fuese de él. Vesper pensaba que Valerio era un hombre honorable, pragmático, sí, pero no se amedrentaría por alguien que fue servil. Lovis y Ulpio pensaban que temía la cólera de los dioses intentando torcer el destino de Styrmir y Balbo creía que era un poco de todo.

Cada uno que busque su propia verdad.

—¿Todo en orden? —preguntó Valerio a Balbo, que había tomado dos bolsas con algo de comida.

El *tesserarius* asintió, no muy convencido. No era mucha, pero podrían despreocuparse, tal vez, un par de días. Lo pactado con Styrmir. Era justo y no precisaba más.

Desde el amanecer, comenzaron las labores para despejar el campamento. Su nuevo jefe no deseaba pasar más tiempo del necesario en esa tierra. No solo por impaciencia por retornar al Norte y dejar atrás a los romanos, también era consciente de la persecución a la que se veían sometidos por la *Guardia Verde*. Si los encontraran ahí, los problemas para los desterrados aumentarían de forma considerable y no lo podía permitir.

Styrmir aprendió pronto de los romanos que debía dar ejemplo, organizando la partida de forma efectiva y directa. No se limitaba a pasear u observar solamente, daba consejos, órdenes precisas o ayudaba con sus propias manos si las circunstancias lo precisaban.

Los romanos, por su parte, no cejaban en el empeño de irse cuanto antes. Durmieron bien, calientes y con cierta comodidad. No obstante, con dudas en

sus corazones de si volverían a ver otro amanecer. Por eso, hubo premura para volver a su camino cuanto antes y alejarse de aquellos bárbaros en los que no confiaban.

—Me pregunto, Centurión, si no nos traicionarán y mandarán a otros germanos a por nosotros —cuestionó Balbo en voz baja.

No había oídos inoportunos para aquella pregunta. Todos estaban limpiando, recogiendo o poniendo a punto su equipo a una distancia prudencial. Rutina militar que no siempre había sido posible en aquella penosa intentona de vuelta a casa. Valerio sonrió ante la desconfianza del *signifer*. No era descabellado, sin duda, y su prudencia al esperar estar solos indicaba, de nuevo, su inteligencia viva.

—Entiendo que temas las intenciones de Styrmir. Pero tampoco son aliados de nuestros perseguidores. No tendría por qué ayudarlos —contestó suavemente y en tono paternalista.

—Tal vez desee vengarse por haber sido esclavo nuestro o para facilitarse el camino de vuelta —puntualizó Lucio Balbo.

—Puede, pero no lo veo negociando con hombres que lo han intentado matar recientemente. Su honor y rencor es más abyecto hacia ellos que hacia nosotros que, al fin y al cabo, nos defendimos de su ataque y le hemos dado una oportunidad.

—Pero son más poderosos y numerosos.

—Con los hombres que posee Styrmir, nadie osará interponerse en su camino, máxime cuando sepan que solo están de paso.

El *signifer* afirmó levemente. Argumentos válidos, pero no tajantes. Esperaba que tuviera razón. Por el bien de todos. Especialmente el suyo, ya que no se quería dejar la piel en aquella inhabitable región, según su modo de ver.

El nuevo jefe de aquellos bárbaros se acercó hasta el Centurión. Casi todo estaba preparado para la marcha.

—*Ha llegado el momento de tomar caminos distintos* —comentó sonriendo, montado sobre una hermosa yegua negra.

—*Así es* —correspondió sonriendo de forma sincera Valerio. No pasó para él desapercibido que no desmontó para hablar con él. ¿Quería mostrar superioridad o tenía demasiada impaciencia?

—*Los dioses favorecen nuestro viaje. El clima es bueno.*

—*A veces te bendicen por la mañana y te maldicen por la tarde. Esperemos que realmente sea un buen augurio. Para ambos.*

—*El destino nos tiene algo reservado. No dudes de ello. Los dioses así lo han querido manifestar con todas las cosas por las que hemos pasado en los últimos meses. Y aquí estamos.*

El *primus pilus* lo miró con extrañeza. Optimismo, esperanza, actitudes que no podía permitirse y un sentimiento que debía transmitir a sus hombres. No obstante, debía ser realista y ceñirse al día a día. No podía bajar la guardia si querían llegar vivos. Estaban en territorio hostil, con muchas complicaciones y sin aliados. Ese bárbaro veía porvenir. Loco.

Un silencio se apoderó de los dos, mientras todo a su alrededor seguía su curso natural. Ambos entendieron que no podían alargar más la despedida, había más palabras que decir, no había deudas que saldar entre ellos.

—*Anoche estuve pensando en lo que dijiste* —comenzó a decir Styrmir en un tono serio pero cordial—. *Sobre que no podías exigir más de lo que podía dar.*

—*Lo mantengo* —aseguró el veterano Centurión—. *Hay que ser justos.*

—*¡Por eso mismo no puedo dejarte ir solo con un poco de comida!* —expresó indignado—. *¡Puede que para los romanos no sea más que un pequeño caudillo, pero para mis hombres soy un héroe! ¡Cómo voy a comandarles hasta las últimas consecuencias si mi valor se tasa tan bajo!*

Sorprendido, el romano no pudo evitar soltar una carcajada nerviosa. El Jefe, estupefacto al principio, tampoco lo pudo evitar y ambos estuvieron riéndose un corto espacio de tiempo, contagiando a algunos de sus hombres. Por ambas partes.

Tenía razón. No podía cuantificarse el prestigio de un líder en objetos, al menos en Roma, pero, desde luego, no podía parecer que valía calderilla. Una ofensa. ¿Qué imagen transmitía a sus hombres? ¿Cualquiera podía mercadear con él? ¿Su valor era ínfimo? ¿Inferioridad frente al romano? No podía permitirlo.

—*Por esto, te regalo tres caballos. No son de los mejores que he tenido, pero te darán un buen servicio.*

—*Gracias.*

—*Te devuelvo las caligae, la cota de mallas y tu gladius* —añadió, tendiendo los objetos con las dos manos.

—*No. Eso es un regalo* —comenzó a decir en un tono cordial—. *Un recuerdo de tu periplo con Roma.*

El joven lo miró con satisfacción. Cortés, inteligente, valiente, prudente... Perfecto como aliado. Temible como enemigo.

—*Acepto tus ofrendas. Pero te puedes quedar las caligae. Son incómodas*
—expresó con sorna, al tiempo que las devolvía.

Valerio asintió con una sonrisa lacónica y con los ojos de un niño curioso. Inmediatamente, entregó a Druso las *caligae*, ya que estaban en mejor estado que las suyas y era el único con un pie de un tamaño similar.

Se quedaron unos segundos mirándose el uno al otro. El romano saludó a la manera romana y el bárbaro correspondió el gesto inclinando gravemente la cabeza.

—*Buena suerte, Valerio. Espero que volváis a vuestra tierra.*

—*Buena suerte, Styrmir. Espero que encuentres tu lugar.*

Sin más dilación, partieron por caminos distintos. Los hombres del hijo de Skelt hacia el Noroeste. Los hombres de Valerio hacia el Este, como le habían indicado, la ruta más segura para regresar. Ambos caminos largos y llenos de peligro. No era probable que se volvieran a encontrar, ni a saber el uno del otro. Puede que ninguno llegase a su destino. O solo uno. La incertidumbre hacía el momento hermoso e intenso. Les mostraba que estaban vivos y que al menos tenían alguna posibilidad. Los dioses decidirían.

La guardia del crepúsculo era su favorita. Podía estar tranquilo y relajado, oteando cómo las luces del sol se apagaban mientras, en el poblado, las mujeres preparaban algo para cenar y los hombres estaban ausentes o empezaban a beber cerveza para relajarse. Pronto empezarían las *razzias* contra enemigos y lo cierto es que no deseaba participar en ellas. Prefería la caza y el trabajo de la granja antes que empuñar una lanza y abalanzarse gritando sobre el enemigo. Por su juventud, prefería hacer el amor con su preciosa mujer y vivir en paz, que el estado de guerra permanente. No obstante, la primavera comenzaba y era el momento de conseguir botín para poder trabajar sin temor y con garantías en una granja propia. Solución temporal. En cuanto pudiese, que combatesen otros. Estaba inmerso en esos pensamientos, sentado en una piedra junto a la puerta, esperando la llegada de las partidas de caza, con la lanza entre las piernas y las manos sobre las rodillas. Un único guarda. El tiempo de guerra empezaba, pero nadie se había movilizado aún. Le quedaba poco de paz. Contemplaba las luces de aquel hermoso atardecer, bañado por densas nubes grisáceas que progresivamente llenaban el cielo. Un silbante viento interior anunciaba la inminente llegada de lluvias nocturnas. Le encantaba oír el impacto de las gotas de agua en el techo de su cabaña. Incitaba a relajarse y descansar. Cerró los párpados un

momento, inhalando fuertemente el aire en sus pulmones, intentando recopilar las sensaciones de su alrededor. Nunca más los volvería a abrir. Un miembro de la *Guardia Verde* le clavó un dardo en la frente antes de que pudiera decir o hacer algo.

No pudo verlo venir debido a que, reptando cual serpiente, se acercó progresivamente, tapando sus sonidos con los ruidos ambientales. Con rapidez inusitada, se colocó junto al portalón. Breve vistazo al interior. Calma. Bien. Todos adentro, se dijo a sí mismo mientras hacía una señal con el brazo. Como si de diablos verdes y pardos se trataran, decenas de guerreros pertrechados resurgieron del bosque a la carrera y en silencio. Espectros fantasmales. Mientras las primeras gotas de lluvia empezaban a caer, inmisericordes. Como la *Guardia Verde*.

La oscuridad había tomado el poblado. Una noche oscura y perezosa. La lluvia fina como hilos de tela de araña. El suelo, tinto de sangre. Los edificios, con el crepitar seco de la madera húmeda al incendiarse. El aire, viciado por el humo y la muerte. El ambiente para el que había nacido Wigmar.

Paseaba altivo, viendo como las últimas mujeres del poblado, semidesnudas, salían a paso ligero y manteniendo la dignidad como podían. Los hombres masacrados, los niños humillados y ellas ultrajadas. La guerra.

Él no se dignó a mirarlas. No las consideraba de su nivel. Habían parido a cobardes y débiles que no sabían protegerlas. No habían conseguido influenciarlos, como solo las mujeres podían, según la visión del asiático, para comportarse como el pueblo guerrero que debían ser, aunque hubiese sido un ataque por sorpresa. No había excusas. Para él, un hombre se forja en la guerra. Esa misma noche había matado a tres enemigos con sus propias manos. Había perdido la cuenta de las vidas que había segado. No le importaba, quería más, como si se alimentara de la muerte, la destrucción y el caos. Su forma de vida.

Frente a la gran choza del caudillo de la aldea detuvo sus pasos. Miró al suelo. Allí estaba. Un viejo solo con unos pantalones, muerto con el arma en la mano y los ojos desorbitados. Un final denigrante para un pueblo orgulloso.

—*Misión completada* —comenzó el diálogo Hugi.

—*¿Todos los hombres están satisfechos?* —replicó pragmático.

—*Sí. Esas zorras semnonas son insaciables* —fanfarroneó el querusco.

—*¿Bajas?*

—*Un muerto y tres heridos. Uno de ellos es de los nuestros.*

—Que nuestros aliados vuelvan inmediatamente a sus poblados. Ya tienen lo que querían.

—No les gustará...

—No me importa. Ellos no mandan aquí. Las órdenes las da el Gran Jefe a través de mí —expresó con furia contenida—. Nuestra labor no ha terminado. Cuando se vayan, reúne a los hombres. Hay que aplastar a esos insectos romanos.

Noche cerrada y seguían en camino. Cierto era que había realizado muchas paradas a lo largo del día, pero todavía no se habían asentado en un lugar en el que poder dormir algo. Llovía insistentemente, y Valerio se empeñaba en seguir avanzando, inagotable, cubiertos de barro, ateridos de frío, y sin apenas visibilidad. Pero nadie había dicho nada, a pesar de estar muy cansados. Los últimos acontecimientos no auguraban nada bueno al primero que se quejase. Balbo se atrevió.

—Deberíamos parar. No se ve nada. Aunque tuviéramos una *Legio* enfrente.

—Estoy buscando un lugar que esté al abrigo al viento y no demasiado embarrado.

—Ese lugar no creo que exista esta noche y con esta oscuridad. Los hombres necesitan descansar.

El Centurión quedó meditabundo un momento. Sus hombres precisaban una pausa tras varios días de avance constante y esquivando poblados. Posiblemente el joven *signifer* tuviera razón. Cuando uno está cansado, no importa dónde dormir si puede echarse sobre el suelo y cerrar los ojos. En estas lucubraciones, Ulpio llegó raudo desde la vanguardia. Quedaron todos expectantes. No auguraba nada bueno. Se acercó a su oficial y le dijo algo al oído.

Una vez dado el mando a Balbo, Valerio fue al frente de la columna, subiendo una suave colina, donde se encontraba Vesper cubierto de barro, totalmente mimetizado con el ambiente. Tuvo que susurrar unos gruñidos para poder llamar la atención de su superior. No hacía falta que le dijera que pasaba. En el claro de un bosque cercano, un poblado ardía en llamas. Un ataque fulminante.

—Traed a los hombres.

Prestos, se colocaron en torno al *primus pilus* oteando el horizonte, a excepción de Druso, que se quedó junto a los caballos con Isela, totalmente

callada, intentado entender algo de la conversación. Sabía que no le traducirían nada.

—Precioso —expresó lacónico Andros.

—Se matan entre ellos. ¿Y qué más nos da? —añadió pragmático Macro.

—Es una buena oportunidad —afirmó Valerio.

—¿De disfrutar viendo cómo se matan? —ironizó Nurto.

—No se escucha ni un ruido. Todo ha acabado ya. Están todos muertos.

—Cuando decía que quería que descansáramos, no pensaba en dormir en un poblado ardiendo —dijo Balbo con preocupación, intuyendo que esa sería su intención.

—No pienso pasar más tiempo del necesario dentro. Quiero bajar a ver si se puede sacar algo de provecho.

—¿Meternos allí? Todo estará quemado o lo habrán robado —opinó Lovis con suavidad.

—Eso sin contar que puede haber enemigos en la zona —se sumó Andros—. Con la lluvia tan fina y constante, seguro que lleva horas ardiendo lentamente.

—Se sabe que a estos bárbaros les gusta disfrutar de su botín —advirtió Nurto, basándose en experiencias previas—. Seguramente se habrá quedado alguno.

—¿Vesper? —preguntó Valerio, clavando su mirada en el *tesserarius*.

—He hecho una rápida inspección. No parece haber nadie en el interior. Aunque no lo puedo asegurar.

—Aunque así fuese, no habrá nada dentro —inquirió Lovis sin querer provocar a su superior.

—Parece una *razzia* de castigo. Tenían prisa.

—No hay garantías —puntualizó Balbo—. Demasiado riesgo para tan poco provecho.

—Míranos —comenzó a decir el Centurión con expresión cansada—. No nos queda comida. Nuestras ropas de abrigo están hechas jirones. Nos hacen falta mantas, vinagre y botas para Ulpio, entre otras cosas. No tendremos muchas oportunidades de avituallarnos. Y ni siquiera sabemos si estamos cerca. Debemos intentarlo.

Nadie contradujo a su líder. Pero tampoco se mostraron dispuestos. Demasiado miedo a las posibles consecuencias que iban unidas a la incertidumbre de entrar en un poblado en llamas. Algo, a todas luces, tremendamente inseguro. Además, sabían que debían caminar otro largo trecho para alejarse del poblado. No era seguro quedarse cerca.

Valerio, taciturno y preocupado ante la actitud de sus hombres, aunque consciente de sus razones, optó por cambiar su tono y su estrategia.

—Iré yo en persona —comenzó a decir, mimetizándose lo que podía con barro y hojas, incluyendo lanzarle el casco a Vesper—. Necesito uno o dos voluntarios. Los demás irán al claro que se intuye allá al fondo —el incendio del poblado daba algo de luz a lo que parecía ser un valle—. Manteneos ocultos en el follaje del bosque. Si algo sale mal, Vesper y Balbo quedarán al mando y continuaréis sin mirar atrás.

Y sin esperar la aprobación de nadie, ni quién se iba a ofrecer voluntario, empezó a descender con tranquilidad. Debía hacerse, pese al riesgo. Por eso no ordenó a nadie que lo siguiera. Por eso pidió voluntarios y fue él el primero en dar ejemplo. Antes de bajar, cruzó una mirada con Isela, afirmando con la cabeza. Ella negó levemente mientras veía como bajaba, sin entender por qué había decidido hacer algo así.

Tras mirarse los legionarios y auxiliares los unos a los otros, un malhumorado Macro y un resignado Lovis siguieron a su Centurión tras entregar sus cascos a los compañeros y mimetizarse con rapidez.

Avanzando entre la maleza, notaron como el calor proveniente del poblado empezaba a percibirse con nitidez; al tiempo, la lluvia, por fin, empezaba a amainar, pero sin dejar de castigar a los romanos. No había ruido, solo el sonido del agua impactando sobre la naturaleza, ni animales cercanos, todos espantados por el fuego, dueño y señor de la zona. Cercanos ya, el Centurión mandó avanzar con rapidez con las *gladii* desenvainadas hasta la empalizada, justo a la izquierda del portalón. Rápido vistazo dentro, igual que hiciera el miembro de la *Guardia Verde*. Muertos, sangre, humo, silencio. El silencio de un cementerio a cielo abierto.

Con gran presteza se introdujeron dentro, formando una línea de tres, mirando a todos lados por si los sorprendían por algún lado. Nada. Se relajaron.

El paisaje era desolador. Pese a que ninguna choza ardía hasta el punto de ser peligroso el acceso, gracias a la lluvia que apagó los incendios menores, gran cantidad de humo invadía el lugar. Decenas de germanos apostados en el suelo, quizás más, inertes, contaban la historia de lo sucedido. Un ataque relámpago, que no les dio opción a nada. Los pilló desprevenidos y confiados. Parecía que podían tener una opción: tenían prisa, no habían cogido más que las mejores armas y ropa, por lo que se podía ver a priori. Un registro exhaustivo daría algún fruto con total seguridad.

—Dividíos —ordenó en tono bajo—. Buscad lo que nos pueda ser útil. El tiempo apremia. Macro, izquierda. Lovis, derecha.

Obedecieron. No querían pasar ni un segundo más de lo necesario en aquel lugar. Fuego y muerte, mala combinación.

Valerio miraba fijamente hacia el centro del poblado, con los ojos llorosos por el humo, calado hasta los huesos y sudando al mismo tiempo. Observaba un gran edificio, de buena madera, que parecía ser la morada del cabecilla del poblado, el último foco de resistencia. Frente al acceso principal, se acumulaban una docena de cadáveres, medio desnudos algunos, y a los que le habían robado las armas. Seguramente habría algo interesante allí. Encauzó sus pasos al interior por la puerta, entreabierta, se vislumbraban pequeños fuegos que se reactivaban progresivamente gracias al cese de la lluvia. No había parado, solo menguado en intensidad y cantidad. Sin embargo, era cuestión de tiempo. Observó con detenimiento la sala mientras comprobaba si algo podía ser usado. Se trataba de una gran choza de planta rectangular, con una gran hoguera en el centro con dos plantas. Su tamaño era bastante grande incluso para cánones romanos. Formaba una nave central y dos laterales más estrechas de paredes más finas, seguramente para que los esclavos o personal servil pudieran usarlas para moverse en caso de grandes festines o reuniones importantes, llevando viandas y bebidas. Poseía una mayor decoración de lo esperado: cabezas de animales disecadas, pieles curtidas, armas, escudos, incluso extrañas pinturas esquemáticas. Tal vez incluso algún tipo de alfabeto. Quién sabe. En el suelo, cuatro cadáveres dejaban testimonio de un combate reciente. Había dos escaleras de madera para acceder a la siguiente planta. Curioso, el Centurión no recordaba haber visto escaleras de peldaños con mucha asiduidad en construcciones bárbaras.

Al poco, examinando uno de los cuerpos, Valerio se giró y encontró a unos diez pasos a un guerrero con un hacha a dos manos apoyada en el hombro derecho que le miraba directamente. Era miembro de la famosa *Guardia Verde*, un asiático con una cicatriz en la cara.

Quedó petrificado, agachado junto al cuerpo, con la vista difusa concentrada en la figura erguida y soberbia del contrincante. ¿Había inhalado demasiado humo? ¿Alucinación por la falta de descanso?

Se convenció de que era real al escuchar las voces de Macro y Lovis fuera.

—¡Emboscada! ¡Hay que salir de aquí! ¡Han bloqueado la puerta! ¿Qué hay del Centurión? ¡Saltemos la empalizada!

Estas y otras frases escuchaba Valerio como si fuese un recordatorio de su grave error. Ya estaba muerto. Los había llevado a los tres a una trampa. A su espalda, cuatro guerreros le cerraban el paso hacia la puerta principal, esperando a pie quieto y actitud desafiante. En el exterior, dentro del poblado, se escuchaba la lucha entre Macro y Lovis contra un número indeterminado de enemigos, demasiados, en cualquier caso. Esperaba que, al menos, el resto continuara su camino sin ser molestado y llegara a suelo romano. Porque ellos, toda esperanza estaba perdida.

El asiático le hizo una señal con la mano incitándolo a un combate singular como prueba de valor, al tiempo que le indicaba su cicatriz. Un recuerdo de por vida de Valerio. Ahora lo recordaba: en la puerta de la «sala del Jefe», uno de los jinetes. Se alzó lentamente, tomando su *gladius* y *pugio*, preparado para defenderse y vender cara su vida. Pero una de las paredes laterales cedió un poco, lo suficiente para provocar una oquedad por la que escapar. No lo dudó. Sus hombres lo necesitaban y no deseaba morir allí. Y menos en un poblado enemigo que no importaba a nadie. Wigmar torció la boca y frunció el ceño. Cobarde. Con un fuerte hachazo contra la pared, en llamas, abrió otro hueco dispuesto a seguirle para darle muerte con sus propias manos. Si lo mandaba al Hades romano, se ratificaría en su posición y, quién sabe, algún día podría mandar su propia hueste. El *primus pilus* buscaba la escalera. Tal vez pudiera encontrar una forma de saltar desde la primera planta hacia afuera del recinto, evitando un encontronazo directo con los bárbaros. Salvar la vida, era lo que cada uno debía hacer llegado ese momento. El asiático lo seguía a pocos pasos, rugiendo tras él. El humo hacía irrespirable el lugar, había parado de llover y el fuego apenas tenía oposición, progresando con alarmante rapidez. Valerio se sorprendía ante la frialdad de los germanos frente al incendio, más preocupados por la tarea de acabar con él. Llegado a la escalera, se tornó cara a cara frente a Wigmar, al que tenía demasiado pegado a los talones, empezando la lucha cuerpo a cuerpo. El hispano atacó doblemente, con su *gladius* y *pugio* alternativamente, intentando buscar un hueco por donde terminar con su enemigo. El asiático se limitó a defenderse con su hacha en los primeros instantes, contraatacando una vez que Valerio vio que no podía reducirlo con sus tretas habituales. Sabía cómo utilizaban las hachas de dos manos los germanos, siendo previsibles, algo lentos y vulnerables. No era este caso. Aguantaba con dificultad mientras ascendía de espaldas la escalera y vio por el rabillo del ojo que dos guerreros que estaban apostados en la puerta se querían unir a la fiesta. En un ligero descuido de Wigmar, el romano le plantó una patada que

con su *caliga* fue especialmente dolorosa en los riñones. Su protector de cuero no sería suficiente para detener el golpe, impulsándolo hacia atrás. No cayó rodando porque apoyó su hombro contra la pared para recuperarse, aprovechando Valerio para ganar terreno.

—*¡Es mío!* —gritó Wigmar furioso—. *¡Quedaos en la otra salida de la escalera!*

—*Ya están allí dos hombres* —respondió uno de ellos.

—*¡Pues iros a la puerta principal!* —ordenó fuera de sí y subiendo las escaleras con celeridad.

Al final de la escalera, corrió a gran velocidad acariciando la cortina de humo que había en la primera planta. Llegó junto al romano, que dio dos pasos hacia él. Se dejó llevar por su odio contenido, marcando levemente dos ataques y enviando el definitivo. No resultó. Demasiado evidente para alguien curtido como Valerio, que contraatacó con una puñalada traicionera tras una finta que, gracias a la leve protección de cuero, con cota de mallas en el centro y en las mangas, evitó que la penetración fuese excesivamente profunda, solo la punta en el costado derecho. El acto reflejo fue extraer el arma con un golpe de su codo, aprovechando Valerio para golpear con fuerza con su *gladius* sobre él. Soportó el golpe, aunque cayó de espaldas sobre lo que parecía un lecho en llamas.

Sin embargo, el *primus pilus* no tuvo tiempo para emocionarse con su victoria. Inmediatamente, por la otra escalera le llegaron dos enemigos más, a la carrera, dispuestos a eliminarlo. El humo cada vez hacía más irrespirable la sala y empeoraba la visibilidad.

El primero, armado con un hacha de mano y escudo redondo, era bastante joven. Lanzó un golpe buscando que fuese el definitivo con demasiada presteza, proyectando su brazo derecho hacia delante y el izquierdo con el escudo hacia atrás. Lo esquivó con facilidad, y le clavó el *pugio* en el centro del pecho con furia.

El segundo, esgrimía una espada de tipo celta, además de su escudo. Le lanzó un golpe horizontal, debiendo dejar el romano su *pugio* sin extraer mientras se sucedían los choques de los hierros.

Cada vez le costaba más respirar, tenía los ojos enrojecidos y sabía que sus músculos se resentirían. Si salía vivo, claro está. El enfrentamiento con este segundo germano se alargó más de lo previsto inicialmente. Sostenía la lucha firmemente, aunque sin poder acabar con Valerio. Quería huir, no matarlo. Estaba perdiendo un tiempo precioso. Se oyó un crujido que iba aumentando progresivamente. Los combatientes se miraron, manteniendo sus

armas cruzadas. Entonces, parte del techo, la pared y el suelo se desplomaron, quedando abierta la parte del edificio, que daba a la empalizada.

El romano saltó lo justo para no ser sepultado. No obstante, hubo escombros que cayeron sobre él, produciéndole pequeños cortes y alguna leve quemadura. El germano se llevó peor parte; si bien detuvo parte de los escombros con el escudo, se precipitó a la planta baja.

Ahora vio su oportunidad de escapar, si no fuera porque Wigmar volvió a aparecer de la nada lanzando un fuerte golpe de su hacha contra él. Lo detuvo, con dificultades, acabando la espalda contra una pared y la hoja del arma enemiga acercándose peligrosamente a su cuello. Era fuerte ese maldito miembro de la *Guardia Verde*, apenas podía contenerlo. La hoja empezó a rasgar la carne del cuello. Si no actuaba de inmediato, estaba muerto. Si duplicaba su fuerza en el empuje, se extenuaría y tal vez fuese su perdición. Hizo lo único posible: golpeó con su rodilla los testículos de su enemigo, acompañándolo de un tajo de advertencia que solo rasgó el aire.

Se separaron varios pasos. Uno tocando su cuello, ligeramente ensangrentado. El otro, que soltó su hacha, agarrándose levemente la entrepierna aunque, para su suerte, el golpe no le dio de lleno. Recuperado el resuello, Valerio atacó de inmediato. El asiático no se amilanó: desenvainó la *spatha* que llevaba al cinto, probablemente sustraída a un Decurión de caballería, por la calidad del metal y la empuñadura, defendiéndose con pericia. Una docena de golpes de hierros. Nada. Ahora lo entendió el Centurión. Ese hombre tenía una técnica más depurada que la suya. Y contraatacó con una serie de rápidos y certeros golpes casi lo dejaron en la estacada, aunque tiró de oficio.

Estaba aterrado, nervioso, sin ideas y muy cansado. Su oponente, tranquilo, confiado y relativamente fresco. Separados cinco pasos el uno del otro, en posición de guardia, uno dudaba, el otro sonreía.

Otro choque, finta, cruce, golpeo por la izquierda. Nada. Pero Wigmar hizo un cambio repentino de trayectoria, tras un error que cometió el veterano *primus pilus*. Un corte horizontal en el costado izquierdo, que provocó que cayera rodilla en tierra. Culminó con un corte, cejado y bastante profundo, pese a la protección de la cota de mallas, en la espalda.

Sometido, a gatas, sosteniendo inútilmente su *gladius*, entendió que el fin había llegado. Lydia estaría decepcionada. No había pasado lo que le había augurado: ni había realizado algo grande, ni sacaría a sus hombres de Germania, ni salvaría la vida. Se resignó a morir. Se había defendido bien, pero no fue suficiente. Esperaba ser digno para entrar en el Elíseo o el Paraíso

judío. Creía en el Dios Supremo, en el Dios judío representado por el mártir de Galilea, pero también tenía los dioses de sus antepasados, viejos conocidos. Se acordó de ellos, de su familia, amigos, los vivos, los muertos... Solo esperaba reunirse con ellos en un lugar mejor y un estado continuo de felicidad. Un deseo, un consuelo. El líder de la *Guardia Verde* mostró una sonrisa hierática, satisfecho, sin piedad. Un bastardo menos que lo desafiaría, una dificultad menos en su ascenso y un placer mandar al otro mundo a un rival que lo había marcado de por vida y que resultó ser bastante digno en un combate singular, aunque huyera al principio. Le molestaba matar a alguien que fuera indigno de dicho honor. Cuando lo hacía era por oficio o necesidad. Sin embargo, él había preparado el duelo con precisión milimétrica: sabía que iría al edificio principal, como líder que era, y que se tendría que enfrentar cara a cara.

Tras dar un par de vueltas en semicírculo entorno al hispano, cerciorándose de que no le atacaría, decidió que estaba visto para sentencia. La picadura de la serpiente moribunda es la más profunda, por eso la prudencia ante un ataque repentino y desesperado. Valerio alzó la mirada y lo miró entre nebulosas. Sentía mareos, náuseas, le faltaba el aire y un dolor agudo le recorría todo su cuerpo, especialmente en los lugares donde tenía los cortes. Sin embargo, la fatiga acumulada por el duro trayecto, el humo, las pérdidas sufridas o su falta de miedo a morir hicieron que se resignara a su funesto destino.

Bajó el rostro. No podía sostener su cuerpo. Totalmente aturdido, debilitado y con la sensación de que perdía la consciencia por momentos. Sus párpados se volvieron pesados, su cuerpo liviano, su mente viajaba a la otra orilla, serena. Las sensaciones, sentimientos y preocupaciones desaparecieron. Solo oscuridad. Nada. Solo paz.

En el claro del bosque, nadie podía ver con nitidez qué estaba pasando. Solo se intuía el incendio y se olía el humo. Nadie hablaba. Procuraban guarecerse de la lluvia bajo un gran roble.

Parecía que dejaba de llover, gracias a los dioses. Estaban calados hasta los huesos y con un frío interior que sería difícil de quitar. Andros cuidaba los tres caballos, amante de dichos animales. Nurto y Ulpio intentaban descansar, cubiertos con una sucia manta. Balbo miraba el horizonte en busca de alguna señal amiga o enemiga, algún indicio. Vesper, como siempre, estaba rastreando la zona, infatigable.

El *tesserarius* parecía no fiarse de su entorno. Hacía bien, pero exageraba, al modo de ver de Balbo. Además, parecía no tener fin en cuanto a sus energías. Algo le insuflaba un extra físico y anímico con respecto al resto. Estaba hecho de otra pasta. Se camufló de manera excelente, siendo sigiloso como un ratón, observador como un águila e implacable como un cocodrilo. Había que añadir que la lluvia tapaba los escasos sonidos que podía emitir.

El benjamín de la expedición de supervivientes del «puerto de las rocas» sentía el peso de ser líder en aquel momento. Joven, inexperto pero audaz, intentaba estar a la altura de las circunstancias. Procuraba no decepcionar a nadie. Primero a sí mismo, por que no quería perder el pellejo en esa tierra ingrata dejada de la mano de sus dioses. Rumiaba qué debía hacer en caso de ataque, cómo proseguir, fiarse de Isela o no, cómo mantener unido al grupo y, lo más importante, ganar autoridad frente a sus compañeros más veteranos. Él era el superior por su ascendencia familiar e influencia.

Con estas ideas y otras, sonidos del fragor de una escaramuza empezaron a llegar, provenientes del poblado: gritos, golpes, sonidos metálicos... Todos se pusieron de pie, mirándose unos a otros y acto seguido miraron a Balbo, esperando que dijera algo. Unos como supuesto líder y otros esperando qué decisión tomaría, decidiendo ser totalmente críticos con ella. El hispano sabía que debía hacer algo de inmediato. Sabía las órdenes del Centurión. Desobedecerlas e intentar ayudar poniendo en grave peligro a los demás, o hacer lo más coherente y huir aprovechando la confusión. Sin embargo, un trote de caballo evitó que tomara una elección que le sobrepasaba. Ser el jefe no era tarea fácil, como creía. Tomar decisiones que implicaban a otros tampoco.

Se colocaron inmediatamente en formación, listos para defenderse con los escudos en sus fundas y las *gladius* desenvainadas. Isela, junto a los caballos, contemplaba la escena, alerta, mirando de reojo a los animales. Se mantuvo en todo momento callada, sopesando que, si no volvía Valerio, no tenía sentido seguir a los demás. Ulpio, cerca de ella, preparó su arco mientras procuraba no perder de vista la reacción de la mujer, hasta la fecha fiel al grupo, lo cual podía cambiar con las circunstancias. El jinete apareció al trote, firme y despreocupado. Se trataba de Vesper que entró en escena de forma muy teatral con un guerrero de la *Guardia Verde* tumbado en la grupa del animal, muerto. Con expresión seria, comentó, lanzando el cadáver germano al suelo:

—Nos esperaban. Sabían que estamos desesperados y que entraríamos a buscar cualquier cosa de utilidad.

—¿Cómo es posible? —preguntó incrédulo Balbo.

—Cuando conoces las necesidades de tu enemigo, solo tienes que esperar que lo lleven a cometer un error —comentó lacónico.

—Tenemos cuatro caballos —espetó pragmático Nurto—. Podríamos avanzar más rápido montando de dos en dos...

—¡No vamos a dejar a nadie atrás! —cortó con rapidez y furia contenida el *tesserarius*—. ¡Y menos a Macro y al Centurión!

—Es una locura —afirmó en tono mesurado Andros—. No se trata de ser cobardes, sino de ser inteligentes.

—Además, aunque nos moleste, hemos recibido una orden directa —añadió Druso, confundido entre el deber y el instinto de supervivencia.

—¡Estoy por encima de vosotros en el escalafón militar! ¡Y si alguno intenta huir, lo mataré con mis propias manos por desertor! —expresó, casi sin poder controlarse, Vesper, que, con su espíritu guerrero, no concebía otra opción. El resto, que sabían de la pericia del siciliano, no se atrevió a contradecirle.

—Honor, Prudencia, Gloria —dijo suavemente Balbo para sí mismo, aunque los demás lo oyeron—. Ahora empiezo a entender.

—¿Cómo? —preguntó Nurto.

—Digo que no están reñido el Honor, la Prudencia y la Gloria. Seamos precavidos, seguro que nos superan en mucho en número. Acerquémonos y veamos cómo es la situación. Si podemos ayudar, haremos todo lo que esté en nuestra mano, si no, nos iremos.

—¡No perdamos más tiempo! —sentenció Vesper, sin querer entrar en discusiones—. Druso, quédate con los caballos y con la germana. Los demás, conmigo.

—De algo hay que morir —añadió resignado Andros, demás encogiéndose de hombros—. ¡Rameras germanas!

Totalmente aprestados para el combate, se introdujeron en el bosque, temerosos de un mal encuentro y de que su esfuerzo no sirviera para nada. O más aún: de ser cazados como conejos. Sigilosamente, se acercaron a la empalizada por el Noreste, intentando evitar el portalón principal, seguramente vigilado. Nada se veía, solo se oían gritos de los hombres de la *Guardia Verde* desde el interior. Colocados en línea tras la maleza, pudieron ver cómo algunos miembros a caballo vigilaban la puerta principal, impidiendo la huida de sus camaradas. Observaron la empalizada, en busca de alguna opción para poder ayudar sin arriesgarse vanamente pero no se veía punto débil. Mejor retroceder.

Súbitamente, en el edificio de mayor tamaño del poblado, se desplomó la cara más cercana a la empalizada, derruyendo parte de la misma.

—¡Balbo! ¡Llévate a Ulpio y a Nurto! —ordenó el *tesserarius*—. Comprueba si podemos pasar por allí. Andros, conmigo, demos una vuelta buscando otro punto débil.

Sin dilación, obedecieron, dejándose llevar. Al estilo militar. No pensar, actuar. A paso ligero, cada grupo en una dirección intentando salvar a Lovis, Macro y Valerio. Lo cierto que todos tenían por prioridad al Centurión. Macro, aunque querido por sus amigos, temido y respetado por los demás, como, en menor medida, Lovis, no tenía la iniciativa y la audacia del *primus pilus*. Gracias a este, la probabilidad de volver sanos y salvos a casa aumentaban. Cruel, egoísta, pero cierto. Solo Vesper se movía por un interés más alto aún. El Honor era la excusa, no por ello no era menos verdad que tenían una deuda, pero hubo menos reticencias por un motivo menos desinteresado.

Cuando llegaron a la brecha, el humo salía del interior a borbotones. Aunque algo se intuía en el interior: dos hombres se batían con furia. Apretaron el paso. Era seguro que debía ser uno de los suyos. El viejo Ulpio fue el que llegó primero, observando cómo Valerio se encontraba a merced de su enemigo que iba a asestarle el golpe de gracia en cualquier momento. No lo permitiría. Tomó velozmente una flecha de su carcaj, tensó su arco, apuntó y disparó con precisión mortal contra el líder de la *Guardia Verde*.

Wigmar iba a alzar levemente la *spatha* para el golpe definitivo cuando notó el fuerte impacto del proyectil en su espalda. Comenzó a blasfemar y contorsionarse, dolorido, mirando hacia el punto de partida de la flecha. Los dos asiáticos cruzaron sus miradas mientras Nurto y Balbo escalaban los escombros de madera de la pared derruida, algo complicado, pero factible. El arquero, tras ese instante, volvió a disparar, esta vez con menos fortuna, ya que su enemigo huyó un instante antes. Sabiendo lo que se proponían, comenzó dar gritos de alerta.

Cuando llegaron donde se encontraba Valerio, estaba en el suelo inerte, sobre un charco de sangre. Balbo comprobó su respiración. Débil, pero vivía. Nurto tomó el *pugio* del Centurión, clavado en el pecho de un germano abatido.

—¡Tenemos que sacarlo de aquí! —expresó turbado al ver las heridas de su oficial superior—. ¡Vamos, Nurto! ¡Bajémoslo!

Entre los dos, tomaron el cuerpo con dificultad y grandes esfuerzos, para bajarlo con premura y toda la delicadeza que pudieron. Con una manta, Ulpio,

ayudado por un recién incorporado Druso, el cual había dejado los caballos a Isela, estiraron por los extremos para amortiguar la caída del cuerpo. No podían haberlo bajado Balbo y Nurto debido a la inclinación de los escombros. Soltaron a Valerio, el cual cayó sin apenas incidentes.

Ninguno, y menos Druso, se dieron cuenta del gran error de dejar a la germana con los caballos. Podía haber escapado con ellos, dejándolos a merced de la *Guardia Verde*. Pero no fue así.

A su espalda, se escuchaban los alaridos de los guerreros germánicos entrando en tropel en el edificio.

Nurto silbó con fuerza. Unas notas específicas. Y lo repitió por si acaso. Un código establecido por Vesper en caso de emergencia para entenderse. En este caso, significaba «venid aquí de inmediato».

—¡Ya vienen! ¡Están cerca! —advirtió Druso, ayudando a los demás a subirlo al lomo de uno de los equinos.

—Debemos partir de aquí de inmediato —explicó Balbo—. Lo primero es hacer que nos pierdan la pista.

—Para eso estamos nosotros.

Esta última frase la dijo Vesper, que estaba llegando por el Oeste con Andros, cargando entre ambos a Macro, que traía una fea herida en el muslo izquierdo. No obstante, no parecía grave, ni mortal.

—Llevaos a los dos, ponedlos a salvo. Los entretendremos y nos uniremos a vosotros después.

—¿Y hacia dónde vamos? —preguntó angustiado Druso—. No tenemos los medios para curar al Centurión, ni a Macro.

Un murmullo, que anticipaba el pánico generalizado, surgió entre los presentes mientras se iban montando en los caballos, nerviosos y torpes por la impaciencia ante la llegada de los enemigos en cualquier momento.

En esa tesitura, Isela empezó a hablar con tono alto y autoritario, muy de corrido, callando progresivamente a todos. Repetía varias frases, una y otra vez.

—Dice que hay un lugar, no lejos de aquí, donde nos ayudarán —tradujo Ulpio, intentando poner en orden la estructura de las frases.

—Puede ser una trampa —opinó Druso.

—No tenemos opción —cerró el posible debate Balbo—. No tenemos tiempo que perder.

—Ulpio, rápido, pregúntale cómo puedo encontrarlos. Que sea precisa —ordenó acelerado Vesper, mientras miraba hacia los lados. Los germanos se acercaban. Se escuchaban sus voces más y más cerca.

Isela dio información con rapidez y detalle de cómo llegar al poblado que decía. La prudencia había desaparecido. Debían aferrarse a lo que tenían, dejarse llevar y suplicar la benevolencia de los dioses. Todo pintaba mal, muy mal.

A paso ligero, desaparecieron por el bosque. Andros y Vesper, bien camuflados, se prepararon para provocar el mayor caos y desconcierto posible para facilitar la huida de sus compañeros, a la par que propiciar que les fuera muy difícil conocer el futuro paradero de la expedición romana, dándoles el mayor tiempo posible. Se infiltraron en la primera línea del bosque, dispuestos a sorprenderlos con todas las argucias que sabían. Sin piedad, pero con precaución. No querían dejarse el pellejo.

Isela iba montada con Ulpio, Nurto llevando a Macro, Balbo llevando a Valerio y Druso como único jinete, vigilando la retaguardia. Por si tenían compañía.

Una vez que salieron de la arboleda, apretaron el paso apremiados por Balbo, que veía que la vida del Centurión se le escapaba. Había rasgado una de las túnicas de repuesto, relativamente limpia, y la había colocado temporalmente taponando la herida. No serviría de mucho. Galopaban y galopaban. El poblado no se encontraba lo suficientemente cerca. Había que ganar distancia, para sobrevivir, para salvar al Centurión. Aunque no llegaran los caballos con vida debían intentarlo. Tenían que intentarlo. Una deuda de vida.

Entre tinieblas, el veterano Centurión hispano empezó a sentir, de forma acompasada, frío, aire, agua, dolor, el calor de sus heridas abiertas y sonidos extraños. Deliraba. Ni en este mundo ni en el otro. A caballo entre ambos. Parecían confundirse como en una pesadilla. Una horrible pesadilla que no lo dejaba pasar de un mundo a otro, provocándole una desorientación, no solo en su cuerpo, sino su mente y alma.

Luchaba, como siempre había hecho, como siempre le habían ordenado que hiciera, como había creído que debía ser. Intentando aferrarse a la dolorosa vida. Instinto de supervivencia. El cansancio pudo más y volvió a la penumbra. A la paz. A la nada.

NOCHES EN BLANCO

DESCONFIANZA. Era de esperar. Desconfiaban los unos de los otros. ¿Cómo podrían dos mundos tan distintos entenderse? Unos venían de un Imperio urbano, cosmopolita, lleno de vicios, pero que mezclaba lo mundano y lo divino de forma complementaria, naturalizada y particular en comparación al resto de pueblos que lo rodeaban. Los otros, de una cultura casi tribal, aldeana y guerrera. Diferencias insalvables a priori. Sin embargo, el ser humano es el mismo en todos los lugares, con las mismas necesidades, dudas y pasiones. Nunca se puede negar el componente común de especie, independientemente de cultura, religión, sexualidad o color de piel. Solo hay que saber buscar la simbiosis.

Eso pretendía Isela en ese momento, hablando rápidamente por la debilidad de Valerio. Los romanos, a pie junto a los caballos, armas en mano. El poblado de germanas, igualmente todas en la puerta, dispuestas a repeler a los invasores. Al menos una veintena, quizás más. Y no parecían contentas de verlos. La guía del grupo estaba en el medio explicando lo que pasaba. Druso, el más fornido del grupo, llevaba en brazos al inconsciente *primus pilus*. Todo acompañado con la luz de las antorchas en una noche cerrada, fantasmal y traicionera.

Isela pedía auxilio para aquel hombre, gravemente herido, afirmando que tenía una deuda de vida con él. Como la Jefa del campamento negaba toda negociación, pedía hablar directamente con la Suma Sacerdotisa, la líder espiritual. Negativas y silencios eran las respuestas que recibía de aquellas mujeres de rostros enjutos y miradas desafiantes. Finalmente, ante el alboroto, una mujer de edad relativamente avanzada, emergió entre las guerreras, deslizándose, como si sus pies no tocaran el suelo hasta el herido. Posó su mano en el pecho, palpó su rostro y olió su pelo. Todo con los ojos cerrados.

—*¡Metedlo dentro! ¡Que lo curen!* —expresó con voz media pero tono firme.

No había que ser un genio para intuir que aquella mujer era la mandamás del lugar. Isela, ayudada por otras dos mujeres, tomaron a Valerio y lo

introdujeron en el poblado. Los legionarios quedaron con cara de bobos, sin saber qué hacer. Podían estar matándolo y no lo sabrían.

—Es una trampa —afirmó desconfiado Macro, tocándose la pierna malherida—. Un poblado de mujeres. Un nido de víboras.

—Debemos confiar en ella —comenzó a decir Balbo—. De momento, nos ha ayudado.

—Eso no significa que no vaya a traicionarnos —replicó Nurto.

—¿Sugieres que atacemos?

—No, pero algo deberíamos hacer, ¿no? —expresó Druso.

—Ulpio, tú hablas su lengua. Acércate y a ver qué averiguas. Sé prudente, pero deja claro que, si le pasa algo, responderemos con decisión e inmisericordemente.

El veterano auxiliar hizo una leve reverencia a su superior, aunque estaba convencido que la situación se le había ido de las manos. La Fortuna se meaba en sus caras y jugaba con ellos. Las probabilidades jugaban en contra. Con rostro impasible, se acercó a la puerta del poblado, custodiada por dos mujeres con lanzas que le cerraron el paso.

—*¡Ningún hombre hoyará con sus pies dentro de nuestra tierra! ¡Somos las guardianas de los dioses!* —expresó con fuerza una de las guerreras.

La naturaleza supersticiosa del arquero oriental provocó una enorme turbación en su interior. No quería disgustar a ningún dios. Ya había sentido la cólera de alguno de ellos en sus carnes durante su juventud y no quería repetir la historia. Menos aún mostrar debilidad frente a una mujer que podía matar al Centurión. Eso significaría un castigo divino porque para él estaba claro que la mano de algún dios lo protegía, y una condena a su vida terrenal: solo con él podían lograr volver a Roma.

—*No deseo entrar* —comenzó a decir pausadamente pero con expresión seria—. *Deseo saber qué está pasando con nuestro jefe.*

—*Lo están curando* —respondió de nuevo la mujer—. *Ahora retrocede. Ya habéis mancillado esta tierra sagrada con vuestra presencia. No tientes nuestra paciencia.*

—*Protegéis vuestra tierra y vuestra comunidad. Lo entiendo. Nosotros protegemos a los nuestros también.*

—*Esperad aquí* —comentó la mujer ante la buena réplica del asiático—. *Pronto tendréis respuesta.*

Ulpio inclinó la cabeza en señal de respeto. Se sentó en la base de un árbol cercano, buscando un ligero descanso para sus pies descalzos mientras esperaban. Se habían roto sus *caligae*.

Sus compañeros entendieron que debían esperar y se pusieron en torno a él bajo el árbol, con los caballos cerca por lo que pudiera pasar.

Durante minutos como horas, nadie abrió la boca. Los nervios, el miedo y el cansancio estaban presentes, teniendo una vigilia incómoda pero necesaria. Debían saber qué pasaba, qué hacer, cómo actuar.

Finalmente, Isela salió con paso tranquilo y expresión relajada. Inmediatamente todos se pusieron en pie, expectantes. Ulpio fue traduciendo las palabras de la germana.

—Dice que los dioses le han dado una oportunidad —comenzó a explicar lentamente—. Es fuerte y puede que sobreviva. Aunque está grave.

—¿Cómo sabemos que no lo matarán más adelante? —cuestionó con desconfianza Balbo.

—Dice que no tiene sentido —preguntó y tradujo presto—. No tienen motivos para hacerlo. Afirma que para qué salvar una vida para luego arrebatársela.

—¿Qué garantías tendremos?

—Dice que su palabra. Ella hará de enlace entre ambos.

—No me parece suficiente.

—Claro. Me está diciendo que hay unas normas estrictas que ya se han roto, ya que ningún hombre puede entrar en estas tierras sin el permiso de la líder. Menos aún acceder al poblado. Si les plantamos cara, lucharán hasta la muerte y el Centurión morirá.

Con la mano en la boca, el *signifer* empezó a dar cortos pasos reflexionando. Otra encrucijada, otra decisión: podía fallar o acertar. No había puntos intermedios llegados a esas alturas. Quería preguntar a los demás que estaban presentes, pero sus rostros revelaban la realidad. Nadie se quería mojar en ese asunto. No estaba claro, por lo que hizo lo más coherente.

—En el estado que estamos y, tal y como han transcurrido las cosas, no tenemos elección.

—Isela ha conseguido para nosotros ese establo, donde podremos meter los caballos y descansar. Nos prohíben salir durante la noche de allí. Si lo hacemos, lo tomarán como una provocación y nos exterminarán.

—Eso sí huele a traición —opinó Druso lo que todos pensaban.

—¿Y qué podemos hacer? —cortó con rapidez el hispano—. Descansemos, a ver si podemos encontrar algo de comida. Haré la primera guardia. Mañana al amanecer, si seguimos vivos, buscaremos a Vesper y Andros, e intentaré negociar con las mujeres.

Al día siguiente, un cielo cubierto presagiaba una jornada oscura, voluble, donde todo era posible.

Poco antes de las primeras luces del amanecer, llegaron Vesper y Andros, después de pasar toda la noche incordiando y despistando a la *Guardia Verde*. Druso, que estaba en ese momento haciendo guardia, se los encontró agotados, montados ambos sobre un caballo pardo igualmente extenuado. El auxiliar hispano venía con una herida en el antebrazo izquierdo. Al menos, limpia y vendada.

Todos habían descansado muy poco y mal, por lo que anímicamente estaban derrotados. Balbo puso al corriente de todo a Vesper mientras este suturaba la herida de Andros y escuchaba atento.

Cuando hubo terminado, drogó levemente a los dos heridos, que no se opusieron, para que descansaran. Gastó los pocos narcóticos que le quedaban.

—Has hecho bien —comenzó a decir mientras se acomodaba en un montón de paja y cerraba los ojos—. Tal y como estamos, no podríamos vencer ni a una piara de cerdos. Confiemos en el Hado. No nos queda otra.

—¿De verdad dices eso? —replicó el *signifer*.

—Estamos agotados, sin comida, sucios, acosados por un enemigo inagotable y profesional, con tres heridos e internados en territorio hostil. Si aquí debe ser nuestro final, que así sea. Si no es así, necesitamos reponer fuerzas urgentemente si no queremos enfermar los que quedamos. Lo más importante es que nos recuperemos lo antes posible para salir de aquí cuanto antes.

El resto del día lo pasaron descansando. Lo necesitaban con urgencia. Al mediodía, con la venia de las «amazonas», se pusieron a pescar en un río cercano. Llevaban casi dos días sin comer.

La situación del poblado era excelente: desde el Sur hasta el Noroeste, un espeso bosque daba cobijo y alimento a las mujeres; en el Norte, una ciénaga evitaba un ataque sorpresivo; por el Este, una pradera fértil para ganado, pero con buena visibilidad, ya que el poblado se encontraba sobre una elevación de un valle; en el Sureste, un caudaloso río hacía de frontera natural y protección a la vez que surtía de peces.

Isela se pasó buena parte del día junto a Valerio. Estaba inconsciente y con fiebres, pero vivo. Esperaba que por bastante tiempo. Fue informando al resto de romanos de cómo progresaba y qué dictaminaban las sacerdotisas. Para el crepúsculo, podrían cazar y recolectar frutos y setas por el bosque del Noroeste.

Las mujeres miraban con recelo e intriga a los romanos. Tenían un extraño aspecto y, ciertamente, estaban intranquilos y a la defensiva. Aunque era comprensible. De momento, no se quitaban ojo los unos a los otros.

Por la noche, Isela fue convocada a un *Thing*, donde estaban reunidas las más importantes sacerdotisas.

Había tres tipos de categorías dentro de la comunidad: las novicias, las guerreras y las místicas. Las novicias eran las más numerosas y estaban en período de prueba. Dentro de estas, había dos subclases: las de nacimiento y las «voluntarias». Aunque el número estaba limitado: si los poblados querían pervivir, no podían permitir que muchas mujeres se fueran.

Normalmente entraban con unos doce o trece años, enseñándoles cómo convivir, cómo entregarse a las divinidades, cómo combatir de forma ritual y dedicarse a una vida contemplativa. También les tocaban las funciones más penosas y mundanas. Llegadas a cierta edad, podían pasar la prueba de los dioses, las que quisieran o fuesen elegidas: durante la primavera, tenían la opción de yacer con un hombre, uno o dos días, para probar su fertilidad. Los hombres debían estar solteros y aceptar la elección de las novicias. Si se negaban a cumplir el compromiso, eran castigados con el destierro.

En el caso de quedarse embarazadas, tenían la opción de abandonar el culto, teniendo una vida conyugal tradicional, o parir el hijo y seguir perteneciendo a la comunidad de mujeres. Si nacía varón, era cuidado por una familia que lo quisiera (algo común, ya que era motivo de orgullo y se creía que salían guerreros robustos y mujeres fértiles). Si era mujer, a los doce años debía ingresar donde fue concebida.

Aquella que no deseara pasar la prueba (en caso de necesidad demográfica no había opción), podía mantener su celibato y ascender hasta las guerreras.

Las novicias, si no quedaban encintas, tras diez o doce años de servicio, tendrían otra opción de abandonar su condición para unirse en matrimonio. Algo mayores para dicha sociedad, sus maridos eran cuidadosamente seleccionados por las guerreras para formar una unión poderosa. El hecho de tener un aura mística en su pasado las hacía mujeres deseables. Especialmente en segundas nupcias.

Las novicias que desearan mantenerse dentro de la comunidad para siempre se podían concentrar en el culto al cuerpo y al dominio del entorno como guerreras. Solían formar una casta selecta de un máximo de diez mujeres encargadas de la seguridad de las demás, cazando y procurando el

orden. No obstante, hacía varias generaciones que no entraban en combate formal. También, justificando el porqué, eran las únicas a las que se les permitía salir del bosque sagrado. Si se descubría que habían tenido relaciones sexuales con algún hombre, la pena era la muerte.

A diferencia de estas, las místicas debían hacer la prueba de los dioses de forma obligatoria. Debían cerciorarse que las divinidades las habían elegido para su entrega. Las guerreras entregaban su virginidad como ofrenda, no pudiendo jamás yacer con un hombre. Por esta razón, cierto número de estas mujeres eran lesbianas, única manera de vivir sin ser repudiada por la sociedad. Las místicas tenían que ser siempre tres, ascendiendo cuando había una vacante la más digna entre ellas.

El *Thing* estaba presidido por la Suma Sacerdotisa, la más importante y líder espiritual. Junto a ella, en orden de importancia, la líder de las guerreras era la que tomaba las decisiones de la vida cotidiana y la defensa del lugar. También era la voz de la comunidad cuando hablaba en los poblados con los caudillos locales.

Junto a las dos líderes, tres guerreras y las otras dos místicas cerraban el cónclave. Lo hacían junto a una hoguera, fuera del poblado, marcado por dos circunferencias concéntricas de piedras de pequeño tamaño, separadas regularmente.

Sentadas en semicírculo, Isela, de pie callaba escuchando cómo Eduvigis, la líder de las guerreras, dando vueltas a su alrededor, la acusaba de haber llevado el enemigo a sus puertas y haber quebrantado la confianza depositada en ella.

—*Todo lo que decís es cierto* —comenzó a decir una vez terminada la disertación de Eduvigis—. *Y os pido disculpas. Entendí que podía pedir os ayuda cuando más lo necesitaba. Hoy es ese día.*

—*Una deuda de vida no es suficiente para ofender de esta manera a los dioses* —cortó rauda una ofendida mística.

—*Has mancillado nuestro suelo y mostrado el camino de regreso para que traigan más para aniquilarnos* —añadió Eduvigis—. *¿Es que no lo ves?*

—*Ninguna se acuerda ya de la última vez que los romanos hoyaron con sus sandalias en nuestras tierras. Ninguna ha visto conflictos con ellos. Solo cómo nos masacramos unas tribus a otras. Además, esta orden sagrada no tiene preferencias, ¿verdad?*

—*Claro, pero si hablan nuestra lengua, tienen nuestras costumbres y creen en nuestros dioses. Se te olvida que te hicimos una concesión especial y pasaste dos años con nosotras.*

—No lo olvido. Por eso, como parte de la comunidad que fui, os pido ayuda. ¿Avisareis, pues, a los poblados cercanos para que los exterminen?

—Tienes una deuda de vida con ese hombre. Con los demás no.

—Cierto. Pero recordad que Roma no perdonará una ofensa así. Entonces tendremos, todas, problemas.

—Ya tenemos enemigos. Siempre los hemos tenido. Y aquí estamos.

—Ya veo —de repente, una idea fugaz pasó por su cabeza y retomó la palabra—. ¿Qué diríais si tuvierais un enemigo común? ¿Alguien que odiamos más que a los romanos?

—¿A dónde quieres ir a parar? —inquirió una de las guerreras.

—La Guardia Verde los están acosando. Los romanos no vienen del Sur, si no de una pequeña campaña bien al Norte.

—Eso no cambia nada —sentenció tajante Eduvigis.

Cuando todo parecía perdido, la Suma Sacerdotisa, que no había hablado, como era costumbre, se levantó parsimoniosa y todas guardaron silencio. Isela inclinó su rostro, manteniendo la cabeza gacha durante varios segundos. La decana cerraba los debates cuando llegaban a un punto muerto o no había un acuerdo. En el resto de casos, permanecía callada. Su voz era demasiado importante.

—Has afirmado tener una deuda de vida, ¿verdad? —comenzó a decir con voz sosegada y movimientos estudiados.

—Así es.

—¿Respondes, pues, por esos hombres?

—Sí. Así debe ser —contestó tras una duda inicial. Aunque se olía la trampa, ya no podía dar un paso atrás.

—En tal caso, te encargarás de que colaboren en la comunidad y respeten todas las peticiones que hagamos sin protestar. De esta manera, podrán quedarse aquí mientras que el herido se restablece.

El rostro de Eduvigis se contrajo. No gustaba de esa decisión. La Suma Sacerdotisa miró con seriedad a todas, evitando que ninguna alzase la voz.

—Gracias, mi señora.

—No es todo —continuó con solemnidad—. Si no cumplen, o tu protegido muere de sus heridas, serán todos sacrificados a nuestros dioses. Y tú también.

—Como desee mi señora —no se quejó. No podía—. Me parece lo más justo.

—Sé que mis hermanas no están convencidas de mi decisión, que estamos acogiendo a nuestro enemigo. Serán nuestros invitados. Nuestro código

permite acoger a hombres fuera del poblado siempre y cuando sea por el bien de la comunidad. Y lo será. Los romanos hace tiempo que no molestan a los nuestros. Muchas creéis que nos dañarán, pero yo os digo, que la Guardia Verde, bajo el mando de Eberhard, coaccionó a esta comunidad, torciendo la voluntad de los dioses a lo que él quería. Una ofensa mayor. Alguien que se hace llamar «el Gran Jefe» solo quiere tiranizar a todos. Ese es un enemigo mayor e inmediato. Pues le privaremos de una pequeña satisfacción, aquí en el mundo terrenal, y os prometo, que pronto los dioses se vengarán.

—Suma Sacerdotisa, pero ¿y si decide tomar represalias? —expresó con cortesía y sensatez una de las místicas.

—Si lo hace, tendrá consecuencias —exhortó firmemente—. Los dioses no perdonarán por segunda vez una ofensa y los hombres no permanecerán en sus hogares ante otro agravio.

Con esta máxima, todas fueron moviéndose hacia el interior del campamento, excepto la Suma Sacerdotisa e Isela, que se quedaron mirándose la una a la otra. La primera escrutando a la segunda. Esta, quieta, a la espera, tensa.

—¿Qué no me has contado? —susurró la mística.

—¿A qué te refieres?

—Debe haber algo más para exponer tu vida así por alguien que apenas conoces.

—Creo que los dioses me han hablado a través de sus acciones.

—¿Amas a ese hombre?

—No. No lo sé.

—Debo reconocer que tiene un aura especial. Algo le rodea que lo hace diferente. Por eso lo dejé entrar.

—Así lo he sentido yo casi desde el principio. Desprende una fuerza que no es salvaje, tan propia de los hombres, sino contenida y cargada de... no sé... clarividencia.

—No hace ni un año que nos dejaste. Te dejamos ser una de las nuestras y sé que tienes un destino grande. Lo sé desde que te vi. Por eso te he apoyado. Ya has unido tu destino al suyo. Veamos qué te deparan los dioses. Pero ten cuidado con Eduvigis y sus seguidoras. Odian a los hombres y más si son de fuera de su tribu. No caigas en sus provocaciones, ni le des motivo para enfrentarse a ti. Puedes salir mal parada.

—Agradezco todo lo que has hecho.

—Espero que no te hayas perdido.

—No quiero depender de hombres, ni de mujeres. Aquí, Eduvigis manda y desmanda. Nadie se opone a sus caprichos, ni siquiera tú. Las novicias sufren todas las humillaciones posibles, les guste o no, hasta que se hacen un hueco.

—Mi labor es velar por su entrega a los dioses, no por sus cuerpos terrenales.

—De ello da buena cuenta Eduvigis —espetó Isela con acidez y rencor—. Por eso no quiere a los hombres. Por eso es la líder.

—Tus acusaciones son graves.

—Te pido disculpas, pero no por ello son menos ciertas. No volverá a suceder.

—Ahora ve con los romanos e intenta que no haya motivos para su exterminio. La vida de su líder está en buenas manos.

Al día siguiente, tras haber dormido algo más y empezar a reponer fuerzas, se levantaron todos aún intranquilos. No sabían si Valerio seguía con vida. Isela, mediadora, estaba ahora en un lado, ahora en otro. Todo en aquella tierra se hacía con tanta discreción que provocaba que los romanos se mostraran esquivos. Todavía no se habían relajado, con lo cual el descanso no era pleno, ni lo sería hasta que hubiese un síntoma inequívoco de la mejoría de Valerio. Sin darse cuenta, dependían en exceso de su oficial. Era el guía y el espíritu de la escuadra que quedaba de los ochocientos hombres que partieron de *Gesoriacum*. Vesper y Balbo eran conscientes de que, si el *primus pilus* caía, podrían salir de allí. Pero... ¿indemnes? Si así fuera, ¿cuánto tiempo pasaría hasta que se dividieran o los cazaran como alimañas? Las tretas, el firme carácter del Centurión y, no había que negarlo, una suerte infinita habían conseguido mantenerlos con vida. Por cuánto tiempo, era la pregunta.

Los dos *principalis* que quedaban empezaron a organizar a los hombres. La disciplina no se podía relajar. Había que reparar túnicas y cotas de mallas, limpiar armas, hacer frámeas^[101], empezar a almacenar víveres, rellenar cantimploras, revisar el vendaje de los dos heridos, fabricar unas botas para Ulpio, además de un aseo urgente de los hombres. Desde que cruzaran aquel río a nado, no se habían bañado. Algunos llevaban meses sin afeitarse. Vesper creía que un hombre debía ser pulcro y mostrar su gallardía con un aspecto intachable. Cuando las circunstancias lo permitieran.

Lo primero sería una partida de caza, previa venia de las sacerdotisas, con Druso y Ulpio como elegidos. Los demás empezarían tareas ordinarias como la limpieza y reparación de su equipo y ropas de repuesto. Había que empezar

desde lo más básico y necesario, a los detalles más insignificantes. El equipo era primordial.

Poco tiempo después de haber partido para cazar, Andros, que hacía guardia, vio cómo Ulpio y Druso volvían a carrera limpia al campamento con gesto desencajado. Rápidamente dio la voz de alarma. No hacía falta que dijeran nada.

—¿Qué hacemos? —preguntó Nurto, tomando el escudo, sin saber bien sin debía luchar.

—Aprestaos para el combate —respondió inflexible Vesper, con sus armas en la mano y a pie quieto frente la puerta del establo, su hogar temporal.

Se movían nerviosos y asustados. No tenían ni la más mínima posibilidad contra una fuerza de caballería bien organizada y numerosa. Aunque más descansados, no estaban del todo recuperados y su apariencia no era tan imponente como solía ser: delgados, sucios, equipamiento que precisaba mantenimiento... No sabían si las mujeres ayudarían o se podrían de su lado, tal vez solo miraran. En cualquier caso, nada detendría a los miembros de la *Guardia Verde*.

Isela, como alma que lleva el diablo, corrió al campamento en cuanto Macro avisó del peligro. Al poco regresó con el rostro lleno de ansia y terror. Balbo era el único que prestaba atención a su llegada. Los demás esperaban la aparición de los jinetes en cualquier momento. El hispano esperaba un último milagro antes de verse forzado a combatir sin esperanza de una posible victoria.

Wigmar iba al frente de la columna, ensimismado en sus pensamientos. Los romanos lo habían puesto en ridículo. No solo habían conseguido escapar, habían matado a tres de los suyos y herido a otros dos, sin contarse a sí mismo. A cambio, habían matado a Lovis, herido a Macro, Valerio y Andros. Este último, con una herida leve, casi superficial. Teniendo superioridad numérica y el factor sorpresa habían tenido más bajas. ¿Suerte, casualidad o los dioses los favorecían? No entendía, ni quería entender. Solo una rabia ciega lo poseía. Si quería ser algún día alguien importante, necesitaba exterminarlos. Y rápido.

La herida en la espalda que le había provocado la flecha de aquel romano, le dolía horrores, ya que tuvieron que ensancharla para facilitar la extracción.

Además, no sanaba bien, ya que llevaba dos días prácticamente sin haber descansado. Estaban más exhaustos que los propios perseguidos.

Admiraba y odiaba a los dos romanos que provocaron tanta confusión: los despistaron por completo. Consiguieron que no supieran hacia dónde dirigirse y que tardaran casi un día completo en obtener un vago rastro que seguir. Ahora, acotadas las posibilidades, entraban en aquella región donde no eran tan bienvenidos. Estaban en los límites de las redes diplomáticas de Eberhard. Allí su alianza era frágil, mal vista y sin control real. Si los romanos proseguían, serían tan enemigos de ellos como de las tribus autóctonas a las que, con toda seguridad, no les gustaría que nadie merodeara por sus tierras.

Con todas esas dudas recorriendo su cabeza, y agotado, tomó la decisión de entrar en esa tierra sagrada para hablar con la Gran Sacerdotisa.

Sabía que no sería bien recibido, pero estaba seguro de que sus enemigos estarían allí. Los pocos legionarios que quedaban necesitaban descanso, cobijo y avituallamiento. Las posibilidades eran remotas. Pero, llegados a este punto, la desesperación lleva a hacer actos alocados e insensatos. Como meterse en un poblado en llamas. Tal vez hubieran matado a todas las mujeres. O las mujeres a ellos. Había que comprobarlo.

La *Guardia Verde* tenía la entrada vetada en teoría, no obstante, Wigmar no era tan impulsivo como pensaba la mayoría. En frío, calculaba cómo obtener el mejor resultado de la forma más sencilla. Ya tenía trazado un plan. Lentamente, a un paso muy cauteloso, entró en el valle donde se situaba el poblado. Solo eran una decena, los mejores, para no provocar confusión y mayor malestar. Si estaban vivas. Que lo estaban.

Pese a la prudencia de la *Guardia Verde*, era de esperar que se encontraran a varias guerreras con las lanzas en la mano y cara de pocos amigos. El gesto seguro, tranquilo, hasta ligeramente sumiso del asiático relajó las facciones contraídas de Eduvigis. La líder de las sacerdotisas guerreras los recibió ligeramente adelantada a la puerta del poblado, espada en cinto y brazos en jarra. Mujer de carácter.

—¿Cómo os atrevéis a entrar sin permiso? —expresó desafiante la amazona.

—Con el debido respeto, nosotros tenemos un permiso especial —contestó cortésmente pero con un tono ligeramente autoritario que denotaba que no se arrugaría.

—Las disposiciones con Eberhard, eran con Eberhard —replicó con desparpajo.

—*Yo soy el segundo de Eberhard: ahora soy sus ojos, sus oídos y su lengua* —no se amedrentó Wigmar—. *Pero no he venido a molestaros. Será una visita breve.*

—*¡Debéis marcharos! ¡Hay que solicitar audiencia!*

Ante el grito de Eduvigis, Wigmar respondió caracoleando su caballo para controlar a sus hombres y mostrar a las mujeres que no retrocedería un ápice en sus demandas.

La jefa de las guerreras, insensata, desenvainó su espada, provocando una sonrisa pérfida del líder. No tenía intención de irse de allí sin cumplir su cometido. Por ello, bajó del caballo, clavó su lanza en el suelo y avanzó hacia ella resuelto. A pocos pasos de ella, volvió a hablar.

—*¿Atacarás a un miembro destacado de la Guardia Verde que solo ha venido a hablar y ha mostrado respeto en todo momento?*

Los hombres, a su espalda, no procedían de lugares cercanos a dicho poblado. Aunque supersticiosos, la lascivia y el botín que podían obtener provocaron que ninguno mostrase dudas ante un ataque a su comandante en jefe. Precavidos, esperaban la reacción de la líder de aquellas mujeres antes de poder saborear las mieles del triunfo inmediato. No pensaban en las posibles consecuencias.

Eduvigis sí pensaba qué consecuencias inmediatas y a largo plazo podía tener un ataque injustificado. De inmediato, morirían muchas o serían exterminadas, las que no violadas previamente. A largo plazo, una guerra que sería endémica y con terribles consecuencias para Eberhard. No perdonaría una ofensa así.

—*¿Qué deseas de nosotras?* —finalmente recapacitó, enfundando su espada—. *Una vez que te podamos ayudar, o no, saldrás de aquí sin demora. Esta tierra no te quiere, ni te necesita.*

—*Me parece justo. Hay romanos merodeando por esta zona. Eberhard me ha encomendado darles caza.*

—*¿Qué tiene que ver eso con nosotras?* —intentó mostrar falta de interés.

—*Creemos que pueden estar en vuestras tierras. Les seguimos la pista.*

—*¿Piensas que no lo sabríamos?* —acusó con desdén contenido—. *¡Nuestras tierras son pequeñas y están muy controladas! ¡Nos ofendes, subalterno de Eberhard!*

—*No dudo que no deseéis ninguna relación con ellos, solo que han podido pasar por aquí a suministrarse. O intercambiaros algo. ¿Sabéis algo?*

—*Si un romano pisara estas tierras, sería expulsado de inmediato o perecería.*

Esa frase salió directamente del portalón del poblado. La etérea Suma Sacerdotisa habló con solemnidad al tiempo que las guerreras se hacían a un lado y agachaban la cabeza en señal de respeto y sumisión. Su palabra era como si los dioses hablaran por su boca. Ahora, formado un pasillo entre las mujeres, estaban cara a cara.

—Claro, mi señora —dijo Wigmar con una ligera reverencia—. *Pero ¿no sabéis si habéis encontrado huellas o si los poblados cercanos han visto algo?*

—*Buscáis a un fantasma. O habéis errado en la dirección que han tomado* —el líder de los germanos apretó los labios ante el insulto—. *Además, ¿por qué perseguís a unos pocos romanos? ¿Por qué tanta molestia? ¿Qué han hecho?*

—*¿Cómo sabéis que son unos pocos?* —inquirió desconfiado.

—*¿Llevaríais tan pocos hombres?* —respondió con naturalidad—. *¿Por qué no contestas a mi pregunta?*

—*Lamento haberos hecho perder el tiempo* —cortó de inmediato la conversación—. *Espero que, si sabéis algo, nos lo comunicéis de inmediato. Son muy peligrosos y no tienen respeto por nada.*

—*Así será.*

Wigmar montó sobre su corcel con extraordinaria agilidad. Tomó su lanza y retornó por donde había venido con una lacónica sonrisa que todos sus guerreros percibieron con nitidez. A un trote suave, empezaron a salir del valle mientras las guerreras mantenían posiciones, precavidas.

Hugi, el segundo de Wigmar, se acercó a este, que iba en cabeza de la avanzadilla.

—*¿Y ahora qué hacemos?*

—*Desestabilizar el poblado de esas brujas* —expresó indiferente.

—*Pero... ¿has perdido el juicio?*

—*Están aquí, estúpido. Los están protegiendo.*

—*Eso no es posible. Los hombres no pueden...*

—*¡Qué ingenuo eres! Lo hacen de espaldas a todos.*

—*¿Cómo lo sabes?*

—*Intuición. Huellas de caballo de hace un día. Las caballerizas parecen estar llenas. Hay un fuego fuera del campamento junto al establo. La mirada nerviosa de la jefa guerrera. No lo dudes. Aquí están. Agazapados.*

—*Pero... ¿por qué?*

—*¡Quién sabe! Botín, promesas de Roma, alianza de su guía, influencias, miedo...*

—¿Más que el que nos tienen?

—A nosotros nos temen. Es cierto. Pero nos odian más que a los romanos. Roma hace mucho tiempo que no pasa por estas tierras. Somos un enemigo más cercano e inmediato.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Volvemos y atacamos?

—Nada me gustaría más. Pero el Gran Jefe nos ejecutaría por atacar a unas siervas de los dioses sin su permiso y sin una causa justificada.

—Pues volvamos e informemos a Eberhard que...

—¡No! —cortó seco Wigmar. No permitiría que se les escaparan otra vez o que alguien le robara su gloria—. No podemos dejar que escapen. Debemos convencer a los jefes de los pueblos cercanos para que nos dejen penetrar en el territorio o que ataquen ellos a los romanos. Mientras, nuestros hombres bloquearán la única salida que tienen, la única parte donde no hay poblados: al Este.

—Es lo mismo que hizo Cedrick y... sabes que escaparon.

—Sí, es cierto. Pero esta vez confiaremos en los poblados y revisaremos si hay otras rutas alternativas por donde puedan pasar sin ser vistos.

—Así se hará.

—Llevarás a la mitad de los hombres al límite de su territorio en esa parte y te dedicarás a montar guardia. Envía a varios de los nuestros a rastrear la zona. Todos los alrededores de las tierras de esas rameras. Yo, con el resto, empezaré a hacer visitas de cortesía a todos los poblados, recordándoles nuestra vieja alianza.

El asiático era una persona decidida y resuelta. Obstinada cuando quería conseguir algo. No le importaba cambiar sus planes, ni demorar su triunfo. Su objetivo era hacerse un hueco y llegar a ser un gran jefe militar, teniendo a sus propios hombres bajo su mando, sin depender de nadie. Para conseguirlo, debía acabar con los romanos, no tener ni una mancha negra en su pasado como guerrero, para que, cuando alguien oyera su nombre, el terror lo sobrecogiera. Lo peor de todo, es que era capaz de lograrlo: lo había dejado todo de lado con ese propósito, sin importar las consecuencias que pudiera tener para los demás o para sí mismo, ni a quién tuviera que pisar para lograrlo.

Una vez que la *Guardia Verde* desapareció del horizonte, Eduvigis mandó una «amazona» a seguirles discretamente y a una distancia prudencial. Por si

acaso. Mientras tanto, a gritos, malhumorada, hizo salir a los romanos de una choza, donde estaban apelonados junto al inconsciente Valerio.

La Suma Sacerdotisa, en un momento tan delicado, decidió que debían entrar dentro. No fue la empatía lo que la movió: Eberhard no hubiera perdonado dicha ofensa y los jefes de los poblados cercanos no las protegerían, indignados por haberles ocultado algo tan importante como dar cobijo a unos extranjeros.

Todos los hombres habían entrado totalmente pertrechados para la lucha. No se fiaban. Llegados a tal punto, morir con la espada en la mano, junto a su Centurión, sería una buena forma de ir a la otra vida. Finalmente no fue así, y salieron felices porque conservaban su vida y porque era cierto que Valerio vivía.

Isela, una vez que los romanos habían salido fuera de la aldea de mujeres, se acercó a la Suma Sacerdotisa con sumisión y alivio.

—*No hay palabras para agradecer el sacrificio que...*

—*He tomado una decisión impulsada por los dioses* —comenzó a decir con cierto temor y decisión a la vez, sin dejar de mirar al infinito—. *Aceptaremos las consecuencias. Nos estamos jugando mucho protegiendo a estos hombres.*

—*Lo sé. Por esto, nos iremos en cuanto sea posible.*

—*Wigmar no se ha convencido de lo que aquí se ha hablado. Una pena que sea él. Cedrick era menos perspicaz. Ese asiático tiene la ambición de los dioses. No parará hasta que los vea muertos.*

—*Más razón para irnos en cuanto despierte.*

—*No. Si salvamos una vida, debemos hacernos cargo de ella. Cuando tenga fuerzas, saldrá de aquí.*

—*Gracias.*

—*Espero que el esfuerzo valga la pena y que los dioses nos asistan* —hubo una pausa para acrecentar su reflexión—. *Ahora, explica a los romanos como está la situación. Yo voy a maldecir a Wigmar y ofrecer su cuerpo a los dioses.*

Y con gesto resuelto, dio la espalda a Isela. «Es una mujer que tenía una misión clara en su vida» pensó Isela que buscaba eso imperiosamente. Al menos, parece que se le había abierto un camino. Por primera vez. Tortuoso, incierto y lleno de dificultades. Esperaba que la tormenta pasara pronto y disfrutar un poco de las mieles que la vida podía ofrecer. Algo en su interior le decía que así debía ser. Solo debía tener fe en sí misma y los dictados que

le imponían las divinidades. Quizás fuera su conciencia o se movía por impulsos. Eso poco importaba ya: no había vuelta atrás.

Valerio no sabía por dónde vagaba su alma. De las tinieblas, de la nada que lo tuvo prisionero, pasó a ver una luz fortísima. Una claridad tan abrumadora que no dejaba sentir otra cosa. No notaba su cuerpo y, excepto la vista, ningún otro sentido parecía cobrar vida. ¿Y el barquero? ¿Dónde estaba el barquero^[102]? ¿Le habrían puesto la moneda por su alma? ¿Estaba en el paraíso judío entonces? ¿Dónde se encontraba?

Poco a poco, sus oídos empezaron a funcionar, pero nada se escuchaba. Al no tener sensaciones corpóreas, creía que algo no funcionaba como debía. Como si no existiera, como si levitara. No por ello percibía peligro o miedo. Era extraño, pero no se impacientó. No sentía dolor ni tristeza, ni amor u odio, ni deseo ni necesidad. Su alma estaba en paz. Había dejado cosas pendientes en el mundo terrenal, pero se escapaban a su control y debía ser así: sus hombres debían continuar sin él, al igual que sus libertos y su hijo. Pensaba en ello mientras, lentamente, se aclaraban sus sentidos y entonces vio que se encontraba tumbado sobre un lecho. Su cuerpo seguía sin responder pero se veía pulcro y desnudo. Como vino al mundo, debía volver.

Instantes después, vio cómo unas finísimas cortinas traslúcidas rodeaban su lecho, meciéndose suavemente como las aguas del mar en calma. El blanco aséptico que lo rodeaba, reconfortaba: dentro del mundo oscuro donde se había movido, parecía un alivio. Brillantez divina. Se había reunido con los dioses.

El tiempo transcurría sin medida. No era consciente del mismo. Podía ser una eternidad que segundos. Unas suaves y finas manos, decenas de ellas, parecían acariciar y masajear de forma delicada todo su cuerpo mientras se elevaba del lecho. Entonces algo empezó a serpentear entre las cortinas. No sintió temor, ni acecho. Parecía que algo o alguien preparaba su entrada en escena. Una sombra frágil y cálida. Una suave mano se posó sobre su cara, acariciándola. Un rostro se puso frente a él. Sus ojos consiguieron enfocar, no sin cierta dificultad por la extraña luminosidad, la hermosa tez morena de Lydia. Sonreía, feliz.

Solo se miraban y sonreían, nada más. Sin duda, buena entrada en el Elíseo. De vez en cuando, un casto beso, pero embriagador. Tras largo rato, (o al menos eso pareció), la melodiosa voz de Lydia, con un enorme eco, le dijo: «vuelve, sigue adelante, vive. Te esperan».

Repetía la frase, una y otra vez, con pausas largas y decenas de ecos repitiendo lo mismo. Cada vez más rápido. «Vuelve, sigue adelante, vive. Te esperan». Por primera vez, empezó a notarse realmente confundido e incómodo. La luminosidad empezó a menguar. Las embriagadoras manos que le tocaban empezaron a apretar con mayor violencia su volátil cuerpo. «Vuelve, sigue adelante, vive. Te esperan». El tono, de susurrante, comenzó a ser amenazador y cada vez más alto. Se confundían ya las voces de decenas, quizás centenares de mujeres repitiendo sin cesar: «vuelve, sigue adelante, vive. Te esperan». La luz empezó a desaparecer hasta quedar sumido en tinieblas. Su cuerpo empezó a notar dolor, cada vez más agudo y concentrado en ciertas partes. ¿Un tormento del Dios Supremo o del Panteón Romano? ¿Se habrían enfadado por su dualidad? ¿Estaba en el infierno judío o en el Hades romano? Sin embargo, el dolor podía ser soportable. Durante cierto tiempo. Los gritos no. Con la frase repitiéndose a gritos en su cabeza, una y otra vez, finalmente, despertó.

Transcurrieron varios días. La primavera había llegado con todo su esplendor. Las flores renacieron, la temperatura se hizo más agradable y la lluvia se hizo presente en momentos puntuales. El paisaje era precioso, con gran cromatismo de colores y unos olores que deleitaban a todos los presentes.

La desconfianza mutua entre hombres y mujeres menguó hasta unos niveles aceptables de convivencia separada. Los romanos, comprobada la curación de Valerio, empezaron a comportarse más como vecinos que como huéspedes forzosos. Las mujeres, vistas las distancias y buena disposición de ellos, tornaron su actitud: ahora los veían con curiosidad casi científica. Del recelo, habían pasado al interés en la distancia. Además, Eduvigis y sus principales seguidoras pasaban mucho tiempo fuera en misiones diplomáticas con los poblados vecinos o de caza. Ellas eran el principal escollo dentro de la convivencia. Eduvigis callaba, por respeto a la Suma Sacerdotisa, pero no podía ocultar la intolerancia suma en contra de Roma y la animadversión que sentía hacia los hombres.

Vesper, no cejó en su empeño de mantener la disciplina: repararon todos los equipos, hicieron unas botas para Ulpio, entrenaron, montaron guardia, se asearon... Es más, debido a la tibia temperatura, se bañaron desnudos en el río cercano mientras otros se afeitaban. Algunas de las novicias no pudieron evitar mirar con cierta frivolidad y, ¿por qué no decirlo?, lujuria a aquellos bárbaros a los que no comprendían. Otras, con recelo y desdén. Fue un

paréntesis después de meses de dolor y sufrimiento. Fue primordial, sin que fuesen conscientes, para subir y mantener la moral. Un poco de ambiente distendido antes de volver a la brecha. Por eso las risas, las bromas, las conversaciones picantes, incluso los planes de futuro, llegaron a comentarse con total naturalidad. Solo el tesserarius, sobrio e inflexible, mantenía a sus emociones contenidas, salvo pequeños momentos de relajación diarios.

Al tercer día de haber llegado a dicha aldea, Valerio despertó, dolorido y confuso, apenas dijo nada. Durmió casi todo el día. Una sacerdotisa, la más ducha en cirugía rudimentaria e hierbas curativas, se encargaba en todo momento de velar por su salud, intercalando descansos con la mujer que los había guiado hasta allí. Dos días después, se encontraba con un vigor renovado e Isela lo puso al tanto de la situación, explicando con detalle todo lo acontecido en los últimos días.

Templado y comedido, afirmó que se marcharían en cuanto tuviera fortaleza para caminar. Necesitaba coger fuerzas con rapidez para marcharse cuanto antes de allí. No podían demorarse. La emboscada en el poblado en llamas le demostró que no tendrían cuartel, que no cejarían en el empeño y que no se enfrentaban a un enemigo convencional: usaría todos los medios a su alcance, su tesón y las tretas necesarias para darles muerte.

Ocho días después, Valerio ya se sentía con fuerzas para proseguir el camino, y se levantó del lecho con intención de asearse y afeitarse. Mientras Isela intentaba, vanamente, que recapacitase, la Suma Sacerdotisa, con la dignidad que le caracterizaba, hizo aparición en la choza. Se produjo un silencio y se cruzaron miradas. Valerio, que intuía que, por su atuendo y edad, debía ser la decana, inclinó su cabeza en señal de respeto. La mantuvo así varios segundos hasta que ella se acercó a unos pasos de él. Entonces alzó la cabeza y la miró directamente a los ojos. Ambos leyeron cosas muy distintas. Ella vio un hombre firme, resolutivo, dispuesto a todo, altivo pero prudente. Su seguridad puede que le empujara a la crueldad tan propia de la gente habituada a la guerra. Tendría debilidades, seguro, pero no las veía en ese instante.

Él intuyó una mujer inteligente, de fuertes convicciones, aunque enturbiadas por la costumbre de la sumisión. Alguien con fortaleza y poder de persuasión podía manipularla. Puede que consiguiera llevarla a su terreno. Isela, callada desde su aparición, los presentó mientras mantenían un pulso de miradas, que ganó Valerio. Buscaba tender puentes, de forma puntual, entre dos culturas enfrentadas: una, expansionista, avanzada y hedonista. Otra, hermética, algo primitiva y sencilla.

—Debo agradecerte tu ayuda. No estaría aquí de no ser por tu comunidad —comenzó a decir el Centurión con un tono mesurado, dulce e intencionado—. No tenemos mucho con lo que corresponder el gesto, pero algo podremos dar a cambio.

—Los dioses no nos tienden su mano por nada —le espetó la Suma Sacerdotisa sin pudor—. ¿Por qué lo haríamos nosotras?

—Acordemos un pago si es lo que deseáis.

—¿Tenéis influencia en vuestra tierra?

—La suficiente.

—Quiero que me garanticéis la vida de mi comunidad si Roma ataca estas tierras.

—Así será —mintió. Intentaría evitar males contra ellas, pero eso dependía del Legado que mandara la expedición. En cualquier caso, no había intenciones de atacar esa tierra salvaje, indómita y sin el valor suficiente para emprender una gran campaña. Hacía años que se habían dado cuenta de que no valía la pena.

—Eso es por el peligro que corremos albergándoos —prosiguió la decana—. Por los alimentos, el hospedaje, las hierbas para tu curación y los frutos obtenidos de nuestra tierra sagrada, habrá otro.

—No esperaba menos —expuso con tono pícaro, pero conciliador.

—¿Llevas plata?

—Algo —empezó rebuscar entre sus posesiones, tomando una bolsa y mostrándola. La mujer fue a tomarla pero el romano la apartó de súbito—. Ni siquiera en Roma costaría toda esta bolsa.

—¿Cuál es el valor de tu vida?

—Dos monedas. Mi vida no vale nada. Soy uno más entre muchos. Mi vida es importante para mí, no para los demás.

—Dudo mucho que te tengas en tan poca estima.

—Soy realista. La otra vida no me da miedo. Mis asuntos están zanjados. Cuando me vaya, solo dejaré las huellas de mi paso. Todos continuarán su camino.

—Tus hombres han sacrificado mucho para mantenerte en este mundo. ¿Son débiles o realmente eres importante?

—No son débiles —comenzó a explicar con tono firme y mirada intensa—. Solo tienen miedo al cambio. Si no soy su jefe, tendrá que ser otro y les asusta ese cambio. Seguirían sin mí. Pero soy un hombre razonable. Por tu sacrificio y ayuda, te pagaría la mitad.

—Diría que no es suficiente.

—*Y esto también* —tomó de otra bolsa un grueso anillo y una cadena de oro del botín robado a los germanos que mataron en el «puerto de las rocas»—. *Creo que con esto hemos pagado con creces.*

—*Es justo* —confirmó la sacerdotisa—. *Sois gente extraña. Cuando era niña, tengo dos recuerdos de vosotros. El primero fue cuando visitó nuestro poblado un grupo de soldados. Mientras hablaban con mi padre, que era el jefe, uno de los vuestros me pellizcó en la cara, sonrió y me dio un pequeño anillo de bronce. Mi otro recuerdo fue un ataque feroz a unos marcómanos que dejó a muchos heridos y los míos los acogieron. Cuando llegaron los tuyos, mi padre tuvo que ponerse frente a ellos, desarmado, para convencerlos de que no nos masacraran. Y lo consiguió, pero exterminaron a todos los heridos graves y tomaron de esclavos a los que se recuperarían. Como ves, no tengo motivos para confiar demasiado en Roma.*

—*Juzgas mal* —se atrevió a decir con aplomo—. *Los romanos mantuvieron su palabra. No atacaron tu poblado. Pero, al cobijar a los enemigos de Roma, tu padre os puso en una situación crítica. Pudo haber tenido peores consecuencias.*

—*Era gente que conocíamos, aliados en ocasiones, amigos... germanos, al fin y al cabo.*

—*De otra tribu, no te engañes. Nadie cree en esa unidad. Ni siquiera Arminio.*

—*En cualquier caso, fue cruel.*

—*Permíteme una pregunta, Suma Sacerdotisa. Si hubiese sido al revés, y los tuyos fueran los que invadieran Roma, ¿habría sido diferente?*

La respuesta fue el silencio. Usando sus artes, su ingenio y su oratoria, llevó a la decana donde quería: mostrarle con palabras que no eran tan distintos en cuanto a las necesidades y comportamientos elementales. El factor humano debía imponerse sobre las cuestiones culturales. Debía ser así.

—*Si me permites, me gustaría asearme y afeitarme antes de partir* —añadió el *primus pilus*, dando por acabada la conversación.

—*No* —negó en rotundo la decana—. *Aún estás débil. Debes recuperar fuerzas.*

—*¿Por qué te preocupa mi vida?*

—*Cuando te haces cargo de una vida, debes hacerlo hasta el final. Hasta sus últimas consecuencias.*

—*Muy honorable, pero...*

—*Dos días más no cambiarán nada. El tiempo de descansar, aprovisionaros y que tus heridas cicatricen. También me preocupo por Isela.*

¿Qué será de ella si recaes y las fiebres te consumen por no haber descansado lo suficiente?

—Como deseas. Tu poblado, tus normas.

—Te enviaré agua caliente para asearte. No saldrás de aquí hasta mañana, caminarás por fuera del poblado y comprobarás tu estado. Si estás bien, al siguiente amanecer partiréis de aquí.

—Así se hará.

Con esto, se giró sobre sí misma, caminando con parsimonia y la dignidad que le correspondía con muchas ideas confusas en su cabeza. Había perturbado su alma con ideas contradictorias y sentimientos encontrados, incluyendo algo que tuvo olvidado durante años: cierta atracción física. Bajo el umbral de la puerta, recordó algo importante, y se giró ceremoniosamente. Clavó sus ojos en él, escudriñando la reacción que pudiera tener. No hubo. Mostraba una ligera expectación frente a una nerviosa Isela, que no podía estarse quieta más que unos pocos segundos en el mismo sitio.

—Los dioses requieren un pago también por nuestra paciencia —Valerio, sentado sobre el lecho la miró con incredulidad—. ¿Más? Un pago especial, placentero y que creo que no sentará mal a tus hombres.

Noche cerrada. Ligeramente lluviosa, primaveral. Dos hombres, sentados sobre una roca, esperaban con paciencia una orden. Sus *paenulae* evitaban que se calaran hasta los huesos gracias a estar recubiertas de lanolina. Aunque no por mucho tiempo. La lluvia era fina, pero pertinaz, impertinente, inmisericorde.

Durante el día anterior, Valerio había aparecido caminando entre las puertas del poblado con la ligera ayuda de Isela. Algunos, como Macro o Balbo, no pudieron controlar su alegría y se acercaron a él con premura para abrazarlo. El Centurión dedicó sonrisas y algunas palabras a todos y cada uno de los presentes. Sintió la muerte de Lovis y elogió a todos por su actitud valiente y decidida. Especialmente a Vesper, Balbo y Andros. Cuando vio a Macro, que estaba herido otra vez, este no pudo evitar replicar un chascarrillo.

—Primero, en la atalaya del «puerto de las rocas», y, luego, en el poblado en llamas. Esos malditos bárbaros la tienen tomada con mi pierna izquierda.

Todos rieron ante la ocurrencia de Macro. Valerio se regocijó ante el ambiente distendido que había, sin que menguara un ápice el orden y la disciplina. Como debía ser.

Al mismo tiempo, su mejora había sido considerable. Sus heridas, aunque seguían doliendo, parecía que estaban sanando bien y su estado anímico mejoraba por días. No estaba al cien por cien, pero al menos no era un detrito con piernas, como lo eran todos antes del ataque nocturno.

Por la tarde de ese día, la Suma Sacerdotisa apareció junto con las otras dos místicas y dos jóvenes novicias, formadas en línea, a una distancia prudencial de Valerio y sus hombres. Previamente, había ordenado que, para mediodía, estuvieran listos para pasar revista. Así que cuando aparecieron las féminas, Balbo dio la orden de formar. Allí estaban, unos frente a otros, en dos líneas paralelas, sin saber bien qué estaba pasando allí. Los yelmos en la mano derecha, los escudos (los que tenían) apoyados en el suelo. El *primus pilus* paseó frente a ellos, examinando todos los detalles, incluyendo su afeitado, el engrasamiento de las armas, la pulcritud de las armaduras, todo.

—*Commilitones*, debemos a estas mujeres mucho —empezó a decir solemne—. Todos estamos vivos gracias a ellas. No sabemos cuánto. Eso depende de la voluntad de los dioses. Y han sido pagadas con generosidad de mi propio botín —hubo miradas entre ellos de sorpresa—. Pero hay una última petición que yo no puedo cumplir y que debéis hacer vosotros. Un sacrificio religioso.

Todos los legionarios habían oído hablar acerca de los rituales bárbaros de los pueblos germanos. Supusieron que se trataría de un sacrificio humano para apaciguar la cólera de los dioses de aquellas tierras. Una expiación por haber mancillado un poblado de siervas de las divinidades con la presencia de bárbaros. Pero ninguno de ellos quería morir así por unos dioses en los que no creían y, en muchos casos, despreciaban. Valerio notó, por sus movimientos corporales, la incomodidad y el terror ante una idea equivocada de lo que pedía de ellos. Por eso, prosiguió rápidamente:

—Las sacerdotisas de esta tierra tienen una costumbre. La llaman «la prueba de los dioses». Las jóvenes novicias eligen entre los guerreros más dignos y aguerridos una noche en la que yacer con ellos. Debido a que dominamos el mundo y que, además, hemos llegado tan lejos, hemos demostrado ser dignos para ser candidatos a esta prueba. Quieren que su simiente se mezcle con la nuestra para fortalecer su sangre.

Al oír la petición, no pudieron evitar sonreír y sacar pecho como palomos en celo. Sin excepción. Hacía meses que ninguno copulaba y lo cierto es que no faltaban ganas.

—Habrà dos elegidos. La Suma Sacerdotisa, como excepción en dicho ritual, elegirá a los afortunados. No os podréis negar, ni habrá quejas por parte

de los seleccionados. Las tratareis con el respeto que merecen y al amanecer partiremos de aquí. ¿Preguntas?

Nadie dijo nada, todo estaba claro. El Centurión giró sobre sus talones, inclinó la cabeza y, extendiendo su mano, cedió el paso a la Suma Sacerdotisa que, con una lentitud exasperante, se pavoneó entre los legionarios, tocando su rostro, pecho y genitales, en ocasiones, mirando a sus ojos, su boca y su reacción. Tras una primera batida frente a todos, realizó una primera parada frente a Vesper. Miró de reojo a una de las novicias que afirmó una sola vez, de forma casi imperceptible. Prosiguió su andadura hasta que se paró frente a Balbo. La otra novicia miró con cierto interés al atractivo *signifer*. Entonces, clavando la mirada en él, la decana dijo:

—No. Demasiado hermoso. Habrá conocido demasiadas mujeres. No es digno para ti.

La expresión decepcionada de la novicia mostró que la única opción viable era Andros, el auxiliar. Los demás podían tener más de treinta y cinco años. No se trataba solo de una cuestión de edad o vigor, incluso atractivo; el problema radicaba en el desgaste físico de la vida de aquellos soldados. Druso tenía el pelo completamente cano y superaba los cuarenta años. Macro, algo más joven, estaba prácticamente calvo. Ulpio se acercaba peligrosamente a los cuarenta y cinco. A Nurto le faltaban la mitad de los dientes y todos tenían el rostro lleno de arrugas. Aquella novicia tendría unos dieciséis o diecisiete años. Por este motivo, la Suma Sacerdotisa, tras señalar a Andros y ver el poco entusiasmo de la chica, se inclinó hacia los gustos más carnales de ella. Para la decana, ambos tenían vigor y buenas cualidades, pero Andros era más sencillo frente a la complejidad de Balbo, y su belleza era menos exótica. Balbo, satisfecho sonrió. Andros ni se percató de ser la segunda opción. Los más mayores intuían que no serían elegidos, como era lógico.

Así pues, por la noche, mientras todos dormían excepto Valerio, que hacía guardia, los dos elegidos esperaban junto a la aldea de féminas que les permitiesen la entrada. Habían recibido concretas instrucciones de cómo comportarse y cómo llevar a cabo todo. No debían decir sus nombres, ni dejar que ellas tomaran ningún tipo de decisión en el lecho. Pero tampoco podían forzar nada. Estaban tranquilos, pero ansiosos. Balbo más que Vesper. Llevaban un buen rato esperando, sumiendo sus pensamientos en cosas externas.

Balbo no podía evitar recordar previos encuentros carnales con otras mujeres en otro tiempo. En otro lugar. Se esforzaba para recordar nombres,

caras, detalles sórdidos, como previendo lo que iba a pasar y cosas que hacer para alargar el placer todo lo posible.

Vesper, rememoraba su vida pasada como gladiador libre y voluntario. Era algo que le daba orgullo y vergüenza al mismo tiempo. Pero ahora, con una honrada vida de legionario, lo veía como una parte sencilla y placentera de su camino, aunque sin honor. Recordaba, fielmente, cómo cambiaba de nombre y de ciudad para que la fama no lo persiguiera y cómo hermosas mujeres, de toda condición, se le ofrecían. Siempre entendió que a las mujeres no había que cortejarlas de forma directa. Solo debía demostrar que era diferente y mejor que otro, ya fuese en el combate, en la oratoria, en algún arte, en la conversación... El sexo, para él, se trataba del premio al talento. La conquista de una mujer era para aquellos que no tenían valor por sí mismos.

En medio de sus lucubraciones, una guerrera se apostó frente a ellos, lanza en mano y en posición de espera. A la vez, se alzaron y la siguieron dentro del poblado con la cabeza gacha y la mano derecha en la empuñadura de su *gladius* para evitar ruidos innecesarios. A la mitad del poblado, la guerrera se paró entre dos chozas, colocándose en posición de guardia. Velaría porque todo marchara según lo previsto. Con la mano derecha sujetaba su lanza. Con la izquierda indicó a cada uno la choza donde le correspondía entrar. Les sorprendió la marcialidad de la «amazona».

A diferencia de Balbo, Vesper se lo tomó con calma, ahogando sus ansias en un frío análisis de la situación. Cuando entró, se encontró una sencillísima choza de pequeño tamaño, casi sin mobiliario ni decoración. No quiso fijarse en los detalles. Había una piel de animal como lecho. A una distancia prudencial, una pequeña chimenea que iluminaba tenuemente todo el lugar. Junto a ella, se hallaba la joven novicia.

Era más mayor que la otra, de unos veinte años con aspecto de asustada e inexperta. Estaba cubierta por una simple túnica grisácea que dejaba entrever un cuerpo de formas ligeras y marcadas. Junto al fuego, había un par de cuencos vacíos, una vasija con cerveza y una pequeña olla de barro al fuego.

Vesper, junto a la puerta, determinó que lo haría como siempre: con calma pero firme. Se quitó la *paenula* y la puso cerca del fuego, extendida, para que se secase. Luego tomó un cuenco y se sirvió un caldo con setas y ofreció otro a la muchacha. Esta, tras dudar un momento, lo tomó.

Silencio. Un rato en el que ambos miraban al fuego saboreando el caldo caliente. La chica miraba de reojo a Vesper, analizándolo.

No tendría ni treinta años, bastante flaco, seguramente por la campaña, aunque parecía que bajo toda esa cantidad de hierro había un cuerpo atlético y

bastante equilibrado. La tez era ligeramente morena, pelo oscuro y liso, y sus ojos verdes y rasgados. Felinos. Sus dientes estaban razonablemente parejos y limpios. Su nariz, estilizada y sencilla. Hermoso para ser romano.

Entonces, el tesserarius la miró fijamente. La chica entendió que debía desnudarse, así que se levantó. Rápidamente, Vesper hizo lo mismo y le indicó, por gestos, que le ayudara a quitarse la cota de mallas y todos sus arreos militares.

Con calma, cumplió su cometido hasta que quedó solo con la túnica y las calzas.

—*Cerveza, por favor* —expresó en lengua germánica mientras se quitaba sus *caligae*.

—*¿Hablas mi lengua?* —preguntó sorprendida sirviendo un vaso mientras que Vesper entregó otro a ella.

—*Un poco.*

En ese momento, se escuchaban, en la choza de al lado, golpes acompasados, rítmicos, que dejaban claro qué se estaba perpetrando a escasos pasos de allí. Vesper mostró una total indiferencia.

Mientras se calentaba, recostado, bebiendo cortos sorbos, comenzó a observarla con detenimiento mientras ella permanecía arrodillada frente a él y lo miraba de vez en cuando. No parecía observarla con una lujuria desatada. Parecía examinar con detenimiento su expresión, su cuerpo, su lenguaje corporal. Pese a que inicialmente se sentía incómoda, tornó con rapidez a desazón. Había oído que los romanos gustaban de mujeres y de hombres. Tal vez no la encontrara atractiva por eso.

Apurado el último sorbo, se alzó y ella con él. La tomó de las manos y la miró a los ojos. Sonrió. Ella también. La empezó a acariciar suavemente, durante un tiempo, y luego la besó. Un beso dulce pero firme, largo e intenso.

Cuando notó que su cuerpo se relajó, sus caricias fueron subiendo más rápidas e intensas. Todo tranquilo, tocando numerosos puntos de su cuerpo desde la cabeza a las piernas. No se centraba en ningún punto concreto. Quería que ella se relajase y que ese momento íntimo fuese lo más placentero posible. Vesper intentaba siempre dar lo mejor de sí mismo cuando tenía un proyecto entre manos. El sexo también lo era.

Una vez que escuchó un ligero gemido, paró de besarla y la desnudó, sin prisa. Ella procedió a hacer lo propio. Notó como el miembro viril ya estaba preparado y creyó que la tomaría pronto. Se tumbaron en el lecho, a un lado de la chimenea y volvió a tomarse su tiempo acariciándola. Esta vez, buscando puntos erógenos.

La novicia aceleró su respiración, serpenteando su cuerpo al ritmo que el romano marcaba. Comenzó a sentir un placer desconocido. Los labios, la lengua, las manos, los dedos, el olor, incluso el roce de los pies, empezaron a actuar de forma coordinada dando lugar una explosión de gozo que se reflejó en el color de la piel de su cara, que tornó rosácea, en la expresión de sus facciones y en los gemidos cada vez más largos y altos.

De la suavidad a la firmeza. Incluso un punto de agresividad excitante. Sin darse cuenta, la germana estaba arañando, mordiendo y besando también. Pronto, tomó su miembro viril para acompasar los ritmos juntos, fundiéndose como uno solo en una sana competición de intensidad.

Hicieron un par de descansos, cada vez más cortos, hasta que, al fin, Vesper no pudo esperar más y la montó. En este punto, ya había dejado las sutilezas y fue completamente agresivo y salvaje. Al contrario de lo que pudiera parecer, siendo la primera vez, eso activó aún más a la mujer.

No duró mucho. Demasiado tiempo sin una mujer. No obstante, ella había quedado varias veces satisfecha y estaba completamente extasiada. Como nunca lo había estado.

Se tumbaron y descansaron durante un rato, fundiéndose en un abrazo no exento de ligeras caricias y cortos besos. Poco tiempo después, Vesper volvió a la carga. No estaba saciado aún. Tras un corto tiempo de escarceo, se preparó para tomarla otra vez cuando la novicia lo paró y afirmó con suavidad:

—*Ahora me toca a mí.*

Sin saber muy bien cómo, usó su boca de forma semejante a como la había empleado el romano previamente en sus partes íntimas. No pensaba, dejó que su imaginación e impulsos corrieran con cualquier cosa que, desde el rincón más animal dentro de sí, se le ocurriera hacer. Tras un rato, montó a horcajadas sobre Vesper sin que se opusiera.

Cuando la notó cansada, cambió de posición para tomar parte activa en el acto. No sabía estarse quieto. Por ese motivo, varió de posición cada vez que notaba algo de fatiga. Hasta que, por fin, llegó al clímax, terminando con una explosión que hacía tiempo que no sentía. Siempre gustaba de mujeres bien dispuestas. Y solía ser así, exceptuando cuando recurría, de forma puntual, a las profesionales, en las que su esfuerzo era el mínimo para mitigar su ansia.

Así pasó buena parte de la noche, combinando descanso y una fogosidad extrema completamente correspondida por la mujer.

Poco después del alba, todo el poblado de mujeres y los romanos estaban en pie. Bueno, no todos. Los dos «afortunados» con sus respectivas novicias tenían que esperar a una especie de maraca ritual que puntualizaba que el tiempo se había acabado. Cuando ocurrió, se vistieron y salieron al exterior con expresiones muy distintas.

Balbo, sonriente, visiblemente satisfecho y con expresión algo fanfarrona. Vesper, con semblante tranquilo, en paz e impasible.

Una vez fuera, una guerrera les indicó con gestos que debían abandonar el recinto. Ninguno dijo nada a sus compañeros, pero intercambiaron miradas socarronas e intencionadas con los elegidos que respondieron con leves sonrisas y bajando las miradas.

A media mañana, todo estaba listo para partir: equipo, caballos, algunos víveres, agua... Las heridas de Macro y Valerio no estaban bien cicatrizadas y aún quedaba tiempo para la recuperación, pero no lo tenían. Estaban bien físicamente y anímicamente. Habían recuperado fuerzas y moral. Debían proseguir sin demora. La *Guardia Verde* acechaba y la época de guerra se acercaba, menguando sus posibilidades de éxito. Esperaron para despedirse cortésmente antes de ponerse en marcha.

Todas las mujeres salieron fuera para despedirse. Unos frente a otros. Roma versus Germania. Dos culturas, dos ideas, un único objetivo: sobrevivir en un mundo cruel.

Eduvigis, la Suma Sacerdotisa e Isela, avanzaron hasta ellos de forma simultánea. Isela relajada. La Suma Sacerdotisa, con dignidad. Eduvigis, con paso marcial.

Valerio desmontó para recibirles, sonrió e hizo una leve reverencia mirando a las tres.

—*Sea cual sea el objetivo de mantener a mis hombres y a mí con vida, no puedo más que agradecerlo* —dijo de forma sincera.

—*Todos hemos ganado algo y estamos en peligro* —respondió la Suma Sacerdotisa—. *Un destino nos une. Recuérdalo.*

—*No lo olvidaré. Pero debo pedirte un último favor, por tus mujeres y por mis hombres.*

—*Habla sin tapujos.*

—*Orientación. Un encontronazo con los poblados de alrededor puede ser... desagradable.*

—*Lo habíamos previsto* —expresó con una sonrisa pícara la Suma Sacerdotisa—. *La Guardia Verde de Eberhard ha soltado calumnias sobre nosotras. Eduvigis ha estado hablando con los diferentes caudillos para*

explicarles que no eran más que mentiras y que solo querían nuestra desunión y apoderarse de lo que no les pertenece.

—Alto riesgo.

—Pero valía la pena no darle facilidades a un enemigo conocido por otro al que no conocemos. Además, no son gente que den nada a cambio. Al menos no a nosotras.

—Gracias otra vez.

—Hemos conseguido convencer a la mayoría —obvió su agradecimiento—. Aunque la duda persiste y la Guardia Verde no se rinde. Es obstinado ese Wigmar —Valerio memorizó su nombre: seguro que fue quien casi lo manda al otro mundo—. Si os ven, nosotras también estaremos perdidas. Por eso, nuestro presente nos une y, lo que pase ahora, será determinado por lo que los dioses decidan.

—Que los dioses nos sean propicios.

—Así será. Además, la propia Eduvigis os acompañará por un sendero que no conoce la gente de los alrededores. Estaréis a salvo si cumplís las instrucciones paso a paso.

—Así se hará —tornó hacia Isela—. Creo que no puedo pedirte más de lo que ya has hecho por mí. No te obligaré a seguirnos si no lo deseas. Has cumplido tu palabra y yo cumpliré la mía.

—No —replicó la germana—. No todo ha acabado. Sé que cumples tu palabra. Lo vi con Styrmir. Pero mi acuerdo era llevarte a tus fronteras y así lo haré.

El Centurión no dijo nada. Solo la miró y afirmó con la cabeza. Entonces ella se despidió con la mirada de la Suma Sacerdotisa. Una mirada intensa y agradecida. Tras esto, fue hasta los establos a por un caballo, regalo de la comunidad hacia alguien que fue, durante un corto período de tiempo, parte de la misma. Mientras, Valerio no pudo evitar sonreír, divertido ante la tozudez de Isela. La Suma Sacerdotisa lo vio y le lanzó una mirada con intención. Por primera vez, el romano se ruborizó y, con una reverencia, se dispuso a montar su caballo.

—Eres fuerte —había empezado a admirar al romano, aparte de ver su atractivo—. Lo noté desde que te vi. Todo lo entiendo ahora.

—Puedo decir lo mismo —correspondió el gesto—. Toma las riendas del poblado como ahora y todo irá bien. Eres una gran líder.

—Hay romanos cerca —anunció al ver que se había sincerado, aunque había sido educado y cauteloso—. Eduvigis te indicará cómo llegar a un lugar donde encontrarás a gente de los tuyos y respuestas.

—¿Cómo de cerca? —cuestionó emocionado.

—*En línea recta unos pocos días. Cerca de las montañas. Tendréis que esquivar llanuras y partidas de caza. Tardaréis más pero en días llegaréis.*

No pudo evitarlo y la besó en la cara por la alegría que le había dado. Estaba exultante y había tocado a una mujer que no podía ser mancillada, surgiendo cierta indignación entre las sacerdotisas y las guerreras. No obstante, no se notó apenas, excepto por un murmullo que se silenció al ver que la Suma Sacerdotisa no abrió su boca.

La decana mujer notó que un leve calor se apoderaba de su cuerpo y no fue capaz de advertirle que no podía tocarla. No tenía malos recuerdos de la prueba de los dioses. Realmente, ese hombre tenía un aura mística en torno suyo, creía.

Valerio se despidió y montó en su corcel mientras esperaba a que Eduvigis se pusiera en cabeza.

No fueron los únicos en tener un momento excitante.

Una vez que todos se hubieron dado la vuelta y empezaron a avanzar en dirección Sureste, siguiendo el curso del río, uno de ellos se dio la vuelta para mirar hacia atrás. Vesper. Una mirada de despedida a la novicia. La última vez que se verían. ¿Amor? ¿Obsesión? ¿Deseo? En cualquier caso, nostalgia y una extraña desazón llenó el interior de ambos. Se aguantaron la mirada. Una ocasión perdida. Las obligaciones de los dos eran demasiado importantes para que lo dejaran todo por un impulso. Nunca sabrían si eso podía haber sido algo más. O no. Lo único seguro es que habían tenido un instante en el que sus cuerpos, e incluso sus almas, se fundieron.

ENCRUCIJADAS

ESPERANZA. Por primera vez en mucho tiempo, los hombres de Valerio veían el futuro con optimismo. Máxime cuando el Centurión les contó que no andaban lejos de la frontera. La necesaria parada en el poblado de las mujeres había permitido que no cayesen enfermos, agotados o atravesados por las lanzas germanas. Habían recuperado la moral y el vigor necesarios para rematar el último tramo de viaje que les quedaba. Hacía más de un mes, quizás dos, que habían partido del «puerto de las rocas». Habían perdido la noción del tiempo.

Pero el *primus pilus* no se confiaba. A medida que se acercaran a la frontera, podía haber facilidades o no. Dependía de la hostilidad de los poblados cercanos y su relación con Roma. Lo más probable es que se preguntaran qué hacían por allí y los dejaran pasar sin molestarlos. La primera señal de que todo iba bien sería ver a comerciantes romanos o griegos que, por su oficio, debían adelantarse a la frontera para hacer negocios. La cautela era lo mejor.

Eduvigis los sacó con notable soltura del problema que tenían con los poblados que rodeaban las tierras de las sacerdotisas-guerreras. Siguiendo el curso del río, que bajaba con fuerza por el deshielo y las lluvias, ascendieron por una suave montaña. A la mitad, encontraron una pequeña garganta por donde pasar, no sin cierto peligro de derrumbamiento. Uno a uno, pasaron con todo el equipamiento y a pie. Todos sentían algo de temor de ser descubiertos, emboscados y masacrados. Al igual que la guerrera ritual. Hubo suerte. Estarían ya a principios de mayo y la temperatura a mediodía era muy agradable.

Una vez cruzados todos, incluida Eduvigis, los condujo a una colina y les indicó cómo salir.

—*Solo debéis encaminaros hacia el Suroeste siguiendo la pradera. Tened cuidado. Podéis tener un mal encuentro. Cuando lleguéis al siguiente río, torced hacia el Oeste siguiendo el bosque hasta que veáis unas colinas al Sur. Ese es vuestro destino.*

Valerio inclinó la cabeza en señal de respeto y se llevó el puño al pecho. Ella correspondió el gesto. Miró a todos y cada uno de los presentes, incluida Isela, y se marchó con rostro relajado. Pese a todo, el comportamiento de los romanos y su actuación honorable hizo que sintiera algo de afecto por ellos. Entendió que incluso se puede tener respeto al enemigo.

Se volvió a la tónica habitual: Vesper y Ulpio a pie, en vanguardia, atentos a cualquier problema. En el centro, Macro, Nurto, Valerio e Isela. Todos a caballo. Druso y Balbo, también con equinos, atrás, evitando desagradables sorpresas. Y, cada uno de ellos, atentos.

El camino se hizo más llevadero por la pradera, avanzando con rapidez y sin que percibieran la presencia de ningún enemigo. La intención del Centurión era llegar al bosque antes del anochecer y acampar en su interior.

No obstante, las distancias realizadas a ojo pueden jugar una mala pasada, interpretándolas en demasía o todo lo contrario. En este caso, había mucha más distancia de la esperada. Con el crepúsculo, consiguieron alcanzar el siguiente río, aunque no parecía vadeable. La luz impedía ver la mejor zona para pasar al otro lado, hacia el Oeste como había indicado Eduvigis.

En una sensata decisión, se introdujeron en una pequeña arboleda cercana al río para descansar. Habían recorrido un larguísimo trecho y realizado un gran esfuerzo, tanto a caballo, como a pie ya que de vez en cuando, debían darles cuartel a los equinos, para no reventarlos del esfuerzo. Proseguir sería insensato. Con las primeras luces del alba, podrían continuar hacia el gran bosque que se extendía antes de llegar a las montañas, si el río no les cortaba el paso en alguna parte y, si así fuera, tenían que buscar la manera de cruzarlo.

Acamparon todos juntos, con las monturas preparadas y sin encender fuego. Podía estar pisándoles los talones la *Guardia Verde* o verles algún germano despistado de los alrededores.

Las noches aún solían ser bastante frías pese a que la primavera estaba firmemente asentada. No había lluvia, pero un suave viento provocaba la sensación de mayor frialdad. Aun así, nada comparable al maldito invierno de esa ingrata tierra. Ahora, era más que soportable. Además, se encontraban bastante bien. Incluso algunos habían recuperado algo de peso. Macro y Valerio, aunque doloridos todavía y con las heridas en proceso de cicatrización, se encontraban en una normalidad relativa.

Tras una cena somera a base de pescado ahumado hecha por Nurto, se relajaron con una animada conversación durante la cual Isela aprovechó para hacer sus necesidades, lejos de miradas indiscretas.

—Mi padre me enseñó a hacer esto cuando era niño —inició la conversación Nurto.

—¿Tu padre era pescador? —preguntó curioso Balbo.

—No, granjero del Brucio^[103]. Pero le encantaba el pescado de río. Y no siempre podía conseguirlo. Cuando cogía varios, los ahumaba para poder tener reservas para cuando no hubiera tiempo o suerte de que picaran.

—Vienes de la región más pobre de toda la península itálica. Eso explica por qué siempre tienes tanta hambre —bromeó Macro.

Todos rieron, incluido el propio Nurto. Fue algo exagerada la broma.

—¿Y de dónde eres tú, si puede saberse?

—Mi familia proviene de la Campania. Vivíamos a una jornada de *Salernum*. Tenemos una larga tradición de campesinos y legionarios de Roma.

—Seguro que tus ancestros apoyaron a Aníbal —devolvió la pulla Nurto.

—Si hay alguno con pasado cartaginés, ese es Casio —añadió entre risas.

—¿El *optio* de Valerio? —dudó Ulpio.

—Sí. Procedía de *Útica*, en África proconsular. ¡A saber qué se le perdió a su familia allí!

—Comercio —explicó Druso con tranquilidad—. Procede de una familia de mercaderes.

—¿Y tú de dónde eres? —interrogó Balbo.

—*Aquileia*^[104]. Mi padre era herrero. Me enseñó el arte del trabajo del metal. Pero dos hijos no pueden tener el mismo trabajo. Por eso me uní al ejército.

—Todos huimos del hambre y la pobreza —puntualizó Macro—. Excepto Vesper, que lo tenía previsto —¿no es así?

Vesper lo miró de soslayo. No había fuego, pero la noche estaba clara. No había nubes que enturbiaran un cielo estrellado y una luna grande y hermosa. Parecía no tener ganas de hablar. No podía quitarse de la cabeza las caricias de la joven novicia germana, sintiendo una melancolía impropia de él. No le gustaba comprometerse emocionalmente con ninguna mujer. Demasiado dolor. No obstante, centrarse en su labor podía ayudar y, ahora, distraer su mente con historietas, también.

—No exactamente.

—Explícate —introdujo Balbo.

—Al igual que Macro, mi familia procede de una honorable tradición de servicio a Roma. Mi padre me contaba que, desde los tiempos de Claudio

Apio, hemos sido fieles servidores. Es más, mi familia procede de múltiples rincones de la isla de Sicilia.

—No lo sabía —comentó Druso.

—Pues así es.

—Entonces tienes sangre griega, romana, cartaginesa... —señaló Valerio—. No es mala mezcla.

—No, no lo es —respondió con una sonrisa.

—¿Tu padre fue legionario? —prosiguió preguntando Balbo.

—Alcanzó el grado de *signifer*. Participó en varias campañas acompañando a Tiberio antes de que fuera César y después a Germánico. Combatiendo con él, aquí en la Germania, quedó lisiado de por vida.

—¿Brazo o pierna?

—La pierna derecha —aclaró con sinceridad—. Aunque no la perdió: cojearía para siempre. Fue bien recompensado por sus servicios, obteniendo una *causaria missio*^[105] con *praemiae*^[106] muy aceptables para pasar el resto de sus días. En nuestra *domus*, montó una escuela de entrenamiento.

—¿Un *ludus*^[107]? —cuestionó Balbo.

—No, una escuela de entrenamiento. Mi padre enseñaba el noble arte del combate.

—¿Una academia militar?

—Tampoco. Enseñaba cómo manejar múltiples armas, nada de estrategia militar, formaciones o lucha en equipo. Solo cómo mantenerse con vida y enviar al de enfrente con los dioses.

—¿Le fue bien?

—Al principio parecía más un *ludus* que lo que tenía pensado en un principio. Poco a poco, dejó de entrenar esclavos para entrenar a ciudadanos romanos.

—Tampoco es mal negocio —añadió Andros.

—Claro que no. Económicamente fue bastante satisfactorio, pero no era honorable, ni prestigioso. Mi padre no lo hacía por ganar solo dinero. Quería reconocimiento. Con el tiempo, mejoraron sus clientes, hasta el punto de que a muchos hijos de ecuestres y algunos senadores los enviaban para tener una formación elemental o total.

—Estoy impresionado —no ocultó su interés el joven hispano.

—Bueno, para ser sinceros, mi padre no se negaba tampoco a extranjeros y posibles bandidos. Él tenía encuentros con los candidatos antes, pero podían mentir.

—Era de esperar también. No puedes saber cuáles son sus verdaderos fines —explicó con una sonrisa de complicidad en la cara.

—Te pierdes, Vesper —señaló Macro continuando de chanza—. Te he preguntado si tú siempre deseaste ser legionario. Con un sí bastaba.

—La respuesta es más compleja. A mi hermano y a mí nos instruyó en múltiples formas de combate y en las letras y los números. Parece que quería decidir nuestro destino de antemano. Mi hermano menor encontró mayor placer en la lectura y el estudio. Tal vez por eso fue quien lo heredó todo. Yo sentí mayor apego por el arte militar y el espíritu guerrero. Desde muy jóvenes, fuimos instruidos para utilizar numerosas armas y cómo contrarrestar cada una. Antes de que me pusieran la *toga virilis*^[108], creí que estaba más que cualificado para asumir mayores tareas, incluido instruir a otros en la escuela. Mi padre me dejó claro que tenía mucho que aprender y que sería digno si vencía a sus cuatro instructores.

—¿Lo hiciste? ¿Qué edad tenías?

—A todos menos a uno. Tenía quince años. Consideré que eso demostraba suficientemente mi valía y, como no estuvimos de acuerdo, decidí abandonar mi hogar y ganarme la vida mostrando todo lo que había aprendido. Quería darle una lección a mi padre.

—¿Como gladiador? —dijo con cierto desdén Druso.

—Así es. *Rhegium, Tarentum, Heraclea, Salernum, Pompeia, Cumae, Capua, Tarracina, Antium, Ancona*^[109] entre otras. Sin olvidar, por supuesto, Roma. Cambiaba de ciudad y de nombre cuando empezaba a ser famoso. Empezaba desde el principio cada vez.

—¿Por qué?

—Intenté no acomodarme demasiado en cada sitio porque mi familia me habría repudiado. Solo quería demostrar mis dotes. Yo no lo hacía por dinero o fama. La vida era demasiado sencilla y sin honor y sabía que llegaría a los oídos de mi padre.

—¿Pedían tus servicios muchas mujeres? —comentó lascivo Macro.

—Y hombres. Pero solo cuando alcanzaba fama. Solo aceptaba a quién me interesaba y recalca que era un hombre libre.

—¿Cuándo dejaste esa vida? —encarriló la conversación Balbo.

—Aproximadamente un año después. Uno de sus instructores fue a visitarme a cuando estaba en *Antium*. Me informó que mi padre estaba enfermo y decidí regresar. Cuando llegué, mi padre no me quiso mirar a la cara, aunque agradeció mi visita. Se restableció un mes después, me puse la

toga virilis y le mostré que podía ganar a los instructores otra vez. Ya había matado y me había perfeccionado.

—¿Ganaste a los cuatro esta vez?

—Sí, pero de forma muy justa al favorito de mi padre y no lo consideré suficiente. Tras varios meses más de dura preparación, pasé la prueba por tercera vez y vencí sus dudas por fin. Entonces, mi padre tuvo conmigo la conversación que me cambió la vida. Me preguntó por qué luchaba y le dije que por honor, por la familia y por él. Me respondió que era mentira, que luchaba por mí mismo, no tenía un objetivo claro y elevado. Dijo que un guerrero debía serlo en espíritu, teniendo una idea concreta y otra metafísica de por qué luchaba. Decía que un guerrero, sabía valorar a otros guerreros y el sacrificio, el verdadero honor y los lazos de hermandad. Después lo entendí. La *Legio* era mi destino: aprender a formar parte de forma anónima de un grupo; destacar, solo si lo merecía, dentro del colectivo; la función real de proteger y servir a Roma. La respuesta, Macro, es un sí, pero no lo supe hasta entonces.

—¿Él sigue vivo?

—Murió hace tres años. Al menos le dio tiempo a saber que ya era *tesserarius* y que había recibido condecoraciones. Antes que él.

—Se siente orgulloso en el Elíseo. Seguro.

—Creo que solo cuatro cosas le hacían feliz: la *Legio*, mi hermano, las prostitutas y el vino.

Todos sonrieron.

—¿Por qué tú hermano? No alcanzó tus cualidades militares —insistía Balbo.

—Ni remotamente. Pero era sensible, reflexivo, inteligente y cauto, se parecía a mi madre. Ella nos dejó demasiado pronto y él vio lo mejor de ella reflejado en mi hermano y yo me parezco demasiado a mi padre. Sin embargo, no somos iguales. Él se parecía más a Macro.

—Un gran hombre tu padre —contestó Macro con sorna.

Todos volvieron a reír. Isela volvió y se sentó entre Ulpio y Valerio.

—¿Y de qué parte de la tarraconense eres, Andros? —Lucio Balbo no pretendía parar.

—Procedo de una familia de pastores de *Saltigi*^[110]. Tranquilo, nadie la conoce —bromeó—. Me fui al Norte a enrolarme en busca de una mejor vida. No sé si fue un error —más risas.

—De ahí que sepas usar la honda tan bien.

—Los míos decían que para el pastoreo es totalmente necesario.

—¿Y tú, Ulpio? ¿De dónde provienes?

—De una tierra tan lejana, que dudo que la conozcáis. Mi pueblo estaba al Noreste del Imperio Parto.

—¡Dioses! ¿Y cómo has acabado aquí? —espetó sorprendido Druso.

—El hado lo quiso. Nuestro pueblo tenía exceso de hombres y déficit de alimentos. Éramos cazadores, ganaderos y nómadas. No eran buenos tiempos. Siendo aún muy joven, mi tío me habló de unirme con otros muchachos de tribus vecinas a los partos como mercenarios. Una opción de vida.

—Entonces conoces cómo se organizan desde dentro, ¿no? —interrumpió curioso Balbo.

—Al detalle. Pasé algunos años allí y no fueron demasiado buenos.

—¿Por qué?

—Mi pueblo es maestro en caballos, el tiro con arco y la espada. Los partos también. No apreciaban nuestro «arte». Luchábamos en primera línea siempre. Todos y cada uno de nosotros fue herido una o más veces.

—¿Allí perdiste tu ojo?

—No exactamente. Durante los tres años que pasé allí, una mujer me dejó por otro, fui herido de flecha y perdí mi ojo por no cuidar las cuerdas de mis arcos. Una de ellas se soltó en un momento crucial y me lo destrozó en medio de una escaramuza. Los partos me consideraron no apto para combatir. Junto con varios de los míos, fui a Armenia esperando un trato más justo, mayor botín y consideración. Entendí que los dioses me habían castigado por no haber hecho sacrificios, honrarlos y ser fiel a una causa noble. En Armenia nada cambió. Solo un año después, desertamos, los que quedábamos, para unirnos a Roma. Oímos que nos valorarían mucho más y que nuestra vida podía mejorar.

—¿Y así fue? —azuzó Andros con sorna.

—Bueno, en parte, sí. Mayor tranquilidad, no me han vuelto a herir y he conseguido ahorrar algo. Aunque he tenido que prescindir muchas veces de un caballo y andar a pie, algo extraño para nosotros. Así que en los últimos días me estoy pensando si ha sido un error —bromeó también.

—¿Y tus compañeros? —preguntó Balbo.

—Muertos en combate, por heridas o por enfermedades.

—Eres un gran arquero aunque hayas perdido tu ojo...

—Aprendí rápidamente a corregir el tiro y me esforcé en mejorar el uso del arco. No deseo morir aquí. Mi servicio debería acabar al comienzo de este verano.

—Puede que acabe antes.

La broma de Andros hizo que todos volvieran a reír. Los soldados tendían a frivolar con la muerte, porque conviven con ella. Para sobrevivir y que su mente no se volviera loca, impidiendo cumplir con el deber, debían naturalizarla, ser una compañera más.

—Descansad un poco —interrumpió el Centurión—. Mañana nos moveremos en cuanto despunte el alba. Quiero entrar en el bosque lo antes posible. No estamos seguros aquí. Yo haré la primera guardia. Andros la siguiente. Nurto la otra y Druso la última. Mañana, los restantes haréis guardia.

Dicho esto, cada uno se acomodó como pudo, cercanos los unos a los otros, para conciliar el sueño. Armaduras puestas, armas cercanas a las manos, preparados ante cualquier eventualidad. En tierra hostil, no podían bajar la guardia, al igual que cada vez que dormían al raso desde que dejaron el «puerto de las rocas». Valerio se apoyó en un árbol, ocultando tras su *paenula* el brillo de cota da mallas, aparte de protegerse de las inclemencias del tiempo. Estaba obnubilado con sus recuerdos, sus deseos y estrategias cuando, lentamente, Isela se acercó por detrás con parsimonia, para que se diese cuenta de que era ella. Le sonrió y siguió oteando el horizonte.

—*Hermosa noche* —rompió el hielo la germana hablando en voz baja.

—*Lo es. Tranquila. Espero que no sea la calma que precede a la tempestad.*

—*Tienes pensamientos demasiado fatalistas.*

—*Eso me ha permitido seguir con vida.*

—*Sin disfrutar el presente.*

—*Cuando el enemigo acecha no hay mucho lugar para el disfrute. Una vez que esté en territorio romano tendré tiempo de disfrutar de las mieles de la vida. Sinceramente, tú tampoco pareces que disfrutes demasiado de él.*

—*Hay una duda en mi corazón que no me lo permite.*

—*¿Cuál es?*

Hubo un corto silencio, una pequeña mirada de pánico que rápidamente evitó con una explicación. Ella no quería que percibiera sus temores y sentimientos.

—*Acabamos de sobrepasar todo lo que yo conocía* —expresó con un tinte de agobio en su voz—. *Nunca he explorado esta zona y no conozco que hay más allá.*

—*Entonces estamos igual. Es tarde para que vuelvas, aunque sin duda habría sido mejor haberte quedado.*

—No deseo entregar mi vida a ningún hombre o mujer para que mercadee con ella.

—¿Crees que la Suma Sacerdotisa...?

—Ambos sabemos que ella no manda en el poblado.

—Siento haberte tomado por necia. Mis disculpas. ¿Volverás a la caza de hombres y animales en solitario?

—No lo sé. A ver qué me reservan los dioses.

Un corto silencio.

—Una vez me dijiste que los dioses te han castigado por odiar a tus maridos. Tal vez no debería preguntar pero ¿de ahí viene tu soledad y tu dolor?

—Sí —su rostro se oscureció y su mirada se fijó en el infinito.

—Siento haber preguntado —rectificó—. No es asunto mío.

—Tal vez tu opinión me pueda servir. Eres hombre y no tienes nada que ver con la forma de hacer las cosas aquí.

—Tal vez sea peor.

—Es suficiente con ser distinto.

—Tal vez. Mi experiencia me dice que, en temas de pareja, si falla, suele ser por ambas partes. Puede que te culpes innecesariamente.

—No me culpo —aclaró con firmeza—. No demasiado. Maldigo mi Fortuna y por eso los dioses me han dado la espalda.

—¿Por qué?

—Mi primer marido me desposó siendo yo muy joven. Ambos lo éramos. Era un guerrero nato y al principio fuimos felices. Cuando pasó cierto tiempo, y al no haberle dado un hijo, empezó a ignorarme. Me culpaba por no perpetuar su familia y me repudió. Al poco, murió de unas fiebres. En nuestro poblado, ningún hombre quiso volver a desposarme, no me consideraban apta. Y mi familia se avergonzaba de mí. Hasta que un guerrero viejo de un poblado vecino me desposó en segundas nupcias. Si mi primer marido me ignoró progresivamente, este fue peor. La cerveza y la edad no perdonaban a este hombre, que no podía... copular conmigo. Como se frustraba, me pegaba y me decía el grave error que había cometido casándose conmigo. Al principio lo creí. Me consideré maldita, hasta que entendí que eso no justificaba que me golpeará hasta dejarme en un lecho sin poder moverme dos días. La tercera primavera de estar con él, no aguanté más y, una noche, le apuñalé sin piedad mientras dormía. Sabía que en el poblado me condenarían a muerte, así que hui hasta que llegué a las tierras de las sacerdotisas-guerreras. Les pedí ayuda y protección y me la

concedieron. Cambié de nombre y de vida, probando como novicia, mi disposición con los dioses. Al siguiente verano, la Suma Sacerdotisa me profetizó que no debía estar más tiempo allí, que no era mi lugar, que los Dioses mostrarían sus verdaderas intenciones para conmigo.

—Entonces decidiste pasar un tiempo sola.

—Así es. Me enseñaron a cazar, a luchar y a sobrevivir, visitando algunos poblados en invierno a cambio de lo que obtenía durante el resto del año. Tú ibas a ser mi primera víctima después del invierno. Estabas en mi bastión, en el lugar donde ocultaba mi botín.

—Tal vez no frustrara tus planes. No podemos saber lo que los dioses disponen para nosotros.

—Eso creo yo.

—Igualmente, la Fortuna no te ha acompañado en tus matrimonios. Entiendo tu reacción. Te culpaban por sus propias frustraciones. Mucha gente en Roma vería que estaban en su derecho como marido y cabeza de familia aunque no sea justo.

—Pero tú no.

—Aprendí que, para avanzar, uno debe ser crítico con uno mismo y no pagar las frustraciones con los demás. Hay que buscar soluciones, no culpables.

Isela consideraba que no se había equivocado lo más mínimo en juzgar a ese hombre. Todo lo decía con naturalidad, con calma. No buscaba complacer, ni siquiera parecía tener interés en seducirla. Solo entender y ya era difícil. Su admiración crecía cada día. Sin duda, se trataba de una persona peculiar. Nunca había conocido a alguien como él. En un mundo donde la gente se mueve por impulsos e interés, él era una rareza.

—Gracias por entenderme —expresó con un tono dulce y posando su mano sobre la de él.

—Ya eres parte de nuestro grupo. No habiéramos llegado hasta aquí de haber sido por ti. Especialmente yo tengo una deuda contigo. Escucharte es lo menos que puedo hacer por ti.

—Si vuelves a Roma, ¿cuáles son tus planes?

—No lo sé. Me quedan varios años de servicio. Supongo que me trasladarán de Legio aunque espero conseguir un permiso y visitar a mi hijo. Hace años que no lo veo.

—¿Estás casado?

—Lo estuve. Pero mi esposa murió. Mi hijo es todo lo que me queda de ella y apenas sé nada de él.

—¿Te espera alguna mujer?

—No.

En ese momento, ambos se miraron con intensidad. Valerio admiraba la valentía de esa mujer. Pese a los momentos tan peligrosos que habían vivido, no había torcido su voluntad. Se estaba gestando una gran mujer que, por una vida servil, no había podido mostrar sus capacidades.

Como es evidente, había también deseo carnal. De su misma estatura, tenía un cuerpo estilizado y estaría rondando los veinticinco años. Destacaban sus caderas, marcadas, a diferencia de la mayoría de las mujeres de esa tierra que había conocido. Estaba en forma por su vida activa e inestable.

Tenía el pelo recogido en una corta cola; no muy largo. Sus ojos, grandes y redondos, cambiaban de color según la luz. No estaba seguro de si eran verdes, azules o miel.

Su nariz, menuda, ligeramente puntiaguda, discreta; Su boca, grande, con el labio superior más desarrollado que el inferior. Los dientes, especialmente limpios, con los colmillos ligeramente inclinados hacia el exterior y con cierto apelonamiento; la barbilla, suave y redondeada; el pecho, proporcionado al cuerpo; el trasero, pequeño pero marcado; el torso, con delicadas formas femeninas; sus piernas, desarrolladas, debido, principalmente, a la inmensa cantidad de tiempo dedicado a andar o correr.

En resumen, era hermosa, pero sin destacar especialmente. Ni falta que hacía. Él no era perfecto tampoco.

En contraposición, Valerio tenía unos rasgos más duros y marcados. Tal vez, por eso, su cara tenía personalidad, junto con su penetrante mirada. A los ojos de todos, hacían buena pareja, y la diferencia de edad (entorno unos diez o doce años), dentro de la normalidad. Más aún, sabiendo que su primera mujer fue algo mayor que él.

Tras el silencio y las miradas posadas el uno en el otro, Valerio reaccionó ante la intensidad del momento.

—Quería entregarte algo —introdujo la mano dentro del zurrón que pendía de su cinturón. Extendió su mano y lo dejó sobre la mano de Isela—. *Esto lo obtuve tras derrotar a unos bandidos en Oriente, en una región hermosa que estaba siendo saqueada. Un mercader, agradecido, me entregó este presente. Fue una época de mi vida... convulsa... Según él, este amuleto se ennegrecía con los castigos de los dioses y las maldiciones. Se introducían las cargas que no podemos controlar. Cuando se empezara a aclarar, significaría que se habría recuperado el favor de los dioses. Hace unos años que no tiene color. Por eso, te lo quiero regalar a ti. Lo necesitas.*

La joven germana miró el amuleto. De un sencillo cordón colgaba lo que parecía ser un frasquito de cristal de pequeño tamaño. Por encima y por abajo estaba cubierto de cuero, además de finísimas tiras del mismo material que ayudaban a la sujetarlo. En las partes transparentes había unas extrañas inscripciones grabadas y, dentro, un líquido también transparente o traslúcido. Algo sobrio.

—*Regalar un regalo...* —comenzó a decir Isela.

—*A mí se me ha pasado el tiempo* —cortó raudo—. *Conmigo cumplió su función. Si te puede ayudar, te lo entrego gustosamente.*

—*Gracias.*

—*Y ahora deberías descansar* —dijo cortando con rapidez y con una sedosa, casi etérea, caricia en la cara.

—*Debería.*

No se movió. Las miradas continuaban. Valerio se tensó. Dos fuerzas dentro de sí mismo luchaban con fiereza: el deseo y la razón.

—*Es... es complicado* —balbuceó sin poder sostener la mirada de la germana.

—*¿El qué?*

—*No es el momento. Ahora no.*

—*Nunca lo será.*

—*Pronto. Lo prometo. Además, estoy roto.*

Este último argumento la convenció: sus heridas no estaban sanadas totalmente y podía ser perjudicial. Al menos había conseguido ponerlo nervioso y saber que no era solo ella la que se sentía atraída. Había conseguido su aprecio. Ahora también sabía de que la deseaba como mujer.

—*Pronto.*

Y, con un delicado beso en la mejilla y una sonrisa, fue a acostarse, bajo la mirada perpleja de Valerio. Dentro de él, un cúmulo de sensaciones y sentimientos se agolpaban, produciéndole una confusión que pocas veces recordaba en su vida. Debía despejar su mente, aclarar sus dudas y entender qué le decían sus tripas. ¿Deseo o amor? Algo sí tenía claro; después de mucho tiempo, sentía algo que prácticamente no había notado salvo con dos mujeres en su vida. Y hacía mucho tiempo: temor.

Mientras Isela y los romanos estaban cruzando el prado antes de llegar al río, Wigmar se sentó bajo un árbol a descansar. Estaba sudando. Había practicado con su spatha durante buena parte de la mañana. Debía estar en forma para los

combates continuos que acaecían ininterrumpidamente y la preparación es esencial. Además, la herida de su espalda parecía sanar satisfactoriamente. Pese a que sufría dolores, ya eran soportables y no esperaba tumbado en un lecho a la total recuperación. Mientras tuviese fuerza, debía estar en forma.

Sabía que tarde o temprano daría caza a los romanos. Por tanto, aprovechaba el tiempo para entrenar, descansar y relajarse un poco. Una vez que encontraran la manera de salir, ya no habría cuartel. No se lo podía permitir. Se encontraba ya demasiado lejos de las tierras controladas por Eberhard.

No era impulsivo. Había pasado de ser el último eslabón de un pueblo, un esclavo, a un líder. Y todo con poco más de treinta años. Lo había logrado con constancia, esfuerzo y dedicación. Las prisas, en muchos aspectos, eran malas consejeras.

Disfrutando del hermoso día, sol intercalado con nubes altas, dejaba que la suave brisa y el calor secaran su torso desnudo. Cerró los ojos para aumentar la sensación de tranquilidad, poco común en su vida. Como estaba apartado de los poblados, podía disfrutar de los olores y sonidos de la naturaleza.

Una cabalgada cortó ese momento de relax. Dos caballos a galope tendido. Su oído funcionaba perfectamente.

Se plantaron frente a él Hugi y otro miembro extenuado de la Guardia Verde con los rostros desencajados.

—*Han salido* —expresó Hugi.

—*Por fin* —afirmó con satisfacción mientras tomaba sus arreos de guerra y se levantaba—. *¿Por dónde?*

—*Por la garganta que hay al Sur, donde teníamos a este apostado* —señaló a su acompañante.

—*¿Dirección?* —interrogó mirando al mensajero.

—*La pradera del Suroeste* —respondió casi sin aliento.

—*¿Por qué vienes sin resuello?*

—*Porque viene corriendo* —resolvió Hugi.

—*¿Y por qué viene corriendo?* —gritó con fuerza el asiático, visiblemente irritado.

—*Me dijiste que fueran discretos. Que ni un ruido.*

—*¡Para que no los detectasen! ¡Pero no que fueran a pie!* —seguía gritando.

—*Yo...*

—*Hemos perdido un tiempo precioso. ¿Has enviado a buscar a los hombres que están de guardia?*

Dudó en hablar. Entonces Wigmar comprendió que no lo había hecho y empezó a blasfemar toda clase de injurias mientras se preparaba. Los otros dos callaban y miraban al suelo.

—*Quería informarte primero...* —se excusó.

—*¡Calla imbécil! ¡Tengo que hacerlo todo! ¡Tú! ¡Ve al poblado y reúne a los hombres!*

—*Eso ya lo mandé* —introdujo buscando una nota positiva en todo el embrollo.

—*Algo has hecho bien. Pues adelántate y que cuatro hombres vayan a buscar a los que están diseminados por la zona. Que nos alcancen en la pradera. Los demás nos vamos ya.*

Extremadamente malhumorado, montó sobre su corcel y al trote se dirigió al poblado vecino para reunir la principal fuerza de seguimiento, una veintena de guerreros. La prudencia no siempre es buena consejera y, con el problema de territorios, cuanto más se alejaran, más difícil sería cazarlos. Le sacaban distancia, tal vez no les alcanzaran hasta el anochecer. Cambió la idea inicial que tenía en mente. A veces hay que tener prisa y ser temerario.

Las tiernas miradas que se dedicaban el uno al otro delataron a los demás lo que ya algunos intuían. Pero nadie dijo nada. No sabían cómo se lo tomaría el *primus pilus*.

Con el primer rayo de luz, ya estaban en camino para proseguir y dejar atrás el prado. Habían conseguido vadear el río tras avanzar algo más y encontrar una zona rocosa donde el agua bajaba con fuerza pero a poca profundidad. Valerio tenía prisa por adentrarse cuanto antes en el bosque y dejar atrás el ir al descubierto.

A diferencia del primer día, al entrar en la espesura, iban todos juntos, a pie, con las riendas de los caballos en la mano. La densidad del bosque los abrumó. Tenían la enorme ventaja de ser casi invisibles a mucha distancia, pero también podrían tener un encuentro fortuito con mayor facilidad.

El principal problema radicaba en la falta de visión de las colinas. Tal vez en un día despejado se verían, pero no era el caso. Valerio decidió tomar la senda hacia el Suroeste. Por la tarde, tras una frugal comida aderezada con frutos silvestres recolectados por Nurto, mandó a Andros, el más ágil de los presentes, trepar un alto árbol para ver si se percibía algo en la distancia. El

día había amanecido gris y con una fuerte luz pero por la tarde se despejó totalmente el cielo y Andros pudo percibir formaciones montañosas en el horizonte, siguiendo hacia el Sureste. Seguramente, deberían acampar esa noche en el bosque para alcanzarlas al día siguiente. Sería lo más sabio y lo que el Centurión decidió.

Poco antes de la caída del sol, se toparon con una zona algo más baja del bosque y muy cubierta por la espesura. Aunque era un mal sitio en cuestión defensiva, los haría prácticamente invisibles a distancia y podrían hacer fuego.

Ulpio y Balbo fueron a cazar algo para cenar contundentemente. Posiblemente por última vez hasta la llegada al *limes*. El *primus pilus* debía rendirse a la evidencia: pese a que comprometiera la seguridad del grupo, nadie llegaría a la frontera si no reforzaban su salud con una buena alimentación, descanso y el calor para combatir las todavía frías noches en tierras bárbaras.

Cenaron y se fueron pronto a dormir. Antes del alba, proseguirían su camino. Su intención: alcanzar las colinas antes del amanecer.

La noche estaba al caer otra vez y no habían conseguido alcanzarlos aún. Se les escurrían entre los dedos sin que nada pudieran hacer. Al menos, Wigmar había conseguido reunir bajo su bandera a cincuenta miembros de la caballería de la *Guardia Verde* para darles caza. Seguía su rastro sin demasiadas complicaciones. Lo cierto es que no le sacaban mucha distancia hasta que llegaron al bosque. La parada nocturna, obligada por supuesto, evitó que los alcanzaran.

Seguirlos en la espesura de ese bosque y sin que los detectasen era una tarea complicada. Wigmar estaba frustrado, se impacientaba. No dejaría que escapasen por tercera vez. Casi notarían su aliento. Estaba convencido de que al día siguiente sería su último día de vida. Ninguna parada para comer o descansar. Los acosaría hasta que no tuvieran opción alguna y tuvieran que combatir a muerte, sin posibilidades de victoria. Sin embargo, los guerreros que lo seguían empezaron a murmurar entre ellos. No dudaban del liderazgo y capacidades del asiático, sino de su evidente fracaso: ya habían sobrepasado con creces sus dominios y alianzas, podían tener un encontronazo con una tribu local, provocando muertes y un grave incidente diplomático. Eberhard no lo aprobaría. Parecía rabia, no obediencia o fidelidad. A cada paso que

daban, las complicaciones aumentaban y las posibilidades de éxito disminuían, pero nadie tenía el valor de hacérselo ver.

Wigmar accedió a un descanso antes de seguir el rastreo cuando la luz del sol desapareció. Con las primeras luces proseguirían y los cogerían por la espalda. El ansia se apoderó de él. Una fuente inagotable de odio que no dejaba de manar y no se secaba. No se era solo por la cicatriz, o por dejarlos en ridículo escapando por dos veces de una trampa segura, o por ser el último obstáculo en su ascenso. No. También era el único enemigo que había huido antes de que le diera muerte con sus propias manos y, por supuesto, alguien completamente digno de matar. Además, tenía el incentivo de derrotar a un enemigo más desarrollado en lo tecnológico y lo militar. Una prueba personal.

Lo personal, profesional y lo ideológico mezclado en uno solo. Una admiración que merecía ser destruida y asimilada: acabar con el ejemplo para tomar su lugar para con sus hombres. Una agria furia que lo consumía.

La bruma de la mañana estaba desapareciendo dando paso a un cielo ligeramente nublado que se iría despejando progresivamente. Acababan de dejar atrás el bosque. Una llanura y alcanzarían la base de las colinas donde otro bosquecillo los ocultaría. Avanzaban todos juntos, nadie temía un mal encuentro. Todos iban al paso sobre los caballos, exceptuando a Vesper y Balbo que, por expreso deseo, iban en vanguardia a pie. El *tesserarius* solo miraba al frente y Valerio estaba sumergido en sus propios pensamientos. Andros tocaba muy suavemente su flauta, tan suave, que no podría servir de guía por sonido a otros. Isela intercalaba pensamientos con miradas a Valerio que, de vez en cuando, se correspondían. Los demás hacían como que vigilaban, pero sus mentes estaban en otros menesteres mientras, admiraban el bello paraje.

Con una ligera inclinación ascendente, el camino estaba tapizado por una alfombra de hierba que tenía un verde intenso intercalado con hermosas flores de color amarillo limón, con otras aguamarinas. A los dos lados, bosques que alternaban el verde seco con el verde hoja. El cielo, de color azul eléctrico. El sol, suave y cálido, se alternaba con las nubes blanquísimas de forma casi rítmica. Era muy agradable: pájaros cantando, suave brisa, olor a tierra mojada y a flores.

En esta tesitura, Vesper tuvo un escalofrío, una sensación, un zumbido muy leve. Algo no concordaba con la armonía del ambiente. Quedaba poco para llegar a la siguiente arboleda. Escrutaba con la mirada todo el frente

buscando algo que no veía, una explicación que despejase sus dudas para no transmitir las al resto de la expedición.

Valerio también se percató de que algo no iba como debía y cruzaron miradas. El peligro no estaba adelante, sino atrás. Un zumbido seco empezó a percibirse con mayor nitidez.

—Cuidado —susurró el Centurión como para sí mismo. Debido a que había un silencio sepulcral entre ellos, todos se percataron.

Cada uno de ellos afinó su oído. Sin duda había una reverberación extraña. Se miraron sin decir nada, oteando en todas direcciones. Progresivamente, fue aumentando en intensidad y cantidad. Vesper se paró, posó ambas manos en el suelo junto con su cabeza ladeada y su pecho, solo unos pocos segundos. Se puso en pie con rapidez y una expresión de inquietud. Valerio lo adivinó.

—¡Caballería! ¡Vesper! ¡Balbo! ¡A los caballos! ¡¡¡Corred!!!

Se subieron con Druso y Nurto respectivamente. A galope tendido empezaron a correr hacia el frente, aterrados. A su espalda, el sonido ya era extremadamente fuerte. Estaban muy cerca. En pocos segundos, la *Guardia Verde* hizo aparición, surgiendo del bosque a gran velocidad y formando en cuña a su espalda. Pronto les cogerían. Parecían ser treinta o más.

—¡A la arboleda de la izquierda! —se desgañitaba el Centurión—. ¡Aprestaos al combate! ¡Formad en círculo! ¡No podrán cargar contra nosotros!

Entendieron la idea que tuvo Sexto Valerio. Introducirse en la falda de la colina, colocarse junto a la zona que había indicado, con mayor número de árboles juntos, dejar los caballos y luchar hasta morir. Huir sería inútil, tarde o temprano los cogerían. No se caracterizaban por ser unos jinetes consumados, a excepción de Andros y Ulpio. Algunos de sus caballos no eran muy buenos y dos iban sobrecargados con dos hombres montados sobre ellos. Debían plantar cara y que los dioses decidiesen cuántos de ellos se llevarían por delante antes de caer todos muertos. Lo que más les molestaba era haber llegado tan lejos del «puerto de las rocas» y tan cerca de su frontera, para morir en el fin del camino.

—¡Continuad! ¡Los retrasaré lo que pueda practicando el tiro parto^[111]! —sugirió Ulpio mientras se daba la vuelta en dirección a los germanos.

—Vuelve pronto, no malgastes flechas. Te cubriremos —confirmó Vesper.

Mientras el asiático se iba directo a la formación enemiga, los demás estaban llegando a la ladera de la colina que ahora que estaban cerca de los

primeros árboles, parecía más una montaña.

Cuando alcanzaron al mejor punto para estar cubiertos de un ataque coordinado de caballería, comenzaron a formar.

Mientras tanto, Ulpio giró hacia la izquierda de súbito y atrajo a una docena de jinetes. Sí, parecían ser 50, más o menos. Una vez que atrajo su atención, volvió hacia atrás, asaeteando sin parar a sus perseguidores que, incrédulos, vieron cómo uno caía muerto con una flecha en la cara y otro herido en el brazo derecho. Además, era extremadamente diestro con el caballo, más que ellos.

Todavía estaban formando cuando los jinetes de la *Guardia Verde* hicieron su aparición. Unos, a caballo a paso ligero, los menos, la mayoría, a pie, combatiendo por atrás y por la izquierda. Atacaban con cierto desorden, movidos por la furia por tanto tiempo de persecución, la impaciencia de estar en el límite de su radio de acción y la vergüenza de haberlos dejado en ridículo varias veces desde que escaparan del «puerto de las rocas».

Druso, Macro, Nurto y Andros llevaban los escudos. Balbo e Isela lanzaban frámeas como si fuesen jabalinas. Vesper y Valerio defendían la derecha con su *gladius* y su *pugio* en mano. El ataque, en un principio, estaba siendo ineficaz e infructuoso. Los romanos estaban motivados, furiosos por las pérdidas sufridas y el acoso continuo, por lo que estaban dispuestos a vender cara sus vidas.

Al poco, Nurto cayó fulminado y Balbo ocupó su lugar tomando su escudo. Isela, sin espada y sin frámeas, tomó la *gladius* de Nurto y el escudo de un germano abatido, manteniéndose cerca de los demás.

Poco a poco, el cansancio apareció. Los enemigos se multiplicaban y mejoraba su organización. Los estaban cercando. Hasta Ulpio, que acababa de llegar, tuvo que tomar su *pugio*, ya que el arco no le servía a tan poca distancia. Se encontraban formando un círculo, casi espalda contra espalda. Solo Vesper y Valerio, haciendo fintas, lanzando cuchilladas, estocadas, falsos ataques y otras tretas, precisaban de mayor movilidad. No obstante, los romanos estaban al límite, pronto empezarían a ceder y, en cuanto un lado se derrumbara, todos y cada uno de ellos caerían. Macro y el Centurión, empezaron a notar el agudo dolor de las heridas recientes, sabiendo que pasarían factura en cualquier momento.

Wigmar, intentando poner un poco de orden en el ataque, no hizo su aparición hasta ese momento. A caballo, con una lanza en la mano y mirada colérica. El Centurión y el asiático, durante un segundo, intercambiaron miradas cargadas de ira. Quería desmontar y dar la orden de que él le daría

muerte en persona, sin delegar en nadie, mostrando que no solo daba órdenes efectivas. También sabía eliminar a otros jefes con sus manos.

En ese momento, desde su retaguardia, sonó un *carnyx*^[112] que provocó que todo el mundo parase de combatir casi en el acto. Una melodía nerviosa, repetitiva y estridente, seguramente señal de peligro. Abandonaron inmediatamente el combate, dejando perplejos a los romanos, para volver a montar y poner pies en polvorosa. Wigmar caracoleó su caballo sin dejar de mirar a Valerio. Ambos, con los ojos llameantes y sin opción a matarse. Mostró sus bien alineados dientes, agraviado por la alarma, y galopó hacia el Oeste. Como todos los demás.

Todos estallaron en un grito de júbilo, durante unos segundos. La alegría duró poco.

—¡Formad! ¡Tomad lanzas y escudos! ¡En torno a mí! ¡En torno a mí!

Pararon súbitamente de gritar de alegría y obedecieron. Se escuchaba cómo otro fuerte repique de cascos hacía su aparición por el Este. Parecían más, un sonido más fuerte. Le peor estaría por llegar y eso que Nurto había caído por una lanzada en el cuello, Druso estaba herido en su brazo derecho y en la cara, y Balbo en el muslo derecho. Los demás, si no tenían heridas superficiales, estaban agotados. No habría mucha resistencia.

—Son sármatas —informó Vesper con voz monótona.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó un aterrado Balbo, que se vendaba con rapidez la herida de la pierna.

—Uno de los instructores de mi padre lo era. Reconozco su estilo. Además, en Panonia y Mesia ha habido encuentros con ellos desde hace tiempo.

—Si tienes razón, no duraremos mucho —concluyó el *primus pilus*.

Todo el mundo sabía que se trataba de excelentes jinetes y bravos guerreros. Los sármatas se lo tomaron con calma. Pasaron al trote alrededor de la arboleda, inspeccionando el terreno, mientras, los que parecían ser los jefes exhortaban órdenes en una lengua completamente ininteligible para todos los presentes. Luego procedieron a entrar uno a uno, formando una línea frente a los romanos. Quedaron estupefactos, sin saber muy bien qué hacer.

—Cerrad espacios junto a los troncos de esos árboles. Creo que quieren parlamentar. Pero permaneced atentos —ordenó Valerio.

Ahora los podían ver bien: iban cubiertos de suciedad, portaban cascos de origen oriental, cotas de escamas, lanzas, espadas curvas, algunos con arcos y flechas, dracos^[113], entre otros elementos. Sin escudos. Podían haber sido

unidades de catafractos^[114], pero muy pocos tenían el caballo también protegido o el famoso *kontos*^[115].

No había posibilidad de ganarlos en combate. Isela se sorprendía de ver cómo ninguno hacía algún tipo de aspaviento, pedía misericordia o huía. Cierto era que mostraban, con pequeños detalles, que estaban aterrados. Y no era para menos. Nadie movía un músculo, ni perdía atención. Un par de jinetes se adelantaron. Uno mayor, de unos cincuenta años y otro más joven, en torno a los treinta.

—Queremos hablar con el que manda en este grupo —comenzó a decir el más mayor en un latín gutural pero bastante correcto.

Los romanos se extrañaron de que uno hablase latín. Los reconocían. Si querían parlamentar, podía ser buena señal.

Todos miraron a Valerio, el cual dio dos pasos adelante y se puso por delante de la formación. Los sármatas escrutaron con detenimiento el aspecto de aquel guerrero: yelmo gálico imperial sin cresta que la había guardado, le era incómoda e inútil^[116], cota de mallas, torques y faleras sobre el pecho, indicando su rango, *gladius* ensangrentado en mano derecha, escudo de la Guardia Verde en la izquierda, grebas y *caligae* con calcetines. Su aspecto era desaliñado, sucio del combate y con expresión tranquila a la par que desafiante. Por su frente recorría un sudor frío por la desagradable sorpresa de hallarlos allí y por el dolor de las heridas recibidas hacía un par de semanas. Concluyeron que estaban ante un profesional.

—Soy yo —respondió con sencillez, en voz clara y serena.

A partir de este momento, el más joven hablaba en lengua sármata y el más mayor traducía. Quedó claro quién estaba al mando.

—Mi *domine* quiere saber qué hacéis aquí.

—Una expedición de castigo —mintió—. Buscamos a unos bandidos que han matado a varios comerciantes importantes. Aunque cazamos a la mayoría, no los hemos exterminado hasta hace dos días. Yo mandaba esta pequeña columna de regreso para informar.

—¿Y estos guerreros? ¿Por qué os han atacado?

—Supongo que eran aliados de los bandidos. Solo atacamos una aldea que los protegía, matando a todos los habitantes. El resto se ha mostrado muy dispuesto a colaborar.

—¿Entonces vais de regreso?

—Toda la *vexillatio* irá de regreso pronto. Hay cientos y llegarán pronto. Somos la punta de lanza.

Cuando dijo aquello y lo tradujo hubo alguna mirada entre los jinetes, pero nadie expresó nada en voz alta, ni se notó en su semblante duda o temor. El que parecía su jefe clavaba su mirada en Valerio. Pareció que no picaron el anzuelo.

—Mi *domine* afirma que, aunque fuese así, nada podrían hacer por vosotros.

—Cierto. Aunque no tengo nada contra vosotros, y más estando en territorio hostil, dile que recuerde que Roma no perdona una ofensa.

—Para entonces estaremos muy lejos.

—El brazo de Roma es largo y tenemos colaboradores en todas partes — hizo una pausa para que tradujera, pero en su actitud dejó claro que no había terminado—. En cualquier caso, no nos rendiremos y muchos moriréis aquí por nada.

—Dadnos un tributo y os dejaremos partir —ordenó tras un corto debate entre el jefe y su subordinado.

—Es evidente que estáis de paso, no es vuestro territorio. Y Roma no paga la extorsión, responde con la fuerza a la extorsión —otra pausa para la traducción—. No obstante, tenemos prisa y no queremos ser poco... razonables.

Silencio sepulcral. Parecía que todos estaban conteniendo la respiración. A un lado y a otro. Todo era muy desconcertante. Nadie se movía, ni bajaba la guardia. Los dos líderes se examinaban con sumo cuidado. El jefe sármata parecía estar relajado y dispuesto, se atusaba el bigote mientras reflexionaba. La actitud del Centurión no era hostil, pero sí firme. Una falsa posición de fuerza, aunque sorprendía su decisión, como otras veces.

—Habla.

—Propongo un acuerdo que nos beneficiará a ambos.

—Te escuchamos.

—Nos movemos rápido. Nos llevaremos a nuestro caído, los caballos que necesitamos para proseguir y lo poco que podamos acarrear: comida, lanzas y joyas visibles. El resto: cota de mallas, armas, caballos, yelmos, ropa... todo será vuestro por haber espantado a nuestro enemigo. Un premio por vuestra ayuda involuntaria.

—No estáis en posición de negociar.

—Tenemos el derecho de botín, como ocurre en el mundo desde los primeros tiempos. Y sí, podéis matarnos y coger todo. Todos nosotros moriremos y en nuestra caída arrastraremos a todos los que podamos de vosotros. Pensadlo. Tendréis botín sin haber entrado en combate. Es justo.

Otra vez, Valerio dio la vuelta a las cosas, dando por hecho que la gratificación conseguida era un premio de consolación en vez de un soborno. Ya lo hizo con Styrmir, ahora con los sármatas. El poder de convicción del *primus pilus* no radicaba solo en sus palabras: el tono, la cadencia, la mirada, la posición de su cuerpo... todo influía.

El jefe escuchó la traducción perplejo. Abrió levemente la boca, miró a su alrededor y comenzó a reír a carcajadas, dejando estupefactos a todos los presentes. Al poco, la risa se contagió a todos los sármatas. Los romanos, en cambio, los miraban extrañados. Estaban locos. Todos, excepto Valerio, que sonrió maquiavélicamente sin dejar en ningún momento de mirar al líder.

—Tú ganas, romano —empezó a traducir otra vez mientras algunos sármatas miraban a su líder con desaprobación—. No nos interesa luchar contra vosotros. Tenemos otros asuntos de los que encargarnos. Ya habrá tiempo de matarnos.

Los rostros de los romanos se relajaron, sus músculos se destensaron, aunque ninguno se movió. El traductor prosiguió.

—Aceptamos estos términos y os prometemos dejaros ir con vida.

Tras una leve inclinación de cabeza entre los dos líderes, los sármatas comenzaron a maniobrar para proteger su posición mientras otros se preparaban para hacer un corto descanso.

Por su parte, los romanos, con rapidez, tomaron un caballo *per capita*, registraron con rapidez los cuerpos, priorizando la comida, tomaron tres lanzas y media docena de jabalinas, y cargaron sobre otro corcel el cuerpo sin vida de Nurto que había recibido una fuerte lanzada en el cuello que lo mató en cuestión de segundos. En pocos minutos, y sin que nadie hubiera abierto la boca, estaban listos para partir. Una veintena de sármatas les hicieron un pasillo, estando el traductor y el jefe al final del mismo. Algunos pensaron en una trampa y otros pensaron que no tenía sentido. En cualquier caso, no tenían opción.

Cuando el Centurión llegó al final, a la cabeza de la expedición, el jefe comenzó a hablar y el otro guerrero tradujo al latín.

—La próxima vez, lucharemos.

—Y será un placer volver a veros por última vez —exhortó con un tono suave, ligeramente desafiante a la par que respetuoso. Mientras, se llevó el puño al pecho y el jefe sonrió complacido.

En poco tiempo, ascendieron a buen paso la pequeña montaña por un estrecho sendero. Los dos guerreros miraban de espaldas cómo se marchaban,

al mismo tiempo que otros tomaban varios caballos, registraban los cadáveres y los desnudaban. Se volvieron para supervisar la tarea encomendada.

—*¿Por qué no los hemos atacado?* —se atrevió a decir al fin el que hablaba latín.

—*¿Para qué?* —respondió con calma.

—*Podríamos haber tenido todo de estos y todo de los romanos.*

—*Mira a tu alrededor.*

Ciertamente los romanos habían eliminado a nueve germanos por un romano. Estaban acostumbrados a luchar organizados y en grupo. Eso convertía a los legionarios en una fuerza combativa terrible en el cuerpo a cuerpo y contra la infantería. Al hacerlos descabargar o no poder tomar velocidad, la caballería perdió su mejor baza. Además, la descoordinación por el ansia de exterminarlos de una vez por todas les restó eficacia. Después de mirar a su alrededor, afirmó con la cabeza. El líder sármata prosiguió.

—Esos hombres lucharían hasta la muerte. ¿Para qué perder hombres y monturas si tampoco nos urge ese botín? De esta forma, hemos obtenido premio sin haber participado en la lucha. Ya hemos sufrido bastante.

Nada dijo el otro, que se dispuso a rapiñar también con los demás. El jefe, absorto en sus pensamientos, pronunció una última frase en voz baja, para sí mismo. Sus labios reprodujeron su deseo.

—*Aunque me hubiera encantado haberme peleado con él.*

Las blasfemias se escuchaban a varias *miliarium* de distancia. La ofuscación de la *Guardia Verde* no podía ser mayor. Una vez que estuvieron a prudencial distancia de los sármatas, pararon, comieron y esperaron prudencialmente. Creían que, para cuando volvieran, encontrarían los cadáveres de los romanos. Sin embargo, solo encontraron los despojos de los suyos, no lo podían creer. No salían de su asombro al ver que habían vuelto a escapar airoso. Cada uno de los bandos había tomado un camino distinto y sin lucha.

Ahora muchos empezaron a plantearse seriamente ideas que ya se habían mencionado antes y a comentarlas en voz alta mientras Wigmar pateaba un caballo muerto. Sintióse completamente impotente.

—*¿Serán dioses?* —comentaba uno.

—*No creo. Pero seguramente estarán bendecidos por ellos* —opinaba otro.

—*Son demonios del inframundo que vienen a atormentarnos* —sentenciaba otro más.

—*¡No digáis sandeces!* —gritó Wigmar jadeando—. *¡Son de carne y hueso, como nosotros!*

—*Pues han vuelto a escapar y no sé cuantas veces van ya* —opinó sensatamente un guerrero.

—*No nos llevan mucha distancia. Los cogeremos.*

—*Hemos pasado ampliamente nuestro área de acción* —comenzó a decir Hugi con tono mesurado—. *Asumamos la realidad. Están fuera de alcance.*

—*¡Estarán fuera de alcance cuando yo lo diga!*

—*Hay demasiados riesgos. Eberhard no lo aprobaría.*

—*¡Somos la Guardia Verde! ¡Y la Guardia Verde siempre acaba su trabajo!*

—*Esta vez no. Nos han derrotado.*

—*¿Derrota? ¡Nunca he fracasado! ¡Y hoy no será ese día!*

—*Como tu segundo, no voy a permitir que nos lleves a todos a la muerte por tu insensatez.*

En ese momento, Wigmar, siempre templado, perdió su sangre fría. Desenvainó su spatha, apuntando hacia Hugi, que también desenvainó su espada germánica. Ambas, relucían bajo el sol mientras sus camaradas miraban estupefactos la escena sin saber bien qué hacer. No se trataba de una rebelión, aunque Wigmar lo interpretaba así.

—*No dudes que te mataré* —amenazó el asiático—. *No puedes vencerme. ¡Ninguno de vosotros está a mi altura!*

—*Si he de morir, será aquí y ahora. Se acabó seguir esta locura.*

Entonces pasó algo que no calculaba Wigmar. Varios guerreros se pusieron junto a Hugi, preparados para combatir. Otros miraban sin hacer nada. Lo entendió. Estaba solo.

—*¡Sois todos unos traidores! ¡Unos cobardes!*

—*Seguir con esto no tiene sentido. No nos vas a arrastrar en tu caída.*

En cuanto dijo esa frase, Wigmar relajó sus músculos, manteniendo un tenso silencio. Reflexionaba. Sabía que no podía volver sin la cabeza de los romanos. Su suerte estaba unida al destino de Valerio y sus hombres y no podía exigir a sus hombres que lo siguieran, máxime, cuando todos sabían que era por un interés personal. Por tanto, cambió de tercio.

—*Tienes razón, Hugi* —templó sus nervios, hablando afectuosamente—. *No puedo ordenaros continuar. El futuro es incierto* —otro silencio—. *Pero siempre ha sido incierto y siempre lo será. Si queréis vivir con el deshonor de no haber seguido a vuestro líder, adelante. Yo voy a volver con la cabeza de los romanos o no volveré. No se trata de mi vida. Se trata de que le di mi*

palabra a Eberhard y mi reputación no me permite tener una lacra. Moriré cumpliendo mi cometido.

—No es justo lo que dices —expresó Hugi—. Te hemos seguido durante semanas sin éxito. Lo hemos hecho todo.

—La tarea no está completa —cortó—. Eso es lo que cuenta. Ha habido numerosos fallos, algunos míos, otros no. Cada uno que asuma su responsabilidad.

—¿Qué te hace pensar que será diferente aquí? No tenemos aliados.

—No. Vosotros no tenéis aliados. Yo conozco bien este territorio. Cuando era muy joven luché aquí con varias tribus de suevos. Además sé adónde se dirigirán y dónde esperarlos. Mi última oportunidad.

—Es arriesgado.

—Sin riesgo no hay gloria —se montó sobre su caballo y miró a todos—. Quien todavía tenga coraje y le importe algo su reputación, que me siga. Los demás, encargaos de nuestros caídos y volved con Eberhard. Informad de lo que aquí ha pasado informad de vuestra vergüenza.

Con estas palabras, se puso en marcha al paso sin mirar atrás. Lo haría solo si era necesario. Los hombres se preguntaban si era valiente o temerario. Solo una docena lo siguió, mientras los demás, incluidos tres heridos, decidieron lo más sensato pero no lo más honorable.

EL OPPIDUM

ADMIRACIÓN. Cada día que transcurría, aumentaba más para Isela la admiración por Valerio. Sus cualidades y capacidades sobrepasaban con creces a la mayoría de la gente que había conocido en su vida. Era listo, atractivo, educado, algo reservado, querido por los dioses, respetado por los suyos y temido por sus enemigos. «Demasiado hermoso para ser real», pensaba.

Veía las miradas orgullosas de sus hombres al caminar por el sendero con la tranquilidad de haber superado un obstáculo tan grande como haber engañado a la muerte otra vez. Sabía que no solo se debía al supuesto genio del romano, la diosa Fortuna parecía concederle sus favores sin cesar. La suerte que habían tenido había sido increíble, siendo casi imposible que algo la enturbiase. Y parecía no tener fin.

Con una relajación impropia de ellos, caminaban o cabalgaban por un sendero esperando vislumbrar en el horizonte un campamento romano. El combate les había afectado los músculos de todos y sus mentes. La gran subida de adrenalina provocaba una caída rápida y agotamiento progresivo. Demasiado tiempo en camino sin apoyo. Estaban felices pero hastiados ante la sensación de que ese país no tenía fin. El combate había sido muy temprano y el resto del día sería pesado. Por esto y por la sensación generalizada de seguridad, decidieron recorrer el sendero en vez de buscar una ruta alternativa más complicada pero segura. El camino fácil, por variar. Valerio ya estaba cansado de tomar lo difícil y ser continuamente hostigados por la *Guardia Verde*. Ya estaban demasiado cerca del *limes* para complicarse la vida. Y con un caballo *per capita*, podían recorrer mayor distancia.

A mediodía, dieron un respiro a los caballos, aprovechando un hermoso paraje entre las montañas para incinerar a Nurto. Había un pequeño lago con agua dulce de la que podían abastecerse, rodeado de árboles y montañas.

Como había ocurrido otras veces, se intentó aprovechar todo lo posible. El *gladius* y el *pugio*, con su cinturón, para Isela. El escudo, para Balbo. Las *caligae*, demasiado deterioradas, se las dejaron, aunque Ulpio se quedó sus

calcetines. La cota de mallas se guardó. Su túnica, sus enseres personales y su yelmo fueron dejados con el difunto por decoro o deterioro. A menudo ocurría que ciertos elementos del uniforme militar podían haber tenido varios dueños.

La pila empezó a arder. Fue un ritual corto, sin exceso de duelo. Ya habían caído demasiados para dejar que el dolor los afectase. Buen legionario, pero sin mucha relación con los demás. No obstante, una pérdida de la que absolutamente nadie se alegraba.

Valerio puso la moneda para pagar el barquero, recitó una corta oración, lo llamaron al oído para cerciorar su muerte, hicieron petición por su alma y, cuando se hubo consumido lo suficiente para no ser reconocido, ordenó seguir adelante. Debían procurar avanzar todo lo posible en aquel día, sin mirar atrás.

En el crepúsculo, percibieron dos figuras montadas sobre un carro de dos ruedas tirado por dos mulas, posiblemente comerciantes queriendo vender excedentes. Pronto lo descubrirían: los romanos no atentaban contra ellos y los veían con buenos ojos. Los mercaderes eran símbolo de estabilidad y tampoco solían incordiarlos o extorsionarlos. Pese a todo, sería normal que se mostraran prudentes. A un trote suave, avanzaron para que se diesen cuenta de su presencia y de que no querían combatir. Los mercaderes no refrenaron, ni aceleraron su paso. Valerio, a la cabeza, seguido de Isela por expresa orden suya, se adelantaron para hablar con ellos. Colocó en su yelmo la cresta transversal que lo destacaba como centurión, esperando que reconocieran su importancia como oficial destacado de Roma. Se colocaron paralelos a los mercaderes, viendo que sus rostros mostraban recelo, pero no miedo o sorpresa. Uno era un anciano de pelo y barba cana y el otro un púber.

—*Salve, amigos* —empezó a decir en lengua germánica y en tono cordial.

—*Salve, romano* —expresó el más mayor educadamente pero con una ligera nota de incomodidad—. *Me sorprende que hables mi lengua.*

—*Aunque tengo intérprete, aprendí algo con los auxiliares queruscos y bátavos.*

—*Andáis lejos de vuestras tierras. ¿En qué puedo ayudaros?* —cambió de tercio.

—*Estamos perdidos, es cierto. Hemos realizado una misión diplomática y, a la hora de regresar, hemos tomado por un camino equivocado. No queremos incordiaros, solo que nos indiquéis cómo volver a nuestra frontera.*

—*Eso será fácil. En tres días podéis llegar continuando el sendero aunque no lo recomiendo.*

—¿Por qué?

—Hay disensiones internas entre varios de los pueblos de alrededor e inestabilidad. Si os vieran, tal vez os atacarían.

—¿Y a vosotros?

—También. Por eso, vamos a tirar por un camino distinto y por una zona segura.

—¿Por qué nos ayudáis?

—¿Y por qué no?

—Somos extranjeros y a veces hemos sido enemigos.

—A veces, los que ayer fueron mis enemigos, hoy son mis amigos. Y al revés. Cuando uno se hace mayor la diferencia es más difícil de distinguir.

Con esa sentencia, Valerio no pudo evitar sonreír y afirmar suavemente. Lo cierto es que había dicho lo que él había pensado tantas veces. Las necesidades o los vaivenes de la vida hacen que realmente esto ocurra con asiduidad. Ahora Isela tomó la palabra mientras Ulpio traducía en voz baja a sus compañeros.

—Buscamos un lugar donde pasar la noche y no tener que vigilar nuestra espalda.

—Cuanto más al Suroeste, más seguros estaremos. Es una zona más llana, menos poblada y sus habitantes son menos hostiles.

—¿Algún poblado aliado de Roma? —volvió a tomar la palabra Valerio.

—Sí, no está lejos. Por un pequeño tributo dejan a los comerciantes pernoctar y están vinculados a Roma. Nos dirigíamos allí.

—Os escoltaremos.

—Puede ser una trampa —previno Druso, inquieto.

—Tal vez.

—¿Y aun así vamos con ellos?

—No tenemos elección. Un comerciante siempre vela por sus intereses, tratan de minimizar los riesgos. Unos guardianes romanos protegerán sus mercancías. Eso les beneficia.

—Pero podría enemistarles con otros germanos.

—No son tan puritanos. Tienen más conciencia de tribu que de nación. Se unen o se rebelan según sus intereses y más en la frontera. Además, nos temen, deberías saberlo.

—Lo sé. Pero nunca he pasado tanto tiempo internado en la Germania. Disculpa si me vuelvo desconfiado.

—Desconfía, mantente alerta, pero aprovechemos una buena oportunidad. Honor, Prudencia, Gloria. Recuérdalo.

—*Domine* —se llevó el puño al pecho.

—Vesper y Andros, en cabeza. Ulpio y Balbo, retaguardia. Druso y Macro, junto al carro. Conmigo.

Antes de la caída del sol, se encontraban frente a las puertas del poblado. Aparentaba buen estado de conservación, con una firme empalizada sobre una colina que le daba una visión excelente. Abajo, había un río que podía surtir de agua dulce, tierras de cultivo aceptables, pastos para el ganado y un bosque cercano para la caza. Gran elección. El *oppidum* estaba más reforzado que de costumbre con respecto a los otros poblados germanos: tenía un profundo foso con «lirios», dos accesos bien defendidos y dos torres de vigilancia frente a la puerta principal. Recordaba a un campamento romano. Habían aprendido.

Cuando fueron a acceder, la mirada de los guardianes fue de curiosidad y sorpresa. Algunos tenían impedimentas de Roma como *gladius*, cascos de tipo *coolus*, escudos al estilo romano, incluso algunos llevaban cota de mallas.

—Han combatido contra nosotros, en otro tiempo o lugar —musitó entre dientes Macro.

No hubo respuesta de nadie, aunque todos lo pensaban. Sin embargo, Vesper miró hacia atrás con serenidad. Por algún motivo que a los demás se le escapaba, no se sentía tenso. Que el explorador del grupo y mejor guerrero que tenían se mostrase confiado era extremadamente sintomático.

Rebasada la entrada, un germano de edad avanzada, ataviado con cota de mallas, *gladius* y lanza se acercó a ellos seguido de otros cuatro peor armados.

—¿*Qué hacéis aquí, romanos?* —interrogó el líder. Su tono era inquisitorial, firme, pero no altivo.

—*Nos contaron que este poblado era aliado de Roma* —explicó con tranquilidad el *primus pilus*.

—*Pocas veces han pasado por aquí y hace muchos años de eso.*

Mientras conversaban mintiendo sobre el porqué de su llegada al poblado, Vesper observó el entorno. No había dejado de analizar el lugar y sus habitantes desde que sus ojos le permitieron percibir los detalles. De súbito, bajó del caballo y se acercó al germano con decisión, interrumpiendo la conversación. Serio, pero con la faz relajada, se puso a dos pasos de él. Mano

izquierda, en la hebilla del cinturón, mano derecha, apoyada mansamente en el pomo de la *gladius*. Valerio, estupefacto, temía lo peor.

—¿Cómo te llamas? —preguntó en latín.

—¿Cómo? —dijo el viejo en lengua germánica, confuso.

—He preguntado tu nombre, legionario —insistió.

—*No entiendo* —continuaba perdido.

—Puedes engañar a los demás, no a mí. Sé que eres romano. La estructura del *oppidum* tiene una similitud sospechosa con nuestros campamentos. Da igual tu ropa, tu barba o tu pelo. Tu forma de moverte, tus rasgos y el hecho de que lleves la *gladius* en la derecha, a la romana, te delatan.

—*Sigo sin entender*.

—Tal vez seáis desertores. No lo sé y no nos importa. Solo estamos de paso y hemos sufrido demasiadas penalidades para enzarzarnos en una lucha estéril con otros romanos.

Silencio. Un espeso silencio recorría el poblado. Toda la gente allí presente miraba la escena sin decir nada. Valerio no podía creer lo que estaba viendo y oyendo. Temía las consecuencias, fuese verdad o no.

—Publio Lino. Ese es mi nombre —expresó con mirada desafiante—. Tus deducciones han sido perfectas.

—Ha sido más una corazonada. Puede que fueras un germano que pasara demasiado tiempo sirviendo como auxiliar —indicó sonriendo.

—Me gustaría hablar con tu jefe —indicó Valerio.

—Como desees. Que tus hombres dejen los animales en las caballerizas y se instalen en la choza a su lado. Ni que decir tiene que espero un comportamiento ejemplar.

—Vesper velará por ello —hablando ahora al *tesserarius*—. Revisa las heridas de Macro, Druso y Balbo.

—No me queda casi nada para curarles, ungüentos o vendas limpias.

—Mandaré a alguien para que te proporcione lo que necesites —añadió Lino mirando a Vesper, que se llevó la mano al pecho, y luego tornó hacia el Centurión—. Sígueme.

Dando las riendas a Ulpio, se puso en camino tras Lino. Por algún motivo, aunque fuese un desertor, no temía por su vida. Algo le decía que todo iba bien. A los pocos pasos, mandó a un viejo con aspecto de mercader donde estaban sus hombres. Buena señal. Manteniéndose en guardia, observó cómo se desarrollaba la vida en el asentamiento. Mucho trasiego de gente con aspecto y arreos variados: campesinos, pastores, guerreros, comerciantes, un herrero, un curtidor... parecía más un lugar de encuentro que un poblado

tribal. Es más, había unos pocos comerciantes del Imperio pululando por allí. Se adelantaban siempre a la frontera de Roma. Sin duda, dicho poblado tenía algunas décadas, pero estaba bien conservado y no parecía ser pobre, ni débil.

La choza principal tenía la planta rectangular y un tamaño considerable. Un guarda velaba la puerta constantemente, haciéndose a un lado con la llegada de Lino. De súbito, se giró y le dijo a Valerio:

—*Espera aquí* —le espetó en lengua germánica.

Durante el tiempo de espera, se dedicó a mirar a su alrededor y ver cómo se relacionaba la gente y qué hacían. Decenas de personas recorrían las calles, casi paralelas, que conformaban el interior del oppidum. A los pocos minutos, salió Lino acompañado de otro hombre, un anciano que parecía ser el jefe. Su aspecto era cansado pero regio. Iba ataviado con una gruesa capa de pieles grisácea que le cubría casi por entero, gruesas botas negras y parecía desarmado. Tenía el pelo completamente blanco, frente ancha, pequeños ojos rasgos y pardos, con grandes bolsas bajo ellos, nariz aguileña, boca de mediano tamaño con labios carnosos. Perfectamente rasurado, tenía la barbilla partida en dos. De joven tuvo que ser bastante atractivo. Apoyado sobre su bastón y con los ojos entornados, señalaban que estaba perdiendo la vista. Pese a su pequeño tamaño, parecía un hombre sabio que había tenido recio carácter en su juventud.

—Salve, romano —empezó a decir con una voz venerable—. Me llamo Julio Viptanio. ¿Qué te trae a mi humilde morada?

—Salve, Julio Viptanio. Soy Sexto Valerio, *primus pilus* de la *Legio V Alaudae*. Espero la hospitalidad propia entre *commilitones*.

—La tendrás. Aunque no lo seamos.

—¿Niegas la evidencia?

—Hablemos.

—Me gustaría.

—Caminemos un poco. A mi edad, uno apenas se mueve y creo que mis huesos precisan algo de vitalidad. Al menos la ilusión de que aún mando sobre mi cuerpo.

Sonrieron. En todo momento se había mostrado simpático y, con el don que tenía para leer el corazón de la gente, le parecía un hombre sencillo y pragmático. Ayudado por Lino, comenzó a caminar a paso lento.

—Primero empezaré preguntando yo y luego resolveré tus dudas. ¿Te parece bien?

—Tu poblado, tus normas.

—Bien —volvió a sonreír—. Eres razonable. Eso me gusta. ¿Qué hace el *primus pilus* en esta tierra? Estáis demasiado alejados de la Germania Inferior.

—Así es. Ya no preciso mentir, ya no hay nada que ocultar. Luchamos en el «puerto de las rocas» bien al Norte...

—¿En serio? ¿Participasteis en la lucha?

—¿Sabíais lo que había ocurrido?

—Tengo oídos. Estoy bien informado de las guerras entre los queruscos, los saqueos de los caucos a Roma o las operaciones de Eberhard en el Norte. Todo aquello que nos pueda afectar de manera directa o indirecta. La prudencia es una gran aliada. Pero ¿por qué estáis en esta zona?

—Solo un puñado de hombres conseguimos escapar de la trampa mortal de Eberhard. Hemos pasado muchas penalidades y perdido a la mayoría. El último, esta misma mañana.

—Largo camino. La Fortuna os ha sonreído si habéis llegado de una pieza.

—Solo dos de mis hombres no han resultado heridos. No ha sido fácil.

—Nadie dijo que lo fuera. ¿Cuáles son tus planes?

—Cruzar la frontera y volver.

—¿Crees que es buena idea? Te tomarán por desertor.

—Tengo la información necesaria para evitar que pase, además de testigos de la terrible infamia cometida contra mis hombres. Además, prometí vengar esta traición. Debo volver. Tengo que volver.

Viptanio paró de caminar, lo miró con ternura y se sentó en un banco cercano con evidentes signos de fatiga. La edad no lo perdonaba.

—¡Por los dioses...! ¡Con lo que yo he sido...! ¡Y ahora me falta el aliento con unos pocos pasos! —expresó con sorna jadeando.

—Es ley de vida —explicó Valerio sonriendo.

—Eres un hombre honorable, firme y valiente. Tal vez impetuoso y mal aconsejado, pero tienes mi respeto.

—¿Dejarás que nos quedemos uno o dos días?

—Sí. Pagareis una pequeña cuota y podréis descansar, comer y beber lo que queráis.

—Gratitud. ¿Puedo preguntar ahora yo?

—Adelante.

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí?

—Seguramente no creerás mi historia.

—Dudo que mucha gente crea que pudiéramos escapar del «puerto de las rocas» atravesando toda la Germania y volver con vida.

—Cierto —atisbó otra sonrisa—. Fui un *librarius* de la *Legio XIX*.

—¿Una de las *Legio* perdidas por Varo en Teotoburgo? —cuestionó incrédulo.

—Ahí podría comenzar mi historia. Obviaré los detalles. Fue horrible. Venían por todas partes. Atacaron con furia nuestra línea de suministros. El caos era total, nadie parecía poner orden. Esclavos, prostitutas, familiares, comerciantes, artesanos, malhechores, legionarios y auxiliares mezclados en todas las direcciones. Carros embarrados, muertos por doquier, lluvia persistente, la caballería desaparecida, al igual que los Tribunos. Moríamos donde estábamos. Los que se rendían eran salvajemente torturados, por lo tanto, esa opción nunca pasó por mi cabeza. Solo un Centurión parecía tener cierta cordura entre todo aquel... embrollo. Reunió a todos los que pudo de las tres *Legionis* y empezó a avanzar hacia el Suroeste arremetiendo contra todo lo que veía. Cayeron muchos, pero escapamos de la trampa. Personalmente, creo que nos dejaron escapar. Seríamos un centenar y medio como mucho. Durante días avanzamos recibiendo ataques débiles en retaguardia, cuando intentábamos tomar suministros o descansar. Poco a poco, nuestra moral se hundió. Pero nuestro valiente Centurión no cejó en el empeño, y nos llevó hasta una zona muy castigada por la guerra. Se trataba de unos enemigos de los queruscos y de Arminio que, tras muchas dudas, nos dieron cobijo.

—¿Se expusieron a la ira de Arminio?

—Habían sido diezmados antes de atacarnos. Creían que poco tenían que perder. Uniendo nuestras fuerzas, combinamos un ataque total contra nuestros perseguidores y luchamos salvajemente tres días después. Fue... parecíamos animales... no, los animales no aguantarían lo que hicimos... gusanos comiendo detritos, intentando sobrevivir... eso fuimos todos... pero vencimos —su voz tornó temblorosa.

—¿Cómo tornasteis aquí?

—Nuestro Centurión y el jefe local determinaron que quedarse allí era una insensatez. Debíamos buscar un nuevo lugar donde asentarnos: las tierras estaban yermas, las defensas débiles y los bosques plagados de enemigos. Se eligió este lugar por que reunía todo lo necesario para vivir. Además, nadie lo reclamó. Al principio.

—¿Decidisteis quedaros aquí?

—Todos pensábamos que Roma se vengaría muy pronto. No creímos que aquel desastre tenía tal magnitud. O no lo quisimos creer.

—¿No pensasteis en volver?

—Creímos que aún estábamos lejos y... nos convertimos en desertores sin quererlo. Dos años después, perdimos toda esperanza y acabamos por mezclarnos con la población.

—¿Y las campañas de Germánico?

—Habían pasado casi seis años. La vergüenza era demasiada para volver. Además, temíamos ser castigados. Quedábamos menos de medio centenar al acabar ese año fatídico.

—¿Y ahora quedáis muchos romanos?

—Solo somos dos de las *Legionis* de Varo. Lino y dos más fueron desertores de la segunda campaña de Germánico.

—¿Y los aceptasteis?

—¿Por qué no? Nosotros ya somos renegados. Les dimos una oportunidad.

—No es lo mismo. Lo vuestro no fue voluntario.

—Cuando pasas tanto tiempo alejado de tu tierra natal, buscas cualquier conexión con ese mundo. Nosotros no pertenecemos a ninguno de los dos: nunca más seremos romanos, ni tampoco somos germanos al uso.

—Eso sí lo puedo entender —reflexionó unos instantes—. ¿Y cómo llegaste a ser el líder...?

—Rey. Soy el rey del poblado.

—Rey Viptanio... vaya^[117]...

—En principio hubo un líder de cada civilización. Hubo roces constantes, pero convivimos sin mayores problemas. Finalmente, cuando ambos murieron, con pocos meses de distancia entre sí, yo me casé con la hija del líder germano y asenté mis derechos al ganar en un combate a muerte.

—Inteligente. Al parecer, me han contado que sois muy respetados por los poblados cercanos.

—Combinando las artes romanas de combate, la furia germánica, el conocimiento del terreno y nuestra mejor manera de construir defensas, ha sido fácil detener a nuestros vecinos. Nuestra firme diplomacia ha hecho que nadie sea nuestro aliado acérrimo, pero que tampoco quieran ser enemigos nuestros.

—¿Tanta fuerza poseéis?

—No luchamos por expandirnos. Acogemos a renegados que desean una segunda oportunidad, si abandonan sus deseos de venganza. Todas las tribus

buscan nuestra neutralidad en caso de conflicto entre ellos y todos comercian con nosotros. Nos llaman «el poblado sin memoria».

—Comprendo. Es una historia increíble. Seguro que en el Senado gustaría...

—No —cortó seco—. Soy demasiado viejo para volver. Mi vergüenza no lo permite. Este ya es mi hogar. Roma solo queda en mis recuerdos y deseo que siga siendo así.

—Y sin embargo nos ayudas como romano.

—No puedo evitar mi vinculación y el amor por mi pasado y mi pueblo. Además, cuando pasa cierto tiempo, los recuerdos se vuelven más hermosos y se idealizan. Quiero conservar esa imagen cuando mi vida expire y me reúna con los míos en el Elíseo.

—Si lo deseáis, puedo hablar en vuestro favor para que todos vuestros hijos puedan volver a Roma...

—Te lo agradezco pero no. Es evidente que a Roma no le interesa esta tierra dejada de la mano de nuestros dioses.

—Como gustes. No quiero robarte ni un momento más de tu tiempo —sentenció levantándose—. Ya nos has ayudado bastante.

—Cierto. Es hora de recopilar tributos y ver cómo ha ido la producción del día —expresó con mesura. Valerio se iba a ir cuando añadió algo más—. Sin embargo, hay algo que debes contarme antes de todo eso —un pequeño silencio para dar emoción a sus palabras—. ¿Cuántos os persiguen?

—¿Cómo? —preguntó atónito el Centurión.

—Venís de muy lejos. Habéis perdido a un hombre esta mañana. Estoy seguro que habéis tenido que pelearos por el camino y que os han seguido, un trecho al menos. ¿Cuántos siguen?

—No te mentaré. Un grupo de caballería nos ha estado siguiendo. Pero los pusimos en fuga —mintió.

—¿Quiénes?

—La *Guardia Verde*.

—¿Esos bastardos engendrados por una cerda?

—¿Los conoces personalmente?

—Solo a uno de ellos. Al que llaman Wigmar.

—Es el que está al mando de la caballería que nos persigue.

—Mal asunto. No cejará en el empeño, aunque aquí no tiene a nadie que le ayude.

—Reconfortante.

—Hay cosas que deberías saber. Pero por ahora atiende a tus hombres y descansa. Ven a cenar a mi choza esta noche y te lo contaré. De momento, ten por seguro que aquí estaréis completamente a salvo.

Unas pocas gotas empezaban a caer del cielo. Noche lluviosa, perfecta para el descanso y el reposo. Cuando se tiene el estómago lleno, un jergón caliente y un techo.

No se podían creer lo que veían. Los doce. Un poblado aterrorizado solo con la llegada de Wigmar. Ni siquiera levantaban la vista del suelo. ¿Qué habría hecho en su juventud para ser tan temido en esa región?

Con el pluvioso crepúsculo, las antorchas eran lo único que daban algo de luz. La aldea, sin empalizada, se componía de una quincena de cabañas enclavadas en un valle en medio de un denso bosque. Todos sus habitantes estaban fuera, con las barbillas pegadas al pecho. Solo se oía el paso lento de los caballos, la lluvia y el crepitar de las antorchas.

La gente de allí era peculiar. Los doce acompañantes del asiático desconocían la importancia de ese centro neurálgico de la zona. Las chozas de la izquierda estaban habitadas por prostitutas, incluyendo a un par de hombres, al servicio del cabecilla de la aldea. A la derecha, campesinos, mujeres y niños solo existían para dar alimento a los demás del lugar. Solo había tres jóvenes guerreros que en ese momento se colocaban alrededor del que parecía mandar en aquel lugar. El único que lo miraba. Entrado en los cincuenta años, cabeza rapada, destacaba por sus ojos grandes y redondos como una lechuza, aparte de su barba larga gris y negra.

—*Wigmar. Siempre es un placer verte* —afirmó con sarcasmo.

—«*Orejas*», *siempre tan gracioso* —respondió desafiante, bajando del caballo y clavando su lanza en el suelo.

—*¿Qué te trae por aquí? Estás lejos de tu área de acción.*

—*Como si no supieses el motivo de mi visita. Hablemos.*

—*Nunca has sido bienvenido por aquí.*

—*Espero que no me estés echando. Puedo soportar tus insultos, pero ninguna orden.*

—*Deberías saber el precio por atacarme.*

—*¿Atacarte?* —una sonora carcajada recorrió la explanada. De súbito, paró—. *Yo siempre acabo lo que empiezo. Tú deberías saber mejor que nadie que absolutamente nada se interpone en mi camino.*

—*Guardias.*

Antes de que el primero pudiera hacer algo, propinó una patada a uno, dio un puñetazo al segundo y desenvainó con rapidez su spatha amenazando al tercero.

—*Requerirás a más de tres pipiolos poco instruidos para acabar conmigo* —musitó con arrogancia—. *Pareces olvidar quién soy.*

—*El «perro de los suevos». Todos lo sabemos.*

—*Por menos de llamarme así, gente ha muerto.*

—*Negociemos* —cedió al fin, indicándole que pasara al interior.

«Orejas» era el sobrenombre que le habían dado por enterarse de todo. Poca gente lo llamaba por su propio nombre. A nadie le interesaba, ni nadie lo quería. Se trataba de alguien que compraba y vendía información de toda clase. Alguien peligroso al que todo el mundo quería muerto, pero al que nadie se atrevía a matar. En otro tiempo, había sido un *lagman* reputado; ahora, un oportunista extremadamente peligroso.

Comprobaba la veracidad de la información, utilizándola para sus propios fines. Y si alguien se la jugaba, tenía los días contados. O difundía un falso rumor. Podía derrocar a reyezuelos, azuzar rebeliones o provocar una expedición punitiva romana. No tenía patria, ni rey, actuaba con independencia, por lo que era peligroso y su posición, insegura. Aún así, llevaba más de una década viviendo como quería. Se había hecho un nombre en toda la región. Por eso su aldea no precisaba de protección. Solo tres hombres para su seguridad. Los demás no le importaban. Todo el mundo se podía sustituir.

Su campamento estaba formado por gente a su servicio, destinados a darle sustento y placeres tanto a él, como a sus invitados: sexo, alcohol, buena comida, atenciones... todo lo que precisara el que algo interesante le diera. En aquel día, un mercader y un guerrero disfrutaban de los privilegios dados.

Al entrar, Wigmar descubrió una mezcla de ostentación y vanidad en la decoración de la choza: infinidad de pieles curtidas; variopintos animales disecados; variedad de tejidos y de distinta procedencia; algunos objetos de plata, oro o ámbar; cuencos de cerámica romana y oriental... Una demostración de lujo con la función de mostrar su riqueza y arrogancia.

Sin tomar asiento ni ofrecer nada, «Orejas», emplazado en el centro de la sala, comenzó a hablar.

—*Sé que persigues a un grupo de romanos. Se te han escapado entre los dedos. Me pregunto qué es lo que quieres saber.*

—*¿Han ido al «poblado sin memoria»?* —fue directamente al grano.

—*¿Eso precisas saber?*

—Y, si están, cuándo saldrán.

—Todo tiene un precio.

—¿Cuánto vale tu vida?

—Las amenazas no son la mejor política...

—¡Eres un bastardo cobarde sin honor!

—Igual que tú, hermano. ¿O es que acaso peleas por Eberhard? Realmente luchas para alcanzar la posición más alta en una sociedad que no es la tuya.

—Tal vez. Pero lo consigo por mis propios medios, no mintiendo y sin lealtad a nada o a nadie.

—Cada uno emplea las cualidades que los dioses nos han dado.

—Yo soy fiel a los míos. ¿Y tú? ¿A quién eres fiel?

—A mí mismo. Lo que nos diferencia es que tú precisas de otros y yo solo los utilizo.

—Infiltra a uno de tus hombres dentro del poblado y le contaré al Gran Jefe que me has ayudado. Él sabrá recompensarte —finalizó el debate que no llegaba a ningún lado.

—Muy bien. ¿Dónde os podré encontrar?

—Aquí. Espero tu hospitalidad.

—Confío en que Eberhard sepa recompensarme. Me queda solo una pregunta.

—¡Escupe todo tu veneno de una vez!

—Pongamos que todo está bien y encontramos a los romanos allí.

—Los encontraremos. Por el bien de ambos, debemos encontrarlos porque si no, ambos habremos perdido el tiempo y recursos.

—Una vez localizados, hay dos rutas para llegar a la frontera con Roma. ¿Cómo sabrás cuál van a tomar? Y si no toman dichos senderos, te será casi imposible encontrarlos.

—Tomarán por los caminos —contestó con seguridad—. Les contarán los desertores que no tengo influencia aquí y que no les perseguiré más. Se confiarán y morirán.

—¿Y qué camino sabes que tomarán?

—Es tan obvio que no contestaré. Manda inmediatamente a alguien al poblado. El tiempo juega en contra nuestra.

Tras terminar la frase, le dio la espalda sin esperar contestación. Ambos sentían una agria animadversión por el otro. Posiblemente porque se parecían bastante.

La fiesta estaba llegando a su fin. Cerveza y comida se sirvieron profusamente. Incluso Andros consiguió dormir acompañado esa noche, tras la aprobación del Rey Viptanio. Fue agradable comprobar que buena parte de la población del lugar hablaba un latín rudo, pero lo hablaban, especialmente los jóvenes. La primera y tercera generación, menos.

Macro y Balbo se sintieron mal durante el convite y decidieron irse al lecho pronto. Sus heridas los estaban incordiando. Valerio, por su parte, había mejorado notablemente, siendo unas molestias muy soportables, salvo haciendo ciertos movimientos. Estaba seguro de que en un par de días todo habría acabado.

Rompiendo la habitual tradición, Isela comió junto a los romanos como un hombre más. Llevaba el suficiente tiempo con ellos para que ninguno de la escuadra lo viese raro. A la par, los miembros del poblado no quisieron incomodarlos con las normas sociales que ellos se saltaban. Los tiempos podían haber cambiado.

Ulpio, bebido y cansado, se fue al lecho a buena hora. Druso, más sobrio, también se retiró cuando la fiesta empezó a decaer. Vesper, Isela y Valerio seguían por allí.

En un momento determinado, el Centurión determinó que ya era hora de preguntar lo inevitable. Quedaban una veintena de personas en el interior de la choza principal, reunidas en círculo hablando unos en latín, otros en lengua autóctona. Una vez que Viptanio quedó en silencio, el primus pilus se quedó mirándolo fijamente y lo abordó.

—Tenías que contarme algo sobre Wigmar.

Un denso silencio se fue haciendo en la sala. Hasta el aire parecía más viciado. Incluso los que no entendían latín, entendieron el nombre. Sus rostros se pusieron serios. Parecía que había mencionado a una criatura del Averno.

—Cierto. Deberías estar prevenido. Te contaré su historia —empezó a explicar Viptanio—. Hace ya a algunos años, siendo muy joven, pasó a ser un guerrero-esclavo de los suevos. Los suevos se caracterizan por ...

—... Por su fiereza y llevar una cola a una lado de la cabeza. Créeme, los conozco bien —inclinó la cabeza a modo de disculpas. No se oía ni el zumbido de una mosca.

—No hace falta que te cuente lo delicada que era su posición y que, como provenía de oriente, su adaptación y opciones de tener una vida libre eran limitadas.

—Efectivamente.

—Sin embargo, supo hacerse un hueco dentro de los suevos, haciendo algo inusual en un guerrero-esclavo: presentándose voluntario y matando más y mejor. Él tenía adiestramiento básico de su tierra (ya que fue capturado siendo casi un niño), que mezcló con la experiencia adquirida y entrenamiento propio.

—No me impresiona. La mayoría de mis hombres tienen adiestramiento y experiencia de sobra.

—Así obtuvo su libertad —continuó—. Pero era pobre. Al poco, se dio cuenta de que debía dar un paso más si quería ser alguien. Nadie duda ahora de su inteligencia, pero destacó por una crueldad extrema. Incluso los propios suevos empezaron a temerlo.

—¿Qué hizo?

—Masacres, torturas, violaciones masivas... todo aquel que se pusiese en su camino estaba condenado. Por poner un ejemplo, en una ocasión, un caudillo menor le retó a un combate singular. El duelo fue de corta duración, pero no lo mató. Violó a su mujer e hija frente a él, y después le siguieron todos sus hombres. Luego le abrió el pecho e hizo que su mujer comiera sus propias vísceras o mataba a su único hijo y heredero. Todo en presencia del poblado de dicho caudillo. Por último, lo desolló y desmembró, colocando las partes de su cuerpo a lo largo del camino principal. Así actuaba. Su nombre se dice en voz baja, como si de una criatura del Hades se tratara.

—El terror como arma... a veces puede volverse en tu contra.

—Solo si perciben una debilidad. Nunca la encontraron y además llamó la atención de Eberhard, que lo hizo ingresar en la *Guardia Verde*.

—Dijiste que no tenía poder en esta región. ¿Cejará en su empeño?

—Por necesidad. Los pueblos de esta parte lo odian amargamente. Si pueden, lo matarán. Además ya no tiene el apoyo directo de los suevos, ni de la *Guardia Verde*. Está solo. El «perro de los suevos», como lo llaman, provoca pánico solo con mencionar su nombre. Pero su leyenda irá desapareciendo. No lo seguirán por represalias. No con el puñado de hombres que lleva.

—En cualquier caso, nos iremos pronto. Si mañana mis hombres se encuentran bien, partiremos. ¿Nos indicarás el camino?

—Por supuesto.

—En tal caso, solo me queda agradecerte todo lo que has hecho por nosotros. No lo olvidaré. Te pido disculpas, pero me voy a dormir. Necesito reposo.

—Lo entiendo. Si deseáis descansar todos, mi campamento está perfectamente vigilado. Llegad con fuerza al *limes*.

Dicho esto, se levantó, se llevó el puño al pecho y salió fuera del edificio con paso tranquilo. Mientras se despedían, todo el mundo retomó las conversaciones que habían dejado. De camino, lanzó una dulce mirada a Isela, que no se percató porque estaba manteniendo una animada charla.

Fuera, Vesper lo siguió y lo encontró mirando al cielo.

—No para de llover.

—Supongo que durará toda la noche. Ayudará a dormir.

—E impedirá a nuestros perseguidores rastrearnos.

—¿No crees que cejarán en el empeño?

—¿Tú lo harías después de llegar hasta aquí?

Puso una mueca parecida a una sonrisa. Honor, Prudencia, Gloria. Nunca bajar la guardia, nunca confiarse, ser fiel a los tuyos y a ti mismo. Con eso, ganaría el favor de los dioses pudiendo llegar con vida hasta allí. Puede que fuera eso o casualidad. Solo restaba continuar y ver si la opción real de llegar a territorio romano era verdaderamente factible. Solo allí estarían seguros.

—Druso está bien —prosiguió el *tesserarius*—. Balbo y Macro me preocupan. Mañana veremos si evolucionan bien o no.

—¿Qué es lo que realmente quieres? —cuestionó curioso el Centurión tras un corto silencio.

—Tal vez no sea de mi incumbencia, pero deberías hacer algo con Isela —espetó con sinceridad—. Deberías pasar a la acción.

—Es cierto. No es de tu incumbencia —contestó seco.

—Nada más. Buenas noches, *domine*.

Poniéndose su *paenula*, se dispuso a marcharse a la choza asignada, bajo la inquisitorial mirada de Valerio.

—¿Qué crees saber? —se enmendó con rapidez.

—Es evidente que sentís algo el uno por el otro —expresó tranquilamente mientras miraba al horizonte—. Yo haría algo.

—No es tan sencillo.

—La vida es sencilla. Somos nosotros quienes la complicamos. Supongo que tienes la diatriba moral de que vas a volver a Roma y ella no te seguirá. Y si te quiere seguir, no tienes claro si lo deseas. Si no lo intentas, nunca lo sabrás. Y esa duda reconcome por dentro.

—Lo dices por experiencia.

—Sí. A veces me lo planteo. En días como hoy. Ahora entiendo que no era mi destino. Yo hui de ella hace tiempo. Creo que ha sido lo mejor para

ambos.

—Pero eso no quita que en ocasiones te preguntes cómo sería la vida estando con ella.

—La incertidumbre es una herida que no cierra hasta que no obtienes respuesta.

—Gracias, Vesper. No me esperaba que fueses tú quien me lo dijera, pero lo tendré en cuenta.

—En un mundo como este, y solo existe este, todos debemos tener la opción de ser felices. Al menos, un tiempo de nuestras vidas.

—Yo lo fui. Y fui consciente de ello.

—¿Y quién ha dicho que no puede volver?

Con estas palabras, se puso en marcha hacia su lecho. Dejó a Valerio solo con sus pensamientos. Otra vez, debía organizar lo que su cabeza le decía, lo que sus tripas le decían y lo que socialmente era aceptado. Todo era demasiado complejo para tomar una decisión precipitada.

Así que decidió dar una vuelta dentro del campamento mientras la lluvia caía inmisericorde sobre él. Era cierto. La incertidumbre era lo que provocaba los mayores miedos, cobardías y estupideces en el ser humano.

La mañana siguiente, todos se despertaron tarde. Algunos por resaca, otros por descanso y otros por molestias. Balbo y Macro empeoraron al día siguiente de sus heridas, teniendo fiebres. Consideraron imprudente seguir, decidiendo quedarse dos noches más como máximo, con el beneplácito del Rey Viptanio. Vesper partió en busca de hojas medicinales y plantas para hacer ungüentos con los que curar a sus amigos. Al tercer día, se pondrían en marcha, no podían demorarse más. El verano estaba a punto de llegar y, con ello, operaciones militares, cosechas y movimientos por la zona y debían pasar desapercibidos.

Una vez autorizado con entusiasmo por Viptanio, Valerio paseó por el poblado con tranquilidad, pudiendo fijarse en los detalles.

Poco antes del amanecer, había parado la lluvia, amaneciendo un día en el que se alternaban nubes y claros, con una temperatura muy agradable.

Balbo, con algunas fiebres, se apostó tapado por una manta en la puerta de la choza para que le diese la brisa y el sol. Mientras, conversaba con un anciano germano que hablaba toscamente latín pero que suplía sus carencias con sus gestos y simpatía.

Macro, con sudores, se tumbó sobre la hierba, intentando tallar un trozo de madera para distraer su mente del malestar.

Varios niños correteaban y hacían peleas de barro, con Vesper participando en dichos combates. Pese a su naturaleza combativa y guerrera, le encantaban los niños.

Druso, en una forja, trabajaba restaurando su *lorica segmentata* y varias *gladii* de compañeros. Lo cierto era que el trabajo familiar y su labor dentro del campamento de *Vetera* era la de herrero. Bastante bueno, por cierto.

Ulpio remendaba su túnica tras haber limpiado y comprobado sus arcos, a la par que revisaba la media docena de flechas que le habían cedido. Estaba en su naturaleza meticulosa.

Andros, tras una noche placentera, practicaba con algunos jóvenes germanos o germano-romanos (no se podía ver con nitidez la diferencia), mostrando su testarudez y profesionalidad con los reclutas.

Por último, Isela, que había abusado bastante de la cerveza, a la cual no estaba acostumbrada, se levantó con una resaca patente. Volvía de haberse bañado en el río para despejarse, con intención de comer algo y volver a dormir. Su vida había estado marcada más por las privaciones que por las satisfacciones y placeres mundanos. Saludó al Centurión, aunque ella intentó ocultarle su rostro por su supuesto mal aspecto. Como todo hombre que se precie, eso no le importó y le pareció cómico.

Ver a su escuadra, de diversas procedencias, diversos caracteres, intereses variopintos y gustos variados, le produjo una cierta ternura. No se habían deshumanizado después de tanto tiempo de guerra y sufrimiento. Al contrario, tanto tiempo en contacto con la gente de la frontera los había hecho rudos, fuertes, desconfiados, pero todavía eran personas dispuestas a socializar con su entorno, entendiendo que el que ayer era mi amigo, mañana puede ser mi enemigo o viceversa. Personas, al fin y al cabo. Todo cambia, nada queda. Solo vagas huellas del camino recorrido. Era el momento de ir a orar apartado del mundo de las sombras y de ojos indiscretos.

«Orejas» no entendía bien el comportamiento de Wigmar. Había confirmado la presencia de los romanos en el poblado de los desertores, que estarían un máximo de dos días más allí, y sin embargo, no se había movilizado. ¿Por qué? ¿Quería disfrutar solo del descanso y de su poblado o molestarlo? ¿Se había ablandado? Todo y nada era posible a la vez. Se lo tomaba con calma. Solía ser arrojado, pero no era imprudente. Tal vez tuviera miedo de los

desertores o tenía un plan meditado. No podía leer su pensamiento. Solo veía que esos miembros de la *Guardia Verde* no dejaban de practicar y, en sus descansos, comer, beber y fornicar. Al menos, sabía que les quedaban dos días como máximo allí.

Por otro lado, «Orejas» había urdido ya su plan y no tenía marcha atrás. Dos días. Dos días y un asunto menos del que preocuparse.

Tumbado sobre la hierba, su mente viajaba a la otra orilla con una tranquilidad impropia de él. Estaba despreocupado y no debería, no podía confiarse. Su plan estaba perfectamente organizado, pero sabía que estaba sujeto a cambios. Pensó en todas las variables, teniendo múltiples opciones de respuesta. Se relajó porque el Dios Supremo dictaminaría el resultado final y con él, su respuesta.

En esta tesitura, con un gran vaso de toscó barro con cerveza, Valerio observaba las estrellas con respiración pausada. Todos se habían ido al lecho. No debían abusar un segundo día de comida y bebida. Debían estar descansados.

—*¿Puedo acompañarte?* —preguntó Isela a varios pasos de él.

—*Si así lo deseas* —respondió tras incorporarse, sonreír y tomar un trago de cerveza. Luego le ofreció.

—*No, gracias. Ayer tomé suficiente* —explicó con cara de repugnancia—. *Pasará algún tiempo hasta que la vuelva a probar.*

—*Eso decimos todos alguna vez y, tarde o temprano, volvemos a caer.*

Ambos sonrieron ante la evidencia. Con los codos apoyados en el suelo, espalda inclinada, se sentaron en paralelo, contemplando el cielo estrellado, completamente limpio de nubes.

—*Supongo que te sientes pequeño con respecto a las divinidades que desde arriba y desde abajo nos juzgan* —comentó tras un breve silencio.

—*El mundo es mucho más vasto de lo que yo creía antes de hacerme soldado de Roma y creo que me queda mucho por ver. Eso es suficiente para ser consciente de que no somos más que sombras.*

—*¿No crees en los dioses?*

—*Tengo un problema. Creí en los dioses de mis antepasados durante un tiempo. Y algo queda. Pero conocí a un... no sé cómo explicarlo en tu lengua. Un semidiós. Sí, eso.*

—*¿De verdad?*

—Algo así. Me hizo replantearme mis creencias y ahora estoy entre ambas.

—¿En qué consiste?

—Es una larga historia.

—Ahora tengo tiempo —comentó en tono coqueto.

—Es una conversación para tiempos de paz. Hasta que no lleguemos a la frontera...

—Entonces nuestros caminos se separarán —interrumpió.

—Lo tienes decidido, supongo.

—Eso solo depende de ti.

Esa respuesta turbó a Valerio. Temía y deseaba a la vez la conversación. Aunque siempre era previsor, y hasta calculador, aquello le pilló desprevenido. No supo reaccionar y quedó petrificado. Isela se adelantó.

—Si he llegado tan lejos, no es solo por mi promesa. Ha sido por ti.

—Apenas me conoces —pudo decir al fin, recuperado ante la sorpresa inicial.

—Las acciones hablan por sí solas. Eso has dicho en alguna ocasión.

—¿Dejarías tu mundo, tu vida, tu pueblo por mí?

—¿Qué vida? ¿Qué pueblo? ¿El que me repudió tras mi primer marido? ¿El que me dio la espalda ante la violencia de mi segundo marido? ¿El que me obliga a pagar el precio de los abusos de otra mujer con poder a cambio de vivir en paz? —expresó indignada. Luego se calmó, hubo un corto silencio y prosiguió—. La vida que tengo la he construido yo misma. De la nada.

—¿Entonces la dejarías por mí, sin mirar atrás?

—¿Tú lo harías en mi lugar?

—La respuesta sería compleja.

—Entonces, ¿te quedarías aquí conmigo?

—Estoy tentado. Pero tengo un hijo y unos amigos que me esperan, me necesitan y quiero volver a verlos. Además, tengo una obligación para con Roma, mis hombres y mi Legio. Por otra parte, tu pueblo no me aceptaría. La dura vida que nos espera no es, ni mucho menos deseable, y menos si saben que soy un pequeño líder en Roma.

—¿Y tu pueblo me aceptaría?

—Costaría al principio, pero sí. Más, si te conviertes en mi esposa. Aunque deberías aprender nuestra lengua y costumbres.

—¿Es una proposición?

—No te mentaré. Esta situación me aterra. Por un lado, deseo muchísimo que vengas conmigo y ver qué nos depara el destino. Por otro, si nos

cansamos el uno del otro, estarás en un territorio que desconoces, con gente extraña y dependiendo de alguien a quien desprecias. Tú arriesgas más que yo y no me parece justo.

—Alguien debe hacerlo. No sé si los dioses me pueden castigar más de lo que ya lo han hecho. ¿Qué es lo que tú deseas?

—Eres una mujer fuerte. Estás haciéndote a ti misma, algo que no todo el mundo consigue o quiere. Y eso me encanta. Algo dentro de mí me empuja hacia a ti y da miedo. No soy un jovencuelo, mi futuro es oscuro y no quiero arrastrarte a él.

—¿Crees que para mí es fácil? No sé qué me espera una vez que cruce la frontera, no tengo ni una idea aproximada de tu mundo, mientras tú conoces el mío y mi lengua.

—Mi miedo es por ti. Tú lo arriesgas todo. No me gusta aprovecharme de alguien a quien aprecio y se ha portado bien conmigo.

Mantuvieron los ojos clavados el uno sobre el otro durante toda la conversación, sinceros, directos, con un fulgor tan fuerte como el sol de una mañana veraniega. Emociones contenidas que explotaron cuando Isela se abalanzó sobre Valerio, el cual no opuso ni una mínima resistencia. Durante minutos se fundieron en un apasionado beso en el que todo el ímpetu escondido explotó como un tonel de brea. Los vellos se erizaron, la respiración se aceleró, el deseo cargó el ambiente, las caricias se alternaban con una dulce violencia, una agonía que expiraba ante la rendición de ambos a las pasiones ocultas que estaban cansados de controlar. Ella, la valiente y decidida, él, el precavido e indefenso. Las tornas cambiadas. Ambos eran así, dependiendo de las circunstancias.

—Que los dioses nos guíen —expresó ella con la voz entrecortada, mientras sujetaba la cara de él con sus manos.

—O nos condenen. Ya estamos perdidos —correspondió casi sin aliento.

Con esto, la tomó en brazos y la llevó aparte. Decisión tomada, no había marcha atrás. Ella había decidido ponerse en manos de los dioses y él sabía que no debía despreciar los favores de la Fortuna.

Todos estaban dispuestos a partir pasados los dos días de rigor. Aprestados para el combate, con algunas provisiones, descansados y habiendo saciado todos sus apetitos. Pequeños placeres extra antes de salir en noche cerrada. La presa: romanos.

Todos en la aldea estaban durmiendo plácidamente. A nadie le importaban. Solo era gente que estaba de paso, como otros tantos. Solo «Orejas» y uno de sus guerreros veían como partían.

Wigmar, en cabeza de los trece hombres que componían la expedición, paró su caballo frente al anfitrión.

—*Tendrás tu recompensa pronto* —afirmó con tono monótono.

—*Es lo acordado* —contestó arrogante.

Después de esta breve charla de protocolo, espoleó su caballo y desaparecieron por el bosque. No se oía más que los sonidos de la noche, como el susurro de los árboles o el de aves ululando. De súbito, giró su caballo y se colocó en medio de los doce.

—*Ahora, más que nunca, debéis escucharme atentamente. Si queremos tener éxito y exterminarlos, haced exactamente lo que os pida. Es la única forma. Os diré los detalles cuando llegemos al punto exacto.*

—*Así será* —contestó por todos uno de ellos.

—*No obstante, hay una promesa que debéis hacerme* —continuó con un agrío hilo de voz—. *Estos romanos han demostrado sus capacidades para salir de trampas mortales. Hoy serán ellos o nosotros. Pase lo que pase — aquí se puso solemne—. Pero si la situación se torciera y, en el improbable caso de que nos vencieran, juradme que el último de nosotros que quede retornará a este poblado y acuchillará hasta la muerte a «Orejas».*

Todos quedaron sorprendidos. Tenían dudas y preguntas. Wigmar lo percibió tras ver sus caras de sorpresa y su falta de reacción.

—*Sé que os preocupan las consecuencias del acto. Os aseguro que no pasará nada, demasiada gente lo odia, pero ninguno se atreve. Además, nos ha traicionado. Y pronto lo descubriréis.*

—*Wigmar, yo cumpliré el cometido.*

—*¡Y yo!*

—*Así será.*

—*Es hombre muerto.*

Uno a uno, fueron jurando hacer cumplir su voluntad. La razón sustituyó al servilismo. Pese a todo, los motivos del asiático eran reales. Cierta era la inquina que sentían el uno por el otro, pero tenía urdido el plan desde antes de llegar a la aldea. Conocer a tu enemigo es fundamental. Especialmente si sabes que juega a dos bandas y que solo conoce trampas y ardidés.

EL *GLADIUS* ENSANGRENTADO

ENSOÑACIÓN. Isela y Valerio habían tenido un idilio durante dos días que, como era de esperar, los hacía estar en una nube. A ambos.

Valerio tuvo sensaciones que creía olvidadas en los tiempos de su primera mujer. Había habido varias tras ella, pero no era lo mismo. No había tenido esa conexión, esa complicidad, ni esa naturalidad. Con Achlys, por ejemplo, había complicidad y atracción, pero faltaba un punto de comprensión mutua, de interés común, de un plan conjunto. Ella era un alma independiente y caprichosa que no quería compromisos ni obligaciones.

Por otro lado, Isela solo conoció un idilio juvenil y temporal, que se apagó cuando la llama de la pasión no produjo frutos. Su actuación le demostró que el amor entre ellos era ficticio, y solo la entendía como un útero. La relación con Valerio era completamente distinta: él se esforzaba por no dejarse llevar por el deseo, por no vincularse emocionalmente, aunque sin éxito. Ambos precisaban un compañero de viaje, un alma comprensiva y fuerte con la que soportar los vaivenes de la vida. Por esta razón, tenían fe y esperanza en la relación. Máxime cuando dieron muestras sobradas de cariño frente a la gente. Dicho comportamiento no estaba especialmente bien visto en público en ambas culturas, pero nadie osaría decir nada. Solo miradas socarronas y comentarios de doble sentido que Valerio ignoró. Eso era inevitable y halagador: significaba que aprobaban la relación.

Con las primeras luces del alba todo estaba listo para volver a Roma. Desayunaron frugalmente un poco de avena con leche, se asearon, cortaron el pelo y afeitaron. Todo en menos de una hora.

Ropa limpia; armaduras y cascos pulidos; armas engrasadas; caballos cepillados; provisiones guardadas en las alforjas; heridas con vendas nuevas. Balbo se encontraba plenamente restablecido, al igual que Druso. Valerio progresaba muy bien. Solo Macro hacía pronosticar lo peor: parecía tener fiebre, lo que podía significar que la herida se había infectado y que probablemente moriría en días entre fiebres. Aunque parecía remitir. Un halo de esperanza. En este día estaba mejor.

Montados a caballo, esperaban junto a la puerta principal a que el Rey Viptanio se despidiera a modo de protocolo. Había que ser cortés con su anfitrión. Los habitantes se agolpaban en torno a ellos murmurando todo tipo de comentarios, en su mayoría buenos. A todos les movía la curiosidad. A paso lento, por su edad, llegó el decano ayudado por dos de sus hombres. Cerca de los jinetes romanos, colocaron para su rey una silla con un cómodo respaldo y cojines de plumas de ave para sus viejos huesos. Una vez sentado, Valerio desmontó en señal de respeto. Tomó una de las alforjas que llevaba colgadas del equino y mostró el pago: la cota de mallas y el yelmo de Nurto; el cuchillo de Isela y el caballo sobrante, que había trasladado el cuerpo sin vida del legionario desde el último encontronazo con la *Guardia Verde* hasta el valle.

—Creo que es un pago más que razonable por vuestra ayuda —exhortó Valerio con expresión dulce.

—Sí. Me parece un buen precio —afirmó laxo Viptanio. Unos sirvientes recogieron los presentes a una señal de su mano.

—Gracias por la hospitalidad. Roma será informada de que tiene un férreo aliado aquí.

—¿Mencionarás que somos desertores?

—No sois desertores —aclaró—. Cualquiera en vuestras circunstancias habría hecho lo mismo. Contaré que nos ayudaron unos germanos que sirvieron como auxiliares.

—No es necesario que mientas —hizo otra señal con la mano y surgió de la multitud un muchacho tirando de las riendas de su caballo—. Este joven es hijo de un legionario de la *Legio XVIII*. Siempre ha deseado volver a la tierra de su padre y no se lo he podido permitir. Ahora, con vosotros, no puedo decir que no. Él os guiará hasta la frontera.

—Toma tus bártulos. Nos vamos —dijo inmediatamente y con tono indiferente y mesurado.

—Estoy listo —respondió con firmeza.

—Gratitud otra vez, que la Fortuna os sonría...

—Hay algo importante que debo decirte antes de dejaros partir —interrumpió súbitamente con expresión seria—. Me han informado que Wigmar os está esperando para haceros una emboscada.

—¿No se cansa nunca? —expresó hastiado Macro.

—¿Sabemos dónde? —ignoró el comentario Valerio.

—Dicen que por el camino más largo y seguro.

—¿Quién lo dice?

—«Orejas». Un antiguo *lagman* que usa la información que posee en su beneficio.

—¿No estará aliado con Wigmar?

—Imposible. Se odian. Y contra nosotros no tiene nada. Se beneficia de intercambios tanto con nuestro poblado como con Roma.

—La situación puede haber cambiado.

—No tiene nada que ofrecerle. La *Guardia Verde* no tiene poder aquí y Wigmar es profundamente odiado por lo que te conté.

—¿Qué otro camino hay?

—Hay un camino secundario más corto, pero mucho más peligroso: un espeso bosque con pantanos y estrechos senderos.

—Perfecto para una emboscada —apostilló Vesper.

—En dos días estaréis en la frontera. Pero no me gusta. Ese bosque está maldito y es preferible enfrentarse con Wigmar y sus secuaces.

—¿Sabes cuántos son?

—«Orejas» dice que una docena.

—¿Estás seguro de toda esa información?

—No hay nada seguro en esta vida. Te advierto de lo que me han dicho.

—Cortemos por el camino corto. Otro encuentro con ellos no es aconsejable. Nos superan en número y no quiero arriesgar más vidas.

—Si es tu decisión, que Marte y Belona os protejan.

—Y que Juno os guarde —contestó, saludando a la manera militar romana.

Sin más dilación, montó sobre el animal y, en cabeza, salió por la puerta principal mientras, muchos de los miembros del poblado se quedaron junto al acceso principal viendo cómo desaparecían en el horizonte. El joven germano-romano se colocó a su derecha. Isela, a la izquierda.

—¿Cuál es tu nombre?

—Maio Aquinas. Como mi padre —expresó orgulloso.

—¿No tienes nombre germánico?

—Mi padre me enseñó que por mis venas corría sangre de hombres que habían ganado un imperio. Soldados valientes, mujeres virtuosas y campesinos trabajadores. Me dijo el gran honor que suponía ser legionario y formar parte de un gran sistema que era la luz en un mundo de tinieblas.

—Tu padre idealizó Roma. En parte es cierto. Pero también es un pozo de corrupción, peligro, degeneración y abusos.

—En Germania ocurre también.

—Ser más primitivo tiene sus ventajas. No hay un sistema perfecto. Espero que valores y seas crítico con ambos mundos una vez que los conozcas.

—Intentaré estar con los ojos y oídos abiertos.

—Y siempre alerta.

—Como siempre.

—No. En Roma es más difícil saber en quién confiar. Pronto lo descubrirás.

—¿Ni en vosotros?

—Hasta que no demuestres lo contrario, eres uno de los nuestros. Ahora, Aquinas, ve con Vesper a la vanguardia. Guíanos. ¡Andros! ¡Retaguardia!

—Este lugar es el fin del mundo —se le oyó decir a Ulpio con temor evidente.

No le faltaba cierta razón. La espesura del bosque hacía que el aire estuviera especialmente cargado. Habían pasado por innumerables bosques durante el trayecto, pero ninguno como ese. Para empezar, el sendero era tan estrecho que debían ir en fila para poder pasar. Si encontraran a alguien de frente, sería un grave problema. No obstante, no parecía que fuese muy concurrido, a juzgar por lo asilvestrado del sendero. Además, abrirse paso entre la maleza sería extremadamente complicado y lento. A esto había que unir que, si la parte transitable estaba en malas condiciones, atravesar la densidad del bosque lo hacía una misión muy lenta y agotadora. Nadie en su sano juicio lo haría.

Por otra parte, debían acercarse al mediodía y la penumbra del bosque a esa hora, con el cielo cubierto por nubes altas, era notable. Ahora Valerio entendía por qué lo consideraban un lugar maldito.

Sin embargo, lo que más provocaba incomodidad e impulsaba la cobardía de cualquier mortal era la bruma. Espesa y fría, recorría el bosque impunemente. En la zona pantanosa era más evidente y no dejaba ver más allá de tres pasos. Irían a ciegas. Peligroso y fatídico si tuvieran un mal encuentro. En ese momento, habían llegado a una lengua de tierra algo más espaciosa, antes de adentrarse en unos pequeños pero numerosos pantanos. También había algo más de claridad. Se alinearon junto al borde de aquel cenagal.

—Este es el punto crítico del viaje —explicó Aquinas—. Estos pantanos son bastante peligrosos. Andaremos un buen trecho por caminos bastante inestables. Mejor ir a pie que a caballo.

—¿Conoces bien el camino? —cuestionó Druso con nerviosismo.

—He tomado esta ruta alguna vez. Sobre todo para escapar de enemigos.

—¿Pueden emboscarnos con facilidad aquí? —siguió Vesper.

—Puede. A partir de aquí, la situación se complica.

—Si quisieras hacer una emboscada, ¿dónde la harías? —no se anduvo por las ramas Valerio.

—Difícil decirlo. Una pelea aquí sería complicada y de dudoso resultado. Tal vez más adelante, cuando el sendero se ensancha.

—Desmontemos. Estad atentos.

—Nos esperan —sentenció Vesper con la mirada clavada en el frente, justo cuando todos se estaban bajando de los equinos.

—¿Qué has visto u oído?

—Es una sensación, una corazonada. Hay demasiado silencio.

—Aquí siempre es así —puntualizó Aquinas.

—Demasiado.

—Me fío de tus corazonadas —opinó Balbo que ya las había comprobado.

—Todos nos fiamos —añadió Macro.

—Creo que estáis exagerando —contradijo Aquinas.

—Honor, Prudencia, Gloria —comentó Balbo.

—Tienes razón —se sumó Druso.

—Mejor eso que muertos —se unió Ulpio.

—Aprestaos para el combate —concluyó el *primus pilus* mientras quitaban las fundas a sus escudos—. A partir de ahora, silencio absoluto. Solo podemos guiarnos por nuestros oídos.

Avanzando lentamente por los estrechos caminos de barro, procuraban evitar entrar en contacto con las traicioneras aguas de los pantanos. Máxime con la cantidad de hierro que llevaban encima. Hubo tropezones, resbalones y trastabillazos. El suelo no era excesivamente estable. Las *caligae* y los calcetines estaban empapados, siendo difícil desplazarse con comodidad entre el fango. Además Druso, Balbo, Macro y Andros llevaban los típicos escudos rectangulares, impidiendo poder utilizar sus brazos para equilibrarse. Dichos elementos defensivos se encontraban en condiciones paupérrimas, pero todavía podían dar protección. Demasiado habían aguantado para todo lo que habían pasado.

El camino se hizo tedioso, reiterativo, interminable. Tenía razón Ulpio al decir que estaban en el fin del mundo. Parecía un castigo divino en el que, perpetuamente, tenían que recorrer el mismo sendero: flanqueado un pantano con arboledas a su alrededor, se encontraban con otro nuevo, rodeado de la misma bruma.

Al rato, parecieron llegar al final, empezando a salir a una parte más ancha, volviendo al lindero de otro profundo bosque. Seguía la bruma, pero algo más liviana.

—Por fin esto se ha acabado —musitó entre dientes Macro, enfurruñado.

Todavía no habían llegado todos a la parte más ancha cuando varias jabalinas empezaron a llegar desde varias direcciones: delante e izquierda de los romanos.

Como pudieron, se cubrieron o las esquivaron, sin provocar baja alguna exceptuando uno de los caballos. No hizo falta que nadie hablara. Desenvainaron sus armas y se dispusieron al combate en el más estricto silencio. Precisaban nitidez para saber por dónde les vendrían. Varios segundos de silencio y confusión. Aguzaron los sentidos. La respiración se aceleraba, la impaciencia emergía.

El Centurión se había colocado entre los dos subgrupos que se habían formado. Por un lado, los que iban con escudos rectangulares romanos atrás: Andros, Macro, Druso y Balbo; por el frente, los que no: Vesper, Ulpio, Aquinas e Isela. Estos dos últimos, con escudos redondos más ligeros.

Al poco, surgieron de la bruma como si de espectros se tratase, ya que tuvieron solo uno o dos segundos antes de escuchar cómo y por dónde llegaban. Eran sigilosos y cautos esos miembros de la *Guardia Verde*. A Valerio solo le dio tiempo a parar el fuerte golpe lateral de un hacha a dos manos con su *gladius* y *pugio*. Como no lo esperaba, salvándole su preparación y el estímulo, aunque no lo dañó, lo desestabilizó lo suficiente para dar cuatro pasos atrás, haciéndolo caer por un ligero terraplén hacia el pantano. El golpe también hizo que se cayera su yelmo, que se había dejado desatado para mayor comodidad. La caída al pantano fue bastante denigrante. Aterrizó quedando expuesto a cuatro patas como las bestias. Pese a todo, la profundidad en esa parte del pantano no era mucha, pudiendo recobrase con facilidad. Se alzó mojado, con los pies hundidos en el barro y el agua ligeramente por debajo de las rodillas. Se colocó en posición defensiva, esperando que el enemigo que lo había golpeado estuviera allí. Pero estaba solo. Veía sombras, escuchaba gritos en ambas lenguas, golpes de hierro y madera, gemidos, lamentos, caos, guerra. Sin embargo, él estaba solo, rodeado por agua y bruma. En posición defensiva contra un enemigo que no llegaba. Corroborando su soledad mirando en todas direcciones, se dispuso a unirse a la refriega. ¿Estaría bien Isela? ¿Y sus muchachos? En ese momento, a su izquierda, alguien había saltado al agua y venía a buen paso directo hacia él. Rápidamente pudo identificar sus rasgos asiáticos y su cicatriz, cuando

este dejó su rostro descubierto al quitarse su casco tipo *coolus* y lanzarlo a su espalda. Quería que viese la cara de su verdugo.

El lodazal lo perjudicaba: mojado, con tanto peso y con los pies embarrados, sería lento e inestable. Contra un enemigo como Wigmar, debías tener todo a favor. Posiblemente este fuera mejor con la espada. Por estas razones, miró a ambos lados esperando apoyo. Tenía tres opciones: huir y buscar a sus compañeros de armas, aunque estarían enfrascados en la lucha; defenderse y esperar que alguno le socorriera si acababan con los otros; o enfrentarse a él e intentar vencerlo. Optó por la última. No era justo para los otros que esperara ayuda cuando estaban todos combatiendo a sangre y fuego, como los sonidos del ambiente indicaban. Moriría con la *gladius* en la mano. Entraría con gloria en el Elíseo. Solo temía perder a Isela. Ya había arriesgado demasiado llegando hasta allí.

Sin pensarlo dos veces, se abalanzó sobre Wigmar cuando estaba a pocos pasos, alternando ataque y defensa con su *gladius* y *pugio*. Ahora atacaba, ahora amagaba, ahora defendía. Certeros movimientos que, inicialmente, precisaron de un esfuerzo por parte del líder de la *Guardia Verde*. Pero este, no se amedrentó. Esquivó bien sus tajos y estocadas, contraatacando en el momento preciso. Si bien la técnica de Valerio era sencilla y profesional, mecánica, la de Wigmar era más elegante y depurada, precisa. Por eso, aunque detuvo todos sus embistes, vio que no tenía nada que hacer. Requería más esfuerzo por lo pesado de sus ropas y la poca movilidad de sus pies. Era cuestión de tiempo.

Descansaron unos segundos, midiendo por dónde atacarse el uno al otro. El romano se adelantó buscando acercarse todo lo posible, procurando tener la ventaja de que sus armas eran más cortas que la *spatha* del asiático. Pero este no era estúpido y supo leer sus intenciones, empleando secos mandobles cuando se acercaba en demasía. En un movimiento desacertado, cuando creyó ver un punto débil, lanzó una cuchillada con su *gladius*, a la par que intentó hincar su *pugio* en el pecho enemigo. Wigmar lo evitó con un puñetazo con su izquierda y rapidísimo contragolpe de su *spatha*, que provocó que Valerio perdiera su arma principal y cayese de espaldas. Aprovechando la confusión, Wigmar lanzó un fuerte golpe de arriba abajo que Valerio consiguió parar a duras penas con su *pugio* y la cota de mallas evitó que entrara en la carne. Pero lo dejó sumamente dolorido. Solo atinó a darle con la plantilla de su desgastada *caliga* en el pecho, lo que lo alejó varios pasos.

Se puso con rapidez en pie, buscando inútilmente su *gladius* por todas partes, mientras mantenía su otra arma con la izquierda en alto, a modo

defensivo. Ahora sí estaba completamente empapado. Estaba perdido. Una vez recuperado de la patada, Wigmar se dispuso a acabar con él. Ya estaba hecho. Incluso Valerio se incorporó, dejando de buscar su *gladius*. Cambió de mano su *pugio* a la derecha y se preparó para lanzar su último ataque.

Pero de repente, Wigmar se paró en seco, mostrando su ira en su semblante. Vesper apareció, con sus armas manchadas de sangres, y se encaró con él. Venía a por más.

El asiático se preparó. Sus hombres habrían fracasado. Esos romanos eran realmente duros, pero acabaría con ellos; primero el *tesserarius*, luego el Centurión. Y los demás, uno a uno. Llegaría hasta el final.

—Es mío.

Fue todo lo que precisó decir Vesper. Acto seguido, comenzó una serie de golpes y contragolpes muy rápidos y certeros. Al poco, un corte en el hombro izquierdo del asiático; instantes después, otro en costado derecho, tras una finta, y en el siguiente movimiento, clavó su *gladius* en la espalda.

Wigmar no creía lo que estaba pasando. En pocos segundos había pasado de estar a punto de cumplir su objetivo, a estar visto para sentencia. Todo había sucedido tan rápido que no podía ser de verdad. No debía ser verdad. Lanzó una mirada a su asesino y una última cargada de amargura y decepción a Valerio. Tras esto, Vesper, a su espalda, sujetando con su mano derecha la cabeza de su enemigo, lo degolló. Así llegó el fin del «perro de los suevos», el líder de la caballería de la *Guardia Verde*, el asiático que se hizo un hueco entre las tribus germanas y el perseguidor de romanos. Una muerte rápida y digna para un guerrero.

—¡Dioses! Me había vencido y lo has matado con suma facilidad — expresó el *primus pilus* con una mezcla de alegría e incredulidad, mientras volvía a la búsqueda de su *gladius*.

—Era bueno —opinó el otro—. Con las historias que hemos oído de él, quería ser yo quien comprobara si su fama era merecida.

—Creo que algo sé del noble arte del combate, menos que tú, claro está, y por dos veces me había vencido. Tú has acabado con él rápidamente.

—La mayoría de los enfrentamientos deben resolverse en no más de tres o cuatro movimientos. Si hacen falta más es porque hay equilibrio, torpeza o exhibición. Estás empapado, tenías desventaja. Y además era bueno. Me han hecho falta una decena de ataques para dejarlo a mi merced.

—Espero no tener un duelo jamás contra ti —reflexionó.

Una vez encontrada su arma, ambos salieron del pantano buscando ver el resultado de la contienda. Estaba claro que habían vencido. La pregunta que

quedaba era... ¿a qué precio? Cuando llegaron, el suelo estaba tinto de sangre y se escuchaban lamentos en una esquina. A lo lejos se escuchaba el galope de varios caballos. Empezó a contabilizar enemigos. Siete abatidos. Junto a ellos, Aquinas estaba sentado en el suelo, con su *gladius* del tipo Maguncia clavado en el hígado de uno de los germanos. Tenía un feo tajo en el gemelo derecho, usando ambas manos para tapar la herida. Se había defendido bien.

A pocos pasos de él, Ulpio yacía muerto. Había tenido una veloz muerte: un enorme tajo en la cara se la había desfigurado. Casi ni se enteró. Murió como vivió: temeroso de los dioses pero encarando el infortunio. En silencio. Pese a que hablaba varias lenguas, parecía que todas las palabras las albergaba para las divinidades de sus antepasados. Una vida azarosa lo habían empujado a esa introversión y misticismo. Se convirtió en un elemento indispensable en la expedición por su puntería, su flema y sus dotes exploratorias. Si bien no se hizo un hueco por su cercanía, sí se lo hizo por su afabilidad y su profesionalidad. Seguro que sus dioses lo aguardarían con impaciencia.

Los gemidos de la esquina provenían de Macro: le habían dado múltiples hachazos en el torso, mano izquierda y cuello. No le quedaba mucho. Acuclillado tras él, sosteniéndolo entre sus brazos, Druso taponaba infructuosamente la herida del cuello.

Valerio se acercó con rapidez y tomó su mano. Intercambiaron miradas de temor y dudas. No se quería ir.

—¿Dónde están los demás? ¿E Isela? —gritó sin apartar la vista de Macro.

—Aquí llegamos —dijo Balbo a su espalda con satisfacción, mientras se acercaba—. Hemos matado a tres más y se nos han escapado dos. Es el fin de esos sodomitas que... ¡Oh!

Balbo y Vesper se pusieron alrededor del moribundo Macro, como ya estaban el Centurión y el viejo Druso. Andros se mantenía en guardia a cierta distancia, e Isela contemplaba la escena mientras recuperaba el resuello, limpiando el *gladius* de Nurto con la ropa de un caído.

Sin duda, Macro era un hombre rudo, vividor y violento. Era un falócrata misógino, altanero, fanfarrón y bravucón, pero también leal a los suyos, valiente y un excelente legionario. Cualidades no muy comunes esos días. Además, su faceta simpática y sociable lo hacía popular entre todo el campamento de *Vetera*. Era normal en una persona dada a los excesos. Una dupla que rodea a todo ser humano: el maniqueísmo no existe, todo el mundo tiene cualidades maravillosas y loables que conviven con las mayores

ruindades interiorizadas en el alma. Hay que valorar lo positivo y mantener a raya el mal endémico que nos corroe. Para Macro, era tarde. Solo podían acompañar, en sus últimos instantes, a su hermano de armas que había compartido todas las penurias.

Druso, con los ojos llorosos, no atinaba a decir nada. Balbo y Valerio, los más habilidosos con las palabras, tampoco sabían que decir. Vesper, con una revisión rápida, vio que no había nada que hacer y fue el que tomó la palabra.

—Relájate, Macro —empezó a decir en un tono dulce y tranquilo—. Nos encargaremos de tu hijo. Todo irá bien, ya estamos muy cerca. Nos llevaremos tu cuerpo y le daremos sepultura en suelo romano. Ahora, cierra los ojos y descansa. Ve con los dioses, no los hagas esperar.

Mientras hablaba, Macro no dejaba de mirarlo, hipnotizado. Relajó su cuerpo, cerró sus ojos, respiró cada vez de forma más pausada, sonrió lacónicamente y expiró.

—Buen viaje, hermano. Nos veremos pronto.

Todos se alzaron, inclinaron la cabeza y se llevaron el puño al pecho. Así estuvieron varios segundos, honrando a un compañero de fatigas. Seguramente no hubiera sobrevivido a la probable infección que tenía en su herida de la pierna. En cualquier caso, su sufrimiento había durado poco.

Tras un corto silencio, Valerio tomó la iniciativa.

—Habéis demostrado gran coraje y determinación —arengó orgulloso—. La élite de los pueblos germánicos, con superioridad numérica, ha sido rechazada y habéis sobrevivido. Que los dioses sean testigos de la proeza y den miel a nuestros bravos caídos.

Desenvainó su *gladius* e hicieron el saludo de su hermandad. Otra vez. Se llevaron la empuñadura a su corazón, luego con ese mismo brazo, echaron el codo hacia atrás y por último lo alzaron con firmeza. Isela y Andros repitieron. Honor, Prudencia, Gloria.

—Cuando volvamos, todos los que no forman parte pasarán la prueba —continuó—. Ahora hay tarea que hacer. Vesper, mira la herida de Aquinas. *Isela, registra a la Guardia Verde. A ver qué hay de valor* —cambió a lengua germánica y volvió después al latín—. Druso y Balbo, cargad los cuerpos de Ulpio y Macro sobre los caballos. Luego, ayudad a Isela con el botín. Andros, vigila que los dos que han escapado no nos den una desagradable sorpresa. Yo iré a por los otros caballos.

Todos fueron a cumplir su cometido inmediatamente y, aunque apenados por la muerte de sus compañeros, estaban alegres por estar vivos y haber acabado de una vez y para siempre con sus perseguidores.

Valerio tomó firmemente a Isela del brazo, acercándola a él para besarla apasionadamente. Mientras lo hacía, se abrazaban con fuerza, para luego alternarlo con suaves caricias. Tras varios segundos, se separaron lentamente.

—*¡Alabada sea la voluntad del Dios Supremo!* —afirmó tembloroso Valerio.

—*Con lo que hemos pasado, un puñado de guerreros no me separarán de ti* —expresó emocionada—. *Además, Vesper velaba en demasía por mí. Tanto, que no he estado en peligro ni una sola vez. Es increíble verlo combatir.*

—*Es el mejor.*

—*¿Se lo pediste?*

—*No hizo falta. Tenemos un vínculo muy estrecho entre nosotros. Él hizo de mí. Ya eres uno de los nuestros. Pronto, tú también formarás parte de nuestro círculo íntimo.*

—*Ahora, nada se interpone en nuestro camino.*

—*Y tengo más claro que deseo ver lo que nos depara el destino. Juntos.*

Un beso más corto, pero no por ello menos intenso, y cada uno se dispuso a agilizar el proceso para salir de allí cuanto antes. Todos estaban ansiosos por llegar definitivamente a la frontera.

Atardecía. El cielo rojizo mostraba cómo se despedía el sol. «Orejas», tumbado sobre la hierba, escrutaba el cielo. Como antiguo *lagman*, vio malos presagios. Un paso más que había tenido que dar para el ascenso social sin jugarse el pellejo. Supersticioso, dio órdenes precisas para que dos de sus guerreros montaran guardia toda la noche y que nadie lo molestara bajo ninguna circunstancia. ¿Tendría que ver con la jugada a dos bandas que preparó? El honor era para los débiles y los que no sabían hacerse a sí mismos, se decía continuamente. El poder era la capacidad de controlar a otros mediante la extorsión o el miedo. El honor estaba fuera de la ecuación, por lo que solo lo empleaba para sus fines.

Poco después, empezando a anochecer, surgieron del bosque dos miembros de la Guardia Verde a caballo. Uno, herido de flecha y el otro intacto, sin escudos, ni lanzas, ni jabalinas, ni cascos. Bajaron de los equinos. Para ser honestos, el herido se dejó caer, dolorido. El ruido atrajo a la población de la aldea, que se asomaron tímidamente, a excepción del líder. El guerrero sano, con la mirada clavada en la choza principal, desnudó el *gladius* que llevaba pendiendo en la cadera izquierda, arrebatada a un legionario en el

«puerto de las rocas». Chasqueó sus dedos y señaló al herido para que fuese atendido. Sin esperar respuesta, caminó decidido a cumplir su cometido. Los dos jóvenes guerreros que vigilaban miraron estupefactos sin saber bien qué hacer.

Un tercero, y último, que estaba oculto dentro de otra choza menor, surgió a la carrera contra el veterano miembro de la Guardia Verde, blandiendo un hacha para matarlo. Con dos rápidos y certeros movimientos, el veterano hombre de Wigmar rajó verticalmente a su enemigo por el pecho y le clavó su *gladius* en el cuello. Sin casi inmutarse, prosiguió hacia la choza con tal determinación que, al llegar a pocos pasos de los dos centinelas, estos dudaron, y acabaron por clavar las puntas de sus lanzas en el suelo, dejándole pasar sin oposición.

Al entrar, encontró a «Orejas» mirándolo con sorpresa y curiosidad, pero sin temor. Dejó de comer y beber, se puso en pie tranquilamente, y de inmediato, comenzó a hablar con mesura.

—*Veo que habéis fracasado. Esos romanos son huesos duros de roer y ya no podrás volver con Eberhard.*

No se dignó a contestar. Simplemente se fue acercando progresivamente. El veterano líder prosiguió su discurso.

—*¿Qué te parece si combates para mí? Esos inútiles ni siquiera te han plantado cara. Necesito a hombres como tú. Piénsalo. Comerás lo que quieras, beberás los mejores brebajes y tendrás chuminos variados.*

Todavía estaba hablando, cuando el miembro de la *Guardia Verde* empezó por darle un corte en la pierna que lo hizo caer de bruces al suelo.

—*¡Ah! ¡Maldito bastardo! ¡Eres hombre muerto! ¿Es que no sabes quién soy yo?*

En ese momento, examinó la sangre que había en la hoja de su *gladius*, todo con una lentitud estudiada. Se agachó muy próximo a él con expresión taciturna.

—*Quien nos ha traicionado.*

Sin mediar otra palabra, empezó a apuñalarlo a dos manos sin piedad y con una furia inusitada. «Orejas» solo pudo gritar pidiendo ayuda infructuosamente. Recibió veintitrés profundas puñaladas. Terminada su obra, tomó algo de comer y vació el vaso de met^[118]. Al poco, salió por la puerta. Los habitantes, agazapados, quedaron sobrecogidos cuando lo vieron reaparecer completamente tinto de sangre y con expresión enfurecida. De su *gladius* caían gotas carmesí del acto que acababa de perpetrar.

—¡Os dije que curarais a mi compañero! ¿A qué esperáis? ¡Sois de mi propiedad ahora!

Todos lo entendieron: no podía volver porque no pudo acabar la misión. Estaba en un punto muerto. Así que decidió quedarse con el botín de guerra que había ganado por derecho: gobernar la aldea. Nadie amaba a «Orejas», pero tampoco nadie se atrevía a matarlo. Los dos últimos supervivientes de la expedición de Wigmar querían afincarse allí y sustituir al líder. Toda la región suspiraría tranquila por su muerte.

Lo que ninguno de los dos sabía era que sus días estaban contados. Los líderes vecinos no podían permitir semejante afrenta: guerreros de otra región matando a uno de los suyos y quitándoles tierras. No podía haber ningún hombre de Eberhard allí y menos como jefe. Aunque se tratara de renegados.

—¡La frontera! —gritó con alegría Druso.

Los expedicionarios pudieron ver un campamento auxiliar, de pequeño tamaño, rodeado por las típicas *canabae*^[119]. Seguramente, la posición más adelantada. Ya estaban en Roma. Además, para alegría de los presentes, parecía tener bastante vida porque, a la distancia que se encontraban, había movimiento de gentes y animales. Lo que se traduciría en una cierta paz y estabilidad. Lo que precisaban.

Habían pernoctado en un claro del bosque. Al anoecer, pudieron ver cómo la espesura del mismo fue bajando hasta unos niveles más comunes. Cazaron, encendieron un fuego y descansaron. Aprovecharon para cambiar el vendaje a Aquinas, drogarlo un poco para mitigar el dolor y que durmiera toda la noche. Precisaban que estuviera lo mejor posible al día siguiente. También amortajaron a sus dos compañeros caídos, dejándolos solo con su túnica, sus desgastadas *caligae* y sus enseres personales. Había que proteger sus cuerpos de las inclemencias del tiempo evitando, además, una pronta descomposición. Los arreos militares fueron reaprovechados: Vesper tomó el arco y las pocas flechas de Ulpio. El otro arco tenía los tendones de la cuerda bastante deteriorados, por que ardería con el asiático.

Paralelamente, Balbo hizo un detallado inventario de lo que habían obtenido de los 11 miembros de la Guardia Verde que habían matado: 8 cascos romanos de varios estilos y metales, 4 armaduras de cuero, 7 cotas de mallas, 1 *gladius* de estilo Maguncia, 5 *spathae*, 2 espadas germánicas, 6 hachas de varios tamaños, 9 jabalinas, 10 dagas y 3 escudos utilizables. La mayoría de lo obtenido, de una calidad bastante aceptable. También, una

decena de pares de botas aprovechables, ropa variada, algunos ornamentos de oro, plata, bronce o piedra, comida, y media docena de caballos. Un suculento botín que venderían en su mayoría.

Valerio hizo un repaso mental de todos los que habían caído por el camino desde que llegaron al «puerto de las rocas»: al menos unos seiscientos habían muerto y, a la par que un centenar más dudaba que siguieran respirando. Gansa, el marino, estaría entre los agraciados que tal vez salvaran la vida.

De forma más específica, los legionarios Saturnino y Fulvio, el auxiliar Kalbo y el Centurión Marco Juno murieron en la toma del puerto. El legionario Bestia fue gravemente herido, pudiendo haber muerto en Gesoriacum. Luphias, el librarius, fue asesinado por el Tribuno Calosio Domitio. Los legionarios Laico, Perdio y Silvano, el auxiliar Musa, el Centurión Trásea Quirino, el Centurión auxiliar Marcelo Paulo, el Prefecto auxiliar Cornelio Prisco y el Tribuno laticlavus Cneo Fabio Sabino perdieron su vida en la defensa del bastión. El Optio Casio, herido de gravedad, tal vez salvara su vida como le pasó a Sócrates, la mascota de sus hombres. Los legionarios Sergio, Celio, Nurto y Macro y los auxiliares Lovis y Ulpio cayeron en el difícil retorno a Roma. Muchos nombres propios. Profesionales o no, honrados o corruptos, valientes o cobardes, nada de eso importaba ya. Todos, bajas por un puerto que a nadie importaba y con un sufrimiento que nadie lloraría, excepto familiares y amigos. Un sacrificio inútil. Lo único que Valerio podía sacar en limpio es que habían hecho mucho daño a varios pueblos germanos, mostrando que atacar a los romanos tenía un precio muy alto. En este caso, no hubo vencedores. Victoria pírrica. Deseaba que cada uno se mantuviera en su lado de la frontera para siempre, al menos, un tiempo de *statu quo*.

Esa noche, otros pensamientos se entrecruzaban. Por un lado, estaba su anhelo de ver a su hijo, a Ditalkon y a Risa. Su familia. Quería ver cómo se encontraban y pasar tiempo con ellos, gozar de su compañía. Por otro lado, quería disfrutar de la aventura que se estaba gestando con Isela. Quería descubrir cómo se desarrollaba, con los miedos propios de cuando se empieza cualquier relación, pero con la esperanza de un futuro feliz y prometedor juntos. Sabía que no le daría hijos. O quizás sí. ¿Quién sabe? No obstante, eso no le preocupaba porque ya tenía uno y su compañera de viaje no era solo un útero. Quería una mujer fuerte, con iniciativa para que tomase las riendas de cualquier situación si no estaba él presente y ella parecía completamente capaz. Solo le faltaba que asentara su madurez y entendiera su entorno. Una vez aprendida la lengua y las costumbres, sería una gran matrona romana.

Pero todo esto de nada servía si sus argumentos y pruebas no bastaban para ser juzgados como desertores. Tenía una prueba irrefutable de inocencia, un as en la manga. Aunque la corrupción de las instituciones era por todos sabida y tal vez no fuese suficiente. Al menos tenía a los dioses o a su Dios Supremo, o a todos a la vez de su parte. Si no, no tenía sentido que hubieran llegado tan lejos después de tantas vicisitudes.

Sí. El *primus pilus* afrontaba el futuro con esperanza. E Isela. Y Balbo. Y todos los demás. Había razones para ello.

Al poco de amanecer, tras una noche benigna en cuanto a su temperatura y los ruidos propios de cualquier lugar al aire libre, se pusieron en marcha. Antes de que el sol llegase al cénit, alcanzaron el baluarte fronterizo. Sonrientes, ansiosos.

El Centurión, acompañado por Isela, se adelantó unos pasos hasta llegar al trote a la puerta del campamento, custodiada por dos auxiliares.

—¿Quiénes sois? —preguntó uno de los auxiliares.

—Nosotros somos Roma —sentenció solemne—. Traigo nuevas del Norte y debo hablar con tu superior de inmediato.

—¿Quién debo decir que está aquí? —dijo con cierto desdén el otro.

—Sexto Valerio. *Primus pilus* de la *Legio V Alaudae* —expresó poniéndose el casco con su distintiva cresta transversal, añadiendo impacto a su presencia. Los torques y las faleras que llevaba ocultos bajo su *paenula*, los mostró también.

—De inmediato, *domine*.

EL PANEGÍRICO

JUSTICIA. Era la palabra que más resonaba en el senado. Balbo la empleaba con asiduidad para que calara dicha idea en la cabeza de los senadores. Argumentar y convencer se puede considerar un arte, junto con la retórica y la oratoria. El *signifer* sabía que poseía ese talento innato.

Estaban ya entrados en el mes de agosto. Más de dos meses habían pasado desde su llegada al *limes*. Y ese día, allí estaba, frente a algo más de doscientos senadores que habían acudido, comenzó a exponer con detalles, de forma épica, la lucha encarnizada por sobrevivir a todas las trabas que les habían puesto el destino. Obvió, queriendo, ciertos nombres y momentos, previas instrucciones de Valerio, aunque Balbo tenía un don natural para las tramas políticas, y con un guión muy estudiado para medir bien sus palabras, buscando el mayor impacto y una posición favorable del senado.

Su función: reclamar justicia por los abusos de autoridad del Legado; un reconocimiento a la memoria del Tribuno Cneo Fabio Sabino; recompensas por los servicios prestados, tanto a los caídos como a los que hubieran sobrevivido. Los viejos senadores, en su mayoría, escuchaban con atención el panegírico en honor a Fabio con agrado. Los cambios del tono de voz, su entonación, su desenvoltura en el centro de la sala, sus pausas, su teatralidad en ocasiones... parecía que llevaba toda la vida haciéndolo. Su forma de hablar tenía cautivado a casi todo el público, aunque su contenido provocara gran disparidad de opiniones: unos a favor del Legado y otros partidarios de Fabio.

—... Y de esta manera, *patres conscripti*^[120], Roma se ha visto subyugada por el interés personal de uno de los optimates. Y es cierto, sois los más capaces entre todos para mandar —pausa para dar firmeza a las palabras que vendrían después—. Pero Roma está por encima de nuestra clase, nuestras capacidades y nuestras ambiciones —bajó su tono—. Justicia es lo que pedimos, justicia para el Gran Fabio. Uno de los vuestros, el último descendiente de Fabio Máximo, el escudo de Roma, su digno sucesor. Justicia para el pueblo de Roma y los más de seiscientos cincuenta hijos que se han

ido con él. Los dioses son testigos de la veracidad de mis palabras y los acogerán bajo su protección en el Elíseo.

»Debo añadir que algo positivo sacamos de todo esto, además de mostrar nuestro valor y resolución a la hora de salir airosos de mil peligros —otra pausa estudiada—. Descubrir que unos pocos de los supervivientes del desastre de Teotoburgo siguen con vida, fieles a Roma, es alentador. Probaron dicha lealtad dándonos cobijo, alimento y protección. Además, uno de ellos nos acompañó hasta la frontera, queriendo ser integrado dentro de las *Legio*, como así lo fue su padre. Él podrá dar testimonio de la verdad, si precisáis de más pruebas.

»Sin más dilación, *patres conscripti*, en nombre del *primus pilus* Sexto Valerio quiero expresar mi gratitud por vuestra paciencia. Que los hados os sean favorables.

Con una reverencia, se dispuso a abandonar el centro de la sala, dirigiéndose a una esquina. Sin embargo, entre el murmullo de los senadores comentando la moción, se alzó uno de los más mayores, e interrumpió su paso carraspeando con fuerza. Balbo, algo preocupado, pero con semblante hierático, se tornó frente a la sala.

—Antes de que te vayas, joven *signifer*, quería preguntar algo —habló con voz clara y serena cuando todo el mundo se hubo callado. Puso énfasis al decir «joven», con intención—. Has dicho, primero, que eres el representante enviado por un *primus pilus*. ¿Por qué no ha venido él en persona? ¿No somos dignos de su presencia? ¿Acaso con tal férrea defensa de Fabio infravalora a aquellos que representan Roma?

—Mi *domine* Sexto Valerio tenía que arreglar los asuntos de la *Legio V Alaudae* antes de venir aquí. Entre otras cosas, decidir quién ocuparía la enorme cantidad de vacantes que supliría la primera cohorte. Pero no te preocupes, *domine*, llegará en un par de días. Las obligaciones le retenían y, si el noble senado tuviera a bien esperar a esos días, él resolverá las cuestiones que yo no soy digno de responder —su réplica sacó algunas sonrisas, aunque su tono era servil.

—¿No hablas por él?

—Me ha permitido esa potestad, *domine*. Pero solo si me veis capacitado para ello.

—En tal caso, respóndeme a esto —empezó a bajar lentamente los escalones del senado hasta colocarse cerca de él—. ¿Qué pruebas tienes? El Legado de Germania Inferior, aquel contra el que perjuras, afirma que tuvisteis la orden de regresar y que no lo hicisteis, que fue un ataque

preventivo por cuenta propia y que Fabio deseaba que sus hazañas destacaran. Decía que el personalismo del que hablabas lo tenía Fabio.

—*Domine*, el Tribuno Fabio no necesitaba destacar a final del verano en un ataque suicida. Tengo una carta redactada con el sello del César, según la cuál, le prometía el gobierno de una *Legio* —hubo expresiones de sorpresa y murmullos—. En cuanto a las pruebas, aquí guardo también la orden de movilización del Legado. Lo demás, lo dejo a tu buen juicio.

Aquel veterano senador quedó estupefacto. De entre su toga, el joven hispano sacó los dos rollos que ya tenía preparados. Fabio, previsor, los había guardado con sumo cuidado desde que supo de la traición. A su muerte, Valerio los tomó del lugar donde el propio Tribuno los había guardado, las cuales le había ordenado tomar si las cosas se torcían. Le había confiado la única carta a su favor. Para evitar su deterioro, los metió dentro de una funda protectora de cuero endurecido. El Centurión, previsor, le había encargado a Vesper que los llevara. Si había alguien difícil de matar, sería él. Y cumplió su cometido.

El viejo senador se puso a examinar los rollos con incredulidad. Tal vez amigo o familiar del ex-Legado. No pudo o supo argumentar nada más, ya que la orden de movilización también llevaba el sello del Legado. Por esto, con gran escarnio, volvió a su asiento con paso pesado, mientras Balbo se quedó quieto como una estatua. Tito Flavio Sabino, cónsul sufecto^[121] de Roma, se alzó de su escaño, dirigiéndose con paso ceremonioso junto a Balbo, y tomó la palabra.

—*Patres conscripti*, hemos escuchado a este valiente soldado de Roma —le sonrió y tomó los rollos—. La fatiga se acumula y la jornada ha sido ardua. Departiremos sobre ella mañana, si les place a los presentes, a una hora en la que el calor no apriete con tanta fuerza.

Sin esperar lo que la mayoría decidiera, muchos se pusieron en pie para salir de allí para refrescarse. Balbo, con prudencia, se quedó con la cabeza gacha, en señal de respeto, y esperó a que le dieran permiso para salir de allí. Habían dejado este asunto para lo último y el sol de justicia del mediodía atacaba sin piedad a los presentes.

Cuando había salido la mitad de los senadores, el cónsul Flavio Sabino le puso su mano en el hombro y le habló en voz baja.

—Sé que no te ha gustado que haya postergado la votación, pero créeme, es lo mejor que puedo hacer por ti y por Fabio —su tono era cordial, sincero y cercano—. Estoy de tu lado. Tienes mis simpatías: estamos emparentados y creo en lo que dices. Cuando el César se entere de lo aquí departido y,

créeme, se enterará, tomará la decisión más acertada a expensas del senado. Es un asunto tan delicado, que seguro que será él quien tome las riendas.

—Nos damos por satisfechos, Cónsul —expresó con satisfacción—. Que Marte y Belona nos guarden a todos.

Dos días después, como bien había dicho el *signifer*, llegaron los demás supervivientes del «puerto de las rocas»: Sexto Valerio, Vesper, Druso, Andros e Isela. Junto a ellos, Ditalkon y Risa los habían acompañado por lo que pudiera pasar, en contra de los deseos del veterano *primus pilus*. También *Sócrates* fue con su dueño. Aquinas acompañó a Balbo desde el primer momento, por expreso deseo del mismo y por su falta de vinculación real al ejército romano. Demostró que tenía buenas capacidades personales y experiencia.

Valerio había organizado todo en el campamento con notable soltura y eficacia, provocando un elocuente elogio por parte de Cneo Domicio Corbulón, actual Legado de Germania e íntimo amigo de la familia de Fabio. Él mismo, ante la seria incursión de los catos en territorio romano, preparó una exitosa expedición punitiva con la *Legio XV Primigenia*, una *Vexillatio* de la *Legio V Alaudae* y auxiliares, que llegó hasta el corazón de su territorio. Parecía que llegaría más lejos. Nadie podía detenerlo. Su pretensión, y la hubiera conseguido sin duda, era liberar el «puerto de las rocas» si no hubiese sido atacado por las hordas de Eberhard. Fabio nunca lo dijo, pero le mandó una misiva a Corbulón en la que expuso cuál era la situación que se iba a encontrar en Germania. Pronto oiría rumores sobre la veracidad de que Fabio era un desertor. Desde hacía un mes, sabía que no era necesario correr a socorrerlo, cambiando su estrategia e intención en territorio hostil.

El Centurión, como parte de su deber y principios éticos, quiso saber qué había sido de los posibles supervivientes que lograron escapar de la trampa mortal del fatídico puerto. De los heridos de la primera incursión dejados en *Gesoriacum*, algo más de una veintena consiguieron recuperarse e integrarse a la milicia. Entre ellos, Bestia, el legionario que formó parte de los ocho expedicionarios que tuvieron el cometido suicida.

Por otro lado, la única nave que les quedó llegó con éxito a territorio romano. La pericia de Gansa permitió que una tormenta no destrozara su galera. Además, como estaba cargada de heridos y algunos legionarios ilesos, muchos sobrevivieron. Casio, el *optio* de Valerio, no logró sobreponerse a sus heridas. Pero tuvo el consuelo de morir en suelo romano. En esta tesitura, se

encargó de que sus efectos personales y sus pequeños ahorros fuesen a su concubina. Al menos no dejó hijos a los que tener que mantener sin padre.

Por su parte, Gansa recibió un pago aceptable por sus servicios, lo que le ayudó a poder botar otra nave y seguir con sus negocios.

Recapitulando, de los 798 que partieron, contando a Valerio y sus favoritos, 125 seguían con vida. Aunque, para ser justos, 34 de ellos habían quedado mutilados o inútiles para el servicio militar. Además, solo 6 supervivientes eran auxiliares, el resto, legionarios. Un altísimo precio.

Con permiso del actual Legado, el *primus pilus* abandonó la Germania con la comitiva esperada y llevándose todo lo que poseía. No sabía qué sería de él tras contar lo sucedido: podía ser trasladado, ascendido, degradado, ejecutado o encarcelado.

Como ninguno procedía de la capital, Silvia, hermana mayor de Fabio, casada con el senador Sixto, había insistido en que fueran sus huéspedes en la *domus* de su hermano, bien situada en el Palatino. Ella misma, acompañada de varias esclavas y con expreso permiso de su marido, se instaló con ellos en la *domus* hasta que el proceso finalizara. Estaba deseosa de saber la resolución que tendría la moción presentada por el *primus pilus* representada por Balbo. Paralelamente, también quería mostrarse atenta con aquellos que velaban por la memoria de su hermano. Tanto era así que, al llegar Valerio con el resto de su comitiva, Silvia los recibió con sinceras muestras de afecto y los agasajó con todo lo que tenía disponible. Fabio tenía una estrecha relación y una amistad probada con su marido. Precavidos, los invitados fueron sobrios en sus peticiones: comida sencilla, bebida con moderación, baños diarios y compañía femenina ocasional.

Ditalkon y Risa, por primera vez en Roma, estaban completamente extasiados: la magnitud de la urbe, sus ruidos, la cantidad de gente en sus calles... una locura deliciosa para gente poco acostumbrada a las ciudades desde que dejaran Jerusalén, hacía más de una decena de años. Sin embargo, no querían vivir nunca en la capital. Demasiado caos, demasiado impersonal, demasiada inseguridad.

Sus almas se alegraron al ver que Valerio seguía con vida. Risa nunca perdió la fe de que volvería con ellos. Por esto, cuando apareció, lo colmó de besos y abrazos. Era como un hijo para ella, y ella otra madre para él. Ditalkon lo recibió con un fuerte abrazo. Había sido más un hermano que un padre. Prometieron acompañarlo donde los llevase su destino. Posiblemente no los necesitara mucho, los años no perdonaban, aunque su fidelidad se mantenía intacta. Entre otras cosas, porque el propio Valerio siempre los

había cuidado y tratado con sumo respeto y equidad. Nunca fueron tratados como esclavos, sino como miembros de su familia.

Se dieron cuenta de que un nuevo perfume embriagaba su piel, que una extraña paz se albergaba en sus ojos, había una serenidad inquieta en su faz. Isela, una germana, había derretido su frío corazón. Los dioses lo favorecían. Ya le tocaba. Aunque con reservas iniciales, fue acogida entre ellos con cariño y rapidez.

Isela había abandonado los ropajes masculinos que usaba en la Germania para empezar a vestir como una verdadera matrona romana. Al principio le costó adaptarse porque le pareció que eran vestidos demasiado hermosos y delicados. Asumió la depilación como algo cultural, pero como se sintió más deseada por Valerio, lo cual aceptó sin reservas^[122]. Con los peinados y los maquillajes fue más reacia, optando por lo más discreto y sencillo.

Por su parte, Druso fue recibido con gran alegría en *Vetera* por su concubina y sus tres hijos. Dado por muerto, la situación familiar estaba empezando a ser grave cuando llegó a su hogar. Los abrazos, los llantos cándidos y los agradecimientos a los dioses provocaron más de una sonrisa o lágrima furtiva entre los rudos Vesper, Andros, Valerio e Isela.

Su servicio militar había concluido. Era tiempo de obtener una *honesta missio*^[123]. Lucharía para ser bien recompensado por una vida dedicada por entero a Roma. La gratificación, en su caso, debía estar a la altura. También podría casarse y reconocer formalmente a sus hijos como herederos. Así pues, el crepúsculo de su vida podía ser tranquilo y placentero, con un verdadero hogar donde trabajar y reposar hasta que la muerte lo reclamase.

Los demás fueron recibidos con sorpresa y entusiasmo por compañeros de armas o conocidos de las *canabae*. Sorprendidos porque los daban por muertos; porque consideraban imposible que, después de tanto tiempo, consiguieran volver de una pieza. Una auténtica proeza.

En ese momento, oculto ya el sol, empezaba a bajar el calor que recorría la ciudad. Se pusieron cómodos en los *triclinia*, sirviendo diversos manjares romanos en la mesa. El vino corría alegremente y todos los presentes (Valerio y Druso con sus familias), charlaban animosamente. Nadie se privaba de nada.

Valerio, sin despegarse en ningún momento de Isela, departió con Balbo los pormenores de su intervención ante el senado. Escuchó atento, sin cambiar su expresión, mirando fijamente a su interlocutor.

—Creo que hay grandes esperanzas de que consigamos nuestro objetivo—sentenció Balbo—. Los documentos desarmaron a la oposición.

—Pero no han vuelto a hablar en el senado sobre el tema en cuestión — objetó Valerio.

—Debéis tomaros estos días como un regalo —añadió el senador Sixto, entrando en el patio porticado. Los presentes inclinaron sus rostros en señal de respeto—. Ni los que apoyamos a Fabio, ni los detractores del mismo quieren retomarla hasta que el acusado quiera comparecer y explicarse.

—Será el momento más delicado, *domine*.

—Está retrasando su llegada intencionadamente. Da imagen de indecisión y culpa y eso lo perjudica. Alguien lo está aconsejando mal.

—Algo trama —opinó preocupado Valerio.

—Ahora debemos asegurarnos de que tengamos un discurso sólido, con argumentos, y que nos apoyen suficientes senadores —añadió pragmático Balbo.

—Podrías ser un magnífico senador —halagó su visión el senador Sixto, sonriendo—. Me han pedido que os informe que debéis estar en la *Domus Augustana*^[124] a la hora séptima^[125].

—¿El César, *domine*?

—No ha sido un liberto imperial, ni un pretoriano. Me pasó el mensaje un esclavo que iba de paso a otro lado. Sabía que sois mis huéspedes y que os haría llegar el mensaje. Cualquiera puede haber pedido audiencia.

—*Domine*, ¿debemos preocuparnos? —preguntó previsor Valerio.

—No. No os asaltarían en el propio palacio pero no llevéis arma alguna. Podría tomarse como una intención de ajustar cuentas o coaccionar a alguien ilustre.

—Llevaremos una escolta armada —dijo resuelto Valerio, sonriendo—. Y tengo a los candidatos indicados.

Miraban con impaciencia que la puerta se abriese. Habían llegado antes de tiempo, a sabiendas de que no estaría presente quien les había convocado. Su escolta, formada por Vesper, Druso, Andros y Aquinas, se quedó fuera, armados con sus *gladii* ocultos bajos sus ropajes, de buena calidad, pero sencillos. No podían mostrar que portaban armas. Como legionarios de Roma, podían llevarlas, pero en la capital era mejor no tener un mal encuentro con los pretorianos. La escolta esperaría en la taberna más cercana. Sabían como relajarse.

Por su parte, Valerio y Balbo que no sabían quién les había convocado, pero se pasearon durante largo rato por el patio principal de la estancia con

aire resuelto y desenfadado. Balbo portaba una túnica verde oliva y una toga blanco perla. Por su parte, Valerio vestía una túnica de color índigo y toga de un blanco roto con dos sencillas líneas a juego con su túnica. Sin armas.

Tras unos minutos eternos, un esclavo se acercó a ellos, confirmó que se trataba de los citados y les pidió que lo acompañara hacia otra estancia. En el camino, los nervios tornaron a impaciencia y dudas. ¿Sería el propio César?

El esclavo los introdujo en una pequeña estancia y cerró la puerta tras de sí, sin mirar adentro. Una sencilla sala con dos *sellas* y liviana decoración. De una cortina salió una figura sibilina, con prestancia y bien vestida.

—Te saludo, Sexto Valerio —comenzó a decir de forma pomposa—. Y a ti, Lucio Balbo. Sed bienvenidos, hay mucho que departir. Tomad asiento.

—Gracias —respondió el *primus pilus* con cara extrañada. No reconocía a su interpelado. Este lo notó y se identificó.

—Soy Tiberio Claudio Narciso. El César me ha encomendado que solucione todo este... embrollo.

Balbo no esperaba que estuviese allí mismo el representante del propio César, su liberto, su mano derecha. Tragó saliva y dejó que hablase su Centurión. No era capaz de articular palabra.

—Yo sirvo a Roma y al César —contestó Valerio con tono respetuoso aunque ligeramente arrogante.

—Excelente, Centurión —obvió el detalle y sonrió forzosamente. De súbito, tornó serio—. Este pleito debe acabar.

—Eso no está en mi mano, Narciso —no le gustó que un liberto, por mucho que influyese en Claudio, le diese órdenes, de ahí que no lo llamase *domine*.

—El César ha tomado una resolución definitiva y aceptarás dicho dictamen.

—Si me permites, ¿puedes hablar por él? —cuestionó en el límite de la cortesía.

—Estoy vinculado a su casa y lo ayudo a dirimir importantes asuntos de Estado —puntualizó con paciencia—. He tratado muchos asuntos más importantes que este.

—Con el debido respeto, y sin querer ofender, me gustaría que me diese las órdenes alguien con potestad.

El rostro de Tiberio Claudio Narciso se encendió como un candil de aceite. Estaba a punto de estallar. Muchas veces lo habían tratado con desprecio, pero no de forma tan directa. Y menos un sucio legionario de

frontera que no sabía nada de administración o política. Un necio, un don nadie.

Valerio, con mirada hierática, no cejaba en su desafío. No quería parecer condescendiente, pero no permitiría que un liberto despachase sus asuntos sin que atendiera a razones. Quería alguien de autoridad: un senador, un cónsul, un pretor...

Por su parte, Balbo estaba completamente aterrorizado, lanzando miradas suplicantes. No entendía lo que estaba haciendo el *primus pilus*. Ofender así al liberto de Claudio era crearse un enemigo de gran calibre. ¡Estaba loco!

—Ya basta —sonó una voz tranquila y cansada detrás de una cortina—. Es suficiente.

De la sala contigua salió el César Claudio. Era increíble. Estaba allí, escuchando. Parecía ser verdad lo que los rumores decían: estaba hastiado de la política y prefería delegar. No obstante, eso no significaba que no quisiera cumplir con su obligación. Su aspecto era cansado, envejecido y triste; aunque sus ojos reflejaban que no se trataba de un incapaz. Se movía con torpeza por su cojera debido a un mal que había sufrido en su niñez^[126]. Había pasado toda su infancia a la sombra. Pero eso le había permitido seguir con vida. No debía extrañar que, ahora, siendo la cabeza del mayor imperio conocido, siguiera de igual forma.

De inmediato, ambos se pusieron en pie, se llevaron el puño al pecho e inclinaron su cabeza.

—Narciso tiene la potestad de hablar por mí. ¿Queda claro?

—¡Como desee, *domine*! —respondió Valerio, alzando la vista con mirada de agradecimiento. No reflejaba temor, lo que hizo que Claudio se sintiera atraído por su firmeza de carácter. Balbo no levantó la barbilla del pecho.

Ante la sorpresa de todos, se sentó en la misma sala sobre una *sella*, apoyando la espalda contra la pared y fijando su mirada sobre los dos presentes. Su liberto, inclinando la cabeza, prosiguió.

—Sentaos, por favor —obedecieron—. Aclarado todo este embrollo, el César aquí presente ha tomado una firme decisión respecto los ominosos sucesos que han ocurrido en la Germania.

—Aceptaremos de buen grado la decisión —intentó suavizar la situación Balbo.

—Fabio tendrá reconocimiento público de sus acciones en combate y un funeral apropiado. Igualmente, se premiará a los supervivientes del ataque por

sus valerosas acciones. Así mismo, el caso del anterior Legado se desestimará y Corbulón volverá a la frontera. El castigo ha sido más que suficiente.

Hubo un silencio. Cruce de miradas entre todos los presentes. A Valerio no le gustaba. Balbo aceptaba sin reservas. Narciso tentaba. Claudio analizaba.

—¿No lo apruebas, Centurión? —espetó el liberto.

—Si es lo que ha decidido el César, que así sea —expresó, mirando al emperador.

—Pero no lo apruebas —repitió con intención.

—Yo sirvo a Roma, soy un *milites*. Roma manda y yo obedezco, mis sentimientos y opiniones están en un segundo plano. Mi interés personal queda subyugado por la obligación. Como todos los que servimos a Roma —respondió también con intención, ahora mirando a Narciso, aunque su tono era sumiso.

—Creo que el Centurión se ha ganado una explicación —aportó Claudio, divertido.

—El Legado caerá en el ostracismo —comenzó a explicar su sirviente—. Nunca más ostentará un cargo público, ni ninguno de sus futuros hijos. Será peor que la muerte. Tampoco podemos ejecutar a todo patricio o ecuestre que tenga una mala gestión.

—Comprensible.

—En el senado se mencionó que tuvo apoyos. Nos hemos informado. Un joven Tribuno *Angusticlavii* llamado Calosio Domitio, ¿verdad?

—Así es.

—Os lo entregamos. Quiere traicionar a su anterior valedor y ha sido la mano ejecutora de vuestras desgracias. Eso sí, con discreción —Sexto Valerio afirmó gravemente con la cabeza—. Os acompañará un esclavo que os dirá dónde podéis encontrarlo.

—El César manda, nosotros obedecemos.

—Espero que estés satisfecho con las decisiones —añadió Claudio con cierta sorna.

—El César es muy generoso —aduló—. No me atrevería a negar la evidencia de su poder, sabiduría y magnanimidad. Solo espero que no provoque problemas en el senado.

—No te preocupes por el senado —volvió a sonreír Narciso—. Aceptará lo que digamos sin reservas. Máxime cuando beneficia a todos.

—En tal caso, solo puedo expresar mi gratitud por la justicia de nuestro César. Sabía que no me defraudaría.

—Así habla un soldado de Roma. Tomad —entregó un rollo al *primus pilus*—. Aquí tenéis vuestras recompensas y deberes para los próximos días. Sed discretos.

Tras esto, a la vez, se pusieron en pie, saludaron militarmente a Claudio e inclinaron la cabeza, saliendo con paso tranquilo. Narciso dio un par de palmadas y un esclavo abrió las puertas para que salieran, cerrándolas inmediatamente después de salir.

—Os acompañaré hasta que me cerciore que habéis cumplido el cometido que se os ha asignado —habló el joven esclavo con timidez—. Ha de ser esta noche.

—Síguenos.

Comenzaron a andar con paso satisfecho por el largo pasillo. Cuando sacaron un par de cuerpos de distancia al esclavo, Balbo tomó a Valerio del brazo y le habló en voz baja al oído.

—Ha sido imprudente insultar a Narciso —opinó.

—Un sucio liberto no me da órdenes. Ese sabe tanto de guerra y sufrimiento como una rata de volar —respondió Valerio en el mismo tono.

—Puede traerte problemas en el futuro.

—No soy un hombre público y, a juzgar por los ojos de Claudio, le he caído en gracia.

—Te has vuelto despreocupado.

—Con todo lo que hemos pasado, no temo las represalias de un liberto que hoy es poderoso, pero que su futuro es completamente incierto.

—Como el nuestro.

—El poder es como un pozo. Si te acercas mucho tienes el riesgo caer dentro y no volver a salir.

—Has salido airoso. La diosa Fortuna te sonrío.

—La Fortuna es voluble, inquieta. Cuando no puede avanzar, retrocede^[127].

—¡Apartaos, sacos de larvas! —gritó uno de los escoltas de Calosio Domitio.

El joven ecuestre andaba decidido por las calles de Subura donde quería hacer una visita a un nuevo lupanar que estaba cogiendo fama en aquellos días. A diferencia de muchos senadores y ecuestres, Calosio Domitio gustaba de mezclarse con la población intentando pasar inadvertido, especialmente en algunas ocasiones. Le gustaba sentirse poderoso frente a la miseria del pueblo. Eso no podía hacerlo con gente de su rango, y mucho menos con los

patricios. Por eso, frecuentaba burdeles de menor valía y bebía en tabernas de menor reputación, aunque procuraba elegir las de mayor calidad dentro de las disponibles.

La noche había caído y era peligroso moverse por Roma solo. Por ese motivo, llevaba cuatro escoltas para evitar problemas. Al mediodía debía comparecer en el senado. Ya había visto la forma de medrar: iba a traicionar al Legado, corroborando toda la versión que Valerio, por medio de Balbo, había presentado ante los augustos senadores. Había aprendido que, ante las adversidades, había que adaptarse. Además, el Legado había cavado su propia tumba con este conflicto personal y con su ineficacia para detener a los caucos en la frontera. Estaba visto para sentencia. Él solo le iba a dar el golpe de gracia. Por eso, había estado postergando su llegada a Roma, completamente aterrado. Le había estado mandando misivas, cada vez más desesperadas, para ponerse en contacto con él. Finalmente, le contestó que lo vería al día siguiente y mintió sobre su lealtad al mismo. No quería contarle la verdad. Ya había hablado con senadores, siendo muy difícil mantener la posición del Legado a flote. Estaba pactado con varios amigos patricios lo que debía decir.

Por este motivo, estaba relajado, confiado, aunque la ficción era necesaria. Seguramente sería premiado por su «honestidad» y dar fuerza a los simpatizantes de Fabio, ganando también poderosos aliados. Todo eran ventajas. Se trataba de la primera celebración después de unos días de incertidumbre y caos. Pronto, prepararía una fastuosa fiesta en la que poder gozar desenfrenadamente y en la que invitar a los nuevos «amigos» que ganaría.

Era buena hora aún. La *secunda vigilia*^[128]. Sabía que podía fornicar con dos lobs y beber un vino decente por un precio muy asequible. Estaba exultante tras días de tensión y dudas. Por eso, sus escoltas apartaban a los mendigos, ladronzuelos, prostitutas bajunas y afeminados que se les acercaban. A los escoltas no les gustaba entrar en ese barrio. Demasiado populoso e inseguro.

Por fin, en una calle aledaña, parecía no haber gente que entorpeciera el paso, tomando un atajo el que parecía el líder de los escoltas. Al entrar en ella, encontraron que una carreta con pasto impedía el paso^[129].

—¡Aparta de ahí, inútil! ¿A quién se le ocurre meter una carreta en un *itiner*^[130]? —gruñó el líder.

—¡Toma por otro sitio! —espetó el carretero, que tenía un peculiar acento: mezcla entre campano y bárbaro.

—¡Deja paso! ¡Escoltamos a un miembro de la orden ecuestre!

—¡Pues que vaya por un camino más apropiado!

—¡Maldito sodomita dacio! —se empezó a dirigir hacia él desenvainando su *gladius*—. ¡Vas a suplicarme perdón!

Calosio Domitio no dijo nada. Le parecía todo muy divertido. Y, si llegase la Guardia Pretoriana, no habría problema. Soborno y arreglado. Mendigos curiosos, observaban la escena a prudencial distancia.

De repente, entre el pasto surgió una sombra que lanzó un mortal tajo al cuello del líder, seccionando su garganta que sangró profusamente.

Dos de los otros tres escoltas intentaron desenvainar sus armas, pero por la espalda surgieron dos hombres más, vestidos como mendigos, que los apuñalaron sin que apenas pudieran oponer resistencia. Solo uno de ellos, *gladius* en mano, se encaró a los otros, aunque, abrumado por la inferioridad numérica, se mantuvo en posición defensiva sin saber qué hacer.

Calosio Domitio, no sin cierto temor, alzó los brazos para apaciguar a los atacantes, comenzando a hablar.

—¡Muy bien! ¡Buena jugada! —afirmó con nerviosismo en su voz—. ¡Lo habéis hecho bien! ¡Mejor que esos inútiles! ¡Tomad esta bolsa! ¡Os la habéis ganado! Y si queréis trabajar para mí, os ofrezco...

Cuando miró con más detenimiento a aquellos hombres vio que todos iban ataviados con una *paenula* y una mascarilla mortuoria muy distintiva. Tardó en reconocerla, pero cuando al fin lo hizo, cinco hombres los rodearon. Era la cara de Fabio.

—No puede ser —balbuceó aterrorizado.

Rápidamente y, con un certero movimiento, uno de los presentes hincó su *pugio* en el hígado del último escolta, que había bajado ligeramente la guardia. Los enmascarados se acercaron, mientras el joven ecuestre no atinaba más que a gemir. Parecían espectros salidos de otro mundo.

—Te dije que mi cólera se volvería contra aquellos que imponen su capricho a la lealtad al águila de la *Legio*.

Y tras esta frase, acometió un fortísimo puñetazo que lo dejó inconsciente en el suelo. Los demás permanecían en silencio.

—Subid los cuerpos al carro. Deprisa. La guardia pretoriana puede llegar en cualquier momento. Druso, vigila que nadie ande por los alrededores.

Todo estaba preparado: la última expedición juntos, el último escalón a superar antes de separarse, quizás para siempre. No podían negar que los

llenara de satisfacción y que ardieran en deseos de cumplir lo encomendado. Se encontraban exultantes, felices y llenos de júbilo. La decisión del César, aunque moderada, les parecía justa a todos. Incluyendo a Silvia y, sobre todo, a Sixto. Lo cierto era que acabar con su *cursus honorum* era casi peor que la muerte. La muerte política: el ostracismo. Aparte, las recompensas había sido mucho mejor que lo que podían haber soñado. Para empezar, un pago en metálico por sus servicios. Dependiendo, claro está, de su rango y condición. Todos se habrían conformado con eso. Pero había más.

A Andros le quedaban todavía muchos años de servicio. Fue ascendido a Centurión auxiliar por su valor y transferido a una cohorte auxiliar en el Norte de Hispania Tarraconensis.

Aquinas sería trasladado a la misma unidad que Andros como *tesserarius*.

Druso había acabado su servicio militar y fue recompensado con unas suculentas tierras cerca de Aquileia, de donde procedía. Allí podría envejecer rodeado por su familia, pronto legítima, al hacer efectivo el enlace con su compañera de tantos años.

Vesper sería ingresado en la guardia pretoriana como *optio*, contando de extra sus años de servicio como legionario, pudiendo licenciarse en unos pocos tiempo.

Balbo fue perdonado por sus «delitos» pasados e incorporado al orden ecuestre. Había impresionado mucho en el Senado y su familia poseía suficiente influencia para que así fuera posible. Le fueron concedidas unas tierras en la Campania para poder sustentarse por sí solo. Así podría hacer carrera política. Por esto, se le permitió un año y medio para poner en orden sus nuevas adquisiciones antes de pasar otros tres años como Tribuno *Angusticlavii* y cerrar el círculo antes de poder dar un salto en su prometedor futuro.

Finalmente, Valerio conseguiría su *honesta missio* en pago por los servicios prestados y, por ende, el rango ecuestre. No había cumplido los veinte años necesarios, pero se le adelantó con intención: todos fueron bien recompensados para hacerlos callar con respecto al ominoso incidente ocurrido en la Germania. También se le concedieron unas ricas tierras cercanas a Tarraco^[131] en las que vivir en paz.

Todos eran conscientes de los sobornos que habían recibido. Pero estaban cansados y decididos a aceptar el pago después de haber pasado tantas penalidades. Además, tendrían una recompensa extra con la ejecución de Calosio Domitio.

Salieron de la Ciudad por la porta Flaminia, llegando a un remanso del Tíber. Se trataba de una zona tranquila donde solo pasaban pastores y carros mercantes en la distancia ya que por miedo, ninguno se atrevería a mirar o acercarse. Roma podía ser especialmente peligrosa.

El ex *primus pilus*, con parsimonia, devoraba una manzana mientras Andros, Balbo, Vesper y Druso, de forma alterna, propinaban puñetazos, bofetadas y puntapiés. Especial saña tenía el viejo Druso que, humillado y herido, fue su prisionero durante unos días antes de ser liberado por Valerio en el puerto de *Gesoriacum*. Lo habían amarrado a un poste para que no pudiera moverse, ni tampoco proteger sus puntos débiles. Aquinas mantenía alejado al esclavo que supervisaba la operación y vigilaba que nadie se acercase demasiado. Isela se quedó en casa de Silvia. No tenía sentido que les acompañase. No era su guerra personal.

Terminada la fruta, el líder romano se acercó al joven ecuestre. Sus hombres pararon, comprobando el estado de la víctima: la cara, desfigurada y ensangrentada; el pecho; una de sus manos tenía dislocados un par de dedos; y al menos en una de sus piernas había un par de huesos rotos. Amordazado, sus gemidos y sollozos quedaban amortiguados. Su respiración era rápida y líquida: tenía sangre en sus cavidades internas.

—He reconsiderado el hecho de dejarte con vida —pegó su rostro al suyo, hablando en voz baja—. Te dije que mi cólera se volvería contra aquellos que imponen su capricho a la lealtad al águila de la *Legio*. Aquí estamos para cumplir esa promesa —pausa—. Tus heridas no son graves. Aún. ¿Tienes algo que decir?

—Voy a abandonar al Legado —expresó jadeante y desesperado en cuanto le bajó la mordaza—. Iba a contarlo todo. Confirmar tu versión de los hechos.

—Ya no nos eres, necesario. Tu suerte está decidida por el César —contestó sonriente—. Reza a los dioses. Te reunirás con ellos pronto.

—Hay... hay algo que no sabes...

—Vendería a su madre para salvar el pellejo —aclaró Druso.

—¿Qué puede ser tan importante que me haga cambiar de parecer? —cuestionó divertido.

—No vas a castigar al verdadero cerebro de todo.

—¿Quién es? —su expresión se volvió agria y sus ojos perdieron brillo.

—¿Me perdonarás la vida?

—Eso no está en mis manos. Son órdenes directas del César, pero podría acortar tu agonía.

—¿Y el exilio?

—*Alea iacta est.* ¡Habla de una vez!

—Todo lo pensó un liberto del Legado...

—¿Quién?

—Ásper se llama. Creo que lo ha abandonado en esta hora oscura. No quiere caer en desgracia con él. Juro por todos los dioses que él lo organizó todo. Incluso modificó los planes cuando no salieron bien y preparó la mala defensa de su antiguo *domine* falsamente para poder escapar de sus garras.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Seguramente alguien de importancia lo estará protegiendo.

—Has resultado de utilidad —sentenció Valerio—. Pero eso no te salvará.

Druso le volvió a poner la mordaza, comenzando a desatarlo del poste. Cundió el terror en Calosio Domitio. Arrastrado hacia el Tíber, Aquinas esperaba con un enorme saco, donde lo introdujeron antes de subirlo a una barca de pescadores. En el interior del saco, una enorme piedra hacía de peso para hundirlo al fondo del río.

No obstante, una desagradable sorpresa quedaba antes de cerrar el saco entre los ruegos entrecortados por la mordaza: sostenido por Vesper y Druso; una vez que llegaron al centro aproximado del lecho de agua, antes de cerrar herméticamente la futura mortaja, Andros volcó en su interior una cesta con una docena de ratas enormes. Los gritos de horror ya no podían ser detenidos por la mordaza.

—Lo anterior ha sido por nuestro Tribuno —aclaró Andros—. Esto es por nuestros amigos y nuestro sufrimiento.

Con esto, cerraron el saco y lo lanzaron al agua mientras, desde la orilla, Valerio, Balbo, Aquinas y el esclavo observaban la situación en total silencio. Pasarían seis días hasta que unos pescadores encontraran por casualidad el cuerpo ahogado del ex Tribuno, completamente desfigurado.

—Informaré a mi *domine* —rompió el hielo el esclavo—. Estará satisfecho.

—Gracias.

—Si me permitís el atrevimiento, nunca jamás me cruzaré en vuestro camino —inclinó su rostro en señal de respeto y partió acompañado por Aquinas.

—¿Será que lo hemos asustado con nuestra crueldad? —pensó Balbo.

—O nuestra resolución —aclaró Valerio con aire despistado y mirada perdida—. Mejor así.

—¿Qué te ronda por la cabeza?

—Ásper. No lo olvidemos. Porque seguro que él no nos olvida.

—¿Crees que es cierto?

—Sí.

—¿Por qué?

—Ni el Legado ni Calosio Domitio han demostrado tanta sagacidad. Hay un tercero. Además, este último no habría mentido en unas circunstancias tan... acuciantes como las que estaba...

—No tenía opción, habría dicho cualquier cosa.

—Cierto. Pero no ha acusado a otros Tribunos, que era lo sencillo. Ni se ha justificado utilizando otros pretextos inútiles. Además, sus ojos parecían sinceros.

—Rastrearé la pista. He hecho contactos y moveré hilos desde Roma. Será más fácil que tú desde Hispania.

—Hazlo. Esto no está zanjado aún.

En la *tertia vigilia*^[132], llegaron a la casa de Fabio. Silvia los esperaba despierta y, cuando los vio llegar, entendió que todo había acabado. Por eso, sin abrir la boca, volvió sobre sus pasos al lecho. Los demás, muy cansados, fueron directamente a dormir.

A la hora cuarta^[133], todos estaban en pie y tomando un baño tras un sueño reparador. Un sueño que venía por la satisfacción de haber saldado por fin una deuda con sus hermanos caídos. Ahora podían entrar en otra fase de su vida, en principio, muy prometedora.

Las risas, los deseos de todo tipo, las ilusiones... todas volvieron en una muy animada mañana. Tras el baño, una esclava les informó que debían unirse a su *domina* para tomar algo suave para celebrarlo.

—¿Ya está hecho? —cuestionó Silvia con ternura.

—La venganza ha caído sobre él —aseguró el oficial hispano.

—Ahora mi hermano podrá descansar en paz.

—*Domina*, si no precisas nada más, nos marcharemos en un par de días. Hemos abusado demasiado de tu hospitalidad.

—Los vengadores de mi hermano siempre tendrán cabida bajo nuestro techo.

—Te lo agradezco.

—Mi marido se encargará de cerrar la trampa e impedir a ese bastardo de... ni pronunciaré su nombre, vuelva a ser alguien en Roma.

—Como es de justicia.

—Ahora que recuerdo, he encontrado exactamente lo que estabas buscando —cambió de tercio al ver aparecer a Isela—. Creo que te será de gran utilidad.

—Confío en tu criterio como matrona —inclinó la cabeza, agradecido.

—La verás en el crepúsculo. Espero que eso no mengüe el amor que os profesáis.

—*Domina*, con todo lo que hemos pasado, y lo que nos queda, ni los mismos dioses se podrían interponer. Llevo años buscándola, aun sin saberlo.

—Me alegra oír eso. Aunque en tu posición, no sé si te convendría cambiar por alguien más influyente.

—*Domina*, he llegado aquí por mis propios méritos y, en buena parte, gracias a ella. Agradezco tu preocupación, pero lo cierto es que no cambiaré de opinión.

—En el fondo, es lo que deseaba oír —sonrieron—. Quiero haceros un regalo a ti y a Balbo.

—¿A mí? —preguntó sorprendido.

—Así es. Mi hermano me legó casi todo en el testamento, incluyendo la *domus*. Tengo un comprador y no necesito los esclavos que poseía. Son buenos esclavos y vosotros les sacaréis gran rendimiento.

—Pero... puedes sacar un buen precio por ellos.

—¿Crees que lo necesito? —cuestionó con sorna—. No contestes, es una trampa.

—Te lo agradecemos —mostró complacido Valerio.

—Os quedaréis tres cada uno. Hoy disfrutad de mi hogar y, si así lo queréis, mañana os prepararán el equipaje para partir.

Había llegado el mes de septiembre. Empezaba a refrescar. Había sido un verano muy corto, pero intenso. Cuando la felicidad está presente, el tiempo pasa más presto.

Valerio e Isela venían de pasar unos días en Ancona con el hijo de él. Había obtenido la *toga virilis* que lo confirmaba como hombre y tenía un aspecto saludable. Había sacado la belleza de su madre, pareciéndose poco a su padre. No obstante, tenía su porte, su mandíbula y su altura. Ahora regentaba con Mauro, el hijo de Risa y Ditalkon, el comercio de diversas mercancías desde Oriente. De momento, sin grandes lujos, vivían con comodidad y cierta estabilidad porque Mauro era un gran administrador. Valerio esperaba que su hijo lo fuese pronto también.

Una vez pasados los días, su hijo tuvo que regresar (había aprovechado para vender mercancías y crear futuros contactos) y Valerio e Isela se pusieron en ruta para volver a *Antium*^[134] donde le esperaba un trirreme que, junto con Aquinas y Andros, los trasladaría a Tarraco. Junto a ellos iban los tres esclavos transferidos por Silvia, Ditalkon, Risa y una preceptora. Dicha preceptora era una liberta con buenas referencias, que hablaba varias lenguas, incluidas las germánicas, y de buena apariencia y elegante porte. Valerio quería que le enseñara a Isela latín, las costumbres, los conocimientos, los valores y normas sociales. También que aprendiera a leer y escribir. Nunca es tarde para ello. Además, ella no puso ninguna objeción: quería adaptarse a la nueva realidad que vivía. Solo podía hacerlo aprendiendo a ser como ellos.

No pasaron por Roma. No había necesidad. Tomaron por caminos secundarios para llegar lo antes posible. No tenían miedo a un mal encuentro: Valerio, Ditalkon e Isela sabían bien manejar la *gladius* en caso de urgencia. Sabían que a las afueras de *Antium* los estarían esperando Aquinas y Andros para embarcarse con ellos, al igual que la otra media decena de auxiliares para reforzar la unidad, supervivientes del «puerto de las rocas». Andros se habría encargado de aprovisionar la nave: primer reto organizador como nuevo Centurión. Un paso para demostrar su valía. El auxiliar hispano lo aceptó, no sin ciertas dudas, pero con la entereza que se esperaba de él. A la cabeza de la columna iba la pareja, aún no formalizada, ya que querían esperar a su asentamiento en Hispania antes de organizar cualquier boda. Él deseaba una boda digna de una mujer que tanto había sacrificado por estar a su lado. Se lo merecía.

Al atardecer del *idus*^[135] de septiembre, llegaron a la costa. Temperatura suave y agradable, camino a buen paso, sin excesos ni parsimonia. Ataviados con ropas de viaje, ambos se cubrían la cabeza con la capucha de sus *paenulae*. Pese a que su preceptora se había empeñado, no conseguía que Isela dejara de montar a caballo. Debía ir en el carro, con dignidad y discreción. Valerio, comprensivo, argumentaba la verdad: lo había hecho toda su vida y lo hacía mejor que muchos romanos. No podía, ni le importaba, cambiar sus costumbres de la noche a la mañana. Las normas sociales, llegados ya a cierto punto, le importaban poco.

Isela no se había acostumbrado todavía a la inmensidad del mar: la abrumaba y sobrecogía. Nunca lo había visto antes y ahora había visto dos en un par de meses. El mundo era mucho más vasto de lo que ella habría imaginado. Le rodeaban continuamente sorpresas y novedades. Un nuevo mundo muy distinto a lo que había conocido: mucho más hermoso, variado,

ruidoso y alocado. Se sentía como una niña pequeña que todo lo preguntaba y todo quería saber. Con los ojos muy abiertos, contemplaba cada detalle que la rodeaba con admiración. Cada cosa tenía un aura mágica. A cada paso que daba, descubría algo nuevo y excitante. Quizás no mejor que lo que había conocido durante toda su vida, pero lleno de matices que antes no creía posibles. El *sumun* fue cuando llegó a la Ciudad: no pensaba que tanta gente pudiera convivir junta, tanto colorido, monumentalidad, extravagancia, ruindad, riqueza, miseria, pestilencia... ¡todo cabía en Roma!

Tal vez lo que más le gustaba, al menos de momento, era la extraordinaria temperatura. Esa calidez continua la hacía comprender por qué los romanos los consideraban salvajes: mucho sol, clima templado, sin exceso de frío en invierno, lluvias ocasionales, con tierras fértiles para el cultivo y el ganado. Las condiciones ideales para el ser humano.

Cuando llegaron a vislumbrar el campamento, había una extrema tranquilidad en el mismo. Los auxiliares holgazaneaban en su mayoría, pero parecía ordenado y con la mayoría de los preparativos realizados para embarcar cuanto antes. Valerio se mostró complacido.

A medida que se acercaban, vio cómo varias figuras se disponían a recibirlos. No podía creerlo. Estaban todos para despedirlos: Balbo, Vesper, Druso con su familia, *Sócrates*, Silvia y el senador Sixto. Una agradable sorpresa.

Se volvió hacia Isela con una amplia sonrisa en sus labios, tomando su mano un instante para besarla. Estaba feliz y quería compartirlo con ella. Ella lo entendió, comprendiendo que el hombre al que amaba tenía gran peso entre sus hombres. No era solo un buen líder, también un amigo de los suyos. Estaba muy orgullosa de él y de haberlo elegido. Y de que Valerio la hubiera elegido a ella. Esperaba ser digna de él.

—¡Qué agradable sorpresa! —comentó exultante—. Os agradezco que vengáis a despedirme.

Tras esto, se bajaron de sus caballos y los esclavos los tomaron para llevarlos al improvisado corral. Mientras tanto, se fundieron en abrazos y besos con una alegría especial. Un futuro prometedor para todos ellos.

Balbo, Silvia y el senador Sixto iban ataviados con discretas pero buenas túnicas de viaje. No podían negar su superior rango social. En cuanto a Druso, con una sencilla túnica parda, venía con su familia al completo, todos en fila esperando a ser recibidos por el que fue su oficial al mando. Tenían un aspecto excelente y enormes ganas de ponerse en marcha a su nuevo hogar.

Creían que tenían un deber para quien había conseguido que su servicio militar tuviera tan buena recompensa.

Vesper ya iba ataviado como miembro de la Guardia Pretoriana, con su toga tapando su cota de mallas. Sin escudo. Las *caligae*, la túnica, el casco, las grebas y el cinturón eran nuevos. De buena calidad. La cota de mallas la conservaba de su servicio anterior. La *gladius* que anteriormente portaba, posesión del fallecido Tribuno Fabio Sabino, fue entregada a su hermana como presente a las generaciones futuras. Por esto, Valerio le regaló su *gladius* y su *pugio* por haberle salvado la vida. Un excelente presente.

Andros y Aquinas habían adquirido varios artículos necesarios para su nuevo destino, todo pagado con el dinero que el César Claudio les había dado por su valentía y por su silencio.

Tras asearse bien, en poco tiempo, el campamento estaba deshecho y cargado en el trirreme botado frente ellos. Llegó el momento de las despedidas. Isela se puso a un lado mientras Valerio decía el adiós definitivo a los que allí estaban.

—Senador Sixto. *Domina* —comenzó a decir—. Os doy las gracias por vuestra hospitalidad y la amistad con que nos habéis honrado. Si me consideráis digno, aquí tenéis un amigo y en lo que me pidáis os serviré.

—Ha sido un verdadero honor y un placer haberte ayudado —expresó Sixto con medida—. Siempre serás bienvenido en mi hogar.

—Y gracias por defender la verdad sobre mi hermano —añadió una emocionada Silvia—. No han conseguido mancillar su memoria. Nuestra amistad se conservará pese a la distancia. Y no dudes en pedir lo que precisas.

Con una inclinación de la cabeza, se apartó y prosiguió.

—Balbo. Has demostrado ser un digno legionario de Roma. Tienes mucho camino por delante y grandes proyectos que realizar. Que nada ciegue tu buen juicio. No cedas al deseo o a la impaciencia.

—Has sido un gran maestro.

—Porque tú has sido un gran pupilo.

Se fundieron en un abrazo que duró varios segundos. Tras esto, pasó a Vesper.

—Pretoriano, el último legionario que queda en nuestra hermandad. Ahora deberías dejar que tu alma guerrera disfrute de las mieles de la paz.

—Voy a intentarlo por primera vez en mi vida.

—Siempre puedes volver al ejército, pero creo que ya hemos matado suficiente.

—A ver qué me deparan los dioses —sonrió al decirlo, poco convencido de que la vida pacífica fuese para él.

Durante un par de minutos acarició con intensidad a *Sócrates* para despedirse. Con alegría, se dejó hacer, con su lengua lamiendo su mano, con los ojos despiertos.

Como último, había dejado a Druso con su familia, que esperaba un par de pasos atrás.

—Es el fin del viaje, viejo amigo.

—Hemos compartido muchas historias. Muchos han quedado por el camino, pero la vida se abre paso siempre.

—Y tú has logrado la deseada *honestia missio* con unas condiciones suficientes como para empezar una vida asentada para ti y tu familia.

—Por eso, solo tengo palabras de agradecimiento.

—Somos un todo. Te lo has ganado por derecho propio. Hemos sobrevivido porque permanecemos juntos y solo flaqueamos cuando nos dividieron. Además, la diosa Fortuna siempre nos favoreció.

—Mucha suerte tuvimos.

—Pues dejad que esa prospere y que tus últimos años, que espero que sean muchos, los pases felizmente con tu familia.

Y, tras otro abrazo, se montó en la nave con una amplia sonrisa. De la mano de Isela. Cuando la embarcación empezó a moverse, tornó hacia la playa gritando una frase que todos pudieron oír con nitidez.

—¡Todos estamos unidos por la hermandad! ¡Da igual lo lejos que estemos! ¡Recordad: Honor, Prudencia, Gloria!

—¡Honor, Prudencia, Gloria! —repitieron.

Suavemente, el trirreme fue cogiendo velocidad mientras se despedían con la mano unos y otros. Una despedida alegre, pues todos esperaban una época dorada tras la oscuridad del año anterior. Un premio por su tesón y fidelidad.

—Andros, estás al mando. Eres toda una promesa como Centurión. Espero que aprendieras de tus errores. Tienes toda mi confianza —comentó con suavidad, posando su mano en el hombro.

—No lo dudes ni por un instante, *domine* —sonrió y posó su mano sobre el otro hombro.

—Cuida de Aquinas, tiene mucho que aprender aún.

—Descuida.

Mientras Andros dirigía la embarcación y se perdían los unos a los otros de vista, los viejos amigos que habían quedado en la playa comentaron.

—Por fin ha encontrado la felicidad. Ahora está completo gracias a una germana —comentó Vesper.

—La paz le ha llegado al fin —espetó Druso.

—Os equivocáis —rectificó Balbo—. Siempre ha estado en paz, siempre ha estado completo. Ella ha hecho que se haya dado cuenta. Ambos se han dado a valer el uno al otro, por eso se aman.

Todos afirmaron con la cabeza y se prepararon para partir a Antium a pasar la noche. Finalmente, lo comprendieron. No era tan complicado, solo había que intentarlo. La vida es sencilla, somos nosotros los que nos la complicamos. Si la Fortuna acompaña. Balbo había demostrado su inteligencia viva y su capacidad de liderazgo. Gracias a Valerio, se había hecho un hombre.

En el barco, muy cercanos a la proa, Isela disfrutaba de ver cómo el espolón se abría paso entre las aguas de forma decidida, rítmica, armónica. A su espalda, Sexto Valerio la abrazó con suavidad y firmeza. Como quien pone una cálida manta. Ambos se detuvieron a ver la puesta de sol que estaba comenzando. En silencio.

Algo más atrás, con una sonrisa, Ditalkon y Risa contemplaban la escena. Le había llegado por fin su hora. Se lo merecía.

La pareja alternaba besos con miradas fijas sobre el horizonte anaranjado y el estertor de los últimos rayos del sol que acariciaban sus tibios cuerpos. La brisa, liviana y dulce, agitaba sus ropajes dando consuelo a su transpiración.

Un periplo agónico. Un futuro prometedor. Toda una vida por delante para compartir juntos. Una nueva aventura: aprender de una nueva vida en la que la sangre y la violencia dejaran de ser la tónica habitual. Vivir una vida pacífica, bucólica y en pareja. Un futuro solo imaginado por los poetas y las almas soñadoras. Pronto descubrirían que el idilio se podía convertir en realidad.

NOTAS DEL AUTOR

Ante todo, quiero agradecer a todos los amigos y familiares que me han apoyado en este largo proyecto que finaliza hoy aquí. Por destacar a algunos, a mis niños de la Orden de la Cerveza, a los Intocables de Jesús y a mis Jinetes del Apocalipsis. Esto sin contar con ciertos nombres propios que harían tediosa esta cita.

Solo destacar, como no podía ser de otra manera, la labor callada e infatigable del mayor apoyo que he tenido toda mi vida. Mi madre. Gracias a todos.

Por otra parte, quería aclarar que esta obra es «una novela de aventuras, ambientada en un espacio histórico». Quiero remarcar esto porque he tenido una labor de investigación propia, sin asesoramiento, que ha provocado gran lentitud en el desarrollo de mi obra y numerosas correcciones. Es importante señalar que ha habido datos que, o por torpeza de un servidor, o por su desconocimiento, o por no estar bien definidos, pueden inducir al error. Como, por ejemplo, quién fue el Legado de la Germania Superior en el año 46 d. C. Ante dicho problema, he optado por no ponerle nombre. Solo el título, para dejar claro que, a veces, quien te hace mal en la vida no tiene nombre y que los pecados del pasado vuelven a ti de forma impersonal. Como este problema, han surgido varios durante la escritura de la novela. Ruego que disculpen mis errores.

En cualquier caso, si alguien quiere aportar datos u opiniones, es libre de hacerlo y aquí dejo mi correo electrónico para que exprese libremente lo que desee: jesandfer@gmail.com

Cierto es, que el personaje de Cneo Domitio Corbulón es real, al igual que sus acciones. También la invasión de los caucos en el año 46-47 d. C., los sucesos de Teotoburgo del 9 d. C. y la anexión a Tracia. Por supuesto, el Emperador Claudio y su liberto Narciso son reales. Paralelamente, he intentado cuidar la ambientación lo mejor que he podido dejando el azar o la inventiva en un plano igualitario pero que no esté completamente reñido con

la veracidad. Los pocos datos que poseemos sobre los pueblos germánicos me han permitido tomar muchas licencias para hacerlo más atractivo.

Con todo y con esto, espero que hayan disfrutado de mi obra. Recordándoles que solo es la primera de una saga. ¡Gloria a Roma!

6 Mayo de 2015.

BIBLIOGRAFÍA

Anales / Cayo Cornelio Tácito. Alianza Editorial, 2008.

Atlas histórico mundial. 1, De los orígenes a la Revolución Francesa / Hermann Kinder, Werner Hilgemann. Istmo, 1996.

Biblia de Jerusalén / Bilbao Editorial Española Desclée de Brouwer, 1991.

El asno de oro / Apuleyo; introducción de Carlos García Gual; [traductor Diego López de Cortegana]. Alianza, 2000.

El ejército romano / Adrian Goldsworthy. Akal, 2005.

El ejército romano / John Wilkes; revisión, Pedro López Barja de Quiroga. Akal, 1990.

El Imperio Romano / Emile Albertini; [traductor por Genaro Chic García]. Padilla Libros, 2002.

En el nombre de Roma: los hombres que forjaron el imperio / Adrian Goldsworthy; [traducción de Ignacio Hierro]. Ariel, 2010.

Germania / Tácito. Editorial Gredos, S. A. U., 2008.

Historia del mundo antiguo. Una introducción crítica / Gonzalo Bravo. Alianza Editorial, 2004.

Las águilas de Roma (Cómic del 1 al 4) / Enrico Marini. Norma Editorial.

Las invasiones. Las oleadas germánicas / Lucien Musset. Nueva Clio, 1982.

Las legiones romanas / Peter Connolly. Espasa-Calpe, 1990.

Legionario: el manual (no oficial) del soldado romano / Philip Matyszak. Akal, 2010.

Los celtas. Manuel Yáñez Solana. Edimat Libros, S. A.

Los enemigos de Roma / Philip Matyszak. Oberón, 2005.

Los germanos/ Henri Hubert. Unión Tipográfica Editorial Hispanoamericana, 1955.

Los olvidados de Roma: prostitutas, forajidos, esclavos, gladiadores y gente corriente / Robert Knapp; [traducción de Jorge Paredes]. Ariel, 2011.

Murena (Cómic del 1 al 9) / Jean Dufaux y Philippe Delaby. Planeta deAgostini.

Tacitus: Histories books I & II/ Cayo Cornelio Tácito. Edited by A. L. Invine. 1974.

Yo Claudio / Robert Graves. El País, 2005.



JESÚS ANDRADES FERNÁNDEZ (Sevilla, 1986) se crio en el barrio de Triana y estudió en el colegio Maristas San Fernando. Licenciado en Historia por la Universidad de Sevilla, siempre ha demostrado su interés por la Antigua Roma, la docencia y la Biblioteconomía. Ha trabajado como profesor, archivero, bibliotecario, intérprete del patrimonio y arqueólogo comercial en Inglaterra. Igualmente elabora otros proyectos que buscan aunar la diversión con el misterio y la cultura. Su trayectoria como escritor arrancó a la temprana edad de dieciséis años.

NOTAS

[1] *Gladius, gladii (plural)*: espada corta de entre 40 y 48 centímetros de hoja.
<<

[2] *Pugio*: daga de entre 30 y 35 centímetros de hoja. <<

[3] Grebas: espinilleras metálicas que protegían del tobillo a la rodilla. <<

[4] *Primus pilus*: Primer centurión de la primera cohorte. Se trata del centurión más antiguo y prestigioso de la *Legio*. Era un individuo muy importante y respetado. <<

[5] Año 46 d. C. <<

[6] *Optio, optii (plural)*: oficial menor, segundo del Centurión. <<

[7] *Signifer*: Portaestandartes. <<

[8] *Domine*: señor. <<

[9] *Milites*: soldados. <<

[10] Unidad táctica principal del Principado. Constaba teóricamente de 480 hombres. La primera cohorte de cada *Legio* era el doble de grande. No obstante, esta cifra es variable teniendo en cuenta la merma en los combates o el reforzamiento con otras unidades. <<

[11] Clase superior y dominante de Roma. Una élite muy limitada. <<

[12] Clase inmediatamente posterior a los patricios, normalmente de mucho poder, riqueza e influencia. Incluía las élites locales de las provincias. <<

[13] *Équites*: caballería romana. <<

[14] Manípulo: Unidad táctica compuesta, teóricamente, por 160 hombres (dos centurias de 80 hombres). Por tanto, cada cohorte tenía tres manípulos. <<

[15] *Ballistae*: arma de asedio parecida a una gran ballesta que podía disparar grandes dardos, jabalinas e incluso piedras. <<

[16] Prefecto: oficial romano que mandaba sobre una cohorte auxiliar. <<

[17] **Cardo Máximo:** calle con orientación Norte-Sur. El Decumano determina el Este-Oeste. <<

[18] *Cursus honorum*: carrera político-militar. <<

[19] *Vélites*: infantería ligera romana. En época imperial eran poco usado, en favor de los auxiliares. <<

[20] Clientes: individuo de rango socioeconómico inferior que se ponía bajo el patrocinio de un patrón de mayor poder socioeconómico. <<

[21] *Numerii*: aliados de los romanos reclutados entre la población local para ayudar en las operaciones. Acabado el conflicto, retornan a sus hogares. <<

[22] Liguria: región de la Italia noroccidental que limita con Francia. <<

[23] Uno de los campamentos permanentes principales de las legiones de Germania. Actual Xanten-Birten. <<

[24] *Pilum, pila (plural)*: jabalina pesada muy eficaz. <<

[25] *Signum, signa (plural)*: estandartes romanos con uno o varios discos en el mástil. <<

[26] *Commilitones* se puede traducir como «camaradas». <<

[27] Publio Quintilio Varo, comandante en jefe de las legiones XVII, XVIII y XIX, que fueron masacradas en el bosque de Teutoburgo, en Germania por Arminio en el año 9 d. C. Fueron supuestamente vengadas por Germánico, sobrino del emperador Tiberio. <<

[28] Decurión: oficial de caballería que solía mandar sobre 30 équites. <<

[29] Spatha: espada de caballería muy parecida al *gladius*, un pie más larga y algo más estrecha. Su uso se generalizaría, tanto en caballería como en infantería a partir del siglo III. <<

[30] *Scriptorium*: escritorio. <<

[31] *Tesserarius*: oficial menor, por debajo del *signifer*, llamado así por llevar una *tessera* con la contraseña del día. <<

[32] *Librarius*: oficial menor, por debajo del *tesserius*. Escribano menor. <<

[33] *Sella*: silla. <<

[34] *Miliarium*: milla romana. Equivaldría a unos 1481 metros aproximadamente. <<

[35] Las rencillas personales por poder estaban a la orden del día en Roma. En este caso, entre «nuevos patricios» y la «rancia aristocracia». <<

[36] El *cursus honorum*, mencionado previamente, era la carrera militar que iba unida, desde tiempos de la República a la carrera política. No siempre acababa bien para todos. <<

[37] *Paenula*: capa muy utilizada por los soldados. Tenía una capucha y se vestía a modo de poncho. <<

[38] El matrimonio estaba prohibido en la *Legio* salvo excepcionales casos y en los oficiales. Esto no implicaba que los soldados no tuvieran relaciones estables. <<

[39] Enfermedad venérea menor. <<

[40] *Domus*: Casa romana. En los campamentos estables como *Vetera*, había incluso partes donde se realizaban edificaciones en vez de incómodas tiendas de campaña. Al no ser oficial ecuestre o senatorial, sería la más pequeña de las *domus* del campamento. <<

[41] *Impluvium*: estanque rectangular que recogía toda el agua de lluvia de la casa. <<

[42] *Triclinium*: especie de diván que empleaban lo romanos para comer reclinados. Valerio, también lo empleaba a veces para dormir. <<

[43] *Biga*: carro tirado por dos caballos. Es más conocida la cuadriga, tirado por cuatro, pero también era común el uso de la *biga*. <<

[44] Escuela de adiestramiento de gladiadores. <<

[45] Sin cuartel. Sin la opción a rendirse o salvar al perdedor. <<

[46] *Murmillo*: tipo de gladiador armado con un casco con forma de «pez», escudo rectangular similar al de los legionarios y *gladius*. <<

[47] *Secutor*: tipo de gladiador armado con un escudo rectangular corto, casco y *gladius*. <<

[48] *Limes*: frontera. <<

[49] *Turmae*: escuadrón de caballería formada por 30 jinetes. <<

[50] Actual Boulogne-sur-Mer. <<

[51] Hora tercia: aproximadamente entre las 8:00 y las 9:00. Recordatorio: dependía de la estación (fijada por la luz, en 12 horas). <<

[52] Un palmo romano equivale a unos 37 centímetros. <<

[53] La suerte está echada. <<

[54] *Principalis*: rangos medios de la oficialía (Centurión, *optio*, *signifer*, *tesserarius*, *librarius*). <<

[55] Cuando un romano se ponía la toga *virilis*, tras un ritual, se presentaba en sociedad como hombre dejando la *bullā* que lo identificaba como niño. <<

[56] La *virtus* era algo más que lo que hoy entendemos por la virtud. Es la conjunción de todas las buenas cualidades naturales que un hombre o mujer puede poseer en su faceta política, militar y personal. <<

[57] *Insulae*: bloque de pisos. <<

[58] Filípides anunció la victoria en Maratón de los griegos sobre los persas tras una larguísima carrera, muriendo después de dejar el mensaje. Por eso, la actual competición se llama Maratón. <<

[59] Mencionado en el primer capítulo, año 9 d. C. <<

[60] *Oppidae*: poblado de mayor tamaño con murallada o empalizada. <<

[61] *Falcata*: espada curvada hacia el interior de origen ibérico. <<

[62] Escorpiones: ballestas de gran tamaño que disparaban dardos y que necesitaban un cierto número de servidores para manejarlas. <<

[63] El *primus pilus* normalmente en combate se colocaba en el extremo derecho de la formación. <<

[64] *Testudo*: Tortuga, táctica romana muy conocida que consiste en proteger a la formación pertinente, colocando los escudos por todos los lugares posibles, incluidos sobre sus cabezas, para evitar ataques de armas arrojadas. <<

[65] *Cubiculum*: habitación. <<

[66] *Rhenus*: río Rin. <<

[67] significa niebla, oscuridad. <<

[68] *Brigetio*: ciudad romana emplaza en la actual Szony, Hungría. <<

[69] *Carnuntum*: fortaleza romana emplazada en la actual Petronell, Austria.

<<

[70] Balbo como signifer tenía la función de guardar las pagas de los legionarios. <<

[71] Era común en aquellos tiempos y más para los poderosos. <<

[72] *Subligar*: especie de calzones de la edad antigua, utilizados tanto por hombres como por mujeres. Fueron en desuso en época clásica. <<

[73] *Turmae*: unidad pequeña de caballería. <<

[74] Tira de cuero, ante, lienzo u otra materia, que cruza desde el hombro derecho por el lado izquierdo hasta la cintura, donde se juntan los dos cabos y se pone la espada. <<

[75] *Lorica segmentata*: armadura de segmentos metálico asociada a los soldados romanos. La arqueología data los ejemplos más tempranos a principios del siglo I d. C. <<

[76] *Vexillum*: Un tipo de bandera usada por las *Legio*. <<

[77] *Vexillatio*: grupo de legionarios seleccionados para servir aparte del núcleo principal de la *Legio*. Podían llegar a ser hasta 1000 hombres o más, combinando infantería y caballería en ocasiones. En este caso concreto, es una *vexillatio* de otra *vexillatio*. <<

[78] Los escudos siempre iban protegidos por fundas, en ellas se podía ver la decoración y, por tanto, el número de la *Legio*. Solo en combate y en desfiles se sacaban de ellas. <<

[79] Son tipos de galeras según las líneas de remos. A mayor número de remos, mayor número de personal, tamaño y potencia de combate. <<

[80] Hablamos del fanatismo religioso de la época. No confundir las opiniones de los romanos de la antigüedad, con las opiniones del autor sobre la actualidad. <<

[81] Los crucificados tenían que alzarse sobre sus brazos y piernas para respirar. Si se les partía las piernas, morían asfixiados en muy poco tiempo.
<<

[82] Los romanos creían que el centro nervioso del cuerpo estaba en el hígado, de ahí las representaciones de la lanzada de Cristo en el costado derecho. <<

[83] El castigo por deserción era terrible: los compañeros tenían que apalearlo hasta la muerte, incluyendo patadas con las botas claveteadas. Si uno era popular entre la tropa, solo lo lisiarían de por vida. No fue el caso. <<

[84] También llamada navegación de cabotaje. <<

[85] *Rostrum*: especie de ariete bajo la línea de flotación que servía para embestir otros barcos. <<

[86] Dolabra: herramienta romana, mezcla de pico y pala. Cada legionario portaba una. <<

[87] *Consilium*: consejo. <<

[88] *Lagman*: juez-sacerdote que presidía las asambleas o *Thing*. <<

[89] Germánico: Sobrino de Tiberio y hermano de Claudio. Realizó dos campañas contra los germanos para vengar el desastre de Varo en el 9 d. C. Las opiniones sobre el éxito de dichas campañas son variadas. <<

[90] Arminio: el general que derrotó a Varo. Era aliado romano hasta que los traicionó y se autoproclamo rey de los germanos. Acabó siendo asesinado por los suyos por su despotismo y la falta de unión de las tribus. <<

[91] La calenda romana es el primer día del mes. <<

[92] Casio hace alusión a lo que muchos contemporáneos suyos pensaban. Las mujeres voluptuosas eran el canon de belleza. <<

[93] Mantua: actual Mantova. <<

[94] *Bucellatum*: torta muy dura, se supone que comestible, pero que podía durar años. Muy útil como último recurso en caso de necesidad, como en esta ocasión. <<

[95] *Tyr*: Dios nórdico de la guerra. <<

[96] Cástulo: actual Linares (Jaén). Su actividad minera comienza ya en el segundo milenio antes de Cristo. <<

[97] Patera: cuenco multiusos que sirve para guisar y comer. Los mejores son de bronce con el interior forrado de estaño y con fondo plano en su parte exterior para poder apoyarlo en el suelo. <<

[98] Posteriormente el historiador Tácito se encargaría de señalar que Germania es un país esencialmente «boscoso y pantanoso». <<

[99] *Razzia*: incursión rápida cuyo único objetivo es el botín. <<

[100] *Thing*: asamblea sagrada de tribus germánicas, también llamada *mahal*.

<<

[101] Frámea: Arma usada por los germanos, consistente en un asta con una punta, endurecida con fuego. <<

[102] Hace referencia a Caronte que transportaba a los muertos por el Aqueronte. Las referencias de las monedas en la boca es para pagar el viaje en la otra vida, si no, debían esperar cien años en la ribera. <<

[103] El Brucio era una región montañosa y ganadera, situada en lo que sería el empeine de la bota italiana actual. <<

[104] *Aquileia*: actual Aquilea. <<

[105] *Causaria missio*: licencia por causas médicas. <<

[106] *Praemiae*: literalmente «premios». En este contexto, gratificaciones por los servicios prestados. <<

[107] *Ludus*: escuela de gladiadores. <<

[108] *Toga virilis*: significaba el paso de ser niño a hombre. <<

[109] En orden, las actuales Regio de Calabria, Tarento, Heraclea de Lucania, Salerno, Pompeya, Cumas, Capua, Terracina, Anzio y Ancona. <<

[110] Saltigi: actual Chinchilla de Monte-Aragón (Albacete). <<

[111] Tiro parto: modalidad de combate a caballo con arco, que consiste en disparar mientras que se está huyendo, dándose media vuelta para disparar contra el enemigo que le persigue. Resultaba letal contra aquellos que lo desconocían. <<

[112] *Carnyx*: Era un cuerno sin válvulas en forma de «S» de bronce golpeado. Consistía en un tubo de entre uno y dos metros de largo. El diámetro se desconoce. Propio de los pueblos celtas y algunos germanos. <<

[113] Draco: estandarte con cabeza de dragón. Más adelante serían incorporados al ejército romano. <<

[114] Catafracto: unidad de caballería pesada. <<

[115] *Kontos*: lanza de carga que precisaba de ambas manos y que terminaba en una espada. Era realmente mortífera. <<

[116] Su función era hacerse notar en el campo de batalla o en el campamento.

<<

[117] Todavía en la época del Principado, se mantenía la idea de que existía una República. Desde la expulsión del último rey romano en el 509 a. C. (Tarquinio el Soberbio), el pueblo de Roma sentía una profunda animadversión por la monarquía. <<

[118] Met: brebaje basado en la fermentación de agua y miel (hidromiel). <<

[119] *Canabae*: construcciones ligeras y desmontables que se montaban entorno a los campamentos militares romanos. Se trataba de gentes que vivían de ellos: prostitutas, mercaderes, herreros, taberneros y un largo etcétera. <<

[120] *Patres conscripti*: padres conscriptos. Fórmula para llamar a los senadores de Roma. <<

[121] Cónsul sufecto: cónsul sustituto. Poseía el mismo reconocimiento que un cónsul ordinario. <<

[122] Al contrario de lo que se cree, la depilación en las mujeres no era tan extremista como se cree. Por ejemplo, en la zona púbica, los romanos solían preferir la existencia de vello frente a la depilación integral. Un punto intermedio. <<

[123] *Honesta missio*: licenciamiento de un legionario o auxiliar tras su servicio militar. Solía ser de 20 a 25 años los primeros y 25 los segundos. <<

[124] *Domus Augustana*: residencia de los primeros emperadores de Roma. <<

[125] Hora séptima: aproximadamente entre las 11:00 y las 12:00. Dependía de la estación (fijada por la luz, en 12 horas). <<

[126] Muy probablemente poliomielitis. <<

[127] Sentencia modificada de Calpurnio Flaco en *Dements ter Triumphalis*.
<<

[128] *Secunda vigilia*: entre las 21:00 y las 0:00. <<

[129] Aunque pueda parecer extraño, la circulación de carretas de mercancías estaba solo permitidas de noche desde que lo regulara Julio César. El tráfico hacía infernal la vida para sus habitantes. Eso provocaba incidentes, discusiones entre carreteros y ruidos insoportables para algunos. Una ciudad del tamaño de Roma necesitaba estar bien abastecida. <<

[130] *Itinera*: callejuelas estrechas de la ciudad. <<

[131] Tarraco: actual Tarragona. <<

[132] *Tercera vigilia*: entre las 0:00 y las 3:00. <<

[133] Hora cuarta: aproximadamente entre las 9:00 y las 10:00. Recordatorio: dependía de la estación (fijada por la luz, en 12 horas). <<

[134] Antium: actual Anzio. <<

[135] Idus: día 13 de cada mes; exceptuando marzo, mayo, julio y octubre; en cuyo caso era el 15. <<

ÍNDICE

Relación de personajes
La ciénaga
Conjura de cobardes
El murmillo
La flota britana
Con la ayuda de Tritón
El tablero de juego
Campamento de Invierno
Solos
Susurros de los árboles
El muro y el ariete
En las puertas de Hades
La atalaya abandonada
Una trampa de la naturaleza
Brillo en la oscuridad
Noches en blanco
Encrucijadas
El oppidum
El gladius ensangrentado
El panegírico
Notas del autor
Bibliografía